

# TIEMPO PARA ESCAPAR

LA VII NOVELA DE MARCO DIDO FALCO



LINDSEY DAVIS



# LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

El verano del año 72 queda atrás y, con la llegada del otoño, Marco Didio Falco y Helena Justina, su inseparable novia, regresan a Roma desde la lejana Palmira. Durante su ausencia, Petronio Longo, oficial investigador de la Cuarta Cohorte y responsable de mantener la ley y el orden en el barrio del Aventino, ha conseguido llevar ante los tribunales a uno de los jefes máximos del hampa romana, Balbino Pío. Condenado a muerte, Balbino hace uso de la prerrogativa que, como ciudadano romano, le permite disponer de un plazo de tiempo para escapar. La misma noche de su llegada, Falco acompaña a Petronio hasta el puerto para comprobar que, efectivamente, el reo sube al barco que lo llevará al exilio. Pero, apenas unas horas después, se produce un espectacular robo en el Emporio, el principal mercado de la ciudad, y el emperador Vespasiano sospecha de la existencia de un complot contra él. Un complicado asunto para Marco Didio Falco, que se encuentra de nuevo incorporado al servicio del emperador.

**L**≡**LIBROS**

Lindsey Davis

**Tiempo para Escapar**

**La VII novela de Marco Didio Falco**

PARA HELEN  
con mi gratitud por mantenerme  
viva en cierta ocasión a base  
de Chanel (y de ginebra...)



### Jurisdicciones de las Cohortes de los Vigiles en Roma:

- Primera Cohorte: Sectores VII y VIII (Via Lata, Foro Romano)
- Segunda Cohorte: Sectores III y V (Isis y Serapis, Esquilino)
- Tercera Cohorte: Sectores IV y VI (templo de la Paz, Alta Semita)
- Cuarta Cohorte: Sectores XII y XIII (Piscina Pública, Aventino)
- Quinta Cohorte: Sectores I y II (Puerta Capena, Celio)
- Sexta Cohorte: Sectores X y XI (Palatino, Circo Máximo)
- Séptima Cohorte: Sectores IX y XIV (Circo Flaminio, Trastévere)

## **ALTA SOCIEDAD**

---

*Vespasiano*: el emperador (no hay nadie por encima de él).

---

*Tito César*: el siguiente en la lista (primer sustituto).

---

*Cenis*: la amante del emperador (discretamente importante).

---

*T. Claudio Laeta*: alto funcionario (aún más discreto).

---

*Anácrites*: jefe de espías (incluso mencionarlo en la lista es una indiscreción).

---

*Un Importantísimo Patricio*:

(cuyo nombre se silencia por consejo legal).

---

*D. Camilo Vero*: senador y amigo del emperador.

---

*Julia Justa*: su noble y sufrida esposa.

---

*Helena Justina, Camilo Eliano y Q. Camilo Justino*: sus nobles y respetuosos hijos.

---

## **ALGUNOS CIUDADANOS HONRADOS**

---

*Balbino Pío*: un pez gordo que abandona la ciudad.

---

*Fláccida*: su esposa, una mujer

dura en circunstancias difíciles.

---

*Milvia*: la hija de ambos, una muchacha de buen corazón que tiene una vida fácil.

---

*Florio*: su marido, una larva a punto de metamorfosearse.

---

*Nonnio Albio*: un testigo judicial enfermizo.

---

*Alejandro*: su pesimista doctor (medicina privada).

---

*El Molinero y el Pequeño Ícaro*: matones, interesados en la educación.

---

*Lalage*: refinada propietaria de El Salón de Venus.

---

*Macra*: una joven de esa

escuela de refinamiento para la vida social.

---

*Cayo y Flosis*: dos remeros sumamente serviciales.

---

## **BAJA SOCIEDAD (PLAZA DE LA FUENTE)**

---

*Lenia*: una novia radiante.

---

*Esmaracto*: su tímido prometido.

---

*Casio*: un panadero cuyo horno puede calentarse en exceso.

---

*Enniano*: un cestero que puede verse enredado en una urdimbre problemática.

---

*Casto*: un recién llegado,  
tratante de objetos usados.

---

*Una vieja vagabunda*

---

*Nux*: una perra sin dueño que  
busca una caricia.

---

*Falco*: el objetivo de la perra  
(no es tan duro como piensa).

---

*Un bebé*: abandonado, que  
también busca un buen hogar con  
gente bondadosa.

---

## **AGENTES DE LA LEY (TODOS BAJO SOSPECHA)**

---

*Marco Rubela*: tribuno de la  
escrupulosa Cuarta Cohorte de

vigiles.

---

*L. Petronio Longo*: jefe de investigaciones de la Región Decimotercera.

---

*Arria Silvia*: su esposa, a menudo furiosa.

---

*El gato de ambos*: (una broma de la cohorte).

---

*Martino*: el segundo de Petronio (no por mucho tiempo, espera).

---

*Fúsculo*: experto en bandas delictivas.

---

*Lino*: de servicio, destacado a bordo del *Afrodita*.

---

*Rufina*: la causa de que Lino haya pedido ese servicio.

---

*Sergio*: un oficial disciplinario feliz.

---

*Porcio*: un joven recluta (infeliz).

---

*Scythax*: un médico optimista (sector público).

---

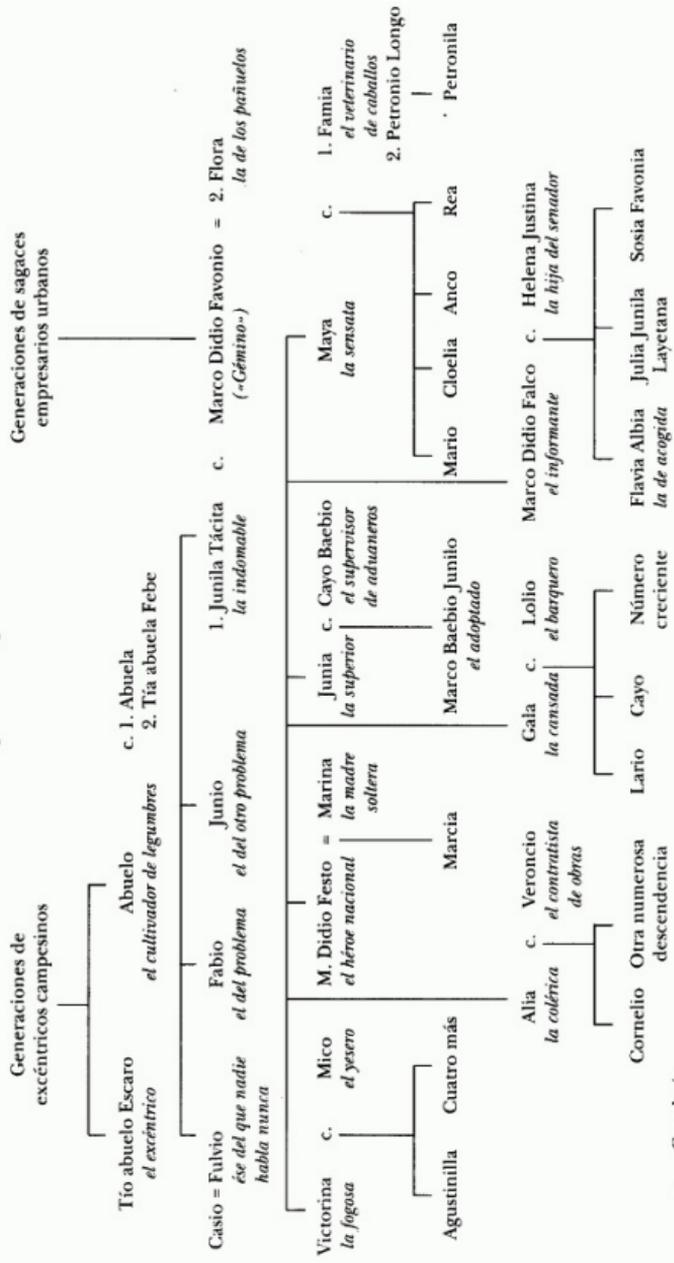
*Tibulino*: centurión de la sospechosa Sexta Cohorte.

---

*Arice*: su brazo derecho (alguien debería cortárselo).

---

# Extracto del árbol genealógico de Marco Didio Falco



\*C=

\*-=

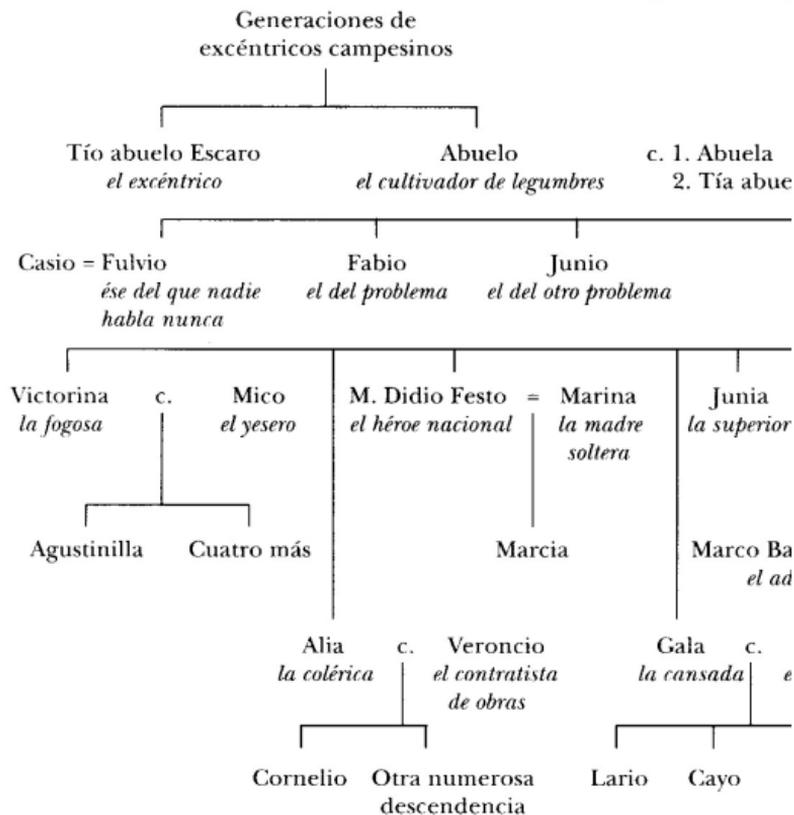
\*? =

Casado/a

No exactamente casado/a

Desconocido, nunca mencionado en público u objeto de especulaciones.

# Extracto del árbol genealógico



«C» Casado/a

«=» No exactamente casado/a

«?» Desconocido, nunca mencionado en público u objeto de esp

# Árbol genealógico de Marco Didio Falco

Generaciones de sagaces  
empresarios urbanos

la Febe

1. Junila Tácita  
*la indomable*

c. Marco Didio Favonio = 2. Flora  
*(«Gémino»)*

*la de los pañuelos*

c. Cayo Baebio  
*el supervisor  
de aduaneros*

Maya  
*la sensata*

c. 1. Famia  
*el veterinario  
de caballos*  
2. Petronio Longo

ebio Junilo  
*optado*

Mario Cloelia Anco Rea

Petronila

Lolio  
*el barquero*

Marco Didio Falco  
*el informante*

c. Helena Justina  
*la hija del senador*

Número  
creciente

Flavia Albia  
*la de acogida*

Julia Junila  
Layetana

Sosia Favonia

Generaciones.

## ROMA

*Dos semanas de octubre del año 72 d.C.*

*«Es la ciudad que crea el lujo. Y del lujo, inevitablemente, surge la codicia; la codicia engendra violencia, y de la violencia proliferan todas las clases de crímenes e iniquidades» .*

CICERÓN

## I

—¡Todavía no puedo creer que me haya librado de ese cerdo de una vez por todas! —murmuró Petronio.

—Aún no está en el barco —le corrigió Fúsculo. El optimista del grupo, evidentemente.

Éramos cinco los que esperábamos junto a un embarcadero. Finales de octubre. Una hora antes del alba. Una brisa vigorizante helaba nuestros rostros tensos mientras nos acurrucábamos bajo las capas. El día empezaba a prepararse para la acción en algún lugar del otro lado de Italia, pero allí, en el nuevo Portus de Roma, aún reinaba una completa oscuridad. Desde nuestra posición divisábamos el enorme reclamo del faro que se alzaba orgullosamente a lo lejos y distinguíamos por unos instantes las empuñadas figuras humanas que atendían el fuego. De vez en cuando, las pálidas cortinas de llamas iluminaban la estatua de Neptuno que presidía la bocana. El torso iluminado del dios del mar destacaba extrañamente en aquel lugar. Sólo el olor a soga vieja y endurecida y a escamas de pescado putrefactas nos recordaba que estábamos en el gran recinto portuario.

Éramos cinco ciudadanos honrados y respetables que habían pasado toda la noche esperando a un sexto. Éste no había sido honrado jamás aunque, como la mayoría de los delincuentes, no tenía ninguna dificultad en hacerse pasar por una persona respetable. La sociedad romana siempre se había dejado deslumbrar con facilidad por los aventureros más atrevidos, pero esta vez, gracias a Petronio Longo, el hombre y sus delitos habían sido denunciados públicamente.

Llevábamos demasiado rato esperando. Aunque nadie lo comentaba, empezábamos a temer que el muy cabrón no se presentaría. El muy cabrón se llamaba Balbino.

Había oído pronunciar su nombre desde que tenía memoria. Desde luego, estaba en boca de todos cuando Petronio y yo habíamos vuelto a casa tras licenciarnos del Ejército, hacía de eso siete años. En esa época, mi antiguo compañero de tienda, que era un tipo cumplidor y concienzudo y soñaba con un buen sueldo, había encontrado un puesto de funcionario. Por lo que a mí respecta, me establecí por mi cuenta. Petronio perseguía ladrones de coles en los mercados, mientras yo me ocupaba de reunir pruebas para demandas de divorcio o de seguir el rastro de objetos de arte robados. Debido a ello, mi amigo

y yo vivíamos en mundos distintos, pero tropezábamos con las mismas tragedias y oíamos las mismas historias preocupantes en las calles.

En todo nuestro barrio, Balbino tenía fama de ser uno de los mandamases de los bajos fondos más sucio que había dado lustre a la Roma imperial en toda su historia. La zona que tenía aterrizada incluía burdeles, almacenes en los muelles, las callejas de la ladera del Aventino y las sombrías columnatas en torno al Circo Máximo. Balbino mandaba sobre descuidados y timadores, sobre prostitutas y rateros, sobre ladrones de gatos y sobre bandas de mendigos callejeros y de falsos ciegos que veían enseguida cuándo se acercaba un problema. También tenía un par de locales de seguridad, disimulados bajo la pantalla de honrados comercios. Petronio decía que el flujo de mercancías robadas hacia esos centros de recepción rivalizaba con el comercio internacional en el Emporio.

Petro llevaba años intentando atrapar a Balbino. Esta vez, de algún modo, había conseguido acusarlo de un delito mayor... y había logrado un fallo condenatorio a pesar de todos los esfuerzos de Balbino para evitarlo por vías democráticas (intimidaciones y sobornos). Mi amigo todavía tenía que contarme los detalles. Apenas llegado a Roma tras lo que me gustaría denominar «una misión diplomática confidencial», me había visto involucrado en lo de aquella noche en mi calidad de amigo y de testigo fiable.

—A esta hora, no vendrá —apunté. Lo hice con suavidad, pues conocía la terquedad de Petronio.

—No quiero correr el riesgo de perderlo.

—Exacto.

—No me vengas con ironías, Falco.

—Eres tan concienzudo que estás liándote tú mismo. Presta oído a una voz sensata: o Balbino dejó Roma anoche, en cuyo caso ya lo habríamos visto, o decidió acostarse antes del viaje, en cuyo caso no llegará hasta dentro de un par de horas. ¿Cuándo tiene previsto partir la nave?

—Tan pronto se presente nuestro hombre, si está en mi mano.

—Con las primeras luces —aclaró Fúsculo en voz baja. Supuse que los hombres de Petro ya le habían planteado a su jefe aquel argumento sobre la llegada de la presa. Dado que ellos también conocían su carácter, la reacción a mis palabras fue contenida. Los hombres esperaban que su jefe escuchara a un camarada o que, por lo menos, les proporcionara cierto entretenimiento si perdía el dominio y saltaba sobre mí.

—Necesito una copa —comenté.

—Bobadas, Falco. No me vengas con ésas.

Había tal oscuridad que no alcanzaba a distinguir su expresión. A pesar de ello, se me escapó una risilla; Petro estaba perdiendo facultades.

El truco consistía en no tomárselo en serio. No dije nada y, cinco minutos más

tarde, escuché en boca de Petronio Longo una obscenidad que no había oído pronunciar en un lugar público desde que los dos dejáramos Britania. Tras esto, con un gruñido, masculló que estaba helado y harto de vigilar... y se largó a la taberna más cercana a consolarse con una jarra de vino.

Nadie se rió. Para entonces estábamos demasiado aliviados de que hubiera cedido a la tentación de ufanarse de nuestra victoria, y Petro había sabido que lo estaríamos. Tenía un espléndido sentido de la oportunidad.

—Será mejor coger a ese jodido —gruñó Martino—. Será su última oportunidad en mucho tiempo...

Así pues, le gritamos a Lino que dejara de fingir que era un marinero y descendiera del barco para tomar una copa con nosotros.

## II

La atmósfera estaba cargada de humo de las lamparillas de aceite, lo cual costaba de entender porque el número de éstas era muy escaso. Algo crujió bajo mi bota. Una vieja concha de ostra o un fragmento de un collar roto de alguna prostituta. El suelo parecía sembrado de desperdicios. Probablemente, era mejor no investigar.

En el tugurio no había nadie más. Ningún cliente, al menos. Un par de muchachas de aspecto desaliñado se espabilaron ligeramente cuando entramos, pero no tardaron en captar el mensaje y volvieron a adormilarse. Parecían demasiado cansadas como para mostrar curiosidad, siquiera. Eso no significaba que no fueran a estar pendientes de nuestras palabras, pero no teníamos la menor intención de que se nos escapara alguna indiscreción en voz alta. Había demasiado en juego.

Con movimientos torpes, nos instalamos en los bancos en torno a una mesa. Nuestra indumentaria nos hacía sentir rígidos y de tamaño exagerado. Todos íbamos armados, hasta el punto que era imposible disimularlo al congregarnos en torno a la mesilla. Si intentábamos fingir que sólo llevábamos bocadillos de embutidos de Lucania, cualquiera podía rebanarse sus partes con el filo de una espada mal colocada. Nos instalamos, pues, con mucho cuidado.

El tabernero era un hombre costeño, adusto y poco acogedor, que nos abarcó con una mirada cuando cruzamos el umbral de su puerta.

—Estábamos a punto de cerrar... —anunció. Debíamos de haberle producido una impresión de inminente violencia.

—Lo lamento.

Petronio podría haber apelado a su condición oficial para insistir en que nos sirvieran pero, como de costumbre, prefirió probar primero con su encanto personal. Probablemente, su concisión anunciaba a gritos «ley y orden». El tabernero comprendió que no tenía elección. Nos atendió, pero dejó muy clara su esperanza de que nos marcháramos pronto. Aquella noche era demasiado tarde para líos.

Bien, en eso estábamos de acuerdo con él.

Todos estábamos cargados de tensión. Observé a Martino, el arrogante y pendenciero lugarteniente de Petro, tomar un breve trago de su jarra y volver sobre sus pasos hasta la entrada para asomarse al exterior. Los demás hicimos

caso omiso de sus andanzas. Por último, aposentó su trasero, bastante sobresaliente, en un taburete junto al quicio de la puerta y desde allí nos dirigió algún que otro comentario, pero sin descuidar la vigilancia del embarcadero. Entre la tropa de Petro, incluso aquel fastidioso individuo era un funcionario decente.

Petronio y yo terminamos solos en una mesa.

Sus hombres y él estaban ligados por fuertes vínculos. Petro siempre encabezaba la marcha, hacía su parte en las investigaciones rutinarias y, cuando había que mantener una vigilancia, cumplía su turno como uno más. Sin embargo, él y yo éramos amigos desde hacía mucho tiempo; entre nosotros existían lazos aún más poderosos, forjados desde que, a los dieciocho años, nos conocimos y compartimos un destacamento legionario en una de las partes más mágicas del Imperio, en la época en que esa tierra se labraba su siniestra fama: me refiero a Britania en tiempos de Nerón, con la rebelión de Boadicea como aderezo especial. Últimamente, aunque pasábamos largos periodos sin encontrarnos, cuando lo hacíamos éramos capaces de reemprender nuestra amistad al momento, como si acabáramos de compartir un ánfora el sábado anterior. Y cuando entrábamos en una taberna con alguien más, se daba por hecho que nosotros dos nos sentaríamos juntos, muy levemente separados del resto. Petro probó el vino y, al momento, lamentó visiblemente haberlo hecho.

—¡Por Júpiter! ¡Aplicales esta pócima a las verrugas y seguro que, antes de la hora de la cena, te han desaparecido! Y bien, ¿qué tal el Oriente?

—Mujeres fogosas y políticas inicuas.

—¡Didio Falco, el viajero trotamundos! —Petro no se creía una palabra—. ¿Qué sucedió realmente?

Con una sonrisa, le ofrecí un conciso resumen de cinco meses de viajes:

—Unos camellos me mordieron la oreja. A Helena la picó un escorpión. Y se gastó un montón de dinero..., gran parte del cual, me complace mucho decirlo, era de mi padre. —Habíamos regresado con una gran cantidad de equipaje, que Petro había prometido ayudarme a descargar a cambio de mi colaboración de aquella noche—. Yo terminé empleándome como escritor a sueldo, dedicado a inventar chistes griegos para actores ambulantes de segunda fila.

Mi amigo enarcó las cejas.

—Creía que el motivo de tu viaje era una misión especial encargada por Palacio.

—La misión burocrática quedó olvidada enseguida..., sobre todo cuando descubrí que, con antelación a mi visita, el jefe de espías de Vespasiano había enviado un mensaje a mi anfitrión instándole a encarcelarme... o algo peor —añadí en tono sombrío.

—¿Anácritos? ¡Ese hijo de perra! —Petronio no soportaba a los funcionarios, por muy rimbombantes que fueran los títulos que ostentaban—. ¿Te viste muy

apurado?

—Sobrevivi.

Petronio frunció el entrecejo. Consideraba mi carrera como una especie de desagüe atascado que necesitaba de un palo que hurgara enérgicamente en él para remover el cieno y lograr que funcionara como era debido. Y él se veía como la mano experta que movía el palo.

—¿Por qué haría eso, Falco? ¿Qué gana Vespasiano con la eliminación de un agente de primera?

—Interesante pregunta.

De hecho, había varias razones por las que el emperador podría considerar que una cárcel en tierra extranjera era el lugar indicado para mí. Yo era un advenedizo que aspiraba a un ascenso social y, dado que a Vespasiano le desagradaban los informantes, la idea de dejarme llevar el anillo de oro y pavonearme como un hombre acaudalado siempre le había molestado. La mayor parte del tiempo, el emperador me debía dinero por mis servicios confidenciales y, sin duda, estaría encantado de incumplir lo prometido. Además, uno de sus hijos albergaba tiernos sentimientos por cierta joven dama que prefería vivir conmigo y, al propio tiempo, yo mantenía una larga disputa con otro de los vástagos imperiales. Era posible que cualquiera de los dos, Tito o Domiciano, hubiese pedido a su papaito que me encerrara. En definitiva, ¿a quién le interesa, en realidad, un mercenario que se ocupa de los problemas con diligencia y regresa con una sonrisa de felicidad y con la esperanza de una enorme recompensa en metálico?

—No sé por qué trabajas para él —refunfuñó Petronio con irritación.

—Trabajo para mí —respondí.

—¡No me digas!

—Es verdad. Aunque el maldito secretariado me ofreciera un trabajo honrado con un sueldo fijo y sumas enormes para gastos, lo rechazaría. En adelante, me limitaré a llevar asuntos privados..., que fue lo que tuve que hacer cuando me vi metido en ese apuro en Arabia por culpa del jodido Anácrates y sus maliciosas jugadas.

—Eres un asno —murmuró Petronio, incrédulo—. Eres incapaz de negarte al desafío. Bastaría un gesto del hombre de la púrpura para que te echaras atrás de eso que dices.

Cogí la jarra y escancié un poco más de vino para ambos. El sabor seguía recordando al de algún remedio contra la fiebre porcina.

—El hombre de la púrpura no fue quien intentó venderme a un mercader de camellos, Petro.

Fuera cual fuese mi opinión sobre la institución imperial, Vespasiano, como persona, era completamente recto y honesto. Incluso Petronio, aunque a regañadientes, tuvo que reconocerlo así:

—Entonces, fue el espía, Falco. ¿Qué más da uno que otro?

—¿Quién sabe? Pero Anácrites cree que estoy pudriéndome en alguna ciudadela del desierto. Este asunto podría ser la palanca que estaba buscando para ponerlo al descubierto. Presentaré el informe de mi viaje a Vespasiano antes de que el jefe de espías descubra que sigo vivo y que he regresado a Roma.

Descargar la cólera me sentó bien, pero había cosas mejores de las que hablar.

—Cuando volvamos a estar instalados, ven a cenar. Y trae a Silvia y a las niñas. Haremos una buena reunión y explicaremos nuestras historias de viajes más apasionantes.

—¿Cómo está Helena? —se acordó de preguntar Petro cuando me oyó mencionar a su esposa y a sus hijas.

—Bien. Y no, no nos hemos casado todavía ni tenemos planes de hacerlo. Tampoco nos hemos peleado ni tenemos intención de separarnos...

—¿Algún indicio de una inminente paternidad?

—¡Desde luego que no! —repliqué con el tono del hombre que sabe ocuparse de su vida privada. Y con la esperanza de que Petro no advirtiera que me echaba un farol—: Cuando tenga ese honor, serás el primero en saberlo... ¡Por el Olimpo, hablar contigo es como enfrentarme a mi madre!...

—Una mujer maravillosa —comentó él, con su tono más exasperante.

—Sí, claro —repliqué, con una sensación de falsa confianza—, mi madre es todo un orgullo para la comunidad. Si todo el mundo en el Aventino fuera tan recto como mi madre, no tendrías nada que hacer en todo el día. Por desgracia, hay algunos que se llaman Balbino Pio, sobre el cual todavía me debes un par de explicaciones.

Esta vez, la maniobra de distracción dio resultado. Con un rubor de satisfacción, Petronio echó hacia atrás su cabezón y estiró sus largas piernas bajo la mesa. Luego, con una sonrisa radiante y orgullosa, empezó a ponerme al corriente.

—Te das cuenta de que estamos hablando del cabecilla de la delincuencia organizada más depravado y sedicioso que jamás ha clavado sus garras en el Aventino, ¿verdad? —comenzó diciendo, con una ampulosidad épica que resultaba ridícula.

—¡Y ahora, precisamente tú lo has cogido! —asentí con una sonrisa y una mueca de admiración.

Petro no hizo caso del tonillo burlón de mis palabras.

—¡Te lo aseguro, Falco!

La escena me resultaba divertida. Petronio Longo era un trabajador paciente y tenaz. No recordaba haberle oído nunca una fanfarronada y me encantó verlo, por una vez, embriagado con su propio éxito.

Si de buen principio ya me sacaba varios dedos de estatura, en aquel

momento parecía haber crecido, incluso. Su porte calmado contribuía a disimular la robustez de su constitución. De andar pausado y lengua afilada e irónica, era capaz de echarse encima de los malhechores antes de que éstos lo vieran llegar siquiera, pero cuando Petro aplicaba todo su peso, la resistencia cedía rápidamente. Dirigía el grupo de investigación de la Guardia sin aparente esfuerzo aunque, como íntimo amigo suyo, a mí no se me escapaba que, en privado, le preocupaba mucho la consideración de los demás. Y gozaba de la más alta. La suya era una escuadra poco numerosa y competente que daba al público lo que éste pagaba por tener y que mantenía a raya a los malhechores.

Petro también tenía un sereno control de su vida doméstica. Buen romano y honorable padre, tenía una mujer menuda y mordaz que sabía hacer notar su presencia y tres hijas, un trío de chiquillas bulliciosas a las que quería con delirio. En casa, sabía aplacar el temperamento irritable de Arria Silvia con bastante facilidad. Las niñas lo adoraban e incluso su esposa medía sus quejas, consciente de tener una suerte de la que carecía la mayoría de matrimonios: Petro estaba allí porque quería. Como hombre de familia y como funcionario público, parecía indolente o descuidado pero era de absoluta confianza.

—Balbino Pío... —murmuró suavemente, saboreando su triunfo.

—Un nombre ridículo —comenté—. ¡Balbino *el Diligente!* Hasta donde yo sé, en lo único que es diligente es en sacar beneficios. ¿No es él quien regenta ese asqueroso burdel que llaman La Academia de Platón y controla esas camarillas de ladrones en la ribera del Tiber, detrás del Templo de Portuno?

—No me hables de La Academia. Me duele la vejiga sólo de pensar en ese lugar. Júpiter sabe qué nombre constará en la jodida escritura de propiedad, pero tienes razón: era Balbino quien lo explotaba. Se llevaba un porcentaje de cada transacción de cama, y también de lo que ingresaba en el burdel a base de robar bolsas o de vender botas y cintos «abandonados». Pero el tipo, además de estos intereses en el mundo de la prostitución, poseía un buen taller de orfebre donde las copas robadas podían fundirse en cuestión de minutos, otros talleres especializados en poner galones nuevos a túnicas que «volaban» de los tenderos de ropa, numerosos tenderetes de artículos de poca calidad que trasladaban de lugar constantemente cuando yo apostaba un hombre en el pórtico para observarlos y un par de factorías donde se llevaban a cabo falsificaciones. Si algoapestaba, seguro que era propiedad de Balbino —aseguró Petronio—. Pero todo eso pertenece ya al pasado, Falco. Hoy, uno de los hechos más claros que tiene que afrontar es que una condena por un delito capital implica la pérdida de todas sus propiedades.

—Lo que me cuentas me hace llorar.

—No te trastornes demasiado; no estoy seguro de que podamos echar la red a todo su imperio. Una parte de él tiene que estar en inversiones ocultas.

—¡Apuesto a que sí! ¿Balbino esperaba una condena?

—¡Ni siquiera esperaba ser procesado! Me ha llevado meses planificar esta operación, Falco. Sólo iba a tener una oportunidad con él; de lo contrario, el tipo alegraría «persecución a un ciudadano» y yo me quedaría sin empleo. Pero Balbino no creía que fuera a encontrar a nadie dispuesto a llevarlo a juicio.

—Y bien, Lucio Petronio, ¿cómo lo conseguiste?

—De la única manera posible, Marco Didio: busqué a alguien aún más codicioso... ¡y aún más hijo de perra que él!

### III

Con una sonrisa, Petro alzó una de sus manazas y la pasó por sus cabellos castaños. Últimamente, parecía llevarlos peinados con un poco más de gracia. (Bueno, algo más cortos sí estaban; la creatividad del barbero que lo atendía no pasaba de ahí). Su otra gran zarpa se apoyaba ligeramente en la cintura, de la que colgaba la vara de mando, encajada bajo un cinturón de cuero ancho y lleno de marcas que había comprado a un astuto celta en Londinium. Salvo la novedad del corte de pelo, Petronio no se molestaba en dárseles de hombre elegante. Estando de servicio, era mejor protegerse con un chaleco de cuero que podía desviar la hoja de un cuchillo y una capa gruesa de lana que lo resguardara del fango si tenía que rodar por el suelo para derribar a un fugitivo. También sus botas, a juzgar por su aspecto, habían pateado buen número de puertas.

—Y bien, ¿quién fue el ciudadano de altos principios que, preocupado por el bienestar público, delató a Balbino? —quise saber.

—Un cabronazo llamado Nonnio.

—No será Nonnio Albio, ¿verdad? Tengo entendido que ese tipo también es miembro de las bandas...

—Lo era. Trabajaba para el propio Balbino; era su recaudador jefe. Eso fue lo que me atrajo.

—¡Por supuesto! ¡Necesitabas un infiltrado!

—No podía hacerlo nadie más. Nonnio era ideal.

—Pero era un hombre de Balbino. ¿Cómo fue que se pasó a tu bando?

—Es una triste historia —explicó Petro con una sonrisa—. El tipo se está muriendo. Su médico acababa de meterle el miedo en el cuerpo. El pobre Nonnio sufre de putrefacción interna irrecuperable.

—¿Una de esas enfermedades desagradables que la gente prefiere no mencionar?

—¡Lo mismo que sucede con su profesión! —asintió Petro. A continuación, me contó la historia—: La pasada primavera, me enteré casualmente de que su curandero predilecto le había aconsejado dejar de trabajar...

—¿Casualmente?

La coincidencia parecía muy afortunada. Sin embargo, Petro estaba lanzado en sus explicaciones y no iba a dejarse afectar por mi escepticismo:

—Un aprendiz de Esculapio informa a Nonnio que su final está próximo; sin

embargo, añade el médico, podrá prolongar su vida si se cuida: nada de preocupaciones, buenas comilonas...

—¡Eso resulta caro! —apunté. Empezaba a entender a Petro.

—Sí, el médico le receta una vida de lujo. Y yo me pongo en contacto con él precisamente cuando todavía está abrumado por la mala noticia; me muestro comprensivo con su situación y le planteo que ha pasado toda su vida trabajando con la lengua fuera para Balbino mientras esa rata de alcantarilla descansaba en su sofá de lectura contando sus ganancias... y, total, ¿para qué? Parece que ha llegado el momento de equilibrar un poco las cosas. Como Nonnio ya ha abandonado la vida al margen de la ley, pronto aspira a acceder a la alta sociedad como compensación. Cruzar el Foro en litera, dar órdenes a los esclavos a través de la ventanilla y saludar a los admiradores que lo adulan con la esperanza de recibir alguna dádiva..., eso es lo que atrae al crápula. Más aún; de pronto, le entusiasma la idea de robar a Balbino.

—¡La lealtad de los ladrones! —exclamé con una breve carcajada—. Así pues, ¿estaba dispuesto a testificar?

—A cambio de la recompensa tradicional.

—¿Hiciste un trato con él?

—Todo legal. Nonnio se presentó ante Marponio y cantó como un canario contento; a cambio de ello, como delator que ha probado sus acusaciones, tiene derecho a una parte de las propiedades que se le hallen a Balbino. El único reparo es que debe ayudar a encontrarlas. Pero más le vale contratar a unos contables. Y, gracias a su actividad anterior como recaudador de la banda, conoce a más de un experto en trampas con el ábaco lo bastante imaginativo como para adivinar dónde puede estar oculto el botín.

—¡Me encanta! —exclamé entre risas. Apuramos de nuevo las copas y esta vez el vino casi resultó soportable—. De todos modos, Petro, habrás tenido que andar con mucho cuidado al presentar los cargos contra Balbino. ¿De qué lo acusaste, finalmente?

—Del único delito posible: asesinato.

—Sí, por supuesto. Tenía que ser un delito castigable con la pena de muerte.

—Exacto. Cualquier cosa que no fuese una sentencia a la pena capital habría terminado en una multa... y, por cuantiosa que fuera, pagarla no lo asfixiaría. Ese tipo era capaz de fundir una millonada sin sentir el menor hormigueo.

No lo dije, pero no se me escapaba que llevar a Balbino a juicio bajo cualquier acusación que finalmente lo dejara suelto en Roma habría colocado al propio Petro en una posición muy peligrosa. No era preciso insistir en ello. Mi amigo lo sabía perfectamente.

—Pero ¿quién era el muerto... y cómo pudiste cargar el asesinato a Balbino? Supongo que no le clavaría una daga a nadie con sus propias manos, ¿verdad? Nunca ha sido su estilo salpicarse de sangre la túnica.

—Fue un feliz accidente —explicó Petro—. Sucedió en La Academia de Platón, ese burdel del que hablábamos. La especialidad del lugar es desplumar a los visitantes forasteros. Un desdichado licio había decidido perder su bolsa de viajero en ese tétrico tugurio. Mientras la chica le estaba proporcionando el servicio por el cual había pagado, el hombre cometió el error de advertir un movimiento en el reservado. El licio se levanta y descubre al cómplice de la prostituta en el momento de intentar apoderarse de su dinero pero, en lugar de presentar una discreta queja a la encargada y abandonar el burdel con una disculpa y una actitud más razonable, el muy estúpido blande los puños y organiza una pelea. El ladrón se sorprendió tanto ante el comportamiento poco civilizado del individuo que lo acuchilló allí mismo.

Solté un silbido y murmuré:

—¡Se debería prevenir de estas cosas a los viajeros incautos! Pero ¿cómo has logrado demostrarlo? Sin duda, la gobernanta del burdel estaría acostumbrada a negar cualquier conocimiento de posibles líos...

—En efecto, Lalage se sabe todas las artimañas. No habría conseguido acorralarla y creo que ni siquiera me habría animado a perseguirla. Gracias a Júpiter, La Academia de Platón está en territorio de la Sexta Cohorte y, normalmente, no tengo que ocuparme de ella. —Comprendí a qué se refería Petronio: las prostitutas que se arremolinaban en torno al Circo Máximo eran feroces como lince y Lalage, la encargada de La Academia, tenía una reputación fenomenal—. Pero hubo un testigo —continuó mi amigo con aire sombrío—. Y, por primera vez en la historia, el testigo consiguió no ponerse a chillar en la escena del crimen. Así, en lugar del final de costumbre en el cual el testigo también es cosido a puñaladas, nuestro hombre supo esconderse entre las vigas hasta que tuvo ocasión de huir.

—Increíble.

—Mejor aún: uno de mis hombres lo encontró vagando por la colina, conmocionado. Cuando el testigo nos contó atropelladamente lo sucedido, acudimos de inmediato al burdel. No vimos a la Sexta por ninguna parte, lo cual es bastante normal, de modo que nos ocupamos del asunto nosotros mismos. Conseguimos irrumpir en el local desde un callejón en el preciso momento en que un par de matones del burdel sacaban el cadáver a rastras por la puerta trasera. Este hecho relacionaba el crimen con el establecimiento. Así pues, para empezar, cuando nos presentamos ante el tribunal, la mitad de la Guardia del sector XIII de la ciudad había visto a los responsables de La Academia (encabezados por la propia Lalage, que sostenía una linterna) en el momento de arrojar al licio a un sumidero por los cordones de las botas. Además, teníamos al testigo para que narrara el episodio del apuñalamiento con todo lujo de detalles. Este testigo era otro licio que se había colado disimuladamente con el primero. Los tipos esperaban convencer a la muchacha con una propina para conseguir un

doble servicio por el precio de uno...

Descargué una palmada sobre la mesa.

—¡Qué vergüenza! ¿Cómo se puede mantener el orden en la ciudad cuando hasta las víctimas son estafadores?

—¡Podré soportarlo, Falco! Encerré a nuestro testigo bajo custodia de protección, me olvidé de dónde estaba hasta que lo necesité y entonces lo presenté en la Basílica, vestido con su mejor túnica, para declarar cómo lo había visto todo, temblando de miedo en su escondite. Identifiqué a la prostituta, a la encargada del burdel y al ladrón y asesino.

—¿Lo conozco yo?

—Es una sabandija llamada Casto.

El nombre no me sonó. No pregunté si conocía a la prostituta y Petro se cuidó de mencionar su nombre para no hacer pasar vergüenza a nadie.

—¿Y qué me dices de tu testigo estrella? ¿Qué hay de Nonnio?

—Cuando el abogado lo llamó a declarar, ya teníamos encarrilado el asunto. Nonnio Albio sólo tuvo que confesar su papel como recaudador para Balbino y declarar que el asesino, Casto, también estaba en la nómina de éste. Nonnio cumplió su parte perfectamente: incluso presentó estados de cuentas para mostrar el porcentaje que normalmente se quedaba Balbino de las bolsas robadas en el burdel.

—¡Buen dato!

—Un testigo de primera. Nuestro licio había aportado algunos argumentos decisivos, como el de haber oído exclamar a Casto, mientras apuñalaba al difunto, « ¡Así aprenderás a discutir con Balbino! ». Tras este testimonio, Nonnio aseguró al jurado que todos los matones de Balbino tenían orden de tirar de navaja si surgían problemas. Él mismo había oído a Balbino dar instrucciones en ese sentido, con frecuencia. Así pues, teníamos a nuestro hombre por asociación criminal, receptación y conspiración con resultado de muerte.

—¿Y el jurado lo aceptó?

—Antes de la vista, Marponio había explicado a sus componentes que era necesaria su colaboración para alcanzar su objetivo de ser considerado el juez que limpió Roma...

Marponio era el juez principal en el tribunal que se ocupaba de los asesinatos. Era concienzudo en su trabajo, y un individuo ambicioso, aunque no siempre tan descarado como apuntaba Petronio. Pero, ante todo, Marponio no era un hombre astuto.

—Hubo algunos detalles jugosos —añadió Petro—. Cuando amenacé a Lalage con una serie de denuncias por faltar a las normas de registro de prostitutas, incluso ella se presentó ante el tribunal para declarar a favor de nosotros.

—¿Y Balbino? ¿No podía comprar su silencio?

—Imagino que la mujer se alegra de verlo desaparecer —opinó Petronio—. Lalage sería perfectamente capaz de llevar el burdel ella sola. Quizás en otro tiempo las cosas fueran distintas pero, hoy en día, la verdad es que no necesita para nada un rey de los bajos fondos que se quede una parte de sus ingresos. —Se echó hacia atrás en el asiento y continuó, con su modestia habitual—: Bueno, tuve un poco de suerte en escoger un buen momento. Balbino se creía intocable, pero en los bajos fondos había un nuevo estado de ánimo. La gente estaba dispuesta a volverse contra él. Y yo percibí el cambio antes que Balbino, eso es todo.

Lo destacable era que Petronio Longo, efectivamente, lo había percibido. La mayoría de los capitanes de la Guardia habría tenido la nariz tan pegada al suelo que no habría advertido las moscas de los balcones.

—Tienes mucho mérito por haber sabido olfatear el aire —lo alabé—. ¡Y, después, por haber sabido poner en práctica tu plan!

Petronio me dirigió una serena sonrisa.

—Así pues, tu jurado lo encontró culpable y Marponio ayudó a su propia carrera personal con una sentencia a pena de muerte. Supongo que la Asamblea ratificó la sentencia. ¿Qué hizo entonces Balbino? ¿Planteó algún recurso?

—Sí, apeló directamente a Vespasiano... y recibió una contestación casi inmediata: una respuesta negativa.

—¡Vaya, vaya! —comenté. Petro y yo compartíamos un recelo irónico hacia los poderosos—. ¿Quién firmó la negativa?

—Tito.

—Vespasiano debió de aprobarlo.

—Desde luego. —El emperador es el único facultado para quitar la vida a un ciudadano romano, aunque la vida de ese ciudadano huela peor que un montón de excrementos de gato—. Me impresionó mucho la rapidez de la respuesta —reconoció Petro—. No sé si Balbino llegó a ofrecer dinero a los funcionarios pero, si lo intentó, perdía el tiempo. Hoy en día, el Palacio parece más perfumado que las violetas de Paestum. —Éste era un buen tanto en la cuenta de los nuevos césares flavios. Al parecer, los mangoneos de esa clase habían saltado por la borda con Nerón; por lo menos, Petro parecía confiar en ello—. Y bien, ése era el resultado que yo buscaba, de modo que eso es todo.

—¡Y aquí estamos! —le felicité—. ¡Ostia al amanecer!

—Sí, Ostia —repetió él, con tono tal vez más cauto—. Marponio consigue una comida gratis en Palacio, y obtengo un documento con un mensaje amistoso de Tito César, los bajos fondos reciben una advertencia...

—¿Y Balbino?

—Balbino —refunfuñó Petronio Longo con acritud— consigue tiempo para escapar.

#### IV

Supongo que es un consuelo para todos los que tenemos el privilegio de ser ciudadanos plenos del Imperio saber que, salvo en tiempos de caos político extremo en que se prescinde de la civilización, podemos hacer lo que nos plazca sin que nadie nos pueda tocar.

Naturalmente, sigue siendo un delito que cualquiera de nosotros obtenga provechos ilícitos en misiones diplomáticas, cometer parricidio, violar a una virgen vestal, conspirar para asesinar al emperador, fornicar con la esclava de otro hombre o dejar caer ánforas desde nuestro balcón de modo que le hundan la crisma a otro ciudadano. Por tales fechorías podemos ser llevados a juicio por cualquier probo hombre libre que esté dispuesto a pagar los servicios de un abogado. Podemos ser invitados a presentarnos al pretor para sostener una incómoda conversación con él. Si al pretor le disgusta nuestro rostro o, simplemente, no da crédito a nuestra historia, podemos ser enviados a juicio y, si también le caemos mal al jurado, podemos ser condenados. Incluso, en el caso de los peores crímenes, podemos ser sentenciados a una breve reunión social con el verdugo público. Pero como la libertad es un derecho inalienable y perpetuo, no se nos puede forzar a aguardar esa cita en prisión. Así pues, mientras el verdugo encuentra una fecha libre en su agenda, tenemos la oportunidad de poner tierra por medio.

En los tiempos de Sila, eran tantos los criminales que escapaban al castigo (y, evidentemente, era tan fácil de lograr) que, finalmente, la ley estableció esta clara prerrogativa: que ningún ciudadano romano sentenciado a pena de muerte sería detenido, ni siquiera después de anunciado el veredicto, hasta habersele concedido *tiempo para escapar*. Nos asistía el derecho —a mí, a Petro, incluso al asesino Balbino Pío— de recoger unas pocas pertenencias, poner una sonrisa de complacencia y huir de la justicia.

La justificación de esta prerrogativa era que, para un ciudadano, tener que vivir fuera del Imperio debía ser considerado un castigo tan brutal como la muerte. Balbino debía de estar temblando. Pero quien había ideado la ley no era un gran viajero. Yo había estado fuera del Imperio, de modo que mi opinión no se parecía mucho a la de un jurista. La existencia fuera del Imperio era perfectamente soportable. Como en todas partes, lo único que se necesitaba para sobrevivir con comodidad era tener un poco más de dinero que los nativos. Y la

clase de delincuentes que puede permitirse la tarifa es necesario que carezca de escrúpulos.

De modo que allí estábamos. Petronio Longo había llevado a juicio a aquel delincuente responsable de crímenes horribles y había hecho pender sobre él una sentencia de muerte, pero no se le permitía ponerle grilletes. La fecha de la ejecución había sido fijada para el día siguiente y, por tanto, en esa fecha, mientras los ancianos del Senado parlamentaban sobre el desmoronamiento del orden público, Balbino Pío abandonaría Roma como un noble y se marcharía a algún refugio secreto que, presumiblemente, ya habría llenado de cálices de oro repletos de buen vino de Falernia y de bellas mujeres que le sonrieran mientras escanciaban el caldo de la alegría. Petro no podía hacer nada, salvo asegurarse de que el condenado truhán se marchara.

Y Petronio se dedicaba a ello con la determinación que sus amigos romanos esperaban de él.

Lino, el que iba disfrazado de marinero, había prestado más atención a nuestras palabras que el resto de la tropa. Cuando su jefe empezó a enumerar las medidas que había adoptado, Lino deslizó el trasero por el banco en el que estaba sentado, se situó a nuestro lado, se inclinó hacia nosotros desde su asiento y se sumó a la conversación. Lino iba a ser un hombre clave para que el exilio de aquel pez gordo se cumpliera.

—Por desgracia, Balbino vive en el distrito del Circo Máximo —empezó a decir Petro.

—¡Una verdadera lastima! Eso es territorio de la Sexta Cohorte. ¿Hemos topado con algún absurdo conflicto de jurisdicciones? ¿Intentas decirme que está fuera de tu radio de acción y que no puedes vigilar su casa?

—Sería una descortesía para con los agentes locales... —Petro acompañó sus palabras con una pequeña sonrisa. La mueca me dio a entender que no le parecía mal una pequeña muestra de descortesía para con aquellos holgazanes de la Sexta—. Es evidente que tiene que ser una operación conjunta; la Sexta lo escoltará hasta aquí...

—¿Ayudada por observadores de tu propia cohorte? —repliqué y le devolví la sonrisa.

—Acompañada —me corrigió Petro con aire pedante. Al oírlo, me sentí impaciente por comprobar qué forma adoptaba este acompañamiento.

—Por supuesto, confías en que cumplirán su obligación como es debido, ¿verdad?

—¡Será jodido el tipo! —masculló Lino entre dientes, en tono retador.

Lino, de unos treinta años y aire juvenil, iba vestido para el papel que le esperaba con más capas de túnicas que cualquier marinero, botas arrugadas, un gorro blando que le había tejido su madre y una navaja de marinero. Bajo las mangas cortas de las túnicas, sus brazos desnudos tenían un aspecto rechoncho,

aunque ninguno de los hombres de Petro andaba sobrado de peso. Tenía una mirada firme y una barbilla cuadrada como una pala. No lo conocía en absoluto pero, a primera vista, se apreciaba que era activo y minucioso. Un típico recluta de Petro.

—De modo que la Sexta trae al pez gordo hasta aquí y entonces te lo entrega, ¿no es eso? —Me volví hacia Lino y le pregunté—: ¿Hasta dónde quiere que vayas con él, ese negrero?

—Hasta el final —Petro se adelantó a contestar.

Dirigí una mirada compasiva a Lino, pero su respuesta fue un encogimiento de hombros.

—A los jóvenes les gusta viajar —comentó—. Comprobaré que Balbino desembarca al final del viaje. Por lo menos, el apreciado Petronio dice que en el viaje de vuelta no tendré que trepar por las jarcias.

—¡Cuánta magnanimidad! ¿Y adónde se dirige ese tipejo?

—A Heraclea, en la península Táurica.

Emití un silbido y pregunté si tal destino había sido elección suya.

—Alguien se lo sugirió con mucha insistencia. —Fue la seca respuesta de Petro—. Alguien en cuyas manos está arrojarlo a los leones del Circo si no hace caso de la advertencia...

El emperador.

—¡Pues vaya sentido del humor tiene ese alguien! Incluso Ovidio sólo tuvo que retirarse a Mesia...

Pero el mundo se había encogido desde que los emperadores enviaban a los poetas lascivos a enfriar sus exámetros en las orillas solitarias del Euxino mientras a otros malos ciudadanos se les permitía zarpar hacia las Galias y morir ricos allí como comerciantes de vinos. Ahora, el Imperio se extendía mucho más allá de las Galias. El Quersoneso Táurico, bañado también por el mar Euxino pero mucho más distante que el remoto agujero donde languidecía Ovidio, presentaba grandes ventajas como sumidero de criminales: aunque técnicamente no era una provincia romana, la urbe tenía una presencia comercial a lo largo de todas sus costas, de modo que Balbino podía ser vigilado... y él lo sabría. También era un lugar terrible para sufrir el exilio. Si no lo devoraban los osos pardos, moriría de frío o de aburrimiento y, por mucho dinero que lograra llevar consigo, no había allí lujos en los que gastarlo.

—Para ti tampoco serán unas vacaciones de verano —comenté a Lino—. Seguro que no estás de vuelta antes de las saturnales.

El hombre aceptó la noticia con buen ánimo:

—Alguien debe asegurarse de que Balbino no desaparece del barco en Tarento... —comentó. Tenía razón. O en Anzio, o en Puteoli, Paestum, Buxentum o Reggio. O en Sicilia. O en cualquiera de las numerosas ciudades costeras de Grecia, de las islas y de Asia que aparecieran en el camino al exilio de nuestro

hombre. La mayoría de estos lugares manifestaban una ambigua lealtad a Roma. Algunas eran gobernadas por funcionarios romanos que sólo buscaban tranquilidad y descanso. Muchas eran demasiado remotas para ser supervisadas ni siquiera por funcionarios a los que gustaba darse demasiada importancia. Petronio Longo estaba inquieto, con toda razón, por hacer cumplir la pena impuesta. Lino, en cambio, parecía tomarse su responsabilidad con mucha placidez—. Es mi gran oportunidad para viajar. No me importa tener que pasar el invierno en alguna ciudad respetable de Bitinia, o en la costa tracia. —Así pues, el subordinado de Petro había consultado un mapa...

—¿Te pagarán los gastos, Lino?

—Hasta cierto límite —intervino Petronio con tono grave, cerrando el paso a cualquier posible comentario frívolo respecto a que Lino fuera a disfrutar de una temporada de descanso por cuenta del Estado.

—¡Por un poco de paz, lo que sea! —exclamó Lino. Evidentemente, había una mujer de por medio.

En fin, las mujeres nos martirizaban a todos, pero a la mayoría no se le pasaría por la imaginación quedarse cuatro o cinco meses más allá del Helesponto en la peor estación del año, sólo por evitar oír las. Lino no debía de haber perfeccionado el arte sutil de escabullirse en los baños públicos la mitad del día (en unas termas que la mujer ignora que frecuenta).

Martino apareció en la entrada del local y dirigió a Petronio una señal que apenas fue más perceptible que un guiño.

—¡Ya vienen! Lino, desaparece...

Con una sonrisa que todavía recuerdo, Lino se escabulló de su banco. Impaciente por iniciar la aventura, abandonó la taberna y retrocedió hacia el barco preparado para zarpar hacia el Quersoneso, mientras los demás todavía intentábamos poner en marcha nuestros pensamientos.

Ya habíamos pagado el vino y abandonamos el local en silencio. El tabernero cerró la puerta detrás de nosotros. Oímos cómo la atrancaba con una sólida barra, de manera ostentosa.

Fuera, la oscuridad estaba modificada por diversas gradaciones. El viento era fresco. Cuando nos apostamos de nuevo en el embarcadero, Fúsculo flexionó una pierna que debía de habersele dormido mientras todos aprestábamos las espadas y las asomábamos bajo las capas. Con nerviosismo, aguzamos el oído para captar el sonido que realmente nos interesaba, por encima del crujido de cabos y mamparos y del chapoteo de las pequeñas olas bajo pantalanes, boyas y cascos.

Distinguimos un movimiento en el camino del puerto, pero muy lejano todavía. Martino debía de haber afinado mucho el oído para aquella misión, si realmente había captado el sonido de la comitiva con tanta anticipación.

El ruido no tardó en definirse: se convirtió en un enérgico retumbar de cascos, al que pronto se añadió el rechinar de unas ruedas. Casi al momento apareció a la

vista una breve cabalgata de mulas y caballos cuyas herraduras golpeaban el suelo con estridencia. En el centro de la comitiva había un carruaje de excepcional apariencia, de los que usan los potentados para efectuar cómodamente las visitas veraniegas a sus haciendas lejanas; un carruaje lo bastante espacioso como para permitir a su ocupante leer y escribir, o para intentar olvidar las sacudidas de los baches y echar una cabezada. Pero no era probable que Balbino durmiera en aquel viaje.

Un par de libertos, los cuales, al parecer, habían decidido que no podían soportar la idea de separarse de su amo —o habían sido convencidos de ello—, saltó del techo del carruaje y empezó a descargar el equipaje, una modesta selección de bultos. Balbino, despojado de sus propiedades por la sentencia judicial, había perdido con ellas a todos sus esclavos. Lo que hacían sus libertos en aquel momento era cosa de ellos. Pronto poseerían más derechos civiles que él, aunque era posible que sintieran todavía una deuda de gratitud con el amo que un día los liberara. Que así fuese dependería de cuántas veces los hubiera tratado a patadas sin motivo cuando todavía eran esclavos.

Hasta aquel momento, el pez gordo había permanecido en el carruaje. El vehículo era un sólido carromato de cuatro ruedas, cubierto de una reluciente carrocería decorada con florones de plata y tirado por dos mulas vigorosas con frenos de bronce y lacas *millefiori* en las cabezadas. El cochero disfrutaba jugando con su látigo de tres puntas; las mulas se lo tomaban con calma, pero algunos de nuestro grupo se agitaron inquietos cuando el hombre hizo restallar el objeto por encima de nuestras cabezas. Todos teníamos los nervios a flor de piel mientras seguíamos a la espera del gran momento. Unas cortinas oscuras que cerraban las ventanillas del carromato ocultaban de la vista a su ocupante.

Petronio se adelantó para recibir a los oficiales de la Guardia Sexta que habían escoltado al hombre desde la ciudad. Yo avancé a su lado. Petro me presentó a dos de ellos, Arica y Tibulino, a quienes ya conocía. Tibulino, que parecía al mando de la unidad, era un centurión insolente y desaliñado que no me caía nada bien. Con ellos estaba Porcio, un joven recluta de la unidad de Petro que había sido agregado a la Sexta para seguir el traslado como observador y que procedió a perderse entre el resto del equipo de investigación de la Sexta con bastante rapidez.

Mientras procedíamos a las formalidades, se presentó otra pareja a caballo. Los jinetes se apearon de sus monturas, se sumaron también a nosotros y dirigieron indisimulados saludos a Petro.

—¿Qué es esto? —exclamó Tibulino. Pese a sus esfuerzos, se le notaba irritado—. ¿Espías? ¿Controlando a la Sexta?

—¡Lejos de mí la intención de desacreditar a la escrupulosa Sexta! —le aseguró Petro. Mi amigo sabía ser astuto y retorcido, cuando se lo proponía—. Sólo es un par de muchachos a los que he pedido que echan una mano cuando

terminasen otro asunto. Pero parece que no han podido alcanzaros hasta este preciso momento...

A pesar de sus palabras, todo el mundo se dio cuenta de que aquel par de muchachos habían seguido a la Sexta y a su casi prisionero... y de que los hombres de la Sexta no habían alcanzado a advertir que los estaban observando. Deberían haberse dado cuenta, pues podría haberse tratado de una emboscada. Dejamos el asunto allí, antes de que las cosas se volvieran demasiado delicadas.

Estaba a punto de suceder algo.

Por un instante, se creó una atmósfera fuera de lo normal. Luego, todo el mundo se puso tenso y vigilante. La puerta del carruaje se abrió con un crujido. Y por ella asomó Balbino.

## V

Siempre la misma sorpresa: uno se topa de cara con un poderoso jefe del crimen y le parece tener ante sí a un vendedor de encajes y cintas. Balbino Pío medía cinco pies y tres dígitos; decididamente, no era un hombre de gran estatura. Sus ojos le llegaban a la altura del gaznate y no parecía reparar en que la mayoría de los militares presentes le sacaba más de un palmo. Tenía una cabeza ovalada, un rostro inexpresivo, unos ojos inquietos y una expresión nerviosa, cada vez más próxima a la estupefacción. Su porte, en cambio, era calmado y tan poco amenazador como el de una mariquita.

Cubría sus hombros hundidos con una pulcra túnica blanca y una capa corta de color gris, cuidadosamente prendida en el hombro izquierdo mediante un broche redondo de oro con cinco granates engastados. Su piel, sonrosada y de aspecto saludable, era visible en la coronilla a través de la corta y rala pelusilla que cubría su cráneo casi calvo; las zonas más pobladas de cabello, encima de las orejas, aparecían engominadas con alguna loción discretamente seductora. Calzaba botas de viaje de cuero gris oscuro. En uno de los dedos lucía un sello de oro, un grabado griego de una mujer alada que conducía un carro de cuatro caballos. En las manos llevaba dos anillos más, como adorno: uno con incrustaciones de zafiros y ópalos y el otro, de calado, trabajado a partir de una placa de oro con granulaciones añadidas. Lucía el aro de oro liso y ancho del rango medio y no portaba armas.

Me molestó sobremanera, igual que a Petro, ver que Tibulino, Arica y algunos otros miembros de la Sexta se adelantaban y le estrechaban la mano, deseándole buen viaje. Incapaz de tolerarlo, los demás apartamos la mirada y lanzamos murmullos de desaprobación. Nos resistimos a participar en la conversación, a entrar en el juego. Acabábamos de presenciar una muestra de la complacencia en la que florece la corrupción.

—¿Cómo puedes hacer eso, Arica? —le recriminó Martino, pues Arica había llegado al extremo de dar unas palmaditas en la espalda a Balbino, como si se despidiera de su propio primo que se marchaba al Ejército. Martino no se mordía la lengua jamás.

—No cuesta nada ser educado. —La Sexta había vigilado los movimientos de Balbino desde la celebración del juicio. El contacto debía de haber sido inevitable.

Una vez entregado en nuestras manos el encargo, todo el grupo de la Sexta empezó a retirarse. Tan pronto los vio estrechar la mano del criminal, Petronio Longo dejó de lado cualquier pretensión de que aquélla era una misión conjunta. Su buen carácter habitual desapareció radicalmente; nunca lo había visto tan serio. El resto de la escena quedó en manos de mi amigo y del resto de la Cuarta. Una vez la Sexta hubo efectuado el relevo formal, desapareció rápidamente del muelle.

No dije nada, pero tuve la sensación de que a Petro le habían estropeado su noche triunfal.

Los libertos habían subido todo el equipaje a la nave y se quedaron a bordo. Vimos a los marineros ocupar sus puestos en los cabos de amarre. El capitán se asomó a lo alto de la escalerilla, impaciente por zarpar con la brisa y las primeras luces del día. Ninguno de nosotros hizo el menor ademán de buscar a Lino. Era mejor olvidar su presencia.

La nave era un espacioso mercante llamado *Afrodita*. Balbino estaría bien provisto: había un camarote para el capitán y los viajeros importantes, una letrina colgando sobre la popa e incluso una cocina en la que podían prepararse buenos platos. La *Afrodita* era una vez y media mayor que el barco en el que Helena y yo habíamos regresado de Siria. Tenía que ser una embarcación muy resistente, para hacer tan larga travesía en una fecha tan tardía.

Balbino hizo un gesto dubitativo, como si no estuviera seguro de qué se esperaba de él.

—¿Subo a bordo y a?

Sus dudas no se prolongaron mucho tiempo. Petronio Longo se plantó delante de él, flanqueado por Martino y por mí mismo.

Los demás miembros de la patrulla se arremolinaron alrededor en un círculo cerrado.

—Sólo unas pequeñas formalidades. —Era evidente que, una vez bajo custodia de la Cuarta Cohorte, se habían acabado los apretones de manos y las muestras de confraternización—. He esperado mucho tiempo, Balbino —murmuró Petro.

—Sin duda, has cumplido tu misión, oficial. —Las palabras del hampón estaban cargadas de reproche. Su aspecto seguía siendo el de un comerciante de galones para túnicas..., uno al que acabaran de comunicar, para su perplejidad, que sus fantasías egipcias bordadas habían desteñido y habían manchado de carmesí una decena de togas en alguna ostentosa lavandería—. ¡Pero soy inocente de los delitos de que he sido acusado!

—¡Todos decís lo mismo! —se lamentó Petronio, dirigiéndose al cielo con desesperación—. ¡Dioses, me fastidia esta hipocresía! Un delincuente como es debido respeta siempre una detención bien hecha. Se encoge de hombros y acepta que lo han cogido. Pero vosotros, los que os las dais de inocentes, siempre

tenéis que fingir que os resulta inconcebible que alguien pueda cometer un error tan terrible con vosotros. Os convencéis de que, en una sociedad civilizada, lo único que importa es que los hombres como vosotros continúen sus negocios sin interferencias de estúpidos entremetidos como nosotros. Entremetidos que no comprenden. —Petronio encajó la mandíbula con tal fuerza que creí oír cómo crujían sus muelas—. ¡Pero yo comprendo! —añadió con una sonrisa de desprecio—. ¡Comprendo muy bien lo que sois todos vosotros!

El acceso de cólera no tuvo el menor efecto en Balbino. Sus ojos, cuya intensidad no pasaría inadvertida a cualquiera, se volvieron hacia mí. Parecía darse cuenta de que yo era ajeno a la Guardia y esperar de mí cierta comprensión. Antes de que pudiera ponerse a gimotear, intervine:

—Has tenido tu oportunidad. Has gozado de un juicio con jurado en la tranquilidad de la Basílica. Seis jueces. Un jurado de tus iguales, que ha escuchado el relato de tus actividades sin permitirse vomitar de asco. Un juez que, incluso al dictar sentencia, se ha mostrado cortés. Todo ello mientras, fuera, tus bandas callejeras seguían arrebatando sus honradas ganancias a los comerciantes del mercado y estafaban sus magros ahorros a ancianas casi indigentes. Los hombres que se atrevían a resistirse a tus ladrones terminaban desangrados en cualquier zanja. Las esclavas eran vendidas por sus irritadas dueñas para dedicarlas a la prostitución después de que tus secuaces les robaran el dinero de la compra...

Petronio hizo un leve gesto e interrumpí mi perorata.

—¿Deseas decirme algo más acerca de tus actividades? —La petición de Petronio era puramente formal. Una vana esperanza.

—Soy inocente —declaró Balbino con solemnidad.

La respuesta de Petro fue menos sarcástica de lo que yo esperaba:

—¡Ah!, por un momento he pensado que ibas a sorprenderme y reconocer algo.

Sus hombres dieron muestras de irritación. Estaban impacientes por replicar al hampón, por oír algo que los hiciera sentir bien, pero Petronio se limitó a extender la mano, con la palma hacia arriba.

—Puedes quedarte lo que llevas puesto, pero te requiero el anillo ecuestre.

Balbino Pío obedeció como un autómatas. Tiró del aro que simbolizaba la posición social de la que había sido desposeído y lo deslizó con esfuerzo por los nudillos. Antes de sacarlo definitivamente, dirigió una nueva mirada de desconcierto.

—¿Me extenderás un recibo?

—No es necesario. —Petronio tomó el anillo de oro entre el pulgar y el índice como si le produjera repugnancia. Lo colocó de canto sobre un noray y levantó una bota. Una suela de numerosas capas de cuero de más de una pulgada de grosor, claveteada de hierro y moldeada por el duro uso en dobleces y arrugas

que seguían el contorno del pie de Petro, pisoteó el anillo. Después de haberlos sufrido en bastantes ocasiones durante nuestras borracheras, yo sabía que un pisotón a conciencia de mi antiguo compañero de tienda merecía respeto.

Petro aplastó el anillo hasta convertirlo en un amasijo inútil. Entonces, con una sonrisa de desprecio, se lo devolvió. El Estado podía privarse de aquel oro.

—¡Cómo estás disfrutando! —comentó Fúsculo, como si regañara a su jefe. Dotado de cierto humor irónico, Fúsculo debía de ser el sensible.

—Disfruto con la idea de que no volveré a ver a ese cabrón nunca más.

—¡Despójalo de sus derechos! —Esta vez fue Martino quien intervino, siempre ávido de escenas dramáticas y dotado de la sensibilidad de una salamandra muerta.

Petronio Longo cruzó los brazos. Por muy complacido que afirmara estar, su voz sonaba cansada:

—Tiberio Balbino Pío, eres reo de crímenes capitales. Las leyes de Roma te conceden tiempo para escapar. Es tu única prerrogativa. Has perdido la ciudadanía romana. Ya no posees el rango ecuestre ni los honores correspondientes a él. Tus propiedades se han repartido entre el Tesoro y tus acusadores. Tu esposa, hijos y herederos han sido desprovistos del derecho a reclamaciones futuras. Debes expatriarte fuera del Imperio y no regresar jamás. Pesa sobre ti la pena de muerte si pones pie en cualquier territorio gobernado por Roma.

—¡Soy inocente! —gimoteó Balbino.

—¡Basura! ¡Eso es lo que eres! —rugió Petronio—. ¡Sube al barco antes de que me ciegue y...!

Balbino le lanzó una mirada vengativa y se encaminó directamente a la nave.

## VI

Petro y yo volvimos al embarcadero por la mañana. Habíamos pasado unas pocas horas dormitando en el banco de una taberna que resultaba mínimamente más acogedora que el tugurio de la madrugada anterior. Mientras descansábamos, el escenario había cambiado drásticamente. A la luz del día, los muelles estaban llenos de gente; después de la noche larga y exasperante, el bullicio resultaba aturdidor.

Mientras buscábamos el *Providencia*, que me había devuelto a casa desde Siria, contemplamos en toda su amplitud el gran recinto portuario construido por el hombre. Aquello era el puerto. Claudio había iniciado el cierre de los espectaculares amarraderos que sustituían el antiguo recinto portuario de Ostia, distante dos millas e inutilizado por la acumulación de sedimentos. En los últimos tiempos, únicamente las barcazas de poco calado podían utilizar el viejo puerto. El nuevo había tardado varias décadas en construirse desde que Claudio hundiera el primer rompeolas, un buque enorme utilizado en una ocasión para transportar un obelisco para Calígula. Ese pecio era ahora la base de una mole de trescientos palmos de altura que resistía los embates del tiempo y sostenía el faro, de tres pisos, cuyo fuego constante anunciaba desde la bocana del puerto que aquél era el centro de la navegación del mundo: sesenta hectáreas de amarres protegidos a los que llegaba todo el comercio del Imperio, dispuesto a escupir las tasas portuarias correspondientes. Yo había pagado las mías como buen ciudadano y cuñado de un funcionario de aduanas a quien le gustaba hacer preguntas indeseadas. Mi presencia allí tenía por objeto hacerme cargo de mis mercancías.

El ambiente era mucho más ruidoso que la noche anterior. Por la carretera que cruzaba los huertos y los cultivos de flores y por el canal de Claudio (que necesitaba urgentemente una buena limpieza y un ensanchamiento), venían ya los trabajadores de las instalaciones: funcionarios, inspectores de aduanas, propietarios de embarcaciones y mercancías, todos ellos mezclados en los muelles con pasajeros y mozos de cuerda. Petro y yo estábamos cansados y la situación se nos hacía rara. La gente nos apartaba a empujones y nos maldecía sin reparar en quiénes fuésemos. De algún modo, el revuelo de los embarcaderos nos privaba de nuestra autoridad normal.

—Lamento haberte metido en esto —dije a mi amigo con pesar. Sin embargo, Petro se lo estaba tomando bien. Aquél no era en modo alguno el peor

enredo en que habíamos estado. Balbino nos había puesto de mal humor y nos alegramos de borrarlo de nuestros pensamientos. Nos aplicamos al comercio como héroes por cuenta de mi padre, el subastador. El viejo me irritaba pero, al menos, nos había proporcionado la oportunidad de hacer una escapadita a la costa.

La actividad habitual de mi padre iba a causarme problemas. Desde el día en que se había marchado de casa, cuando yo todavía vestía la túnica infantil, todo lo que hacía contaba con mi desprecio más profundo. Nunca trataba con él, si podía evitarlo, pero mi padre tenía una especial habilidad para entremeterse en mi vida por mucho que me esforzara en evitarlo.

Al viejo ni se le había ocurrido pedirme que lo ayudara a hacer dinero con mi viaje a Siria. Al enterarse de nuestro exótico destino, encargó de ello a Helena Justina. Mi novia, hija de un senador y criada como tal, consideraba a mi padre un pícaro simpático y me acusaba de ser demasiado severo con él. Quería que fuéramos amigos, y ello daba pie a mi padre para tratar de embarcarla en cualquier plan tortuoso, sobre todo si podía hacerlo a mis espaldas.

Aunque afirmaba estar arruinado (una alegación tan lastimosa como falsa), mi padre había conseguido despachar a Helena con instrucciones de llevarme a Tiro, si era posible, y con una carta de pago para su banquero por valor de doscientos mil sestercios. Helena tenía plenos poderes para gastar tan exorbitante suma. Sin duda, el viejo confiaba por completo en su buen gusto; en treinta años, nunca me había permitido disponer de tal cantidad de sus fondos privados.

Naturalmente, Helena y yo también habíamos invertido nuestro capital; no tenía sentido viajar a uno de los mercados más ricos del Imperio y no acudir a comprar gangas a las caravanas. Con el dinero de Helena, sobre todo, y con mis escasos ahorros, nos habíamos cargado con suficientes balas de seda como para vestir a todas las mujeres de nuestras familias como si fueran bailarinas partas y aún sobraría una parte para vender. El ex marido de Helena era importador de pimienta, de modo que evitamos dicha especia, pero, aparte de ésta, había muchas otras que podíamos llevar a Roma en barriles que bullían de aromas adictivos. Habíamos comprado incienso árabe y otros perfumes, y yo había adquirido unos cuantos extras en los mercados mientras Helena estaba distraída. Y finalmente, cuando ya me veía emprendiendo el viaje de vuelta, Helena Justina me había forzado a comprar cristalería para mi padre.

Me había obligado a ocuparme de la transacción aunque ella misma había manejado un ábaco portátil con una destreza que provocaba el sudor de los comerciantes. De escoger los productos también se encargó ella. Helena tenía buen ojo para la cristalería. A fuer de sincero, debo reconocer que el vidrio era un producto codiciado y que mi padre sabía lo que hacía. Entre la carga había cuencos y botellas, jarras y jarrones en delicados tonos rosa, verdes metálicos y azules intensos, vasijas con serpientes de vidrio fundido que se enroscaban a sus

elegantes cuellos, minúsculos frascos de perfume como pequeñas palomas y jarras de pico doblado, cubiertas de refinados grabados. También había cristal de camafeo, a un precio que rivalizaba con el del incienso. Incluso había espectaculares vasijas funerarias.

Todas estas piezas constituían una carga engorrosa y habíamos vuelto a casa con el corazón en un puño por la seguridad de las frágiles copas y fuentes de mesa. Hasta donde alcancé a supervisar, todo seguía entero cuando arribamos a puerto en el *Providencia*. Lo único que quedaba era transportar la carga río arriba hasta Roma. Si quería seguir siendo el semidiós privado de Helena, tenía que asegurarme de que los fardos no sufrieran daños.

Todas nuestras mercaderías habían sido conducidas a Ostia en mulas y yo había contratado una travesía Tiber arriba en una barcaza que zarpaba aquella mañana. Me sentía al borde del ataque de nervios por culpa del maldito cristal de mi padre. No tenía ninguna intención de soportar que me recriminara el resto de sus días ser el hijo que había hecho añicos el equivalente a doscientas mil piezas de plata. Aquello tenía que hacerse bien.

Petronio, un amigo siempre leal, había mostrado cierta comprensión por el asunto, pero le faltaba el interés directo que yo tenía en el tema y no se lo podía recriminar. Ya me costaba suficiente esfuerzo a mí tener que interesarme por cuidar las plusvalías comerciales de otro. Sólo el orgullo en juego de Helena me impulsaba a dar cumplimiento a su encargo.

Tuvimos dificultades para encontrar transportes. Nos proponíamos llevar la carga de cristal al puerto viejo utilizando el canal. Algún idiota (yo) había considerado que era el mejor camino. Pero nadie nos quiso alquilar una barca para ir allí. Al cabo de un par de horas de súplicas infructuosas, Petro me había dejado en el embarcadero con instrucciones de seguir buscando un esquife mientras él hablaba con el personal del puerto, mencionaba su cargo oficial como si tal cosa y, con un poco de suerte, conseguía que le indicaran algún remero de confianza.

Tardó tanto en volver que supuse que había ido a desayunar sin mí. Si tenía suerte, aparecería con un panecillo aplastado y una loncha de queso tierno y un puñado de aceitunas, pero lo más probable era que el muy bribón volviera silbando y sin un comentario. Magnífico. El cristal había sido descargado del *Providencia* y aguardaba en el embarcadero, de modo que no me podía mover de allí.

Estaba harto. Intenté sentarme en un noray, pero esos postes no están pensados para acomodar posaderas. Entre los chillidos burlones de las gaviotas, maldije a mi padre e incluso murmuré imprecaciones contra Petronio. Allí estaba, perdiendo el tiempo sin haber podido pasar un solo día completo en Roma desde mi vuelta. La obsesión de Petro por Balbino Pío nos había privado a Helena y a mí de nuestra ansiada primera noche juntos en nuestra propia cama. Mi

padre, recostado con las botas sobre una mesilla, me había dicho que estaba «demasiado ocupado» para visitar Ostia y había dejado en mis manos el traslado de sus mercancías, lo cual ya me había costado suficientes problemas. Además, si conocía al viejo, se apoyaría en eso para negarle a Helena su comisión como agente. Suponiendo, claro está, que mi confiada novia hubiera negociado alguna comisión, para empezar.

Ya estaba decidido a arrojar el cristal al fondo del puerto a patadas, cuando el destino se apiadó de mí. Un par de tipos que pasaban en una barca de aspecto firme me saludaron y me preguntaron si buscaba transporte para mis mercaderías. Estuve encantado de oírles aunque, después de siete años de actuar como informante, acogí la propuesta con la natural cautela.

Con modales corteses, les hice algunas preguntas. Por suerte, me ofrecieron las respuestas pertinentes: eran miembros del gremio de remeros y propietarios de la embarcación que tripulaban. Parecían conocer su oficio. Sus nombres, que insistí en conocer, eran Cayo y Flosis. Acordamos un precio y empezaron a cargar mis preciados fardos con todo el cuidado que les exigía. Había gran número de paquetes y, cuando terminaron, entre lamentaciones y disculpas me indicaron que la barca no admitía más peso. En efecto, la borda apenas se alzaba de la superficie del agua.

Si quería tomar la barcaza, debía darme prisa. Cayo y Flosis parecían tan preocupados de que yo pensara que perdía el pasaje por su culpa que, a regañadientes, accedí a su propuesta de llevar la carga a Ostia sin mí, mientras yo hacía el trayecto por tierra en alguno de los coches de alquiler. Nos encontraríamos en la barcaza. Ellos mismos sugirieron que no les pagara hasta entonces. Tal muestra de honradez por su parte me decidió a cerrar el trato.

Cansado y satisfecho de poder solucionar el tema sin la ayuda de Petro, que podía ser muy arrogante para los tratos comerciales, habría estado dispuesto a asentir a cualquier propuesta. Los hombres soltaron amarras y les dije adiós.

Todavía en el embarcadero, miré a mi alrededor en busca de mi amigo y distinguí otra lancha. En ella venía Petro, que debía haber encontrado a Fúsculo en algún rincón. Agité la mano con impaciencia. Ahora tendría que explicar a la segunda tripulación que ya no necesitaba sus servicios y, si conocía las normas del gremio de remeros de Ostia, los hombres me exigirían una indemnización.

Mientras esperaba a que llegara la lancha de Petro, los remeros que la movían empezaron a lanzar voces airadas, a las que pronto se unió la de mi amigo. Sus hombres empezaron a bogar a toda velocidad hacia la barca de Cayo y Flosis. Éstos intentaron apresurar su marcha. Luego, para mi sorpresa, los dos hombres dejaron los remos, se arrojaron por la borda y nadaron rápidamente hasta el embarcadero, a cierta distancia de donde me encontraba, para desaparecer a toda prisa por el muelle.

Al darme cuenta de que había sido víctima de un engaño, me sentí como si

hubieran arrojado sobre mí una carretada de arena mojada.

Al instante siguiente, surgía de mi boca un grito de alarma por el preciado cargamento de mi padre. Por fortuna, el puerto interior estaba bien abrigado; la superficie del agua era un espejo y, en aquel instante, no se veía maniobrar a ningún buque de gran tamaño. Cuando Cayo y Flosis se arrojaron por la borda, la barca abandonada se meció violentamente, pero se mantuvo a flote. Petronio saltó a ella desde su propia lancha, se hizo con el control de la barca de los timadores y aproximó ambas embarcaciones para que Fúsculo pudiera transbordar también. Petronio empuñó los remos y, bogando despacio, me trajo de vuelta los fardos. Mientras tanto, sus dos remeros apresuraron la marcha hasta la orilla y, todavía entre gritos, saltaron a tierra y echaron a correr tras Cayo y Flosis.

Aquel par de ladrones me traía sin cuidado; lo único que importaba era el tesoro de mi padre. Petronio me echó un cabo mientras Fúsculo movía la cabeza y comentaba que me había salvado por los pelos.

—¡Desde luego, te habían timado bien! Un magnífico ejemplo del timo del barquero —añadió con aire experto.

—¿Ah, sí?

—Los tipos roban una barca y se dedican a merodear por los muelles en busca de un incauto que acabe de llegar al puerto y necesite transportar sus pertenencias a alguna parte. Ha sido una suerte que nuestros remeros, dos hombres honrados, hayan reconocido la barca. Pertenece a un amigo suyo y, al verla, han deducido enseguida que tus dos héroes la habían robado.

No quise oír más detalles deprimentes, pero le tendí la mano para ayudarle a volver a tierra firme.

—Eres un experto en trucos sucios, ¿verdad, Fúsculo?

—Nuestro amigo es un aplicado estudiante de los bajos fondos —me comentó Petro con una sonrisa. Por fortuna, era demasiado amigo mío como para reírse abiertamente de mi metedura de pata.

—Balbino tenía una banda especializada en este callejeo por los muelles en la zona del Emporio —apuntó Fúsculo—. Te sorprenderías, Falco, si supieras con qué facilidad se puede engañar a un viajero cansado...

—No me sorprende en absoluto —refunfuñé.

Los dos remeros que habían dado la alarma con la que se había evitado el desastre regresaron sin haber conseguido atrapar a Cayo y Flosis. Descargamos la mitad de la cristalería de la primera barca y trabajamos de firme para trasladarla a la segunda lancha, de modo que el peso quedara repartido entre ambas embarcaciones. Finalmente, empezamos a remar.

Petronio, Fúsculo y yo no nos separamos de la preciada carga hasta que llegamos a la barcaza de Ostia. No volví a relajarme un poco hasta que hube supervisado el traslado a bordo del último fardo. Agotados por nuestras aventuras,

nos tumbamos en cubierta bajo el sol de otoño mientras la barcaza iniciaba la lenta navegación de los bajíos, avanzando contra la corriente del fangoso Tíber en dirección a Roma.

## VII

Helena Justina no me había oído llegar. Estaba atando los zarcillos de mi rosal trepador, un arbusto largo y desangelado que luchaba por obtener agua y nutrientes en el estrecho balcón de mi piso, en la sexta planta del edificio. Durante unos instantes, pude contemplar a mi novia mientras ella seguía totalmente ajena a mi presencia.

Helena era alta, de porte erguido, semblante serio y cabellos oscuros. Faltaban seis días para su vigésimo sexto aniversario. Cuando la había conocido, la vida de casada, rodeada del lujo más extremo pero con un joven senador insensible por esposo, la había vuelto resabiada y áspera. Acababa de divorciarse y había dejado muy claro que, en adelante, quien volviera a ponerse en su camino sería debidamente apartado a patadas. No me preguntéis cómo solventé ese problema, pero las memorias que un día pueda escribir prometen ser bastante divertidas.

Para mi asombro, dos años de sobrevivir a escándalos y estrecheces a mi lado habían ablandado aquel duro caparazón. Tal vez era por ser amada. En aquel momento, mientras hacía una pausa para chuparse el pinchazo de una espina en la yema del pulgar, producía una sensación de gran sosiego. Su mirada se perdió en la distancia, inconsciente de sus propios pensamientos.

No me había movido ni había hecho el menor ruido, pero Helena se volvió rápidamente.

—¡Marco!

Nos abrazamos. Hundi el rostro en la suavidad de su cuello y emití un gemido de gratitud por el modo en que su rostro, firme y dulce, se había iluminado de placer al advertir mi presencia.

De todos modos, me asaltó una preocupación. Tendría que instalar una campanilla en el interior de la puerta de la casa para que no pudiera colarse nadie más como acababa de hacer yo. El edificio en el que vivíamos era un territorio sin ley ni orden. Tal vez necesitaría encontrar un lugar mejor para vivir.

Helena parecía cansada. Los dos estábamos todavía bajos de energías después de nuestro viaje desde Oriente. Al efectuar mi entrada y cruzar la habitación exterior, advertí que mi novia había dedicado el tiempo que yo había estado en Ostia a desembalar el equipaje y ordenar la casa. Tal vez mi madre o alguna de mis hermanas se habría presentado para ofrecerse a echar una mano,

pero no hacían más que estorbar y lo más probable era que Helena las hubiera despedido tras una taza de té de canela y unas cuantas anécdotas del viaje. Helena no se andaba con zarandajas. Le gustaba hacer las cosas a conciencia... y luego olvidarse de ellas.

La llevé hasta el desvencijado banco de madera, que me pareció peor aún de lo que recordaba. Me incliné con una maldición, recogí del suelo un fragmento de teja rota (lo cual significaba, probablemente, que había una nueva gotera en alguna parte) y conseguí nivelar las patas del banco. Por fin, tomamos asiento y, abrazados, contemplamos el río plácidamente.

—¡Qué buena vista!

—Te encanta volver a casa, Marco... —Helena sonrió.

—Volver a tu lado es lo mejor de todo.

Como de costumbre, Helena hizo caso omiso de mi cumplido... aunque, como de costumbre, percibí que le agradaba oírlo.

—¿Y el asunto de Ostia? ¿Todo salió bien?

—Más o menos. Hemos llegado a Roma hace una hora. Finalmente, mi padre se ha dignado demostrar cierto interés; una vez me he encargado del trabajo duro, ha aparecido él para hacerse cargo de todo en el Emporio. —Por suerte, mi padre vivía literalmente pegado a la ribera, bajo el risco del Aventino y a apenas un paso de los muelles—. Ya tiene su cristalería; por lo tanto, asegúrate de que te paga una comisión como agente.

Helena esbozó una especie de sonrisa al escuchar mi recomendación.

—¿Consiguió Petronio lo que se proponía? ¿Y piensas contarme ahora a qué venía tanto alboroto? ¿Qué habéis hecho?

—Enviar al exilio a un condenado.

—¿Un auténtico malhechor? —Helena levantó las cejas al captar el tono seco de mi respuesta.

—De la peor ralea —asentí. A Petronio Longo le espantaría la despreocupación con la que compartía aquella información. Yo sabía que Petro no le comentaba nunca a su mujer nada relacionado con el trabajo. Helena y yo siempre habíamos discutido las cosas; para mí, el asunto del hampón no habría terminado hasta habérselo confiado a Helena—. Un tal Balbino Pío. Comprobamos que subía al barco, y uno de los hombres de Petro lo acompaña de incógnito como tripulante para asegurarse de que no salta a tierra antes de tiempo. Por cierto, he invitado a Petro y a Silvia a cenar cuando estemos instalados otra vez. ¿Todo está en orden, por aquí?

No me molesté en pasear la mirada por la habitación desnuda que tenía a mi espalda: una mesilla, tres taburetes bajos, estanterías con unos cuantos tarros, cazuelas y jarras y una mesa de cocina casi inutilizable.

—¡Oh, sí!

Durante los seis meses anteriores, mi hermana Maya había subido los seis

pisos valientemente para comprobar que no había entrado nadie y que Esmaracto, el cerdo que teníamos por casero, no había intentado su treta habitual de sacar un dinero extra subarrendando la vivienda aprovechando mi ausencia. Maya también había regado las plantas del balcón y escardado las malas hierbas, aunque ya me había advertido que no estaba dispuesta a cuidar del rosal, pues estaba convencida de que lo había plantado con el único objeto de tener flores baratas para seducir a las chicas. Todas mis hermanas eran injustas por naturaleza.

Me ocupé del pulgar de Helena y extraje la espina con la debida presión de la uña. Con la otra mano, la derecha, acaricié la cicatriz de su antebrazo donde, hacía dos meses, le había picado un escorpión en el desierto de Siria.

—Tu herida de guerra me causará problemas —murmuré. Tanto el noble padre de Helena como mi propia madre me harían responsable de llevármela a una provincia tan peligrosa y traerla de vuelta con una marca para toda la vida... Y cabía la posibilidad de que otra nueva situación disparara la alarma de nuestras respectivas madres. Recién llegado a casa tras un largo verano ausente, no tenía ganas de empezar a abordar ciertos asuntos, pero hice una inspiración lenta y profunda y tomé ánimos—. Aunque quizá me espera alguna cosa aún peor.

Helena no mostró la menor reacción. Eso me pasaba por andarme con tantos misterios.

—Creo que hay algo de lo que debemos hablar —insistí.

Esta vez, ella captó el mensaje en mi tono de voz y me miró con recelo.

—¿Qué sucede, Marco?

Inopinadamente, me oí a mí mismo murmurar:

—Empiezo a sospechar que voy a ser padre.

Fijé la mirada en el monte Janículo y esperé a que Helena aceptara o rechazara el comentario.

Helena guardó silencio unos momentos y, por fin, preguntó con calma y en un tono levemente áspero:

—¿Por qué dices eso?

—Por mera observación. —Intenté que mi voz sonara impertérrita—. Al fin y al cabo, encajar las probabilidades con las pruebas tangibles es mi especialidad.

—¡Bien, seguro que sabes lo que dices! —Helena adoptó el tono de voz de un ama de casa irritada cuyo mayordomo acaba de acusar a un esclavo predilecto de saquear la bodega del vino—. ¿Y cómo supones que sucedió?

—¡De la manera natural! —Esta vez, no pude disimular la irritación. Sólo podíamos echarnos la culpa a nosotros mismos. Había sido el típico fallo en las medidas preventivas del embarazo; no del alumbre en cera que fallaba a todo el mundo, sino de una pareja que se había despreocupado de utilizarlas.

—¡Oh! —exclamó ella.

—¡Sí, oh! Me refiero a cierta ocasión en Palmira...

—Recuerdo la fecha y el momento.

Como me temía, la respuesta de Helena no rebosaba de entusiasmo, precisamente. Se me ocurrió que el contacto reconfortante con la cicatriz del escorpión podía ser mal recibido; retiré la mano y crucé los brazos. De nuevo, dirigí la mirada más allá del Tíber, hacia el monte Janículo, donde soñaba poseer una mansión algún día, si el destino olvidaba alguna vez su especial predilección por mí cuando buscaba a alguien a quien atormentar con sus mazazos. Pero, en realidad, las posibilidades de que un día fuera dueño de una casa tranquila y espaciosa en aquella parte de la ciudad eran ridículamente escasas.

—Sé que tienes que pensar en tu posición en la sociedad —le dije con un tono más severo de lo que era mi intención—. La reputación de tu familia y, por supuesto, la tuya propia... —Helena no me ayudó con el menor comentario, lo cual me impulsó a soltar una impertinencia—: No te pido que sigas conmigo.

—¡Pues claro que voy a seguir! —replicó Helena, casi con acritud.

—¡Es mejor que no te comprometas! —le advertí—. Cuando hayas tenido tiempo de reflexionar, puede que no te sientas tan a gusto con la situación.

Helena y yo no estábamos casados. Ella estaba dos rangos por encima de mí y no podríamos celebrar nuestra boda jamás, a menos que lograra convencer al emperador para que me ascendiera al rango medio..., una petición que ya me habían negado en una ocasión. Uno de los césares había rechazado mi petición, a pesar de que me había ganado buen número de favores en Palacio y de que mi padre me había prestado el dinero necesario. La humillación de aceptar el préstamo de mi padre había sido muy dura y me dije que, ahora, Palacio me debía más que favores.

Pero Palacio quedaba lejos, de momento. Estaba metido en un lío. Se suponía que un plebeyo no debía acostarse con la hija de un senador. De haber sido un esclavo, haría mucho tiempo que sería pasto de los gusanos. No existía un esposo que se pudiera sentir ofendido, pero el padre de Helena tenía derecho a considerar nuestro delito asimilable al adulterio. Y a menos que me confundiera respecto a las tradiciones más antiguas de nuestra tradicionalísima ciudad, éste le daba derecho a ejecutarme con su propia mano. Por suerte, Camilo Vero era un hombre reposado.

—¿Y tú, Marco, cómo te sientes?

Por suerte, mi vida como informador me había entrenado a evitar decir lo que sentía cuando con ello sólo podía crearme problemas.

Helena se encargó de llenar el silencio con una irónica imprecación al cielo:

—¡Marco es todo un hombre! ¡Desea un heredero, pero no quiere un escándalo!

—¡Por poco! —Lo dije con una sonrisa, como si estuviéramos bromeando. A ella no se le escapó que rehuía el tema. Con una expresión grave, cambié de

argumento—: No soy yo quien tiene que pasar el embarazo y los peligros del parto. —Por no hablar de soportar el extremo interés público—. Lo que yo piense es secundario.

—¡Vaya! Eso sería toda una novedad... Tal vez no suceda nada —apuntó Helena.

—Pues a mí me parece muy claro. —Helena ya había estado embarazada. Había concebido un hijo mío y lo había perdido antes incluso de decírmelo. Al enterarme, había jurado que nunca más me excluiría de sus decisiones y, creedme, no me había sido fácil mantener la palabra. Helena era una de esas mujeres que se enfurecen si se notan observadas—. Bien, el tiempo dirá si tengo razón.

—Y tenemos mucho tiempo —murmuró ella.

«¿Tiempo para qué?», me quedé pensando. El niño, por supuesto, sería ilegítimo. Adquiriría el rango de su madre, algo absolutamente inútil sin un linaje prestigioso por parte de padre que citar junto a la ascendencia materna. Los esclavos libertos tenían más futuro.

Si llegaba el caso, seríamos capaces de salir adelante. Probablemente, lo que nos fuera a separar, de un modo u otro, sucedería antes de que el pobre pequeño naciese.

—No quiero perderte —declaré de pronto.

—No me perderás.

—Mira, creo que es justo que te pregunte qué quieres hacer.

—Marco... —Helena había fruncido el entrecejo—. ¿Marco, por qué no puedes ser como otros hombres, que no quieren afrontar las cosas? —Tal vez bromeaba, pero su semblante era serio. Reconocí su expresión: no estaba dispuesta a pensar en el asunto. No tenía intención de hablar.

—Déjame decirte lo que debo. —Intenté hacerme el hombre de la casa, consciente de que, normalmente, cuando lo intentaba terminaba dando risa—. Te conozco; esperarás a que me marche al Foro y entonces te preocuparás en privado. Si decides emprender alguna acción, intentarás llevarla a cabo tú sola. Tendré que salir a perseguirte como un muchacho de granja que se ha despistado en el mercado cuando el carro de la familia ha partido de regreso a casa...

—No tardarás en alcanzarlo —respondió ella con una leve sonrisa—. Yo también te conozco bien.

En aquel momento, recordé lo poco que sabía sobre lo que Helena había pasado, ella sola, en esa ocasión anterior. Era mejor no pensar en ello. Legalmente, cada día que retenía a Helena le estaba robando a su noble padre. Y cuando las consecuencias de nuestra aventura se hicieran visibles, Helena recibiría fuertes presiones para que regularizara su vida. La solución evidente para la familia sería un matrimonio concertado apresuradamente con algún senador demasiado estúpido como para enterarse de nada, o abiertamente

resignado.

—Helena, sólo quiero tu promesa de que, si hay que adoptar alguna decisión, me dejarás compartirla.

Ella soltó una inesperada carcajada, una explosión tensa y estentórea de seca hilaridad.

—¡Creo que ya tomamos nuestras decisiones en Palmira, Marco Didio!

El tono formal cortaba como un cuchillo. Y entonces, cuando ya pensaba que la había perdido por completo, se abrazó a mí.

—Te quiero muchísimo —exclamó e, inesperadamente, me besó.

No era ninguna respuesta.

Por otra parte, cuando la hija de un senador le dice a un plebeyo que lo quiere, el hombre tiene derecho a experimentar cierto orgullo. Al fin y al cabo, es muy normal dejarse seducir por una invitación a quedarse a cenar. Y había costumbres domésticas de carácter más pícaro que podían organizarse tras una cena con la hija de un senador, si uno lograba atraer a una de tales criaturas exóticas y gloriosas lejos de la casa de su noble padre.

## VIII

En mí, permitir que una mujer me hiciera cambiar de planes era pura costumbre. Al llegar la mañana, seguía decidido. Buen número de funcionarios ineficaces me había contratado para seguir a damas venales que los tomaban por idiotas, y estaba acostumbrado a que me ofrecieran favores sensuales a cambio de olvidar alguna misión.

Jamás había aceptado tales sobornos, por supuesto. Y, por supuesto, Helena Justina, aquella personalidad firme y ética, no intentaría jamás influir en mí por medios deshonorosos. Esa noche se acostó conmigo por la misma razón que lo había hecho siempre: porque quiso. Y al día siguiente, continué plantando cara a la situación frente a frente, porque eso era lo que yo quería.

Y Helena continuó rehuendo la respuesta. No había conseguido el menor progreso en mis esfuerzos por descubrir sus sentimientos, pero eso me parecía bien. Las motivaciones de Helena desafiaban cualquier predicción y por eso me había enamorado de ella: estaba harto de mujeres predecibles. Por mi parte, yo era insistente. Tal vez por eso ella se había enamorado de mí.

Suponiendo que lo estuviera de verdad. Al recordar con un estremecimiento la noche anterior y cómo habíamos hecho el amor, me convencí de que sí y, al momento, dejé de preocuparme.

Me lavé la cara, me enjuagué la boca e hincé el diente trabajosamente a un mendrugo de pan duro. Pan del día anterior, pues vivíamos demasiado lejos de la calle como para comprar hogazas frescas para desayunar. Di unos sorbos a la infusión caliente que le estaba preparando a Helena. Mientras ella la tomaba, todavía adormilada en la cama, me puse una túnica que se había aderezado con una festiva rociada de agujeros de polilla y renové mi amistad con un viejo cinturón arrugado que parecía confeccionado con cuero del buey que utilizó Rómulo para medir Roma. Me llevé un peine a los rizos, encontré un nudo y decidí seguir con el peinado descuidado, a juego con mis ropas informales. Di lustre a las botas y afilé el puñal. Hice recuento de mis escasas monedas —una tarea muy rápida— y ajusté la bolsa al cinturón que llevaría aquel día.

Besé a Helena y colé las manos bajo la ropa de cama con aire juguetón. Ella aceptó la broma mientras murmuraba entre risas:

—¡Oh!, vete a lucir el bronceado oriental donde lo exhibís los hombres...

Esa mañana, mi novia aceptaba sin oposición que me marchara al Foro, a los

baños o incluso a los despachos imperiales. Estaba segura de que, cuando me hartara de la ciudad, volvería a casa con ella.

Después de una breve pugna con la puerta exterior, que había decidido atascarse, descendí la escalera cojeando, pues había tropezado con los dedos de los pies descalzos contra el quicio de la puerta. De nuevo en casa, pensé mientras mascullaba unas maldiciones. Todo seguía como lo recordaba.

Continué impregnándome de las familiares sensaciones que me producía el desvinculado bloque de viviendas; tras las cortinas y tabiques de sus cinco plantas me llegaron las voces airadas de los vecinos. Dos viviendas por piso; dos o tres habitaciones en cada vivienda; dos familias y media en cada una y hasta cinco o seis personas por habitación. A veces, el número de inquilinos era menor, pero en la vivienda había instalado un negocio, como el del pulidor de espejos y el del mariner. En ocasiones, una de las habitaciones era ocupada por una anciana que había sido la inquilina legítima y la cual quedaba casi olvidada entre el bullicio de los invasores a quienes Esmaracto había subarrendado parte de la vivienda « para ayudarla a pagar el alquiler». Esmaracto era un casero profesional. Nada de cuanto hacía tenía otro propósito que el propio beneficio.

Observé a un puñado de aficionados a pintarrajar las paredes, mientras garabateaban en los muros apenas enlucidos. Un olor como a perro mojado se mezclaba con el de la col hervida del día anterior. Al doblar un recodo a oscuras, me libré por muy poco de tropezar con un caballito con ruedas, un juguete infantil de cerámica que algún chiquillo había dejado olvidado y en el que podía haber resbalado, con el riesgo de partirme el espinazo. Dejé el caballito en un saliente, junto con un sonajero roto y una pequeña sandalia que ya estaba allí cuando partí hacia Siria.

La escalera terminaba en un hueco mal iluminado, bajo dos columnas que un día habían constituido el acceso a un pórtico. El resto de la hilera de columnas había caído y desaparecido hacía mucho tiempo; era mejor no pensar qué sucedía con las partes del edificio que las columnas ausentes debían sostener. Sin ellas, la mayor parte de la fachada quedaba abierta y permitía el acceso desde la lavandería de Lenia. Ésta era propietaria de toda la planta baja que, según ella, incluía lo que se tenía por acera y la mitad de la calleja sin empedrar conocida por « plaza de la Fuente». En aquel momento, el personal de la lavandería estaba haciendo la colada principal de la mañana y el aire cálido y húmedo procedente del local me golpeó cuando alcanzaba la calle. Varias filas de togas y túnicas empapadas colgaban ordenadamente a la altura del rostro, dispuestas a abofetear a cualquiera que intentase abandonar el edificio por asuntos legítimos.

Entré en la lavandería con espíritu de buena vecindad. El olor dulzón a orina, que se utilizaba para blanquear togas, vino a mi encuentro como un viejo conocido al que yo intentaba evitar. Todavía no había visto a Lenia pero, cuando otra voz pronunció mi nombre con una exclamación, la mujer asomó de entre el

humeante tumulto como un repulsivo escarabajo de la arena que se abriera paso hasta la superficie. Entre los brazos llevaba un montón de ropa arrugada que apretaba contra su barriga fofa, con la barbilla apoyada en lo alto de aquella carga maloliente. Lenia seguía tiñéndose los cabellos de un rojo poco satisfactorio que, después de los refinados tratamientos orientales con alheña, resultaba terriblemente pobre. El aire cargado de humedad adhería la larga túnica a varias partes de su cuerpo, lo cual producía un efecto nada agradable para un hombre de mundo como yo.

Con una exclamación afectuosa, avanzó hacia mí tambaleándose:

—¡Mirad! ¡El viento ha traído un moscón con el polvo de la calle!

—¡Oíd a Afrodita saliendo de la fuente y estornudando con las cenizas del brasero!

—¡Falco, mísero trotamundos!

—¿Qué hay de nuevo, Lenia? —repliqué en tono jovial.

—El negocio va mal y el tiempo amenaza.

—No es ninguna novedad. ¿Me he perdido la boda?

—¡No me pongas de mal humor!

La dueña de la lavandería estaba prometida en matrimonio con Esmaracto. (Un acuerdo comercial: cada cual ansiaba el negocio del otro). El desprecio de Lenia hacia mi casero superaba el mío, incluso, aunque la mujer sentía un respeto religioso por el dinero del individuo. Yo sabía que había llevado a cabo una minuciosa auditoria antes de decidir que Esmaracto era el hombre de sus sueños. Lenia tenía unos sueños muy prácticos.

Pese a sus palabras, daba la impresión de que estaba decidida a llevar adelante el proyecto porque, tras las maldiciones de rigor, añadió:

—La boda será en las calendas de noviembre; estás invitado, siempre que me prometas armar una pelea entre los convidados y vomitarle encima a la madre del novio. —He visto bastantes cosas sórdidas, pero la idea de que mi casero tuviera una madre me dejó bastante perplejo. Lenia observó mi expresión y se rió ásperamente—. En la fiesta necesitaremos desesperadamente un poco de diversión. Los preparativos me están volviendo loca, Falco. Supongo que no querrás leer los augurios en la ceremonia, ¿verdad?

—¿Estás segura de que no necesitáis sacerdote?

Lenia soltó un alarido de ultraje:

—¡No confiaría nunca en uno de esos ruines bribones! No olvides que les he lavado la ropa interior. Ya tengo suficientes dolores de cabeza como para que me estropeen los augurios... Tú eres un ciudadano y estás en disposición de actuar como tal, si accedes.

—El deber de un hombre es rogar a los dioses por su propia familia — declamé, convertido bruscamente en experto en religiosidad.

—Te asusta el trabajo.

—Sólo intento librarne de él.

—Vamos, Falco, ya que vives en el mismo edificio...

—¡Nadie me avisó de que ello implicaría husmear en un hígado de cordero por cuenta del jodido casero! Eso no entra en el alquiler.

—Hazlo por mí, Falco...

—Yo no soy ningún excéntrico etrusco pronosticador del tiempo. —Mis protestas iban perdiendo fuerza. Lenia, mujer supersticiosa, parecía inquieta de verdad y mi antigua amistad con ella estaba a punto de cobrarse su precio—. ¡Ah...! Está bien, lo pensaré. Pero ya te he dicho desde el primer momento, mujer, que estás cometiendo un error.

—Y yo te he dicho muchas veces que te ocupes de tus asuntos —se mofó Lenia con su voz ronca y brutal—. He oído que habías vuelto de tus viajes... aunque es la primera vez que te molestas en entrar a saludarme.

—Tengo la cama ocupada. —Conseguí avanzarme a su sonrisa maliciosa.

—¡Cerdo escandaloso! ¿Dónde has ido esta vez? ¿Has sacado beneficios del viaje?

—A Oriente. Y no he vuelto rico, desde luego.

—No serás demasiado tacaño para decírmelo, ¿verdad?

—¡Lo que no voy a hacer es darle a Esmaracto la menor excusa para que me suba el alquiler! —Esto me recordó otra cosa—. Lenia, este muladar infecto se está poniendo imposible. Tendré que buscar otro lugar menos insalubre para vivir.

—¡Oh, Madre Suprema! —exclamó la mujer de inmediato—. ¡Marco está embarazado!

Desconcertado ante tal exhibición de perspicacia, me sonrojé... y con ello perdí cualquier posibilidad de disimular mi apuro.

—No seas ridícula —fingí con todo el descaro posible—. Sé cuidar de mí mismo.

—Didio Falco, te he visto hacer un montón de estupideces —era cierto; Lenia me conocía desde mis días de soltería—, pero nunca pensé que caerías en una cosa así.

Me tocó a mí el turno de decir que se ocupara de sus propios asuntos, y a Lenia, el de soltar una carcajada rebelde. Cambié de tema:

—¿Ese repulsivo prometido tuyo todavía es dueño de ese local decrepito del otro extremo de la calleja?

—Esmaracto no suelta nunca un feudo. —Y tampoco se preocupaba nunca de remozar un edificio al borde de la ruina. Como empresario, Esmaracto tenía el dinamismo de un caracol—. ¿Qué local, Marco?

—Ése del primer piso. El que anunciaba como «Apartamento reformado, cómodo e independiente por un alquiler módico; una auténtica ganga». ¿Sabes a cuál me refiero?

—¿Esa pocilga que Esmaracto lleva cuatro años anunciando en la pared de mi casa? No vayas a ser el imbécil que se la quede finalmente. El apartamento reformado y cómodo no tiene suelos siquiera, en la parte posterior.

—¿Y qué? Mi buhardilla del piso de arriba apenas tiene techo. Estoy acostumbrado a las privaciones. ¿Te importa si echo un vistazo al sitio?

—Haz lo que quieras —replicó Lenia con un bufido—. Y tal como esté, así lo encontrarás. Esmaracto no hará ninguna reparación más antes de que la ocupes. Anda corto de fondos.

—Por supuesto —asentí con una sonrisa—. Está a punto de casarse. Supongo que, estos últimos días, el viejo Esmaracto debe de estar fuera de sol a sol, enterrando sus bolsas de monedas en hoyos muy profundos en lejanos campos dispersos por el Lacio. Y, si tiene dos dedos de frente, seguro que después pierde el plano con su situación.

Advertí que Lenia estaba a punto de aconsejarme que me arrojara a la Cloaca Máxima y cerrara la trampilla detrás de mí, pero nos interrumpió la llegada de un mensajero más desconcertante de lo habitual.

Se trataba de una chiquilla rechoncha de unos siete años, con los pies grandes, la nariz muy pequeña y una expresión ceñuda que inmediatamente reconocí como parecida a la mía. Era una de mis sobrinas; no recordaba cuál de ellas, pero no cabía duda de que era un vástago de la tribu Didia. Parecía una hija de mi hermana Gala. Aquellas niñas tenían un padre verdaderamente inútil y salvo la mayor, que había tenido el buen juicio de marcharse de casa, las demás eran una cuadrilla menesterosa y lastimosa. Alguien había colgado uno de esos amuletos de testículos de toro en torno al cuello de la pequeña para protegerla del mal, aunque ese alguien no se había molestado en enseñarle a dejar en paz los pijos o a sonarse la nariz.

—¡Por Juno, llévatela de aquí, Falco! —rugió Lenia—. Mis clientes pensarán que van a coger algo...

—¡Largo de aquí! —fue mi jovial recibimiento a la pequeña.

—¡Tío Marco! ¿Nos has traído algún regalo?

—No.

Sí que los había traído, porque todos los retoños de mis hermanas necesitaban imperiosamente de un tío afectuoso y poco complicado que echara a perder sus personalidades con ridícula generosidad. No podía estropear sólo a los limpios y educados, aunque no estaba dispuesto a tolerar que los demás mocosos me tomaran por una presa fácil. Quien viniera a pedirme su camello de cerámica que movía la cabeza traído de Siria tendría que esperar una semana a que se lo diera.

—¡Oh, tío!

Me sentí miserable, como era su intención.

—Déjate de gimoteos. Escucha..., ¿cómo te llamas?

—Tértula —respondió la pequeña, sin mostrarse ofendida.

—¿Qué se te ofrece, Tértula?

—Me envía el abuelo.

—¡Maldición! En ese caso, no me has encontrado.

—¡Es urgente, tío!

—No tanto como rascarte el codo... ¡Ya voy!

—El abuelo me ha dicho que me darías una moneda por encontrarte.

—Pues te ha dicho mal —respondí, pero necesitaba argumentos más firmes, de modo que tuve que recurrir al chantaje—. Escucha, ¿no fueron ayer los idus? —Una consecuencia agradable del viaje a Ostia para ayudar a Petronio era que nos habíamos perdido el festival del Caballo de Octubre, que en otro tiempo había sido un carnaval desenfadado en torno a una carrera de caballos y últimamente era un auténtico caos callejero. También era el final de las vacaciones escolares oficiales—. ¿No deberías estar en la escuela? ¿Cómo es que no estás con los demás?

—No quiero ir.

—Tértula, ir a la escuela es un privilegio y debes dar gracias de tener la oportunidad de hacerlo. —Qué argumento tan repelente—. Déjame en paz o le diré a tu madre que has faltado a clase.

Mi madre contribuía a pagar los gastos escolares de los hijos de Gala, una pura pérdida de dinero. Más provecho sacaría jugando a las carreras de carros. Lo que nadie tenía en cuenta, al parecer, era que yo proporcionaba ayuda financiera a mi madre y que, por tanto, era mío el dinero que se desperdiciaba de aquella manera.

—¡Oh, tío Marco, no...!

—Nada de protestas. Voy a decírselo.

Ya empezaba a sentirme deprimido. Desde el primer momento en que Tértula había mencionado a mi padre, había empezado a sospechar que el día no saldría como había previsto. Adiós a los baños; adiós a dejarme ver por el Foro...

—El abuelo tiene problemas. Tu amigo Petronio le ha dicho que te buscara —lloriqueó mi sobrina. La insistencia era una característica de la familia, si se trataba de dar malas noticias.

Petro sabía cuál era mi opinión sobre mi padre. Si el viejo estaba en tal apuro que Petro decidía que incluso yo podía echarle una mano, el problema tenía que ser realmente grave.

## IX

El Emporio es un edificio largo e impenetrable próximo al Tiber. Las barcazas que lo remontan desde Ostia alcanzan la ciudad con los Jardines del César a la izquierda y una parte del distrito del Aventino, bajo la colina, a la derecha. Cuando llegan al límite izquierdo de la ciudad, en el Trastévere, con una amplia vista del río aguas arriba hacia el puente Probo, justo a la derecha se extiende el Emporio, un enorme mercado cubierto que abarca el antiguo Pórtico Emiliano. Su cercanía se huele desde el agua. Incluso un ciego sabría que había llegado.

Allí, en sus concurridos muelles, se descarga todo cuanto de comestible, consumible o aplicable a la construcción se produce en cualquiera de las provincias del Imperio. Los avispados estibadores, famosos por su mal carácter y por la chillona indumentaria que lucen cuando están fuera de servicio, cargan entonces los bultos en las carretillas, llenan de paquetes las cestas y transportan grandes sacos sobre los hombros, para llevar el cargamento al mayor mercado del mundo bajo techo. Allí se llevan a cabo transacciones cargadas de cinismo y, antes de que el importador se dé cuenta de que ha sido engañado por los intermediarios más tortuosos de Europa, todas sus mercaderías han sido expedidas a nuevos destinos en talleres, almacenes, fincas rurales o viviendas privadas. Y los cambistas muestran sonrisas de felicidad todo el día.

Salvo algunos productos como los cereales, el papel o las especias, que son tan preciadas o tienen tal volumen de ventas que poseen sus propios mercados en otras partes, en el Emporio se puede comprar cualquier cosa. Gracias a su profesión, mi padre era muy conocido allí. Ya no se ocupaba de las ventas en general, pues todo su interés se había concentrado desde hacía tiempo en la clase de comercio de bellas artes que se desarrolla en ambientes más tranquilos y elegantes, donde el comprador es objeto de un trato más relajado y termina por pagar una prima aún más enorme al subastador.

Mi padre era un personaje que no pasaba inadvertido a la gente. Casi siempre, bastaba con preguntar a cualquiera si había visto a Gémino para que, enseguida, algún transeúnte me dijera en qué tenderete de vino caliente andaba remoloneando. Lo habría podido localizar fácilmente... si los fieros miembros de la Cuarta Cohorte de Vigiles hubieran dejado entrar a la gente.

La escena era increíble. Era un hecho inaudito en la historia de la ciudad. El Emporio se encontraba en la zona incluida por Augusto al rectificar los límites de

Roma como reconocimiento oficial de cuánto se había expandido la superficie urbana.

Había cometido el error de salir de la parte antigua a través de la muralla de la ciudad por la Puerta Laverna, un punto siempre concurrido pero, esa mañana, casi imposible de cruzar. Ya abajo, en las proximidades del Tíber a la sombra del Aventino, había encontrado el caos. Me había llevado una hora abrirme paso entre la multitud que congestionaba la vía Ostiense. Cuando llegué por fin a los muelles junto al río, estaba seguro de que había sucedido algo extrañísimo. Estaba preparado para cualquier cosa pero no, evidentemente, para la sorpresa de que una escena semejante estuviera provocada por mi juicioso amigo Petronio.

Era media mañana. Las verjas de acceso al Emporio, que normalmente se cerraban de noche por cuestiones de seguridad pero se abrían con las primeras luces y permanecían así hasta entrada la noche siguiente, estaban cerradas a cal y canto. Delante de ellas se apiñaba un grupo de miembros de la Guardia, de rostros congestionados. Había un montón de soldados: quinientos hombres formaban la media cohorte que patrullaba la orilla fluvial del Aventino. Una parte de ellos estaba dedicada a la prevención de incendios y, dados los riesgos especiales de la oscuridad, estaban de servicio de noche, sobre todo. Esta actividad, sin embargo, dejaba también suficiente número de vigiles como para combatir la actividad delictiva diurna. Esa mañana, Petronio debía de haber recurrido a toda la tropa disponible. La barrera militar se mantenía firme, pero me alegré de no ser uno de los soldados. Delante de ellos se arremolinaba una multitud enorme y furiosa que los insultaba y pedía la cabeza de Petro. De vez en cuando, un grupo intentaba colarse, y la línea de miembros de la Guardia tenía que juntar los brazos para resistir la avalancha. Al otro extremo del edificio distinguí un pequeño grupo reunido en torno a Porcio, que repartía escudos que sacaba de un carro.

Petro no estaba a la vista por ninguna parte. Parecía lo más acertado.

Con un súbito acceso de inquietud, me abrí paso hasta la primera fila de la multitud.

—Por los dioses, ¿qué es esto? ¿Debo creer que Petronio Longo, famoso por su cautela, ha decidido de pronto pasar a la historia como « el hombre que detuvo el comercio » ?

—¡Aléjate, Falco! —masculló Fúsculo, que en aquel momento trataba de responder a casi un centenar de mercaderes y operarios, muchos de ellos extranjeros y todos echando fuego por los colmillos.

—Petro me ha mandado llamar. —Merecía la pena intentarlo.

—¡Petro no está aquí, maldita sea! —respondió Fúsculo entre dientes, al tiempo que echaba atrás a un furioso comerciante de vinos galo por el sencillo sistema de levantar una pierna y empujar enérgicamente al tipo por la hebilla del

cinturón con la suela de la bota. La Cuarta Cohorte era ligeramente más refinada que otras de Roma, pero nadie discutía dos veces con sus miembros—. Petro está jodido. Uno de la Guardia Pretoriana se lo ha llevado a Palacio para que dé explicaciones de este lío.

—Entonces, ya puedo volverme a la cama...

—Sí, Falco, hazlo...

Los vigiles tenían trabajo en abundancia. Y viendo aquella muchedumbre tan numerosa y tan malhumorada, no me apetecía ayudarlos. Por fortuna, los soldados no se rebajaron a pedirmelo pero, en cualquier caso, enseguida tuve una excusa para no hacerlo, pues oí una voz ronca y fuerte que rugía mi nombre y, cuando me volví, me encontré ante mi padre, que me estrechaba entre sus brazos con gesto afectuoso. Aquella exhibición ante una multitud de forasteros y desconocidos no era su recibimiento habitual y me desasí con irritación.

—¡Marco! Apartémonos de este tumulto, ¿quieres? Tenemos que hablar de ciertas cosas.

No tenía nada que discutir con mi padre. Experimenté la sensación habitual de temor reverencial.

Me condujo hasta un rincón más o menos tranquilo tras los viejos graneros de Galba. No es preciso decir que ese rincón estaba en una taberna. Tras mi agotador deambular por las calles, no puse reparos a ello aunque, para ser justo y dado que él había convocado la reunión, habría preferido que el viejo se hiciera cargo de la cuenta. No sé cómo, la pieza de teja con las marcas de tiza aterrizó en la mesa delante de mí.

—¡Oh!, gracias, Marco. ¡A tu salud!

Mi padre era un hombre robusto de sesenta y pocos años, con una cabellera canosa de rizos enmarañados y algo que quería ser un pestañeo en sus ojos castaño oscuro, indignos de confianza. Atendía por Gémino, aunque su nombre auténtico era Favonio. Un cambio que no tenía objeto, lo cual era típico en él. No muy alto, pero con una presencia imponente, cuando alguien quería irritarme sólo tenía que comentar que nos parecíamos mucho. De hecho, él era más recio y más astuto. Del cinto que rodeaba su panza pendía una bolsa de dinero cuyo peso hablaba por sí solo. La túnica azul oscuro que llevaba ya era lo bastante vieja como para usarla durante el reparto de piezas de mobiliario por los almacenes, pero el galón hecho trizas que aún lucía, con vestigios del hilo de seda original, era un indicio del estilo que podía permitirse cuando se encontraba en una reunión social relajada. A las mujeres les gustaba su sonrisa y a él le gustaba casi todo de las mujeres. Cuando yo era niño, se había fugado de casa con una pelirroja; desde entonces, apenas éramos capaces de cruzar una palabra civilizada.

—¡Ese chillado amigo tuyo ha organizado un buen enredo! —Una de las pocas costumbres paternas que todavía respetaba el viejo era la de criticar a

mis amigos.

—Habrà tenido sus razones —fue mi fría respuesta, mientras intentaba imaginar alguna posible *razón* para que Petronio actuase como lo había hecho—. No puede ser una mera represalia porque algún propietario de puesto haya olvidado pagar las tasas correspondientes.

Tengo que reconocer que me había pasado por la cabeza el pensamiento de que Petro estuviese tan pagado de sí mismo por haber capturado a Balbino que se hubiera convertido en un maniaco desquiciado por el poder. Éste había sido siempre un rasgo muy romano: al primer asomo de éxito, soñar que uno estaba a la altura de los dioses. No obstante, en el caso de Petro parecía improbable. De tan racional, mi colega resultaba decididamente aburrido.

—Tértula me ha dicho que has hablado con él —sondeé al viejo.

—¡Oh! ¿Has visto a Tértula? Esa jovencita necesita que alguien se ocupe de ella. Tú eres su tío. Haz algo, ¿no?

—¡Y tú eres su abuelo! ¿Por qué yo? —Noté que me acaloraba, pero era inútil tratar de inculcar el sentido del deber en un padre que ya había abandonado a una generación—. ¡Oh, por Júpiter...! Hablaré con Gala cuando tenga ocasión. ¿Qué ha sucedido aquí, padre?

—Un desastre —respondió con una breve expresión de contrito dolor.

—Sí, eso es evidente, ¿pero no podrías ser más concreto? Ese desastre que mencionas tiene que ver con una gran derrota de las legiones en una guerra de prestigio en el exterior, ¿o hablas de la pérdida de la cosecha de altramuces en un par de pueblos de Samnio?

—¡Déjate de sarcasmos! Verás: esta noche, una banda de ladrones ha entrado en el Emporio y ha vaciado la mitad de lo que se guardaba ahí. —Mi padre se echó hacia atrás en el taburete y observó el efecto que sus palabras producían en mí. Intenté mostrar el debido espanto, sin dejar de extenderme conscientemente en mi propia retórica hueca, pero él frunció el entrecejo—. ¡Escúchame, estúpido holgazán! Es evidente que esos ladrones sabían muy bien lo que buscaban: objetos de lujo en todos los casos. Deben de haber vigilado durante semanas hasta estar seguros de poder llevarse un botín exquisito; después, se han lanzado al asalto, han seleccionado las piezas según lo previsto, se han escabullido del lugar y se han esfumado sin que se advirtiera nada extraño.

—Así pues, Petronio ha cerrado el edificio mientras investiga qué sucedió allí, ¿no es eso?

—Supongo que sí, pero ya lo conoces: no ha dado explicaciones. Se ha limitado a cerrar el Emporio con aire muy solemne.

—¿Y qué más ha dicho?

—Que los propietarios de puestos y los estibadores serían admitidos uno a uno, acompañados por uno de sus hombres, Martino...

—¡Otro maestro de la diplomacia! —Martino, con su elevado concepto de sí

mismo, era especialmente hosco cuando trataba con la plebe.

—... para hacer una lista de lo que les faltaba. —Mi padre insistió en terminar la frase.

—Me parece razonable —respondí—. Seguro que esos idiotas entenderán que tendrán más posibilidades de recuperar sus propiedades si Petronio sabe qué debe buscar.

—Demasiado sutil —respondió mi padre con la famosa sonrisa deslumbrante que había tumbado de espaldas a las camareras desde allí hasta la Puerta Flaminia. A mí sólo me causó irritación.

—¡Demasiado organizado!

Petronio contaba con mis simpatías. Probablemente, había regresado de Ostia con la perspectiva de un breve interludio pacífico después del golpe a Balbino, pero la mismísima primera noche ya se había visto arrancado de la cama para encargarse de uno de los peores robos de que había recuerdo, cometido en el edificio más importante de su zona. En lugar de disfrutar de un glorioso descanso como héroe de la comunidad, se veía ahora en el brete de trabajar a tiempo completo durante meses. Y, probablemente, para no llegar a ninguna conclusión. Lo único que parecía claro era que el robo había sido planificado minuciosamente.

Había un detalle que seguía inquietándome.

—Sólo una pregunta más, padre... ¿Por qué te ha dicho Petronio que me llamasas?

Mi padre adoptó de nuevo aquella expresión de profunda sinceridad que siempre me resultaba tan deprimentemente portentosa.

—¡Oh...! Ha supuesto que podrías ayudarme a recuperar mi cristalería.

Lo había mencionado con la delicadeza de un pescadero que fileteara un salmónete.

—¿Que han robado tu mercancía? —No podía dar crédito a lo que oía—. ¿El cristal que Helena compró para tí? ¿El que he protegido todo el viaje de vuelta desde Siria? —Perdí el dominio de mí mismo—. ¡Cuando lo dejé en tus manos, me dijiste que llevabas el cargamento directamente a la Saepta! —La Saepta Julia, junto al Campo de Marte, era el barrio de los joyeros, donde mi padre tenía el despacho y el almacén. Un barrio muy bien protegido.

—¡Deja de gruñir!

—¡Nada de eso! ¡Cómo has podido ser tan descuidado, maldita sea! —me lamenté. Pero lo sabía muy bien. Llegar a la Saepta con el carro le habría llevado un par de horas y, como vivía apenas a un par de minutos del Emporio, había preferido irse a casa y poner los pies en alto... y había dejado allí, desprotegida, la mercancía que con tanto mimo habíamos escoltado desde tan lejos.

Mi padre volvió una mirada furtiva a su espalda y bajó la voz:

—En el Emporio debería haber estado a salvo. Sólo era un depósito provisional.

—¡Y ahora está provisionalmente perdido! —Noté un aire evasivo en su mirada. Mi efusión de lava se interrumpió a media erupción—. Me ha parecido oírte decir que el robo estaba planificado y que los ladrones sabían qué buscaban. ¿Cómo iba nadie a saber que tenías medio tesoro en vajillas sirias que, casualmente, yo mismo había traído esa misma tarde y que estaba depositado allí durante una única noche?

Mi padre me miró, ofendido.

—Deben de haberlo encontrado por casualidad.

—¡Oh! ¡Y una mierda!

—No es preciso que seas tan grosero.

No sólo me mostraba grosero; estaba dispuesto a poner los puntos sobre las íes.

—Escucha bien, padre; dejemos bien sentada una cosa: la pérdida de la cristalería es cosa tuya. No quiero oír ninguna tontería como que no vas a pagar a Helena porque el encargo no ha llegado a tus manos, o algo parecido.

—¡Al carajo! —replicó mi padre—. No engañaría a la chica y lo sabes.

Probablemente, tenía razón. El viejo sentía un respeto enfermizo por el rango de Helena y tenía la loca esperanza de que mi novia lo hiciera abuelo de senadores, algún día. Pero no era el momento de decirle que su deseo ya estaba en camino de cumplirse. De hecho, fue en ese instante cuando empecé a albergar la esperanza de que tuviéramos una niña.

—Mira, hijo, sé cómo resarcirme de un revés. Si esas piezas de cristal se han perdido definitivamente, tendré que soportar la pérdida y seguir sonriendo. Pero cuando te fuiste anoche, inspeccioné algunas cajas. Eran piezas bellas y de calidad...

—Helena sabe escoger una jarra con gusto.

—Tienes mucha razón. Y no voy a darlas por perdidas sin resistirme. Quiero que me ayudes a seguirle la pista a mi mercancía.

Ya había imaginado que me haría tal petición y tenía preparada mi respuesta:

—Tengo que ganar dinero. Te cobraré una minuta. Y necesitaré fondos para gastos.

—Bueno, seguro que podemos llegar a algún acuerdo —murmuró mi padre con su habitual ligereza, convencido de que Helena se enfadaría tanto, cuando se enterara de mis exigencias, que probablemente me forzaría a hacer la investigación gratis. El viejo también sabía que encontrar objetos de arte robados era mi especialidad, de modo que había acudido al experto más indicado. Pronto, más gente acudiría a solicitar mis servicios. Mi padre se había dado prisa en llamarme para contratarme antes de que cualquier otro de los que habían sufrido pérdidas aquella noche (cualquier otro que habría pagado a tocateja por mis

servicios) pudiera ponerse en contacto conmigo.

Apuré el vaso de vino. Después, deslicé la cuenta por encima de la mesa y la dejé ante él en un gesto inequívoco. Si iba a pagarme los gastos, podía empezar por aquél.

—Me marchó, pues.

—¿Vas a empezar ya? —Mi padre tuvo el detalle de mostrarse asombrado—. ¿Sabes dónde mirar?

—Ajá.

Bien, yo también sabía mentir. De hecho, en aquel momento sólo tenía un plan. Petronio Longo había sido conducido a Palacio por la Guardia Imperial. Petro tenía un buen problema. A pesar de todas sus críticas a mi manera de llevar a cabo mi trabajo, no podía soportar la idea de verlo en apuros. Estaba dispuesto a encontrar la manera de convencer al emperador de que sabía lo que se hacía.

Además, Petro era mi mejor amigo y corría el riesgo de perder su empleo por la acción de aquel día. Si estaba en mi mano, le ayudaría a salir con bien de aquel trance.

## X

Emprendí la ascensión del Clivus Victoriae hacia el viejo palacio de Tiberio, donde los burócratas tenían todavía sus oficinas.

Petronio Longo estaba sentado en un banco de un pasillo. Llevaba allí el tiempo suficiente para empezar a sentirse preocupado. Tenía la tez pálida y estaba inclinado hacia delante con las rodillas separadas y la mirada fija en la palma de las manos, vueltas hacia arriba. Le vi dar un respingo cuando aparecí. Luego, aparentó tranquilidad. Le di una palmada en el hombro y me senté a su lado.

—¡Lucio Petronio, el hombre que paralizó Roma!

—¡No me vengas con bromas, Falco!

—No te incomodes. He venido a respaldarte.

—Me las puedo arreglar solo.

—Te las puedes arreglar solo para meterte en un buen lío.

—No necesito niñera.

—Claro que no; lo que necesitas en un amigo en el tribunal. Porcio está distribuyendo escudos contra revueltas. No he visto a Martino. Mi padre me ha contado lo fundamental del desastre de anoche.

—Dice que ha perdido esa cristalería que trajiste... —Petro conocía a mi padre lo suficiente como para dejar abierta la posibilidad de un posible engaño. Encajé impertérrito el insulto al honor familiar. Nunca había tenido en mucho aprecio mi linaje, y menos aún en lo que se refería a mi padre—. Fue una banda de ladrones muy lista, Falco. No me gusta cómo huele el asunto. Gémino ha perdido la cristalería y sabemos que eran objetos de buena calidad. Calpurnio se ha quedado sin una enorme carga de pórfido que también había llegado al Emporio ayer mismo. Otro comerciante perdió marfil... —Me pregunté qué habría de especial, si lo había, en las mercancías llegadas el día del robo—. En fin, Martino está recogiendo todos los detalles, pero ya se ve que las pérdidas son importantes.

—Creía que el Emporio tenía vigilancia, de noche.

Petro emitió un gruñido desde lo más profundo de la garganta.

—Todos los centinelas fueron golpeados en la cabeza y colocados uno al lado del otro como sardinas, atados y amordazados.

—Muy limpio. ¿Demasiado? —inquirí, pensativo—. ¿Con colaboración desde

dentro, tal vez?

—Es posible. —Petro había tomado en cuenta tal posibilidad—. Investigaré a alguno de los vigilantes. Cuando tenga ocasión.

—¡Si la tienes! —lo corregí con una sonrisa, recordando a Petro que su cargo estaba a punto de ser puesto a prueba—. Ésta podría ser tu gran oportunidad de conocer al emperador.

—Ya lo he conocido. —Petro estaba tenso—. ¡Lo conocí contigo, Falco! En esa famosa ocasión en que te ofreció una fortuna por guardar silencio respecto a un escándalo, pero tú optaste por mantener tu postura más ética y rechazaste el dinero.

—Lo siento. —No había olvidado el episodio; sólo se había borrado de mi recuerdo que Petro había asistido a la escena y me había visto hacer el estúpido. Había cometido el error de descubrir un complot que tocaba demasiado de cerca a la familia imperial; empujado por una urgente necesidad de proteger a su hijo, Domiciano, el emperador Vespasiano se había precipitado en prometerme un ascenso (una promesa que ahora lamentaba, probablemente). En cualquier caso, había sido del todo inútil, dado que yo había rechazado la propuesta con absoluta indiferencia—. Nadie compra mi silencio.

—¡Ja! —Petronio sabía que el único que había salido perdiendo había sido yo mismo.

De pronto, un chambelán apareció de detrás de una cortina y saludó a Petro. Yo me incorporé también.

—Estoy con él.

El funcionario me reconoció y, si creía que me había metido en un problema, no lo dejó entrometer en absoluto. Estaba demasiado bien instruido en su tarea.

—Didió Falco... —se limitó a saludarme suavemente. Los dos soldados de la Guardia Pretoriana que flanqueaban la puerta no dieron la menor muestra de haber oído lo que se decía, pero supe que me dejarían pasar al interior sin atarme los brazos con el nudo de Hércules. No tenía el menor deseo de presentarme ante ningún miembro de la estirpe imperial con aire sofocado tras una pelea. Aunque no estábamos en la zona habitual de Palacio, tuve la certeza de que nos iba a recibir alguien de la familia imperial; de ahí la presencia de los pretorianos.

Petronio salió disparado hacia la cortina tan pronto lo indicó el chambelán. Sin darle ocasión a protestar, me adelanté a él y entré en la cámara de la audiencia. Petro apartó la cortina e irrumpió tras mis pasos.

Probablemente, Petro espera encontrar un despacho, una dependencia llena de gente, tal vez, pero toda ella de una categoría que mi colega no tenía reparo en desairar. Oí que murmuraba algo y se interrumpía bruscamente. La lujosa estancia tenía como foco principal de atención una mesa de escribientes, pero allí había otro ocupante. Un ocupante muy especial; Petro no pudo articular nada más. A pesar de mi advertencia, no había tomado en serio la posibilidad de un

encuentro con el emperador.

Vespasiano estaba reclinado en un diván de lectura y echaba un vistazo a una tablilla con anotaciones. Su rostro surcado de arrugas era inconfundible; desde luego, cuando había autorizado la nueva acuñación de moneda no se había molestado en exigir un retrato adulator.

El lugar carecía de todo boato. El diván estaba colocado contra una pared lateral, como si se hubiera instalado allí para visitantes imprevistos. La impresión general era que el emperador había entrado allí por casualidad y que se había acomodado en el despacho de otro.

En el centro se encontraba la gran mesa de trabajo, cubierta de rollos y pilas de tablillas. Los secretarios se alineaban alrededor con sus punzones. Todos garabateaban documentos muy deprisa, pero la velocidad no era forzada. Un joven esclavo, despierto aunque no especialmente guapo, permanecía en silencio cerca del emperador, con una servilleta en el antebrazo. De hecho, Vespasiano se sirvió a sí mismo (media copa, con lo que sólo alcanzaba a mojarse el gaznate). Después, dejó la copa en un pedestal de bronce para poder observarnos sin impedimentos.

Era un individuo corpulento, de buen carácter y competente. Un organizador. Tenía la mirada directa de un herrero y una arrogancia rural que me recordó a mi abuelo. Conocía lo que creía y decía lo que pensaba. La gente hacía lo que él indicaba. Ahora, lo hacía porque estaba obligada pero, ya mucho antes de que fuese emperador, todo el mundo obedecía cuando Vespasiano abría la boca. Había desempeñado todas las magistraturas civiles y todos los peldaños superiores del escalafón militar. Cada puesto de su carrera en el *cursum honorum* había sido conseguido por méritos y a pesar de las reticencias de la casta militar. Y ahora desempeñaba el cargo máximo definitivo. Las castas dirigentes aún lo observaban con recelo, pero Vespasiano ya no tenía que preocuparse por ello.

Él portaba la púrpura; era su prerrogativa. Con ella no lucía coronas ni joyas. Para Vespasiano, el mejor adorno del rango era una perspicaz inteligencia natural. Y en aquel momento la dirigía hacia nosotros. Una experiencia incómoda.

—¡Falco! ¿Qué haces aquí y quién es tu fornido guardaespaldas?  
Avancé unos pasos.

—En realidad, soy yo quien actúa de guardián, señor. —Petronio, molesto con mi broma, me había seguido. Lo obligué a adelantarse y continué hablando —: Señor, éste es mi amigo, Lucio Petronio Longo, a quien querías ver; es el capitán investigador del sector del Aventino, de la Cuarta Cohorte de Vigiles. Es uno de los mejores... pero también es el feliz individuo que ha cerrado el Emporio esta mañana.

Vespasiano Augusto observó a Petronio. Éste reaccionó con cierta timidez, pero luego se lo pensó mejor y clavó resueltamente la mirada en el suelo. Era de

mármol blanco y negro, distribuido con muy buen gusto. Las teselas habían sido colocadas por un enlosador de primera.

—¡Hace falta valor para una cosa así! —comentó el emperador. Petronio alzó la mirada otra vez y sonrió ligeramente. No iba a sucederle nada. Crucé los brazos y le dediqué una sonrisa como un preparador orgulloso que exhibiera a su mejor gladiador.

—Lamento los perjuicios que haya causado, señor. —Siempre resultaba agradable escuchar a Petronio. Tenía una voz suave y una dicción serena que producían una impresión de confianza, lo cual explicaba su éxito en los tribunales de selección para funcionarios y entre las mujeres.

—Quizá no baste con las disculpas —replicó Vespasiano. A diferencia de los tribunales y de las mujeres, él era capaz de reconocer a un pícaro—. ¿Cómo es que conoces a Falco?

—Fuimos compañeros en la Segunda Augusta, señor. —Nuestra legión era una de las que había mandado el propio Vespasiano. Petro y yo nos permitimos un cierto orgullo.

—Vaya. —La Segunda se había deshonrado desde los tiempos de Vespasiano. Con pesar, todos dejamos el tema—. Pero ahora trabajáis en distintos campos.

—Los dos defendemos la ley y el orden, señor. —Un argumento, me dije, excesivamente piadoso. Aunque Petro quizá fuera capaz de llevarlo adelante, y a que Vespasiano no lo conocía a fondo—. Y eso es lo que hacía hoy después del robo en el Emporio... —A Petronio le gustaba ir directamente al grano. La idea de ser evaluado a través de una conversación amigable antes de pasar al tema resultaba tan ajena a su carácter franco que con sus palabras sólo aceleraba la entrevista.

—Querías una valoración de los daños antes de que la gente lo revolviere todo. —Vespasiano sabía asimilar la información muy deprisa; captó la explicación como si fuera evidente y vi a Petro sonrojarse ligeramente al darse cuenta de que había ido demasiado deprisa. Dada nuestra posición en la conversación, forzar el paso era una descortesía. Y ser descortés con el emperador era el primer paso para encontrarse con un león oliéndole el culo a uno—. ¿Y bien? —preguntó Vespasiano con frialdad—. ¿No podrías haber dejado a los mercaderes la responsabilidad de ponerte al corriente de sus pérdidas en su debido momento? Ellos son los más interesados en proporcionar la información. Seguro que quieren que recuperes los bienes robados. ¿Por qué, entonces, armar tal alboroto?

Petronio puso cara de alarma. Había hecho las cosas a su manera. Era una manera que funcionaba y no se había preocupado de pensar en alternativas. Las alternativas suelen ser liosas. Pensar en ellas era una pérdida de tiempo.

—Cerrar el mercado parece tosco —reconoció—. Pero me estaba anticipando. Era evidente que estábamos ante una banda muy organizada que y

se había burlado de todo el grupo que protegía el Emporio. —Hizo una pausa. Vespasiano indicó en silencio que podía continuar. Petro lo hizo a su aire—: Mi reacción inmediata ha sido que el robo estaba tan bien ejecutado que no se detendrían ahí. Los volveremos a ver, bien en el Emporio o en cualquier otra parte. En este momento me llevan ventaja. Necesito conocer todos los datos, y los necesito enseguida. Hoy tenía que descubrir todo lo posible sobre los métodos utilizados; por ejemplo, cómo habían identificado previamente los objetos que se llevarían. No se trataba de un robo normal. El golpe ha sido excepcional y profetizo grandes problemas para Roma.

Sin responder exactamente a la pregunta original, Petronio Longo había conseguido colocar la situación en su contexto. Y se salió de ello con éxito. Yo sabía que estaba echándose un farol, pero daba toda la apariencia de un hombre que sabía lo que decía.

—¿Esperas una repetición de lo de hoy?

—La temo, señor.

El emperador se inclinó hacia delante con brusquedad.

—¿Y esperabas lo sucedido?

Petronio no pestañeó ante la feroz pregunta.

—No, señor. Pero presentí que podía suceder algo.

—¿Por qué?

—Se ha producido un vacío de poder en la cofradía del crimen.

—¿Cómo...? ¡Ah, por supuesto! Balbino Pio... Tú has sido el responsable de eso.

Esta vez, Petro se quedó perplejo. No se había dado cuenta de que la tablilla que Vespasiano estaba leyendo cuando nos habíamos presentado debía de ser un informe de su secretaria: un breve resumen de los acontecimientos del día, otro de la carrera de Petro, información sobre el caso Balbino e incluso discretas sugerencias sobre cómo conducir la entrevista.

—Petronio Longo es demasiado modesto para regalaros con su éxito, señor —intervine—. En efecto, fue el oficial que consiguió incriminar a Balbino. Encontró la ocasión de hacerlo y llevó el asunto a sus últimas consecuencias. Es demasiado íntegro para detenerse ahí. Pensó más allá y tuvo en cuenta el efecto que tendría sobre Roma.

Vespasiano no dio la menor indicación de haberme escuchado, aunque sin duda lo había hecho. Se limitó a observar fijamente a Petro, que era muy capaz de pasar de puntillas sobre el tema. Mientras yo parloteaba, mi colega ya había puesto en orden sus pensamientos.

—Señor —dijo a Vespasiano—, he llegado a la conclusión de que las dimensiones del ataque al Emporio significan que puede haber consecuencias políticas.

—¿Políticas? —En aquel instante, contábamos con la plena atención del

emperador. El propio Vespasiano había aprovechado un vacío de poder parecido para apoderarse del trono que disputaba a varios aspirantes más y, desde su cargo, aplicarse a poner remedio a las extravagancias del reinado de Nerón y a la devastación de la guerra civil que siguió a su muerte. Vespasiano todavía tenía que demostrar su valía. Trabajaba con empeño, pero los beneficios de un buen gobierno tardan más en observarse que los estragos de uno malo. Su dominio de los resortes del poder todavía era precario.

—El robo a gran escala siembra dudas sobre la eficacia del Gobierno, señor —apunté secamente.

—Nada de eso —replicó el emperador—. ¡Siembra dudas sobre la eficacia de la Guardia!

Petronio se mostró visiblemente molesto conmigo.

—Señor, me doy cuenta de que lo sucedido causará malestar —intervino—, pero tomad este robo como una señal. Ha sido un golpe muy atrevido. Alguien ha declarado guerra abierta...

—¿Contra quién? —le cortó el emperador—. ¿Contra ti? ¿Contra mí?

—Contra la Guardia, por supuesto —contestó Petro con parsimonia—. Contra el Estado, por extensión. Y contra otros jefes del hampa, probablemente. En vista de todo ello, yo diría que es probable que esto abarque más de un sector de la ciudad...

—¡Entonces, el asunto escapa a tu jurisdicción! —Vespasiano tenía un escrupuloso respeto por los límites del cargo. Al instante, refrenó los impulsos de Petro—. Esto exige una estrategia coordinada.

—Sí, señor —Petronio aceptó la sugerencia con docilidad—. Por supuesto, me proponía alertar al tribuno de mi cohorte y al prefecto de la ciudad, señor...

« ¡El muy ladino! » , me dije. Vespasiano reflexionó unos instantes y añadió:

—Será mejor que hable con tu tribuno. ¡Que hable con todos ellos! —Hizo un leve gesto de cabeza a un funcionario que, envuelto en una túnica blanca, permanecía en segundo plano. El individuo, callado y prácticamente invisible, era más que un simple secretario. Lo vi efectuar una serie de breves anotaciones en una tablilla, pero eran las notas de un hombre que recibía instrucciones. Aquel funcionario conocía la primera regla de la administración: andar siempre prevenido—. Conferencia después del almuerzo. Avisa a Tito. —El emperador hablaba con tono distendido, pero tanto Petro como yo tuvimos la sensación de haber desencadenado mucho más de lo que calculábamos. Vespasiano se volvió hacia nosotros otra vez—. Aún queda otro asunto: apaciguar los ánimos tras el alboroto de esta mañana. ¿Qué sugerís?

Como sabía que el hombre que inicia un tumulto rara vez piensa en cómo lo detendrá, creí preferible proponer mis propias ideas:

—Podríaís calmar el descontento en cierta medida, señor, anunciando compensaciones.

—¿Compensaciones?

Acababa de hacerlo. Acababa de utilizar una palabra inapropiada.

## XI

—¡Muchas gracias, Falco!

Nos hallábamos de nuevo en el banco del pasillo. El chambelán que custodiaba a los visitantes nos miraba con curiosidad. El funcionario de la túnica blanca se había marchado y la mención al almuerzo de Vespasiano nos indicaba que los «breves minutos» que nos había ordenado esperar serían varias horas. Petronio estaba furioso.

—¡Vaya, si eso es ayudarme, gracias, Falco! ¡Gracias por mencionar el dinero! Ya ves qué has conseguido: el pobre Vespasiano ha tenido que volver corriendo a acostarse para recuperarse de la impresión.

—Bobadas —le aseguré a Petro—. El viejo es famoso por su tacañería, pero no se desmayaría ante la mera mención de esa palabra. Si no le gusta nuestra sugerencia, no tardará en decírnoslo.

—¿Nuestra sugerencia? ¡Sólo tuya! —dijo Petro. No le hice caso.

Permanecemos callados un rato, reflexionando sobre los acontecimientos pasados y recientes.

—¿En qué lío me has metido ahora, por el Hades? —refunfuñó.

—Sospecho que dentro de un rato, en lugar de sentados en torno a una buena mesa como deseáramos, nos encontraremos dando consejo a un comité sobre las sutilezas del trato con la delincuencia.

—Yo lo único que quiero es volver a mi caso.

—Ésta podría ser la misión más prometedora de tu vida.

—¡Que te jodan! —refunfuñó Petro.

De hecho, fue a la hora del almuerzo cuando empezaron a suceder cosas. En primer lugar, el hombre de la túnica blanca pasó a recogerlos. Quería conocer mejor nuestras ideas y accedimos a ello, pero nos aseguramos de compartir el almuerzo con él.

Se presentó como Tiberio Claudio Laeta. Era, evidentemente, un liberto palaciego de elevada posición y disfrutaba del uso de una estancia en la que cabía dos veces todo mi piso de la plaza de la Fuente. Cuando Vespasiano no requería la presencia de su criado, el buen Laeta podía refugiarse allí a hurgarse la nariz. Y allí se presentaron otros criados de rango inferior con las bandejas del almuerzo.

—¡Magnífico! —exclamamos.

—No está mal —respondió. En la mesa sólo había una copa, pero Petro no tardó en encontrar otras dos, polvorientas, ocultas tras unas cajas con rollos. El hombre intentó mostrarse impresionado con nuestra iniciativa cuando, sonrientes como nuevos colegas felices, procedimos a llenar la suya. Como el vino era gratis, resultó excelente incluso para el paladar de Petro. Laeta levantó la copa y brindó por nosotros, visiblemente contento de tener compañía. Un funcionario de altura, como era sin duda nuestro anfitrión, debía de llevar una vida solitaria.

—Bien, supongo que tú eres Falco, uno de los hombres de Anácrates...

—Soy Falco, en efecto —respondí con tono paciente—. Pero no soy hombre de nadie.

—Lo siento. Tenía entendido que trabajabas para ese servicio del que no se debe hablar.

—He trabajado para el emperador en alguna ocasión, pero la remuneración me parece ridícula y he decidido no volver a hacerlo.

—¡Ah! —El bueno de Laeta supo dar a la exclamación un aire de discreción, al tiempo que insinuaba que el servicio secreto al que él pertenecía se proponía colocar al jefe de espías del emperador al borde de un volcán activo y darle un buen empujón—. Tal vez encontrarías más provechoso trabajar para nosotros.

—Tal vez —asentí sosegadamente. Estaba dispuesto a tomar en consideración cualquier propuesta, si con ello fastidiaba a Anácrates.

Claudio Laeta me dirigió una mirada cortés y se volvió hacia Petronio, que, impasible, estaba dando cuenta de una fuente de corazones de alcachofa fríos. Mientras nuestro anfitrión reclamaba su atención, yo me dediqué a la bandeja de anchoas depositada en la mesa.

—Y tú eres Petronio Longo, de la Guardia del Aventino, ¿verdad? —Petro asintió sin dejar de masticar. Laeta continuó hablando—: Aclárame una cosa sobre los vigiles, por favor. Siempre los confundo con las Cohortes Urbanas...

—Con mucho gusto. —Petronio se prestó de buena gana a informarle. Ahíto, se inclinó hacia atrás en su asiento y repitió a Laeta el discurso que siempre daba a los nuevos reclutas—: Así es cómo se organiza el mantenimiento de la ley y el orden en Roma. En lo más alto está la Guardia Pretoriana: son las cohortes Primera a Novena, comandadas por el prefecto pretoriano y acuarteladas en el Campo Pretoriano. Sus hombres llevan armamento completo y tienen dos misiones: una, proteger al emperador, y dos, dar lucimiento a las ceremonias. Son una elite selecta y están muy pagados de sí mismos. A continuación y agregadas a las anteriores están las cohortes Décima a Duodécima, conocidas como Cohortes Urbanas. Están mandadas por el prefecto urbano, un senador, que es prácticamente el administrador de la ciudad. Normalmente, sus miembros van armados de espada y puñal. Se alojan con los pretorianos en el campamento de éstos y son tan altivos como ellos. La descripción oficiosa de su tarea es «reprimir a la plebe», aunque su misión oficial es guardar la paz pública, tener

los oídos bien abiertos y mantener al prefecto urbano informado de absolutamente todo.

—¿Espiar? —apuntó Laeta con tono seco—. Creía que de eso se ocupaba Anácrates.

—Anácrates los espía a ellos... mientras ellos nos espían a nosotros —apunté.

—Y por último —continuó Petro— tienes a los vigiles. Son los que hacen el trabajo de verdad. Los manda el prefecto de los vigiles. Van desarmados, pero siguen la disciplina militar. Hay siete cohortes, cada una comandada por un tribuno que ha sido jefe de centuria; cada cohorte consta de siete centurias que se ocupan de patrullar a pie. Roma está dividida en catorce sectores administrativos y cada cohorte se ocupa de dos. Su deber es ocuparse de todo lo que esos chulos del Campo Pretoriano no quieren rebajarse a tocar.

—Entonces, en la Guardia del Aventino, os ocupáis de los sectores Duodécimo y Decimotercero.

—Sí. Somos la Cuarta Cohorte.

—¿Y vuestro tribuno es...?

—Marco Rubela. —Petro rara vez mencionaba al tribuno, a quien despreciaba cordialmente y calificaba de ex legionario que debería haber seguido de simple guardia de la porra.

—¿Qué rango tiene? ¿El ecuestre?

—Sí. Lo compró a cambio de la escritura de propiedad que recibió al licenciarse. Ahora tiene suficiente rango como para ser un señor del crimen — fue la seca respuesta de Petro, pensando en Balbino Pío.

—¿Y la principal labor de los vigiles es detectar los incendios?

—Es una de sus labores, sí. —A Petro le disgustaba que lo tomaran por un simple bombero—. Pero como ello significa patrullar las calles de noche, cuando se comete la mayoría de delitos, nuestro ámbito de actuación se ha ido ampliando. Detenemos a los ladrones callejeros y a los asaltantes de casas, capturamos esclavos fugados y comprobamos los requisitos de los vigilantes de edificios y almacenes. Dedicamos un gran esfuerzo a controlar los baños; el robo de ropa es un gran problema.

—¿Así pues, sigue siendo una unidad proletaria? —Laeta estaba cayendo en la trampa del funcionario: la obsesión por los títulos y los rangos.

—Somos hombres libres y honrados ciudadanos —replicó Petro con energía y con visible irritación.

—Sí, por supuesto. ¿Y cuál es tu misión, en concreto?

—La recogida de datos. Dirijo la Unidad de Información del Distrito Decimotercero. Las patrullas de a pie baten las calles, rastrean incendios y detienen malhechores si se encuentran con ellos cara a cara. Son competentes para labores primarias como azotar a los inquilinos que dejan caer el hornillo, pero cada cohorte tiene un pequeño equipo de agentes bajo el mando de un

oficial como yo, que se dedica a hacer inspecciones casa por casa y seguimientos generales. En realidad, son dos grupos, uno por distrito. Nosotros nos encargamos de seguir la pista de las copas robadas y de investigar quién golpeó a la camarera en la cabeza con un tablón.

—¿Y se informa de eso al tribuno?

—Sólo a veces. También estamos muy en contacto con el despacho del prefecto. Tiene que comunicársele cualquier caso en que el posible castigo sea más que unos azotes públicos. El prefecto tiene mucho personal, un registro de diversas listas de indeseables, un oficial interrogador...

—¿Recorre a la tortura?

—Consideramos que la fuerza bruta es contraproducente —respondió Petro. Era la contestación oficial.

—¡Cuéntale eso a un caso difícil al que acaban de aplastarle sus partes en el cuarto trasero...!

Petronio decidió no oírme.

—Y bien... —continuó Laeta—, cuéntame tus temores respecto al robo del Emporio. Si he entendido bien, tienes la teoría de que una banda muy organizada y atrevida se está instalando en el centro de la ciudad. Me gustaría saber cuánta extensión de Roma está amenazada.

—¡Quién sabe! —Petronio se abstuvo de hacer pronósticos concretos. Los criminales no siguen normas fijas—. Supongo que debería ponerse en alerta a todas las guardias del centro.

Laeta tomó nota.

—¿Entonces, cuál es tu valoración de la amenaza?

—Su objetivo son las mercaderías —expuso Petro con rotunda convicción—. Asaltarán muelles y almacenes; no creo que lo hagan con los mercados de abastos. El asunto afecta sobre todo al sector Decimotercero, pero también al Undécimo y al Duodécimo, en el cual hay varios depósitos y talleres. Dudo que los graneros sean vulnerables...

—¿Por qué lo dices?

—Si el Estado reparte grano entre los pobres y los ricos viven del producto de sus tierras, ¿qué sentido tiene un mercado negro? Esos cabrones podrían lanzar un asalto al almacén de papel del Quirinal. La Saepta Julia también sería un objetivo. Debe advertirse al gremio de joyeros...

Laeta tomaba nota de todo, minuciosamente. En una fuente tapada tenía una tortilla de almendra caliente, que procedimos a dividir en tres partes y compartimos con apetito. Pronto, las bandejas quedaron vacías. Entonces, Laeta se marchó con una excusa, tras ofrecernos su lujoso aposento para descansar hasta que nos llamaran.

—¡Estamos en un buen lío, Falco! —Petro probó a servirse más vino pero ya habíamos apurado la jarra—. No quiero a un puñado de aficionados en mi

camino.

—No te quejes. Has sido tú quien se las ha dado de experto en inteligencia criminal.

—¡Por Hércules Víctor! ¿Cómo iba a saber que una idea cogida al vuelo se convertiría en un asunto vital, con secretarios que corren de un lado a otro como conejos y la convocatoria de todos los responsables del orden para una conferencia sobre delincuencia organizada, esta misma tarde?

Le dirigí una sonrisa benévola y comenté:

—Bien, esto te habrá enseñado algo útil: ¡guárdate las ideas para ti!

Revolviendo entre las cajas de rollos manuscritos, descubrí un esbelto recipiente de alabastro de vino tinto que Laeta ya había destapado y consumido a medias en alguna ocasión anterior. Lo destapamos otra vez y nos servimos. Devolví el frasco al lugar donde lo había encontrado para que Laeta no pensara que nos habíamos dedicado a revolver sus cosas. Nos turnamos en echar una cabezada.

El instinto nos dijo cuándo despejarnos. Era una facultad que habíamos desarrollado, primordialmente, mientras montábamos guardia en previsión de que los britanos de grandes bigotes nos asaltaran desde la espesura de retama. A decir verdad, los britanos no habían aparecido nunca, pero el instinto nos había resultado útil para prevenirnos de los centuriones malhumorados a quienes no hacía ninguna gracia encontrar a sus centinelas apoyados contra el parapeto y charlando de si los Verdes tenían la mejor temporada de su vida en las carreras de carros de Roma. En cualquier caso, cuando Claudio Laeta se presentó de nuevo a buscarnos, no nos encontró repantigados y adormilados, sino que nos habíamos lavado las manos y la cara en una jofaina que un criado había traído a Laeta; después, nos habíamos peinado como un par de petimetres camino de una fiesta y nos habíamos sentado muy erguidos, con el aspecto de hombres en quienes se podía confiar.

—¡Ah!, estáis aquí... —Laeta dirigió una mirada nerviosa a su aposento, como si esperara encontrar muestras de perfecto vandalismo—. El emperador se ha marchado a sus aposentos; tendremos que desplazarnos hasta la Casa Dorada.

—Lucio Petronio y yo agradeceremos un paseo al aire libre —asentí con una sonrisa.

Laeta lanzó una nueva mirada a la estancia con aire preocupado, como si se preguntara qué habíamos estado haciendo para necesitar tomar el aire.

Nerón había levantado su Domus Aurea en pleno centro de Roma. Mediante un jardín que cubría todo el valle del Foro, había unido el antiguo palacio de los Césares con un nuevo complejo de edificios levantado para él por maestros de la innovación arquitectónica y de la decoración. Nuestra reunión tendría lugar en la parte nueva. Ya la había visto con anterioridad, pero volvió a causarme asombro.

Para llegar allí habíamos descendido del Palatino a través del criptopórtico,

fresco y resguardado, y habíamos recorrido el extremo oriental del Foro, más allá de la Casa de las Vestales y de la Fuente del Sudor, para rodear la extensión que hasta fechas recientes había sido el Gran Lago que dominaba los jardines creados por Nerón en la concavidad entre el Palatino y el Esquilino. El lago era ahora un hoyo gigantesco en el que Vespasiano había inaugurado su prometido anfiteatro. Más allá, en la cresta Opiana, se levantaba todavía el fantástico Palacio de Nerón. Era un recinto demasiado opulento para la nueva dinastía Flavia, que mostraba un contenido buen gusto, pero demasiado costoso y demasiado exquisito para derribarlo. Construir otro palacio cuando la propia Roma yacía en ruinas habría resultado una extravagancia peor que la de Nerón. Así pues, allí tenían su residencia Vespasiano y sus hijos. Por lo menos, podían echarle la culpa a su loco predecesor.

Claudio Laeta nos condujo a través de un laberinto de vestíbulos de mármol y de altos corredores profusamente decorados.

Creo que estábamos en el ala este y, al parecer, los aposentos privados se encontraban en la otra. Los centinelas que encontramos franquearon el paso a Laeta, quien se orientaba por los pasillos con confiada seguridad. Para un extraño, la Domus Aurea resultaba deliberadamente abrumadora. Estancias y pasillos se sucedían en profusión y, aparentemente, al azar. El brillo y el esplendor de los más finos mármoles pulimentados deslumbraban la vista, las vueltas y revueltas de los corredores dejaban confusa la mente y la música continua del agua que caía en fuentes y cascadas asaltaba el oído. Petronio intentó echar un vistazo a los techos, minuciosamente pintados, pero tropezó conmigo. Laeta nos instó a apresurar la marcha. Finalmente, tomamos un desvío hacia la izquierda, divisamos brevemente una cámara con ábside, cruzamos a toda prisa otra estancia y entramos en el famoso y fabuloso comedor octogonal del palacio.

En tiempos de Nerón, la gente acudía allí a celebrar orgías; era una lástima que llegáramos cuando los tiempos habían cambiado y lo único que nos esperaba era una reunión para tratar de la delincuencia.

La luz llenaba la estancia. Los lados orientados al sur se abrían a una panorámica admirable que no podríamos disfrutar. Allí había una cascada espectacular (sin agua). Ocultas tras cortinas, distinguí las salitas anexas (hoy vacías) en las que tiempo atrás se habían producido escenas de libertinaje repulsivas. Y sobre nuestras cabezas había estado el legendario techo giratorio de marfil del cual llovían regalos sobre los afortunados comensales (desmantelado; no habría regalos para nosotros). Vespasiano y su hijo mayor, Tito, ya estaban presentes y ocupaban sendos tronos. Los regios asientos fueron del agrado de Petronio, que valoraba en mucho los símbolos y las formas. Tito, una versión en joven de su padre pero con un leve principio de obesidad, me dedicó un afable saludo con la cabeza; yo mostré los dientes en una mueca de cortesía. Unos

funcionarios de gestos pausados hicieron llegar al emperador y al joven César unas notas e informes de última hora.

Otros convocados llegaban al tiempo que nosotros. Obligados a dejar sus almuerzos, ya estaban allí el prefecto urbano, que creía dirigir la ciudad, y el prefecto de los vigiles, que era quien se ocupaba de ello en realidad. Cada cual había traído su escuadra de auxiliares administrativos, que fueron encerrados en las salitas anexas. Para que hablaran por ellos (ya que los prefectos no se molestaban en estar al corriente de las cuestiones prácticas), los acompañaban los siete tribunos de las Cohortes de Vigiles, entre ellos Rubela, el responsable máximo de la Cuarta Cohorte, a quien Petro, según el reglamento, debía informar de cualquier suceso antes de que se hiciera público. Rubela traía un cucurucho de semillas de girasol, que siguió mascando a escondidas. Pese al desdén que Petro sentía hacia él, a mí me pareció que tenía un aire agradablemente humano.

También presente, aunque no aparecería citado en el acta, estaba Anácrates, el jefe de espías.

—¡Falco! —Los ojos claros de Anácrates pestañearon, nerviosos, al descubrir que seguía vivo y estaba al corriente de aquel problema inesperado. No me preguntó si me lo había pasado bien con su fiasco oriental. Cuando estuviera dispuesto, informaría a Vespasiano en persona y mis comentarios no se verían limitados por la lealtad debida al hombre que me había enviado allí.

—Disculpa —fue mi fría respuesta—. Voy a presentar un informe...

Claudio Laeta debió de oírme porque, con un gesto, nos indicó a Petro y a mí que nos acercáramos. Su posición era la más próxima al emperador, pues dirigiría la reunión en su nombre. Por supuesto, lo que se habló allí es confidencial. El acta de la reunión se redujo a medio rollo de escritura apretada. En confianza, por supuesto, lo que sucedió allí fue lo siguiente:

Los funcionarios palaciegos condujeron el tema con agilidad. En algunos momentos, se lo obstaculizó la intervención de algún tribuno en defensa de su teoría personal, que no guardaba ninguna relación con el tema y resultaba, en ocasiones, incomprensible (y no quedaba recogida en las actas). Un par de veces, uno de los prefectos aventuró algún comentario trivial (citado sucintamente por el secretario). Petronio Longo hizo una franca exposición de su creencia en que, con la eliminación de Balbino, algún nuevo señor del crimen había tomado la iniciativa. (Esta declaración, casi al pie de la letra, ocupaba la mayor parte del acta). En el transcurso de la mañana, Petro había pasado de ser alguien que intentaba librarse de un apuro a base de verborrea a ofrecer el aspecto de un aspirante a la corona de laurel. Lo llevaba bien. Petronio tenía la adecuada actitud escéptica.

Vespasiano, para mi sorpresa, procedió a consultarme varias veces en calidad de experto en la vida callejera y conseguí ofrecerle algunas ideas que tenían un

halo de sensatez, aunque intuí que tendría problemas con Helena Justina cuando, más tarde, le contara cuáles habían sido mis palabras exactas.

De improviso, Tito preguntó a Anácrates qué habían advertido los profesionales de su servicio de inteligencia. El jefe de espías sólo pudo deshacerse en excusas. Sus hombres eran unos inútiles a quienes escapaba prácticamente todo lo que sucedía en Roma. El prefecto urbano se apresuró a intervenir y dio a entender que sus espías sí habían observado signos preocupantes de agitación en las calles. Pero cuando se le pidió que fuera más concreto, no supo dar más detalles que Anácrates.

El debate se prolongó dos horas hasta que el emperador quedó satisfecho. El problema, si existía, debía ser afrontado con energía (aunque no se reclutarían más hombres). El prefecto de los vigiles coordinaría una investigación especial e informaría al prefecto urbano, quien transmitiría dicha información a Tito César. Petronio Longo, que informaría a Rubela, quien lo haría al prefecto de los vigiles, se encargaría de identificar a los ladrones del Emporio y de averiguar si se trataba de un golpe aislado o de una amenaza más extensa. Petro tenía derecho a poner al tribuno de cualquier cohorte sobre aviso de cualquier indicio de peligro en un sector determinado de la ciudad, y todos los responsables de las unidades tenían el deber de prestarle ayuda si la requería.

A Anácrates no se le adjudicó ninguna labor aunque, como gesto de cortesía, Tito comentó que se daba por sentado que el servicio de inteligencia «se mantendría a la expectativa». Todos conocíamos el sentido de la tradicional expresión. Significaba que no debía intervenir.

Sólo como medida excepcional (Vespasiano insistió mucho en este extremo), se ofrecería una compensación a los comerciantes del Emporio que habían perdido sus mercaderías la noche anterior, siempre que sus nombres constasen en la lista oficial. Martino se había ocupado de confeccionarla por orden de Petronio y ya la había enviado por un lacayo. Vespasiano, un experto en combatir chanchullos, indicó a un copista que le hiciera un duplicado de la lista inmediatamente.

Yo me vi nombrado agente supernumerario y destinado a trabajar con Petronio. Como solía sucederme en las reuniones, salí de aquélla sin saber muy bien de qué debía encargarme.

## XII

—¿Así pues, Marco, has salido a dar un tranquilo paseo por el Foro —murmuró Helena al tiempo que pasaba una bandeja de delicias de queso a Silvia— y vuelves a casa hablando de una oleada de delincuencia, de una comisión imperial y de que vosotros dos, colegas del alma, habéis sido nombrados agentes investigadores especiales?

—Es más divertido que ir a comprar rábanos —respondí, aunque también me había encargado de ello. Teníamos invitados y un anfitrión tiene que ser versátil.

—Trabajar juntos será estupendo para ellos —comentó Arria Silvia. La mujer de Petro era menuda y bonita. Una muchacha despierta y delicada con cintas en los cabellos; en otro tiempo, la hubiera creído mi tipo. En otro tiempo, digo: antes de que Petro conociera a Silvia. La esposa de mi amigo tenía la costumbre de pontificar sobre lo evidente; supongo que a él le resultaba reconfortante. Llevaban casados unos siete años y, con tres hijos que cuidar con afecto (o con lo que fuera), la unión parecía destinada a durar. Por ello había decidido dejar a un lado la reacción que me provocaba Silvia; la reacción alérgica que me causaba.

Helena parecía capaz de llevarse bien con ella, aunque su amistad carecía del calor que, por ejemplo, había visto fluir espontáneamente entre Helena y mi hermana, Maya.

—¡Espero que no iréis a pelearos! —me dijo Helena con una sonrisa apacible. Apacible, pero penetrante. Petronio no dio muestras de haber entendido a qué se refería; no respondió, sino que se acercó al balcón y aupó a su hija mayor para que orinase en una de mis macetas. Probablemente, aquello mataría la planta, pero no dije nada. Petro era un padre competente y sin complicaciones. Un ejemplo para todos nosotros.

Yo tenía en las rodillas a las otras dos niñas, que se entretenían con los juguetes que les habíamos traído. Éramos un grupo feliz y satisfecho, habíamos cenado en abundancia y todavía paladeábamos el buen vino que Petronio había donado de su amplia colección. Petro y Silvia habían pasado la tarde con nosotros, celebrando las historias de nuestro viaje por Siria. A los amigos les encanta escucharle a uno cuando cuenta cómo ha soportado las penalidades del clima, el trato con cambistas deshonestos y el dolor intenso de la picadura de un arácnido venenoso. Con esas historias se ahorran salir de vacaciones en persona.

Habíamos encontrado tanto de que hablar, acerca del escorpión que había picado a Helena y de otros vívidos recuerdos, que mi novia y yo conseguimos evitar cualquier mención al único tema que Silvia consideraría importante: la posibilidad de que nosotros también formáramos una familia.

No diré que Helena y yo sintiéramos un placer malsano en mantener el secreto, pero se trataba de un asunto de gran alcance y no estábamos preparados para reírnos de él. De todos modos, Helena y yo nos entendíamos lo suficiente como para que me dejara ver su expresión irónica mientras Silvia parloteaba con entusiasmo acerca de sus tres niñas. La mujer de mi amigo insinuaba en sus palabras que ya era hora de que Helena empezara a sentir envidia. Por fin, conseguí que Helena se fijara en mi mirada y, discretamente, le guiñé un ojo. Silvia me sorprendió cuando lo hacía y dirigió una mueca de fingido escándalo a Petronio, tomando mi gesto por una insinuación amorosa. Petro, como de costumbre, aparentó no tener la menor idea de lo que sucedía.

El guiño quedó como un instante de intimidad entre los dos.

Las dos mujeres mostraron más interés por nuestra nueva misión del que Petro y yo habríamos deseado. Silvia se había dado cuenta de que Helena Justina estaba acostumbrada a intervenir en las conversaciones mucho más de lo que Petronio le permitía a ella, de modo que se lanzó a hablar sin parar, insistiendo en los temas con la misma tenacidad con que antes había arrancado las alas del pollo en salsa de vino con especias.

Petronio y yo habíamos sido colegas muchos años. Mientras Silvia se perdía en divagaciones, nos dedicamos a hablar tranquilamente entre nosotros.

—Después, quiero que me acompañes, Petro. Hay una propiedad que Esmaracto ha puesto en venta; no es gran cosa pero, si se arreglara un poco, sería mejor que este piso.

—¿Si se arreglara un poco? —Petro me miró de reojo como si acabara de sorprenderme robando jarras de vino del mostrador de una caupona—. ¿Y Esmaracto estará dispuesto a invertir en mejoras?

—No, pero estoy dispuesto a encontrar otro lugar para nosotros, aunque tenga que encargarme de las reparaciones y yo mismo...

—¡No sabía nada de esto! —intervino Helena al tiempo que me quitaba de encima a una de las hijas de Petro. La otra escapó de mis rodillas para salir a jugar al balcón—. ¿No debería ser yo quien inspeccione esa propiedad?

—¿Y por qué no buscáis otro casero? —apuntó Silvia.

Con una sonrisa, respondí a Helena:

—La persona que debe inspeccionar la propiedad es el amable socio que me ayudará a instalar los tabloncillos del suelo y a reparar las ventanas.

—¡Olvidalo! —exclamó Petro con una mueca de consternación.

—Eres un buen carpintero.

—¡Y ha sido un buen amigo, *hasta hoy!* —añadió Helena con una carcajada.

—Voy a estar muy ocupado con esta iniciativa contra los ladrones del Emporio —fue la firme respuesta de Petronio. A veces me echaba una mano en mis planes más desquiciados; otras veces, no quería saber nada. Dejé el tema. Mi amigo era demasiado terco para cambiar de idea.

—¿Y cómo es que nuestro precioso nidito ha perdido su encanto después de tanto tiempo? —preguntó Helena con el aire de una furia que extendiera su látigo amenazador.

—Me vuelvo viejo. Mis piernas ya no soportan esta escalera.

Mi amada me dedicó una sonrisa tiernísima con la que me daba a entender que me estaba buscando graves problemas.

—¡Deberíais probar a subirlas con tres mocosos colgados del cuello!

El comentario de Silvia era demasiado acertado como para servirme de consuelo. Yo temía tener que hacerlo con uno solo y, sobre todo, pensaba en los largos meses que esperaban a Helena hasta que naciera nuestro retoño. Ya oía los comentarios de mis serviciales parientes, apuntando que la futura madre debería vivir en otro lugar más accesible..., con la esperanza de que fuera el primer paso para que me abandonara de una vez.

Helena, presumiblemente, sabía por qué quería un alojamiento mejor. Se inclinó hacia atrás en su asiento y, mientras acunaba a Tadia, me dedicó una larga mirada con la que me desafiaba a contar a Petro y a Silvia nuestra situación. Le devolví la mirada pero guardé silencio.

—¡Fíjate qué bien queda Helena con un niño en brazos! —me comentó Silvia. Era evidente que todavía no sospechaba en absoluto la verdad; yo lo había negado ante Petro y él debía haberlo comentado a su mujer. Con un leve sentimiento de culpa por haber engañado a mi amigo, concedí en contemplar a Helena. Iba vestida de azul con un elegante juego de brazaletes que ocultaban la cicatriz del brazo y unos pendientes de plata en los que una mañana, en Palmira, había invertido mis ganancias de una semana sin otra razón que la de haberme dado cuenta de lo feliz que se sentía al viajar por el mundo conmigo.

En efecto, estaba estupenda. Tenía un aspecto saludable, serena y segura de sí misma. Mientras sujetaba a la pequeña, que intentaba lanzarse al suelo para comprobar si el duro aterrizaje sobre los tablones era doloroso, los ojos pardos de Helena, grandes y hermosos, me lanzaron otro ambiguo reto.

Mantuve la calma. En ningún instante permití que Silvia advirtiera lo mucho que me irritaba e intenté que Helena no descubriera hasta qué punto me ponía nervioso con sus desafíos.

—La primera vez que vi a Helena, tenía en brazos a un bebé.

—No me acuerdo...

—La hija del procurador de Britania.

—¡Ah, la mayor de tía Camila! —Por fin lo recordaba; me lo reveló su rubor —. Flavia.

—¡Flavia! —asentí con una sonrisa. Observé que había recordado toda la escena: un educado grupo familiar, gente culta discutiendo en la sobremesa si llovería al día siguiente, y mi llegada, recién aterrizado en la provincia, poniendo a prueba mis prejuicios de clase y dispuesto a romper los huesos de quien me viniera con galanterías.

—¿Y qué hacía él? —preguntó Silvia entre risillas.

—Poner una expresión ceñuda y malhumorada —respondió Helena con tono paciente—. Parecía como si un titán acabara de pisarlo y de aplastarle el dedo gordo. Yo estaba alojada con una gente muy agradable que se había portado muy bien conmigo... y de pronto apareció este héroe, como un Milón de Crotona que buscara un tronco que hacer astillas con su puño. Estaba agotado, abatido y exasperado por su trabajo...

—¡Parece lo normal!

—Pero aún así se las arregló para ser grosero conmigo.

—¡El muy patán!

—En cierto modo, eso me llevó a querer...

—¿Acostarte conmigo? —intervine.

—Demostrarte que te equivocabas —rugió Helena. El recuerdo de la escena todavía la ponía furiosa.

Cuando la había conocido, en Britania, Helena me había trastornado por completo. Al principio la había creído engreída, estricta, malhumorada, egoísta e intratable; después, me había encandilado con ella de tal manera que apenas había dado crédito a mi suerte cuando, en efecto, se había acostado conmigo.

—¿Y tú, Marco? ¿Qué pretendías tú? —Silvia medio esperaba una respuesta desvergonzada.

Lo que quería era que Helena fuera mi compañera el resto de mi vida. Pero era un deseo demasiado escandalizador como para declararlo abiertamente ante una mujer tan remilgada como Silvia. Alargué la mano al frutero e hiqué los dientes con furia en una pera.

—Aún no nos habéis contado cuál es ese trabajo que os ha encargado el emperador. —Lograr que Silvia cambiara de tema era lo más sencillo del mundo. Si uno hacía caso omiso de alguna de sus preguntas, la mujer saltaba de inmediato con otra cosa. Aunque eso no significaba que la nueva fuera mejor.

Vi que Petro fruncía el entrecejo ligeramente. Ambos queríamos dejar correr el asunto. Aún teníamos que situarnos en la cuestión y no necesitábamos la ayuda de las mujeres.

—¿Cuál de los dos estará al mando? —quiso saber Helena, curiosa. Siempre era capaz de encontrar la pregunta más embarazosa.

—Yo —dijo Petro.

—¡Un momento! —Habría querido aclarar aquel extremo con él en privado, pero ahora estábamos atrapados—. Yo trabajo por mi cuenta. No atiendo órdenes

de nadie.

—Yo soy el encargado de la investigación especial —replicó Petro—. Tendrás que trabajar conmigo.

—A mí, el encargo me viene directamente de Vespasiano. Y el emperador siempre me concede libertad de movimientos.

—En mi sector, no.

—No había previsto que esto supusiera un conflicto.

—¡Eso significa que esa cabeza tuya no piensa! —murmuró Helena.

—No hay tal conflicto —declaró Petronio con calma.

—Claro que no. Para ti todo está muy claro: tú planificarás el trabajo, darás las órdenes y mandarás la unidad. ¿Qué me queda a mí, pues? ¿Barrer la oficina?

De improviso, Petro sonrió.

—Me parece bien... ¡y espero que sabrás manejar la escoba!

—Puedo ser un as con ella en la mano —asentí, aunque sin ceder un ápice.

—Ya resolveremos algo —murmuró Petronio con ligereza.

—O podemos trabajar en tándem. Somos amigos desde hace mucho tiempo.

Por supuesto, precisamente por eso era imposible que sólo mandara uno de los dos. Helena había sabido verlo de inmediato.

—Por supuesto —confirmó Petro con una brevísima sonrisa.

No habíamos resuelto nada, pero dejamos la cuestión en aquel punto para evitar una discusión ardorosa.

### XIII

Aquella tranquila tarde de octubre, la plaza de la Fuente mostraba su habitual encanto, sucio y sofocante. Una fina columna de humo negro de las cocinas se extendía lánguidamente a tres metros del suelo en busca de una toga blanca o de la túnica impoluta de algún transeúnte que tiznar. Entre su aroma acre eran perceptibles los vapores de azufre procedentes de la lavandería y el olor a grasa de freír rancia. Un rato antes, Casio, el panadero, había preparado sus pasteles de carne... con demasiado enebro, a juzgar por el olor. Encima de nosotros, los vecinos habían sacado la cama al balcón o estaban sentados allí fuera, aireando sus gordas posaderas sobre el pasamanos mientras insultaban a gritos a otros miembros de la familia ocultos en el interior de la casa. Algún imbécil martilleaba algo como un poseso. Una jovencita agotada pasó ante nosotros tambaleándose, casi incapaz de dar un paso más bajo el peso de las largas guirnaldas de flores que se había dedicado a confeccionar durante todo el día para ser lucidas en los banquetes de las lujosas mansiones de los potentados.

Ante la entrada del local de Lenia había un perrillo magro y zarrapastroso, echado en el suelo a la espera de un corazón caritativo que se lo llevara a casa.

—¡No mires! —ordené a Helena y la tomé de la mano antes de cruzar la calle polvorienta para pedirle a Casio la llave del piso vacío que queríamos visitar.

Casio era un tipo de buen carácter, aunque nunca se había dignado reconocer que Helena Justina estaba unida a mí. A ella le vendía hogazas a precios más o menos razonables; a mí, me colaba de vez en cuando una pieza de pan duro mientras intercambiábamos chismorreos. Pero incluso cuando Helena aparecía en su tahona con su noble mano asida a la mía, Casio no hacía el menor ademán de dirigirse a una pareja. El hombre debía de considerarnos inadecuados. Bien, Casio no era el único: yo mismo creía que formábamos una pareja incoherente..., aunque eso no iba a detenerme.

—¡Hola, Falco!

—¿Tienes la llave del piso de arriba?

—¿Quién es el idiota que quiere verlo?

—Bueno, voy a echar un vistazo...

—¡Ja! —exclamó Casio con un aspaviento, como si me hubiera atrevido a sugerir que uno de sus panecillos integrales en forma de media luna tenía una mancha de moho.

Helena y yo no aceptamos sus protestas; le obligamos a ir a por la llave, que llevaba tanto tiempo sin utilizarse que se había perdido en algún rincón detrás de una montaña de sacos en su almacén de harinas. Mientras esperábamos a que encontrara el clavo del cual la había colgado, investigué las cestas de exposición de panecillos en busca de unos mendrugos interesantes y dirigí una sonrisa a Helena.

—Es verdad, ¿sabes? Estabas muy propia ese día en que te vi con la pequeña de Elia Camila. ¡Muy propia!

—Flavia no era hija mía —respondió Helena con frialdad.

Casio regresó armado de una barra de hierro del tamaño de un trinquete que había sacado de algún artefacto mecánico de los muelles. Armandone un buen estruendo, se aseguró de que tenía bien asida la barra y ascendió tras nosotros los peldaños de piedra destartados que arrancaban junto a su tienda. No había demasiados peldaños rotos por completo; si uno se mantenía pegado a la pared, apenas resultaba peligroso. Casio pugnó con ambas manos por hacer girar la llave en la cerradura oxidada. Cuando se dio por vencido, descubrimos que la manera más sencilla de entrar era empujar el otro extremo de la puerta y colarse a través de la maraña de telarañas que había actuado de bisagra.

Estaba muy oscuro. Casio, con atrevimiento, cruzó la estancia hasta una ventana, empujó la contra y se quedó con ella en las manos. Soltó un juramento al tiempo que la pesada madera se estrellaba contra el suelo, dejándole clavadas unas astillas en los dedos y causándole unas ligeras erosiones en la pierna al caer.

—Con franqueza —comentó Helena al instante—, esto parece demasiado ostentoso para nosotros.

No había más que hablar. Profundamente deprimido, insistí en verlo todo.

—¿Quién vive arriba, Casio?

—Nadie. Los demás apartamentos son aún peores que éste. Te advierto que esta tarde ha venido a echar un vistazo una vieja menesterosa...

Esto último era catastrófico. Yo aspiraba a ganar respetabilidad y, para ello, lo que menos necesitábamos era tener por vecinos a un puñado de vagabundos.

Enormes planchas de yeso colgaban de los listones del techo, que se pandeaban hacia dentro de forma alarmante. Los suelos se hundían varios dedos cada vez que pisábamos los tablones, lo cual hacíamos con gran cuidado. Las viguetas del piso parecían haber desaparecido y, dado que su armazón debía contribuir a la estabilidad del edificio, la ausencia de los maderos era un asunto grave. Faltaban todas las puertas interiores y, tal como me había prevenido Lenia, también encontramos levantado el suelo de las habitaciones traseras.

—¿Qué hay abajo?

—Mi leñera —dijo Casio. En efecto, Helena y yo distinguimos los troncos a través del hueco del suelo. Probablemente, cuando Casio cargaba el horno horas antes del amanecer, quien viviese encima le oíría arrastrar los leños de un lugar a

otro.

La casa era una ruina y decidimos que no negociáramos con Esmaracto para arrendarla. Al saberlo, Casio perdió todo interés y se marchó para curarse la pierna, que seguía sangrando de mala manera.

—¿Ese perro de ahí es tuyo, Falco?

—Desde luego que no. Tírale una piedra.

—Es una perra.

—Ni perro, ni perra. No soy su dueño... ¡ni pienso serlo!

Helena y yo nos quedamos en el apartamento un rato más, incapaces de abandonarlo de puro abatimiento. Ella me miró; sabía muy bien la razón de mi interés por la vivienda pero, a menos que reconociera que estaba embarazada, no podría oponerse a mis planes. Por una vez, yo tenía los triunfos en la mano.

—Lo siento —murmuré.

—¿Por qué? No se ha perdido nada.

—Este piso lleva tanto tiempo en espera de ser alquilado que estaba convencido de poder entrar a vivir y pagarle a Esmaracto cuatro cuartos.

—¡Oh, seguro que Esmaracto estaría encantado de tener un inquilino! —dijo Helena en tono burlón—. ¿Podríamos arreglarlo? Con lo mañoso que eres, Marco...

—¡Por Júpiter! Esto necesita obras importantes en el edificio. Escapa por completo a mis posibilidades.

—Creía que te gustaban los desafíos...

—¡Gracias por tener tanta fe en mí! ¡Pero si habría que echar abajo el bloque entero! No comprendo cómo Casio sigue aquí. Arriesga la vida cada día...

« Como gran parte de Roma », añadí para mí.

—Por lo menos, comeríamos pan tierno —Helena fingió sumirse en una profunda reflexión—. Podríamos alargar la mano por el hueco del suelo para cogerlo sin tener que levantarnos de la cama, siquiera...

—No, Helena. No podemos vivir encima de una panadería. Además del peligro de incendios...

—El horno está aparte, en la calle.

—También lo están los molinos, con su algarabía de rebuznos y ese incesante ruido sordo de las piedras de la muela. No te hagas ilusiones, querida. Piensa en los olores. El aroma a pan está bien, pero cuando Casio ha cocido sus hogazas utiliza el horno para calentar pasteles de sobras de carne en salsa para toda la calle. Debería haber pensado en ello antes de venir.

Mientras yo hablaba, Helena se había acercado a la ventana y, de puntillas, se asomaba al exterior para observar la vista.

—No me ha gustado ese lío entre Petronio y tú.

—No hay ningún lío.

—Lo habrá.

—Conozco a Petro desde hace mucho tiempo.

—También hace mucho tiempo que no trabajáis juntos. Y cuando lo hicisteis fue en el Ejército y los dos estabais bajo las órdenes de otro.

—Sé recibir órdenes —le aseguré—. Las recibo de ti continuamente.

Helena soltó una risilla rebelde. Avancé hasta colocarme a su lado ante la ventana y distraje su atención tratando de desequilibrarla a base de suaves codazos. Ella pasó un brazo en torno a mi cintura para sujetarse y lo dejó allí en un gesto amistoso mientras los dos contemplábamos la vista.

Aquel lado de la plaza de la Fuente quedaba colina abajo de nuestra casa, de modo que estábamos casi enfrente de las tiendas que ocupaban los bajos de los edificios de nuestro lado de la calle: la de artículos de escritorio, la barbería, la funeraria...; pequeños comercios que se sucedían al amparo de una columnata en penumbra bajo cinco plantas de apartamentos idénticos que constituían lo que algún arquitecto —excesivamente bien pagado— entendía por un diseño meticuloso. Pocos arquitectos se prestaban a vivir en sus propios edificios.

—¿Ése de ahí es nuestro edificio?

—No; el de al lado.

—Hay un rótulo de « Se alquila », Marco.

—Creo que es de una de las tiendas de la planta baja.

La vista penetrante de Helena se había fijado en uno de esos rótulos callejeros que, normalmente, uno pasa por alto. El aviso, escrito a tiza, se refería, en efecto, a un taller que describía como « local privilegiado para trabajos artesanos con vivienda incluida en buenas condiciones ». En realidad, era un agujero infecto con una escalera imposible que conducía a una buhardilla repulsiva. Era cierto que había un pequeño apartamento doméstico anexo, pero el contrato de alquiler era por cinco años. ¿Quién podía saber cuánta descendencia más engendraría accidentalmente hasta entonces y cuánto espacio necesitaría para acogerlos a todos?

Con un escalofrío, dejé que Helena me sacara de allí y me condujera de vuelta a casa. La perra zarrapastrosa había salido otra vez a nuestro encuentro y me miraba con esperanza. Probablemente, había determinado que yo era el blando.

Como el barbero no tenía clientes, nos dejamos caer en dos de sus taburetes con aire pesimista. El hombre refunfuñó brevemente; después, desapareció en la trastienda para echar una cabezada (su ocupación favorita en cualquier circunstancia).

—Ya sabes que podemos vivir donde queramos —murmuró Helena con suavidad—. Yo tengo dinero...

—No. De pagar el alquiler me ocupo yo.

Como hija de un senador, sus propiedades eran mucho menores que las de

sus dos hermanos varones pero, aun así, si se unía a alguien respetable, seguía contando con una dote considerable de su fracasado matrimonio anterior, además de con diversos legados de parientes femeninas que habían apreciado su especial modo de ser. Yo nunca me había permitido intentar descubrir el monto exacto de la riqueza de Helena. No quería sobresaltarme. Y no quería sentirme nunca un mantenido.

—Y bien, ¿qué es lo que buscamos, entonces?

Esta vez, Helena actuaba con tacto. Se abstuvo de hacer comentarios sobre mi exhibición de orgullo y dignidad. Naturalmente, su silencio me resultó enloquecedor.

—Está muy claro: un lugar donde no corramos el riesgo de que irrumpa la chusma. Donde los perversos que acuden a verme por asuntos de negocios no te causen molestias. Y donde tengamos más espacio.

—¿Espacio para una cuna y sillas para todas tus hermanas cuando vengan a arrullar y a hacer gracias a su ocupante?

Lo dijo con un tono de voz muy seco. Helena sabía ablandarme.

—Más sillas no irían mal —respondí con una sonrisa—. Me gusta recibir visitas.

—¡Lo que te gusta es ponerme nerviosa!

—Me gustas de todas las maneras, te lo aseguro.

Recorrí su cuello con un dedo, rozando apenas su piel bajo el galón del borde del vestido. Estuve a punto de atraerla hacia mí y besarla, pero me sentía demasiado deprimido. Para ofrecer un espectáculo público, uno debe sentir confianza.

Desde su posición, con la cabeza gacha, Helena contemplaba la acera de enfrente. Noté que algo despertaba su interés y alcé la vista al cielo para prevenir a los dioses...

—¡Atended, felices moradores del Olimpo! ¡Alguien acaba de tener una idea brillante!

En ese momento, Helena preguntó con el tono inquisitivo que tantas veces la había metido en apuros:

—¿Quién vive encima de la cestería?

El cesterero ocupaba un local a dos tiendas de distancia de la panadería de Casio. Compartía la fachada con una cerería (otro negocio tranquilo y prácticamente libre de malos olores). Encima de los comercios se alzaba un típico edificio de viviendas, parecido al nuestro y ocupado por la misma clase de inquilinos: operarios explotados y mal pagados. No había ningún rótulo de «Se alquila», pero las contraventanas del primer piso estaban cerradas, como lo habían estado desde que guardaba recuerdo. Nunca había visto que alguien entrara allí.

—¡Bien pensado! —murmuré, meditando.

Era posible que hubiésemos encontrado nuestra futura casa allí mismo, frente a la lavandería de Lenia.

#### XIV

El cestero, un hombre enjuto y nervudo envuelto en una túnica tostada a quien conocía de vista, nos dijo que el piso de encima pertenecía a la tienda. No lo había ocupado nunca porque sólo se alojaba en la plaza de la Fuente de forma provisional. El hombre vivía en la Campania; allí tenía su familia y allí pensaba retirarse cuando decidiera dejar de subir a la ciudad todas las semanas. De hecho, las estancias del piso que nos interesaba eran inhabitables. Estaban llenas de cascotes y desperdicios, y Esmaracto era demasiado mezquino como para encargarse de vaciarlas. En lugar de ello, el muy holgazán había ofrecido una rebaja en el alquiler. El trato le había convenido al cestero. Ahora, me convenía a mí.

Helena y yo echamos un vistazo con cautela. El piso era muy oscuro. Después de vivir en un sexto piso, cualquier planta próxima al nivel de la calle nos lo parecería. No había balcón, ni vistas; ni jardín, por supuesto. Carecía de instalaciones para cocinar. El agua se traía de una fuente a una calle de distancia. Había una letrina pública al final de nuestra calle, baños y templos en el Aventino y mercados callejeros en todas direcciones. Mi despacho provisional quedaba al otro lado de la calle, tan cerca que podíamos hablarnos de ventana a ventana. El piso tenía tres habitaciones (una más de las que estábamos acostumbrados) y una serie de casillas y compartimentos en las paredes.

—¡Alacenas! —exclamó Helena—. ¡Me encanta!

—¡Espacio para la cuna! —añadí con una sonrisa maliciosa.

Esmaracto, el casero, era un individuo al que procuraba evitar. Me ponía furioso con sólo pensar en aquel parásito. Mi intención era tratar el asunto con Lenia, pacíficamente, pero cometí el estúpido error de escoger un momento en que su maldito prometido se había presentado con un botellón de vino.

Me negué a beber con él. Aceptaría un trago gratis de cualquiera, casi, pero soy un hombre civilizado. Todavía hago distingos y, en esos tiempos, por debajo de la línea que trazaba quedaban los asesinos impenitentes, los recaudadores de impuestos corruptos, los violadores... y Esmaracto.

Por fortuna, sabía que mi presencia le ponía nervioso. Durante algún tiempo, cada vez que se arriesgaba a asomar la cabeza por la plaza de la Fuente, Esmaracto se hacía acompañar por dos gladiadores del gimnasio que regentaba; ahora, con Lenia para defenderlo de los inquilinos furiosos, había decidido

prescindir de guardaespaldas. Era una buena idea; los pobres Asiaco y Rodán estaban tan desnutridos que necesitaban conservar las fuerzas. Aquel par de tontos grandullones no habrían podido saltar a la palestra después de un día peleando conmigo. Para Esmaracto, yo era un tipo duro de pelar. Era ágil, resistente y lo odiaba a muerte. Aún no había cruzado el umbral de la lavandería cuando me llegó su voz, de modo que tuve tiempo de poner lo que Helena llamaba «mi aire a lo Milón de Crotona».

—¡Falco hará la lectura del hígado de cordero en nuestra boda! —anunció Lenia con una sonrisa boba, haciéndose la joven novia impaciente. Sentí vergüenza ajena. Esmaracto no debía de llevar allí más que unos pocos minutos, pero la mujer y ya estaba ebria. Aunque... ¿quién se lo podía echar en cara?

—¡Será mejor que andes con cuidado! —le advertí a Esmaracto. Mi casero se dio cuenta de que ocuparme del augurio podía ser un favor de doble filo. Un mal presagio podía echar a perder su felicidad. Un presagio aún peor podía hacer que Lenia se echara atrás antes de intercambiar los anillos, privando a Esmaracto de sus, sin duda, repletas arcas. Vomitarle encima a su madre, como Lenia me había pedido que hiciera, no era nada comparado con la diversión que podía proporcionarme un cordero de sacrificio que se mostrase un poco colaborador.

—Es un buen tipo y sale barato —le dijo Lenia, como si explicara por qué le había parecido una buena idea mi participación. Además, yo estaba de su parte, aunque los dos nos abstuvimos de mencionarlo—. Veo que la perrita te ha encontrado, Falco. La llamamos *Nix*.

—No voy a quedarme ningún animal extraviado.

—¿Ah, no? ¿Y cuándo has cambiado de idea?

Esmaracto murmuró que me falta experiencia como sacerdote y le repliqué que sabía más que suficiente para officiar en un casamiento como el suyo. Lenia me puso una copa de vino en la mano, pero la rechazé.

Cumplidas las formalidades de la transacción, ya podíamos dedicarnos a engañarnos mutuamente.

Estaba seguro de que Esmaracto intentaría alguna maniobra si se enteraba de que nos instalábamos como realquilados en el local del cesterero. Una solución era evitar decírselo. Por desgracia, siendo ahora el prometido de Lenia, se pasaba el día rondando por el barrio y era muy probable que nos viera entrar y salir. En aquel asunto había que andarse con mucho cuidado..., o recurrir a un chantaje descartado. Para empezar, me quejé enérgicamente ante él por el estado ruinoso de las estancias sobre la panadería de Casio.

—Alguien va a denunciar a los ediles que el lugar es un peligro para los transeúntes y recibirás la orden de demoler todo el edificio antes de que se desmorone...

Esmaracto haría lo que fuese para evitar que se ordenara el derribo de una de sus propiedades, puesto que la ley le obligaba a reconstruirla igual o mejor. (La

idea de sacar más beneficios a largo plazo gracias a un aumento de los alquileres era demasiado sutil para la vieja esponja mohosa que tenía por cerebro).

—¿Quién querría armar un lío semejante? —replicó con desdén. Le dedicó una sonrisa de cortesía mientras Lenia le daba un pisotón para hacerle entender mi insinuación. Esmaracto andaría cojeando una semana.

—¿No eras tú quien hablaba con el vendedor de cestos? —me preguntó Lenia. En la plaza de la Fuente, uno no podía apretarse un grano sin que tres vecinos se acercaran a recomendarle que lo dejara tranquilo.

—Sí. Voy a ayudarlo a limpiar el piso de arriba de su taller.

—¿Cómo es eso? —intervino Esmaracto, suspicaz.

—Soy un tipo con buen corazón.

Esperé a que estuviera a punto de reventar de curiosidad y entonces le conté lo que había convenido con el cestero: que yo limpiaría el local y, a cambio, podría vivir allí sin pagarle alquiler. Una vez instalados, me ocuparía de vigilar el local cuando estuviera cerrado, lo cual permitiría al cestero mayor libertad para quedarse con su familia.

La noticia dejó anonadado a Esmaracto. Las palabras «sin pagar alquiler» no existían en el léxico de un casero. Le expliqué su significado y, en respuesta, masculló ciertas frases que vinieron a demostrar lo que siempre había sospechado: que el tipo había sido educado por esclavos fugados de una trirreme en un matadero clandestino.

—Me alegro de que te parezca bien —le dije. Cuando salí, Esmaracto seguía tosiendo. Se le había atragantado el vino.

## XV

A la mañana siguiente, me presenté ante la Guardia del Aventino. La Cuarta Cohorte tenía el cuartel general de su tribuno en el sector Duodécimo, la piscina pública, que la mayoría de ciudadanos estimaba el más salubre. Junto a la sede central había un cuartel para las patrullas de a pie, en el cual se guardaba el equipo para la extinción de incendios. Para cubrir su otra zona, el sector Decimotercero, tenían un segundo cuartelillo en el que Petronio se refugiaba cuando tenía ocasión. Allí tenía un despacho y allí estaban destinados los componentes de su equipo de investigadores, en ropa de paisano, y de escribientes. También había una prevención para aquellos delincuentes que eran sorprendidos *in fraganti* por las patrullas y para quienes tenían la sensatez de confesar tan pronto se les preguntaba, además de otra salita para interrogatorios más minuciosos. Era una habitación de reducido tamaño, pero de todas sus paredes colgaban unos interesantes artilugios de hierro. Y había suficiente espacio para poder soltar un buen puntapié con la bota.

Encontré a Fúsculo en el exterior, ayudando a una anciana a redactar una petición. En el pórtico de la entrada al cuartel había un mostrador para atender a los ciudadanos que llegaban con quejas y denuncias. El funcionario de servicio, un joven larguirucho que nunca decía gran cosa, se agachó a sacarse arena de la sandalia izquierda mientras Fúsculo, con gran paciencia, repasaba el procedimiento con la anciana:

—No puedo escribirla por ti; eres la única que conoce los hechos. Mira, has de empezar por «A Lucio Petronio Longo, investigador jefe del sector Decimotercero» ... No te preocupes, el escribiente redactará el encabezamiento automáticamente. «De...», aquí dices quién eres, y luego nos cuentas con detalle lo sucedido. «En los idus de octubre», o cuando fuera...

—Ayer.

Fúsculo puso en acción al escribiente a puntapiés:

—El día después de los idus, me han robado...

—Una colcha de cama. —La mujer se lanzó a un parloteo interminable, como sucede con todas las ancianas cuando logran convencer a algún joven guapo para que trabaje para ellas—. Una banda callejera se la ha llevado de mi balcón. En la plaza de la Concha, junto a la calle del Armilustrum.

—¿Valor? —consiguió preguntar Fúsculo.

—¡Un denario! —Probablemente, se lo estaba inventando.

—¿Cuánto tiempo hace que la tenías? —quiso saber Fúsculo, suspicaz—. ¿De qué estaba hecho ese tesoro?

—¡De lana! De la mejor lana; hace veinte años que la tenía y...

—¡Pon: «Valor: un dupondio»! Después, la fórmula habitual: «Por la presente, solicito que des instrucciones para llevar a cabo una investigación sobre el tema...».

Mientras el escribiente iniciaba su tarea, Fúsculo me indicó con un gesto que pasara al interior. El subordinado de Petro era un tipo orondo y feliz, de unos treinta y cinco años y ciento ochenta libras de peso. Con una pronunciada calvicie en la coronilla, el resto de sus cabellos le rodeaba el cráneo en surcos horizontales. La cabellera había mantenido su color oscuro y tenía unos ojos casi negros. Aunque rotundo, se le apreciaba en extraordinaria forma.

—Si buscas a Petronio, vendrá más tarde. Salió con la patrulla nocturna —anunció Fúsculo—. Está convencido de que habrá otro asalto de grandes proporciones. Martino está de servicio. Ha regresado al Emporio para comprobar ciertos datos.

—Puedo esperar —respondí. Fúsculo mostró una ligera sonrisa. A casi nadie le gustaba lidiar con Martino—. ¿Y bien, Fúsculo, qué tal las cosas?

—Parecen bastante tranquilas. La patrulla de día está investigando un posible robo en el Templo de Ceres. Unos rascadores se han trabajado las estatuas de la Biblioteca de Asinio...

—¿Unos rascadores? No entiendo qué...

—Unos tipos que se dedican a hacer saltar la pátina dorada de las esculturas para llevársela. También ha habido una denuncia contra un curtidor por envenenar el aire cerca del Aqua Marcia; normalmente, lo que se alega es envenenamiento de las aguas... En fin, podemos detenerlo por olores nocivos y trasladar su taller al Trastévere; pero alguien tiene que presentarse allí y oler el aire mientras el taller funciona. Ha habido una pelea callejera junto a la Puerta Trigémica; pero cuando los muchachos lleguen al Clivus Publicus, ya se habrá acabado. Tres ciudadanos aparentemente responsables han presentado informes independientes de haber visto un lobo cerca del Templo de la Luna.

—Probablemente, un gato grande —apunté.

—Como de costumbre, resultará ser un tímido minino, en efecto —asintió Fúsculo con un gorjeo—. Los osos y las panteras que se fugan los dejamos de inmediato en manos de las Cohortes Urbanas; por lo menos, esos ineptos van armados. Y también les dejamos capturar los cocodrilos mascota de los hijos de algún senador cuando se escapan del aljibe. Pero de los «lobos» siempre tenemos que ocuparnos nosotros. Por si acaso se trata de una loba y le está dando de mamar a unos heroicos gemelos, ya sabes.

—¡Ah, si se presentara el caso, estarías encantado de participar en la acción!

—¡Tienes razón! Hay otros asuntos, pero más aburridos, como ése del caballo muerto abandonado en el foro del Mercado del Ganado, que tendrá que ser retirado con poleas y aparejos. Mientras tanto, tenemos encerrado a un puñado de esclavos fugados, a la espera de que sus propietarios se hagan cargo de ellos. También tengo que interrogar a dos inquilinos descuidados a quienes la patrulla de prevención de incendios detuvo anoche por permitir fuegos o humos en sus viviendas. A uno de ellos lo dejaré marcharse con una advertencia, por ser la primera vez; el otro ya ha sido conducido a mi presencia anteriormente, de modo que deberá demostrar que fue un accidente, o recibirá unos azotes.

—¿Quién se encarga de eso?

—Sergio —murmuró Fúsculo con regocijo. Yo conocía al tal Sergio y sabía que disfrutaba con su trabajo—. Y también tenemos en una celda a un presunto pirómano que, decididamente, será facturado.

—¿Facturado?

—Al prefecto. Es un estúpido joyero que constantemente deja las lámparas de su pórtico meciéndose bajo la brisa, sin vigilancia.

—¿Y qué le harán?

—Le impondrán una buena multa. Voy a llevarme al tipo al cuartel general para su procesamiento. Quizá sea mejor que me acompañes; Rubela quiere darte la bienvenida.

Rubela era el tribuno de la Cuarta. Ensayé una sonrisa.

—¿Debe halagarme tal honor?

—¿Tú qué crees? —respondió Fúsculo con un guiño. Mientras recogía su garrote, al incendiario y unas notas oficiales sobre los delitos menores del detenido, continuó poniéndome al corriente. Estaba claro que Fúsculo era un hombre minucioso a quien encantaba dar lecciones magistrales—. Aparte de todo eso, está el trabajo normal; lo cual significa que éste apenas se lleva a cabo debido a esas otras prioridades más urgentes. Tenemos en marcha una investigación sobre una religión secreta que deberá retrasarse otra vez a causa de esta nueva tarea y lo mismo sucede con el programa de prevención de incendios en graneros, la campaña contra el robo de togas en los baños públicos y la puesta al día de las listas de indeseables.

—¿A qué indeseables te refieres? —pregunté, intrigado por saber qué clase de degenerados merecía constar en un registro oficial del Estado. Fúsculo reaccionó con cierta reserva:

—Bueno, ya sabes... Tenemos que ayudar a los ediles con sus registros. Tabernas y burdeles.

—No sé, Fúsculo, pero me parece que no era a tabernas y burdeles a lo que te referías.

—Matemáticos y astrólogos —confesó el soldado. Puse una expresión de ligera sorpresa, y él continuó—: Todo el que muestre inclinación por el ocultismo

o la magia es sospechoso a los ojos del orden público. En especial, los filósofos.

—¡Oh, una gente descaradamente sediciosa!

—Así nos lo han dicho. No es que creamos en esas campañas, Falco, pero queremos estar preparados por si el emperador pide una purga. Con Nerón fueron los cristianos. Últimamente, la presión sobre éstos se ha aliviado, de modo que podemos volver sobre los actores.

—¡Repugnantes degenerados! —No le revelé a Fúsculo que acababa de pasar tres meses trabajando con un grupo teatral—, ¿quién más?

—Los tenderos griegos.

—¡Vaya, esto es una novedad! ¿Qué hay contra ellos?

—Tienen abiertos sus establecimientos día y noche, lo cual se ha considerado injusto para los comerciantes locales. Esta rivalidad podría derivar en problemas, de modo que hacemos listas para saber enseguida a quién encerrar cuando estalla un altercado y las boñigas de ganado empiezan a volar.

Enseguida supuse que no mantenían listas parecidas de los comerciantes locales que se quejaban.

—Estoy seguro de que para todos los ciudadanos decentes es un alivio saber que la Guardia está alerta... —comenté con sarcasmo, al tiempo que advertía que a mi interlocutor todavía le quedaba algo por añadir—. ¿Y hay alguien más que amenace el orden público hasta el punto de tenerlos bajo vigilancia y de mantener sus nombres en listas secretas?

—Sí —reconoció Fúsculo con aire de resignación—. Los informadores.

## XVI

Rubela seguía mascando sus pipas de girasol.

Aparentaba unos cincuenta años y debía de tenerlos, pues había alcanzado la licencia definitiva como legionario. En el Ejército había llegado a centurión jefe, y para eso se necesita tenacidad, además de buen olfato. En otro tiempo, Rubela debía de haber pertenecido al mismo estrato social que yo, pero veinte años de servicio le habían encumbrado: ascenso hasta el máximo rango que podía alcanzar en las legiones, licencia con honores y adquisición de la categoría social del rango medio. Ahora estaba al mando de mil hombres —de poca calidad, es cierto, pues los vigiles eran, en su mayor parte, antiguos esclavos— pero, si continuaba esquivando catástrofes, aún podía aspirar a las Cohortes Urbanas e incluso, tal vez, a la Guardia Pretoriana. Rubela estaba en la cumbre, aunque había pasado toda su vida activa para llegar a ella.

Era un hombre alto y fornido, tranquilo pero no agotado por la vida. Todavía llevaba sus cabellos canosos cortados al estilo militar, lo cual le proporcionaba un aspecto riguroso. Tenía tanta fuerza que era capaz de apartar de en medio a un buey con sólo empujarlo. Ser consciente de ello lo tranquilizaba. Rubela se tomaba la vida a su ritmo y mostraba una absoluta serenidad.

Fúsculo me presentó. Rubela se obligó a hacer una pausa entre pipa y pipa.

—Gracias por venir. Me gusta conocer personalmente a los nuevos agregados. Bienvenido a la unidad, Falco.

El recibimiento del tribuno era engañoso. Igual que Petro, no quería tenerme rondando cerca de su gente. Parecía amigable, pero tras su apariencia se apreciaba una inquina apenas reprimida. Yo era un extraño. Un intruso capaz de exponer a la vista de todos una desgracia privada.

Algunos oficiales me habrían llevado a hablar de mi trabajo para el emperador. Rubela debía de estar al corriente de mis anteriores actividades. Seguramente habría revisado mi expediente, lleno de prejuicios y buscando el modo de menospreciarme. Al final, sin embargo, optó por un insulto aún peor: pasar por alto completamente todo aquello.

—Eres un antiguo compañero de Petronio.

—Sí, nos conocemos desde hace diez años.

—¿Estabais en la misma legión?

—Sí. La Segunda Augusta. En Britania.

—Un buen hombre —comentó—. Absolutamente recto... —Parecía tener la cabeza en otra parte—. He hablado con Petro sobre esa misión de descubrir a los asaltantes y me ha sugerido que te dedique a revisar parte de la historia pasada.

Advertí la sutileza con la que Rubela se había adjudicado la responsabilidad de distribuir las tareas. Era evidente que Petro y yo no seríamos los únicos en disputarnos el botín. Rubela quería participar e imaginé que, en cualquier momento, el prefecto de los vigiles metería la cuchara también. Además, era muy probable que también nos las tuviéramos que ver con el superior inmediato de Petro, el oficial interrogador de la Cuarta Cohorte. Y, sin duda, cada uno de los siete centuriones de la cohorte se consideraba el máximo responsable de la vigilancia del Aventino.

Reflexionando sobre todo ello, llegué a la conclusión de que, si quería trabajar, tendría que luchar por el puesto.

—¿La historia pasada? —repetí en tono neutro. Si un cliente pagaba, estaba dispuesto a consultar certificados de nacimiento o últimas voluntades, pero no era mi actividad favorita.

—Posees capacidades que podrían ser de utilidad para nosotros... —No se me escapó su tono despreciativo. Por supuesto que poseía muchas capacidades. La tarea del informador requiere tenacidad, inteligencia, intuición y unos pies resistentes—. La atención a los detalles —escogió Rubela.

—¡Oh, vaya! Me siento como una tabernera vulgar que oyera la cantinela de costumbre: « Me gustas; eres diferente de las otras chicas ».

Rubela me miró. Al parecer, tenía menos sentido del humor que un ciempiés. Y era incapaz de soportar una interrupción.

—Petro no está de acuerdo, pero creo que deberíamos enviarte a conocer a Nonnio.

—¿El soplón que trabajaba con Balbino? ¿El cobrador de alquileres cuyo testimonio delató a ese pez gordo?

—Tenemos una excusa para intervenir; ese hombre está involucrado en el seguimiento de las propiedades de Balbino...

—¡Oh, estoy asombrado! —Lo que estaba era irritado, y dejé que se notara—. ¿De modo que, mientras hay trabajo suculento en las calles, yo me voy a estar sentado con un ábaco en las manos, revisando cuentas?

—No; ya tenemos un auditor. —El tribuno no se dio cuenta de que me ponía a punto de estallar—. Un sacerdote del Templo de Saturno representa los intereses del Estado.

Por mí, si mi destino era quemarme la vista con las columnas de pérdidas y ganancias, el sacerdote podía representar también a la autoridad en la investigación.

—¡Puedo colaborar en algo más útil que encontrar unas cuantas cifras falseadas en una hoja de balance!

—¡Eso espero! Nos has sido asignado con buenas referencias, Falco. Seguro que querrás mantener la fama. —Ahora, Rubela sonreía. Podía hacerlo. Sólo tenía que seguir mascando pipas incesantemente en su trono oficial mientras los lacayos corrían de un lado a otro levantando polvo. El tribuno sabía que me había sacado de mis casillas y lo estaba celebrando abiertamente—. ¿Detecto un problema con el rango, tal vez? Apuesto a que, cuando estabas en el Ejército, odiabas a tu centurión, ¿verdad?

Me di cuenta de la trampa que me tendía y recuperé al instante el dominio de mí mismo. Rubela quizá se proponía devolverme a Palacio con la queja de que no quería colaborar. Si el tribuno imaginaba que podría librarse de mí antes de empezar siquiera, no se saldría con la suya.

—Y supongo que yo tampoco le caía muy bien —fue mi respuesta.

Rubela rehusó el enfrentamiento. Sin apenas una pausa, reiteró:

—La historia pasada, eso es. Si sospechamos que la banda que robó en el Emporio ha caído en un hoyo formado después de la eliminación de Balbino Pío, tal vez deberíamos revisar qué había antes del agujero.

Las palabras del tribuno eran razonables. Mis pensamientos se aceleraron y me apresuré a soltar:

—Quien planificó el asalto al Emporio estaba preparado e impaciente por actuar. Balbino había abordado su nave la víspera, apenas, y alguien no pudo esperar más a anunciar el ascenso de otro régimen criminal.

—Ese grupo actuó con mucha eficacia —comentó Rubela con gesto contenido. Parecía un cocinero que esperase que el budín se revolviere con sólo clavar la mirada en el recipiente.

—Sabían hacer las cosas —asentí—. Quizás es alguien de la organización de Balbino. El propio Nonnio, tal vez.

—Una cuestión interesante —murmuró Rubela sin mostrar el menor interés.

De repente, me encantó que me dieran la oportunidad de seguir a Nonnio. Propuse visitarlo enseguida y Fúsculo se ofreció a acompañarme para efectuar las presentaciones. Ya en la puerta, hice una pausa. Rubela estaba ocupado en abrir un nuevo cucurucho de pipas de girasol.

—Una pregunta, tribuno: ¿cuánto estoy autorizado a revelar a Nonnio?

Con una mirada lánguida, Rubela me respondió:

—Todo lo que te parezca.

—Ese hombre ha traicionado a sus cómplices anteriormente. ¿No deberíamos ser más cautos con él?

—Nonnio es un delincuente endurecido y sabe muy bien cómo está la jugada —replicó el tribuno—. Balbino ha sido condenado y expulsado; Nonnio ya no es de utilidad para el Estado..., a menos que vuelva a presentarse con nuevas pruebas. Si te ayuda, cabe la posibilidad de que consideres que debes portarte bien con él; si no colabora, apriétele las tuercas como te parezca.

—Bien. —Era muy capaz de apretar las tuercas a alguien. Incluso podía mostrarme respetuoso, si la situación lo requería realmente. Tenía una pregunta más, relacionada con otro punto sensible—: ¿Petronio sabe que estoy recibiendo instrucciones más amplias de lo que él sugería?

—Puedes decírselo cuando lo veas —respondió Rubela, como si realmente no se diera cuenta de que acababa de poner fin a una amistad de diez años. Cuando cerré la puerta a mis espaldas, seguía luciendo su sonrisa afable.

Rubela podía ser uno de esos tipos oscuros a quienes gustaba fingir que no movían nunca un dedo, cuando en realidad tenían una gran agilidad en el análisis de los acontecimientos, un cálido dominio de las relaciones humanas y una aguda comprensión de sus deberes en la vida pública.

Sí, podía ser un hombre leal, inteligente y de confianza. Aunque, por otra parte, también podía ser precisamente lo que aparentaba: un cerdo perezoso y descuidado que había ascendido más allá de sus méritos.

## XVII

Nonnio vivía en el sector Duodécimo, a un par de calles de la casa de los padres de Helena Justina, lo cual demuestra que uno, con dinero, puede comprarse un vecindario respetable..., o una casa contigua a la de unos criminales. Sencillamente, los delincuentes del barrio de la Puerta Capena eran más ricos y más depravados que los de la plaza de la Fuente.

El senador era millonario. Tenía que serlo, por supuesto. Aquél era el requisito básico para acceder al cargo. Y es que nadie necesita mostrar facultades exorbitantes como buen juicio, o incluso sentido del honor, para votar en una asamblea tres veces al mes. En cambio, poseer unos millones resulta útil, me han asegurado, y la familia Camila llevaba una existencia muy cómoda. La madre de Helena lucía su collar de jaspe semiprecioso incluso para visitar a la manicura.

Nonnio Albio había sido jefe de recaudadores de alquileres de un jefazo de los bajos fondos. Los requisitos necesarios para tal cargo eran muy sencillos: persistencia y un temperamento brutal. Y gracias a más de treinta años de dedicación a su violenta actividad, se había ganado el derecho a vivir en el barrio de la Puerta Capena como un senador y a poseer su propia mansión, libre de cargas, cuando más de un padre de Roma tenía hipotecada la suya. La casa, de aspecto modesto —aunque no lo era en absoluto—, tenía un atrio discreto que procuraba por todos los medios no llamar la atención y en el cual debían esperar los visitantes mientras un portero de aspecto huraño, que se limitaba a echarles un vistazo desde el otro lado de una recia verja de hierro, iba a dar aviso de su llegada.

—¡Es como visitar a un cónsul! —me maravillé.

Fúsculo me miró y añadió en tono irónico:

—Sólo que los guardaespaldas de Nonnio son más corteses y van más aseados que cualquier licitor.

En el exterior había unos grandes tientos de piedra con arbustos de laureles bien regados, iguales a los que adornaban la casa de los padres de Helena. Era evidente que el suministrador de macetas de la Puerta Capena no hacía distinciones entre sus clientes.

—¿Qué opinas de Rubela? —me preguntó Fúsculo mientras seguíamos deambulando por el recatado atrio con un sonoro taconeo a la espera del portero,

que se había marchado a anunciarnos—. Un individuo bastante complicado, ¿verdad?

—Tiene una pena secreta.

—¡Oh! ¿Y cuál es, Falco?

—¿Cómo voy a saberlo? Es secreta.

El equipo de Petro había investigado a demasiados deficientes incapaces de expresarse con agudeza. Ninguno de sus hombres era capaz de cazar un chiste al vuelo.

—¡Ah! Pensaba que te habías enterado de algo.

—No —expliqué con calma—. Es sólo que me produce una intensa excitación sexual especular sin pies ni cabeza sobre personas a las que acabo de conocer.

Fúsculo me dedicó una mirada nerviosa.

Nonnio, como todo el mundo sabía, era un hombre al borde de la muerte. Pudimos constatarlo porque, cuando nos condujeron ante él, lo encontramos tendido en un diván de lectura —aunque no leía nada—, comiendo despacio de una fuente de ciruelas moradas, maduras y exquisitas. Aquéllas eran las frutas especialmente escogidas, rezumantes de una resina untuosa, que los amigos más preocupados le envían a un agonizante para reconfortarlo. Tal vez la idea de que los amigos se gasten la plata en uno a puñados consigue apartar el dolor de la mente del enfermo.

El frutero también era una maravilla: una ancha pieza de bronce de tres palmos de longitud, con tres delfines unidos que formaban un bello pie y unos caballitos de mar por asas. La fuente era demasiado pesada para un hombre en las condiciones de Nonnio, de modo que se la sostenía un esclavo mauritano de unos diez años, de facciones regulares, vestido con una túnica muy corta que dejaba el torso al descubierto y con orlas doradas en todo el borde inferior. El chiquillo llevaba los pezones pintados de dorado y los ojos maquillados con polvos de Oriente como un dios egipcio en un amuleto en forma de escarabajo. Mi madre no lo habría querido ni para limpiar nabos.

Nonnio, por su parte, tenía un rostro chupado con una aristocrática nariz ganchuda, orejas grandes y un cuello larguirucho. Habría podido servir de modelo para la estatua de un orador republicano. Tenía unas facciones que, en la vieja expresión romana, podían considerarse «llenas de carácter»: labios apretados y todos los indicios de ponerse de un humor asqueroso si se retrasaba la cena.

Rondaba los sesenta años y estaba casi calvo. Pese a su debilidad, había conseguido afeitarse y, para hacer más soportable el rasurado, su barbero lo había acompañado de un bálsamo de delicado aroma. Llevaba una sencilla túnica blanca, aunque escrupulosamente limpia. No lucía ninguna joya y calzaba unas botas que parecían viejas amigas suyas. Me refiero a que tenían el aspecto

de haber pateado ya los riñones de varios cientos de morosos y de ser engrasadas a diario todavía por si surgía la oportunidad de hacerlo de nuevo. Y todo en él decía que, si lo molestábamos, con gusto nos patearía a nosotros.

Fúsculo me presentó. Habíamos acordado una explicación a mi presencia:

—Didio Falco está en comisión transitoria, en calidad de supervisor. Trabaja con el auditor público.

Nadie se lo iba a creer, pero eso no importaba.

—Lamento encontrarte tan pálido —murmuré sentidamente—. Quizá tenga que repasar algunas cifras, más adelante, pero intentaré acortar esa agonía. No quiero cansarte...

—¿Estás de broma?

Nonnio tenía una voz que parecía cortés hasta que uno advertía en sus palabras trazas de un tono áspero. Había crecido en los muelles del Tiber; esperar de él cualquier asomo de cultura era tan absurdo como que un carnicero discutiera con parsimonia sobre la teoría de Heráclito de que todas las cosas se encuentran en un estado de eterno fluir mientras partía a golpes de cuchilla el costillar de un buey. Una vez conocí a uno así; grandes ideas, pero demasiado propenso a engordar el peso con grasa.

—Me habían dicho que debía tratarte con delicadeza...

—¡Echar mano a las cuentas de Balbino parece haberme dado un nuevo hábito de vida! —Podía ser sólo la broma desesperada de un auténtico moribundo. Intenté determinar si aquel cerdo estaba de veras enfermo. Nonnio se dio cuenta, de modo que emitió una tos patética. El joven esclavo exótico corrió a enjugarle la frente. Al parecer, el muchacho estaba adiestrado en algo más que en caídas de ojos.

—¿El hombre de Tesorería te sirve de ayuda?

—No mucho. —Típico en aquellos funcionarios, pensé—. ¿Quieres verlo? —Nonnio parecía absolutamente tranquilo—. Lo he instalado en una sala para él solo, donde pueda jugar con las bolas del ábaco como le venga en gana.

—No necesito verlo, gracias. ¿Cómo van los cálculos, hasta ahora? —le pregunté de improviso.

Nonnio lo sabía al dedillo:

—Dos millones y sigue la cuenta.

Emití un largo silbido.

—¡Vaya, eso es un buen puñado de rábanos! —El hombre puso cara de satisfacción, pero no dijo nada—. Muy agradable para ti —insistí.

—Si puedo echarle mano. Balbino intentó guardarlo en una estantería fuera de mi alcance.

—No será el viejo truco del « regalo a un cuñado », ¿verdad?

El hombre me dedicó una mirada respetuosa.

—Con eso todavía no me he encontrado. No: « dote al marido de mi hija » .

—Ya lo he visto alguna vez —murmuré al tiempo que movía la cabeza en gesto de negativa—. Consulté a un jurista y debo darte malas noticias: no podrás tocar la pasta. Mientras dure el matrimonio, la dote no pertenece a la familia. El derecho a la dote está vinculado al derecho sobre la mujer. El marido posee ambas cosas sin que pueda afectarle la responsabilidad legal del suegro.

—¡Quizá se divorcien! —replicó con sorna el ex recaudador de alquileres en un tono que sugería que se podía recurrir a un par de golpes convincentes para poner fin al matrimonio. Nonnio, en otro tiempo matón, siempre violento.

—Si la dote es lo bastante sustanciosa, el amor triunfará —le previne—. El dinero contante y sonante tiende a hacer románticos a los maridos.

—En ese caso, tendré que explicar a la chica que su marido tiene la cabeza vacía.

—¡Bueno, creo que ella ya debe de haberlo advertido! —intervino Fúsculo y me dedicó una mirada con la que me prometía que más tarde me comentaría más chismorreos al respecto.

Advertí que Nonnio nos observaba e intentaba determinar qué alianza había entre Fúsculo y yo. Los vigiles no utilizaban uniformes; las patrullas de a pie iban provistas de túnicas rojas como atuendo para forzar el derecho de paso hasta las fuentes durante un incendio. Pero los agentes de Petro vestían de modo muy parecido a su jefe, con ropas de tonos oscuros y un látigo o garrote para revelar su identidad y con unas botas suficientemente recias como para servir de arma suplementaria. No había nada que me distinguiera de ellos. Yo también llevaba mis ropas de trabajo normales: una túnica del color de la sopa de champiñones, un cinturón discreto y unas botas que conocían muy bien el suelo que pisaban.

La sala estaba llena de botas imponentes. Había allí suficientes suelas y suficientes clavos de adorno como para pacificar a una multitud de alborotadores en cinco minutos. El único que llevaba un calzado distinto era el joven esclavo, con sus babuchas persas llenas de bordados.

—¿En qué te ocupas, normalmente? —me preguntó Nonnio con brusquedad y suspicacia.

—Soy informador. Investigador privado. A veces desempeño misiones especiales para el emperador.

—¡Eso apesta!

—¡Menos que hacer de matón para la delincuencia organizada!

Constaté con satisfacción que no le importaba que me enfrentase a él abiertamente. Su tono de voz se hizo quisquilloso.

—Si has terminado de insultarme, tengo bastante que hacer. Debo seguir rastreando a cuánto asciende mi parte por el asunto Balbino.

—¡Sigue ocupado en eso, pues! —le recomendé.

Nonnio soltó una breve carcajada.

—¡Supongo que tu «comisión de servicio» no incluirá ayudarme!

Me sentía impaciente por volver sobre el tema de lo que Rubela había denominado « historia pasada »; el que tenía grandes consecuencias para el futuro.

—Tengo que explorar un poco en otras direcciones.

—¿Qué quieres de mí?

—Información.

—Por supuesto. Por algo eres informador. ¿Pagarías por ella? —tanteó el terreno con abierto descaro.

—¡A un sobornador de jurados, no!

Nonnio hizo oídos sordos al insulto e intentó sobresaltarme.

—¿Qué buscas entonces, Falco?

Pero aquel juego no me asustaba.

—Averiguar si eres tú quien ha dirigido el golpe al Emporio.

No conseguí provocarlo. Nonnio se limitó a murmurar que había oído hablar del suceso y, como toda Roma podía decir lo mismo, era imposible acusarlo de conocer el asunto. Al menos, de momento. Empecé a decirme que, si aquel tipejo había participado en el robo, me causaría un gran placer entregarlo a la justicia. Tenía la nítida impresión de que Nonnio sabía más de lo que debía. Pero a los sinvergüenzas les gusta producir esa impresión.

—Alguien estaba impaciente por ver a Balbino abandonar la ciudad —le dije—. Alguien ha ocupado la calle interior de la pista de carreras... y quiere dar a conocer a todo el mundo quién conduce el carro ganador.

—Sí, eso parece —respondió en tono jovial y amistoso, como para darme gusto.

—¿Fuiste tú?

—Soy un pobre enfermo.

—Como antes he dicho, lo lamento muchísimo, Nonnio Albio —asentí con una sonrisa—. He estado fuera y me perdí tú celebrada aparición en la corte, de modo que me gustaría repasar ciertos puntos...

—La alocución... —El hampón frunció el ceño—. Ya la hice entonces y no tengo nada que añadir.

—Claro que sí; me han contado que eres todo un orador...

Llegados a este punto, Fúsculo, que había presenciado la escena con regocijada paciencia, estalló de cólera inesperadamente y no pudo reprimirse de intervenir:

—¡Busca una piedra de amolar y afílate, Nonnio! Ahora eres un soplón declarado. ¡Cuéntale a Falco lo que quiere saber, o...!

—¿O qué? —se mofó el individuo con una exhibición de la terrible mirada ceñuda con la que debía de haber acoquinado a incontables deudores—. Estoy muriéndome; las amenazas me resbalan.

—Todos hemos de morir —replicó Fúsculo, filósofo sereno y reposado—.

Pero algunos procuramos evitar que, antes de que llegue nuestra hora, nos cuelguen encadenados en la Cámara de Banquetes mientras Sergio ejercita su látigo.

Era difícil asustar a Nonnio. Probablemente, había inventado y llevado a cabo torturas más espantosas de lo que Fúsculo y yo, inocentes de nosotros, podíamos imaginar siquiera.

—¡Olvidalo, alguacil! Con eso no impresionarías ni a un niño de escuela que ha escamoteado unas ostras de un tenderete... —De pronto, miró fijamente a Fúsculo y exclamó—: ¡Yo te conozco!

—He participado en el caso de Balbino Pío.

—Sí, exacto; ¡eres uno de los valientes chicos del esparto de la Cuarta Cohorte!

«Chicos del esparto» era el burdo apodo tradicional de las patrullas de a pie y hacía referencia a las esteras de que iban provistas para sofocar las llamas; llamar así a los miembros del equipo de Petronio, que se consideraban mucho más que apagafuegos, era doblemente ofensivo. (Y todavía más porque las esteras de esparto eran consideradas inútiles, de todos modos).

Conseguí intervenir antes de que las cosas se calentaran demasiado:

—Cuéntame cómo funcionaba el imperio de Balbino.

—Será un placer, joven. —Nonnio decidió tratarme como el miembro razonable de la pareja, con el propósito de eclipsar a Fúsculo. Éste volvió a situarse en segundo plano, satisfecho de recobrar poco a poco el dominio de sí—. ¿Qué quieres, pues, Falco?

—Sabemos que Balbino era el rey sin corona de los rateros y merodeadores de porches. Llevaba la pequeña delincuencia como una industria y tenía almacenes clandestinos en cada esquina para seleccionar el botín. Y todavía no me he referido a los burdeles y a las casas de juego clandestinas...

—Sí, Balbino tenía una buena hacienda —reconoció Nonnio, con visible orgullo de haber colaborado en ello.

—... con tu ayuda —añadí. Nonnio aceptó la insinuación y hube de reprimir la aversión que me inspiraba—. Pero eso era mucho más que robar pañuelos de los tenderos de ropa.

—De acuerdo, Balbino sería lo bastante grande como para llevar a cabo el asalto del Emporio —asintió Nonnio—. ¡Si estuviera en Roma todavía!

—Pero, por desgracia, está de viaje. Y lo que quiero saber es quién puede haber heredado su talento. Estamos dispuestos a aceptar que tú, personalmente, te has retirado para llevar una vida sin tacha... —Nonnio aceptó también tal ficción—. ¿Hay algún otro miembro importante de la banda que pueda estar exhibiendo su fuerza en estas circunstancias?

—Tu colega debería tener los nombres —respondió con una desagradable sonrisa burlona—. ¡Él colaboró en desmontar el espectáculo!

Fúsculo reconoció que era cierto con su habitual elegancia; esta vez, se resistió a perder la calma.

—Todos ellos tenían apodos baratos —explicó tranquilamente; después, repasó una de sus detalladas listas—: El Molinero era el más sórdido; se encargaba de ejecutar los asesinatos. Cuanto más brutales, mejor. El Pequeño Ícaro se consideraba capaz de volar por encima del resto; lo irónico era que actuaba como un absoluto desesperado. Lo mismo cabe decir de Julio César; era uno de esos locos que se creen el emperador. En su cabeza grasienta, los laureles se marchitarían enseguida. Los otros que conozco se apodaban el Verdegris y la Mosca.

Miramos a Nonnio en busca de confirmación; el tipo se encogió de hombros y fingió cierto asombro.

—¡Un chico listo!

—¿Y dónde están ahora? —quise saber.

—Todos huyeron al campo cuando se celebró el juicio.

—¿Unas vacaciones tranquilas en el Lacio? ¿Lo crees posible? —pregunté a Fúsculo.

—Cuidando cabras —asintió él. Petro debía de tenerlos controlados hasta donde era posible.

—Bien, Nonnio, ya hemos hablado de los centuriones. Si todos ellos están disfrutando de un retiro rural como una colonia de veteranos legionarios, ¿quiénes eran los grandes rivales de vuestra nefasta organización?

—¡Nunca toleramos rivales!

Acepté su palabra. No era preciso insistir en el tema. Sería mejor pensar en las otras bandas criminales cuando hubiéramos dejado la casa. Noté que Nonnio experimentaba un placer morboso en mi interés por sus rivales... que sin duda existían, aunque Balbino Pío debía de haber hecho todo lo posible para expulsarlos de su territorio. No vi necesidad de satisfacer el gusto enfermizo del cobrador de alquileres por crear problemas.

—Estaremos en contacto. —Intenté dar un tono amenazador a mis palabras.

—No te retrases mucho —se burló Nonnio—. ¡Soy un hombre enfermo!

—Si la Cuarta se lo propone, te encontraremos en el Hades —replicó Fúsculo. Una buena amenaza que, de algún modo, resultaba más sombría de lo que cabía esperar del carácter suave y jovial del vigil. Petronio tenía buen ojo para escoger a sus hombres.

Tras esto, Fúsculo y yo abandonamos la casa sin molestarnos en establecer contacto con el auditor del Templo de Saturno.

## XVIII

Cuando regresamos al cuartel, Petronio acababa de llegar. Al mismo tiempo, su ayudante Martino había salido de servicio, de modo que Petro estaba de buen humor. En nuestra ausencia, la patrulla diurna había detenido a dos sospechosos de robar en casas de huéspedes y al dueño de un perro sin atar que había mordido a una mujer y a un niño (el presunto lobo del Templo de la Luna). Petro encargó a Fúsculo el interrogatorio de los arrestados.

—¿Qué? ¿De todos, jefe?

—Incluso del perro.

Fúsculo y yo cruzamos una sonrisa. Así lo castigaba Petro por haberse confabulado conmigo. Petro quería tenerme atado muy corto... y sujetar la trailla con su propia mano.

—¡Y tú ya puedes olvidar esa sonrisa! —me soltó, furibundo—. He visto a Rubela y sé que estás organizando escapaditas especiales que yo no he autorizado.

Con aire de inocencia, insistí en contarle lo amistosa que había sido mi charla con el tribuno y cómo éste me había dejado vía libre para interrogar a Nonnio.

—¡Cerdo! —masculló Petro, aunque la exclamación fue casi automática—. Bien, ya has conocido al cobrador de alquileres. Te advierto que ese hombre es un nido de serpientes en un montón de estiércol; ten cuidado con dónde hincas tu horca de jardinero. —Se relajó un poco y añadió—: ¿Qué opinas de Rubela?

Toda la cohorte parecía obsesionada en valorar al tribuno. Así sucede allí donde hay una jerarquía. Todo el mundo pierde un montón de tiempo en discutir si el supervisor sólo es un vago inepto que necesita un diagrama por triplicado para limpiarse el trasero, o si es tan perverso que llega a la corrupción.

—Un tipo mezquino —respondí—. Podría ser más peligroso de lo que parece. Y es muy perspicaz en sus juicios. Fue como ser interrogado por un falso adivino. Se puso a comer sus semillas mágicas y luego me informé de que, cuando era legionario, no me gustaba el centurión.

Petro fingió una mueca de admiración.

—¡Vaya, es como si Rubela hubiera estado allí!

Nos echamos a reír a coro. Nuestro centurión en la Segunda Augusta había sido un malhechor brutal llamado Estólico. Petro y yo teníamos constantes conflictos con él. Estólico nos consideraba un par de camorristas desaliñados y de

poco fiar que estaba perjudicando deliberadamente sus posibilidades de promoción al perturbar el orden en la centuria. Nosotros, en correspondencia, decíamos de él que era injusto al valorar nuestros expedientes personales. En lugar de esperar veinte años a comprobar que nosotros tampoco llegaríamos a centurión, nos agenciamos sendas licencias por invalidez al cabo de cinco y lo dejamos plantado. La última noticia que había tenido de él era que estaba atormentando a la plebe en Nicópolis. Curiosamente, todavía era centurión. Quizá fuese verdad que habíamos logrado fastidiarle la existencia. Era un pensamiento muy grato.

—Tu honorable tribuno lo dijo como si se propusiera en serio descubrir quién era nuestro centurión y preguntárselo.

—Sí, a Rubela le encanta hacer insinuaciones que parecen en son de broma pero podrían no serlo —se mofó Petro.

—Bueno —le seguí la ironía—. Por lo menos no tendrá dificultades en encontrar a Estólico; ¡seguro que ya lo ha visto en una ocasión, para preguntarle acerca de ti!

Al recordar nuestras andanzas militares, guardamos silencio un momento y nos sentimos aliados otra vez. Ahora, diez años más maduros, tal vez nos preguntábamos si habría sido más prudente aplacar al oficial y proteger nuestros derechos.

Tal vez no. Petronio y yo seguíamos opinando igual: sólo los rastros escaladores consiguen buenas referencias. Los tipos decentes no se molestan en discutir. Para empezar, quien es decente de verdad sabe que la vida no es nunca justa.

Petro cambió de tema.

—¿Has sacado algo en claro de Nonnio?—preguntó.

—No. Jura que el golpe al Emporio no es cosa suya.

—¡Ja! ¡Por eso no quería molestarte siquiera en visitarlo! —explicó Petro, sin mucho entusiasmo.

—Exacto; y yo he pensado que me habían destinado al caso para prestarme voluntariamente a los asuntos más espinosos, de modo que podía encargarme de eso.

—¡Por Júpiter! Vas a ser un tesoro...

—Sí, claro. Tendrás un informador permanente en tu unidad... ¿Y bien, qué ex hampón postrado supones que debemos buscar a continuación?

Petro permaneció pensativo antes de responder:

—He enviado a Martino a interrogar a los otros peces gordos y niegan cualquier participación, por supuesto. Nuestra única esperanza es que uno de ellos señale al verdadero culpable por rencor. Pero Martino puede ocuparse de eso. ¿Para qué vamos a molestartos nosotros? Sólo hay un inconveniente: Martino es lento. Nunca apresura la marcha más allá de un tranquilo paso de paseo.

Preguntar a tres jefes de bandas dónde estaban cierto martes por la noche le llevará cinco semanas. Pero si lo dejamos a su aire, a su debido tiempo nos dirá si algo presenta algún tufillo anormal.

—¿Te fías de él?

—Tiene un olfato razonable... ¡con la experta guía de su oficial superior!

—Y mientras él rastrea a los malhechores con extremo cuidado, ¿qué pueden hacer un par de tipos más dinámicos, como nosotros? ¿Investigar las carreras?

—Depende... —Petro estaba raro—. ¿Quieres tomarte esto como un trabajo de oficina, o prefieres emprender una misión misteriosa que puede arruinar tu salud y tu reputación?

—¡Oh, como un trabajo de despacho, desde luego! —mentí. Si hubiese sabido a qué misión misteriosa se refería, no lo habría dicho en son de broma.

—Es una lástima. Pensaba que podríamos ir a visitar a mi tía. Era un circunloquio que usábamos desde hacía mucho tiempo. Petronio Longo no se refería a su tía Sedina, la del gran trasero y la parada de flores.

—¿A un burdel?

—¡A uno cualquiera, no!

—¡Ah! ¡A un burdel «especial»!

—¡Tengo mis gustos, Marco Didio! No tienes que acompañarme si...

—Tienes razón; eres un gran tipo.

—Si no le gusta a Helena...

—Probablemente, querría venir también —dije con una ligera sonrisa—. La primera vez que me acosté con ella, habíamos estado en un burdel un rato antes.

Petronio resopló en tono de desaprobación.

—No sabía que Helena Justina fuera de esa clase de chicas... —murmuró. Le había parecido entender que Helena era una de esas damas altivas de la clase senatorial que bajaban a las casas de mala nota en busca de emociones.

—¡Oh! No es eso; sólo pasábamos por allí... —No había de ser difícil sacarlo de su error—. Vamos, hombre, sólo era una broma. Helena habría podido ser una virgen vestal, si no hubiera encontrado en mí el placer de su corazón. —Volví la cabeza hacia él y dio un respingo. No me molesté en contarle el resto de la historia—. ¿Y dónde está ese palacio del placer al que quieres llevarme? ¿Entre los tugurios de Suburra, donde la clientela es anciana y las prostitutas están completamente momificadas? ¿En las cabañas de las afueras de la ciudad, donde los esclavos fugitivos abordan a los viajeros a cambio de una moneda? ¿O en los cuchitriles plagados de piojos de la tan plebeya calle Patricia?

—En el centro. No lejos del circo.

—¡Oh, por Júpiter! ¡Puedes contagiarte algo con sólo pensar en esos agujeros infectos!

—Entonces, deja de usar el cerebro. No será la primera vez que funcionas sin pensar... Hemos tenido una mañana difícil y he pensado que nos merecíamos

una tarde de diversión exótica con la exquisita Lalage.

—Primero, te invito a almorzar —me apresuré a ofrecerle. Petro aceptó y estuvo de acuerdo conmigo en que necesitábamos hacer acopio de fuerzas antes de presentarnos allí.

## XIX

Habíamos entrado en el sector Undécimo. Estaba fuera del territorio de Petro, aunque éste dijo que no era preciso hacer una visita de cortesía a la Sexta Cohorte, que patrullaba aquella zona. Su carrera en la administración pública era cosa suya, de modo que le dejé la iniciativa. Tuve la impresión de que la Sexta no le gustaba, pues le vi encantado de haberse colado en su circunscripción subrepticamente, con la excusa de nuestra tarea especial.

La mayoría de las prostitutas que frecuentan el Circo Máximo hace la calle o se aposta en los pórticos. Merodean por allí durante y después de las carreras, pescando hombres cuyo apetito por dar gusto al cuerpo se ha excitado con las colisiones en la pista. (U hombres que sólo acuden con la esperanza de derrochar el dinero y no les gusta ninguno de los competidores). Algunas de tales mujeres se dan un aire de rectitud moral deambulando cerca de los templos, pero su negocio sigue haciéndose igual: contra una tapia, con las agravantes de robo, una conciencia culpable y un contagio.

En comparación, el burdel llamado La Academia de Platón ofrecía algunas ventajas. Por lo menos allí, salvo que uno fuera un remilgado que necesitaba sábanas limpias, se podía hacer el acto en horizontal. El robo y las escoceduras seguían siendo riesgos ciertos. La conciencia era asunto de cada cual.

Petro y yo efectuamos un primer reconocimiento de La Academia. No diré que estuviéramos nerviosos, pero el recinto tenía fama de escandaloso incluso para lo habitual en Roma. Queríamos comprobarlo personalmente. Habíamos llegado al Circo caminando, seguidos por las miradas ceñudas de las chicas de ojos oscuros que susurraban insinuaciones procaces desde las columnatas a nuestro paso, y nos aventuramos en un laberinto de callejas en el extremo meridional del hipódromo. Nos detuvimos en un puesto ambulante situado frente al local, al otro lado de la calle. Mientras decorábamos el mármol con unas copas del peor vino que había probado en Roma en varios años, me arriesgué a pedir unos guisantes fríos. Petro pidió sesos; la excitación siempre le hacía sentirse mal del estómago.

Los guisantes estaban absolutamente insípidos y no daba la impresión de que los sesos hubieran sido nunca gran cosa, tampoco, incluso teniendo en cuenta que las terneras no escriben enciclopedias. Fuera cual fuese su sabor, algo hizo decir a Petro en tono sombrío:

—Corre el rumor de que Vespasiano quiere prohibir la venta de comidas calientes en la calle.

—Bueno, eso resolverá uno de los grandes dilemas de la vida: quedarse con hambre, o pillar una diarrea.

—Los cuidadores de letrinas están que saltan de preocupación.

—Bueno, esos siempre están al borde del desastre.

Aquella charla tenía por objeto distraer al hombre del mostrador mientras echábamos un vistazo a nuestro destino.

Según el rótulo apenas distinguible sobre el dintel de la entrada, el nombre oficial de La Academia parecía ser El Salón de Venus. Unos querubines deprimidos que colgaban de unas guirnaldas a ambos extremos del rótulo pretendían reforzar el eco de delicadeza y refinamiento del mensaje. Para tranquilidad de los turistas que acudían al lugar porque alguien se lo había recomendado, una pancarta de tela de mayor tamaño anunciaba el nombre popular del local a la altura de los ojos, junto a un priapo de piedra con una erección horrible para aquellos que no sabían leer o que tenían demasiadas prisas como para detenerse a descifrar una serie de letras escritas a tiza. Al otro lado del portal, otro rótulo anunciaba: «Entra y consigue lo que cualquier hombre desea», con un burdo garabato que dejaba muy claro que no se refería a una mujer recatada, a una herencia inesperada y a una vida tranquila. Nadie, salvo los más miopes, podía tener la menor duda de qué clase de comercio se desarrollaba en aquel local de aspecto deslustrado.

La Academia tenía una puerta de roble desvencijada que se mantenía abierta mediante dos palos. Parecía demasiado hundida en los goznes para poder cerrarla. Sin duda, nunca lo estaba.

El portal quedaba apenas a un par de metros de nosotros, en diagonal desde la sucia calleja. Lo cruzaba una cola regular de soldados que apuraban la última vez antes de reincorporarse, marineros recién salidos del barco, esclavos, libertos y pequeños comerciantes. Algunos marineros se sentían obligados a armar un poco de jaleo. De vez en cuando, un personaje con aspecto de vendedor de aceite o de dependiente de un comerciante de grano tenía la gracia de acercarse furtivamente y sólo colarse en el interior en el último instante. La mayoría de los clientes entraba haciendo tintinear sus monedas. Y aún no habíamos terminado de comer cuando un par de tipos a los que ya habíamos visto entrar reaparecieron en la calle y siguieron su camino como si se hubieran detenido un momento a saludar a su anciana madre. El trato en La Academia debía de ser prosaico y apresurado.

—Supongo que hay una diferencia entre los hombres que vienen porque no está permitido y los que vienen porque lo está —comentó Petro con su sombría voz filosófica.

—No te sigo...

—Hay gente que, en realidad, busca la emoción del sentimiento de culpa. La Academia no es lugar para ellos. Aquí, uno contrata una prostituta en el tiempo que media entre escoger un pollo para la cena y dejar las botas en el zapatero para remendar una correa.

—¡En la compra diaria! —Creí que me tomaba el pelo—. ¡No me digas que la encargada te deja tocar el género antes de comprar, para convencerte de que la chica está madura!

Petro me dio un codazo.

—¡Volvemos a estar como cuando éramos reclutas y nos preguntábamos qué sucedía en las *cabanae* junto a las defensas del fuerte de Isca!

No acabé de entender si mi viejo camarada consideraba censurable tal comparación, o más bien un orgullo.

—Me parece que conozco qué sucedía en las *cabanae* —respondí con tono grave—. Te lo explicaré algún día, cuando tengamos un rato de calma para charlar.

Esta vez, me hice a un lado y conseguí evitar el codazo antes de que tuviera ocasión de dejarme magullado.

Estábamos tan cerca de la puerta abierta que nos llegaban las voces de los clientes cuando acordaban el precio de los servicios. Los forasteros de ojos desorbitados eran perfectamente reconocibles. También los pichones romanos, hombres con demasiados sestercios en la bolsa que habían sido escogidos como flores por algún chulo afable y simpático en las calles del Foro y atraídos hasta allí para ser timados, desplumados y, si era posible, sometidos a un oneroso chantaje. Salvo éstos, no había modo de saber cuál de las ajadas túnicas que entraban era un cliente de verdad, quién acudía para desafiar las leyes contra el juego con unas partiditas de « los soldados » y cuáles eran miembros de poca monta de los bajos fondos que se reunían para intercambiar información sobre casas fáciles de robar.

No había muchas mujeres visibles en la vecindad.

—¿Demasiado ajetreo? —me pregunté.

—Las condiciones de trabajo no permiten hacer descansos para ir a comprar una cinta para el pelo... —Petro se refería a que las prostitutas de La Academia eran esclavas.

Habíamos terminado el almuerzo. Pagamos y dejamos una propina mezquina. Era lo que el tipo del tenderete esperaba pero, aun así, se levantó para escupir con disgusto cuando nos íbamos. Petro volvió la cabeza para amenazarlo:

—Vuelve a hacer eso y te quedas sin licencia para vender comida.

El hombre respondió algo que no entendimos.

Cruzamos la calle y nos miramos. Teníamos una tarea justificada que cumplir pero, inevitablemente, nos sentíamos conspiradores.

—Si mi madre se entera de esto, te echaré la culpa a ti.

—Falco, no es tu madre quien debería preocuparte.

En eso se equivocaba, pero no era momento de obstruir la entrada con nuestras discusiones. Entramos.

Una mujer bastante joven y ostentosa, vestida con la toga escarlata que era el estricto requisito legal de su oficio, recibía el dinero y cerraba los tratos. No era imprescindible que la toga fuera de color bermellón y la hiciese lucir como una amapola, ni que la llevara dentro del burdel; a aquella dama le gustaba desafiar la ley obedeciéndola en exceso. Ninguna de las demás chicas que vimos en el interior llevaba toga (aunque la mayoría tampoco llevaba muchas de sus otras ropas... si tenían alguna que fuera suya). La joven de la entrada era vigilada por un cancerbero cuya presencia, muy sensatamente, ella pasaba por alto. El tipo no habría podido expulsar del local a una ancianita, y mucho menos a un revoltoso furibundo pero, por lo visto, tener un protector inútil no inquietaba demasiado a la mujer, que al parecer tenía un temible golpe de derecha.

—Buenas tardes, muchachos. No os había visto nunca por aquí. Soy Macra y estoy aquí para ocuparme de que lo paséis bien.

Como me temía, la tal Macra empleaba ese parloteo de vendedor agresivo que tanto me desagradaba.

—Éste es Falco; yo soy Petronio y los dos pertenecemos al Cuerpo de Vigiles —anunció Petro de inmediato. Antes de entrar, yo me había preguntado cómo trataría el asunto.

—Siempre nos alegra mucho ver por aquí a los honorables miembros del Cuerpo de Bomberos...

La joven debía de haber sido escogida por sus modales, aunque su tono de voz consiguió transmitir un tonillo burlón. Su mirada se hizo un poco más penetrante mientras intentaba adivinar qué buscábamos. Percibimos cómo llegaba a la conclusión de que no éramos una patrulla de a pie. Tampoco pertenecíamos a la Sexta Cohorte, la que vigilaba el barrio, a todos cuyos miembros debía de conocer. Enseguida nos tomó por gente de la oficina del prefecto o por funcionarios de los tribunales y ello, inevitablemente, la llevó de inmediato a encuadrarnos en la categoría de visitantes perturbadores. La reacción de la mujer, una joven con evidente iniciativa, fue tratar de descubrir qué queríamos y complacernos.

—Éste es un establecimiento decente; sólo hay chicas jóvenes y limpias. Puedo ofrecerles algo un poco especial —nos propuso—. Nos gusta hacer negocio con las fuerzas del orden...

Dirigió una breve mirada al perro guardián. Incluso nosotros entendimos que con ella le decía que corriese a buscar refuerzos, pero el tipo no reaccionó.

—Algo especial —repitió Petronio, pensativo.

Macra creyó entender que aceptaba el ofrecimiento y se animó.

—Por ser vuestra primera visita al local, correrá por cuenta de la casa. Si me

permitís, os recomiendo a Icia; es una criatura deliciosa, una ciudadana libre que normalmente sólo trabaja de forma confidencial. ¿Uno detrás de otro os parece bien? Por los dos a la vez tendríamos que cobraros algo, me temo...

—¿Una ciudadana libre? —preguntó Petro—. Entonces, podrás decirme ante qué edil está registrada, y con qué número... —Cualquier ciudadana libre que deseara manchar su reputación podía trabajar de prostituta, siempre que declarase formalmente su profesión y se colocara fuera del alcance de las leyes sobre adulterio.

Cuando la actitud de Petro quedó más clara, Macra largó un puntapié al adormilado guardaespaldas, que se dignó mostrar cierto interés y se puso en pie.

—Siéntate —dijo Petronio con ademanes suaves. El hombre obedeció y Macra llenó los pulmones, pero Petro se apresuró a añadir, sin alterar el tono de voz—: Si gritas, te arranco la cabeza. No soporto los ruidos estridentes. Hemos venido a ver a Lalage.

Macra consiguió reprimir el grito y susurró que Lalage estaba ocupada en aquel momento. Debía de ser la contestación automática: la encargada del prostíbulo nunca está accesible.

—No te asustes. No hemos venido a investigar una reclamación.

—¡Muy gracioso! ¿Os espera? —Otra táctica del oficio.

—Lalage es la encargada de un burdel —respondió Petro—. ¡Debe de pasar toda su vida esperando preguntas de la ley! ¿Quieres montar una escena por eso? ¿No? Pues deja ya de darnos largas; es inútil.

—Iré a ver —le informó la joven pomposamente—. Haced el favor de esperar aquí.

—No. Llévanos ahora —replicó Petronio—. ¡En marcha, Macra!

Con una maldición que no se molestó en ocultar, la muchacha nos condujo adentro contoneando las caderas en una parodia de una danza seductora. Avanzaba con un sonoro taconeo y sobre sus hombros desnudos se mecían unos rizos de cabello negro artificialmente descuidados. No era un dechado de limpieza, y tampoco muy bonita, aunque tenía cierto estilo.

Dejamos atrás una serie de cubículos en penumbra. Unos toscos dibujos eróticos sobre las puertas constituían un mal intento de arte erótico. Los gruñidos que escuchamos estaban muy lejos del refinamiento y la cultura. Un cliente estaba lavándose con un aguamanil, de modo que el local debía de proporcionar unas mínimas medidas higiénicas. También había colgadores y un rótulo que indicaba la letrina.

Un joven esclavo pasó a toda prisa junto a nosotros con una bandeja de jarras de vino y penetró en una sala, una especie de refectorio de posada, donde grupos de hombres de clase baja se arremolinaban en torno a las mesas, jugando o conspirando. Petro se dispuso a investigar con cierta indiferencia, pero la puerta volvió a cerrarse tras el esclavo y renunció a hacerlo. Era posible que sólo se

tratará de la reunión semanal del gremio de suministradores de pienso para pollos.

Subimos unos estrechos peldaños y llegamos a un pasillo cuyas puertas daban a habitaciones más espaciosas para los clientes que pagaban mejor. Nos llegó la música de un tamboril y un olor insidioso. Para entonces ya nos habíamos dado cuenta de que La Academia era mucho más extensa de lo que sugería su fachada a la calle. Y también servía a una clientela muy variada. Imaginé que también tendría otras entradas y salidas.

El olor a hojas secas de laurel quemadas dio paso a una imitación de incienso; carraspeé ligeramente y Petronio torció el gesto. Más adelante, Macra nos condujo a través de un verdadero salón de banquetes con el suelo hundido. Júpiter sabía qué orgías se celebraban allí. Aplastados en las gradas todavía yacían cansados pétalos de flores. Presidía la estancia un grupo escultórico con dos figuras entrelazadas que parecían tener más de dos juegos completos de órganos reproductores aunque, como comentamos más tarde, era posible que nos hubieran confundido unos restos de guirnalda que aún colgaban de ellas y el hecho de que también formara parte de la escultura la figura de una cabra.

El pasillo se hizo más oscuro. De una habitación en lo que debía de ser el lugar más recóndito del establecimiento nos llegaron las notas, inesperadamente profesionales, de una flauta. Macra llamó con los nudillos y luego se interpuso en el hueco de la puerta entreabierta para que no pudiéramos ver el interior. Tras una rápida disculpa, anunció quiénes éramos. Una voz femenina soltó una breve maldición; luego, oímos que añadía:

—Lamento la interrupción... Macra, cuidámelo bien mientras tanto...

Percibimos un movimiento irritado. La flautista, una adolescente semidesnuda, apartó a Macra de un empujón y desapareció. A continuación, asomó por la puerta un magistrado al que no pudimos dejar de reconocer.

Él no se dignó mirarnos. Petronio le dedicó una irónica salutación y yo me apreté contra la pared para no ensuciar las orlas rojas del honorable cuando éste pasó ante mí y se alejó apresuradamente. El distinguido patricio no prestó atención a nuestras cortesías, quizá porque era un hombre famoso por su devoción a una esposa cultivada, bien relacionada y con algunos años más que él (aunque inmensamente rica).

Macra nos miró con desdén y abrió la puerta de par en par. La luz diurna inundó el pasillo entre curiosas vaharadas de aroma a violetas y a hidromiel, y nuestra joven guía se encaminó tras los pasos del magistrado. Petro y yo entramos a conocer a Lalage.

Su rostro era el de una mujer que un día había sido muy hermosa, tan pintarrajeado que uno apenas podía detectar la dulzura que aún poseía. Lalage llevaba una bata de seda amarilla, que en aquel momento procedía a ajustarse con gesto relajado tras habérsela quitado casi por completo para permitir el

acceso a un cuerpo ungido y perfumado que provocó suspiros de admiración en dos honrados ciudadanos. El tocado de su cabeza contenía perlas orientales por las que una emperatriz daría la vida; la gargantilla que rodeaba su cuello era una sucesión de zafiros y amatistas; sus brazos estaban cubiertos de pulseras y brazaletes de filigrana de oro griega. Su mirada transmitía irritación. No nos dio la bienvenida a su establecimiento ni nos ofreció un vaso de su vino, fuerte y endulzado con miel.

La famosa Lalage tenía una cicatriz en su delicada oreja izquierda. Su visión me trajo recuerdos nostálgicos. Aquella mujer se hacía pasar por una elegante cortesana oriental, pero yo sabía muy bien de dónde procedía aquella preciosa palomita. La conocía de una ocasión anterior.

## XX

—¿Esto nos llevará mucho tiempo? —Su voz tenía toda la delicadeza y el atractivo de unos guijarros en vinagre para limpiar un caldero ennegrecido—. Esperamos invitados.

—¿Licios, tal vez? —intervino Petronio.

—¡Qué desfachatez! —Lalage seguía recogiendo pliegues de su bata, más interesada en cómo le caía que en tratar con nosotros—. Será mejor que sea algo bueno —masculló, alzando la vista bruscamente—. Por suerte, habíamos terminado; de lo contrario, os mataría por haberme interrumpido con ese cliente. Es el mejor que tengo.

—Y recibe un trato personal... —comentó mi camarada.

—¡Sabe que no lo tratarán mejor en ninguna parte! —declaró ella con una sonrisa de inteligencia. Advertí que nos repasaba de arriba abajo: Petronio, robusto, recio y hostil; yo, no tan alto pero igual de recio y aún más despreciativo.

—Dejaría a los lictores en casa, ¿no? —pregunté con un tono ofensivo. Me refería a los guardaespaldas por cuenta del Estado que escoltaban al distinguido individuo; dichos lictores tenían por misión acompañar al magistrado donde éste fuera, exhibiendo las hachas y las varas que simbolizaban su poder para imponer castigos. O, como solía decir Petro, para indicar lo muy borrico que era.

—Los andamos buscando.

—¡Por supuesto! Normalmente, los lictores saben dónde aparcar sus varas —comenté.

—Un dignatario siempre debe llevar con él a sus lictores, Marco Didio —me reconvinó Petro con aire grave.

—¡Oh!, tienes razón, Lucio Petronio —reconocí ceremoniosamente—. Dejarlos en casa es el modo más seguro de levantar las sospechas de la esposa.

—Y hablamos de un magistrado, de modo que tiene que ser un hombre inteligente. Seguro que sabe embaucar a la escoba vieja que deja en el atrio de su casa. Además, supongo que los lictores sabrán callar sobre las costumbres de su señor, mientras puedan llevar las suyas...

—¡Ahorradme la comedia! —interrumpió Lalage. Bajó los pies desnudos al suelo y se sentó en el borde del diván, un mueble recargado, con volutas de bronce por todas partes y rebosante de cojines, de esos que se catalogan de

«femeninos». Se me ocurrió pensar en varias mujeres que habrían arrojado a Lalage por una ventana y, tras ella, todas sus perifollos rosa llenos de borlas y de volantes, no tanto por razones morales como por lo insoportable de sus gustos decorativos.

Con un tintineo y unos destellos de sus joyas, la cortesana cruzó sus delicados brazos y esperó.

Petronio y yo nos habíamos situado deliberadamente en extremos opuestos de la estancia, de modo que la mujer tenía que volver la cabeza a un lado y a otro cada vez que uno de nosotros hablaba. En una compañía más frágil, era una táctica para causar alarma, pero sospecho que Lalage tenía mucha práctica en tratar con dos hombres a la vez. De todos modos, procedimos como de costumbre y ella nos dejó hacer.

—Tenemos que hacerte unas preguntas... —empezó a decir Petro.

—¿Más todavía? Creía que ese maldito asunto de los licios estaba resuelto... —Lalage creía que estábamos allí por el caso del turista asesinado que había servido de base para el juicio a Balbino Pio.

—No se trata de los licios.

—Entonces, me temo que no puedo ayudarlos.

—Y yo me temo que te conviene hacerlo. ¿Prefieres una redada? —dijo Petronio—. Seguro que encontraríamos a unas cuantas menores raptadas trabajando en tus cubículos. O ciudadanas libres sin licencia. ¿Estás absolutamente segura de cumplir escrupulosamente toda la normativa sanitaria? ¿Se facilita comida de cualquier tipo en el recinto? En caso afirmativo, ¿tienes licencia para servir comidas calientes? ¿Quiénes son, exactamente, los hombres de esa sala abarrotada que Falco y yo hemos visto cuando veníamos, en el piso de abajo?

En condiciones normales, Petronio solía ceñirse tercamente al procedimiento, pero aquel asunto quizá requería hurgar con un bastón más fino.

—¿Qué te parecería un escándalo? —intervine—. Alto magistrado, mencionado; inmediata demanda de divorcio; los funcionarios, perplejos, dicen no haber visto nada parecido desde los excesos de Calígula... ¡Seguro que eso da para más de un comentario en la *Gaceta Diaria*!

—Los escándalos son buenos para el negocio —respondió ella y se encogió de hombros. Resultaba irritante, pero tenía razón. Aquella historia limitaría sus clientes de clases altas durante un tiempo, pero otros muchos acudirían atraídos por ella. Lalage decidió desafiar a Petro—. Además, te conozco. Trabajas en el sector Decimotercero y estamos en el Undécimo; estás fuera de tu jurisdicción. No habrá redada —aseguró con toda parsimonia—. El Salón de Venus está en excelentes relaciones con la Guardia local.

—¡Excelentes relaciones! —repitió Petro con voz ronca.

—Nos cuidan estupendamente.

—Yo no estoy en la Sexta. No acepto sobornos ni gabelas y no me apetece pasar media hora con una furcia dudosa en uno de tus jergones llenos de pulgas...

—¡Por supuesto que no! ¡Tú eres un héroe y tu cohorte es incorruptible! ¿Te gustaría algo más selecto? ¿El muy distinguido señor tiene gustos más interesantes?—preguntó entonces Lalage con un ronroneo y una pose afectada.

—¡Cállate, Lalage!

—¡Por Juno! ¿Acaso he topado con el único miembro de los vigiles que no se deja comprar?

Petro no hizo caso. No habíamos acudido allí a investigar sobornos. Si alguien se ocupaba de tal asunto, necesitaría algo más que un par de agentes y tendría que llevar una cota de malla escita.

—Escúchame bien. No busco un revolcón gratis, y tú corres el riesgo de ver cerrado el burdel y encontrarte de nuevo haciendo la calle...

—¡Nunca he sido una peripatética! —exclamó la mujer con sincero espanto.

Intervine en la conversación para prevenirla:

—Pues así están las cosas. A menos que colabores con nosotros, acabarás por comparecer ante el pico del águila...

—Buen discurso. ¿Dónde está el truco?

—Sé lista. Mi colega se irrita fácilmente.

Lalage volvió sus ojos brillantes hacia mí. Su ademán cambió. La mujer tenía quince años de práctica y noté que se me entrecortaba el aliento.

—¿Y qué me dices de ti? —murmuró.

—Mi compañero tiene una novia muy respetable —se apresuró a intervenir Petronio.

—¡Oh, ya entiendo! ¿Por qué cuidar de un cerdo y hozar uno mismo?—Sus ojos no dejaron de observarme un solo instante. Si la miraba, la presión era intensa, y si sostenía su mirada, no podía observar a Petro. En aquel punto, estar separados en extremos opuestos de la habitación podía dejar vulnerable a uno de los dos... y Lalage sabía cómo conseguir que sentirse vulnerable pareciera excitante. La mujer seguía confiando en su sonrisa seductora y admiré sin reparos su actuación. En otro tiempo había sido una auténtica belleza y, aunque en decadencia, seguía conservando cierto atractivo. La gloria que envejece bien tiene su propio encanto. La virginidad es una mercancía insulsa.

Sin embargo, la escaramuza fue breve.

—Pareces un hombre de buen gusto —murmuró.

—Me gusta calentarme con mi propio fuego. —Me gustaba bastante más que eso y lo que complacía mi gusto no se vendía por horas. A mi chica no se la podía comprar jamás.

Lalage abandonó el tema, aunque no sin un comentario sarcástico:

—Bueno, gracias por decirlo como si fuera una disculpa.

—Educación aventina...

Me dirigió una mirada más penetrante, pero preferí fingir que en mi comentario no había ninguna indirecta. La mujer seguía sin darse cuenta de mis insinuaciones; había visto demasiados hombres para recordarme. Noté que perdía interés por mí... y me dejaba con una profunda sensación de que el asunto quedaba inconcluso.

Inesperadamente, se volvió hacia Petro:

—¡Bien, no tengo todo el día! ¿Qué quieres?

Lalage estaba utilizando en su favor nuestra maniobra de separación: dejaba que uno se relajara para, a continuación, intentar pillarlo desprevenido. Sin embargo, Petro consiguió reaccionar. Levantó el mentón, pero convirtió el gesto en una expresión de displidencia al llevarse la mano a los cabellos, lisos y castaños, y echarlos hacia atrás como un petimetre que no está dispuesto a permitir que una simple mujer le produzca un sobresalto.

—Hablar del golpe al Emporio.

—¡Oh, un caso muy sonado! —La mujer entornó los párpados. Sus ojos seguían siendo muy hermosos: grandes, separados, oscuros como una noche de invierno y extraordinariamente sugerentes. A mí, personalmente, me gustaban las miradas que se insinuaban con más sutileza pero, aun así, debía reconocer que Lalage tenía unos ojos preciosos.

Petronio había reparado en ellos, aunque sólo un íntimo amigo suyo podía apreciarlo.

—Sí, el asunto se comenta por todas partes... pero nadie se atreve a dar nombres de quién ha podido hacerlo.

—¿Y tú? ¿Quién crees que ha sido? —preguntó Lalage en tono halagador.

—No tengo tiempo para perderlo pensando; quiero nombres.

Ella intentó el inocente truco femenino:

—¿Y qué te hace creer que sé algo de los ladrones?

Petro estaba perdiendo la paciencia. Había encajado las mandíbulas y las abrió para mascullar:

—¿Te refieres a qué más, aparte del hecho de que tu salón del piso de abajo está lleno de descuidados que siguen los duelos fúnebres para robar a los deudos, de ladrones que se cuelan en las casas por el sistema de despistar al portero, de escaladores de balcones, de ratas de sótano y de esos pequeños rateros que cuelgan la falsa mosca ante el rostro de su víctima y aprovechan que ésta se dedica a espantarla para cortar la correa de la que pende su bolsa?

Me quedé impresionado. Apenas habíamos tenido ocasión de contemplar aquel comedor del piso de abajo durante unos breves instantes. Petro demostraba tener una vista muy aguda. Desde luego, conocía bien las calles.

Y yo lo conocía a él. Por eso reconocí los síntomas: Petro no se sentía seguro en aquel lugar y se proponía conducir a la mujer al cuartel de su unidad. Quizás

habría logrado hacerlo si Lalage hubiera sido una muchacha bien educada que no hubiese tratado nunca con un funcionario público, pero mi amigo tenía que darse cuenta del ridículo que haría si trataba de poner grilletas a una reluciente mariposa azafrán que no dejaría de proferir insultos contra él camino del Aventino. No había modo de detener a una encargada de burdel de forma discreta.

—¿Insistes en lo de las redadas? —Lalage soltó una carcajada, consciente de que Petro había perdido empuje y de que la iniciativa volvía a ser suya. Decidí intervenir.

—Claro que no —le aseguré—. Cuando llegara nuestra brigada del esparto, el local ya estaría limpio. Probablemente, Macra habrá hecho correr la voz tan pronto haya terminado de dar masaje a tu magistrado.

—Y espero que se lo haya dado a satisfacción —añadió la alcahueta con una sonrisa impúdica—. Un hombre de su posición no espera que lo saquen de la cama.

Para mí, era hora de que a un hombre de su posición lo expulsaran del cargo. No habría modo de limpiar Roma si cada vez que Petronio llevaba a un delincuente ante el tribunal, el individuo podía sonreírle a un juez que había compartido la jofaina en la que se había lavado sus partes después de la juerga del martes por la tarde. La cofradía de La Academia tenía tentáculos insidiosos. De hecho, aquél sólo era uno de tantos aspectos de nuestra visita que estaba envuelto en un halo de ambivalencia ética. El olor de los pagos clandestinos parecía impregnarlo todo.

La maniobra de distracción de Lalage no dio resultado. Petronio Longo se mantuvo absolutamente impertérrito.

—¿Quién es tu casero, ahora? —le preguntó de pronto—. ¿De quién es el local desde que Nonnio cantó y Balbino Pío se vio obligado a tomar ese barco?

—¿De qué demonios estás hablando?

—Desde luego, no pregunto quién tiene los derechos formales de la propiedad del edificio. Vamos, Lalage, ¿quién es el pez gordo que te respalda?

—Nunca me meto en cosas de chicos...

—¡Déjate de insinuaciones! ¿Quién da protección a La Academia? En el juicio quedó demostrado que Balbino se llevaba un porcentaje. Y bien, ¿quién se lo queda ahora?

—Nadie. ¿Por qué habría de repartir nada? Llevo el negocio sola.

Era lo que sospechábamos. Petronio torció las comisuras de los labios.

—Será mejor que eso sea verdad.

—¿Quién necesita un hombre? —replicó Lalage en tono ligero—. Estaba hasta las narices de la situación. Balbino exigía unos porcentajes exorbitantes y, además, tenía que darle constantes regalos a Nonnio para evitar que me rompiera el mobiliario... y todo eso a cambio de un supuesto servicio que nunca

llegamos a ver. Cualquier problema que se presentara tenía que ser solucionado por mi propio personal. Un buen ejemplo fue lo que sucedió cuando la muerte de ese licio. Por eso intentamos independizarnos. Yo hacía todo el trabajo y Balbino se limitaba a explotar el negocio. Eso se acabó. Ahora, el cliente me paga directamente a mí; es la única clase de comercio que me interesa.

—Pues alguien intentará ocupar el puesto de Balbino —insistió Petronio.

—¡Que lo intente!

—Ahora que tu explotador ha abandonado Roma, no tardarás en verte presionada, si no ha sucedido todavía. Cuando suceda, quiero saberlo.

—Lo siento —fue la respuesta de Lalage—. Estás en el mismo barco que todos mis clientes: ¡obtienes lo que has pagado... y nada más!

—Hasta ahora, todo lo que he oído me ha sonado a ganga —respondió Petronio en su tono de voz normal, sereno—. Cuando aparezca algo de auténtico valor, compraré.

La mujer levantó el pecho y la luz arrancó destellos de sus joyas. El efecto era menos preocupante que el truco visual, pero muy profesional.

—¿Cuánto?

—Lo que valga. Pero no quiero fraudes ni imitaciones de baja calidad.

—No quieres casi nada...

Este último comentario era una bravata amistosa. Habían llegado al verdadero meollo de la discusión; los términos eran entendidos y aceptados, más o menos, por ambas partes. Otra cosa era si eso significaba que Lalage aportaría alguna información.

—Tráeme el nombre que busco y no lo lamentarás. Me encontrarás en el cuartel del sector Decimotercero —anunció Petro en tono cortés.

Ella se volvió hacia mí como si hubiera agotado la paciencia con él y masculló:

—¡Oh, lárgate ya! ¡Y llévate de aquí al Gran Insusceptible!

Emprendimos la retirada. En el último instante volví la cabeza para añadir una cortesía final. Tras dedicar una generosa sonrisa a la prostituta, comenté:

—¡Me alegro de ver que la herida de la oreja se ha curado!

Mientras Lalage y Petronio intentaban descifrar mis palabras, agarré a mi colega por el codo y escapamos de allí.

## XXI

Salimos del local indemnes, aunque yo, desde luego, no veía el momento de acudir a la casa de baños respetable más cercana.

—¿Qué era ese comentario sobre la oreja, Falco?

Me limité a sonreír y a poner cara de misterio.

El local estaba mucho más vacío que a nuestra llegada. Las noticias vuelan.

Macra ocupaba de nuevo su puesto junto a la entrada. Parecía esquiva, pero al ver que nos marchábamos pacíficamente, se relajó. Cuando pasábamos a su altura oí un llanto infantil. Macra advirtió mi sorpresa y musitó:

—¡Estas cosas suceden a veces, Falco!

—Creía que en lugares como éste estabais organizadas. —Algunos burdeles estaban tan organizados que la práctica los llevaba a ejercer de abortistas del barrio.

—Perder un hijo voluntariamente es ilegal, ¿verdad, oficial? —dijo la muchacha a Petronio con un gorjeo. A mi camarada se le notaba tenso. Todos sabíamos que sería un hecho insólito que alguien se molestara en llevar a juicio a una prostituta por algo así. Los nonatos están protegidos si hay alguna herencia de por medio; los futuros hijos de madres impúdicas tienen pocos derechos.

—¿Te gustaría visitar el cuarto de las niñas? —le propuso entonces la muchacha. Su tono insinuaba claramente la oferta de carne infantil. Petro la declinó en silencio y Macra soltó una risilla—. ¡Eres un hombre difícil de tentar! Quizá tenga que venir a verte a tu cuartel.

—¡Y quizá yo te enseñe la celda! —refunfuñó Petro con irritación. Fue un error por su parte. Macra chilló de entusiasmo.

—¿Me lo prometes? Tenemos por cliente a un miembro de los vigiles que hace cosas asombrosas con las cadenas durante las «entrevistas»...

Petronio ya había oído bastante; sacó su tableta de anotaciones con gesto ceremonioso:

—¿Y de quién se trata? —quiso saber.

—Bueno, no te lo vas a creer —respondió ella con marcada ironía—, pero nunca consigo retener su nombre...

—¡Eres una pequeña zorra mentirosa! —le reprendió Petronio con bastante suavidad. Guardó de nuevo la tableta y salimos a la calle mientras sus carcajadas resonaban a nuestra espalda en el estrecho callejón.

—¡De modo que esto es un burdel! —exclamó Petro, y los dos celebramos con codazos y sonrisas nuestra vieja broma privada.

Como carecíamos de planes, habíamos dudado. No deberíamos habernos reído. Reírse a la puerta de un burdel puede provocar una catástrofe; no lo hagáis nunca sin haber mirado con cuidado hacia ambos extremos de la calle.

Por uno de ellos venía alguien que conocíamos. Y ya no podíamos hacer nada. Era demasiado tarde para desaparecer discretamente y, desde luego, para parecer menos culpables.

Por el angosto callejón, llorando estentóreamente, se acercaba una chiquilla de pies grandes y cara sucia. Tenía siete años y llevaba una túnica que le quedaba pequeña desde hacía meses; en el brazo llevaba una pulsera de cristal barata que un tío afectuoso le había traído del extranjero y un extravagante amuleto contra el mal de ojo. Pero la protección contra el mal de ojo no había funcionado y la chiquilla estaba siendo arrastrada por una anciana menuda y de aspecto feroz, con los labios contraídos y una expresión escandalizada antes incluso de reconocernos. Cosa que hizo, naturalmente, en el preciso instante en que salíamos de La Academia de Platón como un par de jueguistas.

La chiquilla estaba en un buen apuro por haber hecho novillos y se alegró de encontrar a alguien más a quien arrastrar al Averno con ella. Sabía que éramos exactamente el elemento de distracción que necesitaba.

—¡Es el tío Marco! —exclamó y dejó de llorar al instante.

Su carcelera se detuvo en seco. Petro y yo habíamos sido unos golfos en nuestra juventud, pero eso no lo sabía nadie en Roma. No éramos tontos y habíamos hecho nuestras correrías mientras estábamos en tierras lejanas.

Y acabábamos de echar a perder nuestra buena fama. Mi sobrina, Tértula, nos miró fijamente. La pequeña sabía que ni siquiera saltarse la escuela cuando la abuela había hecho mil y un sacrificios para pagarle las clases podía compararse con nuestra vergüenza. Nosotros también éramos conscientes de ello.

—¡Petronio Longo! —exclamó la anciana con sincera perplejidad; estaba demasiado horrorizada como para mencionar mi nombre siquiera. Petro tenía fama de buen marido y de hombre hogareño, de modo que la culpa de todo aquello me la cargaría a mí.

—Buenas tardes —murmuró Petro con timidez, al tiempo que intentaba disimular que lo habían sorprendido riéndose entre dientes... o dar a entender que, si lo estaba haciendo, era sólo porque acababa de escuchar una anécdota graciosísima, pero apta para cualquier oído, sobre algún aspecto de la política local. Con gran aplomo, se embarcó en explicaciones de que no podíamos ofrecernos a escoltarlas a un barrio más seguro porque acabábamos de recibir el mensaje de que había una urgencia en el cuartelillo.

En aquel mismo momento, una figura veloz que reconocí como la de mi

embarazada hermana, Gala, se aproximó a la carrera por el callejón mientras gritaba:

—¡Oh! Has encontrado a esa pequeña pesadilla, ¿eh? —Gala se pasaba media vida sin querer saber en qué andaban metidos sus hijos y la otra media presa de histéricos ataques de culpabilidad cuando algún estúpido se lo contaba.

—He encontrado algo más —fue la seca respuesta de la anciana mientras una mirada incomparablemente desdeñosa se clavaba por fin en mí.

No había escondite posible.

—Hola, madre —murmuré.

*¡Ay!*

### XXIII

Cuando entré en casa encontré a alguien de pie en la puerta del balcón. Sus cabellos oscuros brillaban bajo la luz del sol que la bañaba por detrás y cuyo calor había abandonado tan pronto había oído mis pasos.

El porte de la mujer era elegante y sereno. Llevaba un sencillo vestido azul con un capullo de rosa tardía en un prendedor junto al escote. Si usaba perfume, era tan discreto que sólo el afortunado que besara su cuello lo percibiría. Un anillo de plata en su mano izquierda mostraba su fidelidad hacia él, fuera quien fuese. Para mí, era todo lo que debía ser una mujer.

Le dediqué un cortés saludo con la cabeza.

—Vendrán corriendo a contarte que, esta tarde, Petronio y yo hemos pasado una hora en un burdel cerca del Circo Máximo —dije de buen principio—. El local tiene fama de ofrecer sus repulsivos servicios como soborno a los vigiles. Nos han visto salir con delatoras sonrisas de felicidad y gestos de satisfacción.

—Ya lo sé —respondió ella.

—Me lo temía.

—¡Ya lo supongo!

Los finos eslabones de una pulsera se deslizaron sobre su delicada muñeca al tiempo que su mano me mostraba un rollo manuscrito. Observé que iba descalza. Ella, que debería haber reposado en cojines de pluma de cisne en el atrio de mármol de algún hombre distinguido, había estado leyendo bajo el cálido sol, en un piso alto sobre la mugre del Aventino donde vivía conmigo.

Me decidí por un tono frío y formal.

—A veces, la gente se excede en sus reacciones. Estaba con Petro cuando ha llegado a su casa y no ha conseguido que su esposa saliera a la puerta. Una vecina ha asomado la cabeza por una ventana y ha gritado: «Se ha llevado a tus hijos a casa de su madre y le ha echado tu cena al gato». He tenido que ayudarle a abrir. Petro adora a ese gato e insistía en entrar a buscarlo.

—Cada héroe ha de tener su trágico punto débil —asintió ella con una sonrisa. Casualmente, sabía que no sentía simpatía por los felinos; sospeché que también desdeñaba las heroicidades.

Consideré conveniente mantener el tono de seriedad.

—Pese a sus ruegos, no me he sentido con ánimos para acompañarlo a rescatar a Arria Silvia de la guardia de su madre.

—Entonces, ¿lo has dejado solo?

—Estaba en buenas condiciones. Tenía a su gato... —noté un nudo en la garganta—. Quería asegurarme de que todavía estabas aquí.

—Aquí estoy.

—Me alegro de ello.

Era media tarde. Me había dado toda la prisa posible, pero había pasado por los baños. Ahora estaba limpio; cada pulgada de mi piel había sido restregada y aceitada, pero seguía sintiéndome lleno de mugre.

—¿Estabas preocupada?

Sus ojos oscuros se clavaron en mí con una firmeza que mi corazón no podía igualar.

—Claro que me preocupo, cuando oigo que estás en un burdel —respondió en voz baja.

—Yo también me preocupo, cuando entro en un lugar de esos.

De pronto, por algún motivo, volví a notarme limpio. Sonreí a Helena con especial calor.

—Tienes que hacer tu trabajo, Marco. —En lo más profundo de su mirada había una sombra de resignado humor. Me dio la impresión que la había hecho aparecer deliberadamente. Mientras me esperaba, Helena debía de haber tomado una decisión: o se peleaba conmigo, con lo que sólo conseguiría terminar sintiéndose peor que al principio, o se tomaba las cosas de aquella manera—. ¿Y qué te ha parecido el burdel!? —preguntó sin alterarse.

—Un estercolero. Y no tenían ningún mono. No llevaría a la hija de un senador cerca de ese turgorio...

—El mono de aquel donde estuvimos era un chimpancé —me recordó. Empleaba un tono grave, pero su seriedad era fingida.

A veces sí que nos peleábamos. En ocasiones, cuando ella me exigía imperiosamente que utilizara la razón, era capaz de sacarla de quicio. Otras veces, la inteligencia con la que me manejaba resultaba asombrosa. Tendía una pasarela de confianza entre nosotros y yo la cruzaba sin la menor vacilación.

Aprecié una levisíma mueca en la comisura de sus labios. En aquel momento, si hubiera querido, con una simple mirada habría podido provocarle una sonrisa.

Crucé la estancia hasta llegar a ella y la ceñí por la cintura. Un leve rubor coloreó sus mejillas como un reflejo del capullo de rosa prendido en su vestido. Como sospechaba, allí estaba el perfume, reservado para quien la conocía lo suficiente como para acercarse a ofrecerle su ternura. No eran muchos los que habían tenido alguna vez tal privilegio. Aspiré despacio y me envolvió un aroma a canela; no era un perfume cualquiera, sino uno que me gustaba especialmente. Hacía poco que se lo había puesto.

Me di el gusto de contemplarla durante un rato. Ella se complació en dejar

que me sumergiera suavemente en viejos recuerdos y en nuevas expectativas. Debí de dejar caer la mano sin proponérmelo. Noté que sus dedos se entrelazaban con los míos y levanté nuestras manos para estrechar la suya contra mi pecho.

La estancia quedó en silencio. Incluso el ruido de la calle bajo el balcón sonaba lejano.

Helena se inclinó hacia delante y rozó mis labios con un beso. Después, sin flautas ni inciensos ni vinos peleones, sin necesidad de negociar un precio, sin necesidad de palabras siquiera, nos fuimos a la cama.

## XXIV

Cuando recobramos la conciencia de dónde estábamos, mi hermana Gala ya le había contado lo sucedido a mi hermana Junia, que había corrido con el cuento a Alia, la cual, como ya no podía escandalizarse a coro con la difunta Victorina, se lo había contado a Maya. Normalmente, Maya y Alia no se llevaban bien, pero esta vez se trataba de una emergencia. Alia se había encontrado la última de la cola y reventaba de ganas de asombrar a alguien con la noticia de mi última trasgresión. Maya, la única de todas ellas que tenía cierta sensibilidad, decidió en primera instancia dejarnos en paz con nuestro problema. Después, como era amiga de Helena, se encaminó hacia nuestro piso para asegurarse de que ninguno de los dos nos habíamos marchado de casa a causa del asunto. De haber sido así, Maya habría consolado a quien hubiese encontrado sollozando y, a continuación, habría salido a toda prisa tras los pasos del ausente.

Mientras mi hermana venía hacia la casa, yo me despertaba lentamente.

—Gracias —dije a Helena.

—¿Por qué?

—Por el dulce regalo de tu amor.

—¡Ah, eso! —respondió con una sonrisa. Tuve que cerrar los ojos o me habría quedado en la cama con ella hasta el atardecer.

Después, me preguntó por nuestra visita a La Academia de Platón. Esta vez quería respuestas. Me coloqué boca arriba, con las manos debajo de la nuca. Ella se recostó contra mí, con la mejilla sobre mi pecho, mientras le resumía mis impresiones. Lo último que le conté fue que había conocido a Lalage hacía mucho tiempo.

Cuando Helena hubo escuchado la historia de ese encuentro, se echó a reír.

—¿Se lo has recordado?

—¡No! Pero le he hecho unas cuantas insinuaciones para inquietarla.

De todos modos, Helena estaba más interesada en los resultados de nuestras investigaciones oficiales.

—¿Crees que hablaba en serio cuando ha dicho que se proponía resistirse a aceptar la «protección» de un chulo para el local?

—Supongo que sí. Calificar a Lalage de competente sería quedarse muy corto. Es muy capaz de regentar un burdel... ¡y de acabar con cualquiera que intente entremeterse!

—Entonces, quizá te ha revelado más de lo que crees —apuntó Helena.

—¿Como qué?

—Quizás es ella la que querría apoderarse de lo que ha dejado Balbino.

—Bueno, estamos seguros de que quiere manejar su propio imperio.  
¿Insinúas que hay más?

—¿Por qué no?

—¿Que Lalage controla las bandas? —Era una idea alarmante.

—Piensa en ello.

Guardé silencio, aunque Helena tenía que saber que siempre tomaba en serio sus sugerencias. Malhumorado, acepté ésta también, aunque contra mi voluntad. Si partíamos del supuesto de que Nonnio Albio había ocupado el espacio dejado por su antiguo jefe, las cosas resultarían mucho más fáciles de demostrar y de enmendar. Si teníamos que sospechar de otros, y mujeres además, el asunto adquiriría una complejidad indeseada.

Helena quiso asegurarse de que la había escuchado y, con un brinco de excitación, se incorporó y se volvió hacia mí apoyada sobre los codos. Entonces advertí que cambiaba de expresión. Con un súbito murmullo, se levantó de la cama, corrió a la estancia contigua y la oí vomitar.

Fui tras ella y esperé a que hubiera pasado lo peor; luego, la rodeé con un brazo y le enjuagué el sudor de la frente. Nuestras miradas se encontraron y mi expresión fue la de quien estaba siendo más razonable de lo que ella merecía.

—¡No digas nada! —exigió Helena, todavía pálida.

—Ni se me ocurriría...

—Es imposible que algo de lo que cenamos anoche me haya sentado mal... porque anoche no tomamos nada.

—Mejor así, supongo.

—Entonces, será que tenías razón... —aceptó ella con voz neutra.

Y, en aquel instante, la voz de Maya exclamó desde la puerta:

—¡Vaya, felicidades! Supongo que es un secreto...

—A menos que se lo cuentes a alguien —respondí, reprimiendo una maldición.

—¡Oh, confiad en mí! —Maya sonrió con un aire deliberadamente indigno de confianza al tiempo que entraba en la habitación.

Mi hermana, una mujer pulcra de cabellos rizados, llevaba su capa buena y sus mejores sandalias como si, con su sonrisa bobalicona, quisiera celebrar por todo lo alto el apuro que yo había provocado.

—Llévala a la cama y que se quede acostada —me aconsejó. Luego, se dirigió a Helena con tono servicial—: ¡Bien, pues ya está! ¡Esta vez la has hecho buena!

—¡Oh, gracias, Maya! —murmuré mientras Helena se incorporaba con esfuerzo y yo me disponía a conducirla hasta el lecho.

A Helena se le escapó un gemido y musitó:

—Dime cuánto tiempo va a durar esto, Maya.

—Toda tu vida —fue la respuesta de mi hermana. Maya tenía cuatro hijos; cinco, si uno contaba a su marido, que necesitaba más cuidados que los demás—. Te pasas la mitad del tiempo echada en un diván, exhausta, y la otra mitad deseando poder estarlo. Por lo que puedo decir hasta el día de hoy, las cosas siguen así el resto de la vida. Cuando haya muerto, volveré para decirte si entonces mejoran.

—Sí, es lo que me temía —respondió Helena—. Primero, el dolor; después, toda tu vida ocupada...

Parecía que bromeaban, pero en sus palabras se percibía un tono de irritación. Helena y mi hermana pequeña se llevaban muy bien; cuando hablaban, sobre todo de los hombres, lo hacían con un feroz tono de crítica que me hacía sentir excluido. Excluido... y completamente culpable.

—Podemos tener un ama de cría —propuse—. Helena, querida, incluso estoy dispuesto a renunciar a mis principios y dejar que la pagues tú, si eso te hace sentirte mejor.

Pero esta muestra de devoción no logró calmar la situación y decidí que era hora de marcharme. Puse como excusa ir a vaciar el cubo de la basura, cogí éste y eché escaleras abajo silbando; allí las dejé a las dos para que disfrutaran con sus comentarios mordaces. No me proponía ir muy lejos. Pasaría el resto de la velada en el nuevo apartamento del otro lado de la plaza de la Fuente. Tener un segundo hogar al que escapar empezaba a parecer una buena idea.

Me sentía conmocionado. Enfrentado a la demostración definitiva de que iba a ser padre, necesitaba estar a solas en algún sitio para pensar en ello.

Había escogido un buen momento. El cestero me recibió con la noticia de que un conocido suyo que alquilaba carros me iba a traer uno, como se había comprometido a hacer cuando había hablado con él. El vehículo sólo podía ser conducido hasta allí por la noche debido a las normas de circulación de la ciudad y, como iba a tenerlo en mi poder varios días mientras despejaba de escombros mi nuevo hogar, sería preciso hacer ciertos arreglos. Me proponía utilizar el carro como depósito temporal de los escombros y para ello tendríamos que montarlo sobre pilares y quitarle las ruedas para que no se lo llevara nadie. No resultó tarea fácil, y después tuvimos que transportar las ruedas a la tienda y atarlas con cadenas para mayor seguridad. Pero mis problemas no habían hecho más que empezar. En el breve rato que el cestero, el carretero y yo estuvimos en el interior de la tienda ocupados con las ruedas, algún bromista arrojó a la caja del carro la mitad de un armazón de cama de madera carcomida y una estantería rota. Lo sacamos todo y lo arrojamos unos pasos más allá, ante el solar vacío del otro lado de la calle, para que los ediles no nos hicieran pagar (a nosotros o a ningún conocido nuestro) la limpieza de la calle. Por fortuna, Maya bajó en aquel

momento y le pedí que me mandara a su hijo mayor; le pagaría un par de monedas de cobre para que vigilara el carro.

—Lo enviaré mañana —prometió mi hermana—. Pero Mario vendrá cuando salga de la escuela; si quieres alguien que venga antes, tendrás que coger a uno de esos horribles chiquillos de Gala o de Alia.

—Mario puede perderse unas cuantas clases.

—No querrá. Al chico le gusta la escuela. —El buen comportamiento de los hijos de Maya resultaba estimulante. Pensar en ello me alegró el ánimo, ya que me sentía reacio a traer al mundo más vándalos y holgazanes. Pese a cuanto observaba cada día en Roma, era posible que la paternidad saliera bien. Quizás yo también engendrara una personita estudiosa y educada que fuera un honor para la familia—. Por la noche, cúbrelo con una tela; Famia dice que eso vuelve invisible un carro.

Famia, su marido, era un puerco indolente, un ejemplo de que puede haber gente tan perezosa que sea capaz de dejar pasar la oportunidad de echar su basura en el cubo de otro, con tal de evitarse el irrisorio esfuerzo de quitar la tapa.

De improvisto, Maya me abrazó. De nuestra numerosa familia, ella era la única menor que yo y siempre habíamos estado bastante unidos.

—¡Serás un padre maravilloso!

Yo respondí que quedaban muchas cosas en el aire hasta que llegara a serlo.

Cuando Maya se hubo marchado, empecé a sacar escombros del apartamento. El cesterero, que dijo llamarse Enniano, me aseguró que le encantaría ayudarme pero, al parecer, tenía una dolencia de espalda (de la que casi nadie había oído hablar). Comenté que era una suerte que vender cestos no requiriese inclinarse mucho o levantar grandes pesos y lo vi alejarse arrastrando los pies.

No lo necesitaba. Me subí las mangas de la túnica hasta los hombros y me puse al trabajo como quien tiene algo perturbador que olvidar. Aunque había llegado el otoño, todavía anochecía bastante tarde y la luz me permitió un par de horas de trabajo duro. El piso que iba a ocupar estaba repleto de desperdicios y suciedad, aunque no encontré cadáveres ni restos desagradables semejantes. Era un trabajo duro, pero podía haber sido mucho peor.

Seguramente, Esmaracto había permitido a sus operarios utilizar aquel lugar como ocasional depósito de materiales. Bajo unos tabloncillos de andamiaje y unos pedazos de viga sobrantes encontré capazos medio llenos de clavos en buen estado y uno de aquellos estúpidos había dejado olvidada una azuela de desbastar madera en perfectas condiciones para la cual habría un hueco en mi bolsa de herramientas. Aquellos tipos eran un hatajo de incompetentes. Los lienzos para el polvo habían enmohecido porque los habían doblado cuando aún estaban húmedos. Las poleas se habían encallado de puro oxidadas. La pintura había endurecido en vasijas destapadas. Ni una sola vez se habían llevado a casa un

frasco de vino vacío o un envoltorio de comida lleno de suciedad si habían tenido ocasión de deshacerse de ellos bajo el lio de sogas y cables inutilizables. Había allí sacos sin abrir de sustancias que habían endurecido como rocas, de modo que era imposible identificar el contenido; por supuesto, ninguno de ellos iba etiquetado. Esmaracto no compraba nunca a los proveedores habituales de otros constructores, sino que adquiría los materiales sobrantes de otros contratistas que ya los habían cobrado de algún inocente propietario que no había previsto una cláusula para quedarse con ellos.

Despejé una habitación y la utilicé para guardar todo lo que me pareció útil. Al final de la sesión, había avanzado bastante y me sentía satisfecho con mi trabajo. Otro carro más y del apartamento sólo quedaría la cáscara; entonces, Helena y yo podríamos empezar a pensar qué venía a continuación. No vi que fueran necesarias muchas reparaciones de importancia. Probablemente, sería todo un placer ocuparme de la decoración, una vez me decidiera a empezar. En mi situación, viviendo en la clase de cuchitriles en que lo hacía, nunca había tenido mucho interés por los frisos y los frescos, de modo que éstos serían una novedad. El local necesitaba un buen restregón para limpiarlo pero se me ocurrió que, dado que estaba adscrito a la Cuarta Cohorte, quizá podría pedir la colaboración de los bomberos para llevar hasta allí el agua necesaria.

En mi último descenso a la calle, descubrí que alguien me había hecho otra donación: un banco viejo y una colcha empapada, que había depositado en mi carro. Saqué ambas cosas, cubrí los escombros y, además, aseguré la lona con cuerdas. Tras esto, me acerqué a los baños más próximos a limpiarme de polvo y sudor mientras tomaba nota mental de añadir un aceite perfumado y una raedera a la lista de cosas que había de llevar la próxima vez que me pusiera manos a la obra. Después de lavarme los cabellos, añadí también un peine.

Cuando emprendí el regreso plaza de la Fuente arriba, había oscurecido. Estaba cansado pero satisfecho, como se siente uno después de un buen esfuerzo. Tenía los músculos doloridos, pero los había relajado en las termas. Me sentía en la flor de la vida. En un gesto de hombre concienzudo, me acerqué a comprobar cómo seguía el carro y eché un vistazo bajo la lona que lo cubría.

La penumbra casi me impidió ver qué había allí. Si hubiera estado arrojando escombros todavía, no habría advertido nada. Ésa era la intención de quien lo había hecho. Tal como es Roma, quien había dejado al bebé en el carro no le quería ningún bien. Era encantador y gorjeaba confiadamente, pero un bebé que es abandonado por su cuidador no es fácil que consiga otro... a menos que lo rescate una mujer que, precisamente, ande rebuscando entre los desperdicios por si alguien abandona a un recién nacido no deseado. Y en la plaza de la Fuente no había ninguna tan desesperada. Quien había arrojado allí a aquel pequeño lo había dejado para que muriese. No podía haber esperado que alguien lo recogería y se lo llevaría a casa.

Y, puesto que era yo quien lo había encontrado, eso fue lo que hice.

## XXV

—¡Sólo tú harías una cosa así! —gruñó Helena.

—Es tu día de suerte —dije al bebé—. He aquí a una amable dama que arde en deseos de acunarte. Hazme caso, se le cae la baba por unos ojazos pardos y una sonrisa vistosa...

—Es inútil, Marco...

—Desde luego. Estoy decidido a ser firme; no toleraré que otros echen sus cosas en mi carro. Lo he pagado y tengo mucho que cargar en él...

—¡Marco!

—De acuerdo, Helena, ¿pero qué querías que hiciera, una vez lo he visto y lo he sacado? ¿Dejarlo en la cuneta y marcharme sin más?

—Claro que no —respondió con un suspiro.

—Tendrá que encontrar una cuna en alguna parte. Éste sólo es un refugio provisional. —Mis palabras tenían un timbre de dureza.

Observé que Helena no hacía el menor ademán de acercarse a coger al niño. Éste me miró como si se diera cuenta de que aquél podía ser el momento clave de su vida. Ya tenía bastantes meses; por lo menos, los suficientes para darse cuenta de lo que le rodeaba.

Tenía un aspecto sano. Llevaba los cabellos, oscuros y ligeramente rizados, cuidadosamente cortados. Vestía una pequeña túnica blanca, con bordados en el cuello, aunque se apreciaba que la llevaba puesta desde hacía más tiempo del debido. Por lo general, este tipo de prendas se utilizan entre familias en las que los niños son cambiados con regularidad, casi siempre por una criada; aquel pequeño, en cambio, no había sido aseado en varios días, quizá. Estaba sucio y dolorido. Yo procuraba sostenerlo con toda delicadeza.

—El pobrecillo necesita un baño.

—Iré a buscarte un barreño —resopló Helena. Decididamente, no pensaba colaborar.

—Por suerte, has llegado a una casa donde las mujeres son bravas pero los hombres comprenden que tú no tienes la culpa —le dije. Cuando le hablé, apenas dio muestras de reparar en mí. Le hice cosquillas en el mentón y, por fin, se dignó agitar las manitas y los pies.

Era un niño muy callado. Se le notaba demasiado calmado. Fruncí el ceño, y Helena, que para entonces me había traído un cuenco de agua caliente, me miró

fijamente como hacía cuando creía descubrirme sacando conclusiones.

—¿Crees que lo han maltratado?

Acababa de dejar al pequeño en la mesa, boca arriba sobre una túnica, para quitarle la ropa. No tenía miedo a mis maniobras. Estaba regordete y tenía un buen peso. Tampoco observé magulladuras o marcas de malos tratos.

—Parece que nadie lo ha tocado. Pero hay algo extraño —murmuré—. Para empezar, es demasiado mayor. Los niños no deseados son abandonados al nacer, pero este pequeñín perdido debe de tener casi un año. ¿Quién cría a un niño tanto tiempo, se ocupa de él, se encariña con él... y entonces lo introduce cuidadosamente bajo la lona de un carro de escombros?

—¡Alguien que sabe que el carro es tuyo! —apuntó Helena, concisa.

—¿Cómo iba a saberlo nadie? Lo he alquilado esta misma noche. Y si querían que lo encontrara, ¿por qué esperar a que terminara el trabajo, cubriese el carro y ya no fuera previsible que volviera a inspeccionar bajo la lona? Lo he encontrado por pura casualidad. Podría haber muerto del relente, o haberle mordido una rata...

Helena estaba examinando un cordón que rodeaba el cuello del bebé, una trenza apretada de hebras de colores.

—¿Qué crees que es? Los hilos son muy finos —murmuró, separándolos parcialmente—. Uno de ellos podría ser de oro.

—Debía de colgar un amuleto, ¿pero dónde ha ido a parar?

—Sería demasiado valioso como para arrojarlo con el niño. —Ahora, Helena Justina ya empezaba a irritarse—. Alguien se sintió capaz de abandonar a un bebé... pero se aseguró de quedarse su *bullá*.

—Tal vez se la quitaron porque podía identificarlo...

Helena movió la cabeza en un gesto de negativa y, con tono apenado, comentó:

—En los relatos, nunca suceden estas cosas. El hijo perdido siempre tiene una joya que ha conservado con todo cuidado para que, años más tarde, se pueda demostrar que es el heredero desaparecido. —Noté que se suavizaba un poco—. Quizá la madre no podía tenerlo, pero ha conservado el amuleto como recuerdo.

—¡Ojala le parta el corazón! Nos aseguraremos de conservar la túnica —indiqué—. Le diré a Lenia que la lave... y le preguntaré si alguna de las chicas de la lavandería ha visto antes esa prenda. Si es así, es probable que recuerden esos bordados.

—¿Crees que el niño es de por aquí?

—¿Quién sabe?

Alguien lo sabía. De haber tenido más tiempo, quizás habría indagado sobre sus padres, pero el niño del carro de escombros había escogido un mal momento para caerme encima. Trabajar con Petronio en el golpe al Emporio iba a consumir todas mis energías. Y, en cualquier caso, buscar a unos padres que no

quieren a sus hijos es un esfuerzo estéril.

Le había hecho un favor al bebé pero, a la larga, quizá no me lo agradecería. Había sido encontrado en un barrio tan pobre que quienes allí vivíamos apenas podíamos mantenernos. En el Aventino eran tres veces más los niños que morían en la infancia que aquellos que sobrevivían. Y muchos de estos últimos crecían sin una vida que mereciese el nombre de tal. Había pocas esperanzas para él, incluso si encontrábamos a alguien que lo acogiera. Y no tenía idea de quién pudiera ser. Helena y yo ya teníamos nuestros propios problemas; en aquellos momentos, desde luego, no estábamos para apadrinar huérfanos desconocidos. En mi familia, por otra parte, ya había demasiados niños. Aunque a ningún miembro del clan Didio se le haría sufrir el destino de aquel pequeño, encontrar espacio para uno más que no estaba emparentado con nosotros era inconcebible.

Desde luego, podíamos venderlo como esclavo, pero eso tampoco lo volvería loco de alegría.

Al parecer, al bebé le gustaba que lo bañasen. Dio la impresión de que la sensación le daba confianza, y cuando Helena se permitió bajar un poco la guardia e inició un suave juego de chapoteos, el niño reaccionó como si supiera lo que se esperaba de él y empezó a gorjear y a jugar con ella.

—No es un hijo de esclavos —apunté—. ¡Ya ha estado entre indolentes acostumbradas a perder el tiempo, que dejan perdida de agua toda la habitación!

Helena me permitió sacarlo del barreño, aunque se encargó de traer la toalla para secarlo. El bebé debió de decidir que era el momento de empezar las demandas importantes: preferiblemente, comida. Lo habíamos acariciado por todas partes y le habíamos hecho más cosquillas, y lo habíamos enrollado en una estola mientras pensábamos un lugar seguro para que pasara la noche cuando el pequeño decidió hacerse valer y empezó a rugir.

Por desgracia para Helena, aquel fue el instante que escogió el esclavo de palacio para presentarse a la puerta y convocarme a una reunión confidencial y urgente con el hijo mayor del emperador.

Conseguí contener la sonrisa mientras besaba con ternura a Helena, me disculpaba por tener que marcharme... y la dejaba sola para que se las arreglase.

## XXVI

Roma estaba llena de literas en las que sus ricos amos salían a cenar. Por ello, también estaba saturada de voces ásperas de los esclavos que las portaban y que disputaban el espacio en las calles a los pesados carrmatos que transportaban los productos de consumo, autorizados a transitar por la ciudad a aquellas horas. De vez en cuando, se oía entre el tumulto una flauta o un arpa. En torno a los templos y plazas del Foro observé que ya empezaban a revolotear como mariposas nocturnas las chicas de vida alegre. Parecía haberlas en mayor número de lo habitual. O quizás era que yo tenía la cabeza llena de prostitutas.

El esclavo que me condujo a la Domus Aurea se detuvo en la entrada revestida de mármol para hacer unas indagaciones mientras los pretorianos nos dedicaban unas feas miradas. Desde allí, fui encaminado hacia el ala oeste, la de los aposentos privados, donde no había estado nunca hasta aquel instante. Una vez dejé atrás a la Guardia, reinó durante la marcha una atmósfera plácida. Era como entrar en una casa amistosa... aunque imponente con sus suntuosos adornos.

Tito estaba en un jardín. Todas las majestuosas alcobas daban al valle del Foro, con unas vistas que en otro tiempo habrían abarcado el Gran Lago y que ahora llegaban al emplazamiento donde se construía el Anfiteatro Flavio. Detrás de los dormitorios, adecuadamente iluminado con lámparas y candiles, quedaba el jardín interior. Aquel rincón privado estaba dominado por un inmenso jarrón de pórfiro, pero también contenía una selección de estatuas elegidas para complacer a Nerón. Su distribución era elegante; el cuidado del jardín, impoluto, y el recogimiento del lugar, divino.

El heredero del emperador y asociado al trono estaba sentado con una mujer que debía de llevarle cuarenta años. Dado que Tito era un hombre atractivo de treinta y tantos años que en aquella época no estaba casado, la imaginación se me disparó. No podía ser su madre, pues la esposa de Vespasiano había muerto. La superiora de las vestales debía de ser una visitante habitual de Palacio, pero aquella vieja no vestía como las vírgenes sagradas. Ella y el joven César habían estado conversando agradablemente. Cuando me vio llegar por el atrio, acompañado de mi guía, Tito empezó a incorporarse como si se dispusiera a llevarme a otra parte para hablar en privado, pero la mujer alzó una mano para indicarle que no lo hiciera. El joven se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla;

luego, fue la anciana la que se puso en pie y abandonó el lugar.

Aquello sólo podía significar una cosa. Aquella mujer era Cenes, la amante liberta de Vespasiano. Por lo que yo sabía, Cenes no intervenía en política, aunque cualquier mujer que hubiese contado con el favor de Vespasiano durante cuarenta años y a la cual Tito tratara con tal respeto debía de tener una enorme capacidad de influencia. La liberta era un escándalo en ciernes, pero la fría mirada que me dedicó me dijo que no llegaría a producirse nunca.

Cuando llegó a mi altura, me hice a un lado con docilidad. Su mirada inteligente y su porte erguido me recordaron a Helena.

—¡Marco Didio! —Tito César me recibió como a un amigo personal. Había advertido mi mirada a la no tan augusta compañera de su augusto padre—. Le estaba contando tu historia a Cenes; me ha escuchado con mucha comprensión.

Me alegré de que la amante del emperador encontrara entretenidos los detalles de mi vida, aunque advertí que Tito no nos había presentado de modo que la dama pudiera concederme una bolsa de oro, una palabra amable y el deseo de mi corazón.

—¿Qué tal te encuentras? —me preguntó Tito, como si mi salud fuera de gran importancia para los acontecimientos del mundo.

Le respondí que bien.

—¿Y cómo está la espléndida hija del excelente Camilo?

En el pasado, Tito había mirado a Helena como si la encontrase tan atractiva como me resultaba a mí. Ésta había sido incluso una de las razones de que Helena y yo hubiéramos pasado una temporada en el extranjero, por si el hijo del emperador decidía que sus famosos amoríos con la reina de Judea carecían de futuro y buscaba una sustitua en Roma. Aunque Helena habría ocupado perfectamente el puesto de una reina hermosa, animosa y ligeramente atrevida, tal cosa me habría dejado sumido en la soledad y con pocas esperanzas de que la reina Berenice se fijara en mí como respuesta, de forma que me resistía al cambio. Le agradecí su interés y me aseguré de ponerlo al corriente de la situación.

—Helena Justina está bien, rebosante de salud... y me hace el inmenso honor de llevar en su seno a mi heredero.

Si el joven César exhaló un suspiro inesperado, lo disimuló bien. Tito tenía la habilidad de expresarse como si fuera sincero en lo que decía.

—¡Os felicito a los dos!

—Gracias, señor —respondí, algo melancólico.

Se produjo una breve pausa. Tito paseó la mirada por el jardín envuelto en la penumbra. Contuve el impulso de mostrar la menor satisfacción vanidosa. No era muy prudente vanagloriarse ante el hijo mayor del emperador. Todo el mundo sabía que Tito tenía un carácter muy agradable, pero también podía hacerme enviar al Hades por el atajo más corto.

—Se te prepara una temporada difícil, Falco. ¿Puedo hacer algo para ayudarlos?

—Creo que no, señor. En cierta ocasión me precipité en prometer a Helena y a sus padres que ascendería socialmente y que me casaría con ella, pero vuestro hermano me ha dicho que la clase ecuestre debe mantenerse selecta y que no soy digno de pertenecer a ella.

—¿Lo ha dicho Domiciano? —Tito parecía desconocer el tema. No se lo tuve en cuenta. Roma estaba llena de gente ansiosa por escalar y era lógico que el joven César no tuviera noticia de todos. Sin embargo, habría sido una muestra de sensatez vigilar a aquellos a quienes la familia imperial había dado con un canto en los dientes.

—Naturalmente, no querréis enmendar la plana a vuestro hermano, ¿verdad, señor?

—¡Oh! Naturalmente que no —asintió Tito, aunque detecté una leve exasperación por el hecho de que su hermano hubiese decidido oponerse a mí. En público, siempre manifestaba su lealtad a Domiciano, aunque sería interesante conocer su opinión privada—. De modo que últimamente no te ha ido muy bien, ¿eh? He sabido que has estado en Nabatea por encargo del Estado. ¿Has encontrado dificultades?

—Nabatea no me planteó ninguna dificultad —respondí—. El único que me las puso fue quien me envió allí engañado.

—Anácrites... Me gustaría conocer tu versión de la historia, en alguna ocasión —se ofreció Tito con tono amistoso. Su comentario me llevó a pensar con preocupación qué versión de la historia le había contado ya el jefe de espías. Guardé silencio. Tito me conocía lo suficiente como para percatarse de mi irritación. Algunas protestas surten más efecto si uno consigue provocar a la gente—. A mi padre le gustaría estudiar un informe... si tienes a bien hacerlo. —Me encanta ver a un príncipe que suplica—. Necesitamos una valoración confidencial de la situación en el desierto...

Sonreí y, sin una palabra, saqué de entre los pliegues de la túnica un rollo de manuscrito, bastante delgado. Helena, siempre tan avispada, no sólo me había obligado a poner por escrito mis descubrimientos, sino que había calculado que quizá tendría ocasión de presentar mi relato. De este modo, Anácrites no se llevaría el mérito. Ni siquiera sabría qué contaba en mi exposición de hechos.

—Gracias —murmuró Tito con gentileza mientras balanceaba el manuscrito entre sus dedos perfectamente cuidados—. Siempre nos sirves bien, Falco. Mi padre y yo tenemos en alta estima tu buen juicio y tu fidelidad. —En realidad, a ambos les repugnaban los informadores y sólo recurrían a mí en situaciones desesperadas. Sus palabras debían de tener alguna intención—. ¿Quieres hablarme de los problemas que encontraste en tu viaje?

Era una invitación a arrojar a Anácrites a un muladar. No es preciso decir

que me decanté por la opción menos comprometida: mostrar una absoluta estupidez.

—No tiene importancia, César. He sobrevivido.

—Pues a mí me parece importante. —Tito estaba reconociendo que los espías reciben una justicia rápida en reinos extranjeros hostiles—. Fuiste enviado de incógnito... y alguien te puso al descubierto por accidente.

—¡Me puso al descubierto deliberadamente! —lo corregí con voz suave.

—¿Quieres abrir una investigación sobre el asunto?

—Será mejor no hurgar en eso —repliqué, burlón—. Anácrates es demasiado peligroso como para destituirlo del cargo. Con él, lo mejor es emplear una demostración inequívoca de un descenso de rango; por ejemplo, encargarle la dirección de una minuciosa investigación del sistema de contratación de materiales sanitarios en el ámbito de las obras públicas...

En privado, Tito siempre había celebrado mi cinismo. Se pasó ambas manos por sus aseados cabellos.

—Falco, ¿por qué será que, cada vez que hablo contigo, termino preguntándome si seré capaz de seguirte el paso?

Yo sabía por qué. Tito era el hijo del emperador y un día ocuparía el trono. Muy poca gente le volvería a plantear una discusión decente.

—Soy un polemista excelente, César.

—¡Y modesto!

Le dediqué un grácil encogimiento de hombros.

—Y lo bastante estúpido como para arriesgarme a ofenderos.

El joven asintió a ello y se echó a reír.

—¿Y te ha pagado alguien por tu trabajo? —preguntó a continuación con mucho interés. No sabía qué querían de mí esta vez Vespasiano y su hijo pero, fuera lo que fuese, tenía que ser espectacularmente desagradable.

—No os molestéis por eso, por favor. Ya presentaré mi minuta normal cuando los augurios sean favorables para los funcionarios de la tesorería.

—Habrá una prima —comentó Tito.

—Sois muy amable. —Estaba convencido de que se acercaba algo grande.

Las gentilezas habían quedado atrás. Tito reconoció que había una razón para haberme mandado acudir de noche, en ausencia de los secretarios de actas. Me confió que era un tema confidencial y delicado. Eso ya lo imaginaba; lo que no se me ocurría era qué iba a pedirme que hiciera. Y cuando me lo dijo, la idea me repugnó.

—Lo que voy a decirte debe quedar en absoluto secreto. Nadie, absolutamente nadie, Falco, por confianza que le tengas, debe conocer lo que vamos a hablar.

Asentí con un gesto. Uno se compromete a estas peticiones absurdas como un corderillo. Es lo malo de los secretos. Hasta que los conoce, ¿cómo va uno a

saber si su sentido de la ética los puede aprobar?

—Marco Rubela —empezó a explicar Tito con voz tajante— ha sido ascendido recientemente al tribunato de los vigiles.

Así era. Un hombre de Vespasiano. Éste debía de considerar bastante leales a las Cohortes Urbanas ya que Sabino, hermano de Vespasiano, se había mantenido como prefecto de la ciudad incluso durante el periodo en que había gobernado Roma su predecesor y rival, Vitelio. Sabino, un hombre popular que intentaba mantener la paz en unos tiempos en que ello era imposible, había inspirado un profundo y duradero respeto. Para reforzarlo, funcionarios de todas las instituciones civiles de Roma, como los oficiales de las legiones, estaban siendo cambiados por el nuevo emperador, que concedía recompensas y relevos cuando había oportunidad.

—Sí, lo he conocido —comenté, en referencia a Rubela.

—Eso ya lo sé —dijo Tito. Empezaba a invadirme un mal presagio.

—Me ha parecido un tipo interesante.

Tito me dedicó una sonrisa.

—Eso debe de ser alguna especie de muletilla. Rubela me ha dicho lo mismo de ti.

Así pues, Rubela, el tribuno de la cohorte de Petro, había hablado con Tito después de nuestro encuentro, aquella misma mañana. Otra sensación nefasta me atenazó el bajo vientre.

El joven César prosiguió su explicación, inexorable:

—El asunto es bastante desagradable. Rubela está preocupado por el bajo nivel ético que reina entre sus hombres.

Naturalmente, había visto venir aquello pero, aun así, emitió un áspero bufido.

—¿Rubela cree que la Cuarta acepta sobornos?

—¿Te sorprende, Falco?

—Conozco a uno de sus hombres —confesé.

—Ya lo sé.

—Lo conozco muy bien.

—¿Y?

Y no podía digerir la insinuación de que Petro pudiera estar bajo sospecha.

—Es imposible. —Tito esperó a que ampliara mi respuesta—. Ese hombre al que conozco, mi amigo Lucio Petronio, es una persona intachable. Ya lo visteis en la reunión de ayer y debéis de haber apreciado su valía. Es el hombre que acaba de expulsar de Roma a un notorio delincuente. Sin él, Balbino Pío no habría comparecido nunca ante la justicia.

—Es cierto. De no ser por eso, estaría bajo sospecha como los demás y ni se me ocurriría pedirte que nos ayudaras. Consideramos que Petronio Longo no debe figurar entre las preocupaciones de Rubela; con todo, no debe ser puesto al corriente de nuestras indagaciones hasta que sea exculpado oficialmente... y

quizá ni siquiera entonces.

—Este asunto apesta —murmuré—. Queréis que espíe a la Cuarta...

—No sólo a ellos —me interrumpió—. Tu misión especial es abarcar todas las zonas importantes de la ciudad. Lo que Rubela ha denunciado de su propia cohorte puede aplicarse a las demás; tal vez la suya no es el problema más grave. Quiero que inspecciones con detenimiento cualquier cohorte con la que entres en contacto.

Eso estaba mejor. Los comentarios de Petro ya me habían producido la sensación de que otras unidades tenían unas costumbres mucho menos escrupulosas que las suyas. Pero si no se me permitía contarle lo que estaba haciendo, sería difícil sonsacarle aquella clase de informaciones. Si lo hacía en secreto y, más tarde, él se enteraba, Petronio se indignaría. Y con mucha razón.

—Esto podría perjudicar mi amistad más preciada, señor.

—Si es así, mis disculpas. Pero creo que serás capaz de manejar la situación. —¡Oh, muchas gracias!—. Has sido escogido porque eres el más indicado. De hecho, estábamos esperando a que regresaras de Oriente...

Conseguí esbozar una sonrisa.

—¿De modo que así descubristeis dónde estaba? —Una idea halagadora: que los poderosos me desearan para cierto encargo... y que Anácrates tuviera que reconocer que, probablemente, había acabado conmigo. Qué contentos debían de haberse sentido todos cuando mis botas habían pisado de nuevo Italia—. La Cuarta Cohorte confía en mí, señor. Por mi amistad con su capitán investigador...

—Exactamente —insistió Tito—. Es un disfraz mucho mejor que si Rubela hubiera incorporado a algún agente especial, a alguien que, inevitablemente, sería identificado como un hombre del tribuno.

—Sí, yo resulto muy adecuado. —Comprendí su punto de vista y ello sólo empeoró las cosas—. Y esa corrupción que sospecha Rubela, ¿es un problema general o tiene alguna relación con el golpe al Emporio?

—Rubela cree que puede tenerla. El robo sucedió tan poco tiempo después de que el criminal Balbino dejara Roma...

—¡Por Júpiter! Si el tribuno tiene razón, es un buen lío.

—Rubela es un buen oficial. Tendrás que extremar las precauciones, Falco.

—¿Confíaís en él? —pregunté a Tito de improviso.

—Marco Rubela es un elemento útil. —Al advertir mi suspicacia, añadió en tono indulgente—: Confiamos en él tanto como en ti, Falco.

Si era un chiste, resultaba de mal gusto.

—Si aceptas hacer lo que te digo... —empezó a sugerir Tito, pero yo estaba tan irritado con la misión que lo corté en seco.

—¡No hagáis promesas! —solté mientras recordaba que su hermano, Domiciano, me había rechazado cuando le había pedido una recompensa justa—. Ya me las han hecho otras veces. Me encargaré del trabajo. Y lo haré a

fondo, si puedo. —Mejor yo que algún idiota de la red de espías—. No importa lo que penséis de los informantes; recompensarme sería un signo de respeto por mi integridad, que decís apreciar tanto. Quizás algún día pensaréis en ello... pero, en cualquier caso, tengo que hacer os una petición, César: si como consecuencia de esta desagradable misión termino en un callejón con un puñal entre las costillas, espero que os acordéis de mi familia, al menos.

Tito César inclinó la cabeza en gesto de asentimiento. El joven tenía fama de romántico y debía de haber entendido a qué miembro de mi familia me refería. Si de veras era un sentimental, quizás incluso se hacía una idea de la zozobra que sentiría Helena si un día me perdía.

También era conocido por su cortesía y por ello tuvimos que terminar con otra tanda de formalidades. Yo me encargué de iniciarla:

—Haced el favor de transmitir mis respetos a vuestro padre, señor.

—Gracias. Pronto será el aniversario de Helena Justina... —fue su respuesta. A Tito le gustaba recordarme que tenía presente la fecha del aniversario de mi novia. Un año, incluso había intentado añadirse a las celebraciones familiares.

—Pasado mañana —dije con voz firme, como si lo tuviera presente en todos mis pensamientos.

—Felicítala de mi parte.

Mostré los dientes en una mueca forzada de gratitud.

No había olvidado la fecha. Últimamente, incluso yo la recordaba. Por una vez, hasta había conseguido comprarle un regalo bastante bueno. Lo que sucedía era que había intentado borrar aquello de mi cabeza. Sumado a las diversas y complejas misiones que me habían caído encima desde mi regreso, aquel problema me desbordaba.

El regalo de Helena estaba oculto entre el cristal de Siria que le habían robado a mi padre en el golpe al Emporio.

## XXVII

Las calles estaban más tranquilas y oscuras. El otoño dejaba sentir su presencia en el frío aire de la noche. No me habría ido mal una capa, aunque eran las palabras de Tito, sobre todo, lo que me hacía tiritar.

Tuve que cruzar el Foro, rodear el Palatino y ascender el Aventino. Avancé a buena marcha, me mantuve apartado de los portales y eché una ojeada a los callejones que iba dejando atrás. Seguí calles que conocía. Donde había espacio para más de una persona, ocupaba de inmediato el centro de la vía. Cuando oía a alguien que debía de haberse dado cuenta de mi presencia, me aseguraba de que mis pasos fueran firmes. Si parecía que el otro no había reparado en mí, me mantenía quieto.

Tenía mucho en qué pensar. Con los asuntos domésticos había suficiente para agotar mis energías: una novia embarazada que aún tenía que decidir cómo se lo tomaba; su familia; la mía... Además, estaban las horas de trabajo que necesitaría para adecentar el nuevo apartamento del primer piso. Y la boda de mi amiga Lenia, en la que me había comprometido a participar como circunstancial sacerdote. Y, ahora, el bebé que había descubierto en el carro de los escombros. Sólo en encontrar a sus padres podía tardar una semana, un tiempo que no podía dedicarle.

Asimismo, debía encontrar imperiosamente un regalo de aniversario para Helena. Andaba escaso de efectivo (en parte por lo que me había costado el original ahora desaparecido). Había una solución evidente, pero que me irritaba: tendría que pedirle a mi padre que me buscara en su almacén una antigüedad de buen gusto que estuviera dispuesto a dejarme comprar a precio de coste. Probablemente, el viejo lo haría por Helena (y por ella, yo pasaría por el mal trago sin dudar, pero el proceso sería horrible. Me sentí tenso con sólo imaginar lo que tendría que pasar en la negociación con mi padre.

Y ahora Tito acababa de pedirme que faltara a la confianza a Petronio. La idea me repugnaba. También me irritaba tener que estar solo en este asunto. La única persona que sabría algo de mi sucio trabajo sería el tribuno, Marco Rubela, y éste no era precisamente a quien yo escogería para mantener pequeñas charlas reconfortantes. Y, aunque quisiera, no podía recurrir a él. Si probaba a asomarme por el despacho del tribuno para discutir con él mis descubrimientos, se propagaría de inmediato toda clase de rumores.

Por fortuna, podía hablar con Helena. Aunque Tito me había prohibido contarle el asunto a nadie, había una excepción inevitable. Por mucho que se bromeara acerca de mantener a las esposas en la ignorancia, un romano esperaba de su compañera que criara a los hijos, guardara las llaves de la despensa, se peleara con su madre... y, si así lo requería, que compartiera su confianza. El hecho de que Bruto no le confesara a Porcia lo que se proponía hacer en los idus de marzo no hace sino explicar por qué terminó como un carnero sacrificado en Filipos.

Helena y yo siempre habíamos compartido nuestros pensamientos. Ella me contaba sentimientos que nadie habría imaginado que tenía. Yo rara vez le hablaba de los míos porque ella los adivinaba de todos modos. Pero hablábamos de mi trabajo. Entre nosotros había un pacto de sinceridad. Ni Tito ni Vespasiano podían entremeterse en eso.

Esa noche tuve mucha compañía por las calles. Un par de veces advertí grupitos de individuos sospechosos apiñados en torno a la puerta de alguna tienda cerrada. Otra vez oí encima de mí los cuchicheos de unos rateros que escalaban los balcones para colarse en las casas por los pisos superiores. Una mujer me llamó para ofrecermé sus servicios con una voz que apestaba a fraude; cuando hube pasado ante ella en silencio, divisé a su cómplice en la callejuela siguiente, a la espera de que la mujer le llevara un cliente al que amenazar y desplumar. Una figura en sombras, cargada con un fardo, se deslizó de la parte de atrás de un carromato de reparto que circulaba a aquellas horas. Los esclavos que escoltaban la litera de un hombre rico lucían unas túnicas hechas trizas y unos ojos amoratados, pues habían sido asaltados a pesar de sus garrotes y de sus linternas.

Todo normal. Roma estaba como siempre. No más animada de lo habitual. Por fin, capté los pasos de la patrulla de a pie de los vigiles; entre las sombras, alguien soltó una risotada desdeñosa como respuesta a las pisadas.

En la lavandería aún había luces. Las voces pastosas de Lenia y Esmaracto discutían melancólicamente; allí, todo seguía normal, también. Alargué la mano a través de la persiana para robar una lamparilla y, acto seguido, di las buenas noches, para sobresalto de la pareja. Estaban tan bebidos que no reaccionaron. Sólo Lenia soltó una maldición, pero yo la empuñé escaleras arriba antes de que pudieran atraerme a la tienda para darle vueltas a sus planes de boda. No estaba de humor para soportar una prolija discusión sobre el color del carnero para el sacrificio. No estaba de humor para soportar a Esmaracto. Punto.

La lamparilla me ayudó a evitar obstáculos. Ya que no estaba dispuesto a mantener la escalera libre de juguetes y de desperdicios, Esmaracto debería cuidarse de tenerla iluminada. Mientras subía los peldaños, aquel casero inútil, ávido de sestercios y sisador de dupondios, se convirtió en el centro de todo mi catálogo de frustraciones y ansiedades. Si hubiera aparecido en persona, le

habría arrancado la cabeza...

Un movimiento en un rincón atrajo mi mirada. Llevé la mano al cuchillo; después, decidí que alguna rata se disponía a pasar a toda prisa junto a mí y me dispuse a darle un puntapié. El movimiento cesó; probablemente era el chucho que Lenia llamaba *Nux*. Aquel bulto flacucho de esperanza mal dirigida emitió un gañido, pero yo seguí escalera arriba.

Cuando llegué al piso, vi que Helena Justina se había acostado. Una vela mortecina me proporcionó la luz necesaria para distinguir al bebé abandonado, que estaba acurrucado en un cesto que parecía obra de Eniano, el cual tenía la tienda al otro lado de la calle. Helena lo había abrigado bien y, de algún modo, también debía de haberle dado de comer, pues el pequeño estaba muy tranquilo, aunque gimoteaba levemente. Lo cogí del cesto y lo saqué al balcón para que dijera buenas noches a Roma. Ahora olía a limpio y un poco a leche. El bebé soltó un pequeño eructo sobre mi hombro; yo le seguí con otro regüeldo perfectamente controlado, enseñándole a hacerlo como era debido.

Tras devolverlo a su cuna, vi el cuenco de lechuga y pescado frío que Helena me había dejado en la mesa. Cené y me serví una copa de agua. Apagué la vela para salvar al pequeño de un incendio y me orienté en la oscuridad hasta la cama.

Helena debía de estar dormida, pero se movió mientras me acostaba a su lado. De algún modo, se dio cuenta de lo perturbado que me había dejado la conversación con Tito. Se abrazó a mí mientras le contaba lo sucedido y me tranquilizó cuando empecé a despotricar.

—¿Por qué me tocan siempre trabajos asquerosos?

—Eres un informante. Te dedicas a buscar informaciones desagradables.

—Quizás es que estoy harto de ser despreciado. Harto de sentirme un estúpido. Tal vez debería cambiar de oficio.

—¿Y hacer qué? —murmuró ella en tono razonable—. ¿Te ves a ti mismo vendiendo bolsos o desplumando gansos?

—¡Aborrezco a las mujeres que me critican con sus argumentos sensatos cuando sólo tengo ganas de soltar maldiciones a gritos!

—Ya lo sé. Y te quiero incluso cuando me aborreces. Duérmete.

Se acurrucó contra mí para que no siguiera dando botes en la cama. Con un suspiro, me sometí a su buen juicio. Apenas me dio tiempo a respirar dos o tres veces antes de caer en un pesado sopor. En mis sueños, supe que Helena Justina yacía despierta, dándole vueltas a lo que tenía que hacer.

Para entonces, la primera víctima ya debía de haber sido torturada y asesinada, y su cuerpo, abandonado.

## XXVIII

El silbato de Petro me despertó, incluso desde la calle. Dentro del piso aún estaba oscuro.

Éramos amigos desde hacía tanto tiempo que podía llamar mi atención incluso desde el exterior y desde seis pisos más abajo. Al instante, supe que era él. Cuando me arrastré hasta el balcón y me asomé, Petro estaba abajo con uno de la patrulla de a pie. Viéndole la coronilla, supe que me estaba maldiciendo por tardar tanto en aparecer. Le devolví el silbido y levantó la vista. Me hizo gestos urgentes para que bajara. No me detuve a preguntar nada, sino que corrí escaleras abajo, enfundándome la ropa por el camino.

—Buenos días, Petro. ¿No tendrás problemas con el gato, espero?

—¡Estólico tenía razón, Falco! —replicó con voz ronca—. Eres un perro irritante, insolente y adormilado.

—Estólico no ha comprendido mi encanto. ¿Qué sucede?

—Hay un cadáver en el Foro Boario. Huele a problemas.

Dejé que mi curiosidad me llevara. En el tiempo que había tardado en bajar la escalera, Petro y el patrullero ya habían echado a andar por la calleja con paso impaciente. Los tres caminamos a buena marcha hasta el final de la plaza de la Fuente y seguimos apresuradamente colina abajo. Nos detuvimos un instante a recoger a Fúsculo en su casa. Petro debía haber llamado a su puerta camino de mi casa, y el hombre nos esperaba, rotundo e irrazonablemente despierto y chispeante para aquella hora del día.

—Buenos días, jefe. ¿Qué tal el gato?

—Fúsculo, no estoy de humor.

Fúsculo y el otro hombre que nos acompañaba se abstuvieron de sonreír. Los hombres de Petro sabían irritar a un oficial sin necesidad de muecas.

Al final del Clivus Publicus vimos salir de su piso a Martino, a quien había avisado otro miembro de la cohorte.

—No preguntes por el gato —le previno Fúsculo. Martino enarcó la ceja en una mueca expresiva y guardó silencio de un modo que sacó de sus casillas a Petro. A Martino se le permitía una sonrisa, ya que había tenido que renunciar al chiste. Petronio, el que tenía las piernas más largas del grupo, alargó la zancada para obligarnos a acelerar el paso.

Apenas empezaba a amanecer. La leve claridad, las calles vacías y el eco de

nuestros pasos aumentaban la sensación de urgencia. Pasamos junto al Templo de Ceres entre la niebla húmeda y gris, cerca del río.

—¿Por qué estas cosas suceden siempre antes del desayuno? —refunfuñó Petro.

—Porque aprovechan la oscuridad para deshacerse del cadáver; entonces, la patrulla del amanecer lo descubre con las primeras luces —explicó Martino. Petro no necesitaba tal explicación, pero Martino tenía propensión a mostrar una tosca pedantería. Como consecuencia, Petronio tenía propensión a pensar que Martino necesitaba ser purgado con una violenta lavativa.

Me pasó por la cabeza que podía hacer un favor a Petro señalando a su ayudante como receptor de sobornos y haciendo que lo expulsasen del cuerpo. De hecho, si mi interés por la verdad no se hubiera guiado por la rectitud, habría podido sembrar el pánico entre los hombres de la Guardia. Podía acusar de corrupción a quien me viniera en gana y mi denuncia resultaría difícil de refutar. Aunque ninguno de ellos conocía la situación, aquello me hacía sentir fatal.

—Lo hacen a propósito, Petro. Para impedirte disfrutar de la mañana... ¿Sabemos dónde está el cadáver abandonado? —pregunté.

Petronio volvió la mirada hacia el patrullero que lo había acompañado a la plaza de la Fuente.

—Todavía no —respondió. Me dio la impresión de que se guardaba algo.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—Una patrulla de la Sexta. Está en su sector. —Esto explicaba la actitud contenida de Petro, que prefería reservarse sus comentarios ante hombres de otra cohorte. Con todo, se dignó murmurar algo más—: Parece haber alguna relación con el Emporio. Habíamos llegado a la escena del crimen (o, por lo menos, al lugar donde había terminado la víctima). Aflojamos la marcha y dejamos que los nuevos interrogantes se respondieran solos.

El Foro Boario se encuentra en la región Undécima, inmediatamente debajo del Capitolio, entre el río y la puerta de acceso al Circo Máximo. Forma parte del Velabro. El barrio, que en otro tiempo fue la ciénaga en la que, según la tradición, el pastor encontró a Rómulo y Remo, tiene una larga historia. Allí debía de existir un fondeadero y un mercado desde mucho antes de que Rómulo creciera e identificara las Siete Colinas como emplazamiento ideal para la ciudad. El recinto rectangular del Templo de Portuno marcaba el antiguo uso portuario de la orilla del río entre los puentes Emilio y Sublicio. El redondo y diminuto Templo de Hércules Víctor era posterior; el bello y coquetón edificio de mármol se remontaba a un tiempo en que las capillas empezaban a convertirse en lugares decorativos y, según mi abuelo, la ética había entrado en declive.

El mercado de carne tenía un olor propio, decididamente disuasorio. El hedor pútrido de la sangre medio seca de los animales impregnaba el aire en todo momento, pero en aquel instante resultaba tan penetrante que sentí náuseas.

Aquella mañana, debido a la presencia del cadáver, la actividad no se había iniciado todavía y ello daba un aspecto aún más ruinoso a las instalaciones. Por todas partes había un lío de vallas y obstáculos.

En el centro mismo del lugar, un reducido grupo de miembros del cuerpo de bomberos conversaba en un corrillo cerca de un cuerpo tendido en el suelo. Más allá, un par de barrenderos contemplaban la escena, boquiabiertos y apoyados en sendas escobas de cabeza plana. Los tratantes del mercado, impedidos de desarrollar su actividad normal, charlaban en voz baja mientras aguardaban acontecimientos, algunos de ellos calentándose las manos con las tacitas de humeante vino con especias que sostenían entre sus dedos. Las primeras reses en llegar estaban encerradas en un establo al lado del río. Los animales mugían inquietos; quizá presentían más problemas, además del final que les aguardaba en el matadero.

Avanzamos hasta el cadáver. Los vigiles se retiraron unos pasos y nos observaron mientras echábamos un primer vistazo a su hallazgo. Los dos hombres que habían venido a buscarnos se unieron a sus colegas. Circunspectos e incrédulos respecto a nuestra pericia, permitieron que los oficiales y expertos nos hiciéramos cargo de su descubrimiento. Inspeccionamos el cuerpo en silencio. La experiencia no fue nada agradable.

Teníamos ante nosotros a un hombre de edad indeterminada, aunque casi con seguridad no se trataba de un joven. El individuo yacía boca abajo con los brazos y las piernas abiertos como una estrella de mar. Desde luego, no era la postura de una muerte accidental. Al momento, observamos que había sido sometido a torturas. Estaba descalzo y llevaba lo que un día debía de haber sido una túnica blanca, casi completamente empapada en sangre. Además, la tela mostraba unas marcas que parecían chamuscaduras. En las pantorrillas se apreciaban señales de latigazos y en los brazos, seriamente magullados, numerosas marcas de cuchilladas. Los autores de aquello, gente de naturaleza perversa, se habían cebado en su víctima con evidente placer, y el desdichado debía de haber tenido una muerte lenta.

Por encima del cuello no se veía nada. En algún momento de su terrible aventura de la noche anterior, al desgraciado le habían introducido la cabeza dentro de una vasija de bronce y así había aparecido el cadáver.

## XXIX

Martino hizo un lazo con su pañuelo, se inclinó sobre la víctima y lo pasó por un brazo del cadáver; después, tiró del lazo hasta que consiguió levantar el hombro y dar la vuelta al cuerpo. La vasija de metal rechinó contra el suelo con un sonido penetrante. En la parte delantera de la túnica había menos sangre, pero mucho más polvo, como si el cuerpo hubiera sido arrastrado boca abajo. La vasija, una cratera para el vino, no se movió de sitio; la cabeza, envuelta en una capa que asomaba por el cuello del recipiente, quedaba encajada en su interior. Si el tipo no estaba muerto cuando le habían puesto el extraño casco, debía de haberse asfixiado mientras lo torturaban.

Petronio se dirigió a los vigiles.

—¿Cómo lo habéis descubierto?

—Ha sido en nuestra última ronda —respondió el jefe de la patrulla, haciendo especial hincapié en que ya les tocaba salir de servicio—. Lo hemos encontrado ahí donde está.

—¿Habíais pasado por aquí antes?

—Sí, al entrar de turno. Y entonces no estaba. Durante la noche no hemos vuelto. Las patrullas vigilan los templos en busca de vagabundos pero, salvo esto, no tenemos mucho que hacer en el Boario. El olor a carne muerta desanima a las parejas galantes.

—¡Hay que ver! —exclamó Petronio, vuelto hacia mí—. Hoy en día, los amantes se están volviendo tan remilgados...

El patrullero le dirigió una mirada de soslayo y continuó en tono sombrío:

—No hay nada que robar y nada que se pueda incendiar de modo que, si no encontramos a nadie, no nos acercamos. En nuestro sector hay muchos otros puntos más problemáticos.

—Pero ésta es la región Undécima. ¿Qué os ha hecho venir aquí?

—La cratera.

—¿La cratera?

—Ayer se distribuyó a todas las cohortes una lista de objetos a vigilar, procedentes de ese robo. Si veíamos alguno de ellos, debíamos ponernos en contacto contigo. —El patrullero sonrió ligeramente y dejó a la vista unos dientes muy manchados—. ¡Nadie nos dijo que las vasijas funerarias podían estar llenas!

Petro lo miró con expresión adusta. Mi amigo rara vez bromeaba sobre un asesinato.

—¿Te refieres a lo que los ladrones se llevaron del Emporio? ¿En la lista de objetos constaba una pieza como ésta?

Su interlocutor lo miró con aire conmisericordioso.

—Creo recordar que decía: «Vasijas de bronce etruscas: juego que comprende jarras, cucharones, ganchos de colgar... y una cratera de vino de doble asa».

—¡Bravo! —exclamó Petronio, en un esfuerzo por parecer activo y animado—. Buen trabajo, muchachos.

Tras esto, volvió junto a nosotros. Los demás habíamos permanecido de pie, en silencio, prestando atención a lo que decían. Petro preguntó a Martino en voz baja:

—¿Había un objeto como ése en tu lista?

Martino se encogió de hombros.

—Podría ser, pero yo sólo redacté la lista. Ya sabes cuántas cosas había. Nadie me dijo que debía aprenderlas de memoria. —Al percibir la desaprobación de su jefe, se lo pensó mejor—. Quizá sí. Es posible que constara.

Petro se volvió hacia mí.

—El experto en antigüedades eres tú, Falco. ¿Esto es etrusco?

Para hablar de bronce, a quien necesitaba de verdad era a mi padre. Avancé hasta la altura de la cabeza del cadáver y observé la cratera sin agacharme. Era una especie de olla con dos asas, como había dicho el patrullero, sujetas mediante sendas placas de fijación y moldeadas en forma de cabezas de sátiros. Un bello objeto, robado de una tumba probablemente. A mi padre le habría encantado; mi madre la habría considerado «demasiado buena para usarla».

—Parece muy antigua. De algo estoy seguro —concedí—: se trata de una pieza muy valiosa. Yo, personalmente, no introduciría en ella ni a mi abuela favorita.

Petro me miró fijamente:

—¿Quién abandonaría una cosa así, Falco?

—Alguien que conocía su valor. Embutir a nuestro amigo en esa vasija es una declaración: «Lo hemos matado nosotros por algo relacionado con el robo, y aquí tenéis un objeto como prueba y anuncio».

—¿Anuncio? ¿De qué? —intervino Fúsculo.

—De que ahora mandan ellos —explicó Petro.

—¿Y quién es, pues, ese hombre de la cratera en la cabeza? —preguntó Martino—. ¿Alguien que les disputaba el mando?

Con la puntera de la bota, toqué el bello objeto en un inútil intento de quitársela. Como un niño travieso azuzado por un hermano aún más travieso, la cabeza del cadáver había quedado completamente atascada dentro de la cratera.

En una ocasión, yo también me había encajado una olla en la cabeza y el recuerdo aún me producía pánico. Para liberarme, había sido preciso utilizar agua fría y aceite de oliva. Casi oía todavía a mi madre consolándome con susurros mientras me liberaba las orejas... y casi sentía el gran bofetón que me había arreado tan pronto estuve libre.

Por lo menos, con el cadáver, no era preciso preocuparse de tener cuidado con las orejas.

Me puse en cuclillas, agarré las dos asas e hice girar la cratera hasta conseguir extraerla. Después, la aparté a un lado y dejé que rodara con un sonoro tintineo sobre los adoquines empapados en sangre. Mi padre habría lanzado un chillido de espanto... y, sin duda, el propietario del objeto se quejaría con grandes aspavientos de las abolladuras que acababa de causar, pero no sentí el menor remordimiento. Aquel pedazo de bronce había sido utilizado para torturar a un ser humano. Su belleza estaba manchada. Su precio se había desplomado.

La idea de tocar el cuerpo nos hizo retroceder a todos. Con cautela y a regañadientes, retiré la capa que envolvía la cabeza del hombre.

En realidad, salvo la palidez, el rostro no mostraba marcas. Lo reconocimos de inmediato. Si hubiera llevado sus botas en lugar de ir descalzo, era probable que lo hubiese reconocido antes. Era Nonnio Albio.

### XXX

Petronio tomó el mando con su actitud calmada y resignada.

—Martino, tú eres el rey de la lista de objetos robados. Lleva esta bella crátera etrusca a su dueño para que la identifique. Quizá sea mejor que antes de hacerlo limpies un poco la sangre. Necesito respuestas coherentes; no le des ocasión a ponerse histérico.

—Tendré que ir al cuartel a enterarme de quién la reclama... —A veces, Martino se comportaba como un perfecto holgazán.

—No me importa cómo hagas el trabajo —dijo Petro en tono contenido.

—¿Y si el tipo quiere quedarse la olla? —preguntó Fúsculo para sosegar los ánimos.

—Por mí, es suya —respondió Petro con un encogimiento de hombros—. No creo que vayamos a necesitarla como prueba. Si esa crátera pudiera responder a nuestras preguntas, la pondría en un taburete y empezaría a interrogarla, pero supongo que es un testigo hostil...

Dejó sus palabras en el aire, aunque al principio fingió no haber advertido que, en aquel instante, un nuevo grupo de gente entraba en la plaza. Fúsculo emitió un gruñido por lo bajo. Reconocí a Tibulino, el centurión de la Sexta Cohorte que no me había caído demasiado bien. Debía haberse enterado de la presencia del cadáver. Él y su colega, Arica, se acercaron a buen paso flanqueados por una reducida guardia de honor. Cuando llegaron hasta nosotros, cruzaron los brazos sobre el pecho y nos contemplaron con arrogancia.

Petro se obligó a levantar la vista y saludó a Tibulino con un seco gesto de cabeza.

—Es tu terreno, pero el caso es nuestro; tiene relación directa con la investigación sobre la herencia de Balbino. Ese recipiente procede del robo al Emporio y la víctima era mi principal sospechoso.

—Si parece el pobre Nonnio... —comentó Tibulino a Arica. Éste soltó una exclamación que parodiaba el coro de una tragedia. Efectuaron una minuciosa inspección de todas las heridas y después, entre sonrisas, Tibulino corrigió la posición de un brazo del cadáver atizándole una rabiosa patada. Aquellos hombres tenían una insensibilidad de la que carecían los de la Cuarta. Los vigiles de Petro, si bien no mostraban la menor tolerancia con un delincuente mientras estaba vivo, todavía mostraban cierto respeto por sus restos cuando moría.

A continuación, oí a Martino decirle abiertamente a Arica:

—¡Hay gente que va a llorar la pérdida de quien les pagaba!

Era una broma, aunque fui incapaz de discernir por su tono de voz si sus sentimientos eran de censura o de envidia.

Arica y Tibulino apenas cruzaron una mirada. Fue Petro quien reaccionó con aparente irritación y restó importancia al comentario:

—Supongo que estaréis contentos de que yo me haga cargo de esto...

Los dos hombres de la Sexta expresaron con gestos teatrales que le cedían toda la iniciativa. Quizá fuera coincidencia, pero Petronio, de inmediato, les volvió la espalda para impartir unas órdenes en voz baja:

—Fúsculo, ve a buscar ayuda y llévate el cadáver. No quiero que el asunto se comente por toda la ciudad. Si la intención de los autores es provocar los comentarios generales, se llevarán una decepción. Ocúltalo de la vista. Coge una de esas vallas y llévalo al cuartel, de momento. Pediré a Scythax que le eche un vistazo. Tal vez pueda decirnos algo acerca de qué sucedió... aunque es bastante evidente.

Petro estaba demasiado tenso y se le notaba incómodo. Advertí que la Sexta, tras dejar constancia de su presencia como generales en un campo de batalla, empezaban a desaparecer de la escena. Tan pronto se hubieron ido, Petro empezó a relajarse.

—¿Quién es Scythax? —le pregunté.

—Un médico adscrito a nuestras patrullas. —Los vigiles siempre tenían médicos en las unidades; cuidaban de los patrulleros, cuyo trabajo les producía frecuentes lesiones, y atendían a las víctimas civiles en la escena del suceso cuando se producía un incendio o se hundía un edificio—. Falco, creo que tú y yo deberíamos ir al hogar del muerto. Martino, si vas al cuartel, envía un destacamento a reunirse con nosotros en casa de Nonnio. Tendré que hacer un registro y, después, es probable que deje una guardia allí. Ten presente que a Rubela no le gustará cedernos los hombres necesarios...

La mención a Rubela me hizo guardar silencio.

Camino de la Puerta Capena, compramos unos bollos y dimos cuenta de ellos mientras andábamos. Por suerte, la visión de un cadáver siempre le quitaba a Petro las ganas de hablar. Y él pensaría que otro tanto me sucedía a mí.

Recorrimos toda la fachada norte del Circo Máximo y lo rodeamos por debajo de los acueductos, el Aqua Appia y el Aqua Marcia. Cuando emergimos de sus sombras, los tenderos estaban abriendo sus locales y limpiando las aceras. Por allí había algunas calles residenciales decentes, pero entremezcladas con otras menos recomendables. Curiosamente, era una zona de jurisdicción imprecisa entre los vigiles. La región Primera, en la que acabábamos de entrar, era vigilada por la Quinta Cohorte, pero estábamos muy cerca de la región Duodécima que, al formar parte del Aventino, estaba en territorio de la Cuarta.

Además, también estábamos muy cerca del barrio, mucho más degradado, donde se asentaba La Academia de Platón. Éste quedaba en la región del Circo Máximo, la Undécima, de la cual, como del Foro Boario, se encargaba la Sexta Cohorte.

—Petro, ¿el hecho de que tres agrupaciones distintas de vigiles sean responsables de este triángulo guarda alguna relación con la elevada tasa de criminalidad de la zona?

—Es probable —respondió. No podía decirle que, según Rubela, la misma tasa de criminalidad se registraba entre los propios vigiles.

—¿Actuáis coordinadamente?

—Si puedo evitarlo, no.

—¿Por alguna razón en concreto? —Esperaba que Petro me dijera una.

—Ya tengo suficiente trabajo para perder el tiempo en «cooperación entre cohortes»! —exclamó con aire desdenoso.

—Me da la impresión de que cada cohorte tiene una clase de gente...

—Tienes razón. Los de la Quinta son torpes, los de la Sexta son unos hijos de perra... ¡y, como sabes, los de la Cuarta somos héroes no cantados con una actuación madura y eficiente!

Yo sólo esperaba ser capaz de demostrar que así era. Exhalé un profundo suspiro y pregunté:

—¿Tibulino y Arica aceptan sobornos?

—Probablemente —se limitó a responder. Algo en su gesto me refrenó de seguir con mis preguntas.

Ya cerca de la calle que buscábamos, una figura familiar salió a mi encuentro.

—¡Marco!

—¡Quinto! He sabido que habías vuelto de Germania. Una excelente noticia; Petro, permíteme presentarte a Camilo Justino...

Justino era el hermano menor de Helena, un chico esbelto y aniñado de veintipocos años. Aquella mañana iba vestido de civil, con una prístina túnica blanca y una toga que lo envolvía con bastante elegancia. La última vez que lo había visto, en el ejército del Rin, llevaba uniforme de tribuno. Yo había viajado hasta los acuartelamientos fronterizos en una misión para Vespasiano, a la que Justino se había unido y en la que había hecho derroche de valor. Su hermana me había puesto al corriente de que lo habían reclamado y que ahora esperaba escalar los peldaños de la vida civil de las clases altas; probablemente, terminaría en el Senado al cumplir los veinticinco. A pesar de todo, Camilo Justino me caía bien. Nos abrazamos como hermanos y comenté en broma su situación.

—Tienes razón. Me han devuelto a casa para que sea un buen chico y empiece a pensar en mendigar votos.

—No te preocupes. El Senado es cosa fácil. Sólo tienes que aprender a decir:

« ¡Dioses, qué pestilencia! » cada vez que aparezcas en una multitud, al tiempo que muestras los dientes en una sonrisa amistosa, por si alguien de la plebe es capaz de leerte los labios.

—Bueno, todavía quedan unos años para eso... —Justino suspiró—. Tenía ganas de encontrarte. Creo que me he enamorado de una actriz.

Petro y yo nos miramos y emitimos un gruñido al unísono.

—¿Por qué los jóvenes siempre tienen que cometer los viejos errores? —pregunté. Petro movió la cabeza con tristeza. En otro tiempo, él y yo habíamos sido amigos de un puñado de teatreros, pero ahora teníamos responsabilidades. (Ya éramos demasiado viejos, demasiado cínicos y demasiado atentos a nuestro dinero).

—He pensado que quizá la conozcas... —tanteó Justino.

—¡Es muy probable! —exclamó Petronio, como si no fuera algo de lo que enorgullecerse. Desde su matrimonio se había vuelto muy estricto, pero yo sospechaba que era una pose deliberada. En realidad, no había cambiado.

—Quinto, no me pidas favores que tengan que ver con gente del espectáculo. Ya tengo suficientes problemas con tu familia...

Justino exhibió su sonrisa contagiosa.

—Eso es verdad... ¡y se avecinan más! Si nos vemos, os invito a ti y a Helena a cenar por su aniversario, mañana —declaró, inoportuno. Aquello me recordó el problema del regalo perdido y me maldije a mí mismo—. Lo que no sabes —continuó el hermano predilecto de Helena— es que también ha vuelto de viaje alguien más. Alguien a quien no le sienta bien que su hermana esté viviendo con un informante y que no cesa de describir con minucioso detalle lo que le gustaría hacerte.

—¿Eliano?

—Eliano.

El otro hermano, al cual no había visto nunca pero que ya me caía mal. La opinión que él tenía de mí también estaba clara; se la había expresado a su hermana por escrito con gran aspereza. Su reacción había perturbado a Helena más de lo que yo había alcanzado a imaginar.

—¡Parece que se nos prepara una velada maravillosa! —comenté.

Quinto Camilo Justino, un bicho raro que incluso me consideraba un buen partido para su hermana, me dedicó un ceremonioso saludo.

—¡Por supuesto, puedes contar con mi apoyo incondicional, Marco Didio!

—¡Oh, gracias! —respondí.

Sería un buen político. Sus palabras eran un chantaje descarado. Así pues, tendría que encontrar tiempo para presentar al hijo de un senador y a cierta actriz, y después tendría que presenciar cómo echaba a perder su reputación, inmaculada hasta aquel instante, en un amorío escandaloso. Y sin duda, a continuación, se esperaría de mí que ayudara al joven a recorrer la ciudad para

intentar ganarse votos.

Un portero de la casa de Nonnio nos franqueó la entrada tan pronto anunciamos a gritos nuestra presencia. El hombre parecía aliviado de que hubiéramos aparecido para hacernos cargo de todo. Salió a recibirnos cargado con un biombo y nos observó mientras examinábamos la puerta principal, que había sido reventada a golpes la noche anterior de forma tan eficiente que poco había quedado de ella.

—Vinieron en un carro que llevaba incorporado un ariete. Un tronco de árbol terminado en punta y montado en un armazón. Lo llevaron hacia atrás con unas poleas, lo soltaron y se estrelló directamente contra la puerta.

Petro y yo fruncimos el entrecejo. Aquel episodio había sido un auténtico asedio militar. Ninguna casa de Roma estaría a salvo de tal artillería, y sólo una banda muy osada se atrevería a pasear aquella arma ilegal abiertamente por las calles.

La casa estaba en silencio. Nonnio no estaba casado ni se le conocían parientes. Desaparecido el dueño, el mantenimiento doméstico cesaría por completo.

Recorrimos las estancias sin obstáculos y encontramos muy pocos de los esclavos que había visto en mi última visita. Algunos tal vez habían huido, bien por ansia de ser libres o por puro miedo. Ley en mano, cuando un ciudadano era asesinado, sus esclavos eran sometidos a la tortura estipulada para obligarlos a identificar al asesino. El que le hubiera negado auxilio sería castigado severamente. Y si el hombre había sido asesinado en su propia casa, sus esclavos solían considerarse como primeros sospechosos.

El portero se mostró de lo más servicial. Por propia iniciativa, confesó que unos hombres extraños habían llegado a la casa después de anochecer, habían echado abajo la puerta de improviso y violentamente y habían irrumpido a la carrera. Él se había escondido en su cubículo hasta que, un rato más tarde, los asaltantes se marcharon. Sólo se había aventurado a salir mucho después y entonces había sabido por otros que se habían llevado con ellos a Nonnio.

Ninguno de los demás esclavos reconoció haber visto qué le hacían a su amo. Por último, encontramos al negrito que le había servido como criado de cámara; el chiquillo todavía estaba oculto bajo un diván del dormitorio, desquiciado de pánico. Era muy probable que conociera la verdad, pero no le sacamos más que unos sollozos. Para entonces habían aparecido algunos miembros de la cohorte, traídos por Fúsculo. Petronio, sin rudeza, puso al pequeño a cargo de uno de los vigiles y le ordenó que lo llevara al cuartel.

—¡Y envolvelo en una manta o algo así! —Petro frunció los labios en una mueca de desagrado mientras observaba la llamativa camisa del negrito y su torso desnudo y lustroso—. Intenta convencerlo de que no vamos a pegarle.

—Te vuelves blando, jefe...

—Ese niño palpita como un lebrato agotado. Si se nos muere en las manos, no le sacaremos nada. Ahora, procedamos a un registro en regla.

Sacamos varias conclusiones de la inspección. Nonnio estaba acostado en el momento de los hechos. Sus botas estaban en el dormitorio, arrojadas en diferentes direcciones, y sobre un taburete había varias túnicas. La cama estaba ladeada, como si la hubiesen desplazado de sitio violentamente. El cobertor se hallaba medio caído en el suelo. Calculamos que lo habían sorprendido y raptado mientras dormía o, por lo menos, cuando todavía no estaba despierto por completo. No había forma de saber si estaba vivo o muerto cuando se lo llevaron de la casa, aunque Petronio llegó a la conclusión de que todavía estaba vivo. Sólo encontramos una cantidad mínima de sangre en las ropas de cama y en el suelo; muy poca, para haber sido causada por las incontables heridas que habíamos visto en el cuerpo.

Probablemente, no descubriríamos adónde se lo habían llevado a menos que alguien confesara. Era posible que no lo averiguáramos nunca, si bien todos podíamos imaginar claramente qué le había sucedido durante la hora siguiente a su secuestro. La mayoría de nosotros, sin embargo, prefería no pensar en ello.

## XXXI

Cuando ya nos marchábamos de la mansión de Nonnio, alguien más cometió el error de intentar acceder a la casa. Metidos en nuestro papel de investigadores, procedimos a rodear al recién llegado, un hombre delgado que vestía una elegante túnica blanca y portaba un bolso de cuero.

—¿Podríamos ver el contenido del bolso, señor? —El hombre entregó el bolso a Fúsculo con una expresión bastante adusta. Dentro había un surtido de pinzas, espátulas y frascos de loza con productos medicinales—. ¿Cómo te llamas?

—Alejandro. Soy el médico del dueño de la casa.

Al oír aquello nos relajamos, pero nuestros comentarios posteriores estuvieron cargados de humor negro:

—¡Pues ya no va a necesitar más de tus servicios!

—El paciente ha recibido una dosis mortal de jarabe de palo.

—Heridas de arma blanca terminales.

—Muerte irreversible.

—Entiendo —murmuró el médico, pensando sin duda en sus tarifas perdidas.

Petronio, que no le había dirigido la palabra hasta aquel momento, dijo entonces:

—Respeto tu relación con tu paciente, pero comprenderás que mis indagaciones tienen una gran importancia. ¿Te hizo Nonnio alguna confidencia que pueda ayudarnos a averiguar quién hizo esto? —A juzgar por su cuidada expresión, Petro ya había tenido problemas para sonsacar información a los doctores en ocasiones anteriores.

—Me parece que no.

—Bien, entonces eres libre de irte.

—Gracias.

La actitud del médico resultaba extrañamente contenida. Parecía no haberle sorprendido apenas la noticia de que había perdido a su paciente de aquella forma tan terrible. Tal vez era porque sabía qué clase de negocios se traía Nonnio. O tal vez era por otra causa.

—En ese hombre había algo raro... —comenté mientras regresábamos al cuartel.

—Es un médico —me aseguró Petro con voz tranquila—. Esos tipos siempre resultan raros.

Si no lo hubiera conocido bien, habría dicho que la actitud de Petro también parecía insólitamente contenida. En vista de la investigación especial que me había encargado Tito, deseé que Petronio se comportara de una forma que me resultara comprensible.

Al llegar al cuartel encontramos a Porcio, el joven ayudante de Petro, atareado en atender a una mujer. Por suerte para él, ésta era una venerable anciana y no merecía la pena armar revuelo por ella. Se trataba de un nuevo caso de ropa de cama robada; por el barrio rondaba alguien con un palo y un gancho que escogía deliberadamente como víctimas a mujeres ancianas demasiado encorvadas como para echar a correr tras un ladrón. Porcio estaba enfrascado en redactar una denuncia del caso y, al verle, nos dimos cuenta de que no haría nada más durante el resto de la mañana a menos que alguien lo rescatara.

—Hable con el escribiente —dijo Petro a la anciana en tono adusto.

—¡El escribiente es una mula holgazana! —Por lo visto, no era la primera vez que la mujer acudía allí—. Este joven tan amable se ocupa de mí.

Porcio era un recluta recién llegado que estaba impaciente por detener a todos los malhechores posibles, pero no tenía idea de cómo quitarse de encima a la gente que le hacía perder el tiempo. Petro no se dejó impresionar.

—Este joven tan amable tiene cosas más importantes que hacer.

—Hable con el escribiente, por favor —murmuró Porcio, azorado.

Dentro del edificio encontramos una desagradable escena: en mitad del suelo había un gran pedrusco, junto a los restos astillados de un taburete y los pedazos de la contraventana rota, a través de la cual había sido arrojado la noche anterior. Con un suspiro, Petro me comentó:

—A veces, como puedes ver, la gente nos arroja cosas peores que hojas de col.

—También nos han arrojado tallos de berza por el respiradero de la celda —añadió Porcio—. La gente de por aquí parece convencida de que andamos cortos de verduras.

—Bien, la próxima vez olvídate de gestos caritativos con ancianas e intenta descubrir quién odia a los vigiles.

—Eso es fácil de saber —apuntó Fúsculo con una sonrisa mientras hacía rodar el pedrusco hacia la puerta—. ¡Todo el mundo los aborrece!

Con un rugido, ordenó a la patrulla de a pie que dejara de contar las mantas de esparto en el almacén de material antiincendios y acudiera a retirar los escombros.

En un intento de recuperar la aprobación de Petro, Porcio anunció con voz nerviosa:

—Uno de los centuriones estaba sentado precisamente donde cayó la piedra. Por suerte, había salido a orinar; de lo contrario, lo habría matado.

Petronio, que se había limitado a fruncir el ceño con aire irritado, reaccionó ligeramente.

—Bien, esto tiene mal aspecto. Fúsculo, pasa la voz de que toda la cohorte se mantenga alerta. Puede que se nos avecine un tiempo de peligros.

Sin abandonar su expresión ceñuda, entró en la pequeña sala que utilizaba para los interrogatorios y encontró allí a dos de los últimos detenidos por la patrulla de a pie. Uno de ellos gritaba y se debatía hasta casi asfixiarse con la argolla gigante que lo encadenaba a la pared por el cuello. El otro, que permanecía en un hosco silencio, era un hombre de clase media que había faltado a las normas contra incendios y que pretendía convencerse de que todo aquello era una pesadilla de la cual lo rescataría un abogado listo, probablemente con una compensación por insultos y calumnias. (A juzgar por la expresión irritada de Petro, era probable que el tipo tuviera razón). Con ellos, acurrucado en un banco, estaba el pequeño esclavo negro de la casa de Nonnio. Petro estalló ante aquel caos.

—¡Silencio! —exclamó de repente al borracho medio loco que no dejaba de gritar; sorprendido, el hombre obedeció al instante—. Fúsculo, empieza a hacer preguntas a los prisioneros y comprueba si podemos soltarlos. Necesitamos el espacio, a menos que sean testarudos. Porcio, haz que Fúsculo te explique lo que sabemos que le pasó a Nonnio Albio; después, llévate a este chiquillo a un rincón tranquilo y hazte amigo suyo. Si sabes tratar con abuelas indignadas, podrás hacerlo con un niño asustado. Gánate su confianza y luego averigua qué vio cuando su amo fue atacado. No está detenido pero, si vio algo que nos resulte útil, quiero tenerlo en algún lugar muy seguro cuando haya terminado de hablar.

Como no había otro lugar privado para hacerlo, Petro y yo salimos a hablar a la taberna situada enfrente.

—¿Qué opinas pues, Falco?

Mastiqué una hoja de parra rellena tratando de no pensar en su consistencia y sabor. Aquel trabajo auguraba una sucesión interminable de platos casi fríos tomados de pie en el mostrador cuarteado de cualquier casa de comidas nauseabunda. Petro no procedía de una familia que proporcionara cestas de almuerzo. En nuestra época de legionarios, era el único que no escondía nunca bajo la túnica el pan de la jornada sobrante... aunque pronto aprendió a pellizcar del mío. Escupí un áspero fragmento de hoja.

—Da la impresión de que el robo en el Emporio fuera organizado por Nonnio... y que otro le ha castigado de forma bastante pública por haberse atrevido a pensar a lo grande.

Los dos reflexionamos sobre aquel punto mientras comíamos con aire sombrío.

—Aunque también puede ser que...

Petro me interrumpió con un gruñido:

—Conociéndote, debería haber sabido que no tendrías suficiente con la explicación sencilla. ¿Qué alternativa propones?

—Que Nonnio no tuvo nada que ver con el asalto. Algún cerdo ha pensado que sería conveniente que lo del Emporio le fuera adjudicado a él, para desviar las sospechas de los verdaderos autores.

—Sería un poco estúpido —protestó Petro—. Vivo, Nonnio era un sospechoso. Ahora, cuando esos otros den otro golpe, no podrán adjudicarlo a nadie y estaré seguro de que son ellos.

—Si consigues descubrir quiénes son.

—Me encantan los tipos optimistas y animados.

—Helena opina que deberíamos investigar a Lalage por lo del Emporio.

Petronio desechó la sugerencia con una carcajada... y enmudeció de pronto. Las ideas más extravagantes de Helena Justina tenían la virtud de arraigar en la cabeza de uno hasta que, muy pronto, parecían completamente racionales. Yo había dejado de considerarlas estrafalarias. Demasiadas veces había comprobado que mi novia tenía razón.

Petro probó a lanzarme una mirada como si me considerase un necio por compartir información reservada con Helena, o por prestar oído a sus desquiciadas sugerencias. Al final, sin embargo, aquello tampoco bastó.

—Supongamos que tiene razón. Supongamos que Lalage quisiera hacerse con el control de las bandas. ¿Por qué habría de matar a Nonnio?

—Porque lo detestaba. Tenían cuentas pendientes. Nonnio se había aprovechado mucho de ella cuando era cobrador de Balbino. Y después, la dejó en la estacada cuando el licio fue asesinado en La Academia. Además, si es ambiciosa, quizás el difunto lo adivinara e intentara presionarla. Puede que la chantajeara y le exigiera una parte. Dado que ya había cantado una vez ante los tribunales, Nonnio era una amenaza tremenda; le bastaba con insinuar que también la denunciaría a ella. Y Lalage debía de saber que era perfectamente capaz de hacerlo.

—Es cierto.

Los dos nos sentíamos inquietos. No había mucho más con lo que seguir. Sólo podíamos hacer especulaciones y, aunque a ambos se nos daba bien encajar los hechos en una situación, siempre quedaba lo imprevisto para confundirnos. Petro, como yo, habría perdido ya la cuenta de las veces que descubría que los hechos en los que había estado trabajando durante meses sólo eran marginales. La historia final podía resultar radicalmente distinta de cualquier teoría que hubiese construido laboriosamente.

—¿Quieres comer algo más?

—No, gracias —respondí con un gesto de cabeza—. He tenido que marcharme sin decir buenos días a Helena. Si no surge nada más, volveré a casa para el almuerzo. ¿Tú no?

—Supongo que sí.

Lo había preguntado en broma. Sabía que Petro siempre se saltaba el almuerzo. Volvía a casa con sus hijos por la noche, para la cena, y a veces se adelantaba un poco si había algún trabajo concreto que hacer en la casa, como reparar una ventana. Le encantaba la carpintería. Salvo esto, Petronio Longo era un hombre cuya vida doméstica iba mejor cuando pasaba fuera parte de la noche, con las patrullas, y se quedaba en el cuartel la mayor parte del día, de retén. Y esto sucedía, sobre todo, cuando Arria Silvia se enfurecía con él por alguna razón.

—Pensaba que quizá tenías que dar de comer al gato otra vez.

Petro rehusó levantarse.

Todavía era demasiado pronto para el almuerzo y un hombre prudente no se presenta en casa a media mañana como si no tuviera nada más que hacer. Al contrario, da tiempo a que se compre y se ponga en la mesa el queso y las aceitunas y, por fin, llega con aspecto de haber realizado un esfuerzo especial para poder estar con la familia.

Discutimos lo que podíamos hacer. No mucho, al parecer, salvo continuar con los interrogatorios de rutina.

—Te aseguro que aborrezco estos momentos —dijo Petro, impaciente—. Esto de quedarme quieto, esperando a que una banda de ratas invada algo.

—Al final, cometerán un error.

—¿Y cuántos tendrán que padecer sus andanzas, mientras tanto? —Mi camarada de armas se sentía responsable.

—Los dos sabemos que será el menor número que te sea posible. Escucha, Rubela quería que investigara el pasado de Balbino por si encontraba algo que tuviera relación con lo que sucede ahora.

Cuando mencioné el nombre del tribuno, Petro se mofó, aunque de forma bastante rutinaria. No tenía ningún contencioso especial con él; sencillamente, odiaba a todos los oficiales.

Pero aborrecería a Rubela de forma mucho más personal si alguna vez descubría que gracias a él me dedicaba a espiar a la cohorte por sospechas de corrupción.

—¿Qué me dices de los hombres de Balbino? —insistí.

Petro respondió a esto último con toda calma.

—Hasta donde sé, el Pequeño Ícaro, el Molinero y el resto de la banda están todavía fuera de Roma, viviendo discretamente. Tengo un soplón que me notifica sus movimientos. Puedo ir a verlo para comprobarlo pero, si los hubieran visto en la ciudad, casi seguro que habrían venido a venderme la información.

—Cuando me entrevisté con Nonnio, hizo una mención a la familia de Balbino que me pareció interesante.

De nuevo, Petro me dedicó una breve carcajada.

—Su mujer, Fláccida, es una arpía.

—También hay una hija, ¿no?

—¡La adorable Milvia! Es hija única y sus padres han derrochado en ella, en darle una buena educación y en cultivarla. Es un caso típico de unos ladrones con demasiado dinero que intentan refinarse a través de su descendencia.

—Educada como una vestal... ¿Entonces, se ha echado a perder? —pregunté secamente. Ya había sido testigo de algo parecido.

—Ahí está lo curioso: al parecer, no. Milvia ha resultado ser más inocente que una flor... si uno acepta su versión. Afirma que nunca supo a qué se dedicaba su padre. Está casada con un tal Florio, un miembro de la clase ecuestre hijo de un funcionario menor, que tenía algún dinero propio. Florio nunca ha aspirado a ser mejor que nadie. Pasa la mayor parte del tiempo en las carreras. No creo que nadie le haya visto hacer otra cosa jamás.

—Entonces, ¿no está involucrado en actividades delictivas?

—No, salvo tener más dinero para sus apuestas del que nadie merece.

—Así pues, la dote era cuantiosa.

—Probablemente —respondió Petro—. Balbino mantuvo en secreto los detalles. Baste decir que Milvia y Florio viven con opulencia, sin apenas relacionarse, al parecer, pero satisfechos de mantenerse como pareja.

—Fascinante. Quizá vaya a ver a esa gente tan pintoresca.

—Ya pensaba que lo harías.

Casi con seguridad, Petronio me habría acompañado de no ser porque, en aquel preciso instante, se presentó un mensajero de Rubela. Dado que Nonnio había sido un informante judicial de cierta importancia, su repentina muerte había provocado preguntas de las alturas. Rubela quería que Petronio volviera al cuartel de la cohorte para preparar un informe. Petro refunfuñó al enterarse.

—¡Así es cómo quedan sin resolver los crímenes! En lugar de hacer dolorosas preguntas a villanos, paso el tiempo ayudando a Rubela a elaborar mentiras. Falco, si piensas ir a ver a la familia de Balbino debes llevar un testigo y ahora mismo no tengo a nadie que te acompañe. Espera hasta esta tarde y lo resolveré.

—No necesito niñera.

—¡Lleva un testigo! —exclamó—. Con esa gente, es prudencia obligada.

—¿Por eso Fúsculo se aseguró de venir conmigo cuando fui a ver a Nonnio?

—Fúsculo es un agente honrado y bien entrenado.

Entrenado para interferir conmigo, al parecer. Molesto, el pensamiento en el queso y las aceitunas me resultó reconfortante.

—Bueno, si tengo que esperar a un cuidador, me voy a casa. Envía a quienquiera que sea a la plaza de la Fuente, ¿quieres?

—¡Te estás volviendo blando! —respondió Petro con tono burlón.

Tuve ganas de explicarle que Helena estaba embarazada, pero me pareció

que era demasiado pronto, después de haberlo negado con tal rotundidad. Aún más deprimido, dejé que se marchara a apaciguar a su tribuno mientras yo me encaminaba a ver a mi chica.

## XXXII

Una figura menuda y seria me recibió al doblar la esquina de la plaza de la Fuente.

—¡Tío Marco! ¡Que Mercurio, dios de las encrucijadas de caminos, te guarde siempre!

Sólo Mario, el chico mayor de Maya, hablaba alguna vez con tanta formalidad. Era una personita atractiva y sumamente solemne de sólo ocho añitos, pero dotado de un pasmoso aplomo.

—¡Io, Mario! No te esperaba hasta después de clases, por la tarde. ¿Tanto me aprecias, o es que andas corto de dinero para golosinas?

—He organizado turnos. Cornelio estará de guardia esta tarde y después vendrá Anco. Tú me pagas a mí y yo me encargo del reparto... —Maya había convertido a todos sus hijos en excelentes capataces. Yo y mis escombros estábamos en buenas manos. Pero el pequeño parecía tener la cabeza en otra parte.

—Tenemos una crisis —anunció, ya que me consideraba afectado por el desastre. Mario creía en la santidad de las relaciones personales: yo era parte de la familia; luego, colaboraría.

La mejor ayuda que podía ofrecer era el sagrado arte de barruntar problemas y escabullirse en otra dirección.

—Verás, estoy muy ocupado con unos asuntos oficiales. Pero siempre puedes acudir a mí si necesitas consejo...

—Creo que se me prepara una buena —confesó Mario y nos encaminamos juntos hacia el piso—. Supongo que querrás saber de qué va el asunto...

—Con franqueza, Mario, un problema más y me derrumbaré.

—Esperaba que podría confiar en ti —murmuró con tono lóbrego. A menos que le diera en la cabeza con un garrote y echara a correr para ocultarme, estaba atrapado.

—¡Eres tozudo, chico! ¿Has pensado alguna vez en hacerte alguacil?

—No. Creo que seré maestro de retórica. Tengo dotes para ello.

De no haber nacido con los ojos de su padre (en una versión menos turbia), me habría preguntado muy en serio si no habrían encontrado a Mario bajo el pretil de un puente. De todos modos, aquel jovencito estirado crecería y tal vez se enamoraría de la hija ilegítima de un hojalatero, o se fugaría para ser arpista.

Lo dudaba. Lleno de serena seguridad, Mario había visto los peligros latentes de la excentricidad y, sencillamente, les había vuelto la espalda. Una verdadera lástima. Las dotes de las que hablaba con tanto respeto merecían un destino más brillante.

Habíamos llegado a la lavandería.

—Voy a subir, Mario. Si tienes algo que decirme, es el momento.

—Tértula ha desaparecido otra vez.

—¿Y por qué te preocupas? Lo hace continuamente. Aunque, ahora, tu abuela se ha hecho cargo de ella.

—Es verdad. Y esta vez me cargaré yo la culpa.

—Nadie te pediría explicaciones por lo que haga Tértula. Es tu prima, no tu hermana, y no tiene remedio. No eres responsable de nada, Mario.

Me pregunté si sabría que, al nacer, iba a llamarse Marco, como yo. Pero cuando Famia, su padre, se dirigía a registrar el nacimiento, se había detenido en varias tabernas camino de la oficina del censor y, al llegar allí, había leído erróneamente la nota que Maya le había escrito. Que lo hiciera una vez ya era grave, pero Famia había repetido su triunfo al registrar a su segundo hijo como Anco, en lugar de Aulo. Cuando Maya dio a luz a sus hijas, se arrastró ella misma hasta la oficina del censor con su marido y se aseguró de que todo se hiciera como era debido.

—Tío Marco, será mejor que te cuente lo que ha sucedido, creo.

La escena de un chiquillo que me contaba sus problemas era demasiado. Mario, el muy astuto, debía de confiar en ello.

—Deberías estar en casa, cenando —murmuré con un suspiro.

—Me da miedo ir.

No parecía muy asustado, pero era raro que lo dijera.

—Entonces, sube conmigo.

—No se ha escapado. Le tiene demasiado miedo a la abuela. La abuela me encargó que comprobara que Tértula iba a la escuela. Un verdadero fastidio. Y luego tenía que acompañarla a almorzar a casa de su madre...

—¿De modo que fue a la escuela por la mañana?

—¡No, claro que no! —se mofó Mario, impaciente, mientras echaba escalera arriba detrás de mí—. Se escabulló tan pronto llegamos, pero prometió reunirse con nosotros a la puerta de la escuela después de clase...

—¿Y qué ha pasado?

—Que no se ha presentado. Creo que ha sucedido algo malo. Te necesito, tío Marco. Tendremos que llevar a cabo una investigación.

—Tértula es una coqueta y ha olvidado la cita. Ya aparecerá.

Mario movió la cabeza en gesto de negativa. Tenía los mismos rizos que mi padre y que yo pero, de algún modo, su indumentaria conseguía dar un aire pulcro a su aspecto. Un día tenía que pedirle el nombre del sastre.

—Mira, tío, tengo mucho interés en este asunto porque pueden echarme la culpa de la desaparición. Si accedes a buscarla, te ayudaré.

—¡No accedo! —respondí alegremente. Habíamos llegado al piso y le hice pasar adentro—. Pero tampoco quiero que un futuro maestro de retórica sea el chivo expiatorio de una de las pilluelas de Gala. Aquí está Helena...

—¡Oh, bien! —exclamó Mario sin el menor esfuerzo por disimular su alivio—. ¡Alguien que sabrá lo que debe hacerse!

Helena entró del balcón con el bebé abandonado en brazos. Le dirigí una sonrisa de aprobación pero fue mi sobrino quien se jugó el cuello con su comentario. Maya debía de haber hablado en su casa de nuestra futura descendencia porque, tan pronto vio el bebé, Mario exclamó:

—¡Oh, cielos, Helena! ¿Tío Marco te ha traído uno por adelantado para que vayas practicando?

A Helena no le gustó la pregunta.

### XXXIII

No esperé a que llegara el agente que Petro había prometido mandarme para ir a visitar a los parientes de Balbino. Mis preocupaciones domésticas eran tan agobiantes, que tuve la necesidad de marcharme de casa al finalizar el almuerzo. Con todo, me llevé un testigo.

—Te echo de menos, Marco —se había quejado Helena.

Éste era un aspecto de nuestra vida en común que siempre me había preocupado. Nacida en el seno de una clase en la que las mujeres pasaban el día rodeadas de esclavos y visitadas por grupos de amigas, era lógico que se sintiera aislada. Las hijas de senadores no tenían otra ocupación respetable durante el día que compartir un té con hierbabuena y, aunque muchas preferían olvidarse de respetabilidades y acudían a contemplar a los gladiadores, Helena no era una de ellas. Y vivir conmigo en un apartamento de un sexto piso debía de resultarle alarmante, sobre todo si, a menudo, despertaba y descubría que yo me había marchado sin dejarle una nota con mis planes. Algunas chicas en su situación podrían hacerse demasiado amigas del casero. Por fortuna, Esmaracto nunca había dado el tipo. Pero si quería conservarla, tendría que encontrar alguna otra opción.

—Yo también te echo de menos. —La frase sonó insincera.

—¿Ah, sí? ¿Y por eso te has dignado volver a casa?

—Por eso... y para esperar a que me envíen un testigo. —Se me ocurrió una idea—. Tú podrías tomar notas y escuchar mejor que cualquier estúpido de las cohortes de vigiles... —Helena puso cara de sorpresa—. Ponte un vestido sencillo y nada de collares. Trae un punzón y no me interrumpas. Aborrezco las secretarías que se las dan de listas.

Así pues, Helena me acompañó. Ella tampoco era amante de quedarse en casa dedicada a las tareas domésticas.

Me convenía empezar a investigar sin uno de los hombres de Petro acechando junto a mi codo y respirando mi aire para luego pasarle informe inmediato de todo lo que hacía. Desde luego, me encantaba la idea de salir por la calle con mi chica; era más un placer que un asunto de trabajo.

Enviamos a Mario a casa de Maya y le dijimos que confesara cómo había perdido a Tértula, con la promesa de que si la chica no había aparecido todavía aquella noche, Helena y yo organizaríamos una búsqueda desde la plaza de la

Fuente. Mario se mostró más animado a confesar de plano, pues sabía que, una vez involucrado yo, todo el mundo se olvidaría de él y esperarían a tener la oportunidad de darme una paliza a mí. Hicimos que se llevara al bebé a casa de su madre para que lo tuvieran allí durante la tarde. El pequeño llevaba una existencia muy agitada. Helena había encontrado un ama de cría para alimentarlo de vez en cuando y, entretanto, lo llevaba a casa de mi madre para cebarlo con la polenta gomosa que nos había alimentado a mis hermanas, a mí y a un numeroso puñado de robustos nietos.

—Tu madre está de acuerdo conmigo: este niño tiene algo raro —comentó Helena.

—Tú también parecerías rara si aparecieras abandonada en un vertedero de desperdicios en el Aventino. Por cierto, he visto a Justino esta mañana. Está enamorado de una actriz, pero intentaré curarlo de eso. Estamos invitados a una cena de aniversario con tus padres. Así tendré el extremo placer de ser presentado a Eliano.

—¡Oh, no! —exclamó Helena—. ¡Deseaba un aniversario divertido!

Siempre me ha alegrado descubrir que en las casas patricias se daban relaciones tan terribles como las que había en mi propia familia, de clase baja.

—La diversión está asegurada —le prometí—. Observa cómo tu madre intenta ser amable conmigo mientras tu padre sólo desea escabullirse y ocultarse en la biblioteca, tu hermano amistoso insiste en que le enseñe a flirtear con mujercuelas y tu hermano desagradable me arroja salsa a los ojos. Todo eso debería proporcionarte horas de hilaridad.

—Ve tú —respondió Helena con desaliento—. Creo que yo me quedaré en casa.

Fláccida, la esposa de Balbino, vivía en una joya extraordinaria de la arquitectura urbana justo al sur del Circo Máximo, muy cerca del Templo de Ceres. Se trataba de un edificio residencial, uno de los pocos del distrito Undécimo, bien ubicado en el imperio del crimen que Balbino había controlado a lo largo de la ribera del Tíber. Se levantaba en la falda del Aventino, pero en un terreno que era patrullado, junto con el propio recinto de carreras, por la Sexta Cohorte y no por la unidad de Petro.

Por lo menos, aquella semana Fláccida todavía estaba instalada en la casa. Inmediatamente después de la sentencia judicial contra Balbino, la propiedad había sido confiscada y un gran rótulo en la entrada anunciaba que la casa estaba a la venta. Fláccida se trasladaría de residencia muy pronto.

En el interior de la casa, todo resonaba. Las habitaciones estaban prácticamente vacías y no era para conseguir un efecto elegante. Sólo quedaban los objetos decorativos fijos como recordatorio del estilo de vida opulento que disfrutaban los grandes jefes de la delincuencia: arrebatadoras extensiones de suelos de mosaico, perspectivas interminables en murales de la máxima calidad,

techos de meticuloso enlucido, fascinantes grutas de conchas que albergaban fuentes bien mantenidas. Incluso los bebederos para los pájaros eran dorados.

—¡Espléndido lugar! —comenté aunque, para mí, las columnas eran demasiado imponentes, y los elementos decorativos, demasiado recargados.

—Cuando estaba lleno era más bonito.

Fláccida era una mujer baja y delgada, tirando a rubia y de unos cuarenta y cinco años. A veinte pasos de distancia parecía despampanante. A tres pasos, eran evidentes las señales de un pasado turbulento. Llevaba un vestido de una tela tan fina que los hilos se rompían bajo el peso de los cierres, adornados con gemas. Su rostro y su peinado eran un triunfo de los cuidados cosméticos, pero su mirada era inquieta y suspicaz. Tenía los labios apretados en una expresión severa. Las manos parecían demasiado grandes para los brazos. El tamaño tenía importancia: en ambas muñecas lucía pulseras carísimas diseñadas para que quien las viese se diera cuenta de lo mucho que costaban y, en los dedos, dos filas completas de anillos igualmente lujosos.

Por supuesto, Fláccida nos observaba con ojo crítico. Calculé que aprobaríamos el examen: si Helena se había vestido con sencillez para la ocasión, yo me había emperejilado. Un aspecto presentable siempre ayuda a acceder a las casas de los ricos. Cualquiera con la cara limpia resulta aceptable para un matón.

Llevaba mi mejor túnica blanca, recién devuelta de la lavandería, e incluso una toga que sabía portar con cierto garbo. Un reciente afeitado y una ligera rociada de bálsamos proclamaban una condición social totalmente ficticia. De mi cinto colgaba una bolsa de monedas y llevaba en la mano el enorme anillo de obsidiana de mi tío abuelo. Helena me había seguido en silencio. Ella, también de blanco, llevaba un vestido sencillo con las mangas cosidas y un discreto ceñidor de lana. Como de costumbre, lucía un peinado muy sencillo y no llevaba más joyas que un insignificante anillo de plata que no se quitaba nunca. Habría podido confundírsela con una esclava. Yo intenté verla como a una liberta muy bien preparada, heredada de alguna tía. Helena, por su parte, parecía muy cómoda sin necesidad de recibir explicaciones.

Acerté a poner una sonrisa insulsa.

—Trabajo con Marco Rubela, el tribuno de la Cuarta Cohorte de Vigiles.

—¿Entonces, estás en la oficina del prefecto? —La voz de Fláccida presentaba una ronquera humosa consecuencia de una vida malgastada en tugurios poco iluminados.

—En realidad, no. Normalmente represento a personas de rango superior...

—No me costó esfuerzo ser impreciso. La mitad de las veces, ni yo mismo sabía para quién trabajaba, en realidad—. Te traigo varias noticias y necesito hacerte ciertas preguntas.

La mujer apretó los labios pero, con un gesto impaciente, me ofreció asiento.

Sus movimientos carecían de elegancia. Se dejó caer en un diván mientras yo ocupaba otro igual. Eran dos hermosas piezas de mobiliario en plata, con grifos alados como apoyabrazos y respaldos sinuosos, pero parecían algo pequeños para el tamaño de la estancia. Fláccida nos había recibido en un salón más o menos amueblado, aunque no tardé en advertir que faltaban las cortinas. Unas líneas de sombras en las paredes señalaban los lugares de los que se habían retirado estanterías y vitrinas. Las marcas oscuras en el techo indicaban dónde habían estado los candelabros, de los que no quedaba ninguno.

Helena se había sentado en el extremo opuesto de mi diván con una tableta de notas sobre los muslos.

—Mi ayudante tomará algunas notas —informé a Fláccida, quien replicó con un gesto de indiferencia. Me pareció interesante que aceptara la presencia de Helena con tanta facilidad.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Tu esposo, en parte.

—Mi marido está fuera.

—Sí; lo vi un momento cuando se marchaba. ¿Cómo te las arreglarás ahora? Sé que la casa está en venta.

—Iré a vivir con mi hija y mi yerno.

Lo dijo en un tono de voz tan seco que borró cualquier asomo de pena que pudiera inspirarnos. Fláccida era demasiado joven para tomar tal opción. No era viuda ni estaba divorciada. Trasladarse a vivir con los jóvenes no iba a funcionar. El tono en que lo había dicho dejaba entrever que ni siquiera se esforzaría en colaborar.

—Tu hija debe de ser un gran consuelo —comenté. Aun sin conocerla, sentí lástima por la chica.

—Sigue con lo que te ha traído aquí —replicó ella—. ¿Qué noticia es ésa que me traes? ¿Ha muerto alguien?

Atento a su reacción, le anuncié la muerte de Nonnio Albio.

—¡Ese traidor! —Lo dijo con bastante calma. Busqué por un instante la mirada de Helena y creí entender que, para ella, Fláccida ya estaba al corriente.

—Supongo que te alegra saberlo.

—En efecto. —Fláccida no había abandonado su tono de voz neutro—. Ese tipo me ha arruinado la vida.

Decidí no perder el tiempo hablando de todos aquellos cuya existencia había destrozado el imperio del crimen que dirigía su marido.

—Nonnio ha sido asesinado, Fláccida. ¿Sabes algo del asunto?

—Sólo sé que daría una corona de laurel a quien lo haya hecho.

—Antes de morir, lo torturaron. Muy desagradable. Podría contarte los detalles...

—¡Oh, me encantaría conocerlos!

La mujer hablaba con una mezcla perturbadora de desprecio y regocijo. Me descubrí preguntándome si Fláccida sería capaz de encasquetarle una cratera en la cabeza a un hombre y mutilar el resto de su cuerpo mientras el tipo se asfixiaba. Ella permaneció sentada, inmóvil, estudiándome a través de los párpados entrecerrados. No era difícil imaginarla presidiendo la espantosa escena.

En la estancia, mientras conversábamos, varias doncellas pálidas aguardaban sentadas. Una rápida ojeada me indicó que muchas estaban desnutridas, varias de ellas tenían contusiones en los brazos y una mostraba indicios de haber tenido un ojo amoratado. El immaculado peinado de Fláccida había sido conseguido con un nivel de violencia que no desmerecía el de una escuela de preparación de gladiadores.

—¿Estabas al corriente de la clase de negocios a que se dedicaba tu marido?

—Si lo estaba o no, es asunto mío.

Continué insistiendo:

—¿Has visto últimamente a alguno de los hombres con los que solía trabajar? ¿Al Molinero, al Pequeño Ícaro, a Julio César o a los demás?

—No. Nunca me he relacionado con los empleados.

—¿Es verdad que todos ellos están fuera de Roma?

—Eso he oído. Los expulsaron los vigiles.

—¿Así pues, no puedes decirme si alguno de ellos está detrás del reciente robo en el Emporio?

—¡Oh! ¿Ha habido un robo? —respondió Fláccida en un arrullo. Esta vez apenas disimuló que conocía el hecho. Desde luego, el suceso no había sido anunciado en la *Gaceta Diaria* como un triunfo nacional, pero la noticia había corrido por el circuito de las casas de baños aquel mismo día. La mujer apenas mostraba la habitual expresión de falsa inocencia de cualquier ratero del montón.

—Uno grande. Tiene que haberlo organizado alguien que quiere ser muy grande. —Ella, por ejemplo. Si era cosa suya, Fláccida supo disimular cualquier indicio. Me pregunté cómo reaccionaría ante la perspectiva de tener como rival a otra mujer—. ¿Conoces a Lalage?

—¿Lalage?

—Dirige el burdel llamado La Academia de Platón... —Helena, que no había oído hasta entonces el nombre popular de El Salón de Venus, reprimió una risilla—. Tenía relaciones comerciales con tu marido.

—¡Ah, sí! Creo que la he visto alguna vez. —Probablemente eran amigas íntimas, pero Fláccida no lo reconocería nunca en un interrogatorio oficial. Mentiría aunque no hubiera razón para ello. Mentir era su estilo de vida.

—¿Crees que Lalage podría estar tratando de ocupar el puesto que tu esposo se ha visto obligado a dejar?

—¿Cómo voy a saberlo? Mejor pregúntale a ella.

—Ya lo he hecho, pero sabe mentir tan bien como tú. —Cambié de tema cansadamente—. Lo que sí sabrás, ¿verdad?, es que fue Nonnio Albio, el antiguo socio de tu esposo, quien lo delató.

—Claro que lo sé.

—También cabría pensar que, una vez que Balbino ha tenido que abandonar el Imperio, hayas actuado como su mano vengadora contra Nonnio.

La acusación, aunque indemostrada, podía caer directamente en la boca de un fiscal en los tribunales. Fláccida empezó a crisparse y replicó con vehemencia:

—No tienes derecho a hacer tales insinuaciones de una mujer desprotegida.

Según la ley, tenía razón. Una mujer debía tener un representante varón que hablara por ella en público. Por otra parte, la respuesta estaba bien buscada. No conocía muchas mujeres que se ampararan en aquel privilegio. Pero no tenía muchos conocidos que necesitaran ampararse tras las leyes.

—Es cierto. Te presento mis disculpas.

—¿Debo tachar el comentario de la declaración? —intervino Helena tímidamente.

—No creo que importe mucho, dado que la señora no ha respondido —indiqué.

Helena esbozó una leve sonrisa al ver mi cólera. Con una voz que parecía sincera pero que, en realidad, estaba cargada de escepticismo, apuntó:

—Quizá Fláccida tiene un guardián que actúa en su nombre, ahora que su marido está lejos...

—Tengo un guardián y un ejército de abogados... y si queréis hacer preguntas sobre el negocio —vociferó la mujer, empleando la palabra «negocio» como si la familia se dedicara simplemente a tallar camafeos o a pescar marisco—, tendréis que hacerlo a través de los cauces adecuados.

—¿Concertar una cita? —pregunté con una sonrisa—. ¿Enviar por escrito una lista previa de preguntas a algún togado pomposo que me cobre quinientas monedas por decirme que no vas a comentar nada? ¿Prepararme para una denuncia por difamación si menciono esta conversación en público? ¿Encontrarme con la prohibición de acceder a la Basílica Julia por alguna acusación ridícula? ¿Descubrir que nadie quiere hablar conmigo en el Foro? ¿Perder la ropa cada vez que voy a las termas, descubrir que el alquiler de la casa de mi madre ha subido de pronto al triple de lo que pagaba, recibir una citación del tribunal de desertores del Ejército, encontrarme el portal de la casa lleno de estiércol de mula?

—Tú ya has hecho esto otras veces... —Fláccida sonrió. En esta ocasión, sin el menor disimulo.

—Sí, sé cómo funciona la intimidación por parte de los poderosos.

—¡Por suerte para ti, no me has dicho tu nombre!...

—Me llamo Falco.

Podría haber utilizado un nombre falso, pero no quería ceder un ápice a la intimidación que solían ejercer aquellos delincuentes. Si querían humillarme, deberían dar conmigo, primero. Mis clientes, en general, eran menos distinguidos y más escasos de recursos; en cambio, no era muy conocido entre los delincuentes importantes.

—¿Y quién es tu amiga?

Aquella Fláccida era detestable. Su pregunta era una amenaza contra Helena... y nada sutil.

—Nadie que te interese —respondí con aplomo.

—¡No es habitual encontrar a un funcionario con una escribiente femenina!

—Es una escribiente inhabitual.

—Supongo que te acuestas con ella, ¿no?

—Mientras eso no afecte a su caligrafía... —Me puse en pie—. No quiero molestarte más. No quiero desperdiciar energías.

—No me caes bien —declaró Fláccida con toda franqueza—. ¡No vuelvas a molestarte!

Me volví a Helena y dije:

—Toma nota de que la esposa de Balbino Pío se ha negado a responder a unas preguntas de rutina y que ha calificado de «hostigamiento» unas cortesías indagaciones a cargo de un investigador civil.

#### XXXIV

—¡Vaya manera de fastidiar las cosas! —Helena Justina estaba furiosa conmigo

—. ¿Es así como llevas las entrevistas normalmente?

—Pues sí. Con ligeras variaciones.

—¿Como que, a veces, la gente te echa de su casa tan pronto la has pisado?

—A veces, ni siquiera me dejan entrar —reconoció—. Pero en ocasiones puede resultar más fácil que hoy.

—¿Ah, sí? ¿A veces las mujeres se te echan encima?

—Naturalmente, un hombre guapo como yo acostumbra a seguir con las preguntas mientras se defiende de las atenciones de...

—No te engañes. ¡Esa mujer te habría matado! —refunfuñó Helena.

—Bueno, yo no diría tanto. ¡Pero vaya bruja descarada! Por lo menos, nos ha permitido catar el pleno sabor de la vida entre los grandes de la delincuencia: mentiras, amenazas y bravuconadas legales.

Estábamos en la calle, frente a la puerta de la casa de Fláccida, enfrascados en una acalorada discusión. No me importaba. Discutir con Helena siempre me alegraba el ánimo. Mientras ella siguiera pensando que merecía la pena pelearse, la vida seguiría teniendo cierto aliciente.

—No le has sacado nada y, en cambio, le has revelado todas las líneas de investigación que estás llevando... ¡además de reconocer que no puedes demostrar ninguna de ellas! Un verdadero desastre —insistió Helena, malhumorada—. Tenemos que ir a ver a la hija; y tenemos que hacerlo enseguida, antes de que la madre le mande aviso. ¡Y esta vez, cuando lleguemos, déjame hablar a mí!

Investigar con Helena por compañera era maravillosamente entretenido. Le cedí el paso y nos dirigimos a ver a la chica.

Milvia y su esposo Florio, el jugador, vivían muy cerca de la casa de sus padres. Quizá por eso Balbino había reparado al joven ecuestre a quien había colocado a su hija. En cualquier caso, la mansión era aún más amplia y refinada que la casa de la que acababa de despedirnos Fláccida. Probablemente, eso significaba que debíamos esperar que nos despacharan de ésta aún más deprisa.

El marido había salido. Nos recibió la chica. Rondaba los veinte y era morena y muy bonita, con un rostro anguloso. No se parecía en absoluto a sus padres. Llevaba un vestido de seda con adornos de bordado en hilo de plata, sumamente

caro (aunque no muy práctico para comer peras en una pingosa salsa de miel, que era lo que estaba haciendo). Por algún motivo, pensé que la joven Milvia no debía de haberse preocupado nunca por la cuenta de la lavandería. Sus joyas eran más refinadas que las de su madre: iba engalanada con un juego completo de oro griego antiguo, incluida una diadema sobre los crespos rizos.

Nos recibió sin damas de compañía, de modo que no pude observar si las doncellas que manipulaban las tenacillas de rizar los cabellos en aquella mansión también tenían que soportar malos tratos si se equivocaban al colocar un bucle. Milvia tenía una expresión brillante, inteligente, que daba a entender que podía gobernar a la servidumbre mediante la astucia. O el soborno, al menos.

Helena asumió con firmeza el mando de la situación. Miró a la muchacha con una sonrisa con la que se hubiera podido lustrar un apador y dijo:

—Lamento molestarte; tendrás muchas cosas que hacer... Éste es Didio Falco, que realiza unas indagaciones por cuenta de un importante comité. Permanecerá presente, sin intervenir, mientras conversamos, pero no debes preocuparte de él. Se ha estimado que quizá preferirías hablar con una mujer y por eso estoy aquí.

—¡Haré cuanto pueda por colaborar! —prometió aquella radiante e inocente hija de delincuentes como si accediera a contribuir a una suscripción para hacerle una capilla nueva a Juno Matrona.

—Bien, quizá debería, antes de nada, asegurarme de que no me equivoco de persona. ¿Tú eres Balbina Milvia, hija de Balbino Pío y de Cornelia Fláccida, ahora casada con Cayo Florio Oppico?

—¡Oh, sí! ¡Yo soy! —Al parecer, a aquel par de ojillos muy abiertos les producía un gran placer descubrirse tan bien identificada.

—Naturalmente —continuó Helena con suavidad—, estamos al corriente de vuestras recientes dificultades familiares. ¡Tiene que haber sido un golpe, enterarte de las graves acusaciones contra tu padre!

El bello rostro se nubló; los labios deliciosos se enfurruñaron ligeramente.

—No creo nada de lo que dicen —protestó—. Todo son mentiras urdidas por enemigos malvados.

Helena insistió con voz grave y severa:

—¿Y cómo imaginas que tu padre ha podido hacer tales enemigos? —La muchacha se estremeció—. No podemos evitar tener los parientes que tenemos —añadió Helena en tono comprensivo—. Y a veces, ver la verdad es más difícil para quienes están más cerca. Lo sé por experiencia personal. —No mentía. Helena había tenido un tío involucrado en una traición, por no hablar del marido del que se había divorciado, un maníaco que era una verdadera amenaza para la sociedad—. Supongo que tu padre se aseguró de que recibieras una educación perfecta. Y estoy segura de que eso mismo piensa tu esposo.

—Florio y yo estamos muy unidos.

—Eso es maravilloso.

Conforme avanzaba la conversación, más me alegraba de no verme obligado a mantener una expresión compungida a la vista de tanta sensiblería. La muchacha me parecía una completa farsante. Sin embargo, mientras continuara su actuación con aplomo, mi opinión resultaría difícil de demostrar.

—Querida, eres un absoluto orgullo para Roma y estoy segura —Helena acompañó sus palabras de una serena sonrisa— de que puedo confiar en que nos ayudarás en nuestras indagaciones.

—Me encantaría seros de utilidad —entonó la respetable ciudadana mientras pasaba la mano por la falda encantadora que había adquirido con el producto del robo y de la extorsión—. Por desgracia, no sé nada en absoluto de ningún asunto...

—¡Tal vez sepas más de lo que piensas! —le informó Helena en tono concluyente—. Permite que te haga unas preguntas y veremos.

—¡Oh! Como quieras.

Yo, personalmente, sentí deseos de coger a la inocente muchachita, atarla a un tronco nudoso y meterle algo de juicio en la cabeza a golpes. Helena se contuvo.

—Pensemos en los socios de tu padre, Milvia. Estoy segura de que no querrás saber esto, pero Nonnio Albio, que fue el principal colaborador de tu padre, acaba de ser encontrado muerto en circunstancias bastante desagradables.

—¡Oh, cielos!

—¿Has visto a Nonnio, o has tenido alguna noticia de él, desde el juicio de tu padre?

—¡Oh, no! —exclamó aquella cursi.

—Pero lo conocías, ¿verdad?

—Cuando era pequeña, lo tenía por una especie de tío. Aún no puedo creer que hiciera eso tan terrible que dicen. Y no creo que supiera lo que hacía presentándose ante el tribunal para contar todas esas mentiras sobre papá. Seguro que fue cosa de su enfermedad. Tan pronto lo hizo, supe que ni mamá ni yo volveríamos a verlo. Mamá lo detesta.

—Sí, nos lo ha dicho. —Helena lo dijo como si insinuara que Fláccida y Nonnio debían de tener un romance tórrido. Era dudoso que la pequeña Milvia captara tan sutil ironía, pero yo la disfruté con satisfacción. Helena continuó el interrogatorio—: Ahora quiero preguntarte por algunos de los otros miembros del negocio de tu padre. ¿Qué puedes decirme de unos hombres llamados Pequeño Ícaro y...? ¿quién más había, Falco?

—El Molinero, Julio César (ningún parentesco, me han asegurado), y un par de matones: Verdegris y La Mosca.

—¡Oh!, no conozco a ninguno de ellos. —Yo sabía, por Petro, que Balbino dirigía su imperio desde su casa; los matones que acababa de citar tenían que

haber estado entrando y saliendo de la casa continuamente. O Milvia mentía, o era muy tontita, realmente—. ¡Qué nombres tan horribles!

—Quienes los llevan, también lo son —apunté, conciso.

Milvia se volvió a Helena, turbada y con aire de buscar protección.

—Dile que no tengo nada que ver con esa gente.

—No tiene nada que ver con esa gente —me dijo Helena secamente. Milvia tuvo la discreción de mostrarse preocupada al ver tan insensible a su interrogadora. Helena Justina poseía una cortesía innata (cuando quería emplearla), pero por debajo era astuta y dura. Normalmente, era a mí a quien escogía para abrumarme con su dureza; verla cargar contra alguien distinto era un cambio muy agradable. Tuve que reconocer que lo estaba haciendo bien, aunque las respuestas eran decepcionantes—. Dime, ¿has conocido alguna vez a una mujer de negocios bastante exótica que se llama Lalage? —continuó Helena, inexorable.

—Creo que no. ¿A qué clase de negocios se dedica?

—Regenta un burdel. —Helena lo dijo con toda tranquilidad.

—¡Oh, no! —chilló la muñeca, escandalizada—. ¡Nunca he conocido a nadie así!

—Yo, tampoco —replicó Helena en tono de censura—. Pero una debe ser consciente de que tales lugares y tales personas existen.

—¡Sobre todo —intervine—, cuando tales negocios han pagado la educación de una y han llenado el arcón de la dote! Pregúntale a Balbina Milvia, si insiste en negar conocimiento de las rentas de los burdeles, ¿de dónde cree que salía el dinero de la familia?

Helena dirigió la pregunta a Milvia con una mirada y la muchacha murmuró:

—De algún tipo de comercio, supongo.

—Eso es. De vender objetos robados y de los porcentajes en la prostitución.

—Perdóname, Falco. —Helena era quien llevaba la entrevista; volví a guardar silencio, y ella, con tiento, continuó sus preguntas—: ¿La familia de tu esposo se dedica al comercio?

—Creo que su padre era recaudador de impuestos.

Estuve a punto de soltar una carcajada. Por primera vez en la vida, recaudar impuestos me parecía una ocupación honrada.

—¿Y Florio? ¿Qué hace?

—¡Oh! Florio no necesita trabajar.

—Eso tiene que ser estupendo para él. ¿Y en qué emplea el tiempo?

—¡Oh!, en esto y en aquello. En lo que hacen los hombres. ¡No necesito ponerle espías!

—¿Por qué no? —le inquirí—. ¿Acaso no te preocupa? Podría estar con otras mujeres.

Milvia se sonrojó deliciosamente.

—Estoy segura de que no. Andará con sus amigos.

—¿Y hay alguna posibilidad de que esos amigos con los que tanto anda sean una banda de delincuentes?

—No. —De nuevo, Milvia lanzó una apelación angustiada a Helena, como si esperara que la protegieran de una acusación injusta—. Florio acude a los baños y a las carreras, conversa con gente en el Foro y busca obras de arte en los portales...

—¡Qué bien! —murmuré. Todo aquello no excluía la posibilidad de una carrera delictiva, además. Todas aquellas actividades eran cosa normal de la vida en Roma... y todas ellas podrían proporcionar una tapadera ideal para organizar una red importante en los bajos fondos.

—De modo que Florio es un hombre de mundo —murmuró Helena—. Un aventurero...

Florio conservaba las manos limpias mientras gastaba lo que sus antepasados habían ganado y lo que la vida con sus poco recomendables compañías le había rentado a cambio de que ellos aprovecharan su respetabilidad. El joven parecía el típico parásito de clase media.

—¿Quién heredará de tu padre? —pregunté de improviso.

—¡Oh, cielos, no tengo idea!

Perfecto, Milvia. La muchacha sabía estar a la altura en todo instante. En aquel momento entró una esclava con una bandeja en la que traía a la joven dama el licor de después del almuerzo y la delicada copa de bronce en la que iba a beberlo. Milvia entregó a la esclava el cuenco de la fruta vacío (un objeto pesado y dorado con escenas de bacanales de esmerada talla). La criada le sirvió una medida de vino tinto de aspecto excelente, embriagadoramente impregnado de especias que atascaron el colador que las filtraba. Finalmente, añadió agua de una jarra de cristal. Nos invitó a compartir el vino, pero los dos declinamos hacerlo. Helena sólo bebía conmigo, y yo nunca bebía con otra mujer cuando Helena estaba presente. Y tampoco me gustaba tomar el vino tan aguado.

—¡Esa jarra de cristal es magnífica! —comentó Helena, que rara vez hacía comentarios sobre los objetos de la casa cuando visitábamos a algún desconocido.

—¿Te gusta? —Milvia la levantó de la bandeja, vertió el contenido en un jarrón de flores y se la ofreció a Helena—. ¡Te la regalo, acéptala!

El ofrecimiento fue tan espontáneo que me costó pensar que nos estuviera sobornando. La esclava no hizo el menor aspavento de sorpresa. Balbina Milvia debía de ser una de esas chicas sobre las que llovían regalos excesivamente caros por parte de todos aquellos con los que entraba en contacto. Hija única de una gente que se movía en un círculo restringido y clandestino, un círculo del cual ella misma había sido excluida, era probable que le costara conocer gente. Si hubiéramos llegado a convencernos de que realmente desconocía el mundo en

que se movía su padre, la muchacha nos habría producido mucha lástima.

Incluso yo conseguí esbozar una sonrisa cuando Helena se volvió para enseñarme la hermosa jarra.

—Eres muy generosa —murmuró ella—. Es una pieza muy bonita. ¿La has comprado en Roma?

—Un amigo de la familia se la ha regalado a mi esposo.

—Alguien con un gusto excelente. ¿Quién era ese amigo? —Mantuve el tono ligero mientras tomaba el objeto de las manos de Helena.

—¡Oh!, alguien que me aprecia, simplemente. No sé cómo se llama.

—¿Y a tu esposo no le importará que la regales?

—No parece que le haya gustado mucho. Hace poco que la tenemos.

«Un par de días», calculé. Decidí no insistir sobre aquel punto hasta haber consultado con Petronio pero, tarde o temprano, la cándida Milvia tendría que revelar el nombre de quien les había hecho el regalo. Cuando Petro viera lo que nos había entregado con tal desprendimiento, seguramente querría registrar la casa en busca de otras piezas... y no porque admirase el gusto de la muchacha en lo referente a cristalería de mesa.

Lo que sostenía con cuidado entre mis manos era una jarra de agua de delicado cristal traslúcido, blanco, en torno al cual se extendían unas delicadas espirales de color azul marino; el objeto tenía un asa en trenza y un pico estrecho.

—Muy bonita —repitió Helena—. Yo diría que es siria, ¿no te parece, Marco Didio?

—Sin duda. —Habría podido decir más: salvo que fuera un duplicado, aquella era una de las piezas que Helena había comprado en Tiro para mi padre; una de las que se habían llevado del Emporio.

En circunstancias normales, no habría permitido que una desconocida le hiciera un regalo a Helena Justina. En esta ocasión no hubo discusión. Nos llevamos la jarra.

## XXXV

Mientras cruzábamos el Aventino de vuelta a la plaza de la Fuente, Helena se sentía muy satisfecha de sí misma.

—¡Bien, ya has visto cómo se hace!

—¡Estoy impresionado! ¡Si hubiera tratado a la madre con tu táctica conciliadora, quién sabe qué artículo de lujo para la casa podríamos haber conseguido!

Conseguí que la idea de un regalo de Fláccida resultara desagradable. Helena se agachó bajo una hilera de cubos que colgaba del portal de una tienda.

—Reconozco que nuestro descubrimiento ha sido casual. No soy tan tonta.

—Eres una joya.

—Pero he sacado más información que tú.

—¡No has sacado ninguna información, Helena! La madre se ha negado a ayudarnos; la hija ha bajado sus delicadas pestañas, ha prometido darnos lo que le pidiéramos... pero luego ha negado tener ningún dato que ofrecer. Diferentes tácticas, pero el mismo resultado: nada.

—La chica parece decir la verdad, Marco. No es posible que supiera que la jarra era robada.

—No podía saber que nos la habían robado a nosotros, precisamente —la corregí. Me parecía escuchar a algún viejo paterfamilias romano cargado de pedantería. Helena saltó el bordillo y me lanzó una carcajada.

Yo no podía saltar. Llevaba la jarra robada.

Mientras Helena se dirigía a casa de Maya para recoger a nuestro niño abandonado y comprobar si Tértula había aparecido, llevé la jarra al cuartel y se la mostré a Petro, que sostuvo el espléndido objeto en su manaza mientras yo sudaba de inquietud ante la posibilidad de que se le cayera.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un regalo de Milvia. La última vez que vi esta jarra, pertenecía a mi padre.

—¿Ya has interrogado a Milvia? ¡Qué rapidez! Si apenas acabo de enviar a Porcio a tu casa...

—Yo trabajo deprisa —respondí llanamente, pero no le dije que había llevado mi propio testigo—. Según la chica, ella y Florio recibieron la jarra como regalo «de un amigo de la familia».

—¿Y tú la crees?

—Dejé de creer a una chica antes de cumplir los catorce, Petro.

Mi viejo colega no era hombre que se precipitara en sacar conclusiones sin haber estudiado detenidamente el asunto.

—Dices que la jarra se la robaron a Gémino y ahora ha aparecido en casa de Milvia y Florio. Pero no sabemos cómo llegó a sus manos...

—Siempre cabe la posibilidad de que la dulce Milvia la adquiriese legítimamente. Una compra inocente, o un regalo, como dice.

—¡No me fastidies, Falco! Pero puede que sea la única pieza que tiene la muchacha.

—Espero que no. Forma parte de un juego de jarra y vasos —recordé con acritud.

Petro, testarudo, continuó hablando; esta vez dio instrucciones a sus hombres:

—No quiero forzar el asunto y cagarla, pero me interesa mucho ver qué más tienen. Lo que haremos será llevar a cabo registros domiciliarios en las casas de los principales delincuentes conocidos y luego añadiremos las de Fláccida y Milvia. Lo haremos como si fuera una consecuencia rutinaria del asalto al Emporio. Lo más probable es que, en cualquier caso, pesquemos unos cuantos trofeos interesantes, de modo que la acción no será totalmente inútil. Falco no vendrá. Y, de momento, no mencionaremos el asunto de la jarra de agua de Milvia.

—Parece un plan sensato —dije—. Los ladrones ya han tenido tiempo de repartirse el botín, pero supongo que la mayor parte estará destinada a la venta.

—Falco tiene razón —asintió Petro—. Así pues, registraremos también unas cuantas tiendas de artículos de origen dudoso. —Se volvió a Martino y añadió—: Intenta averiguar qué nuevos peristas están actuando últimamente, para no dejarnos ninguno.

—Y mantened los ojos abiertos por si descubris cierta pieza que *no* está en la lista de objetos robados —dije con desaliento—. Es de oro y cuesta una fortuna, creedme. —Hice una minuciosa descripción del regalo de aniversario de Helena y todos escucharon con arrebatada atención, mofándose de mí por tamaño despilfarro—. Estaba entre el cargamento de cristalería de mi padre, pero no se lo mencionaría a Martino porque no sabía que venía con las otras piezas.

—¿Un soborno para una amante? —apuntó Fúsculo, aparentando inocencia.

—Un regalo de aniversario para Helena. Tengo dos días para encontrarlo... o tener que pagar dos veces.

—¿Por qué no explicas lo sucedido a Helena y esperas a encontrar pronto el original? —sugirió Petro—. Esa chica es extrañamente comprensiva contigo.

—El problema no es Helena. Tengo que aparecer con algo... y tiene que ser algo espectacular, para que su condenada familia no se burle de mí. Su madre, de fijo, estará esperando que Helena se sienta defraudada conmigo.

—¡Ah! ¡De modo que es a la madre a quien intenta impresionar! —murmuró

Petronio a Fúsculo en tono malicioso.

Fúsculo entreabrió la boca en una mueca deplorable.

—Explicáselo al pobre Falco, jefe: ¡la madre nunca está satisfecha!

Como no me necesitaban para las pesquisas, dejé a Petro y a Fúsculo mientras seguían burlándose de mi apurada situación y me dirigí a ocuparme de otros asuntos de mi interés. La jarra se quedó en el cuartel. Era lo mejor, pues de otro modo podría haber terminado hecha añicos antes de que acabara el día.

Me encaminé a casa de mi padre y allí me dijeron que el viejo estaba en la Saepta Julia, lo cual me convenía. Dejé recado a sus criados de que le dijeran que habíamos recuperado uno de sus tesoros sirios y le explicaran mi necesidad de un regalo para Helena.

Ahora, mi padre sabría que era su aniversario e intentaría imponernos su presencia para celebrarlo aunque, como habíamos prometido acudir a la casa del senador, podríamos librarnos de ello. Cuando salí, pasé por la de mi madre. También había salido, pero me aseguré de que el ruidoso vecindario me viera, de modo que la noticia de mi presencia llegara a oídos de mi madre. Brillante; había conseguido hacer las obligadas visitas a mi padre y a mi madre sin haber tenido que ver a ninguno de los dos.

De vuelta en la plaza de la Fuente, saludé a Casio y observé que alguien había ocupado el local de la planta baja que quedaba frente a su panadería, el que Helena y yo habíamos inspeccionado antes de decidirnos por nuestro nuevo apartamento sobre la cestería. En el local se ofrecía ahora a la venta un surtido de quincalla y artefactos diversos, aunque no me fijé mucho en qué eran. Recorrí e inspeccioné a la luz del día mi nuevo apartamento y saqué la impresión de que podríamos convertirlo en un lugar respetable. En la calle, el carro había perdido varias cosas a manos de barrenderos desesperados, pero yo había obtenido poco más; en esto iba ganando. En aquel momento me sentía como un malabarista que tuviera las bolas en el aire. En un exceso de confianza, cometí el error de permitir que Lenia me viese cuando cruzaba la calle para subir a casa.

—¡Falco! ¡Tenemos que discutir algunas cosas!

—¿Como el modo de convencerte para que abandones al novio?

—No te rindes nunca.

—No quiero que, dentro de un par de meses, vengas a acosarme para que te sugiera bases para un divorcio que te permita recuperar la dote. Reunir pruebas contra Esmaracto será lo más sórdido que haya tenido que hacer jamás.

—Sólo es un personaje pintoresco —replicó Lenia, enfurruñada.

—Es un desastre.

—Lo único que necesita es sentar la cabeza.

—Sí. ¡En una pila de estiércol!

Tras decir aquello, la dueña de la lavandería me dejó marchar sin la menor mención a los augurios.

Tomé la escalera con paso animado y sólo me detuve para ordenar a la perra vagabunda que atendía por *Nix* que no me siguiera. Era una mestiza de pelaje desgreñado de varios colores y ojos claros y sentimentales. Sus grandes patas peludas y su hocico bigotudo la hacían peligrosamente atractiva. Apreté el paso para desanimarla de que subiera detrás de mí.

Para entonces ya era media tarde y todo estaba bastante tranquilo en aquel intervalo entre la siesta y la hora en que las casas de baños de los hombres se llenaban de clientes. Los apartamentos que iba dejando atrás estaban más pacíficos de lo habitual; advertí menos ruido de alboroto infantil y de discusiones entre adultos. Y también los olores resultaban menos ofensivos. Casi me convencí a mí mismo de que, si bien el edificio estaba desvencijado y superpoblado, su casero tenía derecho a una oportunidad de llevar una vida normal. Pero era inútil; verme obligado a intervenir en los ritos nupciales despertaba mi lado irónico. Conocía muy bien la causa: hacer de sacerdote para Lenia y Esmaracto me estaba haciendo sentir responsable de su futuro bienestar. Con una maldición, subí los tramos de escalera hasta el cuarto y quinto avanzando varios peldaños a cada zancada. Quería dejar atrás lo antes posible la lavandería y a su chiflada propietaria. Al llegar arriba, aflojé el paso. Un reflejo automático de cautela me impulsó a amortiguar el sonido de mis pisadas.

Pero alguien más estaba haciendo ruido. Cuando alcanzaba el último rellano, oí los gritos nerviosos de un hombre, y luego, un chillido de Helena:

—¡No! ¡Oh, no!

Crucé el rellano en dos zancadas. La puerta estaba abierta y la dejé atrás inmediatamente, jadeante después de la subida pero dispuesto a todo.

La voz masculina que había oído pertenecía a Porcio, el joven recluta de Petro. Con una mano en alto, Porcio intentaba tranquilizar la situación, pero tal empresa quedaba fuera de su alcance. Dos matones de aspecto siniestro habían invadido el apartamento con inconfundibles intenciones violentas; probablemente, habían llegado poco rato antes que yo. Un gigantón de mirada maliciosa, una inmensa masa de músculos, se reía de Porcio mientras el muchacho intentaba razonar con él. El otro desconocido, un tipejo nada corpulento, amenazaba a Helena; para ello, tenía agarrado por las muñecas al chiquillo recogido de los escombros y lo balanceaba adelante y atrás como una servilleta colgada al viento en un tendero.

—¡No soy Falco! ¡Y el niño no es hijo suyo! —intentó explicar Porcio, en un acto de valentía.

Desde la puerta, rugí:

—¡Aquí tenéis a Falco!

El gigante se volvió hacia mí. Una visión terrible. Había desenvainado mi navaja, pero tuve que soltarla. El segundo rufián me había lanzado algo y solté el arma porque tenía que coger el proyectil... y tenía que hacerlo con acierto,

porque el muy desgraciado me había arrojado al niño.

## XXXVI

Lo cogí y lo puse cabeza arriba. El bebé lloraba pero no me pareció que tuviera ningún hueso roto, ni magulladuras importantes. Aun así, el pequeño quería dar a saber a todos los presentes que estaba furioso. Sin dejar que mis ojos revelaran mis intenciones, pensé con urgencia en un lugar donde dejarlo. El único sitio era la mesa, pero no podía llegar hasta ella.

Intenté tranquilizar el ambiente, para ganar tiempo.

—¡Buenas tardes! —dije a los desconocidos—. ¿Qué sois vosotros, vendedores de melones o simples financieros de paso que queréis interesarnos en un préstamo en condiciones ventajosas? —Los dos matones me miraron. Ahora, mi única arma era la ironía, pero ninguno de los dos se mostró muy impresionado. Mientras tanto, el bebé casi me estrangulaba con sus bracitos en torno al cuello, pero había dejado de llorar—. Me temo que tendréis que probar en otra parte —continué con voz áspera—. El médico me ha recomendado que no coma fruta ácida y somos una familia que, por razones religiosas, evita endeudarse.

—¡Tú eres Falco! —Fue el pequeño de los dos quien lo dijo. El cerebro que remataba aquel cuerpo enclenque debía de ser muy lento. Su voz era áspera; su tono, arrogante. Su compañero no tenía que abrir la boca. Al grandullón le bastaba con estar allí, haciendo sonar los nudillos, para intervenir en la conversación con gran efectividad.

Conseguí aflojar el abrazo del bebé y tomar un poco de aire.

—¿Qué queréis?

—Unas palabras.

Vi claramente que lo que querían en realidad era romperme las costillas a patadas. El pequeñajo escupió deliberadamente en una fuente de huevos duros recién pelados. Aquellos tipos eran de verdad desagradables. Helena se indignó y él le dirigió una sonrisa.

El tipo era extraordinariamente menudo. No era un enano; estaba perfectamente proporcionado, pero medía un buen palmo y medio menos de lo corriente. Una estatua no habría reflejado su problema, pero ni siquiera su madre querría erigir una estatua de aquel bribón. Aunque se lo podría permitir, a juzgar por los brazaletes de tiras de metal retorcidas, al estilo de los torques, que adornaban sus brazos. También llevaba unas sortijas con sello tan macizas que

más parecían tumores que joyas.

—¿Quién os ha enviado?

—No necesitas saberlo.

—Ya lo averiguaré. —Miré a Helena y le comenté—: ¡Querida, algo me dice que hoy hemos molestado a alguien!

—¡Eres tú quien nos molesta a nosotros! —replicó el tipejo.

—¡Y ahora vas a dejarlo! —añadió el grandullón. Su voz era un gruñido atronador, cargado con el recuerdo placentero de las torturas que aplicaba a quien desoía el consejo. La cabeza rasurada y la piel mugrienta eran los distintivos de su brutalidad. Sus hombros inmensos casi reventaban las costuras de la túnica raída. Le gustaba enseñar los dientes en un ancho rectángulo vertical cuando hablaba. El gigante casi llenaba la estancia.

—¿Dejar qué? —respondí con afabilidad—. ¿En representación de qué grupo de inadaptados sociales intransigentes habéis venido aquí, si se puede saber?

Vi que Helena cerraba los ojos con desesperación, convencida de que aquélla no era la actitud correcta, pero yo sabía que unas mansas disculpas no habrían mejorado la situación. Aquellos hombres habían venido a aterrorizarnos y no se marcharían hasta vernos intimidados. Disfrutarían infligiéndonos daño. Y con una mujer embarazada, un recluta inocente y un bebé para sonsacar respuestas, mi principal interés era asegurarme de que era a mí a quien escogían para llevarse los palos.

Eran dos, y nosotros, tres, pero nos superaban en fuerza. No veía modo de salir de aquélla, pero tenía que intentarlo. Habría querido lanzarme contra el pequeñajo, primero, pero no tenía espacio para moverme; mi campo de acción estaba limitado.

—Creo que deberíais marcharos... —añadí. Pasé el bebé a Porcio y me preparé mientras el gigante se me echaba encima.

Fue como ser arrollado por un altar de sacrificios con piernas. Como una losa en pleno estómago, me cazó en una llave de lucha. El abrazo era insoportable... y ni siquiera había empezado a apretar.

El bebé rompió a llorar otra vez. El tipo pequeñajo se volvió hacia Helena y la sujetó. Porcio dejó al niño en el balcón; después, saltó por la espalda sobre el agresor de Helena e intentó separarlo de ella. Porcio estaba chillando, lo cual habría podido dar la alarma si hubiera habido alguien cerca... o si alguno de mis convecinos fuera de los que reaccionan cuando oyen que se está cometiendo un asesinato. Pero allí todos eran sordos. Teníamos que salir de aquélla por nuestros medios.

La escaramuza del trío distrajo ligeramente a mi captor. Empujé con los codos para colar las manos lo más abajo posible y le di un buen apretón. Con ambas manos. El rostro del hombre se contrajo en una mueca de cólera, pero mi intento de estrujarle sus partes no produjo otro efecto visible. Estaba perdido. Con

sólo hinchar el pecho, me levantó del suelo. Me habría levantado por encima de la cabeza, pero la estancia era demasiado baja. Se volvió lentamente y, en lugar de ello, se dispuso a estrellarme contra una pared. Vi que Porcio retrocedía tambaleándose, tras separar por fin al tipejo de Helena. Los dos cayeron sobre nosotros y el gigante cambió de idea respecto a convertirme en un elemento decorativo de la pared. Porcio y su cautivo salieron despedidos.

El grandullón, sin soltarme, me obligó a volverme. Ahora iba a servirle de arma, pues se proponía atacar a Porcio utilizándome como ariete.

De repente, Helena cogió una cazuela de caldo caliente de los fogones y la volcó sobre el hombrecillo de modo que el líquido escaldador le cayera en el rostro y el cuello.

Porcio observó la maniobra, soltó a su presa y se echó a un lado, justo a tiempo. El hombre se retorció entre alaridos. Mi captor cambió la presión con la que me asía. Parecía verdaderamente preocupado por los gritos de agonía de su colega. Ahora, yo me resistía. Hacía todo cuanto podía, pero era inútil. Como intentar dar forma a un bloque de cemento fraguado, sólo con las manos.

Porcio arremetió de nuevo contra el pequeño de los matones, le dio varios puñetazos y luego, entre él y Helena —que probaba a abrirle la cabeza con la peana de hierro de la cazuela, casi al rojo—, siguieron golpeándolo para expulsarlo de la casa. El hombre seguía aullando e intentaba eludir los golpes. Inopinadamente, encontró la navaja que yo había dejado caer y, al instante siguiente, estaba en cuclillas y movía el arma en furiosas fintas. Helena y Porcio retrocedieron hacia la puerta del balcón. Incluso escaldado y con las lentejas hirvientes resbalándole por el cuello de la túnica, el tipo resultaba peligroso.

Yo estaba en un buen apuro. Cada movimiento que hacía me acercaba más a la asfixia. Tenía un brazo inútil, magullado. Empujé con la otra mano el mentón del gigante y le eché la cabeza hacia atrás cuanto pude. Puso una cara como una máscara demoníaca, pero continuó estrujándose. Empecé a perder el conocimiento.

Y entonces advertí que por la escalera subía gente. Helena gritaba socorro. Escuché unas pisadas apresuradas. De pronto, algo voló por los aires y se agarró del poderoso brazo que me estaba estrujando la cabeza. El hombretón lanzó un grito e intentó desahirse. Caí al suelo. Mi salvadora era *Nix*, cuyas mandíbulas se cerraban en torno a los músculos de mi atacante al tiempo que dejaban escapar gruñidos amenazadores y sonoros.

La habitación se llenó de mujeres chillonas. El enano dejó caer el arma y me apresuré a cogerla. Me puse en pie y, sin esperar un instante, hundi la hoja en el costado del cuello del gigantón. No fue un corte muy preciso. No tenía tiempo de apuntar y, de todos modos, el tipo era demasiado grande como para que lo detuviera un solo navajazo. Pero hizo daño. Y brotó la sangre, siempre alarmante.

—¡Estás muerto! —le solté (aunque dudaba de ello). Él se pasó una mano por la herida como si espantara unas moscas; una mano, porque la perra aún seguía colgada de su otro brazo con las mandíbulas rígidamente encajadas. Cuanto más trataba de sacudírsela de encima, con más ferocidad mordía el animal.

Un muchacho apareció entre los recién llegados. Era mi sobrino Mario. Enseguida, se asomó al balcón y emitió un silbido ensordecedor.

—¡Aquí, agentes... y deprisa!

Al parecer, llamaba a una unidad de vigiles que aguardaba abajo.

Todo aquello era demasiado. Un rellano abarrotado de testigos —mi madre, mi hermana Maya y Mario— no era un lugar recomendable ni siquiera para nuestros visitantes. No había espacio para pegar a alguien como era debido. Y ahora Mario había llamado refuerzos. La pareja decidió que, si venían los vigiles, era mejor bajar enseguida. Con un poderoso esfuerzo, el matón corpulento obligó a la perra a abrir las fauces y la lanzó contra el suelo.

—¡Ten cuidado, idiota! —me gritó entonces. A continuación, los dos hombres corrieron hacia la puerta (perseguidos por la perra y sus feroces ladridos), dejaron atrás a mi madre y a Maya y echaron escaleras abajo.

Porcio cogió a la perra por el pelaje del cuello y la arrastró dentro antes de cerrar a puerta. *Nux* se lanzó contra la madera en un nuevo intento de perseguir a los villanos. Entre sollozos esta vez, Mario se arrojó sobre mí.

—Vamos, vamos, Mario. Ya se han ido.

—Cuando lleguen abajo se darán cuenta de que allí no hay ningún vigil.

Cuando llegaran al nivel de la calle, los dos hombres estarían exhaustos. Uno de ellos iba cubierto de sangre, aunque las heridas estaban lejos de ser mortales; el otro estaba seriamente escaldado.

—Confía en mí, Mario; se han marchado. Eres muy valiente.

—Volverán —pronosticó mi madre.

—Esta noche, no.

Tomamos precauciones y, a continuación, los hombres empezamos a despejar la habitación mientras las mujeres comentaban el incidente. Agradecí al recluta la ayuda que nos había prestado.

—¡Eres un muchacho despierto, Porcio! ¿Dónde te encontró Petro?

—Soy hijo de un vendedor de fiambres.

—¿Interesado en limpiar la sociedad?

—¡Interesado en escapar de los sesos en adobo!

Helena había recogido al bebé de su refugio en el balcón y lo depositó en mis brazos; lo acuné unos instantes con ánimo tranquilizador, aunque no tardé en entregarlo a mi madre. Cuando el llanto del bebé remitió, observé a Helena con inquietud. Tenía la cara pálida, pero parecía serena mientras recomponía su peinado y colocaba de nuevo un par de peinetas justo encima de las orejas. Ella y yo ya hablaríamos cuando se hubieran marchado los demás.

Mientras me palpaba el cuerpo con disimulo, tratando de comprobar si sufría alguna lesión permanente, advertí que mi madre contemplaba a Helena. Nada en la actitud de ésta apuntaba que se sintiera irritada, pero la expresión de mi madre se endureció. A veces, cuando creía reconocer un secreto, a mi madre le faltaba tiempo para comentarlo; en otras ocasiones, le complacía más guardar silencio. Guiñé un ojo a Helena. Mi madre no dijo nada. No sabía que nosotros sabíamos que ella sabía.

Helena echó un vistazo a la revuelta estancia. La perra alzó la vista hacia ella, saltó a sus brazos y empezó a lamerla frenéticamente. Como saltadora, habría ganado una corona en los Juegos Olímpicos.

—No pienso adoptar ningún perro —declaré en un tono que quería ser severo y rotundo, pero Helena continuó agarrada al excitado bulto de pelo. La perra estaba llena de vida, ahora que veía una oportunidad de hacerse un lugar en una casa acogedora.

—¡Claro que no! —intervino mi madre mientras buscaba un lugar donde tomar asiento para recuperarse del esfuerzo—. ¡Pero el animal parece haberte adoptado!

—Podrías entrenarla para que te guardara la ropa en los baños públicos —apuntó Porcio—. En esos locales se producen muchos robos. Imagínate el apuro: salir de las termas desnudo y descubrir que tu túnica ha desaparecido.

—¡Nadie se lleva unos harapos como las túnicas que suelo llevar!

Maya y mi madre estaban discutiendo acerca de Mario. Contento de tener a alguien más joven a quien poder tratar con superioridad, Porcio tomó por la barbilla al muchacho y lo miró a los ojos.

—¡Eres un chico listo y rápido, Mario! —le dijo—. Si tu tío sigue en este trabajo cuando seas mayor, podrías ser un buen ayudante.

—Yo pienso dedicarme a enseñar retórica —insistió Mario—. Pero estoy preparando a mi hermano pequeño para que trabaje con mi tío.

—¿Anco? —Al ver cómo intentaba enredarme, me eché a reír—. ¿Y me servirá de algo?

—Anco es un inútil —declaró su hermano.

La vida es como una cesta de huevos; invariablemente, siempre escojo el que está roto.

Mi madre y Maya habían llegado en un momento oportuno pero, ahora que podía pensar en ello, comprendí que debía de haber una razón para la visita. Una razón que no me iba a gustar.

—Gracias por interrumpir las celebraciones, pero ¿qué os ha traído aquí? ¿No me digáis que Tértula aún sigue perdida? —Mi madre y mi hermana asintieron con expresión sombría. Maya me recordó que había prometido organizar una batida y me comunicó la fabulosa novedad de que la mayoría de mis cuñados (una crasa banda de holgazanes e idiotas) se presentaría en breve para colaborar

en la búsqueda. Al saberlo, se me escapó un gemido—. Escuchad, esa pequeña siempre hace esas cosas y, en este momento, ya tengo suficientes asuntos que resolver. ¿Es necesario armar todo este revuelo por una travesura infantil?

—¡Sólo tiene siete años! —replicó Maya. En silencio, todos pensamos en las brutalidades que se podían cometer con una chiquilla de su edad.

—Le ha sucedido algo —corroboró mi madre—. Si no puedes ayudarnos, al menos indícanos a los demás qué podemos hacer.

—¡Está bien, os ayudaré! —exclamé finalmente.

—Como dices que estás tan ocupado... ¡No queremos molestarte!

—¡He dicho que os ayudaré!

—¿Es un asunto para los vigiles? —intervino Porcio, interesado en la conversación.

—Una niña desaparecida.

—Últimamente, hemos tenido muchos casos de desapariciones infantiles.

—¿Y se han resuelto? —quise saber.

—Así parece. Primero llegan los padres, histéricos, a pedir búsquedas casa por casa; después, aparecen de nuevo con aire ovejil para comunicar que el pequeño estaba en casa de una tía, o en una emocionante expedición callejera...

—Con esto, el tema podría haber quedado zanjado, pero el recluta de Petro tuvo que añadir algo más—: Mi jefe ha llegado a pensar que las desapariciones podían obedecer a algún plan, pero no hemos tenido tiempo de investigar el asunto.

—Si alguien secuestra a Tértula, la devolverá enseguida, estad seguras —comenté.

—No te lo tomes a broma —replicó Helena, adelantándose a Maya por medio suspiro.

Con un sonoro resoplido, prometí trazar un plan de búsqueda sensato. Para empezar, Helena y mi hermana prepararían una descripción de la chiquilla para los vigiles, cuyas patrullas podían colaborar en la batida.

Habría mostrado más entusiasmo, pero ya tenía suficiente con intentar disimular que me dolía todo el cuerpo y que estaba al borde del pánico. Aún tenía el brazo izquierdo completamente inútil y empezaba a temer que el gigantón me hubiese producido un daño permanente. Por último, Porcio advirtió mi expresión perturbada.

—¡Oh, Falco! ¿Estás bien? Me parece que te pasa algo en la clavícula.

Levanté una ceja. Por lo menos, aún era capaz de eso.

—¿Entiendes de medicina?

—La primera parte de nuestra preparación en los vigiles consiste en aprender a evaluar los daños.

Vi a Helena muy alarmada. Le perturbaba, sobre todo, no haberse dado cuenta de mi estado. Porcio dijo que iría a buscar a Scythax, el médico de la cohorte, para que me examinara. De repente, empezaron a tratarme como a un

inválido. Cuando Helena fue al dormitorio a por una manta para envolverme con ella, le dije a Porcio en voz baja que deberíamos haber seguido a los intrusos para intentar descubrir su identidad.

Al principio, mi sugerencia lo llenó de consternación, pero luego sonrió. El recluta era un muchacho alto, de buena constitución y aspecto juvenil, y tenía una piel sonrosada bajo el bronceado de su actividad al aire libre. Tras su contribución a la pelea, parecía haber ganado confianza.

—Creo que sé quiénes eran —me aseguró—. No los he visto nunca, pero apuesto a que esos dos eran el Molinero y el Pequeño Ícaro.

Habíamos ofendido a alguien, en efecto. A alguien a quien debería haber dejado en paz. El problema con Tértula quizá debería esperar, finalmente. Este asunto era mucho más serio.

## XXXVII

Porcio se marchó a buscar a Scythax, el médico, y a informar a Petronio de lo sucedido.

Antes de que se marchara habíamos comentado unas cuantas ideas.

—Si estás en lo cierto, y tengo absoluta confianza en tu buen juicio, Porcio —lo vi sonrojarse de felicidad—, ahora sabemos que algunos de los hombres de Balbino han vuelto a Roma. Y eso significa, probablemente, que todos ellos están aquí otra vez.

—Y los hace sospechosos del robo en el Emporio —apuntó Porcio. El joven recluta poseía una mente muy despierta; apenas había concluido la pelea y ya estaba encajando datos e indicios. El muchacho tenía madera.

Continué reflexionando en voz alta:

—Cuando hablamos con Lalage, yo acompañaba a Petro como un simple miembro de la cohorte. No hay ninguna razón para que le dedique un trato especial. Y aparte de Nonnio, que no cuenta, las únicas personas a las que he visitado por mi cuenta son las mujeres de Balbino. El hecho de que los enviados a disuadirme de seguir con las pesquisas fueran el Molinero y el Pequeño Ícaro apunta a que esto es cosa de la familia. —Estaba convencido de que aquello había sucedido porque había hecho demasiadas preguntas a Fláccida y a Milvia. La velocidad con que habían averiguado tanto sobre mí era preocupante, pero esta reflexión me la guardé para mí—. Quizá podemos olvidarnos de otras bandas. Quizá Petro descabezó la organización de Balbino pero el cuerpo sigue activo. Tenemos que descubrir quién lo dirige ahora, Porcio.

Y teníamos que hacerlo pronto, por la seguridad de mi familia.

—¿De veras crees que puede ser cosa de la mujer o de la hija, Falco?

—O del yerno. Todavía no lo conozco.

—O de Lalage —insistió Helena, reacia a abandonar su teoría—. No creo que le resultara muy difícil contratar los servicios del Molinero y compañía.

Porcio y yo cruzamos una mirada disimulada. Reconozcámoslo: tanto para él como para mí era más tranquilizador pensar que la organización de Balbino había caído en manos de uno de sus propios matones, que imaginarla dirigida en la sombra por una mujer. Aunque fuera tan aguerrida como Fláccida o como Lalage.

Pero ni Porcio ni yo íbamos a proclamar tal cosa delante de Helena Justina.

Mi novia procedía del mismo recio molde que había producido a Tanaquil, la reina guerrera, a Cornelia, a Volumnia, a Livia y a otras prestigiosas matronas que no habían tolerado que se dijera de ellas que eran un ápice inferiores a cualquier hombre. Personalmente, me gustan las mujeres con ideas propias, pero cuando uno está aleccionando a un recluta sobre la vida en la calle, hay que ser pragmático.

—El Molinero y el Pequeño Ícaro no deben de ser muy listos —comentó Helena—. Daban miedo, pero si han vuelto a Roma para dirigir el espectáculo, deberían ser discretos y no atraer la atención hacia ellos mismos. Fláccida parecía lo bastante inteligente como para darse cuenta.

—¡Aja! —asentí con una sonrisa—. ¡Y eso nos lleva otra vez a Lalage como la reina de las maniobras inteligentes!

O a alguien en quien no habíamos pensado todavía.

Scythax se presentó enseguida. Porcio había corrido hasta el cuartel sin detenerse. Le había advertido que se andara con cuidado cuando llegara a la calle. Debía de haberle contado lo sucedido con tono urgente, pues el médico se había dado prisa en acudir. Porcio había vuelto con él para indicarle la casa. También Petro había enviado dos miembros de la patrulla de a pie para montar guardia. Mi amigo había comprendido el peligro en que me hallaba.

Scythax era un liberto oriental de ademanes bruscos que daba la impresión de sospechar que su paciente simulaba la dolencia. Su actitud resultaba comprensible, pues los patrulleros vigiles siempre trataban de rehuir el servicio fingiéndose enfermos. Dado lo peligroso de su trabajo, ¿quién podría recriminárselo? El médico esperaba que el paciente empezara a quejarse tan pronto entraba en la habitación y tenía poca paciencia con los «dolores de cabeza», las «lumbalgias» y los «viejos problemas de rodilla». Había oído pretextos de todo tipo. Para contar con el interés de Scythax, uno tenía que presentar un prurito al rojo vivo o una hernia: algo visible o palpable.

Por lo menos, aceptó que tenía el hombro y el brazo inutilizados. Le encantó informarme de que sólo se trataba de una dislocación de hombro. El tratamiento consistiría en devolverlo a su lugar mediante una manipulación.

La llevó a cabo. «Manipulación» me había parecido una palabra bastante suave. En realidad, la maniobra implicaba aplicarme una fuerza bruta de la que habría estado orgulloso el propio Molinero. Debería haberlo imaginado cuando Scythax pidió a Helena y a mi madre que me sujetaran por los pies para que no pudiera patear, al tiempo que Porcio debía arrojarse sobre mi pecho con todo su peso. Scythax me atacó inmediatamente: apalancó un pie en la pared, se echó hacia atrás y tiró.

Dio resultado. Y dolió. Dolió muchísimo. Incluso mi madre tuvo que sentarse a tomar aire y Helena se echó a llorar sin disimulo.

—No te cobraré nada —dijo Scythax en tono condescendiente y amistoso.

Mi madre y mi novia hicieron sendos comentarios que, al parecer, sorprendieron al oriental.

Para suavizar la irritación que reinaba en el ambiente (ya que, en efecto, me había reparado el hombro), acerté a susurrar:

—¿Has visto el cuerpo que la patrulla ha llevado al cuartel esta mañana?

—¿El de Nonnio Albio?

—¿Sabes quién es?

Scythax me miró con abierta ironía mientras recogía su equipo.

—Estoy al tanto del trabajo de la cohorte.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Lo que apuntaba Petronio Longo: el hombre fue torturado, con seguridad, antes de morir. Muchas de las heridas no son mortales por sí mismas. Se las infligieron para causar dolor; me dio la impresión de un castigo. Lo cual concuerda con su situación de soplón que ha traicionado a su jefe.

Y dirigía las sospechas hacia la misma lista de gente que podía haber ocupado el puesto vacante: las mujeres de Balbino, los otros miembros de la banda y Lalage.

—Estaba muy enfermo —apunté cuando el médico ya tomaba la puerta—. ¿Pudiste averiguar qué dolencia podía sufrir?

La reacción de Scythax fue bastante extraña. Una expresión que casi podría calificarse de divertida cruzó su rostro.

—Ninguna de gravedad —contestó por fin.

—¡Pero si creía estar agonizando! —exclamó Helena, perpleja—. ¡Si ésa fue la única razón de que Petronio lograra convencerlo para testificar!

—¿De veras? —El liberto fue muy tajante—: El médico debió de confundirse.

El asunto empezaba a despertar mi suspicacia.

—Su médico era un tal Alejandro. Lo conocí en la casa y me pareció tan competente como cualquier otro esculapiano.

—¡Oh! Alejandro es un doctor excelente —me aseguró Scythax con rotundidad.

—¿Lo conoces, Scythax?

Esperaba encontrar rivalidad o solidaridad profesional, pero no lo que oí a continuación:

—Es mi hermano —respondió Scythax.

Después nos dirigió una sonrisa, como si fuera demasiado viejo para añadir nada, y salió.

Busqué la mirada del impresionable recluta de Petro. Se había quedado boquiabierto al comprender, un poco después que yo, lo que se deducía de la última revelación del médico de la cohorte.

—Es una lección para ti, Porcio —le dije en voz baja—. Trabajas para un

hombre que no es lo que parece. Me refiero a Petronio Longo, un hombre que tiene fama de mostrar modales suaves... ¡tras los cuales acecha el oficial investigador más tortuoso y malintencionado de toda Roma!

## XXXVIII

Maya era de esa clase de organizadores que adoran los generales. Había impuesto el terror entre los hombres de nuestra familia. La respuesta de éstos a sus instrucciones de presentarse en la plaza de la Fuente para buscar a la pequeña Tértula fue la obediencia ciega; incluso Mario, el esforzado erudito, había abandonado sus trabajos de gramática. Me quedé impresionado. Todos mis cuñados habían acudido al instante; todos menos el barquero, Lolio, el padre de la chiquilla perdida. Era demasiado esperar que aquel desgraciado mostrara el menor interés. Ni siquiera Gala, su esposa, esperaba nunca el apoyo de Lolio.

Pero había suficiente con los otros cuatro. ¡Menuda pandilla! Por orden de edad de mis hermanas, eran:

*Mico*. El enlucidor, desempleado e inempleable. De cara pastosa y eternamente alegre. Ahora que Victorina había muerto, estaba sacando adelante a cinco hijos. Y lo hacía fatal, aunque todo el mundo se sentía obligado a decir que, por lo menos, lo estaba intentando. Los pequeños habrían tenido más posibilidades de sobrevivir si su padre se hubiera embarcado a Sicilia y no hubiese vuelto más, pero Mico defendía su inútil papel como un luchador. No se rendía nunca.

*Veroncio*. El tesoro de Alia. Un contratista de caminos astuto y de poca confianza que olía a pescado en salmuera y a axilas sin lavar. Uno pensaría que el tipo se había pasado el día con la pala en la mano, cuando lo único que hacía en realidad era aprovecharse en los contratos. Una mirada a Veroncio adormilado y con aire culpable era suficiente para entender la existencia de tantos baches en la Vía Apia.

*Cayo Baebio*. El tedio absoluto. Un pesado capataz de funcionarios de aduana que creía saberlo todo. Pero no sabía nada, sobre todo de mejoras en la casa, un tema sobre el cual le gustaba perorar durante horas. Cayo Baebio había traído a *Ajax*, el perro guardián consentido e incontrolable que tenían él y Junia. Al parecer, algún gracioso había decidido que *Ajax* podía olfatear un zapato de Tértula y, a continuación, seguir sus movimientos. Cayo y *Ajax* llegaron en un revuelo de patas y de pelambre negra descuidada y, al momento, tuvimos que encerrar a *Nix* en mi alcoba para evitar que *Ajax* la atacara (el perro de Cayo y Junia ya tenía antecedentes violentos). *Famia*. El hombre de Maya era el mejor

del grupo, aunque debo señalar que Famia era un borrachín de nariz roja y ojos rasgados que habría conseguido sacarle dinero a Maya con regularidad si hubiese reunido suficiente energía. Mientras ella criaba a sus hijos, él dejaba transcurrir su vida como veterinario de caballos de tiro. Trabajaba para los Verdes. Yo apoyaba a los Azules. Nuestra relación no podía prosperar y no lo había hecho.

Desde un principio, se fueron congregando con un gran bullicio. Alguno de los cuñados daba la impresión de esperar que renunciáramos a la idea de la búsqueda y nos sentáramos todos en torno a una ánfora. Helena los sacó del error con energía. Después llegaron las inevitables bromas acerca del bebé abandonado, la mayoría de las cuales insinuaba que era algún recuerdo desgraciado de mi pasada soltería. Tragué todo aquello. Mis parientes varones tenían un aspecto positivo: como estaban casados con mis hermanas, todos habían aprendido a ser dominados al momento mediante el sarcasmo.

Como no tenía a nadie en casa para cuidar de los niños (su anciana madre había salido esa noche a jugar a los dados en una caupona junto al Templo de Isis), Mico había traído a los tres menores. Aquellos desagradables renacuajos habrían de ser entretenidos, alimentados copiosamente y protegidos del perro de Cayo y Junia.

—¡Si le encantan los niños! —protestó Cayo Baebio mientras *Ajax* tensaba la débil correa que sujetaba el collar e intentaba reducir la familia de Mico a algo que poder enterrar en el soleado patio de desayunar de Cayo, salpicado de pilastras.

A continuación, le dieron a oler un zapato para que iniciara su tarea como rastreador. El perro se limitó a destrozar el zapato, tomándolo por una rata muerta. Cayo Baebio profirió unas exclamaciones coléricas, se sonrojó y echó la culpa a todos los demás.

Helena tomó el mando, apoyada por el joven Mario. Adjudicaron a cada cuñado un sector a investigar y les ordenaron preguntar a los tenderos y vecinos si alguien había visto a Tértula durante el día. Después, Helena y su ayudante organizaron a mis diversos sobrinos para hacer de mensajeros si surgía alguna información.

—¿Vienes tú, Falco?

—Marco está confinado en cama.

Helena reveló que aquel día había sufrido una grave herida. Soy experto en fingir palidez en una crisis; para eso estuve siete años en el Ejército. El grupo se dispersó sin mí. Cayo se llevó al perro. Los hijos de Mico se agarraron a su padre y fueron con él. Volvió el silencio y Helena empezó a darle las gachas al bebé. Iba a ser una operación larga y farragosa. Me fui a la cama para echarme un rato. Quería pensar en aquellas dos interesantes novedades: que el médico que había anunciado a Nonnio Albio su muerte inminente había mentido, y que dicho médico, casualmente, tenía un hermano que trabajaba en el sector público...

junto a Petronio.

Tan pronto me hube acostado, protegiéndome el brazo lesionado, *Nix* saltó a los pies del lecho y se instaló como si pensara que su papel en la vida era dormir en la cama de su amo.

—Deja de calentarme los pies. ¡No soy tu amo!

La perra abrió un ojo, sacó una larga lengua rosa y meneó el rabo con entusiasmo.

### XXXIX

Los cuñados se tomaron su tiempo. Probablemente, tan pronto habían doblado la esquina, se habían reunido otra vez y habían entrado en alguna taberna para relajarse.

Aproveché su ausencia para acercarme al nuevo apartamento y continuar la limpieza. El brazo lesionado me dificultaba el trabajo, pero Helena había venido conmigo para ayudar. Pese a la pareja de vigiles que montaba guardia en la escalera, no estaba dispuesto a dejarla sola bajo ningún concepto, ahora que la banda de Balbino conocía nuestro paradero.

*Nux* siguió nuestros pasos con un alegre trotecillo. La dejé fuera, pero oímos cómo se tumbaba ante la puerta y resollaba por debajo de ésta, esperando a que volviéramos a salir.

—¡Esa perra te adora! —dijo Helena con una risilla.

—No le servirá de nada.

—¡El héroe de corazón de piedra! aunque... aunque hubo un tiempo en que también adoptaste esta actitud defensiva frente a mí. —Helena sonrió al recordarlo.

—De eso, nada. Era yo el que babeaba ante tu puerta, suplicándote que me dejaras entrar.

—Tenía miedo de lo que podía pasar si lo permitía.

—¡Yo también, señora! —le aseguré con una sonrisa. Todavía hoy, el corazón se me desbocaba cada vez que pensaba en nuestra relación, en dónde nos llevaría.

Tuvimos que abrir la puerta para sacar los últimos escombros, y la perra aprovechó para entrar. Me vi obligado a llamarla con un silbido para que me siguiera, pues no quería dejar al animal a solas con el bebé abandonado. Entre los dos me tenían desquiciado.

Mientras trabajábamos, discutí con Helena mi teoría de que Nonnio había caído en una celada que le había preparado Petronio.

—¿Fue una maniobra ilegal, Marco?

—Lo dudo.

—¿Hubo engaño?

—Fue Nonnio quien cometió la estupidez de creer lo que le dijo el médico.

—¿Y si hubiera descubierto el enredo? Cabe pensar que, al comprobar que no

moría de su «enfermedad fatal», terminaría por darse cuenta de que el diagnóstico era un fraude.

—No habría podido quejarse. De haber vivido, habría disfrutado de la parte de las propiedades de Balbino que le correspondiesen por la delación.

—Tu amigo Petronio es un tipo listo...

—Los reposados son los peores —asentí.

Aún estábamos en nuestro nuevo alojamiento cuando apareció el propio Petro para inspeccionar los daños que me habían causado el Molinero y el Pequeño Ícaro. Parecía inquieto pero, una vez me hubo observado de pies a cabeza, su rostro ancho se relajó un poco.

—Vaya, Falco, de modo que estarás de baja durante una temporada, ¿eh? ¿Cuánto durará la convalecencia?

—¡Olvidalo! Toma, ayúdame a echar este capazo al carro. —Petro lo hizo gustosamente mientras yo disfrutaba haciendo de capataz—. Lo que necesita tu investigación es trabajo intelectual, y a mi cabeza no le sucede nada.

Mientras avanzaba con el capazo para volcar los escombros en el carro, Petro adoptó una expresión como si dudara de mis palabras; por eso, cuando pasó junto a mí, le propiné un golpe con mi brazo bueno para demostrarle que no estaba incapacitado; después, con tono sarcástico, lo machaqué a comentarios sobre la jugarreta que le había gastado a Nonnio. Mi camarada de armas se limitó a mostrar su inquietante sonrisa.

—¿Silvia ha vuelto a casa ya? —preguntó Helena a nuestra espalda.

—Sí —contestó.

Parecía sorprendido de la pregunta. Por mi parte, imaginé cómo había hecho para convencer a Silvia y resolver el problema. Petronio tenía años de práctica en el arte de apaciguar a su irritable esposa.

Cuando regresamos al apartamento para recoger más escombros, Petro cambió de tema.

—¿Porcio ha sido de alguna utilidad en la trifulca?

—Ha respondido perfectamente. Es un buen elemento, y yo diría.

—Un poco bisoño. —Petro rara vez elogiaba a sus hombres hasta haberlos sometido a prueba por completo. Aunque deseaba oír buenas noticias acerca del muchacho, su tono de voz transmitía cierta desconfianza.

—¡Parece impresionado por la astucia de su oficial superior!

De nuevo, Petronio continuó con lo que estaba haciendo como si no tuviera idea de a qué me refería. Recorrió con la mirada el apartamento, que ya estaba casi despejado, y comentó:

—Falco, este lugar está mejor que los otros apartamentos que has tenido, pero es una pocilga. Helena no puede vivir aquí.

—Lo único que necesita es un buen barrido —protestó Helena, siempre leal.

Con un codazo de complicidad en sus costillas, comenté a Petro:

—Ya que eres amigo nuestro, podrías ofrecernos a las patrullas de a pie para que nos ayuden a traer el agua.

Su respuesta fue una estentórea carcajada despreciativa.

—¡Si quieres que los jodidos bomberos te hagan un favor, tendrás que pedirselo tú mismo!

Petronio había descubierto las herramientas de los operarios de Esmaracto que había rescatado de los escombros y se lanzó sobre ellas con una exclamación. De inmediato, se puso a escoger clavos y piezas de buena madera. En los que se refería a material de carpintería, era aún más terrible que yo a la hora de recuperar restos de entre la basura.

—¡Coge todo lo que quieras! —exclamé, al tiempo que recuperaba unas tenazas de metal.

—¡Gracias, Falco!

—Petro, ¿Porcio te ha contado algo de la desaparición de la sobrina de Marco? —intervino Helena mientras los dos rebuscábamos por el suelo—. Vamos a tener que pensar que alguien la ha secuestrado. ¿Es verdad que ha habido otros casos?

—Un montón de ellos. He pensado que podría haber una relación entre las desapariciones porque todos los pequeños pertenecían a familias ricas. —Con una sonrisa, añadió—: Con el debido respeto al clan Didio, este caso no debe de estar relacionado.

—Mi padre tiene dinero —señalé secamente.

—Tu padre no es conocido por su lealtad a la familia, precisamente. Si un secuestrador intentara extorsionar a Gémino amenazando a su nieta, apuesto a que no conseguiría de él un solo as. Sé sincero, Marco; ¿te lo imaginas pagando un rescate por una de esa peste de criaturas de tus hermanas?

—Tal vez.

O tal vez no.

—De los otros niños perdidos, la mayoría eran tiernos muñequitos encantadores cuyos padres pagarían con gusto para recuperarlos. También ha habido un caso de un bebé robado de una cuna muy distinguida pero, al final, el asunto ha quedado simplemente en que una niñera se lo llevó para enseñárselo a una amiga.

—¿Te convence la explicación?

—No.

—¿Te permitieron interrogar a la niñera?

—Claro que no. ¡Podríamos haber averiguado algo!

—¿Y todos los niños perdidos han aparecido?

—Eso parece.

—¿Hay alguna pista que pudiéramos seguir?

—El único dato es que todos los casos han sucedido al sur del Circo. He

comprobado que ninguna otra cohorte ha comunicado hechos parecidos en su jurisdicción. También he intentado esbozar la teoría de que el autor de los raptos es alguien que normalmente ronda por el Aventino y pasaría inadvertido. Pero los padres siempre se han negado a colaborar, de modo que no tenía por dónde empezar y he acabado por dejar de lado el asunto. Tengo suficiente de que ocuparme.

—¿Estarías dispuesto a revelarme el nombre de alguno de esos padres? —intervino Helena, meditando.

—No te propondrás ir a verlos, ¿verdad? —Petro esperaba una negativa, pero ésta no se produjo—. ¿Vas a permitirlo, Falco?

Su actitud hacia las mujeres era tan tradicional como relajada era la mía. Lo extraño era que su adusto paternalismo siempre le había dado mejores resultados; por lo menos, hasta que Helena había entrado en mi vida. Petro no podía competir con ella.

—Pongo el límite en que interroge a los sospechosos —respondí con una sonrisa. Pero mi comentario no tenía en cuenta el hecho de que aquel mismo día la había llevado conmigo como ayudante. Un brillo peligroso iluminó los tiernos ojos de Helena—. Pero no veo nada malo en que visite a unas víctimas respetables.

—¡Oh, gracias! —murmuró ella. Decididamente, no era un conservador.

—Es sumamente irregular —se quejó Petronio.

Empezaba a ceder. Helena Justina tenía una gran ventaja sobre nosotros: podía acercarse a aquellas familias distinguidas de igual a igual; probablemente, la suya lo era más que ninguna. Los dos percibimos cómo su mente empezaba a dar vueltas al asunto. Con todo, tuvo la cortesía de explicarse:

—Puedo decir que he pedido sus nombres y direcciones porque nosotros también estamos desesperados con la desaparición de nuestra pequeña. Si creen que se lo pido como ciudadana privada, quizá me cuenten algo más de lo que estaban dispuestos a revelar a los vigiles.

Petronio dejó de resistirse.

—¿Vas a hacer el papel de madre desesperada?

Helena lo miró a los ojos y respondió:

—Será un buen entrenamiento, Petro. Dentro de bastante poco, yo también tendré motivos reales para ponerme histérica.

Petro se volvió hacia mí. Me encogí de hombros y murmuré:

—Sí, es cierto. Te lo iba a contar...

—¿Ah, sí? ¡Lo que me dijiste hace poco fue todo lo contrario! ¡Me aseguraste que eso no iba a suceder!

Hizo ademán de marcharse, enojado, pero en el último momento cogió al niño abandonado, que estaba reclinado como un faraón sobre un saco de trapos viejos, y lo levantó en el aire. Petro, padre dedicado de tres pequeños, se apoyó

en el marco exterior de la puerta e hizo exhibición de su práctica con los niños. El bebé, más tolerante que nunca, aceptó que los hombrones de aspecto duro eran quienes más ridiculeces empalagosas le decían.

—¡Hola, regordete! ¿Qué haces tú aquí con este par de excéntricos?

Empecé a explicarle que, cuando no tenía encima a un par de fugitivos de la justicia que me molían a golpes, dedicaba mi tiempo a tratar de encontrar a los responsables del bebé. En aquel momento, Martino se presentó en la plaza de la Fuente. Desde nuestro apartamento de la primera planta lo vimos antes que él a nosotros. Al otro lado de la calle, Martino empezó a farfullarle algo a Lenia. En un primer impulso, Petronio se retiró de la puerta tratando de ocultarse, pero al ver las prisas de Martino, normalmente tan pausado, cambió de idea.

Salió al portal y lanzó un silbido. *Nix* empezó a ladrarle sonoramente. Lenia gritó una maldición desde el otro lado de la calle. Varias cabezas asomaron por las ventanas para ver qué sucedía. Los transeúntes se detuvieron y los compradores prestaron atención a la escena con descaro. Aquél era un buen ejemplo de la discreción y la eficacia de la Cuarta Cohorte; pronto, todo el Aventino conocería lo ocurrido. Cualquier posibilidad de resolver el problema gracias al elemento sorpresa quedaba descartada antes incluso de saber cuál era el problema.

Martino se volvió hacia nosotros y, excitado, nos transmitió a gritos su mensaje: una banda acababa de realizar un sonado atraco, a plena luz del día, a los orfebres de la Saeptha Julia. El tamaño del botín, la rapidez del ataque y la efectividad de los ladrones presentaban marcados parecidos con el robo del Emporio. La Séptima Cohorte llevaba el caso, pero se requería la presencia de Petronio en el lugar de los hechos.

Petro ya estaba en mitad de la calle cuando, con una maldición, se dio cuenta de que todavía llevaba en brazos al bebé abandonado. Volvió sobre sus pasos, subió los peldaños de tres en tres con sus largas piernas de araña, depositó al pequeño en mis manos y volvió a salir. Yo pasé el chiquillo a Helena, ordené a *Nix* que se quedara a protegerlos y salí apresuradamente tras Petronio.

No llevaba un buen calzado para correr, pero no tenía la menor intención de perderme aquello.

## XI

En la Saepta encontré mucha menos confusión de la que habíamos visto en el Emporio. Los orfebres eran un clan más reservado que el de los mercaderes. Preferían no armar mucho revuelo acerca de sus reservas de metal precioso ni siquiera cuando se las habían arrebatado. Ninguno quería confesar, sobre todo a sus competidores, cuánto oro poseía o tan siquiera cuánto había perdido. Sencillamente, se limitaban a asomarse a la puerta de la tienda o al balcón del altillo con aire profundamente melancólico.

Petronio se aseguró de recordar a los expoliados la advertencia de Vespasiano de que la compensación a los mercaderes del Emporio había sido una medida excepcional. Los orfebres habían recibido aviso de tomar precauciones, declaró. Ya que no habían sabido asegurar sus locales a pesar de la notificación oficial sobre la necesidad de reforzar la vigilancia, deberían afrontar sus pérdidas.

Sus palabras produjeron el efecto de una huelga de gladiadores en una festividad de cinco días. A continuación, Martino empezó a visitar uno por uno a los joyeros para confeccionar otra de sus listas, con la esperanza de evitar las reclamaciones hinchadas. Quizás el emperador, finalmente, accediera a concederles compensaciones, aunque lo más probable era que se limitara a soltar una buena reprimenda al prefecto de los vigiles por no haber sabido evitar otro robo a gran escala. El prefecto la emprendería contra el tribuno de la Séptima, que era la responsable de la Saepta, y contra Marco Rubela, tribuno de la Cuarta y encargado de la investigación especial para capturar a la banda. Y Rubela caería encima de Petronio como una carga de ladrillos soltada desde gran altura.

Asimilé las dimensiones del asalto, que eran fenomenales. Era lo único que necesitaba saber. El siguiente paso sería pura rutina: recoger innumerables detalles e interrogar a unos testigos poco dispuestos a colaborar y cuya información, probablemente, no sería de ninguna utilidad. Descubrí entre los presentes a mi padre y lo arrastré a la oficina de su tienda.

—¡Ya tenemos suficiente desgracia por aquí! Salgamos de en medio.

Esta vez, mi padre no había perdido nada. Los ladrones habían recorrido el zoco en busca de joyas y metales preciosos. Parecía que habían llevado una lista estricta de objetos que llevarse, y los muebles y lámparas de fantasía no constaban en ella. Mi padre parecía ofendido.

—¡No tienen el menor gusto!

—¡Da gracias por ello, bribón!

—No me gustaría que corriera la voz de que las piezas que vendo no son apreciadas.

—Cualquier conocedor de mesas de mármol falso con una pata estropeada sabe apreciar que las tuyas son como las mejores. Cualquier coleccionista que ande buscando veinte estatuillas idénticas de una musa del monte Helicón, un par de ellas con la nariz rota, vendrá corriendo a negociar contigo... ¿Recibiste mi mensaje?

—Mi criado me farfulló no sé qué, pero no entendí nada.

El criado de mi padre era un hombre muy competente, como yo bien sabía. El personal de mi padre, como el material que vendía, resultaba ser de mejor calidad de lo que uno pensaría a primera vista.

—Hemos encontrado una de las jarras de cristal —reiteraré con paciencia.

—¿Ah, sí?

Mi padre apenas logró demostrar el menor interés. Yo sabía por qué. Prefería reclamar la compensación del emperador, dinero en mano, a disfrutar de la propiedad y venta de los tesoros que habíamos conseguido traer a Roma con tanto esfuerzo. El viejo me ponía furioso.

—¡Me sacas de quicio, padre! ¿Qué hay de lo que te dije de un regalo para Helena?

—Esa pieza que le trajiste era espléndida.

—¿Qué significa eso? ¿La encontraste, pues? —Estaba fuera de mí.

—La primera noche tuve ocasión de echar una buena ojeada a la cristalería. Creía habértelo contado.

—¡Ah, ojala hubieras sacado mi pieza y la hubieras puesto a buen recaudo!

—¿Cómo iba a saber que era un regalo para Helena?

—Estaba envuelto en una de mis túnicas viejas. Deberías haber caído en la cuenta...

—Creí que pretendías colar en secreto un regalo para alguna amiguita...

—¡Oh, por todos los dioses! No tengo ningún interés en coquetear y fornicar con cualquiera...

—¡Por Júpiter, eso es nuevo!

—¡No me juzgues por tu propia conducta!

Su actitud me irritó tanto que no soporté la idea de quedarme a negociar un sustituto para el regalo, aunque lo necesitaba para la mañana siguiente. Con una breve maldición —mi despedida habitual—, rechacé la bebida que me ofrecía mi padre y me marché a casa.

Cuando llegué a la plaza de la Fuente ya había oscurecido. Dejé a un lado la cólera; ahora tenía que concentrar la atención en mantenerme alerta. Una gallina suelta se escabulló entre mis pies presa del pánico, asustándome a mí también. En la calle, las débiles farolas de costumbre parpadeaban como luciérnagas

sumamente cansadas en los porches de la panadería, de la cestería y de un par de tiendas más. Sólo la funeraria estaba radiante, iluminada con alegres hileras de luces; allí, el consuelo del afligido pasaba, al parecer, por ofrecerle una bienvenida deslumbrante. En uno de los portales, entre densas sombras, había dos figuras abrazadas; era difícil determinar si se trataba de una pareja de amantes que se daban placer ajenos a lo que sucedía a su alrededor, o de un atracador que asfixiaba a su víctima. Siguiendo las tradiciones de nuestro barrio, no intenté averiguarlo. En una ocasión había ayudado a un joven que estaba siendo violado por un carretero y, al final, el muchacho me había robado la bolsa mientras su atacante me dejaba magullado y con un ojo amoratado. Y no había sido ninguna trampa urdida por los dos tipos; simplemente había sido una típica recompensa aventina a mi exceso de amabilidad.

Venía cuesta arriba por la acera de la lavandería, que normalmente era la más tranquila. Así llegué al local contiguo a la barbería, el que durante tanto tiempo había tenido colgado el cartel de « Se alquila » . Los nuevos inquilinos se habían apresurado a instalarse. Colgado de un pivote para el toldo se mecía un candil de luz mortecina a cuyo débil resplandor pude distinguir montones de intrigantes objetos a la venta. Un débil rótulo a tiza sobre la entrada anunciaba ahora: « El cuarto de los trastos: gangas a montones y regalos llenos de encanto » .

Era mi última oportunidad de adquirir un regalo de aniversario para la chica que adoraba. Mejor aún: allí tenía la posibilidad de comprar algo barato. No tenía nada que perder, de modo que llamé con los nudillos en un caldero colgado junto a la entrada y crucé el umbral.

## XLI

Para quien le guste el caos, la tienda era un paraíso maravilloso. Apenas me había escurrido entre las puertas, que estaban casi cerradas, comprendí que me había metido en una de esa especie de cuevas que requería perder medio día rebuscando. Todo parecía sumamente desordenado. Había suficientes lotes revueltos de cuadros y tarros como para dar la impresión de que el propietario había perdido toda posibilidad de recordar las existencias que guardaba... y para despertar la tentadora esperanza de encontrar algún objeto de valor insospechado por el cual un comprador sagaz pudiera ofrecer una moneda de cobre, con la intención de revenderlo a un comerciante más perspicaz por un precio veinte veces mayor. Mi padre siempre llamaba a aquellas tiendas «basureros»; su desdén sólo hacía que me gustaran más.

A la débil luz de unas cuantas lamparillas de aceite, intenté familiarizarme con el lugar. El aire estaba lleno de polvo e impregnado de un olor que reconocí de las subastas de muebles domésticos que organizaba mi padre: el aroma, levemente molesto, de las cosas viejas recién perturbadas. En el reducido espacio de la tienda hacía mucho calor. Desde la trastienda me llegó una sucesión de ruidos amortiguados, de carácter no muy doméstico.

Inspeccioné brevemente una cascada de cinturones, algunos con hebillas extraordinarias. Después, casi me di de bruces con una rueda de carro desmantelada. Sandalias y botas pendían de unas cuerdas, como ristas de cebollas, y sobresalían de las paredes entre ganchos que sostenían surtidos de cacerolas y coladores colgados en colonias como mejillones de roca. En torno a mis pies había pilas de cuencos y fuentes en equilibrio inestable. Para llegar a la zona en penumbra donde el mostrador gemía bajo montañas de prendas de vestir —vestidos viejos y batas caseras, al parecer— era preciso seguir un camino a través de los artículos de mesa; más allá, unos cestos enormes de objetos de quincalla apoyados contra el mostrador obligaban al cliente a mantenerse a distancia. Unas pequeñas estanterías rebosaban de collares de cuentas y había varios estuches abiertos que mostraban relucientes anillos. También había vasijas de bronce, copas de un metal negruzco que, bien limpiado, podía ser plata, y un asombroso candelabro que llegaba hasta el techo.

Me pregunté dónde conseguiría todo aquello el propietario. Por si acaso, en todo momento estuve pendiente de si aparecía alguna pieza de cristal sirio.

De repente, asomó de la trastienda una figura. Su aparición me hizo dar un respingo. El individuo tenía un aire receloso y turbado, como si hubiera invadido el local cuando, en realidad, ya había terminado la jornada y se disponía a cerrar. Colgué una mano del cinturón y adopté una expresión impertérrita.

—Buenas noches. ¡Qué surtido de cosas tiene usted! Apuesto a que ni usted mismo sabe todo lo que hay aquí. —Pretendía ser un elogio, pero el hombre, advertí, se lo tomó como un insulto.

El individuo era delgado y de aspecto enclenque. Había visto tipos parecidos en muchos oscuros garitos de cachivaches, pero aún no sé cómo pueden vivir. Nunca parecen querer separarse de pieza alguna de su caótica colección y si uno lleva alguna para ofrecerla a la venta, lo rechazan también.

Éste, en concreto, tenía sendas gudejas de cabellos que le cubrían las orejas, aunque la parte superior del cráneo estaba totalmente calva. Su piel era como corteza de queso rancia, de ésa que incluso los gorriones desprecian cuando uno la encuentra en el fondo de una alacena y la arroja al patio. Parecía un hombrecillo insignificante. Intenté decirme que sería un prodigio contenido de energía e inteligencia. No lo conseguí.

—¿Te importa si echo un vistazo?

Condescendió, pero dio la misma impresión de felicidad que si le hubiera dicho que representaba al edil encargado de las licencias.

—¿Buscas algo en especial? —se obligó a preguntar. Decididamente, tenía el aire de un individuo cuyas credenciales estaban siendo comprobadas; uno que sabía que no había pagado los sobornos adecuados para que lo dejaran trabajar en paz.

—Lo sabré tan pronto lo vea.

Yo quería seguir rebuscando; él sólo quería que me marchara de una vez. El hecho de que se quedara allí, observándome, provocó que las cosas que momentos antes me habían parecido atractivas perdieran su interés rápidamente. Empecé a notar abolladuras y taras tan pronto cogía un objeto, pero me producía apuro comentarlo con franqueza. El hombre no tenía idea de cómo se vende. Aunque sospechara que se las tenía con un oportunista de última hora en busca de algún objeto que robar, podría haberme vigilado sin darlo a entender. Cualquiera diría que me había colado con un gancho en el extremo de un palo o con una maleta en la mano. Me concentré durante largo rato en el contenido de una canasta de pulseras, collares y pendientes. Por fin, me incorporé y le pregunté si vendía alguna pieza de joyería de cierta calidad.

—No tengo gran cosa en existencias, en este momento. —Con eso venía a decir que, si alguna vez recibía alguna, la vendía directamente a un joyero especialista que podía devolverle un aspecto atractivo y revenderla con beneficios—. Los metales preciosos los recupera mi socio y tenemos a un buen artesano que puede convertirlos en lo que desees. Podríamos encargarte la pieza

que quieras.

—¿En oro?

—Oh, sí.

—¿Con garantía de pureza?

—Todos nuestros artículos llevan un certificado.

Cualquiera que «recuperase» metales preciosos también era *capaz*, probablemente, de falsificar documentos, pero la oferta parecía razonable. Esto sólo acrecentaba mi preocupación. Era una situación inmejorable para impulsarlos a robar los materiales, si yo suministraba alguno, o para que me costara un montón de dinero una obra que no tenía el menor valor artístico.

—¿Cómo te llamas?

—Casto.

—Quizás hagamos negocios, Casto.

Los joyeros corrientes me caían fatal. Detestaba sus precios y su manera estirada de mirarme con desdén. Realmente, me habría gustado conceder una oportunidad a una empresa pequeña. Pero Helena era especial. Sintiendo como un cerdo, prometí al hombre que decidiría con más precisión lo que quería y regresaría más tarde con instrucciones. A continuación, abandoné la tienda. El pobre Casto, evidentemente, había sabido desde el principio que sólo había entrado a matar el tiempo.

De vuelta en casa, encontré a Helena acostada. Yo sabía que las mujeres embarazadas tienen que descansar mucho pero, cuando hice un comentario al respecto, Helena replicó que, vistas mis costumbres vagabundas, simplemente había decidido que era inútil esperarme levantada.

Me senté al borde de la cama y sostuve en mis brazos al bebé abandonado, que había despertado con mi llegada. El pequeño me devolvió la mirada con su habitual expresión tranquila y confiada. Mientras lo contemplaba, me sentí culpable. No hacía más que olvidarme del chiquillo. Y también de mi sobrina, Tértula. En el Aventino, dominado por la locura, se estaba produciendo un tráfico infantil en dos sentidos: unos niños estaban siendo abandonados mientras otros eran arrebatados a los suyos. Intenté establecer una relación entre ambos hechos, pero no se me ocurrió ninguna.

Expulsé a *Nix* del pie de la cama; la perra volvió a acercarse arrastrándose por el suelo y, como temía hacerme fiestas cuando la trataba con severidad, decidí lamerle el pie al pequeño en lugar de a mí.

—Es una buena señal —comentó Helena con una sonrisa.

—¡Pero si le encantan los niños! —dije yo. Los dos soltamos una risilla al evocar el momento en que Cayo Baebio había pronunciado aquella frase mientras sujetaba a su perro, *Ajax* para evitar que saltase sobre los hijos de Mico.

Helena me dijo que los cuñados no habían conseguido nada en la búsqueda de la pequeña Tértula. La noticia no me sorprendió. La última vez que alguien la

viera debía de haber sido poco después de que Mario la dejara, apenas a un par de calles de la plaza de la Fuente. Cayo Baebio se había ofrecido a volver al día siguiente para continuar la batida. Él y Junia no tenían hijos, pero Cayo era un hombre de buen corazón. Aunque eso no hacía más grato tratar con él.

Con un suspiro, me tendí sobre el cobertor de la cama, junto a Helena, e intenté pensar qué podía hacer en aquel asunto.

Todavía tenía al bebé en brazos. Momentos después, la condenada perra empezó a encaramarse al lecho poco a poco, una pata cada vez. Apenas había espacio para todos. A aquel paso, necesitaríamos urgentemente una cama de mayor tamaño.

Tértula tendría que esperar. Llevaba perdida casi todo el día y ya era noche cerrada. Yo sabía qué significaba aquello. Era plenamente consciente de los peligros que podía correr la chiquilla. Sin duda, estaría asustada. Tal vez estaba herida, o muerta. Pero sin una sola pista que seguir, poco era lo que podía hacer por ella.

De todos modos, era su tío. Y el cabeza de familia en la práctica, ya que mi padre era un bribón huidizo y el progenitor de la niña era un completo inútil a quien incluso Gala echaba de su casa cada vez que podía. A mí me correspondía encontrar a la pequeña. ¡Dioses benditos, cómo detestaba esas responsabilidades!

—Déjame probar a mí —insistió Helena y se acurrucó junto a mí—. Déjame ir a hablar con los padres de los otros niños presuntamente perdidos. No puedes hacerlo todo tú solo, Marco.

Volví la cabeza y la miré con tristeza.

—¡Qué guapa eres!

—¿A qué viene eso? ¿Qué ha sucedido? —El piroipo despertó de inmediato su suspicacia. Cerré los ojos, fatigado. Era el momento de hacer mi confesión.

—Soy incapaz de hacer algo a derechas. Había comprado un regalo maravilloso para ti... y me lo han robado.

—¡Oh, no! ¡Oh, querido mío...!

—Era un regalo maravilloso. Algo que, probablemente, no habría podido superar jamás. —Me sentía verdaderamente deprimido—. He probado a buscar alguna otra cosa, pero no consigo encontrar nada que me guste tanto...

—¡Ah, Marco...! No importa. Métete en la cama como es debido.

—No quería tener que contártelo.

—No es culpa tuya.

—Se supone que debo capturar a los jodidos ladrones y pensaba que conseguiría recuperarlo.

—Seguro que lo harás —murmuró. Me encantaba su fe, pero resultaba aterrador. Helena me rodeó con sus brazos y empecé a sentirme adormilado al instante. No me gustaba la perspectiva, pues tenía demasiados asuntos de los que preocuparme y, si me vencía el sueño, tendría pesadillas. Pero si me quedaba en

vela toda la noche, echaría a perder mis oportunidades de resolver nada porque, por la mañana, estaría completamente agotado.

Y el día siguiente se anunciaba difícil.

—¿Helena Justina, qué vas a decirle a tu madre cuando te pregunte qué te he regalado?

—Le sonreiré enigmáticamente y le diré que es un secreto.

Y la madre de Helena interpretaría la respuesta como una referencia lasciva al niño que estábamos esperando. Cuando se enterara de la noticia.

—Y, si no es demasiado preguntar, ¿qué vamos a decirle a tu madre respecto a fundar una familia?

—No te preocupes por eso.

—¡Claro que me preocupo! Ya he estropeado suficientes cosas y me gustaría llevar este tema con decoro y con tacto.

—Le diré que ése ha sido el regalo. «Me ha hecho un niño; ¿qué más quieres?», le diré.

Exactamente lo que me temía. ¡Qué maravilla de familia! Un informador desesperado, una chica que no debería vivir con él, un bebé ajeno abandonado y una perra indeseada. Y de algún modo, entre los cuatro, estábamos tratando de resolver la mitad de las conspiraciones que se tramaban en Roma.

A la mañana siguiente había otro crimen para nosotros. Durante la noche, la Guardia había encontrado a Alejandro, el médico que había diagnosticado a Nonnio su presunta enfermedad mortal, asesinado en su propio gabinete de cirujano. El lugar estaba destrozado, y el cuerpo, rodeado de instrumental y de remedios derramados. Le habían rajado el pescuezo con uno de sus propios escalpelos, aunque antes de eso habían perpetrado varios desagradables experimentos con él. Su hermano Scythax, el médico de la Cuarta Cohorte, acompañaba casualmente a la patrulla cuando ésta había descubierto el cadáver.

## XLII

El aniversario de Helena, y mi pobre chica, siempre leal, pasó el día tratando de encontrar a mi sobrina perdida. Por la mañana temprano, se dispuso a visitar a todas las familias del Aventino que habían informado de desapariciones infantiles. Cayo Baebio se presentó en el mismo momento que yo salía de casa, de modo que busqué una cuerda para atar a *Ajax* a un poste en el porche de la lavandería y acordé con Cayo que no se separaría de Helena. Su presencia proporcionaría a ésta la protección que yo no podía darle en aquel momento y, por otra parte, también lo mantendría a él fuera de peligro.

Lenia gritó algo acerca del perro con aire enfadado.

—Déjalo, Lenia. Si quieres que lea los augurios en la boda, me debes un par de favores.

—No tientes tu suerte, Falco. Me parece que utilizas esto como excusa para comportarte como un completo tirano.

—No subestimes las mentiras que tendré que improvisar.

—Si es eso lo que piensas, buscaré a otro.

—¡Ojala!

Pero los dos sabíamos que nadie más querría. Todos los tenderos de la plaza de la Fuente habían estado ya a punto de herniarse de risa ante la idea de verme sufrir bajo el velo de oficiante.

¡Dioses benditos! Éste era otro problema: tendría que conseguir un tocado sacerdotal para lucirlo en el altar el día de la boda.

—Cayo Baebio, pareces un hombre con sentido del deber; ¿tienes un velo de sacerdote?

—¡Naturalmente! —respondió mi cuñado con una sonrisa afectada. Por supuesto. Vaya mojigato piadoso. ¿Cómo podía haberlo tomado por marido mi hermana Junia? (Por su sueldo de aduanero, claro). No me preguntéis, sin embargo, por qué un tipo sosegado como Cayo había decidido casarse con una fiera rencorosa como mi hermana.

—¿Sabes, Marco Didio? —continuó Cayo Baebio—, espero ser elegido muy pronto para el colegio de los Augustales.

La religión oficial. ¡Oh, Cayo, no me mates!

—¡Eres un muchacho excelente! Y gracias por prestarme tu tocado ceremonial —le dije mientras me alejaba en dirección opuesta con paso rápido.

Observé su expresión de desconcierto, pero Helena le explicaría el asunto. Si conocía a Cayo Baebio, el préstamo del tocado ceremonial le haría pensar que tenía derecho a asistir a las nupcias de Lenia. Al parecer, las cosas empezaban a mejorar. Mi cuñado y Junia acudirían con su perro, probablemente; *Ajax* era un sustituto de los hijos que no tenían y lo trataban como a un miembro de la familia. Quizá sería posible entrenar al perro para que mordiera a la querida suegra de la novia. Quizá, si los dioses eran muy favorables, me concederían tiempo para entrenar al animal yo mismo.

Camino del cuartel de los vigiles, me complací con la perspectiva de unos feroces colmillos caninos que se hundían en las partes más íntimas de mi casero el día de su boda.

Ya sabía cómo iba a desarrollarse mi jornada. Fúsculo había pasado por el apartamento a primera hora para traer la noticia del asesinato del médico y me había dicho que Petro había pasado la mitad de la noche levantado, realizando pesquisas sobre los robos de la Saepa. Al enterarse del asesinato de Alejandro, había abandonado su empeño y había vuelto a su casa para echar una breve cabezada. El plan era encontrarnos todos a media mañana, cuando las patrullas hubieran descansado y estuviesen preparadas para investigar la nueva catástrofe. Esto me dejaba un par de horas libres. Tiempo suficiente para hacer importantes preparativos; así, acudí al gimnasio con la intención de entrenar unas llaves de lucha y hacer prácticas con armas. Dada la desconsoladora situación de Roma, parecía una buena idea.

No me acordaba del hombro lesionado. Por su culpa, hube de renunciar de inmediato al gimnasio y me dirigí a la sala de masajes.

—Estás fofo —se quejó Glauco, el propietario, quien ejercía como mi preparador personal cuando se lo permitía.

—Ponme en forma, entonces.

—¿En media hora, Falco?

—No dispongo de más tiempo.

—Estás lento, débil y torpe. Tardaré meses en poner remedio a eso. Supongo que no te propondrás hacer nada arriesgado en el futuro próximo, ¿eh?

—No; sólo voy a enfrentarme a una banda de feroces asesinos. ¡Y ten cuidado! Ayer tuvieron que volver a ponerme en su sitio un hombro dislocado.

—¡Por Júpiter, Juno y Minerva! Y supongo que también te llevarías algún golpe demasiado fuerte en la sesera, ¿no?

Me encanta que me ofrezcan un apoyo tan entusiasta cuando debo afrontar una situación peligrosa.

Petronio Longo estaba de pésimo humor.

—Por el Hades, ¿qué les pasa a esos cabrones? ¿No pueden darnos tiempo a que terminemos la investigación de un caso antes de saltar con otra cosa como conejos torturados por las pulgas? Antaño, uno estaba seguro de languidecer por

completo con su primer caso hasta que algún simplón le viniera con otra cosa...

Petro divagaba, fuera de sí. No me resultaba difícil entender por qué.

Tenia a Scythax en la sala de interrogatorios. El pobre hombre se había llevado una impresión tan tremenda que parecía ebrio. Cada pocos minutos, asomaba la cabeza y abría la boca para murmurar alguna confusa sugerencia o para hacer la misma pregunta que ya nos había repetido tres veces.

—¿Pero qué querían conseguir con eso? ¿Por qué tenían que torturarlo? ¿Por qué?

—Por venganza, Scythax. —Me dirigí a Porcio y le dije—: Sé de alguna utilidad; entra ahí y siéntate con él.

—Limítate a hablarle —le aconsejó Fúsculo en voz baja—. Y si cuenta algo acerca de su hermano, asiente y presta atención...

Mientras el recluta, nervioso, obedecía y acompañaba de nuevo al interior al afligido oriental, Petro me comentó con disimulo:

—No puedo enviarlo a su casa. ¡Por los dioses del Olimpo, Falco, vaya lío! Scythax vivía con su hermano; seguro que se vuelve loco si lo dejamos ahí. Además, esos cerdos quizá lo busquen también a él.

—La patrulla no consiguió cerrarle el paso —me dijo Fúsculo—. La puerta estaba entreabierta; tan pronto vio lo sucedido, Scythax entró como una flecha y empezó a lanzar alaridos, cubierto de sangre también él. Costó muchísimo apartarlo de Alejandro y traerlo de vuelta aquí. Y aún sigue tratando de volver al gabinete de su hermano.

Todos los presentes estaban pálidos de la impresión. Había mucho que hacer, pero los hombres de la cohorte permanecían sentados en el cuartel, abatidos e impotentes. Todos ellos veían sucesos violentos cada día y, con demasiada frecuencia, eran testigos de muertes horribles. Pero ésta había sucedido demasiado cerca. Ésta afectaba a uno del grupo. Aunque nadie lo había mencionado todavía, aquello había sucedido por culpa de los vigiles. Cabía la posibilidad de que a Alejandro lo hubiera atacado algún paciente trastornado, pero todos estábamos seguros de que su muerte guardaba relación con el falso diagnóstico de Nonnio Albio.

Pasamos un día tratando de encontrar sentido al hecho. Primero, todos dijimos que no tenía objeto ir a inspeccionar el gabinete de cirujano... o, al menos, no tenía objeto que fuéramos todos. Fuimos todos. Como una especie de gesto de respeto. Teníamos que obligarnos a contemplar lo que había soportado el muerto. Petronio se lo impuso como castigo. Alguno de los demás lo utilizó como acto de disculpa. Yo acudí porque sabía por experiencia que, si uno no lo hace, siempre le queda la duda de si habría descubierto allí alguna clave acerca de lo sucedido. Y necesitábamos con urgencia encontrar alguna pista. La cohorte estaba tan conmocionada que era fácil que los hombres pasaran por alto o malinterpretaran los indicios que pudiera haber allí.

El único que llegó a vomitar fue el joven Porcio. La escena lo descompuso por completo; no hubo más remedio que enviarlo al cuartel para que siguiera haciendo compañía a Scythax. Al final de la jornada, el joven era un guñapo balbuceante, pero todos teníamos demasiadas cosas en que pensar. Nos mostramos comprensivos con el pobre chico, pero nadie podía cuidar de él.

—El jefe está abrumado —me murmuró Martino. Incluso él había perdido todo su engreimiento.

—Nunca lo he visto peor —asintió Fúsculo, afligido.

Yo era amigo de Petro y, al parecer, todos sus hombres querían hablarme del estado de angustia de su jefe. Apenas podía soportarlo. No necesitaba que nadie me lo contara. Estaba del peor humor en que lo había visto nunca, excepto una vez en Britania, durante la rebelión de Beodicea. Ahora, Petronio era más viejo. Conocía más palabras obscenas y más maneras dolorosas de descargar su cólera en la gente que lo rodeaba.

Habría querido llevármelo a tomar una jarra de vino pero, con el ánimo que mostraba, sin duda habría seguido bebiendo hasta perder el sentido o hasta matarse.

A media tarde, habíamos interrogado a tanta gente que todos estábamos exhaustos. Varios amos de casa inocentes habían acudido a la oficina del prefecto a quejarse del modo en que habían sido zarandeados e insultados. Nadie había visto ni oído nada sospechoso, ni el día anterior ni durante la noche. Nadie sabía nada. Nadie quería saber nada. Todo el mundo se había oído que aquello era cosa de bandas. Y todo el mundo estaba aterrorizado.

Nuestra opinión unánime era que los autores de las muertes de Alejandro y de Nonnio habían sido los mismos. Pero incluso este simple hecho resultaba difícil de demostrar. Las evidencias lo negaban. Una víctima había sido raptada; a la otra la habían matado en su casa. Uno era un delator conocido; el otro había guardado una sensata discreción. Los métodos empleados eran completamente distintos. El mensaje que transmitía la segunda muerte era menos explícito. Salvo el hecho de que los dos asesinatos se habían producido de noche —como la mayoría de crímenes en Roma—, el único elemento común era la violencia ejercida contra ambos. Sólo la intuición y la experiencia nos convencieron de que acertábamos al relacionar ambas muertes. Pero todo encajaba si decidíamos que Nonnio había muerto en un acto de venganza por su traición a Albino y que Alejandro había sido asesinado porque alguien había descubierto que su falso diagnóstico había sido, precisamente, lo que había provocado la «reforma» del bríbón.

Los baños públicos abrían sus puertas a la hora en que interrumpimos la investigación por aquel día. El aroma a humo de leña que envolvía la húmeda tarde de octubre nos inspiraba una tristeza otoñal y contribuía a nuestro ánimo melancólico. No habíamos progresado un ápice y teníamos la impresión de que

pasaríamos la noche siguiente a la espera de más muertes. Estábamos perdiendo; los maleantes tenían todas las bazas a su favor.

Con aire pensativo, Petronio ordenó el levantamiento del cadáver; esta vez, el cuerpo debía ser conducido a una casa de pompas fúnebres, en lugar de al cuartel donde todavía se hallaba custodiado el enloquecido hermano del difunto. Después, dispuso que se hiciera acudir a un grupo de patrulleros de la cohorte para limpiar y poner orden en el gabinete del cirujano. Fúsculo se ofreció a ocuparse de ello. Al parecer, necesitaba algo con que llenar su tiempo. Petro le agradeció que se presentara voluntario y envió a casa a los demás.

Acompañé a Petronio hasta la suya. Mientras caminábamos, apenas pronunció palabra. Lo dejé a la puerta de su casa y su esposa le franqueó el paso. La mujer observó sus facciones contraídas y alzó el mentón, pero no hizo el menor comentario. Quizás incluso me dirigió un gesto de asentimiento medio disimulado. A Arria Silvia le encantaba quejarse y despotricar de su marido, pero si Petro aparecía alguna vez con aire abatido, corría a protegerlo. Así pues, Silvia se hizo cargo de él y mi presencia dejó de ser necesaria. Cuando la puerta se cerró y me quedé solo en la calle, me sentí perdido por un momento.

Durante aquel día terrible había visto la parte más vulnerable de Roma y había olido la suciedad enmarañada que se acumulaba bajo el lobo voraz. No era ninguna novedad, pero en esta ocasión me había movido a reflexionar sobre la ausencia de esperanzas que produce el mundo del delito. Éste era el verdadero rostro de la ciudad de mármol de los césares: no las hojas de acanto corintias y las perfectas inscripciones con letras doradas, sino la muerte horrenda de un hombre discreto en su propio hogar, en la propia consulta que compartía con su hermano; una venganza maliciosa contra el antiguo esclavo que había aprendido una profesión respetada y luego había correspondido a su carta de libertad y a su acceso a la condición de ciudadano con un único acto de colaboración con la ley. Ni todos los planes de construcción de magníficos edificios públicos del mundo conseguirían jamás desplazar las fuerzas brutas que impulsan a la mayor parte de la humanidad. Ésta era la verdadera ciudad: el reino de la codicia, de la corrupción y de la violencia.

Ya había anochecido cuando alcancé por fin la plaza de la Fuente, con el mismo ánimo triste. Y para mí la jornada aún no había concluido, ni mucho menos: todavía tenía que ponerme una toga limpia, simular una sonrisa... y salir con Helena para la cena en casa de su familia.

### XLIII

Una vez dejamos atrás al portero, que siempre me había considerado un vendedor de altramuces puerta por puerta con intenciones de robar piezas de cubertería de plata, fue una velada digna de recordar. Los anfitriones eran tan considerados que los invitados tenían toda la libertad para portarse mal. El aniversario de Helena, en el consulado de quienquiera que fuese, estableció los cimientos para muchos años felices de recriminaciones familiares. Por una vez, no se trataba de mi familia.

Como mero ciudadano privado, mis modales fueron los más exquisitos. Tan pronto hube escoltado a Helena desde la litera que había alquilado a regañadientes, me volví en redondo y descubrí a su madre justo detrás de mí, esperando el momento de apartarme de en medio para abrazar a la hija que cumplía años. Besé a la matrona en la mejilla (elegantemente maquillada y perfumada) con gesto serio y ceremonioso. La mujer, de gran porte, no esperaba que me echara sobre ella, de modo que la maniobra me exigió destreza. Ví que se quedaba más sorprendida que yo mismo.

—Julia Justa, recibe mis saludos y mi agradecimiento. Hoy hace veintiséis años que diste al mundo un gran tesoro. —Quizá no fuese el yerno ideal, pero sabía muy bien cómo poner en las manos receptivas de una dama un delicado frasco de saponita lleno de bálsamo.

—Gracias, Marco Didio. Qué hermosas palabras. —Julia Justa era una reina de la hipocresía refinada pero, a continuación, se quedó petrificada—. ¿Cómo es que mi hija trae un niño en brazos? —preguntó en tono glacial. Helena había traído con nosotros al bebé abandonado.

—¡Oh, Marco lo encontró en un carro de escombros! —exclamó Helena Justina con jovialidad—. Pero hay en camino otro bebé y de ése estoy segura que querrás que te hable.

Aquello no tenía nada que ver con el tacto y el decoro que me había propuesto mantener. Aunque, por otra parte, nadie podría decir que era culpa mía.

Había apostado con la Cuarta Cohorte que la noche terminaría con mujeres bañadas en lágrimas y hombres desdentados (o a la inversa). Antes incluso de que cruzáramos el umbral, se hizo evidente cierta pugna por la posición entre el sector femenino.

La madre vestía de seda verde hoja con una estola adornada con bordados; Helena no llevaba seda vulgar, sino una tela fabulosa procedente de Palmira, tejida en múltiples tonos de púrpura, marrón, rojo intenso y blanco. La madre lucía un costoso aderezo de espirales y lágrimas de oro con un cierre de esmeraldas escogidas; Helena, un sinnúmero de esclavas en los brazos y unas perlas indias absolutamente enormes. La madre utilizaba un perfume de canela muy refinado, el mismo que Helena empleaba a menudo, aunque esta noche se había puesto unas pocas gotas de un licor precioso que contenía incienso. Además, Helena transmitía la elegancia de una hija que había ganado.

Los hombres íbamos de blanco. Al principio, con las togas puestas, aunque no tardamos en despojarnos de ellas. El padre de Helena nos recibió con calidez, no exenta de cierta cautela. El hermano, Eliano, exhibía una mirada ceñuda y un cinturón de Hispania. Yo iba más emperijilado que un gremio entero de zapateros en su gran festividad.

Justino no se había presentado aún. Todo el mundo sabía que debía de estar rondando el Teatro de Pompeyo.

—No se olvidará —nos aseguró su madre mientras nos conducía adentro. (Quizá sí; quizá la actriz de marras era una mujer despampanante y quizá escogía aquella noche, precisamente, para reparar en el muchacho). Helena y yo tragamos saliva y rezamos por el joven Justino.

Mientras las mujeres se alejaban apresuradamente para charlar de asuntos urgentes, fui conducido a presencia del senador para tomar una copa de clarea antes de la cena (una mezcla de vino y miel, estrictamente tradicional, que le marea a uno sin llegar a embriagarlo). Camilo Vero era astuto e inteligente y tenía un aire algo desconfiado. Era un hombre que hacía lo que era necesario hacer y no desperdiciaba fuerzas en lo demás. Me caía bien. Para mí, era importante que él, al menos, me encontrara tolerable. Por lo menos, el senador conocía la fuerza de mis sentimientos por Helena.

La familia Camila era patricia, desde luego, vista desde mi posición, aunque entre sus antepasados no había cónsules ni generales. También era rica, aunque su riqueza consistía en tierras, y mi padre, probablemente, tenía muchos más ahorros en metálico. La casa era espaciosa e independiente, una villa urbana con agua y alcantarillado, pero con una decoración bastante aburrida. En ausencia de costosas obras de arte, sus moradores fiaban la tranquilidad doméstica a una colección de objetos pasados de moda. Esa noche, las fuentes del patio chapoteaban alegres, pero se necesitaba bastante más para enfriar la atmósfera cuando el senador me presentó a su hijo mayor.

Eliano era dos años menor que Helena y dos mayor que Justino. Se parecía mucho a su padre: cabellos lisos muy tupidos y hombros ligeramente hundidos. Más rechoncho que Justino y Helena y de facciones más marcadas, no resultaba tan atractivo como sus hermanos. Sus modales exagerados eran un cliché de la

educación patricia. Por fortuna, yo nunca había esperado contar con la aprobación del hijo de un senador. Mejor así; eso me evitaba el esfuerzo de intentar que él me cayera bien.

—Así que tú eres quien ha estado apoyando la carrera de mi hermano, ¿eh? —exclamó Eliano.

Casi diez años mayor que él y diez veces mejor en cualidades prácticas, me negué a alterarme por su comentario.

—Quinto tiene una personalidad cálida y un buen intelecto. Le cae bien a la gente y se interesa por todo. Naturalmente, un hombre así no tiene la menor oportunidad en la vida pública. ¡Al contrario que tú, seguro! —Bien hecho, Falco; un insulto, pero deliciosamente ambiguo.

En realidad, el joven Justino tenía todas las cualidades necesarias, pero no me gusta provocar problemas; los parientes próximos suelen encontrar suficientes motivos para sentirse celosos.

—¿Y su interés por el teatro también es cosa tuya? —insistió Eliano con una sonrisa despectiva.

Fue el propio senador quien intervino entonces:

—Justino escoge sus diversiones, como cualquiera.

Aquello debía de ser una indirecta paterna; guardé silencio y me pregunté qué dudosas preferencias tendría el remilgado Eliano. Sería algo que averiguar, si él intentaba crearme problemas.

—Esperemos que a mi hermano no le dure mucho su afición... ¡ni a mi hermana la suya!

En el rol del Ejército había ya tantas estrellas junto al nombre de Justino que, bien mirado, un escándalo a aquellas alturas podía atraer aún más la curiosidad pública sobre él, pero me abstuve de comentarlo. Eliano había completado el servicio militar de forma bastante mediocre; después, un año como ayudante de campo del gobernador de la Bética, sin paga, tampoco había podido darle lustre. No obstante, Eliano no había tenido la culpa de lo sucedido y, como yo también estaba acostumbrado a que la suerte me esquivara en tantas ocasiones, me limité a comentar cordialmente:

—No estés celoso. Tu hermano estaba en la provincia adecuada en el momento oportuno, eso es todo.

—¡Y, naturalmente, te conocí a ti!

De nuevo advertí en su comentario un matiz desdenoso. Eliano era tan estúpido como para creer que yo saltaría, pero fue su padre quien intervino con suavidad:

—Lo cual fue una verdadera suerte. Cuando Marco fue enviado a una de sus insólitas y exigentes misiones, tu hermano pudo sumarse a ella.

—¿Y te pareció bien eso, padre? —preguntó Eliano con tono acusador—. Según he oído, lo que hizo Justino en Germania fue sumamente peligroso.

—No supe nada hasta que el asunto hubo terminado —reconoció Camilo con franqueza.

Su hijo estaba a punto de reventar de indignación.

—Tenemos que aclarar ciertas cosas... —El senador y yo nos miramos y dejamos que continuara. El joven necesitaba montar una pataleta. Mejor eso que seguir discutiendo—. ¡Padre, este individuo es un vulgar espía! —Advertí que le resultaba imposible incluso llamarme por mi nombre—. La situación de mi hermana perjudica a toda la familia...

Se refería a que podía afectar a su propia carrera política.

El senador se mostró irritado con el comentario. Pensara lo que pensase de la unión irregular de su hija, de tan buena crianza, con un tipo de tan poca categoría, el distinguido patricio siempre se lo tomaba de la mejor manera posible.

—Falco es un agente imperial —dijo—. Tiene la confianza del emperador.

—Pero Vespasiano detesta a los informadores.

—¡Excepto cuando los necesita! —repliqué con una carcajada.

El joven mantuvo su tono pomposo e insistió:

—No he visto ningún reconocimiento público del cargo de «agente imperial». No tiene título oficial ni salario. Y, según he oído, aunque en cierta ocasión se comentó algo sobre una recompensa sustanciosa, ésta no se ha materializado nunca.

Hice un esfuerzo para contenerme. Había prometido a Helena evitar las discusiones que pudieran terminar a golpes entre su hermano y yo. El senador Camilo intervino de nuevo, apurado:

—Falco debe trabajar en secreto, como es lógico. No seas ofensivo con nuestro invitado. —En un rápido intento de cambiar de tema, añadió—: Te encuentro en buena forma, Marco. Viajar te sienta bien.

—Deberías verme con los pantalones de Palmira y el gorro bordado... —Exhalé un suspiro. Una charla ligera sobre asuntos de Oriente obviaría la cuestión, pero no la resolvería—. Tu hijo tiene mucha razón, senador. Se me prometió un ascenso social y luego se me ha negado.

Probablemente, Camilo lo había sabido por Helena. Y daba la impresión de sentirse personalmente responsable de ello como miembro del estamento senatorial. Se rascó la nariz, la luz se reflejó en el granate del anillo de sello de uso diario.

—Será un malentendido, Marco. Seguro que puede solucionarse.

—No; Domiciano César fue muy explícito y, cuando hablé del asunto con Tito, la semana pasada, fue incapaz de cambiar su decisión.

—Sí, Tito me lo contó —respondió el senador—. En efecto, los decretos tienden a hacerse inmutables si implican denegar recompensas que se merecen en justicia. —El sentido del humor de aquel hombre siempre resultaba refrescantemente seco—. Bien, si puedo ayudar en algo, dímelo. Tengo

entendido que en este momento trabajas en un asunto de orden público...

Poco tiempo se había mantenido confidencial la investigación sobre la delincuencia organizada tras la marcha de Balbino.

—Sí, estoy en la comisión especial.

Camilo notó mi ánimo abatido y comentó:

—No te veo muy entusiasmado.

—Conflictos de sentimientos; conflictos de lealtades. —La conversación había cambiado. El senador y yo hablábamos ahora a un nivel que excluía a Eliano. Volví a un aspecto de lo que había dicho Camilo—: Mi conversación con Tito César era personal, senador. Me pregunto cuánta parte de ella ha comentado contigo. ¿Te ha advertido que me proponía tener una charla en privado contigo sobre cierto asunto?

Camilo sonrió y movió una mano en un gesto con el que reconocía que alguien que no era yo le había anunciado que iba a ser abuelo.

—Ya sabía que Tito se precipitaba.

—Lo lamento. Ya sabes cómo suceden estas cosas, senador.

—Tenías que aprovechar la oportunidad —asintió él. Bien, seguro que él había deseado que lo intentara, por Helena. La relación entre el senador y yo continuó siendo fluida—. ¿Estás contento?

Mi respuesta fue una amplia sonrisa. Después, se nos borró del rostro la mueca de satisfacción mientras considerábamos, como hombres concienzudos, los posibles peligros para Helena.

—Sigo pensando que lo tuyo se puede solucionar, Marco. —Vespasiano, como cualquier buen romano, tenía su círculo privado de amigos que le aconsejaba, y el senador formaba parte de él; íntimo colaborador del emperador en otro tiempo, Vespasiano todavía le consultaba. Se podía utilizar aquel recurso en mi provecho... si me parecía aceptable mover ciertas influencias. El senador conocía mi opinión al respecto—. ¿Me permitirás hablar con el viejo?

—Será mejor que no —respondí con una sonrisa. Aunque Camilo tuviera un interés personal en ello, era muy amable al ofrecerse; sin embargo, aquello tenía que conseguirlo por mis propias fuerzas—. La tarea que me han asignado es compleja. ¡Veamos los resultados, antes de reclamar favores imperiales!

—Quizá será mejor que dejes en paz a mi hermana. —Eliano se sumó a la discusión, aunque sin saber muy bien de qué iba.

—Tomo nota del consejo —asentí afablemente. De repente, estaba demasiado enfadado como para seguir soportando sus pullas—. Lamento verte preocupado. Veo que debe de haber sido difícil volver del extranjero y descubrir que la familia respetable que dejaste está ahora manchada por las salpicaduras de un escándalo. —Inició una protesta, pero la corté con un dedo acusador—. El escándalo a que me refiero no tiene nada que ver con tu hermana. Hablo del lamentable asunto que me puso en contacto con la familia Camila por primera

vez, cuando varios de tus nobles parientes (ya fallecidos, afortunadamente) participaron en una conspiración que resultó un prodigio de ineptitud. Camilo Eliano, te sugiero que, antes de emprender tu vida pública, pidas a tu padre que te explique cuánto de esa historia permitió el emperador que quedara en secreto.

El no tan noble Eliano se había quedado boquiabierto. Evidentemente, no contaba con que yo estuviera al corriente de la vergüenza familiar de la que habían escapado por poco.

Con unas breves palabras, me disculpé ante su padre pues, normalmente, no se me habría ocurrido mencionar todo aquello.

—¿Y tú te encargaste de echar tierra sobre el asunto? —Eliano empezaba a comprender lo sucedido, pero ahora suponía que Helena Justina me había sido ofrecida a cambio de mi silencio.

—Mi trabajo consiste en desenterrar asuntos. De todos modos, me alegro de que hayamos tenido esta oportunidad de aclarar malentendidos. Es tradición que los conceptos filosóficos más lúcidos sean alumbrados entre copas de vino en un banquete. —Levanté la mía, en un intento de relajar la atmósfera.

Eliano me lanzó una mirada ceñuda.

—¿A qué te dedicas, exactamente? —quiso saber. A veces, yo mismo me lo preguntaba.

—¡Eres muy amable al preguntarlo antes de condenarme, esta vez! Hago lo que es preciso hacer, lo que nadie más puede o quiere llevar a cabo.

—¿Matas gente? —El joven no tenía la menor sutileza.

—Por lo general, no. Cuesta demasiado reconciliarse con los dioses, después.

Evité mirar al senador, que asistía al diálogo sin intervenir. El último hombre que había matado, recordé, era un asesino que había atacado a Helena a la puerta de aquella misma casa paterna. Camilo me había visto hacerlo. Pero había otras muertes —estrechamente relacionadas con ésa— que el senador y yo nunca mencionábamos.

—¡Un pensamiento muy elevado! —Eliano mantenía su tono despectivo—. ¡Un esforzado campeón solitario que se empeña en deshacer entuertos en nuestra sociedad sin premios ni reconocimientos!

—Pura necesidad —asentí concisamente.

—¿Por qué?

—¡Oh! Por la esperanza de ganar algo.

—¿Fortaleza de carácter? —La ironía familiar no estaba del todo ausente en Eliano.

—Me has descubierto; me dejo convencer fácilmente para emprender acciones éticas.

—Y, además, es un buen atajo para llegar a las mujeres, ¿no?

—A las mejores... Pero puedes darte con un canto en los dientes. Sé que he encontrado a una excelente y me quedo con ella. Mi relación con tu hermana es

permanente. ¡Y la próxima primavera, tú vas a ser tío del hijo o hija de un espía!

Eliano aún farfullaba de disgusto cuando Julia Justa y Helena volvieron con nosotros.

## XLIV

Desplazarnos al comedor me permitió aligerar el ambiente con un comentario elogioso a los recientes cambios de decoración (murales recargados, frisos negros y perspectivas en dorados y rojos intensos). Debían de ser obra de algún artista que soñaba con decorar tumbas orientales.

La esposa del senador anunció fríamente que empezaríamos a cenar sin Justino. Después de la conversación con Helena sobre nuestro futuro hijo, no demostró ninguna emoción especial; debía de estar preparada para la noticia. Tanto, que se había encargado del pequeño abandonado como para acostumbrarse a jugar con un niño que habría preferido evitar. Ahora, su única preocupación era que la celebración transcurriera sin sobresaltos. La noble Julia tenía el aire sufriente de quien hacía cuanto estaba en su mano aunque todos los que la rodeaban estuvieran, al parecer, decididos a echar a perder la velada que había preparado con tanto cuidado.

La madre de Helena tenía en muy alto concepto los buenos modales y me apresuré a adelantarme y ofrecerle la mano para acompañarla hasta su diván. A su vez, Julia Justa insistió graciosamente en que ocupara el contiguo. Adopté el aire de un invitado que era un amigo muy íntimo de la familia. Un motivo para tal actitud era molestar a Eliano, dándole a creer que había sido desplazado —en su propia casa y ante todos los esclavos y libertos de la familia— por el inadecuado amante de su hermana y adoptando de forma flagrante el papel de un yerno respetado.

Conseguí mantener el falso aire de gravedad hasta el instante en que mi mirada se cruzó con la de Helena. Cuando ella me hizo un guiño, perdí el control.

La comida y el vino siempre ayudan. Además, era el aniversario de Helena y todos los presentes la queríamos. (Incluso su irascible hermano se preocupaba de ella tanto, probablemente, como de su derecho a una vida pública libre de escándalos).

La comida, sin duda, era mejor de la que se servía normalmente en aquella casa, no muy sobrada de dinero. Me gustaron, sobre todo, los buñuelos de langosta que había en el primer plato, con aceitunas de Colimba y pedazos de cerdo. Helena y yo conseguimos encadenar una buena dosis de historias de viajeros sobre comidas exóticas, lo cual nos permitió evitar el dudoso aspecto teatral de nuestro recorrido por Siria. La pieza central del plato principal era un

cochinillo entero en salsa de nueces, un manjar que, lo reconozco, rara vez figuraba en el repertorio de cocina de mi casa.

—¡Aquí no lo tomamos a menudo! —reconoció también el senador al tiempo que me servía un vino que calificué de « suave» .

—¿No querrás decir « sedoso»? —Eliano seguía tratando de mostrarse cáustico, aunque ya llevaba la túnica salpicada de manchas azul brillante. Yo había hecho un comentario al respecto al indicar que los habituados a los banquetes solían rechazar los entrantes servidos en tinta de calamar.

—No. Quiero decir cálido y refinado, con un matiz sarcásticamente peligroso que puede enviar a alguno de nosotros rodando escaleras abajo antes de que termine la velada.

—¿Eres experto en vinos, Falco?

—No, aunque suelo beber con uno que lo es. Pero conozco la retórica — repliqué, previniéndole de que no se hiciera el presuntuoso conmigo—. Mi amigo Petronio Longo es capaz de distinguir entre un vino de Falernia de las cimas, de media ladera y del llano. Yo, no, aunque siempre estoy encantado de que me sirva catas mientras intenta educar mi paladar. Su sueño es echarle la mano a un ánfora de Vinum Oppianum.

Eliano ya estaba lo bastante achispado como para reconocer su ignorancia.

—¿Qué es eso?

—Es una añada legendaria, que tiene ese nombre en honor del cónsul de entonces, naturalmente: Opiano, el hombre que mató a Cayo Greco.

—¡Pero si de eso debe de hacer dos siglos! —exclamó el senador—. Si encuentra alguna, que me guarde un sorbo.

—Puede que lo haga. Según Petronio, la añada fue tan extraordinaria que se acapararon las existencias y, de vez en cuando, aparece alguna.

—¿Aún resultaría bebible? —preguntó Helena.

—Es probable que no. Un catador como Petro sería capaz de beberse los posos y emborracharse con el propio sello distintivo.

—Los catadores no beben —me corrigió ella con una sonrisa—. Los catadores huelen, saborean, ponderan y luego compiten en ofrecer descripciones floridas...

—...y terminan muy mareados.

El senador se echó a reír, complacido con nuestra agudeza.

—Prueba esto, Marco. Es guarano; sólo se produce en cantidades muy pequeñas en la sierra que se eleva sobre Baia, donde el aire debe de ser salado, y la tierra, azufrosa. Y donde las vides crecen estimuladas por los gritos felices de las muchachas seducidas por los jóvenes que frecuentan el balneario.

—¡Oh, basta ya, Décimo! —exclamó Julia Justa, aunque ya extendía su copa para que la volviera a llenar. Recibió el vino de manos de su esposo con gesto educado y volvió a centrar su atención en el chiquillo abandonado, cuyo tranquilo

comportamiento en público la había encariñado con él. Delante del bebé, y mirándolo fijamente, agitó el sonajero, un cerdito de loza con guijarros en el interior que Helena le había comprado en un tenderete del mercado.

—¡Oh, mamá! —murmuró Eliano con un escalofrío—. ¡Quién sabe de dónde habrá salido!

Tuve que hundir la nariz en la copa, de puro enfado. Por fortuna para mí, el guarano era fuerte y con cuerpo; un vino consolador.

—Llevaba ropas de buena calidad. Creemos que procede de una buena casa —respondió Helena con frialdad—. Aunque eso no tiene importancia; el pequeño está desamparado y es preciso hacer algo por él.

La madre, que conocía suficiente a Helena, evitó hábilmente la insinuación de que los Camilos debían intervenir.

—Si procediera de una buena casa, como dices —insistió Eliano—, la familia de la que fue robada la criatura habría hecho un llamamiento público para encontrarla, ¿no os parece?

—Lo dudo —se apresuró a responder su madre. Julia Justa agitó el sonajero; empezó a un lado del bebé y fue levantándolo hasta situarlo ante la cara del niño. Sólo entonces lo vimos reaccionar agitando las manos. La madre de Helena era una mujer inteligente y se había dado cuenta de algo que había pasado inadvertido incluso a la mía. El bebé no respondía hasta que el sonajero entraba en su campo visual. Entonces, Julia Justa añadió con tono tajante—: Puede que su familia lo abandonara deliberadamente. ¡Este niño es sordo!

Al oír la noticia, hundí la cabeza y me tapé los ojos. Si era sordo de nacimiento, también sería mudo. El pequeño estaba condenado: la gente lo consideraría un idiota y no habría modo de encontrarle un hogar decente.

—¡Por Júpiter, Falco! —graznó Eliano—. ¿Qué vas a hacer?

—¡Oh, deja ya de pincharlo! —La madre se volvió en el diván hasta mirar de nuevo hacia la mesa—. Marco encontrará una solución adecuada y elegante. Siempre la encuentra.

Resultaba difícil saber si estaba reprendiendo a su hijo o quejándose de mí.

Alcé mi copa como si brindara por ella y vi a Helena compungida por la desgraciada situación del chiquillo. Estábamos a dos dedos de ofrecerle un hogar nosotros mismos.

Me salvó una distracción. El inútil portero de la casa había franqueado el paso a un borracho. Un joven de unos veinte años, alto y tímidamente atractivo entró en el comedor con paso vacilante y tropezó con una mesilla auxiliar en su avance. Quinto Camilo Justino había aparecido por fin.

Deslumbrado por las lámparas, se inclinó para dar un beso a su madre (no muy buena ocurrencia). Después, le hizo cosquillas en la planta del pie a Helena, lo cual provocó que ella empezara a agitar brazos y piernas furiosamente. En su frenesí, Helena le arreó un buen sopapo en la oreja a Eliano cuando éste se

erguía en su asiento para hacer algún comentario insultante. Con el cuidado minucioso de quien anda lejos de estar sobrio, Justino colocó dos paquetes delante de su hermana y luego, con un súbito impulso, la besó a ella también. Helena le respondió con un bofetón.

Insensible a la atmósfera que reinaba en la estancia, Justino recuperó el equilibrio como un artista de la cuerda floja, rodeó los divanes con paso vacilante y se dejó caer en el que quedaba vacío, al lado del mío. Me preparé para aguantarlo mientras él me rodeaba por los hombros con el brazo.

—¡Marco! ¿Qué tal sobrevives a la fiesta? —Justino estaba bebido sin remedio. Emití unos ruidos tranquilizadores mientras Helena me hacía señales urgentes para que le diera de comer, pero como sobre quien vomitaría sería sobre mí, yo estaba interesado en intentar limitar su ingesta.

—Lo siento, llego un poco tarde. He estado en la Saepta, buscando un regalo.

Mis ánimos se deprimieron todavía más.

—¿Dónde, exactamente, de la Saepta?

Ya empezaba a hacerme una idea de por qué el joven Justino llegaba tarde y bebido, aquella noche.

—Bueno, ya sabes, Falco... Andaba paseando y vi un rótulo con un nombre que reconocí y me presenté. Un subastador maravilloso —explicó Justino a su hermano. Eliano sonreía mientras lo escuchaba; era el hijo cuyos pecados están aún por descubrirse, observando cómo el hermano corrompido se ponía en ruidosa evidencia. Encajé la nefasta noticia de que había sido mi nada maravilloso padre quien le había puesto de beber al excelente muchacho.

Helena intervino entonces en tono vibrante:

—¡Te echábamos de menos! ¿Esto es mi regalo, cariño?

—El paquete pequeño —señaló Justino con claridad—. Una chuchería de tu devoto hermano...

—Muchísimas gracias.

—El paquete grande te lo envía con sus respetos mi excelente amigo, Didio Gémino.

—¿Es ese el hombre que te ha dado a beber tanto vino? —se burló Eliano, despectivo.

—Es mi padre —mascullé. A Julia Justa se le heló la expresión. Tras un titubeo, continué—: A Didio Gémino le gusta poner a sus clientes en un estado de debilidad. Te aconsejo, Eliano, que no te juntes a beber con un subastador. Ahora, como ves, tu hermano necesita dormir la borrachera... ¡y sólo los dioses saben cuánto se habrá gastado!

—Muy razonable —farfulló Justino, feliz. Por lo menos, había seguido mi consejo y estaba recostado. Por desgracia, lo estaba sobre la fuente de confituras.

Lo dejamos allí. Parecía lo mejor.

Helena trató de aparentar regocijo mientras desenvolvía el regalo de mi hermano. Era un espejo de gran belleza, decorado al estilo celta con magníficas volutas y remolinos de follaje, y examinó su rostro en él tratando de olvidar el estado de su hermano menor.

—Y tu padre también le ha enviado un regalo a Helena, Marco... —Julia Justa estaba muy satisfecha al pensar que la familia Didia sabía comprar a unos posibles futuros parientes. Helena, obediente, desenvolvió el paquete.

—Mi padre tiene muy buena opinión de Helena —murmuré con un hilo de voz.

No era preciso decirlo. Mi padre le había enviado un soberbio joyero (sobrecogedoramente caro). No era muy grande —nada ostentoso—, pero era un magnífico ejemplo del trabajo en cedro. Cada esquina llevaba una elaborada cantonera de bronce y también tenía unas patas diminutas, una aldabilla y una cerradura perfecta con un escudete giratorio.

—¡Oh, qué encanto de hombre!

Oh, qué cerdo. El viejo sabía de mis apuros y me había dejado en la estacada. Ni siquiera una palabra de disculpa.

Parecía buen momento para un brindis. Varios esclavos deseosos de echar un vistazo a los regalos de la joven ama escanciaron las copas. Otras esclavas ancianas, que la habían cuidado en la infancia, le regalaron varias cajas de alfileres para el pelo y juegos de tenacillas.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó el padre de Helena, quien, a pesar de su aire de inocencia, sabía sacar provecho de los ratos de buen humor.

Helena había encontrado la llave del cofrecillo en una madeja de lana. Incluso la llave era una delicia, una delicada pieza de tres dientes al final de un aro de oro.

—Aquí dentro hay una nota para ti, Marco...

Me arrojó un pedazo de pergamino reutilizado. En aquel momento, no deseaba tener ninguna comunicación con mi padre; así pues, fingí echar un vistazo al mensaje y procedí a quemarlo en una lamparilla próxima.

Helena inspeccionó la caja y rebuscó en su bello interior. Estuve a punto de largarme a cualquier parte, con la excusa de buscar un retrete. Al final, venció la urbanidad y, en lugar de marcharme, di un bocado a un pastelillo. La miel me rezumó por la barbilla.

Advertí un cambio en el rostro de Helena. Debía de haber algo más; la asombrosa cajita contenía algo. Mi corazón empezó a acelerarse furiosamente. Ella empezó a extraer algo y distinguí de inmediato qué era. Unos inesperados reflejos dorados parpadearon en la tapa del cofrecillo y revolotearon como mariposas sobre la piel de Helena.

—¡Oh! —exclamó con asombro y, a continuación, mostró en alto un objeto de sobrecogedora belleza.

En torno a la mesa se hizo el silencio.

Muy despacio, como si temiera causar algún daño, Helena depositó el regalo sobre la mesa. La luz seguía reflejándose en un centenar de piezas de oro minuciosamente entrelazadas. Helena se volvió hacia mí. Todos los demás estaban contemplando el regalo. Yo no necesitaba hacerlo. Yo estaba ocupado observándola a ella.

Era una corona. Muy antigua. Una corona griega. En otro tiempo había sido un premio en unos Juegos clásicos, en la época en que los atletas eran perfectos en cuerpo y en espíritu. Estaba compuesta de hojas y frutos delicadamente suspendidos de hilos de oro tan delicados que bastaba el viento para que temblaran. Entre las relucientes varillas que la formaban se acurrucaban insectos de formas perfectas y sobre el cierre estaba posada una pequeña abeja de oro.

La madre de Helena intentó recobrar el dominio de sí.

—¡Oh, Helena Justina!, no estoy segura de que debas aceptar esta... —Le falló la voz—. Marco, tienes un padre sumamente generoso.

Esta vez no había duda de que le dirigía un reproche: en efecto, aquello era demasiado. Gémino, hombre poco sutil, había actuado con torpeza. De un simple pariente de un yerno en absoluto oficial, tal regalo era una exhibición de vulgaridad.

Dirigí una suave sonrisa a Helena y vi que sus tiernos ojos azules estaban llenos de lágrimas. Ella lo sabía. Tocaba con su meñique una cigarra tornasolada que se ocultaba tras una hoja de roble, rozándola con la misma suavidad con la que acariciaría la mejilla de un recién nacido.

—Mi padre tiene sus momentos —le dije con calma—. Tiene estilo y buen gusto y, como dice tu madre, puede ser sumamente generoso. Considerado, también. Es evidente que se ha tomado muchas molestias para encontrar la caja adecuada.

—La corona es maravillosa —murmuró Helena.

—Tú eres maravillosa.

—Mi hija no puede aceptarla —insistió Julia Justa con más firmeza.

—¿Bueno, encanto, puedes o no? —levanté una ceja.

Helena Justina me sonrió. No prestó la menor atención a su familia pero, de pronto, todos comprendieron lo que sucedía.

El instante, de pronto precioso y tierno, sufrió una brusca interrupción. Quinto se había puesto en pie, con el rostro algo sucio de miel y canela.

—Marco, un mensaje: tu padre dice que lamenta haberte tenido en ascuas de esta manera, pero tenía que recuperar la corona del hombre al que se la había vendido. —El muy degenerado... Justino continuó su explicación mientras yo apretaba los dientes—: No hubo protestas; Gémino le explicó a ese pobre desgraciado que recuperaba la corona porque en una lista de los vigiles había visto que era propiedad robada...

¡Vaya, gracias, padre!

Helena soltó una risilla. Algunos miembros de su familia quizás encontrarán aquello inesperado. Con gesto serio, me dijo:

—Sólo por interés comercial, me gustaría saber si tu padre estafó a este pobre estúpido tanto como algún otro vendedor te había sacado ya a ti.

—Probablemente, no. El desacreditado damasceno cuyo retiro en paz y abundancia he asegurado se dio cuenta de que hacía la compra por amor.

Me incorporé, levanté la copa y, con gesto ceremonioso, apelé a todos a unirse a mi brindis.

—Según el damasceno, esta corona fue en cierta ocasión un premio de los Juegos nemeos. Un premio que hoy sólo merecen las jóvenes más sublimes, querida mía.

Su noble familia tuvo la amabilidad de murmurar unas palabras de asentimiento, de forma bastante espontánea. Bebimos a la salud de Helena Justina con el guarano, recio y aceptable, que su padre había reservado para celebrar su día especial.

—¡Helena Justina, hija de Camilo Vero y alegría del corazón de Didio Falco, felicitaciones en tu aniversario!

—Feliz cumpleaños, hija —exclamó Julia Justa. Después de lo cual, como no podía alcanzar a Helena, cuyo diván quedaba demasiado lejos, la noble matrona soltó una lagrimilla, se volvió sobre su codo perfumado y me besó a mí.

## XLV

Fue una noche memorable pero, una vez estuvimos de vuelta en nuestro pisito, tuve que forzarme a volver al sórdido mundo real. Las dos guardias de la Cuarta Cohorte debían de haber pasado aquellas horas de oscuridad patrullando la violenta colina Aventina esperando encontrarse de nuevo con el horror. Sabía que Petronio pasaría con sus hombres parte de la guardia, al menos. Martino, su ayudante, se dedicaría a cubrir otro tramo de la vigilancia nocturna. Fúsculo también estaría. Probablemente, uno u otro llevarían consigo a Porcio, el recluta. Sergio, el hombre del látigo que disfrutaba con su trabajo, andaría por alguna parte buscando inquilinos descuidados a quienes azotar... y con la esperanza de probar sus habilidades en un asesino. Yo tenía la certeza de que si descubrían quién había matado al hermano de Scythax, alguien desaparecería de las calles sin más. La Cuarta estaba dispuesta a despachar justicia sin dilaciones. Quizá fue ésa la razón de que, cuando vi que no podía dormir, en lugar de salir a la calle para acompañarlos en su siniestra ronda me quedé acostado en casa.

Finalmente, mi agitación perturbó a Helena.

—¡Chist! Despertarás al niño...

—A ése, no, querida.

—Entonces, despertarás a la perra.

*Nux*, que me aplastaba los pies otra vez, se revolvió para confirmarlo.

—¡Cuidado, pellejo con patas! Un movimiento en falso y te convierto en forro para botas.

Helena se acurrucó más cerca de mí, enredada en mis brazos, en silencio. La conocía lo suficiente como para captar cómo maquinaba su cabeza; lo suficiente como para saber qué ideas pasaban por su mente.

—Tu madre tiene razón. Cuando podamos dedicar un poco de tiempo al bebé, le encontraremos una casa.

Poco convencida, Helena siguió sin abrir la boca. Volví a probar:

—No temas. Aquí, el bebé está a salvo. Preocupémonos de Tértula. Cuéntame cómo te ha ido hoy con Cayo Baebio. ¿Con cuántos padres has conseguido hablar? ¿Ha habido algún éxito?

—Apenas. —En voz baja, Helena me contó sus aventuras—. En la lista de Petronio había cinco familias. He conseguido hablar con alguien en cuatro de las casas. Sólo en una me han negado el acceso rotundamente. Es una familia de una

categoría extremadamente alta.

—¿Por qué vive en el Aventino, entonces?

—Sus antepasados deben de haber vivido aquí desde que miraban por encima del hombro a Rómulo.

—¡Bueno, si alguien puede retorcerles ese hombro eres tú! ¿Qué me dices de los demás?

—He visto en persona a una de las madres. Me recibió a solas en una habitación, como si quisiera que nadie lo supiera. Pero incluso entonces se limitó a sisear con irritación que el asunto ya había quedado resuelto. Lamentaba mucho nuestras dificultades, pero no podía involucrarse.

—¿Estaba asustada?

—Mucho, yo diría.

—Encaja. Los secuestradores de niños suelen advertir a los padres: «No acudan a la policía o volveremos». ¿La mujer te permitió ver al niño?

—Rotundamente, no. En otras dos casas me encontré con un comité de esclavos que me daba la bienvenida, cortés pero distante y absolutamente inútil. En la cuarta casa, la madre se negó a recibirme pero pude hablar con una niñera. Mientras un criado me escoltaba hasta la puerta, ella salía a dar un paseo con el niño.

—¿Qué edad tenía el pequeño?

—Tres años. Cuando salí, seguí a la doncella y la induje a conversar un rato mientras caminábamos calle abajo. Al saber que se había producido otro caso, se mostró horrorizada y pude aprovecharme de su compasión. Reconoció que el niño había sido raptado; lo había sido, precisamente, en un paseo como aquél y por eso ahora iban a todas partes escoltados por esclavos. Eso significa que los llevaba pegados a mis talones y apenas tuve tiempo de hablar con ella. Lo que me contó fue muy útil y confirma la teoría de Petro en líneas generales. El niño fue raptado en un momento de descuido, mientras la doncella compraba algo en una tienda de ropa. Le volvió la espalda unos segundos y, cuando lo buscó de nuevo, el pequeño Tiberio había desaparecido. De inmediato, la familia fue presa de un absoluto pánico. Como sabemos, se informó a los vigiles; el padre también envió a todos los esclavos a batir las calles. Al día siguiente, la agitación cesó bruscamente. La niñera no llegó a saber la razón. Los padres del pequeño se volvieron reservados y sigilosos. En la casa continuó notándose una gran tensión, pero las batidas callejeras cesaron. La doncella cree que sus amos recibieron la visita del banquero de la familia.

—Es un punto significativo. —Y afortunado; no habría sido raro que el padre acordara el pago del rescate con el banquero del Foro, en cuyo caso no habríamos tenido noticia de ello—. Es un detalle útil. ¿Cómo fue devuelto el pequeño Tiberio?

—El padre salió con el banquero y volvió a casa con el chiquillo. A la

servidumbre se le dijo que alguien lo había encontrado por casualidad. Más tarde, se les recomendó a todos no comentar el asunto. Esto es todo lo que he averiguado.

—Es bastante. ¿El niño tenía edad suficiente para hablar de lo que pasó?

—Me ha parecido una pobre almita poco despierta y excesivamente alimentada. Supongo que sí, pero de ninguna manera nos permitirán hablar con él; sobre todo, ahora. Lo mantienen bajo una estrecha vigilancia y la escolta se puso nerviosa enseguida cuando me vio conversar con la niñera. He tenido suerte de averiguar lo que me ha contado... y de que Cayo Baebio haya tenido la sensatez de no entremeterse.

—El gran salchichón.

—No tiene mala intención, Marco. Está muy preocupado por Tértula... y muy enfadado con el padre de la pequeña por no haber aparecido siquiera a buscarla.

—Debe de ser la primera vez que uno de mis cuñados desprecia a otro más aún que yo. Está bien; de modo que Cayo Baebio no sabe escoger una esposa o un perro, pero tiene un corazón de oro. Cualquiera que se dé golpes con la cabeza contra una pared tratando de quejarse de Lolio merece una corona de laurel. ¿Vendrá a ayudarte mañana? ¿Tienes intención de acercarte otra vez a la quinta casa?

—Cayo tiene turno en Ostia. Sí, haré un segundo intento con la última familia...

—Tú sola, ni hablar.

—No pensaba hacerlo. Ya que es gente tan estirada, esta vez llevaré la litera de mi madre y un séquito de esclavos de mi padre. Probaré a anunciarme más ceremoniosamente, como una mujer de ascendencia respetable.

Lo decía en serio, enfrascada en su trabajo. Confiado en su buen juicio y en su sentido del humor, me permití una frivolidad:

—¡Prueba a llevar tu corona griega!

Helena celebró la broma con un gorjeo. Después, empezó a agradecerme el regalo del tesoro antiguo de Damasco de una manera que borró de mi mente casi todos los problemas y, finalmente, me permitió conciliar el sueño en paz.

Si necesitábamos una confirmación de que estaba actuando una banda de secuestradores de niños, fue lo primero que nos llegó al día siguiente. Estábamos desayunando todavía cuando oímos unos pies ligeros que subían los peldaños y, cuando ya me disponía a empuñar un cuchillo de cortar el pan por si al Molinero y al Pequeño Ícaro se les había ocurrido volver, asomó por la puerta el joven Justino.

Nos relajamos.

—¡Quinto! ¡Saludos, borrachín!

—Falco, ha habido un error terrible.

—Sí, beber con mi padre siempre lo es. Tranquilízate. Tienes una bolsa con bastante fondo; te recuperarás.

—Creo que ya he soportado suficientes reproches —murmuró con aire dócil.

—Supongo que sí.

—Ha habido una confusión; una que te afecta.

—¡Vaya novedad!

—No, en serio... —farfulló con excitación—. Te debemos una disculpa.

—Soy todo oídos, Quinto.

Entonces nos contó que la noche anterior, mientras cenábamos, había llegado a la casa del senador un extraño mensajero con una nota, que el secretario de Camilo recibió y leyó. Como se estaba celebrando una fiesta familiar, el secretario se había ocupado del asunto por su cuenta. Era una nota que pedía rescate por la devolución de una niña, cuyo nombre resultó desconocido al escribiente. Éste había despedido al mensajero con malos modos y hasta que la extraña historia fue mencionada por la mañana, Camilo Vero no había comprendido de qué se trataba. Por fortuna, habíamos comentado el caso de Tértula durante la visita.

—¡Por Júpiter! Al menos, podemos decirle a Gala que la pequeña sigue viva, probablemente. ¡Pero vaya desfachatez! ¡Helena, alguien ha intentado presionar a tu padre para que pague el rescate de mi sobrina!

Como si nuestra relación no tuviera ya suficientes puntos espinosos.

No es preciso comentar que no se había conservado ningún indicio. La nota de rescate había sido devuelta al andrajoso mensajero, no disponíamos de ninguna descripción útil del individuo y nadie había estado pendiente de ver qué dirección tomaba una vez expulsado de la casa. Tal vez los raptores lo intentaran de nuevo. Tal vez tendrían la sensatez de ponerse en contacto con Helena Justina o conmigo. Tal vez perdieran la paciencia y se limitaran a devolver a Tértula.

Tal vez.

## XLVI

En el cuartelillo del sector Decimotercero reinaba una atmósfera tan agria como en el nuestro. La noche había sido tranquila en el Aventino. Normal, por lo menos. Salvo dieciocho incendios domésticos, un fuego provocado en un almacén de grano, una serie de robos callejeros, varias peleas relacionadas con la festividad del Armilustrum, tres suicidas dragados del Tíber y dos casos más de mujeres enfurecidas cuyas colchas tendidas a airear habían desaparecido de la barandilla del balcón, nada había perturbado la paz.

Conté a Petro lo que habíamos descubierto sobre los raptos y él me dijo lo que podía hacer con la noticia.

—No te desentiendas del asunto. Tértula es un caso oficial, Petro. Gala exige una investigación.

—La niña está en nuestra lista de servicios.

—Al carajo la lista. Esto necesita un seguimiento enérgico.

—Dame un nombre o una dirección sospechosa y enviaré a los hombres.

—Es alguien con buena información. Alguien que sabe lo necesario para relacionar a la insoportable mocosa de mi terrible hermana con el hecho de que mi novia proceda de una familia bien situada. —Aunque no lo bastante como para saber que los ilustres Camilos no disponían de muchos fondos.

—Pueden haberse enterado en la barbería o en la tahona.

—¿Estás seguro? ¡Entonces, alguien de la calle sabe más que el secretario del padre de Helena; el tipo echó de la casa al mensajero!

—Supongo que te habrás ocupado de que la próxima vez le ponga un grillete y nos lo entregue.

—Tértula es una chiquilla de siete años. Debería ser una prioridad.

—Mis prioridades las marca Rubela. Mi prioridad es eliminar las bandas.

Su rostro ceñudo me dijo algo muy distinto: Petro también tenía hijas y conocía las dudas y los miedos que despertaba la desaparición de una niña. Se calmó un poco, me dijo que Helena había actuado magníficamente en sus indagaciones entre las otras familias e insistió en que no la merecía. Con su ayuda y, ahora, con el intento de involucrar a su padre, por lo menos sabíamos qué estaba pasando.

—Pero eso no es consuelo para mi hermana, bien lo sabes.

Petro me prometió que se ocuparía del asunto cuando tuviera tiempo. Tal

como estaban las cosas, no lo tendría nunca. Los dos lo sabíamos.

No había habido más robos a lo grande ni más asesinatos, lo cual era un alivio pero también significaba que no teníamos más pistas con que seguir la investigación. Petronio y su unidad volvían a afrontar la tarea penosa y deprimente de rebuscar otra vez entre los datos que ya conocíamos; de preocuparse por detalles vanos; de intentar exprimir una gota más de significado de unos hechos que ya estaban completamente secos.

—¿Dónde está el negrito, el esclavo de Nonnio? —preguntó Petro de improviso.

—Con Porcio.

—¿Y dónde está Porcio, pues?

Mandó a buscar al joven recluta, que andaba lidiando con las víctimas de los robos de cubrecamas. Porcio se presentó en la sala de interrogatorios con aire nervioso. Debía de saber que Petro era el hombre más calmado del Aventino, pero también percibía, probablemente, la irritada impaciencia que electrizaba el ambiente como el aire nocturno antes de una tormenta cegadora.

—Creía haberte dicho que te hicieras amigo del criadito del delator.

—Sí, jefe. Es lo que hago.

—¿Y bien?

—El muchacho es muy tímido, jefe.

—No me importa si se mea encima cada media hora. Lo secas y sigues insistiendo. Quiero saber qué vio.

—Habla en un galimatías ininteligible, jefe.

—Si no domina el latín, podemos buscar un intérprete.

—No es el latín...

—No te pares en pequeñeces, Porcio. Estamos en Roma; podemos encontrar un traductor fiel de cualquier lengua del mundo.

—Es el miedo, jefe. Sencillamente, el chico está aterrorizado.

«Igual que yo», podría haber añadido Porcio.

—¿Y por eso no nos sirve? No lo acepto. Si permaneció oculto debajo de ese diván donde lo encontramos, seguro que vería unos cuantos pies. ¿Oyó algo de lo que decían? ¿No puede darnos un cálculo aproximado de cuántos secuestradores acudieron a la casa? ¿Los asaltantes hablaban en latín o en alguna lengua extranjera?

Porcio pestañeó ligeramente, pero se dominó. Debía de haber desarrollado un sentimiento de responsabilidad para con el pequeño esclavo que habían colocado a su cuidado y ahora pretendía hacer frente a Petro. Mala idea.

—Estoy trabajando en ello, jefe. Tengo un plan para inducirle a hablar. En realidad, el chiquillo dio muestras de bastante valentía, la noche de autos; la conmoción y el pánico debieron apoderarse de él más tarde. El chiquillo adoraba a su amo y le era leal. Hasta ahora, he descubierto que cuando se llevaron a

Nonnio, el chico corrió tras el grupo que lo había secuestrado.

Yo escuchaba sin intervenir. Al oír aquello, arrugué el entrecejo. Petronio Longo se incorporó de un salto. Dando rienda suelta a su tensión, repitió lo último que había dicho el recluta y masculló furiosamente:

—¿Qué es esto? Creo que no he oído bien...

Porcio se dio cuenta de su error y calló.

Petronio necesitaba ventilar su frustración y el bienintencionado recluta resultaba un blanco fácil. Petro estaba fuera de sí.

—¿Cuánto tiempo te has guardado esta información? ¿Quieres licenciarte pronto? ¡Tenemos gente asesinada y locales vaciados por toda Roma y tú te dedicas a alardear, como un caballo de circo, de que estás «trabajando» al único testigo! Métete esto en la cabeza: mientras sirvas en esta unidad de investigación de la Cuarta Cohorte, formas parte de un equipo. Un equipo que dirijo yo. No te dediques a tomar iniciativas por tu cuenta; debes informar de cada detalle, relevante o no, a tus colegas y a mí.

—¡Podrías fastidiar algo! —murmuré con un gesto de asentimiento.

—¡Cierra el pico, Falco! —La interrupción lo había tranquilizado un poco. Aun así, descargó el puño contra la pared. Tuvo que dolerle—. No te quedes ahí parado como una bala de fieltro, Porcio. Quiero saber palabra por palabra lo que te ha dicho el esclavo. Hasta el último detalle. Y será mejor que te des prisa. ¡Y cuando termines, voy a colgarte del puente Probo por los cordones de las botas, a una altura suficiente como para que te ahogues despacio cuando suba la marea!

Pero Petro seguía tan encolerizado que tenía que hacer algo más enérgico: soltarle un puñetazo a Porcio, o romper algún mueble. Agarró un taburete y lo hizo astillas contra la puerta.

Hubo un largo silencio. El cuartel entero calló. Los habituales lamentos de las víctimas de robos que suplicaban investigaciones urgentes para recuperar sus objetos y el alboroto de los detenidos de la noche anterior cesaron bruscamente. Los arrestados pensaron que el ruido era de un sospechoso estrellado contra las paredes de la celda por los interrogadores. Y cada cual imaginó que él podía ser el siguiente.

Porcio había cerrado los ojos. Él estaba seguro de que si alguien salía golpeado, sería él.

Fúsculo y Martino, un par de tipos duros, aparecieron en la puerta con expresión de abierta curiosidad. Con voz relajada, comenté:

—Entre el asiento roto por los pedruscos arrojados por el vecindario y el mobiliario que destrozáis vosotros mismos, el presupuesto de material de oficina de la Cuarta debe de haberse disparado últimamente.

Petronio, rojo de ira y avergonzado por lo sucedido, pugnó por tranquilizarse. Porcio, hay que reconocerlo, no se inmutó. Tenía las facciones de un tono blanco ceniciento. Vi brillar los nudillos de sus puños, cerrados junto a las costuras

de la túnica. El muchacho acababa de recibir los gritos y la agresión de un hombre con fama de no perder nunca el dominio de sí. Y sabía que Fúsculo y Martino estaban divirtiéndose a su espalda, con grandes gestos de burlona admiración ante lo que había conseguido. Hizo una profunda inspiración y anunció:

—El pequeño esclavo de Nonnio vio cómo conducían a su amo secuestrado a una casa.

—Pero nosotros lo encontramos al día siguiente en la casa de su amo. Si había seguido a los raptores, ¿cómo consiguió volver?

—Dice que anduvo vagando durante horas y que, finalmente, encontró el camino por casualidad. Cuando llegamos a la casa para investigar, él acababa de volver. La puerta principal había sido reducida a astillas, de modo que se coló dentro sin que nadie lo viese.

—Bien. Ahora, volvamos al momento en que sucedieron los hechos. Ese chiquillo presenció el secuestro. ¿Qué fue lo que vio, exactamente?

—Llevaba horas dormido en una salita cuando escuchó el ruido. A continuación, vio que varios hombres sacaban a Nonnio de su alcoba, a rastras. En aquel momento, Nonnio estaba amordazado con una especie de pañuelo. Se lo llevaron de la casa y el chiquillo siguió a los hombres por las calles hasta que su amo fue introducido en esa otra casa. El pequeño se ocultó fuera largo rato, hasta que vio que sacaban un cuerpo, arrastrándolo por los pies. Fue entonces cuando le entró pánico. Supuso que era su amo y se asustó tanto que escapó de allí.

—¿No vio cómo arrojaban el cuerpo al Foro Boario?

—Dice que no —declaró Porcio.

—¿Crees que cuenta la verdad?

—Sí. Para mí que si ese chiquillo hubiera sabido dónde había terminado su amo, lo habríamos encontrado llorando junto al cuerpo, y no en la casa.

Petronio Longo cruzó los brazos. Echó la cabeza hacia atrás y contempló el sucio enlucido del techo de la estancia. Porcio consiguió guardar silencio mientras su jefe reflexionaba; Martino, Fúsculo y yo intercambiamos miradas.

Petronio bajó la mirada y la fijó en el sobrecogido recluta.

—De modo que has descubierto todo eso en el transcurso de tu plan independiente para «inducir» al testigo a decir más cosas. Ahora vamos a ayudarte todos a resolver las cosas, Porcio, así que... cuéntanos cuál era tu plan, exactamente.

—Pensaba —Porcio tragó saliva, sofocado— utilizar al chiquillo para tratar de localizar la casa en la que se dio muerte a Nonnio. También pensaba que, para no confundirlo recorriendo muchas calles, podría llevarlo en una silla portatoria cerrada a una serie de lugares seleccionados y enseñarle las viviendas de ciertos sospechosos.

—Entiendo.

Mientras Petronio dirigía una mirada furibunda a su desdichado joven subordinado, Fúsculo se arriesgó a preguntarle:

—Y bien, jefe, ¿qué plan tienes ahora?

—Está muy claro —respondió Petro—. ¡Montar al negrito en la silla portatoria y enseñarle casas de sospechosos! Nuestro joven colega quizá sea un irresponsable, pero su idea tiene bastante sentido. ¿Dónde está el chico, Porcio?

—Iré a buscarlo...

—No. Lo traerá Fúsculo. Dile a Fúsculo adónde tiene que ir.

Petronio demostraba ser muy duro con aquella muestra de desconfianza hacia Porcio. Sin dar tiempo a que nadie intentara mediar, Petro abandonó la estancia.

Porcio apeló a mí en busca de simpatía.

—¿No ha dicho que era una buena idea?

Le di una palmada en el hombro y respondí:

—No te preocupes por esas cosas. Pero, en este caso en concreto, protégete la espalda, Porcio. No te molestes en tener grandes ideas.

Fúsculo se dispuso a salir; antes de llegar a la puerta, se volvió e hizo un gesto pausado a Porcio, que se escabulló tras él. Martino, el ayudante de Petro, se quedó y me dedicó una sonrisa.

—¿Tiempo de resignación? —pregunté, e indiqué con un gesto la figura angustiada del recluta que se alejaba.

—¿Quién sabe? Es un buen muchacho —me confió Martino—. Envía a su madre toda la paga, no se entretiene con mujeres, no mira con lascivia a los escribientes, no le huelen los pies ni cuenta chistes malos y siempre se presenta a tiempo a los servicios. Parece no tener defecto alguno.

—¡Oh, es cierto! —Fingí captar por fin la ironía de sus palabras—. ¡Ya veo que nunca podría encajar en esta cohorte!

Era una broma, pero la escena, las demostraciones de irritación, había dejado un mal regusto. La presión seguía aumentando. Me molestaba mucho la idea de que algún componente de la Cuarta pudiera estar perdiendo la razón. Sobre todo, la unidad que dirigía Petronio Longo. Y menos que nadie, el propio Petro.

Llevaron al esclavito de Nonnio a ver la casa de un par de grandes jefes de bandas y ello sirvió, al menos, para eliminar de la lista a varios aspirantes al imperio de Balbino; el negrito no reconoció ninguna. Le enseñaron La Academia de Platón; nada. Después, le pidieron que observara las deliciosas mansiones de Fláccida y de Milvia. Vio primero la de ésta y no estuvo seguro. Pero tan pronto lo bajaron de la silla ante la de Fláccida, la identificó sin vacilar.

El chiquillo tenía ocho años, aún estaba muy asustado y el miedo lo volvía incoherente. No podríamos haber utilizado su declaración ante un tribunal aunque la ley nos los hubiera permitido. Legalmente, sólo podíamos citarlo si le sonsacábamos los hechos a base de torturas y Petro decidió no hacerlo. Una

simple imagen de Sergio blandiendo el fórceps al rojo vivo y era más que probable que aquella frágil almita cayera muerta de su rama.

La historia del chiquillo tenía muchos problemas. Un abogado experto la haría trizas. Nonnio no había sido secuestrado por Fláccida en persona, sino por un grupo de hombres (a ninguno de los cuales podíamos identificar, de momento). El esclavo no pudo darnos ninguna descripción. Petronio no estaba en situación de practicar detenciones.

Con todo, para nuestros propósitos, aunque no podíamos demostrar que Fláccida había intervenido en todo aquello, por lo menos teníamos la certeza de que así era; Nonnio Albio había sido asesinado en su casa. La tarea sobre el caso había empezado a simplificarse, por fin.

—¿Y qué te propones? —pregunté a Petro mientras desandábamos nuestros pasos hacia el cuartel—. ¿Entrevistarte con Fláccida?

—Dijiste que ya lo habías hecho tú.

—Yo no conseguí ponerla nerviosa. Eso fue antes de que tuviéramos la pista sobre la muerte de Nonnio. No podía amenazarla con un testigo.

—Yo, tampoco. —Petronio era un hombre realista.

—Así pues, ¿dejaste su busto sobre el pedestal?

Al llegar a una esquina de la calle, se detuvo y estiró el cuello. Con una mano se frotó el interior del cuello de la túnica como si el dobladillo de la prenda le irritase la piel. Pero lo que irritaba a Petro era otra cosa. Detestaba ver que un delincuente se salía con la suya.

—El busto puede seguir en su sitio... pero voy a tirarle unas cuantas piedras. Tenemos que ir a por Fláccida, aunque necesitamos acercarnos por algún medio indirecto. Olvídate de Nonnio. Algún día atraparé a Fláccida por esa muerte. Y también por la de Alejandro, pero no me preguntes cómo, de momento. —Me di cuenta de que estaba completamente decidido—. Hemos hecho progresos respecto a los asesinatos. Ahora, volvamos a los robos en el Emporio y en la Saepa. Veamos si podemos seguir la pista de ese bonito cristal de Siria de tu padre.

Lo conocía desde hacía el tiempo suficiente como para adivinar la estrategia que estaba planificando.

—Calculas que nuestra travesura en el burdel ya está borrada de la memoria y que puedes arrastrarme a una nueva escapada, ¿no?

—Exacto. Péinate un poco, Falco. Tú y yo vamos a pasar la tarde charlando como peligrosos degenerados con la encantadora y tierna Milvia.

## XLVII

Milvia estaba en casa, lo cual confirmaba mi impresión anterior de que la muchacha llevaba una vida muy solitaria. Al parecer, apenas salía. De todos modos, no moverse de casa aquella tarde le había traído la fortuna de contar con nuestra compañía.

—Me estoy haciendo viejo para estas cosas —comenté en son de broma mientras Petro y yo esperábamos a que le anunciaran su buena suerte. Sin duda, Milvia querría ponerse su vestido más lucido.

Se mostró complacida de vernos. Cuando hizo acto de presencia, envuelta en estolas blancas plisadas y delicadas cintas, me di cuenta de que había olvidado lo bonita que era. Desde luego, aquello era mucho más agradable que lidiar con su madre, aquel hueso tan duro de roer. Por supuesto, no teníamos demasiada fe en Milvia; desde que nos conocíamos, no sería la primera vez que Petronio y yo habíamos sido adulados y, después, arrojados a un estercolero por alguna muchacha de ojos grandes y aire honrado.

Cuando le volvimos a preguntar por la jarra de cristal, nos contó la misma historia: era un regalo a Florio. Ignoraba de quién. Petronio le pidió inspeccionar las alacenas de la casa.

—¡Pero si ya las habéis visto! —exclamó Milvia con cierta vacilación.

—Me gustaría revisarlas otra vez. —Petronio fue capaz de mostrarse tan severo como si estuviese inspeccionando una torre depósito de un acueducto... y, al mismo tiempo, transmitir un sutil mensaje de aprobación elogiosa al físico de una mujer. Menudo socarrón.

Milvia parecía preocupada. Excelente. Milvia se quejaría a su madre; Fláccida encontraría muy desconcertante todo aquello.

Como no había estado presente en nuestra anterior visita, se preguntaría por qué había tenido que recibir su hija esta segunda y qué peligrosos indicios podía haber revelado Milvia.

—Esta vez, Falco echará un vistazo conmigo.

—¡Ah, tú eres el simpático! —Milvia me recordaba, evidentemente. Petronio me dedicó una sonrisa barata y, mientras nos encaminábamos a la cocina, me hundió los dedos en los riñones.

Durante casi una hora inspeccionamos millas de vajilla de mesa en estanterías, armarios, expuestas ceremoniosamente sobre aparadores o

guardadas ordenadamente en diversas hornacinas. De loza roja y de cristal emplomado, de vidrio y de metal dorado, cada conjunto era suficiente para celebrar banquetes de cincuenta personas. No había comparación con el espléndido estante de cuencos que Helena y yo teníamos en la plaza de la Fuente (apenas suficiente para una sencilla cena de un solo plato para dos personas, sobre todo si éstas tenían por invitados a un bebé encontrado en la basura y una perra nueva hambrienta).

No reconocí ninguna pieza de cristal. Tampoco esperaba sorpresas, puesto que la casa ya había sido registrada por la Cuarta Cohorte. Le hice señas a Petro varias veces pero, al parecer, no tenía prisa por marcharse. Dirigió una sonrisa a Milvia, que se había encargado personalmente de mostrarnos las posesiones de la casa, y dijo:

—Volvamos al salón y procedamos a aclarar ciertos extremos.

Regresamos al salón. Era una estancia correcta, en tonos blancos, verdes y azules, pero no me gusta el mobiliario de verano egipcio, tan fino que parece que se vayan a quebrar las patas si uno se mueve. Y su joven y vivaz propietaria tampoco era mi tipo. Hubo una época en que me gustaban las que sonreían mucho y me miraban con admiración, pero desde entonces he crecido. Sin embargo, empezaba a sentirme solo en esta actitud mundana.

Petro tenía en los ojos su mirada terca. Milvia no era de fiar, pero resultaba la clase de muñequita de ojos brillantes con la que mi colega estaba siempre dispuesto a hablar del tiempo. La situación me llevó diez años atrás. Era como intentar arrancarlo de la cabaña de un confeccionador de hidromiel en Britania una vez que la criada le había mostrado sus trenzas doradas. Como siempre, no sabía qué hacer. Cuando Petro estaba de aquel humor, dar prisas y mencionar otros compromisos sociales no hacía sino demorarle más. Ya había citado a su esposa en la conversación, en un contexto bastante forzado relativo a unas soperas. Insistir en ello me haría parecer un remilgado desabrido.

No me habría importado pero, como informante, era yo quien siempre tenía que desmentir la fama de perseguir mujeres.

—¡Bonita estancia! —Petronio miró a su alrededor y sonrió. Estaba muy relajado. Hablaba en un tono amable, tranquilizador, y Milvia le devolvió la sonrisa.

—Cuidado —musité a la muchacha—. Si muestras interés, intentará venderte unos frescos mediocres.

Milvia me dirigió una risilla.

—¡Vosotros dos no parecéis agentes de la ley en absoluto!

—¿Lo dices en serio?

Petronio me hizo una mueca y, por fin, se dedicó un poco al trabajo.

—Bien. Pongamos algo en claro. La jarra que le diste a Didio Falco...

—En realidad, se la di a su encantadora colega. ¿Todas estas pesquisas han

sido por esa jarra?

—¿Tu encantadora colega, Falco? —preguntó Petro.

—Helena —confesé. Al menos, eso borró la sonrisa de sus labios.

—Al fin y al cabo, hablé con ella, sobre todo —continuó Milvia.

—¿Fue así, realmente?

—Ella y yo tenemos nuestros métodos —respondí.

—La jarra... —Petro volvió a dirigirse a Milvia con aire amenazador.

—La trajo mi esposo.

—La trajo Florio. ¿De dónde la sacó?

—Se la dio un conocido suyo.

—Un benefactor misterioso. ¿Le has preguntado quién era?

—¿Por qué habría de hacerlo? Florio estuvo bastante vago al respecto.

—¿Florio es un hombre reservado?

—No especialmente.

—¿Tú y tu esposo habláis de sus asuntos cotidianos?

—No, no mucho.

Milvia bajó la vista a su regazo al darse cuenta de la interpretación que podía tener su respuesta.

—Es una lástima —comentó Petronio Longo con abatimiento.

—No seas sarcástico —le dije.

—Era un comentario sincero.

—¡No tiene nada de malo! —exclamó Milvia a la defensiva.

—Pero no estáis muy unidos —apuntó Petro. Y pareció que se alegraba de ello.

—Somos perfectos amigos.

—Y alguna otra amiga de Florio le hace regalos caros...

Hubo una breve pausa. Milvia miró a Petronio, a mí y de nuevo a Petro.

—Vaya, pues sí; realmente, sois agentes de la ley...

—Eso no ha de preocuparte, si eres sincera con nosotros. ¿Fue una mujer? —insistí. Ya no tenía objeto tratarla con suavidad. Si su matrimonio tenía importancia para ella, era posible que lo hubiéramos destruido con un par de insinuaciones maliciosas. Aunque Florio fuera más casto que el rocío, podíamos haber echado a perder la relación. La sospecha es mal ingrediente en cualquier pareja—. ¿Es posible que tu esposo aceptara regalos de una mujer? —volví a preguntar a Milvia.

—Creo que no.

—¿Pero cabe la posibilidad?

—No fue la impresión que me dio. ¿Piensas en alguna mujer en particular?

—acertó a responder Milvia con porte orgulloso.

—No. Pero ahora, sin duda, se lo preguntarás a Florio. —Esta vez era Petro.

—Creo que, si queréis saberlo, debéis preguntárselo vosotros mismos —

decidió la muchacha con más firmeza de la que habría esperado.

Petronio sonrió ligeramente:

—Yo me encargaré de ello.

Pero Florio no estaba en casa.

Petronio estaba ahora en plena exhibición de tenacidad. Nada lo detendría hasta que siguiera la pista de la jarra, retrocediendo desde que entrara en aquella casa hasta el lugar donde había dejado la cristalería siria en el Emporio, al cuidado de mi padre. Cuando dejamos la casa, me dijo que se proponía volver allí por la tarde para preguntar a Florio personalmente. Como es lógico, empecé a hacer planes para acompañarlo, pero Petro lo consideró innecesario. La Guardia, al parecer, consideraba a Florio un tipo blando; un testigo resultaría superfluo.

—¡Ja! ¡No te hagas el inocente! ¡Ya sé lo que significa eso, golfo!

Petro sugirió con condescendencia que, en lugar de divulgar libelos, podía dedicar un rato a buscar a mi sobrina.

En realidad, acudí a los baños del Templo de Cástor, donde dediqué un par de horas a hacer ejercicio con Glauco. Aún tenía el hombro delicado, pero me las arreglé para trabajar el resto del cuerpo. Quería estar en forma. Presentía que empezábamos a tensar la cuerda de toda la investigación. También intuía que Petronio compartía este palpito, aunque si su idea de ponerse en forma era un interludio romántico, allá se las arreglara con Milvia.

Los dos estábamos alerta con esa sensación especial que sólo se produce cuando la acción está a la vuelta de la esquina. Ni Petro ni yo estábamos en absoluto preparados para lo que sucedió a continuación.

## XLVIII

Cuando llegué al piso, descubrí que teníamos unos visitantes que, sin duda, iban a echar por tierra todos los beneficios del baño y de la sesión de ejercicio. No me di cuenta hasta que hube entrado; de lo contrario, habría dado media vuelta y habría huido discretamente. Demasiado tarde, descubrí a Helena hablando en voz baja con mi cuñado, Cayo Baebio. Con él estaba mi hermana, Junia. De inmediato, advertí que habían dejado al perro, *Ajax*, en casa. La ausencia del can era un presagio de problemas. Imaginé que se había descubierto algo terrible en relación con Tértula, pero no había más noticias de mi sobrina; el problema que nos traía Cayo Baebio resultó ser peor.

Todo el mundo me había estado esperando. Era una suerte que Petronio y yo no hubiéramos decidido acudir juntos a los baños y concedernos luego una larga sesión en alguna taberna. (Por alguna insólita razón, Petro ni siquiera había sugerido tomar una copa).

En el apartamento reinaba una atmósfera tensa. Junia tenía al niño abandonado sobre sus rodillas huesudas mientras Helena le contaba lo sucedido con el pequeño, como una cortés manera de llenar el tiempo. Cayo Baebio, muy erguido en su asiento y con un aire de superioridad, iba envuelto, sorprendentemente, en una toga. Ni siquiera a un tipo tan dado a formalidades y ceremonias como él se le ocurriría ponerse la prenda tradicional para hacer una visita a la plaza de la Fuente.

—¡Cayo! ¿Para qué te has envuelto como un regalo? ¿Y qué haces aquí, a estas horas? Me han dicho que estabas en Ostia, trabajando.

Me asaltó el inquietante pensamiento de que Cayo y Junia tal vez quisieran adoptar al bebé abandonado. Pero no se trataba de nada tan sencillo, aunque me costó un buen esfuerzo averiguar qué hacían en mi casa.

—Sí, esta mañana he ido a Ostia —respondió mi cuñado. Eso no explicaba nada, pero Cayo consiguió dar un aire misterioso e insinuante a su habitual desplazamiento hasta el trabajo. Suspiré y me di por vencido. Convencer a Cayo Baebio para que contara una historia de cinco minutos llevaba normalmente unos tres días.

Colgué la capa en el perchero, me acuclillé en el suelo (ya que todos los asientos estaban ocupados), cogí al bebé de manos de Junia y me puse a jugar con él y con *Nux*.

—¡Marco! —exclamó Helena con voz algo alarmada.

—¿Qué sucede?

Dejé de hacerle carantoñas al bebé de inmediato, aunque *Nux* demostró menos juicio y continuó fingiendo que me cazaba como a un jabalí. Aquella perra tendría que someterse a un curso de etiqueta doméstica. O quizá sería mejor solución librarse de *Nux*. (Tal vez Cayo y Junia querían adoptarla a ella).

—Marco, Cayo Baebio tiene que visitar a un oficial y quiere pedirte que lo acompañes.

—Bueno, sólo me preguntaba si podrías decirme el nombre de ese oficial —le corrigió Cayo mientras yo me quitaba de encima a aquella perra chiflada.

—¿De quién se trata?

—Del tribuno de la Cuarta Cohorte de Vigiles.

—Marco Rubela. Un tipo poco recomendable. Será mejor que no tengas nada que ver con él.

—Estoy obligado. El Servicio de Aduanas tiene que transmitirle información de cierto hecho.

—¿Con una indumentaria tan formal? ¿Qué sucede, Cayo? ¿Se trata de algún asunto delicado?

Pensándolo un poco, tenía que serlo, para que los laboriosos miembros del servicio de tasas hubieran enviado a Roma a uno de sus supervisores antes de que terminara el turno. Y la misión también tenía visiblemente perturbado a mi cuñado.

Me incorporé y me coloqué bien la túnica. Devolví el bebé a Junia y Helena se encogió en el banco de cocina, dejándome espacio para sentarme en el extremo más próximo a Cayo. Aquel gran pastel de trigo ocupaba un taburete, de modo que quedaba más bajo que yo. Aquella posición lo hacía vulnerable a un trato severo, y Cayo lo sabía. Lo noté en su expresión de incomodidad.

Le di unas palmaditas en las rodillas y bajé la voz en tono amistoso y lisonjero.

—¿De qué va el asunto, Cayo?

—Es un tema confidencial.

—A mí puedes contármelo. Tal vez ya esté al corriente. ¿Se trata de algún soborno?

—No, nada de eso —replicó con cara de sorpresa.

—Uno de los inspectores ha hecho un desagradable descubrimiento... —le interrumpió Junia.

Mi hermana era una persona impaciente y altanera. Tenía una cara fina, una constitución flaca y un carácter débil. Solía peinar sus negros cabellos en firmes trenzas enrolladas a los lados de la cabeza con una serie de tirabuzones apretados, de un dedo de longitud, delante de las orejas y a ambos lados del cuello. El peinado pretendía tomar como modelo el de una estatua de Cleopatra; toda una

broma, creedme.

La vida había decepcionado a Junia y mi hermana estaba convencida de que no podía ser culpa suya. En realidad, sus terribles dotes culinarias y su actitud resentida podían explicar fácilmente dónde estaba la clave.

Siempre alababa a su esposo (por lo menos, en público) como si supervisar a los trabajadores de aduanas fuera comparable a los trabajos de Hércules y estuviera mejor pagado, pero el pesado estilo de conversación de Cayo debía de ponerla furiosa. En esta ocasión, soltó un bufido y se encargó de la explicación:

—Un inspector que investigaba un impago de tasas portuarias echó una ojeada a una barca y encontró un cadáver. El cuerpo se hallaba en mal estado pero tenía una chapa de identificación. Cayo Baebio ha sido designado especialmente para traerla a Roma.

Junia lo contó como si el digno Cayo hubiera volado allí con un par de sandalias aladas y tocado con un casco de oro. El corazón me dio un desagradable vuelco.

—Enséñale la chapa a Marco, Cayo —indicó Helena como si ya hubiese visto el objeto.

Lo que mi cuñado desarrolló con cuidado de entre un retal de tela era un simple disco de hueso. Cayo, reacio a tocarlo, me lo mostró en el propio envoltorio. Parecía limpio y lo cogí entre las yemas de los dedos. Un nervio de la muñeca se me disparó en un espasmo involuntario.

El disco tenía un agujero redondo en la parte superior, a través del cual pasaban dos finos cordones de cuero trenzados. Uno de ellos estaba roto y el otro aún seguía anudado. En una cara del disco aparecían las letras coh IV. Estaban perfectamente trazadas, centradas y con el hueco debido para dejar de manifiesto que las dos últimas letras eran el numeral *cuatro*. Junto al borde del disco, en letras más pequeñas, se leía roma, seguida de un espacio libre y, a continuación pref vig. Di la vuelta al disco y en la otra cara había un nombre masculino trazado de forma más tosca. Reconocí aquel nombre y mi expresión se endureció.

—¿Dónde está el cuerpo, Cayo?

Cayo tuvo que advertir el tono sombrío de mi voz.

—Lo están trasladando desde Ostia. —Carraspeó y añadió—: Nos costó convencer a un carretero...

Moví la cabeza, rechazando más explicaciones. Ya sabía cuántos días debía de llevar el cadáver en el puerto. Los detalles morbosos no quería conocerlos.

Era un evidente asunto de orgullo para el cuerpo de aduaneros haber identificado el disco y dar notificación oficial del hallazgo con la mayor diligencia posible. A los aduaneros les gusta creer que tienen un olfato más fino que el de un sabueso. Aun así, mi cuñado debía de tener sentimientos contradictorios y a antes de verme. Los funcionarios son muy corporativistas. Un

golpe contra un brazo de la administración pública los desanima a todos. Siempre amante de las crisis pero consciente de las consecuencias de ésta, Cayo murmuró:

—¿Es un asunto muy feo, Falco?

—No podría serlo más.

—¿Qué ha sucedido?— quiso saber Junia.

No hice caso de ella.

—Cayo, ¿ese hombre había muerto ahogado?

—No. Apareció en el fondo de una barcaza vieja que lleva meses varada en los sedimentos. Uno de nuestros muchachos vio huellas de pisadas en un banco de cieno y creyó haber descubierto un alijo de contrabando. Se llevó un susto terrible. No encontró fardos ocultos; sólo esto: un cadáver escondido en la quilla de la barcaza. Quien lo arrojó allí pensó, probablemente, que no se acercaría nadie a echar un vistazo.

—¿O sea, pensó que era un escondite más seguro que el océano, que habría podido devolver el cadáver a la costa?

—Parecía que el muerto había sido estrangulado, pero era difícil de determinar. Nadie quería tocar el cuerpo. Pero tuvimos que hacerlo, por supuesto —se apresuró a añadir—. Una vez descubierto, no podíamos dejarlo allí.

Era una tranquilidad saber que en el Cuerpo de Aduanas se seguían las normas más estrictas de higiene pública.

—¿Y el disco estaba en el cadáver, realmente?

El gesto de Cayo tuvo algo que me hizo desear no haberlo preguntado. Se sonrojó ligeramente. Los aduaneros tienen sus momentos. En su tarea de sacar dinero a los importadores reacios a pagar las tasas, tienen que afrontar muchas ofensas y agravios, pero normalmente no van más allá de los gritos y los insultos. Mi cuñado reprimió un escalofrío y confirmó mis peores presagios:

—Vimos los cordones. Me temo que a ese pobre desgraciado le habían introducido el disco en la boca. Parecía como si, en el proceso de darle muerte, alguien hubiera intentado obligarle a comérselo.

Tomé aire a boqueadas. En mi mente tenía la imagen de un rostro animado y juvenil, con unos ojillos brillantes y una sonrisa entusiasta.

—¿Ha desaparecido alguien en la cohorte?

—No se ha echado de menos a nadie, que se sepa.

—¿Pero el muerto era miembro de la cohorte?

—Sí. —Muy inquieto, me puse en pie otra vez—. Lo conocí brevemente. Este asunto es muy importante, Cayo; tanto para la cohorte como para Roma. Te acompañaré a ver a Rubela.

Volví a doblar las puntas del retal de tela sobre su importante contenido. Cayo extendió la mano para recuperar el paquete, pero cerré el puño sin darle tiempo a hacerlo.

Marco Rubela estaba en el cuartel de la cohorte. Me llevé una sorpresa al encontrarlo allí. A aquellas horas, normalmente, casi todo el mundo pensaba sólo en el descanso y la comida. En mis pensamientos, había catalogado a Rubela como uno de esos tipos que trabajaba el mínimo posible y se limitaba a cumplir estrictamente el horario establecido. Por eso, imaginaba que se habría marchado con su frasco de aceite y su estrigilo, tras despedirse de sus subordinados, tan pronto como los fogoneros de las casas de baños habían empezado a cargar los hornos de leña. Creía que el tribuno habría dejado de pensar en el trabajo y que disfrutaría de la cena y de las horas de esparcimiento sin dedicarle un solo pensamiento más.

Pero me equivocaba. Rubela estaba a solas en su oficina, calmado y pensativo, revisando documentos. Cuando entramos, apenas reaccionó. Cuando anuncié que había un problema, abrió una persiana como para poder ver tal problema con más claridad. Durante un breve instante, incluso dio la impresión de ser un hombre dispuesto a afrontar las cosas.

Cayo Baebio le expuso la historia y yo le ayudé a continuar la narración cuando empezó a irse por las ramas. Rubela no montó ningún escándalo, pero tampoco decidió emprender ninguna acción; se limitó a comentar que escribiría unas cartas de condolencia a la familia. Quizá prefería reflexionar, antes de hacer nada; pero lo más probable era que al tribuno le encantara ver desarrollarse los acontecimientos sin tener que meter baza en ellos.

—¿Tienes idea de dónde está Petronio Longo?

La tenía, y muy precisa, y prefería mantenerla en secreto.

—Está realizando un interrogatorio. Puedo ponerme en contacto con él.

—Bien. —Allí tenía al comedor de pipas, neutro y dispuesto a cederme la iniciativa—. Entonces, encárgate de ponerlo al corriente.

« ¡Gracias, tribuno! », me dije.

Cayo Baebio y yo dejamos el cuartel. Con las dificultades de costumbre, conseguí librarme de mi cuñado, que siempre se empeñaba en pegarse a uno cuando más estorbaba. Mientras la oscuridad se adueñaba de las calles, deambulé con ánimo abatido por el sector Duodécimo, donde tenía su cuartel la Cuarta, y descendí el Aventino hacia el pie de la ladera que miraba al Circo. Oí los chillidos de las gaviotas sobre los muelles del Tiber. Debían de estar siempre allí, pero aquella tarde advertí su presencia con enojo. Aquél no era momento para evocaciones marinas.

Por todas partes aparecían grupos animados camino de alguna cena. Mujeres de rostros caballunos relinchaban excitadas. Hombres opulentos azuzaban a sus comitivas de esclavos para que apresuraran la marcha de sus literas. Todos los tenderos tenían un aire malévolo. Todos los transeúntes tenían aspecto de presuntos ladrones.

Un portero muy dócil me franqueó el paso a la elegante casa de Milvia. Me

comunicaron que Florio seguía ausente. Nadie parecía inquieto por ello aunque, normalmente, los cabezas de familia respetables aparecen por su casa a la hora de la cena. Si tenía planes para cenar fuera, por lo menos debería cambiarse de túnica. Y ciertas esposas esperarían que el marido las llevara a ellas también. Pero nadie tenía mucha idea de cuándo se esperaba que volviese y la situación parecía bastante habitual. Con cautela, pregunté si aquella tarde había visitado la casa un oficial de los vigiles y me indicaron que aún estaba allí, hablando con Milvia en privado.

Lo que me temía. Otro marido presuntamente respetable se había soltado de la correa. Petronio Longo podía comportarse como un auténtico bandido de tocador.

Una vez más, me condujeron al salón del mobiliario egipcio de patas finas. Allí no había nadie más. La casa estaba muy silenciosa, sin apenas actividad. En todo el rato que estuve allí, Milvia, la joven dueña de la casa, no hizo acto de presencia.

Esperé. Al cabo de unos minutos, apareció Petronio. Llevaba la túnica verde que le había visto la noche de la cena con Silvia y con él en nuestro apartamento. Se había bañado y cambiado de ropas, pero no aprecié en él un excesivo aroma a ungüentos. Quizá me había equivocado; aquél no era el aspecto de un adúltero descarado en plena acción. Su aspecto era absolutamente normal: sereno, firme y dueño de sí mismo por completo. Mi repentina aparición en la casa lo puso en alerta. Éramos tan íntimos amigos que, al momento, captó mucho más de lo que yo había adivinado al observar a Cayo Baebio.

Pero, con todo, tendría que decirselo.

—¿Qué sucede, Falco?—Petro lo preguntó en tono ligero y vivaz.

—Esto no te gustará...

—¿Acaso las cosas pueden ir peor?

—Mucho peor. Dime, ¿todos los miembros de los vigiles llevan chapas de identificación?

Me miró fijamente y, acto seguido, sacó de una bolsa que llevaba al cinto un pequeño disco de hueso exactamente igual que el del cadáver de Ostia. Me dejó examinarlo. En una cara estaba el símbolo COH IV y, alrededor, ROMA y PREF VIG. En el reverso, demostrando su personalidad ordenada y metódica, Petro había grabado sus tres nombres completos.

—¿No la llevas colgada?

—Algunos la llevan, pero a mí no me gustan las cuerdas alrededor del cuello.

Un malhechor puede agarrarte por ellas y estrangularte.

En eso, Petro tenía mucha razón.

Le devolví su chapa. A continuación, extraje de la túnica el otro disco y se lo entregué en silencio. Petro ya esperaba algo doloroso. Su rostro se había contraído en una expresión melancólica. Cuando lo tuvo en la mano, dio la vuelta

al disco de hueso y leyó el nombre grabado en él: LINO.

Petronio tomó asiento en uno de los delicados divanes, se inclinó hacia delante con las rodillas separadas y juntó las manos, con el disco apretado entre ellas. Le conté lo que había sucedido, según lo habían explicado los aduaneros. Cuando terminé, me acerqué a una puerta plegadiza y me quedé contemplando el jardín mientras Petro absorbía los hechos e intentaba asimilarlos.

—Es culpa mía —declaró.

No me sorprendió que lo dijera. Lo sucedido no era culpa de nadie, pero la única manera en que Petronio podía controlar su pesadumbre era cargar con la responsabilidad.

—Sabes perfectamente que no.

—¿Cómo puedo cogerlos, Falco?

—No lo sé. Escucha, ni siquiera podemos empezar, todavía; tiene que haber formalidades. Rubela va a escribir una carta de condolencia a los familiares, pero ya sabes cómo suelen tomársela... —Los dos habíamos visto hasta qué punto los informes oficiales afligían a los parientes del difunto.

—¡Oh, dioses benditos! ¡Que no lo haga! —Petronio salió de su abatimiento —. Tengo que ir. Tengo que decírselo a la viuda yo mismo.

—Iré contigo —declaré. Apenas conocía a Lino, pero lo había visto en una ocasión y el recuerdo de aquel breve instante me afectaba. Estaba involucrado en aquello.

Petro no se movió todavía. Seguía debatiéndose interiormente.

—Intento no pensar en lo que esto significa.

Pronunció el nombre del disco que acunaba entre sus dedos con tanta ternura. Lino. El muchacho entusiasta que Petro había camuflado como marinero en el barco que, supuestamente, había conducido al exilio al reo Balbino Pío.

La muerte de Lino en Ostia debía entenderse necesariamente como una prueba de que Balbino no había llegado a marcharse. En realidad, la nave debía de haber dejado al pasajero en la propia bocana del puerto. Entonces, o muy poco después, había encontrado la muerte el agente de Petro.

## II

Normalmente, las viudas me agradan. Son mujeres mundanas, a menudo sin guardián y con frecuencia aventureras. Ésta era distinta. Ésta aún no sabía que era viuda.

Se llamaba Rufina. Nos dejó entrar con un asomo de sonrisa tonta y nos ofreció vino, que rechazamos.

—¡Bienvenido, jefe!

Rufina aparentaba unos treinta y cinco años; con seguridad, era mucho mayor que Lino. Vestía muy atildada aunque sus alhajas no eran más que cuentas de colores ensartadas. A su cuerpo no le sobraba un gramo de carne, aunque no era tan bonita como intentaba aparentar. Sus modales eran descarados y congraciantes en un grado que apenas me resultaba tolerable, dado lo que sabía.

—Ya iba siendo hora, si me permites decirlo. Esperaba que te dejaras ver por aquí alguna vez. Petronio Longo tiene fama de escrupuloso —me confió con una risilla. Me sentí enfermo. La mujer cruzó las piernas y dejó a la vista los tobillos y los dedos de los pies bajo el borde del vestido—. ¿Me traéis noticias de mi marido?

La situación ya resultaba insoportable. La mujercita consiguió que la referencia a tener un esposo pareciera aún más picante que el comentario anterior respecto a que Petro la visitara mientras Lino estaba ausente.

Petronio cerró los ojos un momento.

—Sí.

Miré a mi alrededor. Lino y Rufina vivían en un apartamento del tercer piso, en la parte de atrás del edificio, que parecía tener sólo dos habitaciones. La pareja no había hecho el menor intento de cambiar la decoración que había encontrado al alquilarlo, el habitual enlucido sucio del casero, ornamentado con volutas vulgares en tonos rojos (obra de un pintor que sólo conocía dos diseños y únicamente podía hacer uno de ellos como era debido). Con alivio, observé que no había indicios de que hubiese niños en la casa.

El mobiliario era escaso. En un rincón había un telar. Rufina tejía en casa, aunque el estado de su labor (un revoltijo desordenado de ovillos en una cesta, en el suelo, y pesas de telar sueltas esparcidas por todas partes) daba a entender que no le prestaba apenas atención. Desde una hornacina de la pared, los dioses

domésticos, lares y penates, dominaban la estancia. Sus figuras danzantes eran de bronce con una pátina muy oscura, bastante sólidas y más adornadas de lo que requería el resto del estilo de vida de sus propietarios.

—Está muy mal por tu parte privarme de Lino durante meses, ¿sabes?

Petronio no respondió. Una duda cruzó el rostro de Rufina.

—¿Qué vienes a decirme, jefe?

Rufina era esposa de un vigil. Debía de haber pasado la mayor parte de su vida de casada pendiente de una visita oficial como aquélla.

Cuando Petronio le contó lo sucedido, la mujer lanzó unos gritos tan desgarradores que oímos abrirse las puertas de los otros apartamentos de la planta. Al principio, fingió no creer lo que oía; después, como Petronio temía, se lanzó a despotricar entre roncos sollozos y grandes exclamaciones.

—¡No deberías haberle obligado a hacerlo!

—Lino se ofreció voluntario.

—¡Te tenía miedo! —aulló ella.

Sin embargo, parecía más probable que el desdichado Lino temiera más su vida familiar. Recordé vagamente haberle oído comentar que deseaba abandonar Italia para tener un poco de paz. Me pareció que las cosas podrían haber sido peores pero, en las relaciones, los pequeños vicios pueden convertirse rápidamente en agravios monumentales.

—Le apetecía la aventura —insistió Petronio en tono paciente. Noté que estaba terriblemente afectado por la violencia de la histeria de Rufina—. Estaba impaciente por hacer el viaje.

Pero no había llegado a hacerlo.

—¡Oh, Lino, Lino! ¡Ah, querido mío! ¿Qué voy a hacer sin ti?

—La cohorte está dispuesta a ayudarte en todo lo posible. El tribuno te escribirá una carta...

—¿Tendré alguna compensación?

Eso estaba mejor. Surgió de su boca como una pequeña salva de artillería. Petro era capaz de manejar una situación como aquélla.

—Creo que habrá una modesta recompensa, suficiente para proporcionarte una pequeña pensión. Lino era un buen agente, muerto al servicio del Estado.

—¡Pequeña!

—Por supuesto, nada puede reemplazar a tu marido, realmente.

—¡Una pequeña pensión, dices! ¡Lino se merece algo mejor; yo merezco algo mejor, después de haber sido su único solaz mientras desempeñaba ese cruel trabajo!...

—Todos nos merecemos algo mejor que perder a Lino.

No estábamos avanzando mucho y, tan pronto como nos pareció decoroso hacerlo, nos dispusimos a marcharnos. En aquel instante, a Rufina se le ocurrió ponernos en un nuevo aprieto.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—No está en Roma todavía —se apresuró a responder Petronio. Se había puesto muy pálido—. No quieras verlo, Rufina. ¡No lo intentes!

—¡Es mi marido! Quiero estrecharlo en mis brazos por última vez. Quiero saber qué le han hecho...

Petronio Longo alzó la voz con tal energía que la hizo parar.

—¡Recuerda a Lino tal como era! Lo que devuelven a Roma es un cuerpo que ha pasado seis días muerto al relente. No es él, Rufina. No es tu marido; no es el amigo y camarada que servía bajo mis órdenes.

—Entonces, ¿cómo sé que realmente es él? Puede haberse cometido un error...

Intervine débilmente para decir:

—Petronio Longo te demostrará que no ha habido ningún error. No te inquietes por eso. Hará lo que sea preciso; puedes confiar en él.

Fue en ese momento cuando la viuda, de pronto, se desmoronó. Con un leve gorgoteo patético de dolor, se dejó caer en brazos de Petro y rompió en sollozos. Rufina era más alta que las chicas a las que le gustaba consolar, tenía más años y su carácter era mucho más duro, pero Petro no pestañeó y la sostuvo con firmeza mientras se echaba a llorar. Conseguí encontrar un vecino que se hiciera cargo de ella y nos marchamos de allí.

Cuando el carretero llegó con el cadáver a la puerta de Ostia, Petro y yo estábamos allí para recibirlo. El grupo de aduaneros había encontrado a un agente de pompas fúnebres que les había proporcionado un ataúd con tapa; Lino regresó a su casa por última vez con gran pompa, como un general que hubiera muerto en una campaña intercontinental. Pero antes de dejarlo en manos de los preparadores del funeral que nos acompañaban, mi amigo Lucio Petronio se cubrió el rostro con un pañuelo e insistió en que se levantara la tapa del ataúd para realizar la identificación formal del cadáver.

Como había advertido a Rufina, después de seis días expuesto al sol y al aire salado, el cuerpo guardaba poco parecido con el intrépido voluntario, brillante y animoso. Vestía el disfraz de marinero que le habíamos visto llevar. La constitución correspondía con la de Lino, y las facciones, también. Todo ello, junto a la prueba del disco con su identificación, nos convenció de que se trataba de él.

Balbino había corrido un riesgo absurdo. Debía de estar tan impaciente por volver a tierra que no pudo esperar a que el *Afrodita* dejara las proximidades de la costa y alcanzara aguas más profundas, donde hubiera podido arrojar un cuerpo por la borda y olvidarse de él. Así, llevó a Lino a tierra con él, seguramente con la ayuda de alguien. Los libertos que habíamos visto marcharse con él, quizás. Luego, Balbino y los suyos habían dado muerte al vigil y habían abandonado su cuerpo con una despreocupación que resultaba increíblemente

arrogante.

Me quedé con Petronio mientras se dolía de la pérdida de su hombre y luego me ocupé del traslado del ataúd. Cuando el carretero de Ostia se hubo alejado refunfuñando y el ataúd se puso en camino, conducido por miembros del colegio funerario de los vigiles, nosotros dos nos retiramos de la Puerta Ostiense dando un paseo. Una vez en nuestro olfato, el hedor de la putrefacción permaneció adherido a nosotros. En silencio, anduvimos hasta la orilla del río.

Había oscurecido ya. A nuestra izquierda quedaba la compleja masa de edificios que forma la zona del granero y las instalaciones del Emporio, y a la derecha, el puente Probo iluminado por lamparillas mortecinas. De vez en cuando, una figura cruzaba el puente. Nos llegaba el rumor del Tíber y unos chapoteos que podían ser de peces o de ratas. Al otro lado del agua, unas pezuñas de asno resonaban en un camino del Trastévere. Un soplo de brisa nos hizo hundir la barbilla bajo la capa, aunque el aire sólo era húmedo y estábamos más deprimidos que ateridos de frío.

No había una manera fácil de terminar aquella noche. Ya me asaltaban ominosos presentimientos de qué podía reservarme a mí.

—¿Quieres que vayamos a tomar una copa?

Petronio ni siquiera me respondió. Debería haberlo dejado entonces.

Continuamos mirando el río un rato más. Volví a intentarlo:

—No puedes hacerle nada y no es culpa tuya.

Esta vez se reanimó un poco.

—Voy al cuartel —dijo.

—Todavía no estás preparado para eso —insistí—. Antes de hacer nada, debes estudiar con cuidado la situación en que te encuentras.

—Yo sé qué debo hacer.

—Me parece que no.

En alguna parte, muy lejos, oímos sonar una trompeta. Después de los años pasados en las legiones, nuestra mente captó el toque, aunque estábamos tan abstraídos que no llegamos a reaccionar. En el campamento de la Guardia Pretoriana había cambio de puesto. Normalmente, siempre sé qué hora de la noche es, incluso si me despierto de un sueño pesado. Esta vez, sin embargo, la oscuridad parecía muy distinta y el ruido de la ciudad me resultaba inusual. Los acontecimientos se habían sucedido a un ritmo innatural. Las emociones lo habían vuelto todo borroso. Podía faltar horas para el amanecer, o minutos apenas.

Advertí que Petro, a mi lado, me prestaba un poco más de atención. Con paciencia, procedí a explicarme. Al hacerlo, sabía que difícilmente podríamos seguir siendo amigos.

—Este trabajo empezó siendo desagradable, pero ahora es asqueroso. Tienes que aceptar eso antes de emprender cualquier acción, o te equivocarás de medio

a medio, Petro. Hay dos temas...

—¿Qué temas? —estalló él con visible irritación.

—La muerte de Lino nos plantea dos problemas sumamente graves.

A mí, ambas cuestiones me parecían evidentes. Él, en cambio, seguía sin verlas.

—Escucha, Falco, tengo el corazón traspasado de dolor, me esperan cosas urgentes que hacer y no es momento para que me entretengas con alguna minucia irrelevante...

—¡Escucha! En primer lugar, está todo este negro asunto de Balbino Pío. Puedes dejar que te vaya carcomiendo y te deprima poco a poco si quieres, pero no nos engañemos. A Lino debieron de matarlo para impedir que informara de que Balbino había abandonado el *Afrodita* cuando nosotros, probablemente, aún lo estábamos despidiendo desde el embarcadero. Y de ello se deduce algo gravísimo: tu hombre sigue aquí; no se ha ido nunca. Balbino está en Roma. Probablemente, ha sido él quien ha organizado el golpe al Emporio y quien ha saqueado la Saepta Julia. Él ha matado a Nonnio. Y a Alejandro. Y también a Lino, por supuesto. Sólo Júpiter sabe qué más se propone hacer.

Petronio afrontaría todo aquello y actuaría en consecuencia, pero no en aquel momento. Se movió, inquieto, y le puse la mano en el hombro. Noté su piel muy caliente y la sangre que corría aceleradamente por sus venas. Cuando habló, lo hizo con una voz absolutamente gélida:

—¿Qué más?

—Balbino sabía a quién tenía que matar. Alguien traicionó a Lino.

—¡Imposible! —se apresuró a replicar.

—Es un hecho.

—¡Pero si no lo sabía nadie!

—Piensa en cómo murió, con el disco de identificación entre los dientes. El cerdo que lo hizo quería demostrar que habían descubierto su verdadera identidad. Y el propio Lino tuvo que afrontar el hecho de que alguien lo había desenmascarado. Debió de morir sabiendo que lo habían traicionado. No puedes negarte a aceptarlo, Petro, ¡por la memoria de tu hombre!

Petronio se volvió en redondo hacia mí, lleno de rabia.

—¿Crees que yo lo habría puesto en tal situación? Estábamos enfrentándonos al dinero y al poder en sus formas más depravadas. ¡Si hubiera tenido manera de esconder a Lino en ese barco sin que ni él mismo supiera que estaba, lo habría hecho! ¿Cómo se te ocurre insinuar que no pensé en los riesgos? ¿Crees que habría enviado un agente desprotegido en ese viaje sin asegurarme de que nadie en Roma estaba en situación de delatarlo?

—Todos tus hambres lo sabían.

—¿Mis hombres? —Petro palideció—. ¿Mi propio equipo, Falco? ¡No hablamos de la cohorte! ¡Ni siquiera de las malditas patrullas de a pie! Los únicos

que sabían que había enviado un espía en la nave de Balbino eran los miembros de mi equipo de investigación, todos ellos escogidos por mí personalmente.

Lamenté mucho tener que decirlo, pero era preciso:

—Lo siento; uno de tus selectos subordinados se ha ido de la lengua. Uno de ellos debe de estar metido en la trama.

Petronio no estalló de inmediato. Sin embargo, supe que estaba sordo a mis argumentos. No me cabía más remedio que continuar hablando con calma, como si la nuestra fuera una conversación corriente y racional:

—Sé que son hombres especiales y me doy cuenta de que esto va a dolerte. Entiendo que digas que has pensado en esta posibilidad, que la has estudiado con sensatez y que has encontrado pruebas suficientes para exculparlos a todos. Pero ha muerto un joven que no merecía este final. Alguien reveló su identidad a Balbino, Lucio Petronio, y me sorprende que te niegues a reconocer algo que resulta evidente.

Era inútil. Ni siquiera nuestros diez años de amistad podían ayudarnos a superar aquella situación. Noté cómo le cambiaba la voz. Con tono áspero y desagradable, masculló:

—Tú sabes algo. ¿Qué me insinúas?

—Entre las cohortes hay sobornos.

—¡Bah, no es ninguna novedad! —Petro me miró con una expresión entre burlona y furiosa.

—Muy bien. Lo que voy a decirte es rigurosamente confidencial: estoy en una misión especial...

—¿Otra?

—Exacto. Toda Roma está sembrada de investigaciones especiales, como plantas de azafrán en un jardín. He recibido órdenes secretas de averiguar quiénes entre los vigiles aceptan sobornos y aportar pruebas de ello.

Petronio me miró horrorizado.

—¡Estás espionando a la Cuarta!

—¡Oh, Petro, por favor! Yo espío todo lo que se mueve. No hay ningún motivo especial para que me interese por la Cuarta; tenía la esperanza de excluirla de toda sospecha...

—Pero no ibas a hacerlo, según lo que me has estado contando esta noche. — Fue en este instante cuando supe que nuestra amistad se había roto de verdad—. Debería haberlo sabido: los informantes y los agentes de la ley nunca se llevan bien. Vuestros motivos siempre son demasiado sucios. ¡Quítate de mi vista, Falco!

Hablaba en serio, no había duda.

—No digas disparates.

—¡No vuelvas a hablarme! Vete con tus asquerosas sospechas a otra parte. Balbino es mío, siempre lo ha sido. Yo lo cogeré. No necesito que me ayudes. No quiero verte por el cuartel. ¡No quiero volver a encontrarte en mi camino!

No cabía hacer nada más. Lo dejé allí y volví a casa. El emperador podía pensar que me había enviado a realizar una investigación confidencial, pero la auténtica fuerza gobernante en el Aventino era Petronio Longo... y él acababa de apartarme del caso.

## L

Disponía de muy poco tiempo. Tan pronto llegara a su destino el cuerpo de Lino, perderíamos nuestra única ventaja: que Balbino debía actuar con discreción. A partir de ahora, el pájaro tenía mucho menos que perder. Sabíamos que estaba en la ciudad y, aunque tuviera que seguir oculto, Balbino podría actuar con mucha más libertad. Se enfrentaba a la pena de muerte tan pronto lo capturásemos, pero estaba tan pagado de sí mismo que, probablemente, creía que podría eludir la captura. Balbino se proponía gobernar Roma desde algún estafalario escondite.

Y una de las primeras cosas que el tipejo querría llevar a cabo era su campaña de venganza contra quienes lo habían llevado ante la justicia. De esto no cabía la menor duda. Petronio Longo corría un peligro extremo. Además de odiarlo por llevarlo a juicio, Balbino Pío sabía que Petro lo andaba buscando. Ahora, la única idea que movía a Petronio era volver a capturar a aquel pez gordo y el principal objetivo de éste debía ser evitarlo. De ahí mi urgencia, mi sensación de que había muy poco tiempo para actuar.

Había tenido que contarle a Helena que ya no era bien recibido entre los vigiles. Que me habían declarado persona *non grata*. Para empezar, Helena no tardaría en notar que me quedaba en casa en lugar de salir corriendo cada vez que había una crisis. También tuve que explicarle el motivo.

—¡Oh, Marco, eso es terrible! Temía tanto que sucediera... ¿Crees que Petronio contará a sus hombres que los has estado investigando por sospechas de corrupción?

—Es probable que se lo cuente a los de su equipo.

—Eso significa... —Helena hizo una pausa—. El que traicionó a Lino descubrirá a qué te dedicas.

—No te preocupes.

—Me parece que en este asunto corres tantos riesgos como Petro.

—Querida, esta investigación ha sido peligrosa desde el principio.

—¿Te propones continuarla?

—Sí.

—¿Cómo lo harás, si Petronio no quiere verte?

—Ya se tranquilizará.

Cuando vio que no estaba dispuesto a seguir hablando del tema, Helena dejó de insistir. Una cosa que me gustaba de ella era que siempre sabía guardarse su

curiosidad. Helena tenía sus propios intereses, lo cual ayudaba. Y si alguna vez quería pelearse, le gustaba montar escándalos por cualquier nadería. Las cuestiones importantes podían tratarse de manera más sensata.

Mientras desayunábamos, estuvo bastante callada. Quizás era culpa mía. Ni siquiera la miel caliente conseguía tranquilizarme; apenas había conciliado el sueño y me sentía como el cieno de la Cloaca Máxima. Observé, con inquietud, que Helena no probaba bocado ni bebía nada y me sentí aún peor. Estaba embarazada y no prestaba la menor atención a su estado. Verla soportar su estado con tal resolución me hacía sentir terriblemente culpable.

—¿No te encuentras bien?

Helena se limitó a encogerse de hombros. Había decidido considerarme demasiado atareado como para informarme. ¡Por todos los dioses, cómo deseaba que se acabara aquel asunto para poder ocuparme de mi propia vida!

—Escucha —insistí—, ya que intento ser atento y sociable, podrías hacer un esfuerzo y colaborar, ¿no?

—Muy bien; eres un hombre, ¿no? Sé tú mismo.

—Eso es lo que hacía, precisamente. Pero, si lo prefieres, puedo ser pesado, insensible y grosero.

—Puedo soportarte mientras aprendes —murmuró ella con una sonrisa.

De pronto, volvía a mostrarse encantadora, pero no me dejé engañar.

—No te preocupes; aprendo deprisa.

Helena Justina tomó en consideración la irritación que me dominaba tras la discusión con mi mejor amigo y reprimió su respuesta. Esto no hizo sino aumentar mi cólera, pero Helena encontró enseguida otro tema de conversación.

—No he tenido ocasión de decírtelo, Marco. Ayer, cuando volví a casa, encontré otro mensaje acerca de Tértula colgado de la puerta en una bolsa. También había esto.

Buscó en un estante y me mostró un objeto de oro. Reconocí la *bull*a recargada que mi hermana había colgado del cuello de su hija, el amuleto que debía proteger a Tértula del mal de ojo. Por desgracia, sus poderes habían sido sobreestimados. Ahora, algún estúpido me había enviado el inútil adorno.

—Con esto nos quieren decir que el mensaje es auténtico. ¿Cuánto piden que escupa? —La frase sonó ruda y desagradable incluso a mis propios oídos.

—Mil sestercios.

—¿Por casualidad sabes cuánto le pedían a tu padre?

Helena se sonrojó, mortificada.

—Diez mil.

—Muy bien. Cuando bajen a cien, empezaré a estudiarlo.

—¡Eres todo corazón, Marco!

—No te preocupes. Sospecho que ya saben que esta vez se equivocaron de niña. Saben que no hay dinero, pero no quieren quedar en ridículo.

—Si han rebajado el precio una vez, quizás están perdiendo convicción — asintió Helena—. Parece cosa de aficionados. Los secuestradores que saben lo que hacen nos presionarían y luego seguirían pidiendo más y más.

—Bueno, no pretendo quitar gravedad a la situación, pero tampoco debemos dejarnos llevar por el pánico. ¿El mensaje trae alguna instrucción?

—No, sólo el monto del rescate que quieren.

Helena tenía tanto interés en no causarme preocupaciones que ni siquiera me había dejado ver el documento. Por suerte, podía confiar en que me decía todo lo importante. Era un alivio dejarle llevar el asunto a su manera. Aunque estaba de un humor pésimo, conseguí demostrarle cierta gratitud.

—Volveremos a tener noticias de ellos, estoy seguro. Cariño, si tengo demasiado que hacer, ¿crees que podrías estar pendiente del próximo contacto?

—¿Eso significa que tengo que quedarme en casa? —Helena no parecía muy convencida.

—¿Por qué? ¿Tienes alguna cita para escuchar un poema épico en dieciséis rollos?

—Claro que no. Lo que me proponía era visitar esa otra casa de la que, supuestamente, se han llevado un niño.

—¿No tuviste suerte ayer?

—Me dijeron que la mujer no estaba en casa.

—¿Y era cierto?

—No lo sé. Como se mostraron muy corteses conmigo, me sugirieron que podía probar en otro momento... y les voy a tomar la palabra. —Puso una mueca pensativa y continuó—: Marco, cuando he visto el amuleto ahí fuera, me he sorprendido pensando en el bebé abandonado. ¿Recuerdas que tenía un cordón roto en torno al cuello? Quizá sea otra víctima de un secuestro. Según parece, la familia que todavía no he podido entrevistar ha perdido un bebé. La desaparición fue denunciada por la niñera. Tal vez me escuchen si les puedo decir que ha sido encontrado.

De pronto, lamenté con gran sentimiento que no estuviéramos trabajando juntos. Tomé sus manos entre las mías.

—¿Serviría de algo que te acompañase?

—Me temo que no —respondió con una sonrisa—. Con el debido respeto, Marco, en la casa en cuestión no dejarían que un informante pasara de la puerta. Estoy intentado penetrar en el bastión privado de un importantísimo magistrado.

Un pensamiento cruzó por mi mente.

—¿Quién es?

Helena me lo dijo. Mis abogados me aconsejan que no mencione su nombre aquí, para evitarme una acusación de libelo. Además, los hombres como ése ya tienen suficiente publicidad.

Al escuchar su nombre, solté una ronca carcajada.

—Bien, por si te sirve de algo la información, la última vez que lo vi, el muy honorable personaje en cuestión estaba dando satisfacción a sus caprichos con una prostituta de clase.

Me miró con preocupación y, quizás, algo ofendida. Una de las razones de que la quisiera tanto era que siempre demostraba una absoluta honradez. La idea de chantajear a un hombre investido del derecho a usar la toga púrpura para mostrar su distinción no le pasaría nunca por la cabeza.

—¿En qué burdel fue eso, Marco?

—Te prometo que sólo he estado en el que ya sabes, La Academia de Platón.

—Eso es interesante... —murmuró ella e intentó buscar alguna significación especial al hecho.

Pero yo conocía bien aquel juego. Llevaba mucho más tiempo que ella en el negocio de las investigaciones. Dejé que soñara.

## LI

La mención de La Academia me había dado una idea.

Reacio como siempre a trabajar a solas si no era imprescindible, acudí primero al cuartel del distrito Decimotercero para ver si Petro me aceptaba de nuevo. Ni él ni su equipo estaban allí. Cuando me disponía a entrar, aparecieron un par de bomberos. Al parecer, no sabían nada de mi trabajo de investigar sobornos, pero alguien les había ordenado no permitirme el paso. Intenté aparentar que su hosco comportamiento no me impresionaba, aunque reconozco que me perturbó.

Más tarde, me di cuenta de que Petronio y sus hombres debían de estar asistiendo al funeral de Lino. A los patrulleros debía de haberles parecido extraño que yo no estuviera presente.

De no haber sido por la pelea con Petro, habría acudido a presentarle mis respetos al difunto, pero parecía más conveniente evitar posibles problemas, de modo que rendí honores a Lino en privado. Era un hombre joven y me había parecido honrado y sincero. Se merecía un destino mejor.

Bajé hasta el Circo, anduve hasta La Academia y, con más habilidad de la que había mostrado ante la patrulla, convencí al portero para que me dejara entrar. No resulta fácil desanimar a un informante experto. Incluso conseguí que me condujeran directamente a presencia de Lalage.

Todavía era primera hora de la mañana y no parecía haber mucho movimiento. El burdel estaba amodorrado. Sólo había unos pocos clientes habituales que habían entrado un rato, camino de sus ocupaciones; la mayoría de ellos ya se marchaba, a la hora que llegué. Los pasillos estaban vacíos; podría haber sido una posada cualquiera, y sólo en ciertos puntos encontré restos de guirnaldas marchitas y ánforas vacías, perfectamente apiladas a la espera de ser recogidas. El local estaba siendo objeto de una cierta limpieza general a base de bayeta y esponja, pero sin armar mucho ruido. El turno de noche, era de suponer, necesitaba sus horas de reposo en calma.

La propia Lalage debía de estar aprovechando un descanso entre cliente y cliente. Y, como una prostituta trabaja acostada, (bueno, tumbada de espaldas, casi siempre), la idea que tenía Lalage de un descanso no era recostarse en un diván a leer una égloga virgiliana, sino subirse a una escalera y llenar de aceite la gran lámpara de hierro del techo.

—Ya sé —murmuré con una sonrisa—. No se puede confiar en los esclavos para que hagan nada.

—Aquí, los esclavos tienen otras tareas, con los clientes. —En lo alto de la escalera, Lalage se balanceó de un lado a otro y estuvo a punto de perder el equilibrio mientras inclinaba la jarra del aceite para llenar el depósito de la última lámpara. El movimiento produjo un efecto decorosamente erótico, aunque no intencionado, probablemente. Di un paso adelante y me dispuse a apoyar la mano en su espalda para sostenerla aunque, cuando Lalage consiguió mantenerse erguida, sólo el recato frenó mi impulso.

—Tú eres Falco, ¿verdad?

—¡La fama, por fin!

—Mera notoriedad —replicó ella. Su manera de decirlo me indicó que se refería a una clase de notoriedad de la que podía prescindir.

—¿En círculos inconvenientes? Recibí la visita del Molinero y el Pequeño Ícaro. ¿Conoces a ese par?

—Sí. Tipos poco recomendables. Les he prohibido la entrada.

—No me sorprende. He visto a tus clientes respetables. —Lalage no reaccionó. Sería preciso un genio para sacar de sus casillas a aquella mujer—. Mis dos visitantes se presentaron con amenazas. Está claro que mi nombre circula en ambientes más peligrosos de lo que me gustaría.

Por mucho que intentara adivinar alguna señal de que estuviera en contacto con la banda de Balbino, no aprecié ninguna en absoluto.

Le ofrecí la muñeca para que se apoyara mientras descendía de su atalaya con el frasco del aceite goteando. Lalage puso pie a tierra y me rozó con su cuerpo cálido y de carnes prietas bajo una única capa de tela de un tejido finísimo.

—¿Y qué quiere de mí el reputado Marco Didio?

—¿Marco? ¡Qué trato tan informal! Cuando estuve aquí con Petronio, creo que no nos presentamos por nuestro primer nombre. ¿Has hablado con alguien bien informado, o acaso tú y yo somos viejos conocidos?

Lalage hizo alarde de sus ojos maravillosos con un pestañeo.

—¡Oh, difícilmente...! —respondió.

—¡Estoy emocionado! Por cierto, puedes dejar de deslumbrarme con esas caídas de ojos. Son deliciosas, pero es demasiado pronto para mí..., o no lo bastante temprano. Me encantan los revolcones entre las sábanas en lugar del desayuno, pero me gustan con una mujer que haya pasado toda la noche en mis brazos.

—Anotaré eso en nuestro archivo de preferencias de los clientes.

—No estoy inscrito como tal.

—¿Quieres que negociemos las condiciones?

—Lo siento; no puedo permitírmelo. Estoy ahorrando para entrar en una

escuela de filosofía.

—No te molestes. Ya divagas suficiente sin necesidad de pagar para que te enseñen a hacerlo.

Lalage seguía aún demasiado cerca como para que me sintiera cómodo. Resistí valientemente. Luchamos con las miradas y debió de darse cuenta de mi temor a que me impusiera su voluntad. Tenía el vello de la nuca erizado como las cerdas de un tejón. Resultaba difícil aparentar firmeza cuando hasta el último nervio me gritaba que protegiera mi persona del inminente asalto. Pero el asalto no se produjo. Para ser una reina de burdel, Lalage demostraba una delicadeza sorprendente.

—Quiero negociar una tregua —declaré con un graznido. La mujer recibió la noticia con un gorjeo pero me ofreció asiento junto a ella. Un poco más relajado, me senté en el extremo opuesto. Lalage echó la cabeza hacia atrás y me contempló. Tenía un cuello largo y fino, desnudo de alhajas. Sus pestañas bajaron y subieron de nuevo con la fuerza y la elegancia fluida de las palas de una trirreme.

Emití un leve suspiro.

—Deja de hacerte la Thais. Tu verdadero nombre es Rilia Graciana. Tus padres tenían una tienda de artículos de escritorio en la esquina de la plaza del Cazón.

No lo negó. Tampoco me animó a continuar. Apelar a viejos recuerdos no serviría de nada.

—Mira, Falco. Yo dirijo este burdel y lo dirijo bien. Manejo a las chicas, controlo a los clientes y organizo entretenimientos picantes; llevo los libros de cuentas y obtengo las licencias necesarias, pago el alquiler y las facturas de los tenderos y, cuando es preciso, incluso friego las escaleras y abro con la cuchilla los golondrinos del portero. Ésta es mi vida.

—¿Y el pasado no cuenta?

—No es eso, ni mucho menos. Mis padres me proporcionaron todos mis conocimientos prácticos y mi perspicacia comercial.

—¿Todavía los ves?

—Murieron hace años.

—¿Quieres saber cómo es que lo conozco todo sobre ti?

—No me importa. Eres un informante. Aunque me contaras alguna historia lacrimógena, no me impresionarías.

—Yo creía que un burdel era el único lugar donde los hombres cuentan la auténtica verdad de sí mismos...

—Los hombres no dicen nunca la verdad, Falco.

—¡Ah! Eso, no; nadie sabe cuál es la verdad. Pero, en ese caso, ¿puedo apelar a un sentimiento de afinidad?

—No —respondió Lalage. Eso fue antes incluso de que le viniera a la

memoria cómo se había producido la herida de la oreja. Era evidente que la mujer no pensaba en ello; a mí, en cambio, me invadió una cálida nostalgia al contemplar de nuevo la cicatriz.

Los dos éramos profesionales. Por diferentes razones, éramos expertos en sacar provecho de las necesidades de comunicación de la gente: en mi caso, con la palabra; en el suyo, con otra cosa. Nuestra conversación había agotado un ciclo. Por mutuo acuerdo, la abandonamos y nos relajamos.

Yo habría reconocido que ninguno de los dos había cedido un ápice frente al otro en el intercambio de agudezas, pero en aquel momento Lalage se puso a jugar con el cierre de una pulsera, malhumorada. Quizás estaba perdiendo firmeza. (O quizá, simplemente, la pulsera tenía un cierre defectuoso).

—¿Y bien, qué es lo que quieres? —preguntó de nuevo.

—Traerte noticia de un amigo.

—¡Oh!

—Me estás poniendo nervioso con eso; quitatelo y lo arreglaré. — Sorprendida, dejó de manosear la pulsera y me la arrojó sobre los muslos. Era una pieza espléndida, de volutas de oro fino cortadas en placas, con esmeraldas claras engastadas en el dorado metal. Una chuchería cara, pero desmerecida por el consabido cierre de baja calidad—. ¿Tienes unas pinzas? —Lalage me las proporcionó tras buscarlas en un bello equipo de aseo, compuesto de seis o siete instrumentos diferentes en una argolla. Me puse a trabajar en una pieza de alambre de oro doblado que era preciso remodelar y, mientras lo hacía, comenté —: Los joyeros son bastante estúpidos. Dedicar horas y horas de trabajo a las piezas de fantasía, pero no dudan en colocar el cierre más vulgar. Con esto se aguantará pero, si te gusta la pulsera, ocúpate de que le pongan un cierre nuevo.

Extendí la mano para tomar su brazo. Cuando hube colocado la pulsera arreglada en su muñeca perfumada, retuve su mano. Mi presión era amistosa, pero decidida. Lalage no hizo el menor intento de desasirse; las prostitutas saben evitar que las maltraten. La miré fijamente y anuncié:

—Balbino está en Roma.

Sus bellos ojos se entrecerraron. Me resultó absolutamente imposible determinar si oía la noticia por primera vez o si sólo quería hacérmelo creer. Cerró la boca con firmeza.

—Mala noticia...

—Sí, para todo el mundo. ¿Te ha venido a ver algún vigíl?

—Ninguno, desde que tú y tu larguirucho amigo estuvisteis aquí.

Consideré que podía fiarme de ella cuando se refería a hechos comprobables. Aunque, por supuesto, podía tratarse de un truco.

—¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—No muy bien. Balbino está condenado, ¿no? ¿Qué puede hacer, Falco?

—Puede hacer mucho, según parece. La Cuarta Cohorte se ha vuelto loca

intentando determinar quién estaba tratando de ocupar el puesto del exiliado cuando, en realidad, no lo hacía nadie. Todo lo que ha sucedido últimamente se le podría adjudicar a él.

—¿Por ejemplo?

—El saqueo del Emporio, el robo a la Saepta, las muertes... Supongo que has tenido noticia de las muertes.

—¿De qué muertes me hablas? —murmuró ella, incitándome deliberadamente.

—No me vengas con ésas.

No apreció el menor asomo de dureza en ella; Lalage continuó mostrándose como una educada cortesana pero, sin cambiar de tono de voz, musitó:

—Si no quieres pagar por magullarme, ¿te importaría soltarme la muñeca?

Le dediqué una mirada severa y luego abrí la mano bruscamente, con los dedos extendidos. Ella esperó un segundo antes de retirar el brazo.

—Quiero hablar de Balbino —le dije.

—Yo no.

La estudié detenidamente; más allá de su elegante vestido, del excelente maquillaje de sus párpados y sus pestañas, absorbí el atractivo de un cuerpo espléndido. En torno a los ojos pardos, de mirada limpia y lánguida, se apreciaban pequeñas arrugas y unas ligeras bolsas algo amoratadas.

—Estás cansada y el burdel está muy tranquilo, esta mañana. ¿Qué sucede, Lalage? ¿Tienes trabajo extra por la noche? ¿Por qué? ¿Te está exprimiendo alguien? ¿Es posible que el margen de beneficios de El Salón de Venus se haya reducido porque tienes que pagar otra vez a un protector?

—Tírate al río, Falco.

—Me sorprendes. Pensaba que te gustaba la independencia. Debo reconocer que incluso te respetaba por ello. ¡No puedo creer que Balbino sólo haya tenido que reaparecer y reclamar su parte, y tú se la hayas dado!

—Haces bien en no creerlo. No le daría a Balbino medio as aunque lo viera reventando por entrar en un retrete público. Ahora, ese parásito no me puede presionar. Está condenado a muerte; si se oculta en Roma, deberá mantener la clandestinidad, o estará perdido.

—Le espera la ejecución —asentí. A continuación, la desafíé—: ¿De modo que no lo escondes en este antro, verdad?

Su respuesta fue una carcajada.

Decidí aceptar su versión. Ya la había creído cuando había hablado de dirigir el burdel sin ningún protector.

—De todos modos, deberías tomarte el asunto con interés —le aconsejé—. Debe de contar con la ayuda de alguien pero, si no eres tú, entonces entras en la otra categoría.

—¿Y cuál es ésa, Falco?

—La de sus enemigos.

Hubo una pausa. Lalage siempre había sido muy inteligente; la primera de clase cuando iba a la escuela, como yo bien sabía. Finalmente, respondió con voz ronca:

—Otra vez estás hablando de alguna muerte.

—La de Nonnio Albio —asentí. Lalage tenía que estar al corriente del asesinato—. Y la del médico que lo convenció de que estaba a punto de morir, el que lo asustó hasta el punto de que Nonnio accediera a delatar a Balbino. Y, por cierto, todo eso de la enfermedad terminal fue un engaño: los vigiles tendieron una trampa a Nonnio.

Esperaba que la sorpresa la empujara a hacer alguna revelación, pero fue Lalage quien me sorprendió a mí. Se echó a reír otra vez, aunque con cierta acritud.

—No del todo —respondió. Satisfecha de ver mi desconcierto, se desperezó con la elegancia de una pantera; fue un acto automático, que no pretendía ser insinuante, pero tuve que contenerme. Lalage me dedicó una sonrisa irónica—. Sólo habría sido una trampa, como dices, si Nonnio no hubiera estado al corriente de todo.

—¿A qué te refieres?

—Nonnio supo desde el primer momento que la Cuarta Cohorte había enviado a ese médico para engañarlo.

Por suerte, Petronio Longo ya no me dirigía la palabra. Así, me ahorraaba tener que comunicarle aquella deprimente novedad.

## LII

—Todo eso es historia —comentó Lalage—. ¿Qué importa, ahora que Nonnio ha muerto? ¿A quién le importa?

—¡A Balbino, por ejemplo! —repliqué, enérgico—. ¡Y a ti también debería interesarte!

—No veo por qué.

—Ya lo verás cuando una noche se presente una banda de matones y se te lleve a rastras por los cabellos.

—Llevaré peluca durante unos días —respondió, pero la petulancia no era el estilo habitual de Lalage; la cortesana conocía sus limitaciones y no mantuvo mucho rato su actitud impertinente—. No sé si te has dado cuenta, pero esto es un burdel. Tenemos nuestro sistema para mantener a raya a los gamberros.

—¡Por Júpiter, ya he visto a tu equipo de seguridad! Macra, atareada en contar el dinero, y un desgraciado que se pasa el día adormilado y que se muere del susto si le alzas la voz. ¡Nonnio tenía una puerta blindada en su casa y sus atacantes la abrieron a base de artillería! ¡Fue un asalto militar en toda regla!

—Bien, gracias. Ahora ya sé contra qué hemos de estar prevenidos.

No estaba impresionada en absoluto. Extendió la pierna, y la sandalia que llevaba quedó suspendida de su delicado empeine. La sandalia tenía una suela ligera y una contrasuela más firme, de ésas que están confeccionadas con una pieza única de cuero y se sujetan luego con un sinnúmero de correas. No era un calzado para caminar, pero eso no debía de ser problema para su propietaria. A mí, lo que me inquietaba era que colgara de un pie tan maravilloso.

La actitud indiferente de Lalage me enardeció más aún, pero en un sentido distinto.

—¿Qué hay de ti, Lalage? Balbino se ha tomado venganza mortal de dos, al menos, de las personas que lo llevaron a juicio. Yo estaba fuera de Roma cuando éste tuvo lugar, pero tengo entendido que Nonnio no fue el único de sus compinches que colaboraron con el acusador público. Tú también aportaste tu declaración.

—Me presionaron a hacerlo.

—¿Petronio Longo?

—Sí, ese es el nombre del cabrón...

—Me tomarás por estúpido, Lalage, pero me parece que haber colaborado a

condenarlo te coloca la siguiente en la lista de Balbino de gente a eliminar.

—Sí, eres un poco simple. —La cortesana sabía perfectamente lo que decía cuando replicó con aire socarrón—: Se me ocurre que cierta persona debe de estar antes que yo en esa lista.

Se refería a Petronio. Esperé que la mujer no notara el desaliento que me causaban sus palabras.

—Petronio Longo es un tipo duro y evitar a los malhechores es su trabajo. Sabrá afrontar la situación. Y, de todos modos, eso no impide que tú sigas corriendo un grave peligró.

—Yo también sabré afrontar la situación.

—¡No, Lalage! Éste es el engaño más viejo del mundo. La historia está sembrada de cadáveres de estúpidos que dijeron: «¡Yo soy distinto; yo sabré protegerme!» . ¿O acaso has comprado tu seguridad? —La idea me vino a la cabeza de repente y disparó mi cólera—. También ha sido asesinado uno de los vigiles. ¿Eres responsable de ello? ¿Fuiste tú quien delató a Lino?

—Es la primera vez que oigo hablar de él —respondió con calma. Deseé crearla.

—¿Has visto a Balbino recientemente?

—No.

—Necesitará un escondite, seguramente. ¿Te ha pedido que lo ocultes aquí?

—¡Otra vez con ésas! ¡No me hagas reír, Falco!

—¿Qué me dices de sus hombres, el Pequeño Icaro, el Molinero y los demás? ¿Los dejas venir por aquí?

—Les tengo prohibida la entrada. A todos ellos.

—¿Y no se ha puesto en contacto contigo nadie de la banda? ¿No se ha presentado el propio Balbino?

—No. —Me sonó a mentira y vi que Lalage se daba cuenta de ello. Continuó con voz seca—: Balbino es un tiburón. Pero créeme, Falco: ese hombre sabe que ha encontrado un mal enemigo en mí. Soy más fuerte que él y, si quiere sobrevivir en Roma, será mejor que me deje en paz. ¿Balbino, una amenaza? ¿Un exiliado que ha regresado en secreto? Es un estúpido. No tiene la menor posibilidad.

Ahora, Lalage se mostraba demasiado locuaz. No era normal en ella. Y seguía mostrando la mirada abierta y franca de una prostituta habituada a mentir. El problema de esas mujeres es que siempre ponen la misma expresión, aunque estén diciendo verdades como vírgenes vestales.

—¿Y qué hay de Nonnio? ¡Por el Hades! ¿Cómo sabes que Nonnio estaba al corriente de los manejos de Alejandro?

—¿Alejandro es el médico?

—Era.

—¡Ah, sí! Era... Parece que no supo diagnosticar su propio estado, ¿eh? Pues

bien, Falco, lo sé porque todo este enredo lo organizamos entre Nonnio y yo. No quiero abrumar esa cabecita tuya con los detalles; baste con decir que, cuando Petronio envió a ese hombre con su falsa historia, Nonnio no se la tragó. No era estúpido y sabía muy bien que no estaba enfermo.

—De modo que efectuó unas pesquisas y descubrió que el médico que le aseguraba que estaba a punto de morir tenía un hermano en la Guardia, ¿no es eso?

—Nonnio era cobrador de alquileres, Falco. ¡Sabía sumar dos y dos! Vino a verme y me contó lo que sucedía. Al principio sólo se mofaba porque la idea le parecía ridícula, pero yo le ayudé a ver el modo de aprovechar la circunstancia en nuestro favor. Los dos queríamos librarnos de Balbino. Yo pretendía ser la única dueña del burdel y Nonnio aspiraba a apoderarse de todo lo demás. Lo proyectamos juntos.

—¿Y Nonnio volvió a llamar a Alejandro?

—Se lo pasó en grande fingiendo estar aterrorizado y, a continuación, convenció a tu amigo de que colaboraría en allanar el terreno para efectuar una limpieza a fondo de Roma.

—¿Qué hay del licio muerto?

—Lo mataron aquí, en La Academia —respondió.

—Eso ya lo sé. —Mi cabeza iba a toda velocidad. Al parecer, Lalage me estaba diciendo que el asesinato del licio había sido deliberado—. ¿Fue un hecho premeditado? ¿El tipejo que lo apuñaló fue enviado a propósito?

—No. Casto no necesitaba que nadie lo alentara. Era un agente de Balbino. Solía rondar por aquí para informarle de cómo andaban las cosas. Yo no le dije nada, porque estaba segura de cómo reaccionaría si podíamos involucrarlo en una pelea. La chica, en cambio, estaba en el secreto. No queríamos que le pidiera a Casto que se calmara cuando se montara la bronca.

—¿Todavía trabajan aquí?

—Sólo la chica.

La tranquilidad con que Lalage exponía todo aquello resultaba espeluznante. Ella y Nonnio habían permitido el asesinato del licio para que la Guardia lo descubriera «por casualidad» y, así, poder excusarse en las «coacciones» sufridas por Lalage para justificar las declaraciones inculpatorias efectuadas ante el tribunal.

Comprendí que Lalage nunca reconocería tal cosa oficialmente, y que el mero hecho de oírsele decir en aquel momento podía resultar fatal para mí. El ambiente se había vuelto amenazador. Me encontraba en lo más recóndito de aquel local y nadie sabía que había acudido allí. Si la mujer decidía matarme como al licio, me encontraría en un buen apuro. Intenté cambiar de tema:

—Con Balbino supuestamente camino del exilio, ¿fue Nonnio quien organizó el golpe al Emporio?

—No tengo idea. Una vez terminado el juicio, no he querido volver a saber nada de bandas y organizaciones.

—¿De veras? Me pregunto si tú y Nonnio no os aliaríais porque teníais un romance...

Lalage puso cara de genuino asombro.

—¡Sólo a un hombre se le ocurre que las mujeres dirijan sus negocios guiándose por el amor!

—¿No eras una admiradora de Nonnio?

—En absoluto. —No se molestó en insultarlo.

—La otra vez me dijiste que lo detestabas, pero ahora me sales con que te pusiste de acuerdo con él en el asunto de la denuncia y el juicio.

—¿Y qué? Lo aborrecía, pero podía resultarme útil.

—Después de tantas mentiras, ¿por qué, de pronto, tendrías que empezar a contar la verdad acerca de Nonnio?

—Porque ahora está muerto. Tan pronto me enteré, supuse que Balbino había vuelto. Y tú también deberías haberlo adivinado —añadió en tono burlón y provocador.

—Creímos que era cosa de Fláccida.

—¡Oh!, estoy segura de que ella tuvo que ver en el asunto. Según los rumores, sucedió en su casa. Dicen que Fláccida asistió a la ejecución, muy satisfecha. Incluso se cuenta que fue ella en persona quien le estrelló el jarrón en el cráneo.

—¡Una furia desatada! —Torció el gesto—. ¿Y Balbino? ¿Está en esa casa?

—Lo dudo. No es idiota. Ése es el primer lugar donde buscarán los vigiles. —Lalage insinuaba claramente que éstos eran idiotas o, por lo menos, que sus movimientos eran fáciles de predecir.

—Bien, gracias por toda esta información. Has sido muy amable al colaborar.

—Si no te hubieras dado cuenta de que Balbino estaba aquí, en Roma, te habría alertado y o misma.

Pero lo cierto era que no lo había hecho.

Me incorporé. Por un instante, casi había temido que me impidiera marcharme. Estaba prevenido para un ataque, y esta vez no de cariz erótico.

—¿Tienes miedo de algo, Falco? —Lalage comprendía a los hombres. Era su oficio.

—No, pero tú sí deberías tenerlo. Balbino ha regresado y tú ayudaste a que lo condenaran. Te andará buscando.

—¡Bah! No creo que deba preocuparme. —Estaba convencida de lo que decía y me pregunté por qué. Se incorporó del diván para ofrecerme una cortés despedida y, en un tono desdeñoso, me proporcionó una posible razón—: Balbino no seguirá en Roma mucho tiempo... —La sonrisa que me dedicó era la más dulce de su amplísimo repertorio. Tenía el leve brillo de una peligrosa poción de

acónito—. No seguirá vivo mucho tiempo, ¿verdad? ¡Sobre todo, ahora que tú andas tras su pista!

Le respondí que podía ahorrarse su sarcasmo, me despedí de ella respetuosamente y abandoné el local.

Nonnio había ambicionado apoderarse del imperio del crimen, pero ahora estaba muerto. Me pregunté quién creía Lalage que ocuparía el lugar de Balbino, una vez éste desapareciera de la escena definitivamente. Me pregunté a quién esperaba ver en la cúpula del crimen organizado.

Lalage era competente y ambiciosa. Y, como yo bien sabía, siempre había sido una chica muy lista.

### LIII

Seguro que Petronio no me recibiría con pasteles de almendra si me presentaba con las novedades. Saber que su trama había sido conocida en todo instante por Nonnio no haría sino reavivar su cólera. ¿Para qué irritarlo más todavía? Petro ya sabía que Balbino había regresado; seguro que sería capaz de advertir por sí mismo el peligro en que se hallaba. Y lo único que yo había averiguado con seguridad era la existencia de una trama maliciosa en torno al juicio. Lalage había insinuado que tenía un misterioso dominio sobre Balbino, pero podía ser una fanfarronada. Incluso si no lo era, las alusiones de la mujer resultaban demasiado nebulosas como para ser de utilidad.

Con todo, me parecía haber conseguido una mejor percepción de la situación. Ahora, lo primero era encontrar a Balbino Pío. Decidí correr el riesgo de interrogar a Fláccida otra vez. Demasiado tarde: cuando llegué a su casa, en el otro extremo del Circo, los vigiles ya estaban allí. Debía de haber pasado en el burdel más tiempo del que había calculado. (No era el primer hombre que se encontraba en semejante situación). El funeral por Lino había concluido; Petronio había acudido directamente de la ceremonia, sin más dilaciones que una mínima pausa para la purificación ritual, a fin de encabezar el grupo que registraría la casa de Balbino.

Fláccida aguardaba en la calle, rígida y muy pálida, rodeada de los pocos esclavos que había conservado para su servicio personal. No se había detenido a nadie, pero varios miembros de las patrullas de a pie estaban situados estratégicamente para mantener a distancia de la mujer a los transeúntes curiosos (que se acercaban en gran número a ver qué sucedía). A pesar de las precauciones, Fláccida debía de haber conseguido hacer llegar la noticia a su hija porque, mientras yo rondaba por allí, se había presentado Milvia, agitada y sonrojada. La joven fue conducida de inmediato junto a su madre. La siguiente casa que registraría la cohorte sería la suya.

Di por seguro que no encontrarían a Balbino en ninguna de las dos mansiones. Probablemente, Petronio también lo descartaba, pues lo distinguí en el atrio, apoyado en una columna con los brazos cruzados sobre el pecho y aire despreocupado. Cuando echó una mirada a la calle y reparó en mi presencia, me aseguré de que me viera apoyado en una pared y royéndome la uña del pulgar con parecida indiferencia. Le oí dar el orden de despejar la calle de mirones, así

que me marché por propia iniciativa.

Resultaría sencillo dejar que la situación entre nosotros se deteriorara hasta convertirse en un asunto personal. Buscar a Balbino ya empezaba a convertirse en una especie de competición siniestra entre Petro y yo. Esta rivalidad podía ser una ventaja si nos estimulaba a superarnos, pero tenía las mismas posibilidades de comprometer nuestras esperanzas de capturar al criminal.

Acudí a ver a Rubela.

—Hay una novedad: Petronio me ha prohibido el acceso al cuartel y se niega a dialogar.

—Ya me advirtieron que teneros juntos a los dos me traería problemas.

Me parecía estar oyendo a nuestro antiguo centurión, Estólico.

—¡Tonterías! —repliqué, encolerizado.

Rubela estaba echando agua al tintero al tiempo que rascaba el interior con una varita, en el acostumbrado gesto inútil para intentar obtener una mezcla utilizable. El tribuno poseía un elegante juego de escritorio: tintero de plata, estuche con punzón, bandeja de arena, navaja de afilar y lamparilla de lacre. Parecía un regalo. De alguien que lo apreciaba mucho. Mío, seguro que no.

—¿Quieres que te aparte de la investigación Falco? —Rubela se daba cuenta de que aquello me había afectado—. ¿Estás dispuesto a decirle a Tito que te retiras del caso?

Rubela era perverso. Desde luego, el trato comprensivo a sus hombres no formaba parte de su arsenal.

—No me lo puedo permitir —respondí—. Debo seguir contando con su benevolencia. He venido a verte con la esperanza de que pudieras mediar.

Rubela me miró como si fuera una cucaracha que subiera por la pata de su taburete favorito.

—¿Mediar? —repetió.

—¿Me he expresado en algún dialecto etrusco poco común? Lo siento. Significa «arbitrar».

—¿Me estás pidiendo que me ocupe de calmar a Petronio Longo?

—¡Eres listo!

—Vete a la mierda, Falco.

—¿Es inútil que insista?

—Aprecio demasiado mi vida.

—No vas a intentarlo...

—Es tu antiguo compañero de tienda —dijo él.

—Por desgracia, no lo he encontrado de un humor muy nostálgico. En fin, parece que tendré que actuar por mi cuenta.

Era lo que quería, aunque no de aquella manera. Le conté a Rubela lo que había oído decir a Lalage; a su manera, con gesto seco, me dio las gracias por dejar en sus manos la tarea de contar a Petro cómo había jugado con él Nonnio

Albio.

—Bien —continuó—, ya que Petronio no va a utilizar mi valioso talento, me pongo a tus órdenes directas, tribuno.

—Me gustan los hombres que colaboran. Y bien, ¿qué misión puedo buscarte? De buscar a Balbino se encarga Petronio...

—Puedo ayudar en eso.

—No. No quiero que vuestros caminos se crucen hasta que hayáis resuelto vuestras diferencias.

—Me mantendré a distancia.

—Sí, será lo mejor. —Rubela me dedicó una de sus sonrisas pausadas y de poco fiar. Comprendí que se proponía asegurarse de ello—. Como digo, Petronio ya está buscando al fugitivo; tú encárgate de seguir la pista de lo robado en la Saepa y en el Emporio. —Sin darme tiempo a protestar por aquella tarea secundaria, añadió sin variar el tono de voz—: Investigar esos golpes puede ser otra manera de encontrar el rastro de Balbino. Además, tú estás bien relacionado en el mundo de las bellas artes. Pareces la persona ideal para este trabajo. ¡Mucho más que cualquiera de mis hombres, desde luego!

Complacido, como siempre, de escuchar halagos a mi persona, me oí a mí mismo murmurar unas palabras de aceptación:

—¿Me darás algunos hombres para que me ayuden?

Rubela se aplastó con una mano los rizos de los cabellos, que llevaba muy cortos; la sensación debía de ser parecida a frotar la palma de la mano con piedra pómez.

—No creo que los necesites, de momento. Sí encuentras algo, acude a mí para que te dé respaldo.

Ya había oído aquella excusa otras veces. Sabía que debería buscar los bienes robados yo solo. Si los encontraba, sería un héroe solitario que debería acercarme tímidamente al hombre poderoso que los tuviera para pedirle que hiciera el favor de entregarlos y dar explicaciones. Con tal perspectiva, me propuse hacer más frecuentes mis visitas al gimnasio para mejorar mi forma física.

Me disponía a marcharme cuando el tribuno alzó el mentón más de lo habitual.

—¿Debo entender que sigues llevando a cabo la investigación para identificar agentes corruptos?

—Desde luego. No la he dejado en ningún instante.

—Muy interesante. Creo que deberías informarme al respecto.

—¿A qué viene eso?

—Lino ha sido una pérdida desgraciada. He estado en el funeral y he observado que tú no asistías... —Dejé pasar el comentario. Rubela continuó, con una insinuante mueca desdeñosa—: Esperaba que vendrías a decirme que debe

de haber un infiltrado en el equipo de investigación de la Cuarta Cohorte.

Conseguí no alzar la voz, aunque supongo que me sonrojé.

—Creía que sospechabas de su existencia desde el principio. ¿No me llamó Tito por eso, precisamente? —Nuestras miradas se encontraron. Ninguna de las dos se impuso a la otra. Cuanto antes terminara de trabajar con Marco Rubela, mejor me sentiría—. Petronio Longo informará de quién es el traidor que delató a Lino cuando lo hayamos averiguado.

—¿Le has dicho que hay un traidor?

Ni siquiera yo, como amigo íntimo de Petro, podía fingir que éste había sospechado su existencia.

—Me pareció conveniente alertarlo de que debe tener cuidado de en quién confía, así que le puse en antecedentes anoche, antes de nuestra disputa.

—Y supongo que ésa fue la causa de la discusión, ¿no? —La causa era asunto nuestro. Rubela me lanzó una mirada colérica y añadió—: Petronio y yo también hemos hablado.

Me alivió saberlo. Petro había afrontado el asunto. Incluso lo había puesto todo en conocimiento de su tribuno. Me pregunté si habría pedido la entrevista por propia iniciativa o si Rubela —el cual, a su modo hosco y desagradable, era sin duda un hombre perspicaz— habría advertido que se había cometido un error y había insistido en analizar qué había salido mal.

—¿No se te ocurre nada al respecto? —insistió Rubela.

No me apetecía compartir lo que pensaba.

—Le dejo la iniciativa. Petronio Longo quiere resolverlo desde dentro.

De eso estaba seguro; no necesitaba hablar con él para saberlo.

—He dado mi conformidad a su plan de acción. Empezará por revisar los hechos que envuelven el fallido intento de enviar a Balbino al exilio. Después, entrevistará a todos los miembros del equipo de investigación, uno por uno.

Durante un instante, tuve la extraña sensación de que cualquier cosa que Petro o yo contáramos al tribuno llegaría a conocimiento del otro. Era como conversar a través de un intermediario para salvar las apariencias. Quizá, después de todo, el jodido tribuno sí entendía a los hombres. Tal vez podía arbitrar entre nosotros.

—Mantenme informado —dijo para terminar, como si confirmara mis pensamientos.

A continuación, el muy hipócrita me deseó suerte (aunque esperaba que saliera malparado, por supuesto). Con esto, me dirigí a utilizar mis especiales dotes para el mundo de los objetos de lujo robados.

Rubela me había proporcionado las listas de propiedades robadas. Eché una rápida mirada al detalle interminable de los pedestales de terracota etruscos de seis pies de altura, las cerámicas antiguas atenienses de figuras rojas, las alhajas y piezas de oro, el pórfiro y el marfil. Después, se me ocurrió que podía

investigar dos asuntos a la vez y decidí empezar por la pieza que conocía: la jarra de cristal de mi padre.

En toda aquella historia había otro personaje más al cual, según parecía, nadie tenía en cuenta. Así pues, me eché la capa sobre los hombros y decidí ir a hablar con Florio.

Primero tendría que encontrarlo.

## LIV

Mi cuñado Famia, el tesoro de Maya, se las daba de ser un hombre con buenos contactos. Pura palabrería. Los contactos de Famia eran jinetes cojos y vendedores de linimento que bebían demasiado. Mi cuñado era veterinario y trabajaba para los Verdes. Que éstos lo hubieran escogido como médico de los caballos quizás explicaba que, en las carreras de carros, el equipo siempre quedara en mal lugar.

Famia tampoco se quedaba atrás a la hora de apurar una jarra de vino peleón. Tenía la cara enrojecida y los ojos hinchados. Maya lo alimentaba bien e intentaba llevarlo limpio, pero no resultaba fácil. Vestía una túnica larga del color del limo de estuario, sobre la cual llevaba un delantal de cuero mugriento y un cinturón del cual colgaba una serie de curiosos instrumentos, algunos de los cuales había diseñado él mismo. Jamás le había visto utilizar uno solo de ellos en un animal enfermo.

Encontré a mi cuñado sentado sobre un tonel en los establos, de charla con unos visitantes. Un caballo cojo aguardaba pacientemente, como si supiera que no recibiría atenciones durante aquella semana si de Famia dependía. De la pared del establo situada detrás de éste colgaba un surtido impresionante de anillos y rodela de arnés, martillos y tenazas de herrero y herraduras.

—¿Qué tal, Falco! He oído que has tenido un desliz con tu novia...

—Si eso es una grosera referencia a mi próxima paternidad...

—No seas estúpido. Estoy seguro de que Helena se deshará de ese niño.

—¿Ah, sí? Gracias por decírmelo, Famia. Me gusta que me tengan al corriente de las cosas.

—Bueno, por lo menos es la impresión que le dio a Maya.

Famia se dio cuenta de que corría el riesgo de llevarse un puñetazo, emitió un resoplido y retrocedió; al tipo no le entraba en la cabeza que la hija de un senador deseara tener un hijo de un informante. Hacía mucho tiempo que yo había abandonado cualquier intento de abrirme paso entre la jungla tupida de sus prejuicios sociales. No merecía la pena intentar mantener una conversación sensata con él.

Y el muy jodido me había intranquilizado. Era inútil negarlo.

Era demasiado esperar que Famia conociera a Florio aunque, dado que éste era un hombre amante del juego y de las apuestas, mi cuñado debía saber de

alguien que sí lo conocía. Sacarle la información me produjo indigestión el resto del día. A Famia le encantaba mostrarse difícil.

Me llevó casi toda la tarde. La larga lista de personajes indeseables a los que Famia había sugerido que preguntara me condujo finalmente a un desdenguado ex auriga que tenía un establo de entrenamientos cerca del Campo de Marte. La oficina estaba llena de las coronas de plata que había conseguido en su carrera, pero carecía del olor a dinero en abundancia que siempre relaciono con los campeones retirados, la mayoría de los cuales son casi millonarios. Famia me había efectuado alguna oscura insinuación respecto a que el hombre había sido relacionado con cierto escándalo aunque, no es preciso decirlo, mi cuñado no había llegado a decirme cuál. Quizás el individuo había intentado defraudar en el impuesto sobre esclavos al comprar a sus aurigas y lo habían descubierto. Muchos ilusos que inician un negocio creen que las leyes fiscales no les afectan. Las multas que se imponen a quienes son descubiertos representan una maravillosa fuente de ingresos para el Tesoro.

Una razón de que resultara tan difícil localizar a Florio era que, según resultó, pertenecía al bando de los Blancos. Cuando me enteré, no di crédito a lo que oía. No era extraño que el tipo fuera huidizo. Nadie en Roma daba apoyo a los Blancos. Ni siquiera los Rojos eran tan impopulares como ellos. Un partidario de los Blancos estaría encantado de ser invisible.

El ex auriga calculaba que vería a Florio más tarde. Como es lógico, me recibió con suspicacia. A nadie se le ocurre nunca que un informante pueda estar buscando a alguien por una razón inocente, como llevarle la noticia de una herencia inesperada. Mi presencia fue interpretada como problemática. Era muy probable que Florio estuviera avisado de mi visita y le hubieran aconsejado que me evitara. Decidido a ser más hábil que él, fingí aceptar lo que me decía el cuadriguero, comenté que volvería en una hora y me oculté en una taberna a esperar acontecimientos. Por lo menos, pude tomar un trago.

El presuntuoso entrenador de aurigas dejó su local casi de inmediato, envuelto en su capa. Apuré mi copa y lo seguí. Se encontró con Florio en el Panteón. Me mantuve a distancia, pero ninguno de los dos se preocupó de comprobar si alguien los seguía. Evidentemente, ambos tenían por costumbre tales encuentros. Estuvieron charlando unos instantes, sin muestras de agitación; probablemente, trataron asuntos de rutina. Después, el ex auriga se despidió y se alejó. Florio tomó asiento entre el bosque de columnas del pórtico principal de Agripa. Me pareció que estaba haciendo cuentas en una tableta de anotar. Crucé la explanada frente al templo y ascendí la escalinata con la intención de hablar con él.

Florio era un desastre, un obeso informe, demasiado pesado para su propio bien e igualmente desaseado. La túnica, holgada, exhibía manchas secas de pescado en salmuera. La llevaba colocada de cualquier manera bajo el cinto, del cual colgaba una gruesa bolsa de cuero, tan vieja que las arrugas estaban negras,

relucientes y endurecidas por el uso. En otro tiempo, sus botas hasta las rodillas habían sido un calzado magnífico, pero ahora las complejas tiras de cuero estaban salpicadas de barro y necesitaban un buen engrasado. Tenía los pies muy deformados por los juanetes y llevaba las gruesas uñas de los dedos de los pies cortadas, al parecer con un cuchillo de la carne. Sus cabellos castaños parecían cortados a mechones por diversos peluqueros a lo largo de varios días. Lucía en la mano el anillo ecuestre, un sello de hematita y un par de aros más, de oro macizo. Todas estas alhajas no contribuían a mejorar su aspecto: sus manos parecían necesitar con urgencia un buen lavado y llevaba las uñas ferozmente roídas, con las cutículas levantadas.

Aquel saco de grasa negligente acogió mi saludo sin alarma y dejó a un lado sus notas, que parecían detalles de un formulario. (Estiré el cuello para echar un vistazo con la esperanza de que fuera una lista de bienes robados, pero no era algo tan obvio). Florio era bastante ducho en su obsesión; mientras me acercaba al templo, le había visto garabatear con el punzón a tal velocidad que, en cuestión de minutos, sus cifras pequeñas y apretadas llenaban toda una placa encerada. Decidí no preguntarle por las carreras puesto que el joven era, evidentemente, uno de esos aficionados fanáticos que podían matarlo a uno de aburrimiento.

Un viento racheado había empujado un intenso chaparrón hacia el Campo de Marte, y sugerí a Florio que nos pusiéramos a cubierto. Se incorporó, entramos en el templo y dejamos atrás las estatuas de Augusto y de Agripa que presidían el vestíbulo. Aunque rara vez entraba en el Panteón, éste siempre ejercía un efecto tranquilizador sobre mí. Los dioses observaban, pacíficos, desde los nichos del tambor inferior, mientras las nubes cubrían el círculo abierto del techo.

—Un edificio maravilloso —comenté. Normalmente, me gustaba tranquilizar a mis contactos con un poco de charla distendida, unas cuantas ocurrencias sobre la belleza del trabajo de cantería, antes de insinuar que sería mejor que hablasen o les arrancarían el hígado—. Dicen que es la primera obra arquitectónica que se diseñó de dentro afuera, en lugar de al revés. ¡Qué proporciones! Perfectas, ¿no te parece? La altura de la cúpula es exactamente la misma que su diámetro.

Florio no me escuchaba, lo cual no me extrañó. El Panteón debería haber tenido cuatro patas y un irascible jinete capadocio marcado de viruelas para despertar en él un pálpito de interés.

—¡Bueno, debo reconocer que no es fácil dar contigo! —exclamé. Florio dio muestras de nerviosismo—. Parece que tu amigo te protege. ¿Te ha molestado algún visitante inoportuno?

—¿Qué quieres? —preguntó tras un carraspeo. Tenía una de esas voces ligeras, excesivamente entusiastas, que siempre provoca suspicacia.

—Soy Didio Falco, investigador especial. Me ocupo del caso de tu suegro.

—¡Oh, no! —exclamó al saberlo, con considerable inquietud.

—Lo siento; ¿te preocupa eso?

—No quiero saber nada del asunto.

—Te comprendo —me arriesgué a decir—. Cuando descubriste con qué clase de familia habías emparentado, debiste de sentirte atrapado, realmente. —No dijo nada, pero tampoco lo desmintió—. He venido a verte porque sé que tú eres distinto.

—No sé nada de las actividades de mi suegro.

—¿Lo has visto? —pregunté con suavidad.

—¡Oh, no me metas en esto! —me suplicó.

—¿Lo has visto, pues? ¿Cuánto tiempo hace?

—Hace justo una semana. —Esto era interesante. Sólo habían pasado ocho días desde aquella madrugada en que habíamos puesto a aquel pez gordo de la delincuencia a bordo del *Afrodita*, en Ostia. Florio había empezado a hablar sin intención de colaborar, pero se lo pensó mejor y decidió librarse de Balbino de una vez por todas—. Se supone que no debo decirselo a nadie...

—Por supuesto. Es muy injusto por su parte presionarte así.

—¡Ah, ojala desapareciera de mi vida!

—Espero que lo hará pronto. Trabajamos en ello noche y día.

—¡Oh! ¿De veras? —Florio puso cara de perplejidad—. Debo haberte entendido mal. Creía que eras investigador especial, ¿pero ahora dices que estás con los vigiles?

—¿He de entender que crees que los vigiles no se ocupan de los asuntos con suficiente energía?

—Mi suegro se ufana de que hacen lo que él quiere —fue su llana respuesta.

«Mala noticia para Roma», pensé. Tendría que investigar todo aquello. Rubela estaría satisfecho. Abordé el asunto con tacto:

—Escucha, esto queda entre nosotros dos... —Florio puso expresión de agradecer la confianza. Pobre simplón—. Los vigiles también están siendo objeto de investigación; como es lógico, no puedo darte muchos detalles, pero mi misión los abarca a ellos, también. Tal vez puedas ayudarme...

—¡Lo dudo! —Aquel bobalicón sólo quería esconder la cabeza en un saco.

—Supongo que Balbino no mencionaría nombres, ¿verdad?

—No.

—¿Dijo algo de fugarse del barco?

—¿De la nave en la que debía marcharse? No.

—¿Puedes decirme qué quería de ti?

—Sólo quería saber cómo estaba su hija. Le tiene muchísimo cariño. También quería que le dijera a Milvia que volvía a estar aquí, pero me negué a hacerlo.

—Si tanto la quiere, ¿por qué no se presenta en vuestra casa?

—Teme que haya gente vigilando.

—¿Milvia sabe ya que su padre está en Roma?

—No. Y no quiero que se entere. Es mi esposa y quiero mantenerla apartada de todo esto. ¡Balbino no lo entiende!

—Claro que no, Florio. Toda su vida ha sido un delincuente. Y su esposa es aún peor. Querían que Milvia tuviera un lugar respetable en la sociedad, pero eso no significa que crean que hay nada malo en su propio modo de vida.

—¡Desde luego, los ha hecho bastante ricos!... —murmuró Florio.

—Sí, bastante. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Balbino?

—No. Simplemente, apareció un buen día. Yo solía pasar el rato en el Pórtico de Octavia y allí me encontró. Por eso, ahora vengo por aquí; para alejarme de él.

—Me alegro mucho de tu actitud. —No haría ningún daño aplicar un poco de presión sobre él—. Es muy juiciosa, Florio. Espero que te des cuenta de que tu posición puede ser comprometida. Hay quien insinúa que podrías estar trabajando con Balbino en una especie de sociedad.

—¡Es ridículo! —exclamó, con los puños apretados. Me compadecí de él. Demostrar la propia inocencia puede resultar difícil—. Respondí a todas las preguntas antes del juicio. Me aseguraron que no habría más problemas.

—Por supuesto... Volviendo a lo de Balbino, ¿tienes establecido algún medio de comunicarte con él?

—¡No! —El hombre estaba exasperado—. ¡No quiero tener contacto con él!  
¡Lo que quiero es olvidarme de que existe! Le dije que no me molestara más.

—Muy bien, tranquilízate. Hablemos de otra cosa. ¿Fue Balbino quien te dio la jarra de cristal, ésa que ha causado todo este revuelo?

—Sí.

—Entonces, ¿le caes bien?

—No; me tiene por un inútil. Era un regalo para Milvia.

—¿Se lo dijiste a ella?

—No. Me llevé la condenada jarra a casa y no di muchas explicaciones sobre su procedencia. No quiero que ella sepa que está aquí. Y no quiero que él le haga regalos pagados con dinero de sus actividades ilegales.

—Discúlpame, pero parece que Milvia y tú lleváis una relación bastante extraña. He intentado encontrarte en tu casa, pero no estás nunca por allí. Aborreces a la familia de tu esposa y da la impresión de que tienes poco que ver con ella, pero sigues casado. ¿Es por puras cuestiones financieras? Creía que tenías dinero propio.

—Lo tengo.

—¿Las deudas de juego se han hecho exorbitantes?

—Desde luego que no. He tenido mucha suerte. —Quizá diera apoyo a los Blancos, pero era evidente que no apostaba por ellos..., a menos que lo hiciera a que perdían, pero nadie le pagaría mucho por ello—. Estoy a punto de comprar un establo de entrenamiento.

Emití un silbido de admiración.

—¿Y qué hay de Milvia?

Se encogió de hombros con absoluto desinterés. Asombroso. Le dirigí una mirada severa y le advertí:

—¡Sigue mi consejo, joven! —Florio tenía mi edad, aproximadamente, pero le llevaba muchas calles de ventaja en experiencia—. Divórciate, o préstale atención a tu esposa. Sé pragmático. Un preparador de carreras tiene que impresionar a sus apostadores. No puedes permitir que unos rumores de escándalo salpiquen tu nombre. La gente de la que dependerás en ese negocio se reíría de ti.

Florio olvidaba que la gente, de todos modos, sabría que su suegro era un extorsionador y asesino condenado; escuchó mis palabras y se dejó engañar por la alusión a la amenaza doméstica.

—Milvia no sería capaz de...

—Es una mujer; claro que lo sería. Es una muchacha hermosa que está muy sola. Sólo espera a que aparezca un tipo atractivo y le sonría.

—¿A quién te refieres? —Se habría armado una buena si Florio no hubiera sido más aburrido que una ostra abierta tomando el sol en un banco de arena. Perdón: las ostras llevan existencias llenas de emociones e incidencias, en comparación con la suya.

—A nadie; era una suposición. Volvamos a tu suegro. Me da la impresión de que tienes mucho interés en ayudar a los agentes a descubrirlo. Para empezar, puedes ayudarme a mí. Estaba investigando el origen de esa pieza de cristal. Es una propiedad robada. —Florio emitió un gemido. Era como si viviese una pesadilla. Todo lo que oía sobre la familia de Balbino, hasta mis instrucciones acerca de su esposa, hacía que aumentara su inquietud—. Supongo que Balbino no inventaría ninguna historia sobre su procedencia, ¿no?

—No tuvo que inventar nada —respondió Florio con tono sorprendido—. Yo estaba con él cuando la adquirió.

—¿Cómo es eso?

—Insistió en que quería enviarme un regalo a su hija y me obligó a acompañarlo a comprar algo.

Llevar a un testigo hostil al local de un perista parecía un modo de obrar extrañamente descuidado en un rey de los bajos fondos. Me quedé perplejo.

—¿Que Balbino compró el regalo? ¿Dónde?

—En una tienda de la Saepta Julia.

Seguía lloviendo, pero la Saepta queda contigua al Panteón. Arrastré a Florio al otro lado de la calle y entramos en el mercado cubierto. Le obligué a mostrarme el local donde habían adquirido la jarra. Tan pronto llegamos, el impaciente propietario se apresuró a darnos la bienvenida con la evidente esperanza de que el cliente de unos días antes fuera a comprar algo más. Cuando

yo aparecí a la vista, la atmósfera se enfrió rápidamente.

Le dije a Florio que podía marcharse. El pobre ya tenía una visión de la vida suficientemente triste. No deseaba perturbarlo aún más. Y no quería que hubiera extraños cuando dijera lo que pensaba sobre las piezas de cristal a su vil y sedicioso vendedor. Todos nuestros esfuerzos para seguir la pista de la jarra de agua habían sido una pérdida de tiempo. El cristal de Siria no tenía relación con el caso de Balbino. La cristalería «robada» no se había perdido en ningún momento. Lo único que iba a encontrar allí era un burdo fraude para cobrar una compensación del Estado. Un fraude al que yo mismo estaba unido inextricablemente.

—Hola, Marco —dijo el vendedor, radiante y absolutamente imperturbable, como de costumbre.

—Hola, padre —respondí en el tono más hosco que pude.

—Esa diadema tuya era una pieza soberbia. Puedo conseguirte una fortuna, si quieres venderla. Ya tenía un cliente interesado...

—¿Alguien que ya la había comprado, te refieres?

—Le dije que Alejandro Magno la había llevado una vez.

—Qué curioso, ésa es una de las ridículas historias que intentó colocarme el hombre que me la vendió allá, en Oriente. Todos los charlatanes sois iguales. ¡Aunque no todos le roban a su propio hijo y se apuntan a un fraude descarado!

—No seas impertinente.

—¡Y tú no me abochornes! ¡Cerdo, tienes que explicarme unas cuantas cosas!

Para ser sincero, ahora que sabía que la «pérdida» de la cristalería no era sino otro ejemplo de los manejos de mi padre, no deseaba saber nada más.

—¡Ah, Marco, tranquilízate!...

—Déjate de palabrería. Limitate a describir al hombre que vino con ese inútil cara de acelga que estaba conmigo hace un momento. El que compró la jarra de cristal.

—Era Balbino Pío —respondió mi padre.

—¿Conoces a ese ladrón?

—Todo el mundo lo conoce.

—¿Sabes que está condenado al exilio?

—Eso he oído.

—¿Por qué no has denunciado que lo habías visto?

—Vino a comprar y nunca hago ascos a una transacción. Sabía que alguien lo delataría, tarde o temprano. Ese gordinflón amigo tuyo, probablemente... Entra a tomar una copa —me invitó en tono jovial.

Di media vuelta y me alejé.

## LV

Emprendí el regreso a casa, colérico y nervioso. Para empezar, aún me sonaban en los oídos las artificiosas protestas de mi padre, sus rotundas afirmaciones de que no tenía intención de causar ningún daño (¡ja, el cuento de siempre!) y sus declaraciones de que jamás habría aceptado una compensación que no le correspondiese. Ser descendiente de tamaño bribón me ponía furioso.

Mi agitación tenía más causas. Estaba casi al borde de la rabia. Saber que Balbino estaba en la ciudad, en plena actividad al parecer, pese a todos los esfuerzos de la ley, me deprimía terriblemente. ¿Qué objeto tenía nada, si los criminales podían actuar como querían e ir donde les venía en gana, y reírse de las sentencias con tal impunidad?

La ciudad se me hizo inamistosa. Un carro dobló la esquina a toda velocidad, espantando a los transeúntes y a las palomas que bebían en la fuente; el vehículo debía de haberse saltado la prohibición de circular, pues apenas había caído el crepúsculo y no había habido tiempo de que llegara hasta allí desde cualquiera de las puertas de la ciudad. La gente empujaba y apartaba con más desconsideración que nunca a los que se cruzaban en su camino. Por todas partes había perros sin correa que enseñaban los colmillos. Figuras siniestras se escurrían por los pórticos, algunos con sacos a la espalda, otros blandiendo palos que podían ser armas o garfios para robar cosas de ventanas y balcones. Grupos de esclavos groseros ocupaban las aceras comentando chismorreos, sin hacer caso de los ciudadanos libres a los que impedían el paso.

Una muchacha irresponsable salía de espaldas de un portal abierto, riéndose, y tropezó conmigo. Con el brazo dolorido, llevé la mano a la bolsa por si se trataba de un intento de robo. Le grité una maldición y la muchacha se volvió con el puño en alto, amenazadora. Un hombre con un burro me apartó de en medio y unos cestos repletos de verduras me aplastaron contra una columna de la que colgaba peligrosamente una serie de estatuillas de terracota con figuras de diosas de ojos saltones. Un mendigo dejó de tocar una estridente flauta doble el tiempo justo para soltar una risilla burlona cuando una Minerva pintada de blanco y rojo me atizó en plena nariz con su dura falda. Por lo menos, verme empujado hacia atrás con tal rudeza me salvó del cubo de desperdicios que una ama de casa decidió arrojar por la ventana en aquel instante desde uno de los oscuros apartamentos del edificio.

La locura se había apoderado de Roma.

Cuando llegué a la plaza de la Fuente, los aromas familiares a languado pasado, aguas negras, humo, deyecciones de gallina y ánforas rancias me parecieron decididamente civilizados. Casio se disponía a encender una lámpara en la panadería y estaba trenzando meticulosamente el pabito y enderezando los eslabones de la cadena de la que colgaba. Intercambiamos saludos y luego me dirigí a aquel lado de la calle para tener unas breves palabras con Enniano, el cestero que vivía debajo de mi nuevo apartamento. Él se había encargado de llevarse los desperdicios. Tomé prestada una escoba plana y barrí algunos escombros sueltos pendiente arriba hasta dejarlos frente a una casa cuyos ocupantes no nos hablaban.

Todavía estaba hablando con Enniano cuando vi a Lenia recoger unas túnicas de un tendedero que iba de extremo a extremo de la fachada de la lavandería. Me volví de espaldas, no fuera a llamarme para otra tediosa discusión sobre su boda, para la que sólo faltaban diez días. Seguramente, no me vio; Lenia nunca había tenido buena vista. Eso, o finalmente había abandonado toda esperanza de provocar mi simpatía. No me quedaban fuerzas suficientes como para habérmelas con una gente que debería pensar mejor lo que hacía y darse cuenta de que estaba cayendo en el ridículo. Suficiente tenía ya con los problemas de Roma como para habérmelas con Lenia, aquella noche.

Surgió entonces otro problema con el que no contaba. Cuando Enniano me anunció con una sonrisa que ya podía salir a la calle sin peligro, observé a dos hombres que pasaban ante la barbería y creí reconocerlos, aunque al principio no logré recordar dónde los había visto.

—¿Quiénes son esos dos, Enniano?

—No los había visto nunca por aquí.

Me asaltó la sensación de tener una deuda pendiente con aquellos hombres. Siguiendo un impulso, interrumpí la charla con el tejedor de cestos y seguí discretamente a los dos individuos.

Mientras caminaba tras ellos, apliqué mis sutiles conocimientos mundanos a deducir cuanto pude sobre ellos. De espaldas eran dos individuos normales, dos apostadores con las manos vacías, de la misma estatura aproximada y la misma constitución física. Ambos llevaban túnicas pardas sin mangas, ceñidas con sendos cíngulos de sogas viejas, a juzgar por su aspecto; no llevaban capa ni sombrero y las botas que calzaban no tenían nada de excepcional. Por su apariencia, eran tipos habituados al aire libre.

Caminaban con determinación, aunque sin prisas. No eran desocupados en busca de diversión en la ciudad. Tenían un destino fijo, aunque parecía que se habían perdido por el camino. Así, me condujeron por la parte alta del Aventino hacia la ladera que daba al río, pero se encontraron con el despeñadero y tuvieron que buscar otro camino para descender. Aquellos hombres no conocían

Roma o, por lo menos, no estaban familiarizados con la colina.

Por último, llegaron al Clivus Publicus. Desde allí continuaron colina abajo, dejaron atrás el Templo de Ceres y, cuando llegaron al pie de la pendiente en las proximidades del Circo Máximo, se detuvieron en un tenderete callejero a tomar un trago y a pedir al propietario que los orientara. Después, con el muro del Circo a su derecha, avanzaron a lo largo del recinto; estaba claro que deberían haber descendido la colina por el otro lado, en dirección a los acueductos gemelos de la Puerta Capena.

Estábamos en una zona que había frecuentado bastante en los últimos días: la parte de la región Undécima que rodeaba el Circo. A un extremo estaba el Foro Boario, en cuyo pavimento había sido abandonado el cuerpo de Nonnio Albio, entre el hedor de la sangre de animales. A lo largo del valle del Circo se extendía una estrecha lengua de terreno en la que se levantaban las lujosas mansiones ocupadas por Fláccida y por Milvia. Más allá, en el otro extremo, quedaba el cúmulo de callejas sucias y poco atractivas en el que se hallaba La Academia de Platón.

Una vez llegados a aquel barrio, no me sorprendió que los dos hombres se dirigieran precisamente a dicho burdel. También estaba seguro de que eran un par de bribones. Y podía demostrarlo. Ya recordaba dónde los había visto, y no era en Roma. Se llamaban Cayo y Flosis (por lo menos, éstos eran los nombres que usaban en sus fechorías) y eran el par de falsos remeros de Ostia que habían intentado aligerarme de la cristalería de mi padre, antes de que yo procediese al traslado del cargamento a Roma para ver cómo Gémino cometía ese otro gran fraude de intentar robárselo a sí mismo.

Los vi entrar en el burdel y saludar a la chica de la puerta como si la conocieran. Podía tratarse de dos clientes normales, dos forasteros de turismo en Roma a quienes algún amigo había recomendado una visita a La Academia. Así lo creí hasta que me di cuenta de que la muchacha los había dejado pasar sin que cambiara de manos dinero alguno.

Sin duda, algunos clientes de Lalage tenían cuenta abierta en el local, pero quienes gozaran de tal trato de favor no debían de ser un par de tipos vulgares de los bajos fondos, sino gente de confianza como el Importantísimo Patricio que acudía allí con su séquito de lictores. Cayo y Flosis estaban allí por alguna otra razón, muy distinta. Y a juzgar por la actitud amistosa de la encargada de la entrada, aunque en la colina se hubieran perdido, allí abajo, en La Academia, aquel par de incompetentes eran dos caras habituales.

Dudé de si seguirlos al interior del local. Aquella noche no estaba en condiciones para muchas aventuras. Estaba cansado. Había sido una semana caótica, plagada de incidentes, y sabía que me estaba fallando la concentración. Además, La Academia era un cubil enorme, nadie sabía que había acudido allí y no tenía idea de qué podía encontrarme si entraba.

La situación era demasiado arriesgada. Por una vez, se impuso la prudencia.

## LVI

Para aquel asunto precisaba ayuda. Necesitaba a alguien que supiera ser duro si surgían problemas y que estuviera adiestrado para llevar a cabo un seguimiento como era debido. Si mi olfato no me engañaba, había tropezado con un asunto importante. Un asunto que resultaría arriesgado y que requería la intervención de los vigiles. En realidad, a quien debería recurrir en aquel momento era a Petronio Longo. Pero, por supuesto, eso era imposible.

Podía pedírselo a Rubela, pero el orgullo —y también el hecho de que, si me equivocaba, sólo estaría vigilando a un par de rateros sin importancia que se divertían en un burdel— me decidió a llevar adelante el asunto por mi cuenta.

Con todo, había dificultades prácticas. Necesitaba un ayudante. Quería someter el burdel a vigilancia permanente y tener la posibilidad de seguir a alguno de sus visitantes cuando lo abandonara. Me pregunté si podía arriesgarme a utilizar a alguno de mis sobrinos pero, con Tértula desaparecida todavía, sabía que todos los jóvenes Didios serían conducidos a la escuela en grupos, bajo la mirada atenta de sus nerviosas madres. Sería imposible apartar a uno del grupo sin provocar un estallido de cólera. Además, incluso yo me daba cuenta de que sería demasiado peligroso.

Desesperado aún por encontrar a alguien adecuado, afronté el hecho de que, si Petronio no quería ayudarme, lo que necesitaba era a uno de sus hombres. Con suerte, el escogido no sería el soplón que había delatado a Lino.

Quiso la suerte que, cuando regresaba Aventino arriba, tropezase con Fúsculo. Habría sido el hombre ideal para mis propósitos. Fúsculo estaba fascinado por el mundo de la pequeña delincuencia y era experto en timos especializados. Sin duda, se le ocurrirían muchas razones para que un par de ladrones de cargamentos portuarios de Ostia hubieran acudido a Roma. Era el propio Fúsculo quien me había inspirado la sospecha de que Cayo y Flosis podían resultar muy importantes; recordé que, tras el accidentado episodio con la barca robada del Portus, el hombre de Petro me había comentado que Balbino Pío controlaba a toda una banda de ladrones que actuaba a lo largo de los muelles de Roma a bordo de embarcaciones. Tal vez aquellos dos formaban parte de la organización. Quizás era Balbino quien había traído a Cayo y Flosis a la ciudad. Y quizás eso significaba que estaba utilizando el burdel como nuevo cuartel general desde el cual dirigir su imperio. Parecía un buen refugio, desde luego.

Cuando llegué a su altura, Fúsculo refunfuñó:

—¡Piérdete, Falco!

Era muy probable que Petronio no hubiese sido capaz de confiar a ninguno de sus hombres el hecho de que uno de ellos fuera un traidor. Primero querría identificar la manzana podrida del cesto. Así pues, no podía recurrir a eso para justificar mi situación, al servicio de su tribuno.

—Tranquilízate, hombre. ¿De modo que Petro os ha contado a todos que soy un soplón infiltrado? Dice que he traicionado su amistad para espiaros y naturalmente a vosotros, pobres estúpidos, os parece algo terrible.

—No quiero escucharte, Falco.

—Lo que me fastidia, Fúsculo, es por qué, si todos sois inocentes, seguís adoptando la actitud de que quienquiera que intente oponerse a la corrupción tiene que ser enemigo vuestro.

—Eres veneno puro.

—Te equivocas. Lo que me intentas decir es que Petronio es tu jefe y que, incluso si quiere cometer alguna estupidez, lo respaldarás para proteger tus posibilidades de ascenso. Haríais mejor en empezar una colecta para comprarle a Lucio Petronio un cerebro nuevo.

Fúsculo repitió que me perdiera y esta vez lo hice.

Me embargó una sensación amarga. A nadie le gusta que lo rechacen.

Por fortuna, quedaba una persona a quien podía recurrir sin riesgos. Alguien con suficiente experiencia para lo que me proponía. Alguien a quien también detestaban.

Sabía dónde encontrarla: tenía su casa al otro lado de la colina, j unto al Clivus Publicus. Debería volver sobre mis pasos. Parecía que los hados se divertían a mi costa, esa noche. Encaminé mis pasos cansados hacia allí y comprobé que, afortunadamente, aún no había salido a hacer la ronda nocturna. Como imaginaba, Petro siempre se ocupaba del primer turno, el más agitado, y dejaba el segundo, más tranquilo, a su ayudante Martino.

Era tarde y fui al grano enseguida. Esperaba no tener que contarle todas mis sospechas, pero no tardé en darme cuenta de que lo mejor sería no andarme con rodeos.

—¿Qué tal va la caza de Balbino? ¿No muy bien? Claro que no; Balbino es demasiado listo. Pero creo que tengo una pista. En otras circunstancias acudiría a Petronio pero, ya que prefiere las cosas así, tendré que montar la vigilancia yo solo. Y supongo que cuando pueda aportar pruebas de que, ahora, Balbino dirige su imperio desde su escondite en La Academia de Platón, Petro querrá participar en la búsqueda. Puede que entonces no se lo permita. Podría reservarme toda la gloria para mí y para quien comparta mi esfuerzo.

Martino no me defraudó. Cuando le propuse que me ayudara, se mostró entusiasmado. Yo sabía bien por qué; el lugarteniente de Petro creía tener ante sí

la gran ocasión de apuntarse un tanto por delante de su jefe.

Le conté lo que había visto en La Academia y lo que suponía que veríamos si sometíamos el local a vigilancia.

—¿Rubela está al corriente de esto, Falco?

—No estoy en situación de...

—¡No me vengas con remilgos! Ya sé qué significa eso.

Reflexioné unos momentos antes de responder:

—El tribuno aún no sabe nada, pero tendremos que decírselo. No puedes desaparecer del grupo oficial sin más.

—Sí, iré a ver a Rubela —apuntó Martino—. Si está de acuerdo en llevar adelante este plan, encontrará el modo de hacerlo. Puede decir que me envía a otra cohorte provisionalmente. A Petronio no le sorprendería lo más mínimo. Entre los vigiles ya es casi una tradición que, cuando uno está más saturado de trabajo en un caso realmente importante, se le prive de su mejor hombre para dedicarlo a buscar ladrones de broches en una casa de baños de baja estofa en territorio de otra cohorte.

No tuve duda de que sería fácil arreglar que la tradición se cumpliera de nuevo. En cambio, lo de que Martino fuera «el mejor hombre» de la Cuarta Cohorte estaba más abierto a discusión. En cualquier caso, no importaba demasiado. El pomposo agente pagado de sí mismo servía perfectamente para mis propósitos. A Martino le encantaría la idea de pasar todo el día sentado en una taberna esperando a que apenas sucediera nada. Mientras yo pudiera apostarme en otra taberna en el extremo opuesto del callejón, no me importaba lo fastidioso que fuera el vigil.

Cuando por fin llegué de nuevo a la plaza de la Fuente, por segunda vez aquella noche, la calle estaba completamente a oscuras. Allí, nadie gastaba aceite para alumbrar a ladrones y rondadores de portales mientras llevaban a cabo su sucio trabajo. Me puse alerta y avancé calmadamente por el centro de la calzada. Al pasar ante la panadería, me pareció oír un crujido en una celosía. Levanté la cabeza, pero no vi nada. Era difícil de creer que alguien hubiera alquilado el apartamento de encima de la panadería, el que tenía medio suelo levantado, y todos los demás pisos debían estar aún peor. Cuando llegué a la altura de la lavandería, volví la cabeza y miré otra vez para asegurarme, pero no observé ningún movimiento.

Mientras subía la escalera interminable hasta mi apartamento, debería haberme sentido más confiado. Ahora estaba en mi territorio. Pero el momento podía ser mortalmente peligroso. En esta situación, uno se relaja. Uno se convence de que los riesgos de la noche romana quedan atrás. Conoce el lugar demasiado bien como para estar realmente atento a lo que le rodea. El oído deja de estar pendiente de sonidos inusuales. Y, así, uno puede ser asaltado fácilmente por algún enemigo inesperado que acecha en la oscuridad en mitad de la

escalera.

Esta vez, sin embargo, nadie me atacó. Si alguien acechaba en la oscuridad, no advertí su presencia. Llegué a mi puerta, la abrí sigilosamente y enseguida estuve dentro.

Allí tampoco había luz, pero percibí la presencia familiar de mis muebles y pertenencias. Escuché la respiración de Helena, de la perra indeseada que nos había adoptado y del bebé abandonado. Nada más. Ningún siniestro jadeo más. En aquel par de estancias, todos estaban a salvo. Habían sobrevivido a la jornada incluso sin mi presencia protectora, y ahora, por fin, me hallaba de nuevo en casa.

—Soy yo —susurré.

La perra meneó la cola, pero se quedó bajo la mesa. El bebé sordo no dijo nada, pero no podía haberme oído. Helena despertó a medias cuando me metí en la cama; después, se acurrucó entre mis brazos, cálida y amodorrada. Aquella noche no hablaríamos. Acaricié sus cabellos hasta que volvió a dormirse profundamente y, en breves minutos, yo también me quedé dormido.

Fuera, en las calles, las patrullas de a pie harían sus rondas en busca de fuegos encendidos y de ladrones de casas. En alguna parte, Petronio Longo también estaría de guardia, atento al chirrido de las permanentes maquinaciones del mal en el aire vigorizante de octubre, pero sin captar en ningún instante la pisada decidida del hombre que buscaba. Entre el pulso incesante de la ciudad, los ladrones solitarios escalaban balcones y alféizares, los conspiradores urdían sus planes, los malhechores desocupados bebían y soltaban juramentos, los libertinos se revolcaban en sus vicios, los bandoleros asaltaban carrmatos de reparto y las bandas organizadas saqueaban mansiones cuyos porteros yacían en los pasillos, ensangrentados y atados de pies y manos, mientras los aterrizados dueños de la casa se ocultaban bajo la cama. Y en alguna parte, con toda probabilidad, Balbino Pío dormía apaciblemente.

## LVII

Un día podía ser suficiente. Desde luego, bastaría para hacerme aparecer como un estúpido. Si vigilábamos el burdel un día entero y no apreciábamos ninguna sospecha clara de actividades delictivas, mi nombre sería vilipendiado. Si luego quería pasar más tiempo al acecho de una oportunidad de atrapar a Cayo y a Flosis por lo que me habían intentado hacer en Ostia, sería asunto mío. Martino me maldeciría y se largaría a contarle a toda la cohorte lo incompetentes, tarugos e irritantes que resultaban los informantes, y cómo lo había llevado conmigo a base de engaños.

Por el contrario, si había suficiente ir y venir de miembros conocidos de las bandas de Balbino como para apuntar que había alguna relación con su imperio criminal, se debería reconocer mi valía como investigador. No sería un héroe, pero tendría derecho a vanagloriarme en la casa de baños y éste sería un cambio muy agradable.

Martino y yo llegamos al amanecer. Empezamos sentados en un portal como un par de esclavos fugitivos. Más tarde, una mujer decrepita abrió un triste termopolio y se pasó siglos fregando el suelo con una escoba de cabeza plana y un cubo de agua gris. Observamos sus esfuerzos inconexos por limpiar el mostrador y vimos que luego se ponía a limpiar tres estanterías de tazas y jarras, vaciaba unos cuencos ennegrecidos en los agujeros del mostrador y apoyaba torpemente unas cuantas ánforas contra una pared.

Entramos en el local y contamos a la mujer que andábamos de caza, que vagábamos por las calles en busca de «oportunidades», se sobrentendía que ilegales. La mujer no se mostró sorprendida ni escandalizada por la insinuación. Martino emprendió una breve negociación, en el bolsillo del delantal de la vieja tintinearón unas monedas y la mujer nos dijo que esperásemos dentro, sentados en unos taburetes altos. Allí podríamos fingir que tomábamos unas aceitunas mientras observábamos La Academia. Hicimos traer unos platillos de una especie de salsa grasienta, oscura y fría. Yo dejé la mayor parte de la mía.

Al principio, las cosas estuvieron muy tranquilas. A pesar de mis buenos propósitos, terminé en el mismo local que mi ayudante (desechando resueltamente el hecho de que Martino parecía dar por sentado que era yo quien lo ayudaba a él). La otra taberna de las inmediaciones era la que Petro y yo habíamos visitado la primera vez que habíamos vigilado el burdel, antes de

nuestro encuentro con Lalage, y allí nos habíamos identificado como agentes de la ley. En esta ocasión, pretendíamos pasar por chusma callejera normal.

Desde luego, podía confiar en que Martino pasaría inadvertido. Debía de tener unos cuarenta años y, por tanto, era mayor que Petronio, el jefe al que deseaba desplazar. Por lo que sabía de él, no se había casado y, aunque hablaba de mujeres, sus relaciones con ellas eran episodios discretos en una vida bastante ordenada. Tenía los cabellos castaños, lisos y cortados en un limpio flequillo en la frente, unas mandíbulas profundamente marcadas y una peca en una mejilla. Y parecía demasiado aburrido como para despertar comentarios.

Conforme avanzó la mañana, empezamos a ver la actividad normal de los clientes habituales que visitaban La Academia. Parecía haber pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado con Petro en una situación similar aunque, cuando me detuve a determinarlo con exactitud (para lo cual tuve que hacer un buen esfuerzo), me di cuenta de que sólo habían transcurrido cinco días. En aquellos cinco días, Roma había pasado de ser una ciudad en la que uno debía mantener los ojos abiertos a convertirse en un lugar de absoluto desorden.

—¡Aquí los tenemos!

Martino había distinguido a unos sospechosos. Del burdel salían tres figuras: un hombre delgado de rostro inteligente, con una túnica azul celeste y un rollo manuscrito colgado al cinto, y dos acompañantes, uno rollizo y el otro picado de viruelas, los dos muy discretos. No los habíamos visto entrar aquella mañana; por lo tanto, debían de haber pasado la noche en La Academia.

—¿Los conoces? —pregunté en voz baja.

—El de azul es un tal Cicerón —contestó y levantó una ceja—. Es un charlatán, Falco. Atrae la atención de los hombres que beben en una taberna y los hace reír con sus historias y sus bromas, mientras los otros dos despluman a los parroquianos.

Martino sacó una tablilla y un punzón y empezó a tomar notas con firmes trazos. Según avanzó el día, su caligrafía iría reduciéndose de tamaño mientras la tablilla se llenaba rápidamente. Para disimular un poco más, sacó un juego de damas de bolsillo formado por unas fichas de cristal, unas rojas y otras negras, que guardaba en una bolsita de cuero. Improvisamos un tablero dibujándolo con salsa sobre el mármol. Para dar impresión de autenticidad teníamos que jugar en serio. Mala suerte: yo aborrecía las damas y Martino era un jugador inteligente que disfrutaba con el juego. De hecho, mostró tal interés por la partida que se habría tomado a mal que yo fingiese, de modo que tuve que enfrentarme a él como era debido e intenté mantenerme a su nivel.

—Tienes que practicar más, Falco. Éste es un juego de habilidad. Tiene algunos puntos comunes con el trabajo del investigador. —Martino era uno de esos pretenciosos filósofos del tablero—. Se necesita agilidad mental, fuerza de voluntad, capacidad de amenaza, concentración...

—Y bolitas de cristal —añadí.

La mañana transcurrió sin grandes incidencias, aunque vimos rondar a un cojo que, supusimos, formaba parte del gremio de falsos «soldados mutilados» y a otro individuo al que Martino había arrestado en una ocasión por llevarse vasos de los estantes de las tabernas. El hombre no prestó atención a El Cántaro de Aceite, nuestro observatorio. A la hora del almuerzo, toda una comitiva de hombres con aspecto de clientes habituales se agolpaba a la puerta del burdel cuando mi acompañante detuvo la mano en el preciso instante en que capturaba mi última ficha útil.

—¡Falco! ¡Ahí va una auténtica pareja de maestros de delincuentes!

No necesitó señalarme a quién se refería. De La Academia de Platón emergían el Molinero y el Pequeño Ícaro para dar un paseo de mediodía.

—Los conozco. Son los dos que trataron de hacer de rudos masajistas conmigo. Seguramente se alojan ahí.

—La presencia de dos de los antiguos hombres de Balbino nos da motivo suficiente para organizar una redada —apuntó Martino.

—¿Estás seguro? Tenemos que estar seguros de que damos con el pez gordo.

—Si está ahí.

—Calculo que, si no se oculta ahí todo el tiempo, al menos viene de visita.

Antes de precipitarme a hacer nada, quería mantener la vigilancia una tarde y una noche, por lo menos. Martino no puso el menor reparo. No era tonto; al contrario, el muy desgraciado era un campeón en el juego de damas.

Por la tarde, vimos aparecer del local a otros tres tipejos andrajosos que despertaron nuestra atención. Decidimos que tenían todo el aspecto de maleantes. Formaban el trío un tipo chulesco con sandalias taladradas y cinturón nielado, un matón con la nariz partida que caminaba pateando los bordillos y un ladronzuelo que salió del local rascándose la cabeza como si lo acosara un ejército entero de huéspedes. Sólo de verle me entraron picores.

—¿Te apetece estirar las piernas? —pregunté. Martino apuró la bebida en un instante y salimos en pos del trío. Teníamos que ir los dos; un hombre no puede seguir a tres.

Para un muchacho del Aventino que había recibido una buena educación, todo aquello era una verdadera revelación. Primero, dos de los tres entraron en un figón abarrotado, donde fingieron pedir un almuerzo a base de hojas de parra rellenas mientras desplumaban a los clientes con una habilidad que me dejó pasmado. Cuando uno de los parroquianos se apresuró a pagar una jarra de vino, descubrió que le habían robado la bolsa y los acusó, los dos rateros se escabulleron como anguilas. El tercero haraganeaba junto a la entrada, como si no conociera a sus compinches, pero envió al perseguidor en dirección contraria y, a continuación, fue a reunirse con los otros y juntos desaparecieron por otro lado. No les vimos sacar las monedas de las bolsas que acababan de robar, pero

descubrimos los saquitos vacíos en el interior de un carromato.

Nos separamos y, durante un rato, avanzamos cada uno por un lado de la calle, todavía detrás del trío. Esta vez se dirigían al Foro, que estaba en su hora más bulliciosa: todas las escalinatas de los templos estaban abarrotadas de cambistas y vendedores y en los espacios entre los rostra no cabía un alfiler. El hombre de los piojos hiperactivos se detuvo a golpear y robar a un borracho cerca de la Casa de las Vestales. El ruido sordo de la bota contra el cuerpo simbolizó perfectamente la maldad de las bandas de Balbino. Los tres hombres anduvieron entre el alboroto de pescateras y vendedores de pan «catando» bollos, salchichas y frutas como les venía en gana, sin pagar por un solo bocado. Uno de los tipos era un verdadero especialista en estirar la mano por encima de los mostradores para pillar la caja o algún artículo. Al final, no soportamos seguir contemplando su actividad; teníamos imperiosa necesidad de detenerlos. Pero debíamos abstenernos de hacerlo, pues con ello podíamos alarmar al burdel.

Los tres maleantes rondaban ahora la Basílica Emilia, el principal centro de comercio de Roma, repleto de vendedores ambulantes y de tenderetes chillones; un lugar perfecto para que nuestros hombres le dedicaran una hora lucrativa.

Exasperados, Martino y yo volvimos al Foro. Allí, a la sombra del Templo del Divino Julio, hicimos una pausa y reflexionamos sobre lo que nos había brindado la investigación hasta aquel momento.

—Esos tres son unos rateros muy espabilados. Lo que has descubierto lleva estampada la marca de Balbino —comentó mi acompañante con aire deprimido.

—¿Qué sucede? ¿Crees que perdemos el tiempo persiguiendo a las bandas?

—No se acaba nunca con los maleantes, Falco. Si encerramos a esos tres, habrá otros dispuestos a aliviar de su bolsa a los comensales mientras éstos se relamen y apuran la escudilla.

—¿Si es eso lo que piensas, por qué sigues en este trabajo?

—¡Eso, por qué! —Martino suspiró amargamente. No dije nada más. Sabía que aquel estado de ánimo era un riesgo en la vida de cualquier vigil. Conocía a Petro desde hacía suficientes años.

A veces, la tensión y el peligro, junto a la pura desesperación, hacían que alguno renunciara al puesto. Entonces, durante un tiempo, los demás se mostraban aún más perturbados. Con todo, normalmente, después de mucho gemir y abrazarse al ánfora, continuaban con su tarea. A la vista de la paga miserable y las condiciones de trabajo deplorables, junto a la tradicional indiferencia de sus superiores, las quejas parecían comprensibles.

Martino se dedicó a contemplar a los transeúntes con los brazos cruzados sobre el pecho y el grueso trasero hacia fuera, en su postura habitual. Sus grandes ojos abarcaban todo cuanto sucedía. Recordé que, mientras esperábamos la llegada de Balbino en el muelle de Ostia, había sido Martino quien se había quedado a la puerta de la taberna, inquieto, y quien había dado oportunamente el

aviso de la cercanía de la escolta. Ahora, en el Foro, aunque diera la impresión de estar sumido en desalentadas reflexiones filosóficas, había distinguido enseguida al vagabundo que, borracho como el caballo de tiro de un vinatero, avanzaba zigzagueante con aire determinado hacia dos individuos de ademán altanero que deambulaban junto a los Patios Julianos, envueltos en togas. También se había fijado en los esclavos que rondaban el lugar, entre ellos el que le había birlado un tintero a otro y lo había ocultado bajo la túnica con la clara intención de robarlo. Asimismo, Martino se había fijado en la vieja llorosa y en la muchacha que iba camino de su casa y no se había dado cuenta de que la seguían. Por último, su mirada se detuvo en un grupo de muchachos que remoloneaba en la escalinata del Templo de Cástor y Pólux; unos jóvenes que buscaban camorra, eso estaba claro, pero que no habían emprendido todavía una vida delictiva. Probablemente.

—Es un trabajo, claro —murmuró—. Aire libre y desafíos mentales. Por lo menos, cuando te dan en la cabeza no te llevas una sorpresa. Existe una rutina, si te gusta eso, pero también hay espacio para emplear la propia iniciativa. Y tienes unos colegas maravillosos que te insultan día y noche. Además de la alegría de saber que todo el mundo te considera un bombero y te desprecia. ¡No he apagado una llama en quince años!

—¿Has estado en el equipo de investigaciones toda tu carrera?

—Los jefes deben de pensar que tengo un don para eso —fue su seca respuesta. Martino empleó el tono cínico de quien sabía que todos los superiores eran incapaces de tomar decisiones acertadas y de tratar adecuadamente a sus hombres. Su actitud podía hacerlo vulnerable a los sobornos pero, por alguna razón, me parecía un hombre demasiado bien dispuesto como para complicarse la vida aceptándolos. Petro habría dicho que era demasiado indolente para molestarse en ganárselos.

—¿Y qué supones que hemos de hacer ahora? —pregunté. Yo tenía mis propias ideas, como es lógico; estaba convencido de que el burdel se había convertido en el nuevo centro de la organización de Balbino.

—Tenemos que averiguar si Balbino está en La Academia.

Asentí a ello y añadí:

—O, si no está, para cuándo lo esperan.

—Para eso necesitamos un hombre dentro —apuntó Martino.

—¿Te refieres a uno de nosotros? —Lo miré con inquietud.

—¡Por Júpiter, no! A menos que tengas ganas de presentarte voluntario —añadió con una sonrisa.

—¡Si se trata de ganas, prefiero unas largas vacaciones en una granja de cerdos de Bruttium!

Martino movió la cabeza y continuó:

—Necesitamos un agente que trabaje solo. Uno que parezca lo bastante

torcido como para ser aceptado sin reparos pero que, en realidad, no esté vinculado a la gente de Balbino. —Con uno de sus largos dedos señaló a un ratero que, durante la última media hora, había estado trabajando con paciencia entre la multitud—. Ahí va uno que conozco. Él lo hará.

Nos acercamos al discreto levantabolsas y esperamos a que tropezase con su siguiente víctima. Tan pronto lo hizo, Martino lo agarró por el hombro y, con la misma rapidez, el ladrón se desasíó e intentó echar a correr.

—¡Tíralo al suelo, Falco!

Golpeé las piernas del ladrón y lo hice caer. Martino se sentó sobre sus costillas. Devolvimos la bolsa a su legítimo propietario, el cual parpadeó sorprendido y nos miró como si temiera que lo estuviéramos involucrando en algún timo realmente complicado. Con un suspiro, Martino le hizo gestos de que se marchara.

Pusimos de pie al ladrón y le mostramos los dientes en una sonrisa.

## LVIII

—Escucha, Claudio...

—¡Me llamo Igulio!

Era un tipo canijo, casi un enano. Yo nunca habría dejado que me afanara la bolsa; no habría permitido que aquella criatura patética y repulsiva se acercara a mí lo bastante como para rozarla.

—Se llama Igulio. ¡Anótalo, Martino!

Martino sacó la tableta y escribió el nombre. El ladrón tenía un rostro y unos cabellos grasientos. Su aliento, que expelía en breves jadeos atemorizados, nos informó que había tomado huevos cocidos en el desayuno y estofado con ajo para almorzar. El plato había sido condimentado generosamente y el olor saturaba todos los poros de su piel insalubre.

Martino y yo dimos un paso atrás, e Igulio dudó si atreverse a intentar la huida. Una mirada amenazadora bastó para que se quedara donde estaba. Martino le explicó, como lo haría un pariente cariñoso, que debería someterse a un cacheo.

Igulio llevaba una toga de lana que Martino procedió a quitarle utilizando las puntas de los dedos como si creyera que podía contagiarse la peste. Con cierta sorpresa por nuestra parte, no encontramos nada entre sus pliegues. Igulio adoptó una expresión de inocencia, pero continuamos inspeccionando el resto de su vestimenta: unas botas desvencijadas y una túnica de cuello bastante grande, firmemente ceñida con un cinturón tan apretado que casi lo cortaba en dos.

—Quítate ese cinturón —le ordené.

—¿Para qué?

—Para que pueda azotarte con él, si no obedeces deprisa.

Estaba hablando como un capitán de la Guardia. A veces, uno tiene que caer muy bajo para conseguir un resultado.

Con una mirada de odio, Igulio metió la barriga y soltó la hebilla. De debajo de la túnica cayeron varias bolsas con un tintineo melodioso. Una le rebotó en la rodilla y le disparó la pierna en un reflejo.

—¡Oooh! ¡Mira, Falco, llueven denarios!

—Ya nos veremos —replicó el tipejo, desafiante, mientras Martino buscaba en la túnica por si había más botín.

—No me impresionas. —La respuesta de Martino fue tranquila y medida.

Igulio, probablemente, no se dio cuenta de que estábamos en el distrito del Foro Romano, mientras que nosotros éramos vigiles del Aventino. La zona era jurisdicción de la Primera Cohorte aunque, como de costumbre, no habíamos visto a ninguno de sus miembros por ninguna parte desde hacía más de una hora. Martino se agachó a recoger el botín—. El juego ha terminado, Igulio. Ahora vas a subir al árbol: te crucificaremos.

—Yo no he hecho nada.

Martino agitó un par de bolsas ante su rostro.

—Eso tendremos que hablarlo. Falco, llevémoslo a algún rincón privado, por ahí.

—¡Oh, no! —Al oír aquello, nuestro cautivo fue presa de un pánico cerval—. ¡No voy a ninguna celda con vosotros!

Martino no se proponía, ni mucho menos, llevarlo al cuartel de la Cuarta; además de que no queríamos involucrar a Petronio en aquello, estábamos demasiado lejos. Pero la mera insinuación de que pudiéramos conducirlo allí provocó en él una reacción extrema. Alguien, en alguna de las cohortes, tenía una reputación extraordinaria.

Preso del miedo, Igulio hizo un brusco intento de escapar, pero lo agarré y le inmovilicé los brazos tras la espalda, sujetándolos con fuerza.

—Apesta y eres un ladrón, Igulio. ¡Dame una buena razón para que te trate bien!

El individuo llevaba suficiente tiempo en las calles para saber a qué me refería.

—¡Oh, por Júpiter! ¿Y bien, qué tengo que hacer?

—Colaborar. Pero te gustará —le dijimos—. ¡Vamos a darte dinero para que te acuestes con una prostituta!

Agarramos al ladrón, cada uno por un brazo, lo alzamos en volandas por encima de un pintor callejero que mendigaba en la acera con una letanía lastimera y lo obligamos a caminar a nuestro ritmo Vía Sacra adelante.

Cuando cruzábamos la Vía Nova a la sombra del Palatino, distinguí a Tibulino, el centurión de la Sexta. Ya lo habíamos visto en Ostia y había aparecido otra vez cuando inspeccionábamos el cadáver de Nonnio. Tibulino estaba demasiado al corriente de los acontecimientos como para permitir que nos viera allí. Con la cabeza, hice un gesto a Martino, quien, alerta, me entendió enseguida. De todos modos, Tibulino patrullaba el Palatino con un estilo que parecía cuadrar con su personalidad: riéndose y bromeando con gente que reconocía en la calle. No llegó a vernos.

Regresamos a El Cántaro de Aceite con nuestro nuevo conocido. Esta vez fuimos más expeditivos con la mujer. Le dimos dos alternativas: o pasaba el par de días siguiente con alguien en otra parte, o los pasaba en una celda. Una vez más, la amenaza obró milagros. La tabernera decidió que tenía una hermana a la

que deseaba visitar desde hacía mucho tiempo y salió a escape de nuestro puesto de observación.

Aleccionar a Igulio resultó fatigoso. Utilizamos el método amable y sólo lo sacudimos cuando los ojos se le nublaban.

—Ese edificio de ahí delante es El Salón de Venus.

—Eso es La Academia de Platón.

—¿Has estado ahí alguna vez?

—Claro.

Probablemente no era cierto, pero el tipo quería alardear de que conocía bien la ciudad.

—Pues bien, es posible que La Academia haya cambiado de administrador. Pero no nos interesa el burdel en sí. Tenemos un ave Fénix en Roma. Alguien a quien se supone desterrado vuelve a estar en casa. —Igulio quizás estaba enterado. Ya se había puesto pálido—. Se llama Balbino Pío y algunos de sus hombres merodean por La Academia. Quizás él también se encuentre ahí. Puede que sólo tenga reservadas habitaciones para esos hombres, pero si por casualidad visita a sus tropas, queremos saberlo. Ya ves de qué se trata, Igulio: entras ahí, te buscas un amigo al que reconozcas o haces uno nuevo si es preciso, pero hagas lo que hagas te quedas sentado en un rincón, sin llamar la atención, hasta que puedas volver a salir y darnos una fecha y una hora para un encuentro con Balbino.

—¡Oh, Falco, no me jodas! ¡Si intento lo que dices, soy hombre muerto!

—¡Eres hombre muerto si no lo haces! —replicó Martino con una sonrisa. Le encantaba interpretar al verdugo cruel.

—Vamos, Igulio, tranquilízate —intervine—. Sabemos que no eres del todo malo y por eso te brindamos esta buena oportunidad laboral. Vas a ser nuestro agente infiltrado. Y para compensarte la pérdida de ganancias de tu actividad habitual, te recompensaremos con una buena *ex gratia* al final del día.

—¿Qué tal si me das un anticipo a cuenta?

—No seas ridículo —dijo Martino—. En el Cuerpo de Vigiles tenemos que llevar la contabilidad en orden.

Igulio hizo un último intento desesperado por librarse de la misión:

—Ese lugar está lleno de hombres duros. Seguro que descubren enseguida que no soy uno de los suyos.

—Según dices, ya has estado allí otras veces. Tendrás que hacer lo posible por pasar inadvertido —declaré, insensible—. Eres perfectamente capaz. Alguien como tú, que consigue acercarse a un hombre y despojarlo de la bolsa a pesar de tener un aliento que se nota a veinte pasos, seguro que puede colarse en un cubil de malhechores, la mayoría de ellos bastante estúpidos.

Le dimos lo que costaba una prostituta para ponerlo en acción un poco más convencido e Igulio se encaminó hacia el burdel.

Enseguida obtuvimos resultados. Igulio regresó al cabo de un par de horas; lo vimos cruzar la calle con la agilidad y la rapidez de un gato asustado. Sin duda, había hecho algún descubrimiento que le había provocado pánico. Entró corriendo en la taberna y se arrojó tras el mostrador con la cabeza entre las manos.

—¡Desgraciados! ¡No me hagáis volver ahí!

—Eso dependerá —replicó Martino con desdén—. ¿Qué nos traes?

—Tengo lo que queríais... ¡y no volveré a por más!

Le ofrecí un trago para calmar su histeria y engulló el vino, que yo sabía peleón, como si saliera de pasar una semana en mitad de una tormenta de arena. Fue muy sencillo hacerle cambiar de tema.

—Domínate. Ya estás a salvo. ¿Qué tal la chica?

—Muy bien...

Martino y yo nos apoyamos en el mostrador y lo observamos. Agachado a nuestros pies, Igulio consiguió recuperar el aliento.

—¡Creo que el tipo está ahí! ¡Estoy seguro!

—Supongo que no estará visible... —apuntó Martino.

—No, no lo he visto. Es decir, no he visto a nadie con aspecto de pez gordo.

—¿Aspecto de pez gordo? Pero de gordo no tiene nada —mascullé—. Balbino es una pulga.

Igulio continuó su relato. Lo hizo deprisa, como si quisiera acabar con aquello lo antes posible:

—El local está animadísimo. Nunca he visto un burdel con tanto bullicio. He visto media docena de caras... de caras serias, ¿sabéis a qué me refiero? Hay una sala grande...

Se estremeció, incapaz de continuar. Al parecer, se refería a la estancia enorme que Petro y yo habíamos entrevisto por un instante. En esa ocasión estaba llena de tipejos insignificantes pero, cuando presioné al tembloroso Igulio para que nos diera más detalles, la describió como un auténtico nido de ladrones en el que se apiñaban abiertamente los maleantes.

Me volví hacia Martino.

—Ahí ha cambiado algo. Da la impresión de que Balbino se ha adueñado del local. Igulio, ¿has oído algo de Lalage? —Movié la cabeza en un gesto de negativa—. Bien, si has estado ahí otras veces, como dices, ¿has advertido si el negocio del burdel funciona como de costumbre?

Esta vez, Igulio asintió.

Mientras yo reflexionaba, Martino intentó sacarle más datos de utilidad a nuestro espía, aunque sin mucho éxito. Tomé asiento en silencio. Desde luego, no podíamos enviarlo de nuevo a La Academia esa tarde si no queríamos despertar las sospechas de la muchacha de la puerta. Martino decidió que podíamos despedir a Igulio.

—Entonces, quiero mi dinero.

Martino me miró, ceñudo, y comprendí que el vigil no tenía autoridad para pagar la recompensa que habíamos prometido y que era demasiado honrado como para devolver al ladrón las bolsas que había robado en el Foro (que es lo que yo habría hecho, dado que estábamos en una crisis). En lugar de ello, Martino se vio obligado a sacar la plancha posterior de la tablilla de anotaciones y escribir un vale.

—Lleva esto al cuartel... ¡mañana! —indicó con aire adusto. Así tendría cierto margen hasta que Petronio se enterara.

El ladrón agarró la nota y puso pies en polvorosa.

Continué mis reflexiones. Al parecer, Lalage me había engañado, lo cual no era ninguna sorpresa. Pero no creía que estuviese dirigiendo el imperio del crimen desde La Academia. Lalage no era tan estúpida como para hacer tal cosa abiertamente.

El burdel seguía trabajando para los mismos de siempre. Después de tantas declaraciones de Lalage respecto a que iba a defender su independencia, costaba de aceptar que la mujer hubiera cedido y permitiera a Balbino Pío adueñarse de su local. Que él pudiera ocultarse allí parecía increíble.

Seguro que Lalage no lo aceptaría. O bien Balbino había prescindido de ella —en cuyo caso no era probable que el burdel funcionara tan bien como de costumbre—, o Lalage tenía alguna maniobra en marcha. Esto último sería un mal presagio para Balbino, pero podía resultarnos muy conveniente.

Cuando Martino y yo continuamos la vigilancia, nos dejamos de charlas... y de juegos de damas. Para mí, fue perfecto. También puso fin a sus pomposas declaraciones de que unos hombres que jugaban bien a las damas eran capaces de utilizar su inteligencia contra unos delincuentes de altos vuelos. Para eliminar de Roma a Balbino se requería una estocada rápida de un arma afilada y no una estrategia cerebral.

El día se había hecho largo y calculé que todavía nos esperaban unas grandes maniobras nocturnas. Encontramos unos mendrugos de pan duro para hincar el diente y tomamos un trago. La indigestión nos sobrevino, cruel.

Al caer la tarde, empezamos a notarnos tensos. Se preparaba algo. Numerosos hombres, a solas o en parejas o tríos, se encaminaban al burdel. Fueron apareciendo en la calle, silenciosos como murciélagos, y cruzaron el umbral de La Academia como si se dirigieran a una fiesta del club culinario de su lugar de trabajo. Si era así, vestían con mucha menos elegancia de lo habitual cuando se salía de juerga en grupo. Asimismo, se les pedía que pagaran un precio de admisión muy alto.

—O me he vuelto tonto, o eso es género robado... —Martino había reconocido el fardo que uno de los hombres llevaba al hombro. Era una colcha de cama anudada por las puntas, de cuyo interior salía el tintineo encantador de

las piezas de plata procedentes de un robo.

Los dos sabíamos qué estábamos presenciando. Había tratado el asunto con Martino cuando intentaba conseguir su colaboración y ahora, cuando empezaba a oscurecer, se demostraba que tenía razón. Los estorninos estaban congregándose. Los turnos de día cerraban la jornada y los responsables acudían a dar cuenta de los resultados. Preparaban la caja y acudían allí con las ganancias desde todos los rincones del Aventino, del Foro y de la ribera del Tiber. Descuideros y sirleros, timadores y trileros, asesinos estranguladores, sucias chicas de la calle con matones por chulos, ladrones que atracaban a borrachos y a niños, bandas que asaltaban las literas de las damas y que molían a palos a los esclavos. Lo que toda esta gente llevaba al local era, en su mayor parte, dinero en metálico. El botín vendible se llevaría a tiendas de peristas o a fundiciones de metales. Tuve que acudir a una tienda de artículos de escritorio para comprar más tablillas de cera, pues Martino se había quedado sin espacio para apuntar a todos los delinquentes que conocía. Había muchos otros a quienes no podíamos identificar; al menos, de momento. La mayoría volvió a marcharse poco después de llegar, visiblemente aliviados de su carga.

Teníamos que decidir qué hacíamos.

—Balbino podría tener un contable instalado en el burdel. Un socio que llevara los números y pagara a los trabajadores.

—¿Qué harías tú, Martino, si tu contable de más confianza fuera Nonnio Albio y te traicionara?

—En adelante, me ocuparía de las cuentas personalmente.

—Bien, supongo que eso es lo que hace. Si es así, en este momento Balbino estará ahí dentro.

—Seguro que está, Falco. En este preciso momento, está ahí. Pero yo, en su lugar, me trasladaría enseguida.

—¿Me estás diciendo que vayamos a por él antes de que se escabulla?

—¿No estás de acuerdo?

Por supuesto que sí, pero quería entrar en el local con una buena fuerza de escolta. En especial, deseaba tener a Petronio a nuestro lado. En parte era vieja lealtad, pero había algo más: si tenía que entrar en el burdel con la certeza de que estaba lleno de hombres malvados y con la esperanza de encontrar a los peores elementos sentados pacíficamente con un vaso de vino en la mano y un ábaco sobre la mesa, quería que me cubriera la espalda alguien en quien pudiera confiar.

—Entonces, ¿decidido? —preguntó Martino, impaciente. Por el tono de su voz era evidente que, si mi respuesta era negativa, no querría seguir trabajando conmigo y, aunque podía pasarme sin sus partidas de damas, temblé al pensar en el caos que podía desatarse si el vigil empezaba a trabajar por su cuenta.

—Decidido, si Rubela nos ofrece cobertura y apoyo.

Ni siquiera Martino, pese al gran concepto que tenía de sus propias facultades, consideró posible que nosotros dos solos asaltáramos La Academia. Por lo tanto, se marchó a consultar a su tribuno. Yo tuve que quedarme a montar guardia; las cosas se sucedían con tal rapidez que ya no nos atrevimos a ir los dos, por si nos perdíamos algo importante.

Tomé asiento y, en una tablilla, tracé un plano del burdel basándome en lo que recordaba de mis dos visitas. Algo que sabía con certeza era que se trataba de un local muy espacioso. Tenía al menos tres plantas, cada una con numerosos pasillos. Probablemente, había empezado como un único edificio y había ocupado los contiguos conforme el éxito de la empresa permitía su expansión. Aunque había una puerta principal, Martino y yo habíamos observado que algunos de los maleantes llamaban y se les franqueaba el paso por otro hueco de la pared de aspecto más inocente. Así pues, había una entrada reservada para delincuentes. En la otra dirección había una portezuela parecida, mucho menos utilizada. De vez en cuando, alguna mujer entraba o salía por ella. En una ocasión asomó una con dos niños pequeños. Debía de ser la salida privada de las prostitutas, no muchas de las cuales tenían libertad de movimientos. Me pregunté en qué lugar las colocaría eso en un enfrentamiento con la ley.

A veces, las prostitutas recibían sus propias visitas. Todas eran mujeres y se me ocurrieron algunas buenas razones para tan intrigantes encuentros sociales. Algunas de estas mujeres eran, en mi imaginación, animadoras especiales que vivían en otra parte pero eran contratadas por el local. Otras despertaban en mí esas fantasías que se cuentan los adolescentes acerca de mujeres de clase alta que trabajan en burdeles para clientes especiales dispuestos a pagar una fortuna. Por fin, otras de mis teorías eran puras necedades.

Entonces, se presentaron dos mujeres cuyo comportamiento me convenció de que, al menos, sabía qué sucedía en ocasiones detrás de aquella puerta privada.

Llegaron en una litera, que las esperó en la esquina. Descendieron despacio, entre furtivas miradas a un extremo y otro de la calle. Llevaban faldas largas y tupidas y la cabeza oculta bajo unas capas muy gruesas. Tras un breve instante de vacilación, se decidieron y se encaminaron codo con codo hacia la puerta misteriosa. Unas sandalias de buenos tacones cruzaron la calzada. Una de las mujeres llamó a la puerta con tal fuerza que oí los golpes de sus nudillos desde mi posición. Pronto se produjo un diálogo breve y furtivo con una interna y las dos visitantes pasaron adentro.

Naturalmente, supe enseguida qué estaba presenciando. Una chica con dinero había tenido problemas con un amante. Acompañada de una amiga para que le diera apoyo, había acudido al burdel para poner término al problema con la ayuda de la abortera. Era muy probable que El Salón de Venus tuviera una.

En otras circunstancias, no le habría dado más importancia al tema. Las

mujeres desesperadas tienen derecho a poner en riesgo su vida si eso les parece menos terrible que la alternativa.

Lo que me dolió fue que, a pesar de sus cautelas, reconocí a las dos mujeres. Una era baja y rechoncha, de andar firme y seguro; la otra era más alta y avanzaba muy erguida. La primera era mi hermana, Maya. Y la otra era Helena.

## LIX

Estuvieron dentro mucho rato. Tuve el impulso de entrar a buscarlas, pero me dominé y me quedé en mi puesto, entre lóbregas reflexiones.

Cuando salieron, lo hicieron apresuradamente. Tras ellas, la discreta entrada se cerró de un portazo. Maya y Helena se alejaron unos pasos e iniciaron una acalorada discusión. Abandoné mi escondite y fui a su encuentro.

—¡Oh, dioses, no me digas que ahora te dedicas a rondar burdeles! — exclamó mi hermana con voz chillona.

—¡Ah, estás aquí! —se limitó a murmurar Helena, como si le aliviara verme. Su tono de voz era urgente, tenso, pero no encajaba con la situación que yo había estado imaginando.

La observé mientras se envolvía en la capa, ciñéndola alrededor de su cuerpo. La mujer que yo había amado... No: la que seguía queriendo. Y, con ella, la única de mis hermanas cuya presencia toleraba.

—Estoy de vigilancia.

Helena frunció los labios ligeramente. Me di cuenta de que apenas la veía desde hacía un par de días. Por la mañana, me había marchado antes de que ella despertara. La túnica sucia en el respaldo de la puerta era la única indicación que habría tenido Helena de que la noche anterior había dormido en casa.

—Helena, lo que estoy haciendo es importante, y lo sabes...

—¡No, no lo sé! —Acompañó su respuesta de una enérgica pisada—. Llevo sin verte desde anteaayer. Tenía que hablarte de una cosa...

—Eso ya lo veo. —Allí había algún malentendido. Helena también se dio cuenta. Nos miramos con cierto encono. Mi rostro parecía haberse vuelto de madera. En el suyo se apreciaba inquietud e irritación—. ¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Estábamos muy asustadas, pero ahora y a me siento mejor.

—¿Seguro que no te han hecho daño?

—No se trata de eso... —dijo Helena.

Fue Maya la primera en entender a qué me refería. Cáustica y ágil de mente, había observado mis puños cerrados y había sabido interpretar mi gesto. Echó hacia atrás la capucha en un gesto brusco y sus rizos oscuros quedaron a la vista. En sus ojos había un destello de cólera.

—¡Por Juno Matrona! ¡Helena Justina, este cerdo inexcusable cree que

acaban de hacerte un legrado!

—¡Muy bien, Maya! ¡Muchas gracias! —De pronto, todo había tomado un cariz muy desagradable—. ¡Siempre oportuna con tus frases punzantes y elocuentes!

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar eso, hermano?

—Por algo que me dijo Fania. —Me sentía enfermo.

—¡Lo mataré! —rugió Maya entre dientes—. ¡Y luego te mataré a ti por hacerle caso! —Helena aún no había salido de su desconcierto cuando mi hermana ya se daba media vuelta y anunciaba, sin volver la cabeza—: Yo acompañaré a Gala. Te dejo la litera. Dale una buena patada a mi hermano y luego, Helena, por lo que más quieras, ¡cuéntaselo!

Cerré los ojos mientras el mundo se tambaleaba.

—Hemos incautado un lugar desde el cual observar lo que sucede. ¿Quieres que vayamos allí?

—¿Pretendes disculparte?

Helena empezaba a considerar que tenía derecho a sentirse insultada. Advertí en sus inmensos ojos pardos un leve brillo que significaba que estaba disfrutando de su posición de poder. Borrosa, en los confines de mi campo visual, advertí que Maya sacaba de la litera por la fuerza a mi otra hermana, Gala, y se la llevaba con ella, a pie.

—¡Por el Hades! ¿Qué hacía Gala aquí, contigo? —prorrumpí. Después, añadí débilmente—: Me has dado un susto de muerte. Ya no estoy para según qué trotes.

Helena me miró fijamente. Parecía cansada y desalentada. Probablemente, yo había contribuido a ello. Dispuesto a probar cualquier artimaña, bajé la cabeza.

—Te quiero, Helena —murmuré.

—¡Entonces, confía en mí! —replicó ella. Después, suavizó el tono y me ofreció la mejilla para un beso formal de saludo; dócil, procedí a dárselo. Cuando aparté mi rostro vi que el suyo cambiaba y se arrugaba ligeramente, como si todo aquello se hubiera hecho demasiado para ella—. ¡Oh, no hagas más el tonto y abrázame! —exclamó.

Una tregua.

—En realidad —dijo, una vez la hube estrechado entre mis brazos con todas mis fuerzas y la hube conducido al interior de El Cántaro de Aceite—, lo que intentaba ahí dentro era todo lo contrario: trataba de salvar a un niño. Es decir, a una niña. Tu sobrina, Tértula. —Encajé la reprimenda como un hombre, ocultando mi sobresalto—. Los que la tienen enviaron otro mensaje, ayer...

—¿Ayer?

—Quería hablar de ello contigo, Marco, pero no me diste ocasión. —Molesto conmigo mismo y temeroso de las novedades, procedí a excusarme de nuevo

con ella, por gestos. Incluso yo me estaba cansando de ser tan despreciable. Helena refunfuñó y, por último, añadió—: Decidí que debía hacer algo, por el bien de la niña.

—Observa con qué calma encajo lo que me cuentas, Helena.

—Está bien, queda constatada tu personalidad comprensiva —asintió ella, aunque no se le escapó que yo estaba rebosante de inquietud.

—De modo que, en lugar de alertar a los vigiles, tomaste a dos mujeres por guardaespaldas y viniste a rescatarla tú misma, ¿no es eso?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Si conocías la dirección desde la que operan los secuestradores, Petro podría haber organizado una redada.

—Habrían ocultado a la niña y habrían asegurado que no sabían nada. Yo no soy uno de esos magistrados timoratos. Además, pensaba denunciarlos tan pronto hubiera recuperado a Tértula.

—De modo que les has dado el dinero y, naturalmente, esos tipos se han quedado la prenda, ¿no? —No había el menor rastro de mi sobrina.

—Nada de eso —replicó Helena con un gesto despectivo—. No les he dado el dinero. Me han asegurado que Tértula no está ahí.

—Mienten. Se han dado cuenta de que eras una cliente difícil que los llevaría ante el juez.

—No es eso. Los tipos querían el dinero. Estaban muy irritados. Me han dicho que Tértula debía de haberse escapado y que no la encontraban por ninguna parte. Creo que decían la verdad; incluso nos han dejado buscarla...

—¿Por el burdel!? —exclamé, horrorizado.

Los dos permanecemos callados durante un rato. La principal cualidad de Helena había sido siempre su presencia de ánimo, pero me di cuenta de lo que debía de haber pasado. Y, dado que había salido intacta de la aventura, no tenía objeto reprenderla.

—Sólo los hados saben dónde ha ido a parar Tértula... ¿Estás enfadado, Marco?

—No... pero, por todos los dioses, ¡ahora soy yo quien necesita que lo abracen!

Las horas iban pasando. En las calles de la ciudad creció el bullicio conforme se iniciaba la actividad vespertina. Los hombres habían pasado por los baños y en gran número, elegantes o cursis, salían de sus casas y de sus lugares de trabajo. La calleja en la que estábamos iba quedando a oscuras; en aquel barrio, nunca había muchas lámparas encendidas.

Pronto tendría que enviar a Helena a casa. Una vez hechas las paces, estaba disfrutando de nuestro breve interludio juntos. La necesitaba. Estar a solas con Helena me refrescó. Incluso en una situación tensa como aquella podía abrimme, ser sincero, dejar a un lado la cautela que siempre debía mantener con cualquier

otro. Mientras estaba con Martino, tenía que disimular mis intenciones y habérmelas con su ambición. Con Helena, no tardé en sentirme inspirado otra vez.

—Supongo —aventuré, pensativo— que no verías a un tipo casi calvo de ojos nebulosos, con aspecto de vendedor de bordados a punto de caer desmayado...

—He intentado evitar a los hombres. —Seguro que muchos de ellos la habían mirado.

—¡Vaya! Una chica que no sigue las normas de urbanidad de un burdel...

—¿Quieres que vuelva a entrar e intente localizar a ese hombre? —fue su réplica, siempre dispuesta a la aventura. La mera idea me hizo sudar de inquietud.

Por fortuna, en aquel instante mis tripas dejaron escapar un rugido enorme. Tuve que confesar lo poco que había comido en todo el día y Helena Justina decidió que, por mucho que vigilar el burdel por si aparecía Balbino fuera un servicio al Estado, en aquel momento tomaban prioridad sus responsabilidades domésticas. De inmediato, se marchó a buscarle algo de comer.

Mientras daba cuenta de la cena, Helena se ocupó de añadir detalles al plano que había trazado. Martino regresó cuando aún no había terminado con las abundantes provisiones, pero continué masticando sin recato. Martino había tardado tanto en regresar que me daba en la nariz que el vigil no se había recatado de darse una opípara cena antes de acudir ante Rubela.

—Y bien, ¿qué piensa hacer por nosotros el tribuno?

—Malas noticias, Falco. Lo único que le importa a Rubela es que esta calle está en la jurisdicción de la Sexta.

—¿Y quiere que acudan ellos? ¡Eso es absurdo! No me fio de esa cohorte.

—Bueno, Rubela se propone tratar las cosas con el prefecto antes de autorizar un asalto.

—Rubela es imbécil.

—Piensa ir a verlo mañana.

—Aceptaría que lo hiciera... si fuera esta noche.

—¿Qué hay de Petronio? —preguntó Helena, que seguía sentada a mi lado, muy quieta.

—¿Oh, no os habéis enterado? —Martino lo dijo en un tono muy animado; por lo tanto, debían de ser malas noticias—. Está de baja. Anoche hubo un ataque al cuartel de las patrullas. Todos los bomberos habían salido por una alarma que resultó falsa, pero el jefe estaba allí, trabajando. Alguien embistió el puesto con el viejo método del «carro sin control»: un carromato lleno de grandes piedras y escombros. El impacto derribó la mitad de la entrada pero la parte trasera del edificio se mantuvo en pie y Petronio escapó ileso. Rubela cree que fue un atentado directo contra Petronio; sospecha que Balbino está detrás del atentado, de modo que ha declarado enfermo al jefe y lo ha enviado al campo.

—Petro no lo aceptará con facilidad.

—Tienes razón: presentó la dimisión.

—¡Oh, por Júpiter! —Para ser un hombre tranquilo, la testarudez podía llevar a mi amigo a cometer auténticas tonterías.

Martino sonrió y continuó su explicación:

—Rubela rompió la tablilla en dos y se la devolvió. —Así pues, el tribuno no era tan estúpido... De todos modos, aquello significaba que deberíamos asaltar La Academia sin nuestro mejor hombre—. Por cierto..., ahí, en el Aventino, he tenido ocasión de hablar con algunos compañeros de la cohorte... —apuntó Martino.

—¿A qué te refieres?

—Puede que más tarde venga Sergio, con cuatro o cinco muchachos más.

—¿Cuatro o cinco? ¡Ni hablar! —respondí al momento—. No podemos entrar ahí sin un despliegue de fuerzas de intimidación. Diles que no se molesten.

—Díselo tú mismo —replicó Martino, malhumorado.

Acto seguido, alguien llamó a la puerta y me encontré ante Sergio, el hombre del látigo. Observé a aquel individuo absurdamente atractivo, de cabeza larga y bien proporcionada, nariz y mentón firmes y dentadura uniforme y deslumbrante.

Sergio miró fijamente a Helena y ella concentró su atención en contar los huesos de aceituna que habían quedado en el plato al final de la cena.

Los acontecimientos se sucedían más deprisa de lo que me hubiera gustado. Estaban fuera de control. Y, con un enemigo como Balbino, aquello podía tener resultados fatales.

Detrás de Sergio venían varios hombres de la Cuarta. Por lo menos, ahora que sabía que a Petro lo habían mandado de vacaciones a cuidar cabras, podía quitarme de la cabeza que aquellos hombres hubieran acudido allí por algún impulso de deslealtad hacia él; a quien desafiaban con su presencia era a Rubela, y eso no me pareció mal.

Lo que no podía aceptar era una acción desquiciada de ninguna clase, contraviniendo órdenes, sin la cobertura necesaria y sin haber llevado a cabo, en realidad, un reconocimiento completo. Estaba dispuesto a plantarme ante Martino sobre este tema. Aunque mi sentido común no iba a servir de mucho. Los «muchachos», como los había llamado (aunque eran tipos grandes, fuertes y feos, salvo Sergio), habían entrado en El Cántaro de Aceite como escolares que invadieran una pastelería.

Yo estaba refunfuñando e intentando despedir a Helena, de modo que fue Sergio quien oyó el ruido. Lanzó un siseo y se apresuró a apagar la lamparilla de la mesa. Escuché el sonido que él había captado. Dos pares de pies avanzaban apresuradamente, acompañados del perturbador tintineo de unas recias cadenas. Venían de la dirección del Circo, y las pisadas, de unas botas prácticas de suela

gruesa, hollaban el suelo con energía y vivacidad.

Los hombres cuyas pisadas avanzaban con tal determinación resultaron conocidos a la mayoría de nosotros. Se trataba de Tibulino y Arica, el centurión de la Sexta y su segundo; dos probos oficiales de quienes todos estábamos seguros de que aceptaban sobornos. Se dirigían a La Academia de Platón como cazadores triunfantes, cargando entre ambos su botín, en una larga pértiga apoyada en los hombros. Suspendido de la pértiga, encadenado, venía un hombre que reconocí al instante.

—¡Oh, dioses! —murmuró Martino—. Olvidé decirle que éramos de la Cuarta. El jodido ha ido a dar el soplo precisamente a la Sexta...

El hombre encadenado era Igulio. Parecía vivo..., pero apenas.

—¡Dispersaos!

Escuché mi voz sin esperarlo. No sé cómo, conseguí hacerlos salir a todos de El Cántaro de Aceite antes de que los dos hombres de la Sexta salieran de nuevo a buscarnos. Conseguimos escabullimos tras una esquina justo a tiempo y oímos un alboroto cuando un grupo procedente del burdel irrumpía en el tugurio que acabábamos de abandonar. Helena había tenido la precaución de recoger la escudilla, todavía tibia, en la que había tomado la cena. Tibulino, probablemente, pensó que Martino y yo nos habíamos marchado a casa mucho antes. Al poco rato, el grupo abandonó la búsqueda y se retiró de nuevo a La Academia.

Sin embargo, todavía estábamos allí. Y, como es lógico, en la mente febril de Martino sólo hubo un pensamiento:

—Han cogido a Igulio. Si no están al corriente de nuestros planes todavía, pronto se los revelará. No tenemos tiempo. Balbino escapará en cualquier momento.

—Helena...

Helena se volvió y me estrelló en el pecho el plano que habíamos dibujado. Con voz seca, masculló:

—¡No se te ocurra disculparte otra vez! No quiero que mi último recuerdo de ti sea oyéndote decir que lo sientes. ¡No me expliques nada! —insistió, colérica—. ¡Ya me doy cuenta! Habéis perdido el factor sorpresa, no tenéis apoyo y nadie sabe si el hombre que buscáis está realmente en el burdel... ¡pero vais a entrar de todos modos!

## LX

Tomé el mando.

Mostré rápidamente el plano a los demás y les dije que entraran sin llamar la atención y se dispersaran por el edificio.

—Olvidaos de los ladrones. Olvidaos de los tipos duros. Olvidaos de Tibulino y Arica, incluso. No digáis nada ni golpeéis a nadie, a menos que sea imprescindible. Salvad a Igulio si podéis, pero lo importante es que continuéis adentrándoos hacia el piso de arriba, hacia la zona trasera y hacia las habitaciones más recónditas del burdel, hasta que encontremos a Balbino Pío.

—Y entonces, ¿qué?

—Entonces, gritad a pleno pulmón para que acudamos los demás.

Me gustan los planes sencillos. Al menos, si éste salía mal, la lista de bajas no sería muy cuantiosa. Sólo éramos siete en el grupo.

Nos colamos de uno en uno o por parejas. Pagamos la entrada y guiamos un ojo a la muchacha de la puerta.

—Soy Itia —nos dijo— y estoy aquí para ocuparme de que os divirtáis...

—Gracias, Itia.

—¿Esperáis encontraros con algunos amigos más en el local?

—Con algunos, sí.

—Bueno, tal vez pueda haceros un descuento...

No me equivocaba. La actividad comercial propia del burdel seguía desarrollándose como de costumbre. De todos modos, no se me ocurrió imaginar que nuestro descuento tomara la forma de ayuda.

Fui el primero en entrar. Lo hice de prisa, pero con gesto relajado. Crucé enseguida las salas de la planta baja, el guardarropa y las letrinas. Se apreciaba un bullicio más audible a masculinidad que en mis visitas anteriores. De la gran estancia donde se reunían los conspiradores llegaba una algarabía vociferante de hombres que charlaban y apuraban tragos, pero no me asomé a echar un vistazo. Nuestro hombre no estaría allí, entre la multitud.

La sala de la entrada ya estaba animada y envuelta en el humo denso de las lamparillas de aceite y de los cirios. Más adentro, el local parecía en calma. En cierto momento, algo atrajo mi atención. Irrumpí en una habitación y me encontré en mitad de una transacción comercial propia de la casa. La muchacha estaba montada a horcajadas y se me ocurrió una agudeza:

—Me alegro de ver que estás por encima de las cosas —dije y cerré de nuevo la puerta.

Llegué a una escalera y empecé a subir. Al llegar al rellano me detuve a escuchar. A mi espalda, todo parecía normal. No se oían gritos de alarma. Hasta el momento, nadie había descubierto a Martino y a los demás. Seguramente, aquello no duraría.

Seguía sin encontrar el menor rastro de Tibulino y de Arica. Abrí más puertas, pero esta vez con más cautela, y encontré habitaciones vacías y otras donde se producían contactos carnales de una clase u otra. A decir verdad, de más clases de las que había imaginado nunca, aunque no tuve tiempo para tomar nota de ellas con más detalle.

El burdel producía la impresión de estar bastante activo, aunque no en plena juerga. Nadie me detuvo ni me pidió explicaciones de mi presencia en los pasillos. Balbino, sin duda, había de tener guardaespaldas; el Molinero, por ejemplo. En algún momento tendría que habérmelas con ellos, pero aún no había visto a ninguno.

Cuanto más rato pasaba allí dentro, más urgente se hacía la sensación de que debía escapar lo antes posible. Me había internado tanto en el local que, si algo salía mal, abrirme paso hasta la salida resultaría casi imposible. No era la primera vez que me colaba en una ciudadela hostil para espiar, pero en todas las otras ocasiones contaba en mi favor con la posibilidad de disimular mi identidad. En La Academia, en cambio, era demasiado conocido. Helena tenía razón cuando había dicho que, probablemente, nos encaminábamos a una trampa. Empecé a tener la certeza de que alguien me estaba esperando, seguro de que me presentaría, y se me puso la piel de gallina al pensarlo.

En el aire se apreciaba un leve olor a incienso y creí reconocer dónde me hallaba. Fui a parar a un pasillo más ancho, cuyas puertas daban paso a estancias más amplias, según recordé, aunque esta vez no consideré necesario investigarlas. Escuché una música y distinguí luces y risas. Apreté el paso. En el último momento, me falló la memoria y fui a irrumpir en la gran estancia con la pista de espectáculos hundida donde Petro y yo habíamos supuesto que se llevaban a cabo las orgías. En aquel instante no sucedía nada en la estancia, pero me detuve en seco con la rotunda certeza de que acababa de tener lugar —o estaba a punto de iniciarse— algún número groseramente pornográfico. Entre el chisporroteo de los braseros, en los que ardía algún combustible exótico, la atmósfera de la estancia me atenazó la garganta y me transmitió el mensaje ineludible de que nadie que entrara en aquella sala se las daría de demasiado remilgado como para participar.

En torno a toda la grada superior se sucedían los candelabros. Guirnaldas de rosas y de otras flores perfumadas adornaban todas las superficies. Una pequeña orquesta tocaba ociosamente: timbales, flautas de pan, panderetas y una flauta

curvada. Los músicos mostraban afables expresiones amistosas y vestían vaporosas túnicas cortas con un hombro al aire de una gasa transparente. Se me acercó un hombre sonriente ataviado como un sátiro, con toda la parafernalia de pantalones de pelo de carnero y pezuñas de cabra y partes íntimas al aire, perfectamente visibles. A pesar de su prominente atributo masculino y el perturbador contraste con ello, el rostro del individuo, con su maquillaje y su frágil sonrisa, era el de un afeminado. Me dedicó un lánguido gesto de bienvenida. En el centro de la pista, cuatro muchachitas deliciosas, ninguna de ellas mayor de quince, efectuaban ejercicios de estiramiento para calentar los músculos con una elegancia melancólica que revelaba de modo demasiado obvio a qué género de espectáculo se dedicaban. Las muchachas iban desnudas y ya antes de empezar su actuación.

En las gradas esperaban los hombres. Algunos saboreaban un sorbo de vino; otros acosaban a las sirvientas o se limpiaban los dientes con palillos.

Enfrente de mí quedaba la entrada que conducía a los aposentos de Lalage. No lejos de ella había otra puerta. A cada lado de ésta había dos grandes antorchas, encajadas en sendas vasijas altas hasta la cintura, que al arder despedían un aroma fragante a algo parecido a madera de manzano. Delante de la puerta había una alfombra a franjas irregulares que recordaba la piel de algún carnívoro muerto. A un lado de ella, un tipo muy musculoso estaba de charla con un mozalbete que sostenía un aguamanil de bronce.

Empezó a sonar la música y los espectadores se movieron en un leve estremecimiento colectivo de expectación lujuriosa. Mis ojos se volvieron hacia la pista de forma automática. Era momento de marcharme o dejarme seducir y ya había tomado una decisión.

Deambulé por detrás de la grada superior como si buscara un sitio para sentarme. Cuando llegué a la puerta de las antorchas, apenas podía apartar la mirada de las pausadas y complejas poses que dibujaban los cuerpos relucientes del cuarteto de jóvenes bailarinas. Observé a mi alrededor los rostros acalorados de unos hombres que aparentaban timidez cuando, por dentro, esperaban con fervor que llegara el momento en que una de las componentes del número acrobático pediría la participación de un voluntario de entre el público.

Desde luego, aquello era mejor que ver a un egipcio canoso con camisión largo en plena representación de « ¿Dónde está mi serpiente? ».

Contemplé el espectáculo con la misma avidez que los demás, pese a mi esperanza de sentirme turbado por la procacidad de las contorsiones. Aún seguía admirando a las muchachas cuando posé la mano en el tirador de la puerta, una cabeza de carnero de bronce, y me colé rápidamente por el hueco.

Tan pronto hube pasado, cerré de nuevo. La puerta, sólida y adornada, amortiguó la música al instante. El sitio en el que había entrado estaba negro como la brea. A corta distancia de mí, escuché un ruido de algo que se

arrastraba, al que se sumó en un momento dado cierto tintineo metálico. Me pregunté si se trataría de Igulio.

Entreabrí la puerta otra vez y alargué la mano para coger una de las antorchas gemelas. El resquicio de luz procedente de la sala contigua me alertó de un movimiento. Me volví con la antorcha en la mano y la arrojé hacia la derecha; en aquel mismo instante, por la izquierda, una recia cadena como una pesada serpiente, arrojada por un experto, me rodeó y me estrechó entre sus anillos. La antorcha se había estrellado en un suelo de mosaicos y, a su luz, Tibulino hizo volar otra cadena a través de la estancia para que Arica le ayudara a reducirme.

Aproveché mi única oportunidad. Tenía los brazos inmovilizados y los eslabones se me clavaban en el cuerpo, pero me eché hacia atrás de un salto y di un enérgico tirón de la segunda cadena; Arica, que ya la tenía agarrada, perdió el equilibrio. Caí al suelo y los eslabones metálicos me magullaron el espinazo y me laceraron los brazos. Arica cayó hacia mí. Yo tenía ya ambos pies levantados y preparados y lo golpeé con ellos con todas mis fuerzas.

No fue suficiente. El hombre soltó un alarido, pero se mantuvo en pie, tambaleándose. El muy desgraciado debía tener unas costillas de hierro. Por lo que a mí respectaba, me hallaba tumbado de espaldas, enredado en un ovillo de eslabones que Tibulino apretaba con aire burlón. Arica quiso resarcirse del mal momento que acababa de hacerle pasar y trató de pisarme la cara. Conseguí apartarme a tiempo, pero su recia bota llegó a rozarme el cuero cabelludo a lo largo de un oído y me arrancó cabellos y piel. Los dos hombres me arrastraron por el suelo y me dejaron caer sobre la antorcha, aunque el intento de prenderme en llamas no prosperó. Las cadenas que me echaron encima habrían bastado para someter a un elefante enloquecido. Mientras pugnaba por resistirme, aproveché para gritar un par de nombres con la esperanza de conseguir ayuda, aunque debería haber sabido que era inútil. Mi nombre, Didio Falco, debe de ser el último en la lista de aquellos a quienes los dioses del Olimpo conceden la gracia de su auxilio.

Finalmente, los dos hombres debieron de hartarse de mi peso muerto. Perdí la cuenta de las patadas que había recibido. Cuando tuvieron suficiente, me ataron a un pilar con los cabos sueltos de la fría sogá de eslabones de hierro. Tibulino sacó su vara de sarmiento de centurión y se entretuvo en describirme, en términos muy explícitos, lo que se proponía hacer con ella. Fingí ser un perverso y estar impaciente por verlo cumplir su palabra. Si se acercaba lo suficiente, al menos podría escupirle.

De nuevo, no hubo suerte. El centurión y su secuaz sabían que había más gente conmigo. Me prometieron una orgía de torturas para más tarde y se marcharon con cierta urgencia. Poco después, la antorcha caída emitió los últimos chisporroteos y se apagó definitivamente.

Mi situación era desesperada, pero aún había de empeorar. No sabía decir cuánto tiempo permanecí atado en la oscuridad, con los brazos entumecidos e insensibles. Me pareció que pasaba una hora. Helena Justina ya habría tenido tiempo de volver al Aventino y emprender la acción que considerase adecuada. La persona que enviara tendría que empezar a buscarme y Tibulino tendría que localizarla y reducirla. Cuando la puerta se abrió de nuevo, había tenido tiempo de escuchar a los músicos de la sala contigua en un frenesí rítmico que, sin duda, era seguido por las muchachas y por sus clientes. Asimismo, cuando el estruendo hubo cesado, había desperdiciado considerables esfuerzos en intentar llamar la atención de la exhausta compañía. Fuera cuales fuesen sus perversos gustos, no mostraban el menor interés en un hombre atado con grilletes.

Entonces, la puerta se abrió. Tibulino no se molestó en iluminar la estancia. Arrojó a su cautivo al suelo de cabeza, le administró un buen puntapié, lo encadenó, pronunció su inspiradora oración de costumbre y volvió a marcharse.

—Un tipo rudo —comenté en la oscuridad y a familiar del lugar—. Aunque lo previsible de su discurso resulta reconfortante.

Mi nuevo compañero emitió un gemido. Quizás era de dolor por las patadas recibidas. O quizás era de felicidad por poder compartir su cautiverio conmigo.

Al cabo de unos minutos, se recuperó lo suficiente para prorrumpir en comentarios burlones.

—¡Es la última vez! —exclamó con voz ronca. Se obligó a hacer una pausa y luego insistió—: ¡Es la última vez, Falco! —Apoyé la cabeza contra el pilar que tenía a mi espalda y exhalé un sentido suspiro—. ¡La próxima vez que estés en peligro de muerte, me quedaré en casa acariciando el gato!

—Gracias —respondí, introduciendo una leve nota de humildad que sabía que lo pondría furioso—. Me conmueve observar que has venido a ayudarme..., aunque no me sirves de mucho si también te dejas atrapar. Pero gracias de todos modos, Lucio Petronio, mi leal amigo.

## LXI

Pasó el tiempo.

Noté que a mis brazos les sucedía algo peligroso y se lo mencioné a Petro. Él no estaba amarrado con tanta fuerza, probablemente porque le habían puesto las cadenas después de haberlo derribado, golpeado y dejado fuera de combate con el impacto de algún jarrón ornamental en pleno cráneo. Gracias a ello, Petro no había tenido ocasión de realizar las furiosas contorsiones que había hecho yo y que sólo habían servido para que apretaran aún más las ataduras. Expresó su preocupación más sentida ante mi apurada situación y añadió a ello la lógica pregunta de qué esperaba que hiciera al respecto.

El tiempo continuó pasando.

—Petro, ¿dónde están tus hombres?

—¿Qué hombres? He venido corriendo tan pronto Helena Justina ha terminado de regañarme. He venido solo.

—Maravilloso.

—De todos modos, ¿cómo quieres que pidiera refuerzos? No estoy aquí. Me han enviado al campo.

—Pero no te has ido.

—¿A ti qué te parece? No podía irme, después de saber que habías engatusado al tonto de Martino para que te ayudara en algún plan que sólo podía acabar en catástrofe.

—De todos modos, me alegro de que estés aquí —le dije con calidez.

—¡Vete al Hades! —respondió Petro, aunque en tono amistoso.

Al cabo de un rato, le comenté:

—He oído lo del atentado...

—Una estupidez.

—Balbino no es estúpido. Sabe que eres tú quien le debe preocupar.

—Tienes razón. Debería haber previsto que habría algún lío. —Petronio accedió a discutir el asunto. El riesgo que había corrido seguía dándole vueltas en la cabeza y no había nadie más con quien pudiera compartir sus reflexiones. Su esposa, Silvia, se habría vuelto loca de inquietud, y Rubela, probablemente, habría creído que la imposición del exilio temporal era suficiente demostración de apoyo y comprensión—. La falsa alarma de incendio, por supuesto, fue un montaje. Alguien sabía que anoche trabajaría hasta muy tarde.

—¿Se te ocurre quién pueda ser? —pregunté con tiento.

—Alguien del equipo. El mismo que delató a Lino, supongo. —El levisímo cambio de tono de su voz fue el reconocimiento, por fin, de que yo tenía razón al sospechar que había un traidor en la cohorte.

—¿Y sabes de quién se trata?

—Hace algún tiempo que tengo sospechas, pero todavía no he resuelto el asunto.

Hubo un silencio. Petro se abstuvo de revelarme el nombre del sospechoso. Por mí, estupendo. Yo tampoco le revelé el del mío.

—¡En fin!... —exclamé—. ¿Y por qué trabajabas todavía a esas horas? ¿Preparabas algún informe?

—No; mientras tú y Martino jugabais al escondite en ese tugurio, algunos teníamos trabajo que hacer. Bien, lo que Rubela entiende por trabajo. He estado reunido con el auditor del Templo de Saturno; y a sabes, el que trabajaba en la confiscación de las pertenencias de Balbino.

—¿Has descubierto algo de utilidad?

—No, a menos que quieras partirme de risa con la noticia de que este burdel, La Academia, está bajo arriendo y que Balbino traspasó su propiedad hace algún tiempo. El local y su negocio fue entregado como parte de la dote de su hija, de modo que su actual propietario es Florio, el remilgado.

Nos reímos a coro. Probablemente, Florio no había llegado a enterarse. No sería el primer ecuestre recto y digno cuya cartera de valores, sin que él lo supiera, rebosaba de burdeles legendarios y de garitos discretos.

Probé a moverme. No soportaba más el dolor y sólo deseaba poder zafarme de aquellas cadenas.

—Cuando has llegado, ¿has visto a Martino, a Sergio o a los demás?

—Martino intentaba llevarse a un ladronzuelo de bolsas medio muerto; un informador, supongo.

—¿Igulio?

—Si tú lo dices... A los demás no los he visto. —La voz de Petro se hizo cortante—. Pero si les queda un poco de sensatez, se habrán asegurado de apartarse de mí y ocultarse de mi vista.

Al parecer, Tibulino sólo había ajustado la puerta, pues una corriente de aire la entreabrió ligeramente. En la sala contigua habían cesado todos los ruidos, como si la noche hubiera terminado y a. Público y artistas se habían marchado a casa (o, por lo menos, se habían retirado a algún lugar más privado).

Desde la aparición de Petro, no habían traído a nadie más a hacernos compañía. Eso tal vez significaba que el resto del grupo no había encontrado nada de interés. O, quizás, que nos habían abandonado. Sería típico de Martino, comentó Petro. Yo no dije nada. Prefería andarme con cautela y no dar por supuesta la deslealtad de su ayudante.

« Andarme» no era un término demasiado adecuado, cuando apenas podía moverme. El menor intento de cambiar de postura era un tormento. Se me había hinchado la carne y tenía los brazos tan insensibles que me daba la impresión de que no podría moverlos nunca más. Intenté de varios modos acomodar mi cuerpo, pero sólo hubo una cosa que me proporcionara cierto alivio; así, aunque sólo fuera para estimular mis ánimos decaídos, emití un potente eructo.

Entonces, al otro lado de la puerta, una vocecilla femenina gimió:

—¿Tío Marco? ¿Eres tú?

Escuché el brusco jadeo de Petro. Contuve mi histeria cuanto fui capaz y conseguí articular unas palabras con el tono de voz de un pariente que trae una bolsa llena de dátiles con miel.

—¡Tértula! ¡Diosas benditas, desde ahora vas a ser mi sobrina favorita! Tértula, coge una de esas antorchas y entra con ella. Ve con cuidado y no la toques por la parte de las llamas.

—No quiero jugar a eso.

—De todos modos, entra a decirnos hola —intervino Petronio—. Si ni siquiera te hemos contado todavía de qué juego se trata...

Hubo una pausa que me puso los nervios de punta; por fin, con un chirrido, la puerta se abrió un poco más y una figurilla asustada cruzó el umbral. Llevaba un vestido que incluso su madre habría considerado impropio. Tértula estaba sucia y exhausta, pero tenía una expresión doliente que nos indicaba que estaba muerta de miedo y harta de pasarlo mal y que ahora sólo quería volver a casa. Si le prometíamos un soborno lo bastante interesante —por ejemplo, protegerla de la reacción enfurecida de su madre—, Tértula tal vez se pusiera de nuestro lado.

## LXII

Petronio Longo siempre había tenido una sonrisa especial que guardaba para ciertas situaciones, cuando sus planes de acción no requerían de mi presencia. En esta ocasión advertí que con aquella sonrisa, utilizada con sutileza mientras hablaba relajadamente en aquel tono pausado y amigable, Petronio era capaz de conseguir que una mujer se olvidara por completo de que no quería colaborar. Probablemente, era cuestión de práctica; al fin y al cabo, mi amigo era padre de tres niñas.

Fuera como fuese, Petro convenció a Tértula para que participara en el juego de desatar las cadenas que lo retenían y, a continuación, la niña y él tuvieron que aplicarse durante mucho más rato para deshacer el terrible ovillo de eslabones que me había tenido amarrado.

Cuando estuve libre, Petronio movió mis brazos arriba y abajo.

—¿Te duele?

—¡Ay! ¡Sí!

—Estúpido —dijo al oírlo—. Todavía te funcionan los nervios.

La sala de espectáculos estaba desierta. La decoración floral había sufrido una poda. Detrás de la gran escultura obscena del extraño grupo entremezclado, divisamos una ventana que conducía a un tejado, el cual daba a la calle. Tuve que aceptar que mis brazos aún no podían sostener pesos; cuando la sangre empezó a circular de nuevo, el dolor se hizo insoportable. Así pues, fue Petro quien se escabulló fuera con cuidado, quien rogó que las tejas lo sostuvieran y quien, finalmente, saltó al suelo. Tértula no necesitó que nadie la estimulara a arrojarse por la abertura si aquel hombre maravilloso se ocupaba de cogerla. Convertida de pronto en su ferviente seguidora, no tardó en salir al tejado y saltar a sus brazos. Incluso tuve que agarrarla por el vestido para retenerla hasta que Petronio estuvo preparado para recibirla.

Habíamos acordado que era momento de actuar con sensatez. Esperé a haber comprobado que Petro tomaba en brazos a mi sobrina y escapaba calle abajo. Llevaría a la niña a lugar seguro y volvería enseñada con refuerzos; esta vez, convencería al meticuloso Rubela de que no era preciso seguir respetando las sensibilidades de la Sexta Cohorte. Una vez a solas, yo también sería sensato y esperaré allí tranquilamente, sin dejarme ver. Tan pronto se hubo marchado, descarté la idea y crucé el local hasta la puerta que daba acceso a la habitación

de Lalage.

Reinaba un gran silencio. Llamé suavemente con los nudillos, por si la mujer estaba enfrascada en algún trabajo de naturaleza delicada y, a continuación, me aventuré a entrar.

La encontré de pie contra una cortina, en el otro extremo de la habitación. Según las apariencias, estaba sola. Aunque no había contestado a mi llamada a la puerta, me acogió con un gesto deliciosamente cortés de uno de sus brazos. La sala estaba impregnada de sus perfumes. Lalage llevaba el brazaletes que yo le había reparado y lucía un vestido de seda dorada deslumbrante, tan fino que cubría y, a la vez, marcaba explícitamente la espléndida feminidad que palpitaba debajo. Erguida y adornada de joyas, aquella criatura fabulosa nada tenía que ver con la muchacha que una vez había conocido. Me sentía colérico y magullado pero, una vez más, su magia poderosa empezó a someterme a su influjo.

—¡Marco Didio! ¿Por qué tengo la sensación de que debería haber esperado que te presentarías? Bienvenido a mi salón.

Me detuve y miré a mi alrededor. Era imposible que nadie se ocultara tras la cortina, la cual colgaba de un listón que permitía correrla para esconder recatadamente una alcoba. Era la primera vez que veía aquel rincón del aposento de Lalage. Tal vez era su cama privada. Incluso las prostitutas tienen que dormir y quizás una de su categoría podía permitirse el lujo de la intimidad una vez se entregaba al sueño.

La cortina, en esta ocasión, estaba recogida contra la pared con un cordón con adornos de borlas. Como digo, allí no se ocultaba nadie. Lo que no estaba claro era por qué Lalage continuaba allí plantada. Pero allí estaba, erguida como una jabalina, con una de sus finas manos asida de los pliegues bordados de la cortina. Sus dedos se hundían tan profundamente en la tela que no alcanzaba a ver si llevaba anillos en los dedos.

Crucé los brazos. Esa noche, la atmósfera estaba cargada de toda clase de amenazas. Mis ojos inspeccionaron todos los muebles, uno tras otro, hasta que quedé satisfecho. Miré bajo la cama de la alcoba y también bajo el diván en el que Lalage se sentaba normalmente. Mesas, asientos, vitrinas..., todo parecía inocente. No había ventanas. El techo era de yeso, liso, sin vigas en las que ocultarse. Busqué alguna puerta en las paredes; no había ninguna visible. Las colgaduras de encajes de color rosa eran demasiado frágiles como para ocultar a un fugitivo.

—Una inspección muy profesional —comentó Lalage con una sonrisa.

—Todos tenemos nuestras habilidades y yo sé emplear las mías.

—¿Y esta noche estás trabajando, Falco?

—Me temo que sí. —Me daba cuenta de que en aquel momento estábamos en igualdad de condiciones. Me permití una triste sonrisa, que ella acogió con una

calmosa inclinación de cabeza. Sin alzar la voz, pregunté—: ¿Dónde está?

—Aquí, no. Ha escapado.

—¿Cómo vas a explicarlo?

—¿Tengo que hacerlo? —replicó Lalage con socarronería—. Muy bien: ese hombre es tan poderoso que se ha impuesto por la fuerza y me ha arrinconado. Se ha adueñado del establecimiento y me ha dejado en el ostracismo.

No pude por menos que echarme a reír.

—¡No me lo creo!

—Muchas gracias. —Le brillaron los ojos aunque, cuando suspiró, me pareció que estaba agotada—. Tienes buenos modales, Falco. Además de un cuerpo deseable, una inteligencia atractiva y unos ojos espléndidos.

—No juegues conmigo.

—¡Oh! Todos tenemos nuestras habilidades...

—¿Dónde está? —insistí, testarudo.

—Se ha largado al lugar donde se oculta. Probablemente, va disfrazado. Tiene su refugio en el Aventino, no sé dónde con exactitud. Estaba tratando de averiguarlo para decírtelo.

—¿A mí?

—Está bien, para saberlo yo, entonces. Mi plan... Sí, Falco, tenía un plan y era fingir que estaba aterrorizada por lo que ese hombre me haría por haber testificado contra él en el juicio. Le dejé utilizar el burdel para saber dónde estaba.

—Dices que te proponías ayudarnos. ¿Por qué, entonces, no llamaste a los vigiles cuando lo viste llegar?

—¿A los vigiles? ¿Te refieres a la Sexta Cohorte, que está llena de tipos despreciables?

—Podrías haber acudido a Petronio. Es un hombre íntegro y te dijo que compraría tus informaciones, si era preciso.

—¡No estaban a la venta!

Acepté su palabra. Si Lalage decidía traicionar a alguien, sería por sus propias razones. Unas razones que, para ella, eran tan poderosas como para considerar el compromiso algo más que un mero trato comercial. Vender era lo que hacía con su propio cuerpo. Con sus enemigos haría algo diferente.

—¿Y cómo es que se frustró tu plan, Lalage?

—Sobre todo, por culpa tuya. —Lo dijo con timidez, como si lamentara acusarme—. Esta noche, Tibulino le ha contado que estabas ahí fuera, vigilando el local. Balbino me ha echado la culpa a mí.

—Pero si no tiene nada que ver contigo.

—¡Qué importa eso!

Lalage parpadeó brevemente. El gesto fue una sombra de su mirada seductora de costumbre, pero casi demasiado breve como para tomarla en

cuenta. Observé a una mujer empujada más allá de sus fuerzas normales por alguna causa. Casi parecía enferma.

—De todos modos —continuó—, Balbino se marchó enseguida. Ordené a Tibulino y a Arica que se fueran también... y aquí hemos terminado nosotros dos.

—No te preocupes por ellos. A no tardar, Tibulino, Arica y la Sexta Cohorte entera, si es preciso, serán sometidos a investigación judicial por corrupción.

—Lo creeré cuando lo vea, Falco. Será mejor que te vayas enseguida. Esos dos todavía están de servicio y supongo que pronto estarán de vuelta por aquí con toda la cohorte.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí.

Lo que me preocupaba era otra cosa. Las sujeciones de la cortina que colgaba sobre ella empezaban a ceder. Una ligera lluvia de polvo de yeso roció sus cabellos. En lugar de soltar la tela, Lalage tiró con más fuerza todavía.

—¡Oh, por Júpiter...!

Salté hacia delante con los brazos extendidos, cogí a la mujer y la estreché contra mi pecho.

El listón del que colgaba la cortina cayó al suelo. Lalage lo había arrancado de la pared por efecto de su peso al tratar de agarrarse a la tela para sostenerse. Conseguí desviar el listón con el hombro y la tela nos envolvió un momento, para desparramarse después por el suelo.

Lalage se derrumbó sobre mí y me fallaron las rodillas al recibir su peso. Ella reprimió un grito y por fin la sostuve con más firmeza, asiéndola por las axilas y resoplando. Contuve un grito: Lalage tenía una daga clavada en la espalda casi hasta la empuñadura. Desde tan cerca vi la sangre por todas partes: empapando su vestido, formando un charco en el suelo, manchando la cortina que se amontonaba ahora en torno a sus pies.

Aún seguía viva, sólo los dioses sabían cómo.

—¡Ah, Falco..., lamento todo esto! Ha sido Balbino, claro, por si no te atreves a preguntarlo. ¿Cómo querrás que nos pongamos?

—Desde luego, tú no puedes ponerte boca arriba. Pero la experta en posturas eres tú. ¿Qué sugieres?

—Tendré que montar encima.

—Te tomas esto a broma.

—Siempre he sido una chica animosa.

—Bueno, me doy cuenta de que algunos de tus mejores clientes pagarían mucho por esto...

Hiné una rodilla en el suelo y, sosteniéndola en mis brazos, conseguí bajarla con cuidado. En aquella posición, sólo podía hacer una cosa: tuve que tenderme en el suelo cuan largo era, apoyado en un hombro y sosteniendo a Lalage

encima de mí, en mis brazos. De este modo, evité que apoyara su peso sobre la daga. La mujer apoyó la cabeza en mi clavícula con la sonrisa satisfecha de un bebé dormido.

—¡Ah, qué agradable!

—Iré a buscar ayuda.

—No; quédate conmigo Falco.

—No estoy haciendo nada por ti. Es ridículo.

—Ten un poco de paciencia. Pronto habrá acabado todo. ¡Todos los hombres sois iguales!

—Hoy estoy agotado. No me coges en mi mejor momento...

Lalage sonrió. Por alguna oscura y horrible razón, yo también esboqué una sonrisa.

—Hazme preguntas, Falco. Aprovecha la oportunidad.

Tenia razón. Lo que debía hacer era recoger sus últimas informaciones, en lugar de entregarme a torpes agudezas mientras ella agonizaba en mis brazos.

—Ya no importa...

—¿Por qué habría de morir por nada? Ya te he hablado de Balbino... Escucha, ¿cómo se llamaba el joven agente sobre el que me preguntaste?

—Lino —dije a duras penas, obediente.

—Lino... Puedo contarte cómo descubrió Balbino que llevaba a ese espía a bordo. Fueron Tibulino y Arica.

—Pues los dos pagarán por ello. ¿Te dijo Balbino quién les había dado el soplo?

—Alguien de otra cohorte. Un joven vigil con el que hicieron amistad... — Lalage estaba perdiendo la conciencia. Siempre se dice que los ojos se vuelven vidriosos, pero los de Lalage brillaban tanto que me rompía el corazón contemplarlos.

—Yo sólo quería saber... —empezó a decir, pero no llegó a terminar.

Creí saber qué era lo que quería preguntarme. Cuando extraje la daga y moví su cuerpo con suavidad, toqué la cicatriz que todavía marcaba su oreja perfecta. Ordené sus ropas, enderecé sus brazos y sus piernas y cubrí parcialmente su cuerpo con la rica tela de la cortina. Cuando terminé, aunque yacía en el suelo, Lalage tenía el aspecto majestuoso y bien parecido de una reina en su mausoleo.

Me incorporé y me arrastré hasta el diván, donde me dejé caer. Allí reposé unos instantes, sumido en recuerdos. Rilia Graciana, la hija del altanero comerciante de objetos de escritorio, la niña de deslumbrante belleza cuyo primer día de escuela había sido por los idus de octubre, veinte años atrás. Un día que se había convertido en un escándalo local cuando un muchachito temeroso de que la chica fuera a robarle las monedas de la matrícula escolar había reaccionado demasiado deprisa y se había encontrado con sus dientes rabiosos hincados en carne femenina mucho antes de que estuviera en condiciones de

habérselas con las chicas.

Quise decírselo. Había querido hacerlo desde el día que había sucedido aquello, cuando los dos teníamos siete años: el mordisco en la oreja había sido un accidente.

En fin, ahora ya era demasiado tarde.

### LXIII

La conmoción estalló cuando bajaba por la escalera. Momentos antes reinaba tal tranquilidad que incluso entreuve la loca esperanza de que Balbino estuviera todavía en el burdel, convencido que con la muerte de Lalage había asegurado su escondite.

La calma había sido excesiva, incluso. En algún momento de mi largo cautiverio con Petro, todos los vigiles que habían acudido conmigo habían sido localizados y encerrados. Nadie podía creer que hubiera invadido el local una fuerza tan menguada, de modo que se había organizado una batida minuciosa en el burdel. Quién sabe cuántos hombres iracundos vieron interrumpida su velada de placer por Tibulino, Arica o alguno del montón de matones que vivía allí en secreto. Los hombres de Balbino habían hecho caso omiso de la irritación de aquellos simples clientes... y esta actitud arrogante demostró ser muy contraproducente.

Furiosos por haber perdido su dinero, los clientes de La Academia se convirtieron en un grupo desafiante. Lalage no los habría dejado sin su diversión de manera tan escandalosa. La promesa de devolverles el dinero sólo provocó que se reuniera a la puerta del local una multitud hosca, la mitad de ella todavía a medio vestir, esperando que se les franqueara de nuevo la entrada para seguir divirtiéndose. Al cabo de una hora de lidiar con Macra, sucedió lo inevitable: mediante algún proceso de democracia natural, emergió un líder que arengó a los demás... y los condujo de nuevo al burdel con ánimos de pelea.

Lo primero que hicieron fue ir a buscar a Sergio y a los demás y liberarlos. Sergio hizo pública su condición y, como es lógico, dejó muy claro (con un guiño) que su deber para con el público le obligaba a advertir a la decepcionada clientela que se marchara a casa. Como tal vez he mencionado ya, Sergio era un hombre alto y atractivo cuyo principal talento era azotar a la gente. Sólo tenía que pensar en ello para que los demás captaran la idea. Un guiño de Sergio bastó para convertir a los clientes de La Academia, por lo general furtivos, en auténticos galos saqueadores.

Cuando llegué al pie de la escalera se había organizado una feroz pelea espontánea en los dos pisos del burdel. Si quería llegar a la puerta de la calle, no tenía más remedio que meterme en el tumulto.

Me enrollé el cinto sobre los nudillos de una mano, con la hebilla hacia fuera,

y empuñé una antorcha en la otra. Agitándola como un poseso, me abrí paso el resto de los peldaños entre gente que se agarraba de la manera más sucia. No estaba claro quién pertenecía a cada bando. Recorrí un pasillo, zarandeado por un puñado de mujeres semidesnudas que chillaban sin parar, y recibí en pleno rostro lo que esperé que fuera agua de lavarse, arrojado por un hombre fuera de sí que no hacía más que reírse con una vocecilla aguda, monótona e incesante.

El choque principal tuvo lugar en la sala grande con aspecto de comedor, convertida en un mar de brazos y piernas y cabezas desmelenadas. Un tipo vino a por mí. Tenía una cintura ahusada y unos hombros tan anchos que daba la impresión de que lo hubieran colgado de una percha, como una túnica, con un palo de manga a manga. Era un monstruo de gimnasio. No lo traté demasiado bien; sin darle tiempo a poner en acción sus llaves, minuciosamente ensayadas, le di una patada en el bajo vientre; cuando se dobló hacia delante, descargué con todas mis fuerzas la empuñadura de la antorcha sobre su cuello y lo arrojé sobre la multitud. Al otro lado de la sala, Sergio sonrió. No tuve tiempo de devolverle la sonrisa porque otro individuo se me echó encima blandiendo un taburete, con las patas por delante. Agarré una de ellas y tiré del taburete hacia un lado al tiempo que doblaba el codo y la rodilla.

Las muchachas que trabajaban en el local se estaban reuniendo en grupos, uno de ellos congregado a la puerta del refectorio. Un reducido puñado de aquellas mujeres, más decididas, entró en la sala escupiendo, arrojando bandejas y copas por todas partes, dando pellizcos, arañazos y tirones de pelo... No estuve seguro de a qué bando apoyaban; tal vez a cualquiera que les permitiese, por una vez, desquitarse del trato que les daban los hombres. Una poderosa amazona de piel oscura decidió abalanzarse sobre mí y se me echó encima a la carrera con un exagerado bamboleo de sus pechos enormes. La carga de la mujer perdió fuerza al acercarse, para alivio mío, y lo único que consiguió finalmente fue clavarme los dientes en la mano. La agarré de la nariz y se la retorció enérgicamente hasta que me soltó.

Dos de los vigiles formaban un buen equipo y derribaban a sus contrincantes mediante una técnica depurada y bien coordinada. Sin embargo, otros del grupo lo estaban pasando mal. Nuestros adversarios nos superaban en número grandemente y pronto empezamos a quedarnos sin energías y sin aliento. En el pasillo principal se organizó un gran revuelo y las prostitutas escaparon de él a toda prisa, entre chillidos. Martino apareció en la sala procedente del corredor; tres o cuatro atacantes, de los cuales se defendía utilizando palos de escoba, le obligaban a retroceder. Tras él, lanzando risotadas mientras escogían la siguiente víctima a la que darían muerte, venían el Molinero y el Pequeño Ícaro.

La figura menuda y vociferante de Ícaro se lanzó directamente contra mí. Vi en el suelo a un maleante callejero inconsciente, lo alcé por los hombros de la túnica y utilicé su cuerpo para detener el impulso de Ícaro. Éste llevaba un puñal.

Por mi parte, tal vez fuera ilegal, pero soy uno de esos ciudadanos respetuosos con las leyes que siempre espera encontrarse con el reverso de su moneda, de modo que yo también tenía un arma parecida. Cuando trabamos combate, filo contra filo, saltaron chispas. Con mi mano libre, agarré al Pequeño Ícaro por la muñeca y aproveché para golpear con fuerza la mano que empuñaba el arma, con el propósito de obligarle a soltarla. En aquel instante, Martino lanzó de un empujón a uno de sus atacantes contra la espalda del Pequeño Ícaro. Conseguí desarmarlo y derribarlo al suelo. Desde allí continuó defendiéndose a patadas pero, después de vivir en una casa propiedad de Esmaracto, yo era un experto en pisar y aplastar cucarachas.

Tan pronto como Ícaro se rindió y empezó a rezar para que le llegara la muerte en aquel instante, intenté ir en ayuda de mis camaradas. El Molinero estaba machacando cuerpos a diestro y siniestro; Sergio había sido arrinconado por varios maleantes, pero conseguía mantenerlos a raya. Martino había caído pero, incluso cubierto de sangre, seguía plantando cara con sus escobas. Quedaban pocos clientes reconocibles en el campo de batalla. Habíamos perdido nuestra oportunidad y nos enfrentábamos a una carnicería. En aquel momento, vi a la entrada del burdel la figura perpleja del Importantísimo Patricio que había sido el mejor cliente de Lalage y que acudía a pasar una velada de masajes exóticos con su despampanante propietaria.

Nadie podía haberle advertido de que Lalage había muerto, pues el único que lo sabía era yo. Al magistrado (me referiré a él con este título, por discreción) le costaba aceptar que sus botas doradas estuvieran pisando los oscuros barrios periféricos del Hades. Como de costumbre, iba acompañado de sus lictores, hombres experimentados y preparados para distinguir un problema a dos calles de distancia. Y éstos comprendieron al momento lo que sucedía allí dentro.

—¡Oh, dioses! —murmuró Martino—. Haznos un favor a todos, Falco, ¡llévate de aquí a ese patricio antes de que se dé cuenta de lo que pasa!

No fue preciso que me ocupara de ello. Macra, una chica lista, ya lo conducía a alguna otra parte. Los lictores, tras observar con perplejidad el absoluto caos que tenían ante sus ojos, apretaron el paso tras el magistrado y la muchacha por un corredor y formaron una falange de protección en torno a ellos.

Bien, todos los lictores, salvo uno. Éste había permanecido atento al Molinero, que en aquel momento tenía una mesa levantada por encima de su cabeza con el propósito de aplastar con ella a Sergio como a un conejo bajo las ruedas de un carro de mosto. Con un rugido de placer, el lictor desató la cinta dorada que sujetaba las fascas. Después, extrajo de ellas el hacha.

Para aquellos que se lo hayan preguntado alguna vez, puedo asegurar que las hachas del hato de ramas ceremonial son auténticas... y perfectamente afiladas. El borde curvo del metal brilló por un instante. El lictor apenas tuvo tiempo de

empuñar el arma por el extremo del mango, pero sabía qué hacer con el hacha. La blandió a baja altura. La movió en un amplio y grácil semicírculo, como una hoz, a la altura de los tobillos del Molinero...

Aparté la mirada. No alcancé a ver qué era del lictor. Supongo que escapó. Dudo mucho de que deseara el reconocimiento público; el hombre se lo había pasado en grande, y eso era lo que le importaba.

De pronto, los presagios se hicieron aún más ominosos para nosotros. Tibulino y Arica regresaron con una centuria. Eran hombres frescos y descansados, y traían malas intenciones. Irrumpieron en el burdel dispuestos a acabar con todos nosotros. Durante unos peligrosos momentos, Tibulino y sus patrulleros se dedicaron a despejar el terreno. Conseguí dar unos pasos a través del suelo bañado en vino y sangre hasta llegar junto a Sergio, que se dedicaba a romper a golpes la celosía de una ventana. El resto del grupo se abrió paso hasta nosotros, cargando con Martino. Ante nosotros, las dos estrechas salidas estaban ocupadas por vigiles de aspecto nada amistoso. Los maleantes que estaban en condiciones de moverse se apartaron del medio y dejaron espacio libre para que aquellos héroes de la Sexta procedieran a cargar. Nos preparamos para ofrecer toda la resistencia posible. Las celosías rotas nos servirían de arma. Tal vez un par de nosotros conseguiría alcanzar la puerta de la calle. Sin embargo, fuera había más tropas; el oído no nos engañaba.

Alguien le hizo un comentario a Arica y éste lo transmitió a Tibulino. En un abrir y cerrar de ojos, las dos puertas quedaron despejadas, igual que el pasillo exterior. De nuevo, las muchachas pasaron corriendo ante mí; esta vez lo hicieron en dirección contraria, pugnando por alcanzar la salida a la calle. Durante unos instantes, nos quedamos quietos, sintiéndonos abandonados; después, corrimos tras las mujeres hasta ganar la calle.

Fuera, tenía lugar una gran pelea. Quien fuera testigo de ella la habría tomado por algún desquiciado ejercicio práctico de los cuerpos de seguridad. Por todas partes había vigiles que se peleaban entre ellos. De pronto, advertí que en medio de la trifulca estaban Petronio, Fúsculo y Porcio. Entonces comprendí que no era que la Sexta se atacara entre sí, sino que los hombres de la Cuarta Cohorte se habían lanzado sobre los de la Sexta.

Desde las guerras civiles, no había visto nada semejante en Roma. Un hombre, experto en violencia, rodó por la calle casi hasta mis pies, enzarzado en una lucha cuerpo a cuerpo con Tibulino. La pugna entre ambos era una dolorosa exhibición de juego sucio. Con un respingo, retrocedí unos pasos para dejarle espacio y oí cómo, con un crujido espeluznante, le quebraba algún hueso al centurión. Después, añadió un puñetazo con la fuerza de un martillo pilón. Tibulino quedó tendido, inmóvil. Su adversario se incorporó y alzó el mentón con gesto displicente, como si expresara su desdén ante tan débil oposición.

Al otro lado de la calle, Petronio se apoyó en el quicio de la puerta de El

Cántaro de Aceite para recuperar el aliento y me dirigió una sonrisa irónica. El vencedor de Tibulino nos contempló a ambos.

—¡Buen trabajo! —exclamé. Lo dije en serio.

Fuera cual fuese la opinión que tuviéramos de él, Marco Rubela se había portado.

El tumulto continuó. Ahora era un conflicto directo entre las patrullas de las dos cohortes; me mantuve a distancia, cerca del tribuno, y observé los acontecimientos. Entonces distinguí, en medio de la pelea, que Petro tenía a alguien junto a él. Estaba hablando con Porcio.

El muchacho puso una mueca de desconcierto y movió la cabeza en un gesto enérgico de negativa. Aunque no podía oír el diálogo, supe qué era lo que estaba contemplando: mi amigo y colega había escogido aquel momento de agitación para someter a su bisoño recluta a una entrevista disciplinaria.

No se me escapaba el motivo de aquel interrogatorio. Petronio había recordado los días en que Balbino Pío, a la espera de la sentencia y de ejercer su derecho legal a optar por el exilio, estaba en arresto domiciliario bajo la vigilancia de la Sexta Cohorte. De dicha vigilancia se habían ocupado Tibulino y Arica, los cuales, como ahora sabíamos, estaban ya entonces en la nómina de nuestro hombre. A ellos se había sumado como observador un agente de la Cuarta, quien también formaba parte del grupo que, dirigido por Tibulino y Arica, había conducido a Balbino hasta los muelles de Ostia. Era probable que el hombre de la Cuarta estuviera al corriente de la misión de Lino en el barco que se llevaría a Balbino. Ese hombre, el observador, era el joven Porcio.

Petronio debía de sospechar de él desde hacía bastante tiempo. Ello explicaba que se hubiera mostrado tan severo con el recluta y que, cuando había necesitado la presencia del pequeño esclavo negro que Porcio andaba buscando, Petro hubiera insistido tanto en que fuera Fúsculo quien lo trajera, para proteger al testigo frente a posibles «accidentes». También explicaba por qué Petronio se enojaba tanto con Porcio.

En aquel momento, por ejemplo, volvía a estar furioso. Vi que Martino y Fúsculo conferenciaban en voz baja sin perder de vista a Petronio. Los dos hombres también habían deducido a qué venía aquello. Marco Rubela, completamente inexpresivo, permaneció a mi lado con los brazos cruzados, observándolos a todos. Los ex centuriones son los tipos más duros que uno puede encontrar. Cuando Martino y Fúsculo avanzaron con aire ceñudo hacia Porcio y su jefe, Rubela y yo dimos media vuelta y abandonamos el lugar.

## LXIV

Roma se recreó durante días en comentarios sobre cómo, en la región Undécima de la ciudad, había estallado una pelea entre los vigiles que había dejado un saldo de varios muertos y numerosos heridos de gravedad. Y cómo había sido necesario que cierto Importantísimo Patricio, horrorizado ante tamaña quiebra del orden, enviara a uno de sus lictores personales al campamento de la Guardia Pretoriana para pedir la intervención de las Cohortes Urbanas, las cuales, con la ventaja que les daba ir armadas hasta los dientes, habían puesto fin al tumulto rápidamente. Se decía que el Importantísimo Patricio había enviado al emperador un escrito en el que denunciaba la laxa disciplina de las patrullas de a pie, la desconcertante complacencia de los mandos y la posibilidad de que todo aquel suceso hubiera sido orquestado por indeseables elementos republicanos infiltrados entre los vigiles con el propósito de distraer la atención de alguna trama siniestra de fraudes en la administración pública...

Mis contactos me aseguraron que al emperador le había complacido conocer las opiniones de aquel gran hombre, aunque Vespasiano ya estaba tomando medidas sobre la base de otro informe que se había apresurado a presentarle Marco Rubela y el grupo oficial anticorrupción.

Frustrado por el rechazo imperial, el Importantísimo Patricio había desviado su interés en otra dirección. Ahora se dedicaba a combatir la obscenidad y a la reforma de las prostitutas. Evidentemente, esto significaba que se vería obligado a inspeccionar los burdeles en persona. Cuando nos enteramos, a algunos nos pareció que el asunto tenía su lado jocoso.

La Sexta Cohorte iba a ser disuelta y formada de nuevo con otros agentes. El tribuno y varios centuriones habían dimitido. A Petronio Longo le encantó la noticia porque, así, Martino concentraría todos sus esfuerzos en intentar que lo ascendieran a alguno de los puestos vacantes de la Sexta. Martino consideraba que su talento para la investigación relajada y para el juego de damas encajaría bien en las prestigiosas regiones del Palatino y del Circo Máximo. Como buen superior, Petronio respaldaba plenamente su aspiración a que se le reconociera dicho talento.

La Cuarta Cohorte recibió la reprimenda oficial de Rubela por haber actuado sin disciplina y sus miembros pasaron confinados en los cuartelillos la noche siguiente a los hechos, para calmar los ánimos. Esto produjo el beneficio

adicional de permitir que Rubela visitara cada local y se asegurara de que todo el mundo entendía la explicación oficial de su incursión en territorio de otra cohorte. Por fortuna, la mayoría de los civiles era incapaz de distinguir una cohorte de otra, de todos modos.

Entre los muertos, la Cuarta había perdido a Porcio, uno de sus agentes más jóvenes. La asociación de la cohorte se haría cargo de los gastos de un entierro sencillo, pero el tribuno tuvo que exponer a la familia que, lamentablemente, el escaso tiempo de servicio y otros factores hacían que no les correspondiera ninguna compensación.

El malestar oficial por el suceso quedó mitigado por las otras consecuencias de aquella noche. En el burdel llamado El Salón de Venus, las Cohortes Urbanas habían detenido a un asombroso número de delincuentes y se calculaba que los vigiles tardarían tres meses, por lo menos, en catalogar y devolver a sus dueños las propiedades robadas que se habían encontrado. También se había detenido a tantos esclavos fugitivos que el prefecto de los vigiles estableció una sección especial para los dueños que quisieran reclamarlos (es decir, a los amos que estaban dispuestos a acoger en su casa a un esclavo hosco que había estado expuesto a malas compañías en La Academia). Se había desbaratado el poder de una peligrosa banda organizada. Entre los malhechores detenidos había toda suerte de buscavidas, rateros y asaltantes callejeros y, además, había indicios de una organización dedicada al secuestro de niños y dirigida por alguna de las prostitutas.

La principal prueba de la existencia de esta banda de secuestradores la había proporcionado Helena Justina. Pero había un aspecto intrigante que no habíamos hecho público: Helena había obtenido una confesión de que el niño que yo había encontrado en el carro de los escombros había sido raptado por las chicas del burdel. Una de ellas, ya en La Academia, se había dado cuenta de que era sordo y, cuando la familia se había negado a pagar el rescate, un antiguo portero del burdel se había encargado de llevarlo al Aventino y deshacerse de él. Macra nos dijo que aquel hombre era el que se encargaba de capturar a los pequeños; se trataba de Casto, el que había apuñalado al licio cuando Lalage y Nonnio tramaban traicionar a Balbino Pío. Casto ya no trabajaba en el local; Lalage se había deshecho de él después del juicio, por su condición de secuaz de Balbino Pío. El hombre se contaba entre los detenidos y esperaba su turno para ser sometido a un interrogatorio detallado.

Helena Justina sabía de qué familia procedía el niño robado. La última gente de la lista había hablado con ella finalmente, pero negaba haber tenido ningún niño y mucho menos que hubiera desaparecido, a pesar de que una criada asustada hubiera denunciado tal cosa en un primer momento. ¿Que quiénes eran aquellos padres olvidadizos? Ni más ni menos que cierto Importantísimo Patricio y su bien relacionada esposa, dueña de una gran fortuna. Según los rumores, la

mujer volvía a estar embarazada. Helena y yo habíamos decidido no insistir en devolverles a su hijo. Ni siquiera les dijimos que lo habíamos identificado.

La famosa encargada de El Salón de Venus había sido encontrada muerta y las autoridades consideraban que, como consecuencia de ello, uno de los burdeles más sórdidos de Roma podía entrar en declive (no todo el mundo compartía tan ingenua esperanza). En cualquier caso, su propietario había prometido emprender alguna acción.

Había encontrado a Florio frente a La Academia de Platón, con un largo rollo manuscrito entre las manos. El prefecto de los vigiles acababa de informarle de que aquélla era una de sus propiedades. Horrorizado, Florio me confió que había pedido una lista completa de los lugares que había adquirido con la dote de Milvia. Evidentemente, como decente miembro de la clase ecuestre, le correspondía inspeccionar la propiedad y hacer lo posible por poner orden.

Sólo había un mal presagio en todo aquel afán reformador. Habíamos inspeccionado a fondo el burdel y otros lugares que nos habían indicado los detenidos, pero no encontramos en ninguna parte el menor rastro de Balbino Pío.

Petronio y la Cuarta Cohorte dedicaron todo su tiempo a buscarlo por Roma. Balbino había perdido su imperio. Su mujer y su hija estaban bajo vigilancia y no tenía ingresos regulares, aunque todos sabíamos muy bien que nunca se encontraría sin fondos. Petro controlaba de cerca todas las propiedades con las que se sabía que había tenido relación pero, si era un poco sensato, Balbino viviría de alquiler en alguna parte, anónimamente. Podía estar en cualquier parte. Incluso podía haber abandonado Roma, a esas alturas. Se había enviado notificación a todos los puertos y a todos los gobernadores de provincia, pero podía haberse escapado a cualquier lugar del mundo conocido. Lalage me había advertido de que podía ocultarse bajo algún disfraz.

La búsqueda se mantuvo durante ocho días. Yo contribuí a ella siempre que podía escapar de la tediosa tarea de escribir interminables informes. También pasé mucho tiempo en el gimnasio, tratando de ponerme en forma. En mi fuero interno, estaba convencido de que aquel pez gordo de los bajos fondos no abandonaría nunca Roma, que era su territorio natural. Si lo poníamos en un aprieto, Balbino podía resultar muy peligroso. Además, necesitaba todas mis fuerzas para un acontecimiento doméstico: el día antes de las calendas de noviembre, Helena y yo, Petro y su mujer, con las niñas, el equipo de investigación al completo, mi familia y muchos de mis parientes políticos asistiríamos a una boda.

La ceremonia estaba señalada para las calendas pero, en el último minuto, mi madre se hizo cargo de los caóticos preparativos y su primera decisión fue cambiar la fecha, tras señalar que se consideraba infortunado contraer matrimonio el primer día de un mes. Lenia se echó a llorar y optó por trasladar la boda al último día de octubre.

Algunos pensamos que, para casarse con Esmaracto, habría sido más adecuada la fecha infausta.

## LXV

Dos días antes de las calendas, empecé a apurarme en conseguir un cordero blanco barato. Lo único que debía hacer el animal era portarse bien mientras lo degollaba y lo despellejaba; una tarea que, como hombre que había nacido y crecido en la ciudad, me inspiraba bastante disgusto, aunque estaba dispuesto a acometerla por consideración a Lenia. Ésta quería todos los aderezos: los augurios y la parte en que los novios se sientan juntos sobre la piel del cordero sacrificado..., la piel del cordero que yo debía proveer. Sí; tenía que despellejar al animal con limpieza porque todo el mundo me estaría observando, y tenía que hacerlo sin derramar sangre sobre la lana para que la novia no se manchara el carísimo traje de la ceremonia.

Quienes tengan dotes para la logística ya habrán calculado que, para evitar catástrofes, era preciso escoger y adquirir el animal el día antes de la fecha señalada. No podía correr el riesgo de crearle fama como el sacerdote de boda que no tenía nada que sacrificar. Y, después de comprar el cordero, tenía que encontrar un lugar donde guardarlo.

Maya obligó a Famia a ocuparse de que pudiera dejarlo en el establo de los Verdes. Habría sido más sensato encerrarlo en el patio de la lavandería pero, para entonces, a Lenia y a la ponía histérica la idea de hacer cualquier cosa que pudiera traerle mala suerte. Pensé por un momento en dejar al lanudo animal al cuidado de algún vecino, pero temía despertarme con el aroma apetitoso a cordero asado con ajo y romero.

Tuve que llevarlo al establo yo mismo. Y la mañana de la ceremonia, tuve que cruzar la ciudad para ir a buscarlo. Para el cordero, fue un agradable paseo; yo me sentí un auténtico payaso. Desde el Campo de Marte hasta lo alto del Aventino hay un largo trecho.

Camino de casa, decidí hacer un alto en los baños del Templo de Cástor para estar aseado y perfumado cuando me pusiera mi indumentaria limpia. Como detalle para con Lenia, llevé al cordero conmigo y lo lavé también. Glauco se mostró horrorizado, no me preguntéis por qué; aquella mañana no había nadie importante en el local y el cordero había pagado su entrada.

Quando llegué a casa, me encontré una algarabía de muchachas que corrían de un lado a otro tratando de engalanar la lavandería con guirnaldas mientras unas cuantas viejas, sentadas en corro, tomaban bebidas fuertes y charlaban de

los problemas intestinales de otra gente. De la fachada de la plaza de la Fuente colgaban lienzos primorosamente pintados. El dintel de la puerta quedaba casi oculto tras una cenefa espinosa de ramas y flores. Las antorchas sin encender que orlaban la calle pedían a gritos ser saboteadas por los jóvenes que pasaban.

Todo el barrio estaba conmocionado con aquella ridícula exhibición. Lenia y Esmaracto se habían tomado en serio el dicho de que una buena boda debía anunciarse. En el patio trasero de la lavandería se habían encendido grandes fogatas en las que ya se asaba lentamente un surtido de animales enteros. La calle estaba llena de proveedores y de mirones y curiosos. Como medida provisional, la desdichada pareja utilizaba incluso el apartamento vacío de encima de la panadería, el que yo había rechazado sin darle más vueltas. Allí habían almacenado los regalos que, en número sorprendente, había recibido la pareja, junto con pequeños paquetes de golosinas que se repartirían a los invitados (como compensación por someterse a la penosa experiencia, sin duda) y las nueces que Esmaracto arrojaría a los espectadores que contemplaran la procesión de antorchas, como símbolo de fecundidad (¡espantosa idea!). Esmaracto iría a vivir a la lavandería después de la boda, de modo que por una noche incluso utilizarían el local de enfrente como una simbólica « casa del novio ». Varios obreros habían reparado el suelo e instalado una cama.

Como la novia no tenía parientes que la ayudaran, tomó prestados a los míos. Encontré a mi madre y a Maya atareadas con la ofrenda sin sangre (el mendrugo de pan seco de rigor) y el pastel de boda; para preparar este voluminoso dulce, rebosante de almendras fritas y empapado en vino, mi madre había utilizado, al parecer, una marmita para pescado del tamaño de un tiburón pequeño.

—¡Aparta los dedos de ahí! —Mientras mi madre me regañaba por pellizcar unas migajas para probarlo, entré en el local con la inútil esperanza de encontrar un rincón tranquilo donde atar el cordero—. Eso es. Deja de rondar por ahí buscando oportunidades de causar problemas; y presenta tus respetos a la novia.

Me encontré ante una mujer que no reconocí. Lenia, que por lo general tenía el aspecto de un saco de nabos, iba pulcramente ataviada con el vestido tradicional de tela basta, las zapatillas anaranjadas y un gran nudo de Hércules en la cintura, prominente bajo el busto. Sus salvajes cabellos teñidos de alheña habían sido domesticados por unas amigas decididas que los habían dividido en siete mechones, habían trenzado estos en apretadas espirales, los habían coronado con una guirnalda de hojas brillantes y pétalos de flores y los habían rematado con el velo tradicional, del color de las llamas. El velo estaba caído para que su amiga Secunda, ceñuda de preocupación, pudiera completar la tarea de perfilarle los ojos con un cosmético negro como el hollín. Para acompañar aquella espectacular elegancia, Lenia adoptaba una expresión que mezclaba una sonrisa boba y un aire altivo. Imaginé que no le duraría mucho.

—¡Oh, vaya! ¡He aquí un mal augurio ambulante! —rugió la visión inmaculada.

—¿Tienes preparada la rueca?

—Desiste, Falco. Maya va a buscarme una.

—¿Qué? ¿Una novia que no tiene una propia? ¿Sabe Esmaracto que se lleva un ama de casa incompetente?

—Lo que sabe es que gana una mujer de negocios brillante.

—No estoy seguro de eso —repliqué con una sonrisa—. Se rumorea que vais a pasar la noche de bodas en esa ruina de apartamento encima de la panadería de Casio. ¿Te parece una decisión inteligente? ¿Qué pareja querría andarse con cuidado esa noche, no sea que el suelo ceda bajo el tálamo nupcial?

—Esmaracto lo ha hecho arreglar.

—¿Qué me dices?

—¡Bah, ve y báñate en una letrina, Falco!

—No me vengas con insultos. Éste es el momento en que tienes que dejar a un lado las cosas de niña.

—¡Ah, bien...! Puede que sea la última vez que te vea, entonces.

Le enseñé el cordero, le di un beso de felicitación que le hizo buscar un pañuelo con el que limpiarse la mejilla y eché escalera arriba con más ánimo.

Faltaban unas horas todavía. En la paz del apartamento, me tumbé en la cama y fingí sumirme en un estado contemplativo para percibir los augurios. Helena apareció en la alcoba y se acostó a mi lado a descansar un rato.

—Mmm..., qué bueno —la rodeé con el brazo—. Quizás yo también me quede embarazado. Me gustaría pasar todo el día acostado.

—Podríamos comparar notas sobre nuestros síntomas. Pero no te gustaría sentir las náuseas.

Se hizo el silencio. Al cabo de un momento, Helena se colocó de costado para poder observarme. Tomó mi rostro entre ambas manos e inspeccionó las heridas físicas a medio curar de mis recientes penalidades en el burdel. Aunque no dijo nada, su expresión era de preocupación. Se daba cuenta de que bajo la fachada de ironía, mi verdadero estado de ánimo era muy abatido. Helena, siempre la primera en percibir mis depresiones, se dio cuenta también de que algo no andaba bien: habíamos limpiado Roma de mucha escoria, pero el trabajo seguía por concluir. Habíamos barrido un montón de vida delictiva y habíamos expurgado de corrupción una, al menos, de las cohortes de vigiles; yo mismo había recibido, incluso, una buena cantidad por conseguirlo. Debería sentirme satisfecho de mí mismo.

¿Pero cómo podría? Balbino había escapado, y era peligroso. Todavía estaba allí fuera, tramando planes. Si se le concedía tiempo, reactivaría su imperio. Iría a por Petronio y, tal vez, a por mí. Y no habría cambiado nada.

También la muerte de Lalage había tenido un efecto perturbador en mí.

Cuando Helena hubo leído mis pensamientos a su entera satisfacción, me dio un suave beso y volvió a tenderse boca arriba. Permanecimos así un rato, muy próximos y despiertos los dos. El sonido familiar de su respiración pausada me tranquilizó. Su satisfacción se hizo contagiosa. El intenso disfrute de mi presencia obró su magia y, una vez más, me llenó de asombro que Helena hubiera escogido ser mía.

—Lo siento, amor mío. Últimamente no he estado suficiente contigo.

—Estás aquí ahora.

—Mañana empezaré a pintar el nuevo apartamento.

—Primero tenemos que limpiar.

—Confía en mí. Eso debería quedar terminado esta noche. He cerrado un trato con algunos de los vigiles.

—¡Pero si mañana es la boda! ¿Lo habías olvidado?

—¡Es el único motivo para haber escogido este día! Veo dos ventajas, Helena querida. Si me hartó de la boda —lo cual parecía muy probable—, puedo escapar para ayudar a los operarios. Y si la fiesta es demasiado buena para perdersela, puedo quedarme a disfrutarla y así evito mojarme los pies.

—¡Eres incorregible! —dijo ella con una cálida mezcla de admiración y burla.

De nuevo, se hizo el silencio. Allí arriba, cerca del cielo, me sentía totalmente desconectado del ruido y la actividad de las calles. Echaría de menos aquella tranquilidad.

—¿Le haremos algún regalo de boda a Lenia?

—Un bello juego de palillos para caracoles —dijo Helena. No sé por qué, su respuesta me resultó hilarante.

—Espero que no se lo compraras a mi padre...

—No. Es de la tienda de regalos de segunda mano de esta misma calle. Allí tienen un montón de cosas horribles, de un gusto espantoso; ideales para sacar los colores a una novia.

Me abstuve de comentar que yo había estado a punto de comprarle el regalo de aniversario en esa tienda.

Unos minutos más tarde, nuestro relajante interludio fue interrumpido por unos visitantes. Fui el primero en salir de la alcoba, seguido por Helena con más calma. Junia y Cayo Baebio nos lanzaron una mirada colérica como si dieran por sentado que nos habían sorprendido en pleno retozo. Era vana cualquier protesta de que sólo estábamos hablando.

—¿Qué queréis vosotros? —No vi razón alguna para fingir que estaba encantado de que mi hermana se hubiera dignado subir la escalera.

—Cayo te trae el velo sacerdotal.

—¡Ah, sí! Gracias, Cayo.

Sin que nadie les invitara a hacerlo, Junia y Cayo se dejaron caer en los

mejores asientos. Helena y yo nos hicimos sitio en un banco y nos acurrucamos deliberadamente como una pareja de amantes para provocar su incomodidad.

—He oído que estás embarazada... —anunció Junia con su entusiasmo de costumbre.

—Es verdad.

—¿Ha sido un accidente?

—Un accidente muy feliz —replicó Helena con firmeza. Dirigí la vista hacia ella, pero rehuyó mi mirada. Helena Justina había aceptado la situación pero no permitía que nadie se regocijara maliciosamente con ella. Me volví a mi hermana con una sonrisa descarada.

—¿Qué hay del otro pequeño? —quiso saber Junia, ligeramente ruborizada—. Supongo que no querréis quedároslo también, ¿verdad?

Al instante, Helena me agarró de la mano y apretó con fuerza. Cayo Baebio se levantó y dio unos pasos hasta la canasta donde estaba acostado el bebé, babeante. Levantó al niño de la cuna y advertí que Cayo lo sostenía con el cuidado de un hombre poco habituado a manejar bebés, pero sus manos eran firmes y, pese a ser un extraño, el pequeño lo aceptó. Cargado con él, Cayo volvió junto a mi hermana, que todavía no estaba segura de abordar el tema que habían venido a plantearnos.

—Ahora, deberíais casaros —apuntó Junia, en cambio.

—¿Para qué? —repliqué. A mis intenciones de casarme con Helena les habían crecido alas rosáceas y habían salido volando por el balcón inmediatamente.

—¡Oh, Marco! El matrimonio es una institución decente —protestó Helena—. Un marido debe mantener a su esposa...

Le ofrecí una manzana del frutero y respondí:

—A un marido se le permite castigar a su esposa, si ésta le falta al respeto.

Helena me dio un cachete en el mentón.

—Y cada parte tiene derecho a la compañía de la otra —replicó ella con una risilla entre dientes—. ¡Pero últimamente apenas te veo!

Junia seguía muy seria. Con voz tensa, apuntó:

—Cayo y yo hemos estado hablando de este niño, Marco...

Lo dijo con el mismo tono que si me confesara que había estado pellizcando los pasteles a espaldas de nuestra madre. Cayo continuó contemplando al bebé sordo (que lo embadurnó de babas con visible premeditación). Con algo más de confianza, Cayo se secó las babas. Mi hermana continuó hablando:

—Necesita una casa. Y, a la vista de su dificultad, necesita un hogar bastante especial. Es evidente que no puede quedarse aquí, con vosotros. Por supuesto, los dos tenéis muy buenos sentimientos, pero vuestra vida doméstica es caótica y, cuando haya nacido vuestro hijo, habrá demasiada competencia por vuestro amor. Este pequeño necesita de alguien que pueda ocuparse de él con un poco

más de dedicación.

Junia era un monstruo. Era arrogante y ruda..., pero tenía razón.

—Mi marido y yo estamos dispuestos a adoptarlo.

Esta vez, Helena y yo fuimos incapaces de mirarnos. Después de haber tenido al bebé con nosotros un par de semanas, éramos reacios a separarnos de él.

—¿Qué me dices de *Ajax*? —apunté con un hilo de voz temblorosa.

—¡Ah, no seas ridículo, hermano! *Ajax* no es más que un perro. —Pobre *Ajax*. El día anterior, aquella declaración se habría considerado una blasfemia—. Además, le gustan mucho los niños.

—Sí, para desayunar... —murmuré por lo bajo. Helena aparentó no haberlo oído.

Junia y Cayo habían dado por supuesto que, una vez planteada su sensata sugerencia, nosotros accederíamos enseguida, muy aliviados. Desde luego, así lo hicimos. El niño tendría todas las ventajas posibles. Aparte de la casa confortable que su sueldo de aduanero garantizaba a mi cuñado, estaba seguro de que mi hermana y Cayo, fuera cual fuese la opinión que tenía de ellos, se ocuparían con mimo del pequeño. Los dos harían todos los esfuerzos posibles por ayudarle a comunicarse.

—¿Se conoce de dónde procede? —consiguió articular Cayo, por fin.

Abrí la boca para aportar los gloriosos detalles, pero Helena se me adelantó:

—No —dijo al instante—. Lo hemos intentado, pero ha sido imposible descubrirlo.

Esta vez fui yo quien tomó su mano. Helena tenía razón. Siempre habría ocasión de revelar el dato, si era necesario. Entretanto, era mejor para él y para todos que no hubiera lugar para recriminación, ni riesgo de falsas esperanzas.

—Supongo que os habréis encariñado mucho con él —apuntó Junia con tono dulce. Tal muestra de ternura, muy rara en ella, fue lo que más me perturbó—. Seréis muy bien recibidos si deseáis seguir viéndolo. Venid siempre que queráis.

Helena consiguió disimular la risilla histérica y le dio las gracias.

—¿Habéis pensado qué nombre le pondréis? —preguntó a continuación. Por alguna razón, Junia se ruborizó de nuevo.

—¡Oh, sí! Dado quién lo encontró, nos ha parecido el más indicado... ¡Vamos a llamarlo Marco!

—Marco Baebio Junilo —confirmó mi cuñado y miró con orgullo a su nuevo hijo.

## LXVI

Por si mi aparición con el velo de sacerdote no bastaba para provocar suficiente conmoción, había decidido presentarme a la boda de Lenia con mi indumentaria palmirense. A decir verdad, no había muchas ocasiones más en que un hombre decente pudiera aparecer en Roma con unos calzones de seda de colores púrpura y oro, una túnica profusamente bordada con cintas y florecillas, babuchas de tela con adornos de tulipanes y un gorro alto con trencillas. Para completar el cuadro, Helena incluso me había encontrado una vaina de filigrana que contenía una espada ceremonial, una curiosidad que habíamos adquirido en una caravana en Arabia.

—¡Yo quería un arúspice, no al rey Vologeso de los malditos partos! —se quejó Lenia.

—En Palmira, esto es ropa de calle normal y corriente, Lenia.

—¡Pues en Roma resulta repulsiva!

La ceremonia empezó un poco tarde. Cuando los amigos del novio llegaron con éste, lo hicieron tambaleándose y cantando desafinadamente; abrumado por la experiencia penosa que lo aguardaba, Esmaracto venía tan ebrio que no se sostenía en pie. Como exige el rito, tuvo lugar un breve diálogo entre la novia y el novio:

—¡Desgraciado! ¡No te perdonaré nunca que me hayas hecho esto!...

—¿Qué te pasa, mujer?

—¡Me has arruinado el día!

Tras esto, Lenia se retiró a una habitación trasera a llorar, mientras los invitados se servían ellos mismos el vino de las ánforas (de las cuales había un buen número). Mientras la madre de Esmaracto y la mía trataban de devolverlo a la sobriedad, todos los demás nos dedicamos a beber sin recato. Los mirones se habían enterado de que había comida y bebida gratis y buscaron excusas para acercarse a la lavandería. Los invitados a la boda, que no iban a pagar la cuenta del refrigerio, los recibieron con estruendosas muestras de amistad y los invitaron a entrar.

Cuando llegó Petronio, las cosas se habían tranquilizado bastante. Era avanzada la tarde y todavía quedaban horas. Una vez que Petro y su familia hubieron acabado de reírse de mi espectacular atuendo, Helena propuso que fuéramos todos a cenar a un local decente para tener energías suficientes para la

larga noche que se avecinaba. Nadie nos echó en falta. A nuestro regreso, seguía sin suceder gran cosa, de modo que Petronio se encaramó a una mesa y pidió silencio.

—Amigos..., romanos... —Por alguna razón, esta apelación no era de su gusto; aun así, estaba de buen ánimo. Además del vino que habíamos tomado en la cena, Petro había traído un recipiente especial de alabastro. Tanto él como yo lo habíamos catado ya—. La novia está presente...

En realidad, Lenia seguía en otra parte, llorando todavía, pero al oír el nuevo revuelo se apresuró a aparecer de nuevo, con la sospecha de que alguien estaba saboteando la boda.

—¡El novio —proclamó Petro— está practicando para sus nupcias y se ha echado a dar una cabezada! —Todos corearon la broma con una carcajada y se volvieron hacia Esmaracto, que yacía inconsciente en una cesta de ropa de la lavandería; sin duda, había encontrado más vino y había seguido bebiendo hasta perder el sentido. Petro adoptó una pose de orador—. He consultado a quienes conocen de temas legales: mi amigo Marco Didio, que ha colaborado con los tribunales con frecuencia, y mi colega Tiberio Fúsculo, que en una ocasión ofendió a un pretor judicial y...

Unas voces impacientes lo interrumpieron:

—¡Ve al grano!

—Todos estamos de acuerdo en que para que un casamiento sea legal no es preciso que el novio esté presente en persona. Puede otorgar el consentimiento a través de una carta o de un mensajero. ¡Veamos si podemos encontrar a alguien que nos confirme que Esmaracto consiente!

Fue la madre de nuestro casero quien lo traicionó. Molesta porque su hijo no se reponía de su indisposición, se adelantó y exclamó:

—¡Yo lo confirmo! ¡Esmaracto da su consentimiento!

Era una mujer menuda de carácter enérgico que apenas me llegaba al codo, rechoncha como un barril de ostras, con una cara como una esponja exprimida y unos ojos negros centelleantes.

—¿Qué dices tú? —preguntó Petronio a Lenia.

Inflamada por el éxito que acababa de tener, la madre de Esmaracto volvió a exclamar en tono jocoso:

—¡Responderé por ella, también! ¡Lenia consiente, igual que él!

Dimos por válido el intercambio de juramentos. Tras esto, Petro se tambaleó y cayó de la mesa. Varios desconocidos alborozados lo cogieron a tiempo y lo depositaron en el suelo, ileso. Volvió a organizarse un gran bullicio y quedó claro que habríamos de soportar retrasos mucho más prolongados hasta que pudiese imponer el orden suficiente para empezar el sacrificio y la interpretación de los augurios. Como no había prisa, dejé la lavandería y crucé la calle para inspeccionar cómo iban las cosas en mis nuevos aposentos.

Al llegar al apartamento, encontré a un grupo de patrulleros sentados en el suelo, discutiendo sobre quién era más peligrosa, una mujer o una rata. Contuve mi irritación, añadí unos cuantos comentarios filosóficos y me ofrecí a mostrarles dónde estaba la fuente más próxima. Los hombres cogieron los cubos de bastante buena gana (la tarifa que había negociado con ellos era, por usar un calificativo suave, más que adecuada) y me siguieron calle abajo. Les indiqué el camino, pero me quedé en la plaza de la Fuente. Había visto a cierto conocido.

El tipo, con su inconfundible aspecto desaliñado y obeso, rondaba la barbería. Llevaba un fajo de rollos manuscritos y estaba escribiendo unas anotaciones en uno de ellos. Cuando me acerqué, aprecié en su rostro la misma concentración intensa y la misma caligrafía pequeña y picuda que había observado en cierta ocasión, cuando le había interrumpido mientras hacía detallados comentarios sobre carreras de caballos junto a las puertas del Panteón. Se trataba de Florio. Al otro lado de la calle estaba Martino, asignado a seguirlo a todas partes por si su suegro se ponía en contacto con él. El vigil se había detenido junto a la panadería y simulaba estar indeciso respecto a qué hogaza llevarse. Parecía un idiota.

—La barbería está cerrada, Florio. Tenemos una boda en el barrio y el peluquero ha quedado agotado esta mañana, después de cortar el pelo a los invitados.

—¡Hola, Falco!

—¿Te acuerdas de mí?

—Me diste un consejo...

—¿Lo seguiste?

—Sí. —Florio se sonrojó—. Soy más considerado con mi esposa.

Intenté no especular sobre qué formas podía adquirir tal consideración. Pobrecilla Milvia.

—Estoy seguro de que tus atenciones serán muy bien acogidas. Ahora, permíteme otro consejo: por muchos problemas que te signifique, no dejes que tu suegra se instale en vuestra casa.

Florio abrió la boca pero no dijo nada. Comprendió perfectamente a qué me refería con aquel comentario sobre Fláccida.

Yo sentía curiosidad y, al propio tiempo, creía saber cuál sería su respuesta a lo que me disponía a preguntar.

—¿Y qué te trae por la plaza de la Fuente?

Florio señaló los rollos de manuscrito que llevaba bajo el brazo y contestó:

—Lo mismo que cuando nos encontramos en ese burdel, el otro día. He decidido que debía salir a echar un vistazo a todas las propiedades que Milvia aportó al matrimonio como dote.

Crucé los brazos. Seguí su mirada y observamos juntos el edificio que él había inspeccionado.

—¿Eres propietario de todo ese bloque?

—Sí. Tengo entendido que el resto de la calle, en su mayor parte, pertenece a otro hombre. —A Esmaracto, claro—. En los pisos superiores hay inquilinos. La tienducha de abajo se ha alquilado recientemente, pero no está abierta y no me ha contestado nadie.

Florio se refería a la cueva de placeres que ofrecía objetos para regalo, dijes y chucherías de segunda mano; el local donde había renunciado a comprarle el regalo de aniversario a Helena, aunque era allí donde ella había encontrado el refinado juego de elementos de cubertería que era nuestro regalo de bodas a Lenia.

Ya había tenido ocasión de ver los pinchos para caracoles: eran unas cucharas de bronce, sólidas y de buen tamaño, terminadas en punta. Probablemente, procedían de los excelentes talleres de la Italia central. Yo tenía un juego similar, aunque de diseño más refinado. Los de Lenia tenían aspecto de pertenecer a alguna herencia consular, pero nos habían salido extraordinariamente baratos. Y yo sabía muy bien qué significaba esto.

—No insistas en llamar. —Florio me miró, sorprendido por mi seco tono de voz—. Espera aquí. Voy a buscar a cierta persona.

Cuando volví a la boda, Maya había llegado con sus hijos, Mario y Anco. Éstos, junto al hijo de Gala, Cayo, estaban sentados en un banco, preparados para actuar como escoltas cuando la novia se encaminara en comitiva a la casa de su nuevo esposo. Mario tenía una expresión hosca; probablemente, sabía que la procesión a la luz de las antorchas sería ocasión para canciones subidas de tono y para chistes obscenos, y la perspectiva le desagradaba. Cayo también parecía bastante huraño, pero en su caso sólo se debía a que Maya había insistido en que debía llevar las orejas y el cuello bien limpios. Anco, que sólo tenía cinco añitos, estaba sentado entre ambos sin hacer nada, con las orejas de soplillo, deseando irse a casa.

Los saludé con la mano y fui en busca de Petro.

—¡Serénate! —le dije.

Sin una palabra y sin permitir que se notara su paso inseguro, se deslizó fuera de la lavandería detrás de mí. Echamos a andar calle abajo hacia la tienda de artículos de segunda mano. El corazón me latía con fuerza y empecé a desear no haber bebido tanto. Cuando llegamos junto a Florio, éste se mostró algo tenso con la presencia de Petro, quien le dedicó un educado gesto de saludo, muy oficial.

Explicé la cuestión a Petro, quien escuchó como quien necesita un reconstituyente para la concentración. Le hice un relato de mi visita a la tienda la tarde que la había encontrado abierta y describí la clase de objetos que había visto allí. El desinterés inicial de Petronio fue diluyéndose.

—¿Estás insinuando lo que creo entender, Falco?

—Bueno, tiendas de cosas viejas las hay por todas partes y algunas de ellas, probablemente, ofrecen artículos adquiridos en una compra legítima..., pero son

lugares ideales para el comercio de objetos robados. Y tengo otra razón para sospechar del local. No hace mucho vi a ese par de ladrones de barcas, Cayo y Flosis, en esta calle. Se me ocurre que quizá salían de aquí después de entregar el botín que habían conseguido. Y una cosa más, todavía; Petro, el hombre que regenta ese negocio se llama Casto.

Petronio estableció la relación mucho más deprisa de lo que había hecho y o. Ya no estaba tan ebrio como había parecido.

—Igual que ese maldito que apuñaló al licio en La Academia.

—Exacto. El tal Casto era un hombre de Balbino. Lalage lo había despedido, pero seguía colaborando con las prostitutas que llevaban el asunto de los secuestros de niños. Mi sobrina fue raptada muy cerca de aquí. Y al bebé lo encontré en esta misma calle.

—El tal Casto está entre los detenidos en el burdel —apuntó Petro—. A la vista de su historial reciente, el prefecto lo tiene bajo estrecha vigilancia..., lo cual explica que no haya nadie aquí. —Frunció los labios y continuó, con aire pensativo—: Por supuesto, me paso el tiempo comprobando todos los lugares que sabemos que estaban relacionados con Balbino. Todavía no he terminado con las propiedades de la dote. No hago más que reprochármelo.

—Ya te dije lo que suponía Lalage —intervine sin alzar la voz—: que Balbino vivía « en algún lugar del Aventino » .

Petronio suspiró profundamente y encogió sus amplios hombros. Después, sacudió la cabeza como un atleta que intentara concentrarse antes de una carrera importante.

—¡Por Júpiter, debería estar más sobrio para esto! —masculló.

Hizo una señal a Martino y le ordenó que trajera a Fúsculo de la lavandería. En aquel momento volvían de mi nueva casa los que me habían ayudado a limpiarla y también requerimos su colaboración. Los vigiles dejaron los cubos con cuidado y empezaron a rodear la tienda. Florio preguntó qué sucedía. Petro respondió, muy serio:

—Digamos que, como propietario preocupado cuyo arrendatario puede estar complicado en un delito, supongo que no te opondrás a que entremos en el local, ¿verdad?

—Procurad no estropear nada —protestó Florio al instante. Como casero, aprendía deprisa. Después, palideció—. ¿Qué esperáis descubrir?

—Propiedades robadas —respondí—. Objetos de todas clases, desde piezas de lujo robadas de la Saepta Julia y jarros hurtados de casas de comidas, hasta las colchas de cama que han venido desapareciendo de los balcones de todas esas ancianas. Y, si estoy en lo cierto respecto al uso que se ha dado a este local, creo que en la trastienda encontraremos una fundición en la que se ha fundido metal precioso.

—¿Y la cristalería de tu padre? —preguntó Petro secamente.

—¡Ah! Lucio Petronio, debo ser sincero contigo: ¡me temo que eso, no!

—¿Es preciso que me quede aquí? —Florio empezaba a ponerse nervioso.

—Tienes razón; será mejor que vuelvas a casa. —Petronio le dio unas palmaditas amistosas en el hombro—. No quiero crear problemas en una familia; es preferible que no te involucres. Una de las cosas que espero recuperar ahí dentro es a tu desaparecido suegro.

Al oír aquello, Florio se mostró más interesado.

—¿Puedo colaborar?

La larva estaba a punto de la metamorfosis, era evidente. De ser la víctima pasiva de los padres de Milvia, pasaba ahora a estar impaciente por ver capturado de nuevo a Balbino. A la vista de la situación, con su suegro bajo pena de muerte si era encontrado en suelo romano, aquel tipejo remilgado y superficial anhelaba algo más que una simple detención. El brillo de astucia de su mirada era revelador de que sabía muy bien qué significaba la captura de Balbino.

Irrumpimos en el local de improviso. Los vigiles están entrenados para abrirse camino en los edificios durante un incendio. Aun sin su equipo pesado, podían derribar una puerta sin esfuerzo. La patrulla de a pie fue la primera en entrar, seguida de Petronio, Martino, Fúsculo y yo. A Florio lo hicimos esperar fuera. Recorrimos las estancias sin detenernos a investigar. Una vez se consideraba el local como un posible depósito de bienes robados, era evidente que estaba abarrotado de objetos de interés... y no me refiero sólo a posibles regalos para las saturnales. Tras la cortina del fondo, como sospechaba, había un horno frío y numerosos crisoles encostrados.

—¡Una fundición! ¡Y también han estado imprimiendo el rostro del emperador! —Fúsculo mostró en alto un molde para falsificar moneda.

Registramos la tienda y los aposentos anejos. Después, dejamos un centinela e inspeccionamos todos los apartamentos del edificio. Allí donde no respondía nadie a nuestra llamada, abríamos por la fuerza.

Sorprendimos a mucha gente haciendo cosas que habrían preferido mantener en privado, pero no encontramos el menor rastro de Balbino Pío.

—¡En fin, tendremos que seguir mirando! —Petronio consiguió mantener una voz neutra, pero no se me escapaban sus auténticos sentimientos. Por unos instantes había alentado la esperanza; la decepción que sentía ahora era mucho más aguda que el abatimiento que teníamos antes—. ¡Ya lo cogeré! —añadió sin variar de tono.

—Sí, claro —le di una palmada en el hombro—. Será mejor que lo hagas. Amigo mío, aún corres el peligro cierto de que él espere cogerte a ti.

Bajamos a la calle, informamos a Florio de que el padre de su esposa seguía fugitivo, le dijimos que nos informara de cualquier cosa sospechosa y lo vimos alejarse. Martino fue tras él, con la absurda pretensión de seguir pasando

inadvertido.

Mientras Florio se alejaba con sus rollos y su punzón, tuve un mal presagio. Verlo inspeccionar con tal minuciosidad las propiedades de su suegro me hizo pensar si algún día se interesaría por investigar otros aspectos del imperio de Balbino. Era evidente que se proponía ampliar sus intereses comerciales. Me había contado que quería establecer una cuadra de caballos de carreras, y ya sabía, por Famia, que el socio que había escogido tenía una reputación poco recomendable. ¿Por qué detenerse allí? Su esposa procedía de una familia de notorios criminales pero, una vez lo había sabido, Florio no había visto en ningún momento la necesidad de abandonarla. Quizás acabábamos de presenciar el inicio de otro de aquellos ciclos deprimentes en el incesante proceso de ascendencia y caída de los reyes de los bajos fondos.

Bien, en cualquier caso, Florio tardaría aún algunos años en establecerse como tal.

## LXVII

Cometí un desliz. En la boda, había llegado el momento de proceder a la ceremonia que yo había prometido llevar a cabo. Lenia había pedido que le leyeran los augurios y yo no aparecía por ninguna parte. Nadie sabía dónde estaba. Naturalmente, se consideraba imposible continuar con los ritos sin haber procedido a la inspección de un hígado de cordero. La gente respetable se habría escandalizado.

Por fortuna, el imperturbable Cayo Baebio había aprovechado mi ausencia para ocupar mi lugar.

—¡Oh, estoy seguro de que lo habrás hecho mucho mejor que yo, Cayo! — Y, por lo menos, el tocado y el velo le habrían quedado ajustados.

—Me ha hecho unos pronósticos muy agradables —asintió Lenia, desdeñosa.

—¡No me imaginaba que Cayo Baebio supiera mentir tan bien! —me susurró Helena.

Cayo se limitó a explicarme muy sucintamente que, como parte de los preparativos para intentar el acceso al Colegio Sacerdotal de los Augustales, había tomado lecciones de cómo desollar un cordero.

En aquel momento, la novia llevaba sobre los hombros el vellocino, limpiamente separado del animal, y tenía al lado la figura hundida de su marido, recién extraído de la cesta de la ropa. Lo tenía cogido de la mano, no tanto para simbolizar su reciente unión como para evitar que Esmaracto cayera al suelo. Un amigo del novio iba de una parte a otra en su intento de reunir diez testigos para las tablillas del contrato, pero la mayoría de los invitados trataba de escabullirse de este deber y privilegio con débiles excusas, como la de que se habían dejado el sello en casa. Nadie quería responsabilidades si el matrimonio fracasaba, ni que recurriesen a él para intentar el reparto de la dote cuando llegara el momento.

Todos estuvimos de acuerdo en que ya habíamos sufrido suficiente y queríamos nuestros regalos. Para ello había que enviar al novio al otro lado de la calle para que los trajera. Era evidente que Esmaracto sólo podría hacer una vez el trayecto hasta allí, de modo que aprovechamos el viaje para mandarlo a cantar los versos fesceninos (una ronca letanía que nadie sobrio podía recordar, y mucho menos nuestro recién casado). Pronto lo vimos encender las antorchas a lo largo de la ruta para la procesión de la novia. Alguien le proporcionó el fuego

y el agua para acoger a Lenia en su nueva casa. Durante unos instantes, Esmaracto revivió lo suficiente para exclamar a voz en grito que, por lo que a él respectaba, Lenia podía irse de cabeza al Hades. Por fortuna, en el momento en que hacía esta declaración, la novia estaba en el retrete; de lo contrario, el divorcio podría haberse ratificado aquel mismo día.

Redujimos el desfile de la novia al mínimo imprescindible. Parecía aconsejable hacerlo así porque, para entonces, la propia novia estaba embriagada, además de llorosa. Sin una madre de verdad de cuyos brazos pudiera ser arrancada entre protestas y agobiada al darse cuenta, por fin, de la estupidez que había cometido, Lenia decidió agarrarse a la mía. Mi madre le dijo que se dejara de tonterías. Con inclemente jovialidad, la hicimos salir y la colocamos como era debido, con Mario y el pequeño Anco a los lados, sosteniéndole las manos, mientras Cayo los precedía, portando con cuidado la antorcha de espino. A Lenia se le había desmontado el velo y la vimos cojear porque llevaba en el zapato izquierdo una de las arras tradicionales que debía entregar a su marido.

—¡Como si no le hubiera dado ya suficientes!

Ya había oscurecido lo suficiente como para que la escena tuviera cierto misterio. Un flautista contratado encabezaba la alegre comitiva. Entre exclamaciones alborozadas y arrojando frutos secos a nuestro paso, ascendimos a buena marcha por la plaza de la Fuente; después, volvimos sobre nuestros pasos danzando patosamente y resbalando con las cáscaras diseminadas por el suelo. La algarabía despertó a los niños en las casas y los puso muy excitados. La gente se asomó a las ventanas y lanzó vivas a los novios. Hacia una noche serena y la luz de las antorchas parpadeaba refulgente. El aire, aquella última tarde de octubre, era lo bastante fresco para despejarnos un poco la cabeza.

Llegamos a la panadería y me encaramé por las estrechas escaleras exteriores para unirme al grupo de delirantes asistentes que empujaban a la novia para hacerla subir los últimos peldaños hasta la cámara nupcial. Esmaracto apareció en la puerta, sostenido por la espalda por algún amigo leal. Consiguí sostener en sus manos la antorcha ceremonial y el cuenco de agua mientras Lenia se manchaba el vestido de aceite en su intento de ungir el marco de la puerta al modo señalado en la tradición. Petronio y yo nos preparamos, colocamos las manos por debajo de la rabadilla de la mujer y la empujamos adentro.

Esmaracto revivió de pronto. Vio a Lenia, ensayó una horrible sonrisa lasciva y alargó la mano hacia ella con un gesto brusco. Lenia, sin embargo, resultó un adversario de cuidado. Con un chillido de lujurioso placer, se abalanzó sobre él.

Demudados, Petronio y yo ganamos la puerta a la carrera y nos marchamos a toda prisa. La mayoría de los presentes nos siguió. Aunque la tradición fuera quedarse a mirar qué sucedía en aquel tálamo nupcial, la perspectiva era

demasiado espantosa. Además, el vino restante estaba en la lavandería, al otro lado de la calle.

La calle estaba atestada de gente en pleno jolgorio. Era precisa una tenaz determinación (y mucha sed) para abrirse paso entre la multitud. Llegamos hasta la entrada engalanada de la lavandería y encontramos a Arria Silvia, quien informó a Petro, entre la algarabía, que se llevaba a las pequeñas para acostarlas. Le preguntó si las acompañaba y, naturalmente, mi amigo le dijo que sí, pero todavía no. Helena, un poco pálida, me dijo que iba a subir al apartamento. Yo prometí a mi amada que la seguiría «dentro de un momento». La piadosa mentira habitual.

Algo nos hizo volver la cabeza hacia el otro lado de la calle. Lenia había salido al rellano del primer piso y agitaba los brazos. El velo le abofeteaba el rostro y tenía el vestido medio rasgado. La multitud prorrumpió en vítores estentóreos. Lenia gritó algo y volvió al interior de la casa.

Ya había oscurecido. Las antorchas despedían una densa humareda. Casi de inmediato, la perturbada novia reapareció en la puerta de la casa. La gente se había calmado un poco y la mayoría buscaba algo que beber. Lenia nos reconoció y, con una voz rechinante como una muela, chilló:

—¡Petronio, Marco! ¡Socorro! ¡Ayudadme, cabrones! ¡Llamad a los vigiles!  
¡La cama se ha hundido y hay fuego en el apartamento!

## LXVIII

A los invitados, que tan dispuestos estaban a llenar la calle cuando la perspectiva era disfrutar de comida y bebida gratis, les entró una súbita urgencia por regresar a casa sin despedirse cuando se dieron cuenta de que tal vez les pidieran que formaran una cadena para pasar cubos de agua. Otros se abstuvieron de ayudarnos también, pero se quedaron merodeando en los portales para contemplar el espectáculo.

El olor del humo del incendio era ya perceptible. Lenia había desaparecido de nuevo en el interior del apartamento al grito desgarrador de « ¡Mis regalos de boda! ¡Mi marido! ¡Ayudadme a sacarlos!» . Quedaba muy claro que los regalos tenían prioridad.

Hubo algún detalle favorable: tan pronto corrió la voz de « ¡Fuego!» , asomó de mi nuevo apartamento el grupo de vigiles. Petronio divisó enseguida a mis ayudantes de la Cuarta Cohorte y los llamó. Los hombres se pusieron en acción de inmediato. Uno corrió al cuartelillo en busca de material y el resto recibió órdenes de acudir a la lavandería, donde había un pozo y un montón de recipientes para transportar agua. Tras esto, Petro y yo corrimos a la casa para ver qué podíamos hacer por la frustrada pareja nupcial.

Lenia estaba en la habitación exterior, empeñada en un inútil intento de rescatar los regalos de boda. La sacamos a empujones, sin miramientos, porque el fuego debe tratarse con seriedad; las cosas podían terminar peor de lo que la mujer se daba cuenta. En la habitación interior, nos recibió una panorámica lamentable: el lecho nupcial, con su exótica colcha púrpura, se había hundido parcialmente en el suelo. Mi casero, más desaliñado que de costumbre, estaba agarrado a una esquina, aterrorizado. Tenía miedo de mover un músculo, no fuera a suceder que la cama terminara de deslizarse por el hueco y cayera a la tahona que había debajo. Era en ésta donde se había iniciado el fuego cuando, en plena pasión incontrolable por Lenia, Esmaracto había saltado sobre su esposa con tal ímpetu que los puntales bajo el suelo habían cedido. Entonces, una antorcha había caído por el hueco y había ido a parar sobre los troncos de leña seca que guardaba allí el panadero.

—¡Dioses benditos, Esmaracto, no sabíamos que fueras un amante tan ardiente!

—¡Cerrad el pico y sacadme de aquí!

Debajo de nosotros se oían ya los golpes de los vigiles que intentaban acceder a la panadería. Petro y yo dimos un paso hacia Esmaracto pero, bajo nuestros pies, los tablones se inclinaron peligrosamente. Tuvimos que quedarnos donde estábamos e intentamos tranquilizar al espantado novio mientras esperábamos a que llegara ayuda con el equipo adecuado. Al principio, no parecía que hubiera mucho humo y no nos preocupamos mucho. Un almohadón se deslizó despacio sobre la cama inclinada y se precipitó al fuego por el agujero, en una demostración gráfica de lo que podía sucederle a Esmaracto. El hombre soltó un gemido. Parecía estar peligrosamente acalorado. Petronio empezó a pedir ayuda a gritos.

Hubo un retraso. En lugar de aplicarse de inmediato a apagar el fuego, los vigiles se dejaron distraer de su obligación ante el trágico espectáculo de una novia desolada. No afirmaré que Lenia les ofreció sobornos pero, llevados de su buen corazón (o de lo que fuera), subieron a toda prisa la escalera para poner a salvo los preciados regalos de boda. Cuando llegó más ayuda y los nuevos empezaron a arrojar agua y mantas sobre la leña de la tienda de Casio, ya se alzaban de ésta grandes llamas. Donde estábamos nosotros, Esmaracto gritaba ahora de puro terror mientras las llamas del piso de abajo iluminaban el colchón del que estaba asido. Fue en ese momento cuando Petronio y yo empezamos a preocuparnos de verdad.

Afortunadamente, apareció en la calle un centurión con ideas claras, al frente de otro grupo de hombres con garfios, hachas y piquetas. Debajo de nosotros, un grupo despejaba el espacio en el almacén de leña, aunque un lado de éste ardía ahora furiosamente. Antes de verse obligado a retroceder, el grupo colocó de nuevo el puntal que había situado el casero bajo la cama y lo acompañó de otros postes que había traído el propio grupo; de este modo, Esmaracto estaría más seguro hasta que alguien pudiera rescatarlo. Cuando recibieron órdenes de encargarse de ello, los vigiles nos apartaron y avanzaron; por fin, actuaron con rapidez y eficacia. Arrojaron una enorme manta de esparto al otro extremo de la estancia e instaron a Esmaracto a arrojarla a ella. El casero obedeció, muy a tiempo. Los hombres tiraron de la manta y los ayudamos. Arrastramos a Esmaracto hasta ponerlo a salvo en el preciso instante en que las llamas asomaban a través del hueco y devoraban la cama. Todos nos retiramos a la habitación exterior y oímos derrumbarse el suelo, acompañado de un enorme rugido de fuego y chispas.

Las llamas ascendieron por las paredes. Esmaracto se había derrumbado en el suelo. Varias manos lo levantaron como si fuera una pluma y lo llevaron afuera. Una ráfaga terrible de humo y calor barrió el edificio. Petro y yo empezamos a toser. El humo, de sabor nauseabundo, era tan denso que casi no acertamos a encontrar la puerta. Cuando nos dejamos caer fuera, cubriéndonos la boca entre espasmos de estómago, un miembro de los vigiles subió la escalera

hacia nosotros, con un hacha en la mano y señalando hacia el cielo.

—¿Quién vive en los otros apartamentos?

—Nadie. Están más abandonados que éste, incluso.

—Entonces, daos prisa y alejaos de aquí.

Los tres alcanzamos el nivel de la calle como pudimos y dimos gracias de haber salido bien librados.

Apareció entonces un grupo con el sifón, tirando del artillugio de bombeo lo más deprisa posible. El grupo se abrió paso hasta la lavandería y pronto los cubos de agua empezaron a pasar de mano en mano mucho más deprisa. Llegaron más patrullas de a pie. Cuando Petronio recobró el aliento empezó a organizarlos para que controlaran a la gente y, poco a poco, los vigiles obligaron a retroceder a los mirones. Un recluta, con un cubo, recorrió la calle apagando las antorchas de la boda. Ya había suficiente luz sin ellas. Una balista fue arrastrada hasta la esquina de la calle, pero se quedó atascada al intentar doblar por la estrecha calleja. Esmaracto vio el artillugio y, espantado y todavía ebrio, empezó a ir de un lado a otro y a amenazar con llevar a juicio a cualquiera que hiciese un cortafuegos echando abajo cualquier otro edificio de su propiedad. Se convirtió en una molestia tal que los vigiles lo detuvieron por no tener los cubos para incendios que estipulaba la ley, por obstaculizar su trabajo y (por si acaso) por provocar un incendio con la antorcha nupcial.

El fuego empezaba a ser dominado, pero con dificultad. Uno de los problemas era la escalera exterior. Antes de lo sucedido ya era poco segura, y el peso de los recios patrulleros subiendo y bajando en grupos con los cubos de agua había resultado excesivo. La obra de sillería, resentida, cedió. Afortunadamente, no hubo graves consecuencias para los bomberos. Petronio se apresuró a auxiliarlos y fue derribado por una contraventana en llamas que cayó de lo alto. Cuando lo vi en el suelo, corrí a agarrarlo y tiré de él hasta ponerlo a salvo. Por lo menos, seguía consciente. Dos patrulleros se encargaron de él, lo abanicaron con sendos paños para proporcionarle aire y comprobaron si tenía algún hueso roto. Aquellos hombres conocían su oficio.

Vi a Casio en mitad de la calle, cruzado de brazos, contemplando la pérdida de su negocio. Dejé a Petro por un instante y me acerqué a darle la condolencia.

—Podría haber sido peor —le dije—. Podrías haber estado durmiendo ahí dentro.

—¡Imposible, con Lenia y Esmaracto golpeando el techo como posesos! Pero te lo agradezco, Falco. —Ya le había vuelto la espalda cuando el panadero me preguntó—: Por cierto, ¿alguien ha subido a mirar en los otros pisos?

—Pero ahí no vive nadie, ¿verdad?

—En varias ocasiones he visto subir ahí a una vieja. Podría ser una inquilina nueva. Esmaracto es capaz de alquilar cualquier cosa. O una vagabunda.

—¡Dioses benditos! ¿Tienes idea de dónde se esconde, exactamente?

—¿Quién sabe?—Casio se encogió de hombros, demasiado absorto en sus propios problemas.

Me acerqué al centurión para avisarlo de que podía haber una persona atrapada. En aquel mismo instante, tuvo la confirmación por sí mismo: dos pisos más arriba, una contraventana se abrió y, a través del humo, distinguimos brevemente un rostro asustado.

Tras el hundimiento de la escalera, los vigiles habían traído las suyas, de madera. Sin decir palabra, el centurión y yo corrimos a coger una y rezamos para que fuera lo bastante larga. La arrastramos hacia delante y la levantamos bajo la ventana. Apenas llegaba al alféizar y la figura que habíamos visto allí momentos antes había desaparecido. La llamamos a gritos, pero no hubo respuesta. El centurión masculló un juramento.

—¡Tenderemos un puente a través de la calle! —Ya les había visto hacerlo: levantar y bajar escaleras con cuerdas para formar una peligrosa pasarela elevada. Que no contarán conmigo.

Pero aquello requería un tiempo de preparación y no disponíamos de él. El centurión se había vuelto de espaldas para dar órdenes. Aproveché la circunstancia para ganar los primeros peldaños de la escalera y empezar a ascender.

No llevaba las ropas adecuadas para la situación. La fina tela de mi indumentaria de Palmira se consumía cada vez que me caía encima una chispa. No me quité el gorro con la vaga esperanza de que me protegería si el fuego amenazaba con prenderme los cabellos. Abajo, escuché las exclamaciones de la gente al darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

Llegué bajo la ventana y grité, pero no apareció nadie. Con cuidado, me encaramé un poco más. Alargué la mano y conseguí pasar un brazo por encima del alféizar. Luego, tuve que apoyarme de puntillas en un saliente de la fachada, consciente de que me arriesgaba a no poder volver por donde había subido. Me impulsé, me colgué a medias de la ventana y noté que la escalera se separaba de la pared y caía a la calle.

Me había quedado en el aire, colgado de la ventana. No tenía más remedio que entrar. En un supremo esfuerzo, pasé el alféizar y caí dentro de cabeza. Me incorporé y tanteé el suelo con inquietud.

—¿Hay alguien ahí?

La habitación estaba llena de un humo denso que se filtraba de los dos pisos en llamas que había debajo a través de las grietas que se abrían en la descuidada estructura del edificio. Hacía mucho calor. El suelo, bajo mis babuchas sirias, me quemaba las plantas de los pies como si el otro lado fuera una pira de pavesas al rojo. En cualquier momento, la habitación en la que me encontraba podía estallar en un infierno.

El fuego irrumpió en la parte del fondo del apartamento. El ruido resultó

apabullante. Suelos y paredes se agrietaron y, al ceder, las llamas se alzaron con un rugido. La luz bañó la escena con un vertiginoso parpadeo a través de una puerta abierta.

Entonces vi una figura humana. Alguien encogido en un rincón. Más bajo que yo, por supuesto. Ropas anchas de mujer. La cara cubierta para protegerse del humo.

Para calmar cualquier posible temor femenino, intenté tranquilizarla con voz jovial:

—¡Mujer, tienes que salir de aquí!

Di un paso hacia ella. Estaba dispuesto a cargármela al hombro, aunque no sabía qué hacer con ella, después.

Entonces advertí el brillo de un puñal. No era momento de mostrarse comprensivo con la virginidad asustada. De un fuerte golpe de muñeca, hice rodar el puñal por el suelo. Un pie lanzó una frenética patada y, atento a la defensa mediante el rodillazo en la entrepierna, bajé la vista dispuesto a protegerme. Bajo los volantes del dobladillo de la falda de matrona asomó una bota de viaje de cuero gris oscuro... en un pie de mi medida. Ya había visto aquella bota en alguna parte.

En el embarcadero de Ostia. ¡Balbino Pío!

Me desembaracé de la estola. Una mano me agarraba por el gaznate. Me libré de ella golpeándola hacia arriba con el antebrazo. Mi adversario debería haber aprovechado mi sorpresa, pero aún seguía peleándose con el disfraz. Subestimaba la amenaza que tenía encima. Si hubiese sido Petronio quien hubiera aparecido por aquella ventana, Balbino se habría lanzado a por él sin un respiro. Y Petro estaría muerto. Yo estaba algo más seguro. Balbino Pío no se dignaba recordarme.

Pero yo sí lo había reconocido. Desenvainé mi daga árabe. La funda era pura decoración, pero el arma era implacable. Apoyé la punta entre sus costillas y hundí la hoja hasta la empuñadura.

—¡Se acabó el plazo para escapar, Balbino! —me oí murmurar con voz ronca.

Pero Balbino ya estaba muerto.

## LXIX

Algo se estrelló contra la ventana. Oí unos gritos al otro lado de la calle, muy lejos. Limpié la daga, la envainé y me asomé, tambaleante. Al otro lado de la calleja —por fortuna bastante estrecha— los vigiles se las habían arreglado para izar una escalera, sostenerla en precario equilibrio sobre el antepecho de un balcón de aquel lado de la calle y bajar el otro extremo hasta donde me encontraba. Si era capaz de encontrar el valor necesario para ello, podría cruzar a gatas sobre el abismo de la plaza de la Fuente. No había tiempo para vacilaciones. El fuego avanzaba por el apartamento a mi espalda. Me decidí; me quité las babuchas (que había pagado muy caras), comprobé que mi extremo de la escalera estaba bien apoyado e inicié la travesía.

Lo conseguí. Dejémoslo así. Sólo hay una manera de gatear por una escalera de madera tendida a dos pisos sobre el suelo, oscilante..., y es una manera inevitablemente indigna. El momento en que Petro se asomó desde el balcón de enfrente y me agarró con sus manos fue uno de los mejores de mi vida.

Nos miramos. Petronio observó que tenía sangre en la túnica, pero ninguna herida visible.

—¿Dónde está la vieja que has ido a rescatar?

—Le he hundido mi puñal en el pecho. —Petro no preguntó por qué. Creo que lo adivinó. De todas formas, se lo dije—: Era Balbino.

—Es la última vez que trabajó contigo. ¡Me has robado el caso!

Acepté la reprimenda.

—Te debo una.

—Dime que está muerto. Quiero oír cómo lo dices.

—Balbino está muerto —respondí mientras volvía a ver la escena. Acto seguido, me puse a vomitar. Los vigiles echaron la culpa al humo.

Cogidos por los hombros, Petronio y yo bajamos a la calle. En ella encontramos a Helena con mis babuchas en la mano. Debía de haber contemplado mi número con la escalera. Ojala no lo hubiera hecho.

Helena estaba pálida y temblorosa, pero consiguió poner una voz animosa:

—Malas noticias, me temo. En la confusión, Lenia ha perdido de vista los regalos de boda y algún desgraciado se los ha llevado.

Ahí lo tenéis. Así es Roma en todo instante. Las organizaciones criminales nunca permanecen inactivas mucho tiempo.

Es hora de que alguien presente una denuncia ante el jefe de investigaciones de los vigiles.



LINDSEY DAVIS. Nació en Birmingham en 1949 y estudió Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford, aunque como la arqueología le había fascinado siempre, estuvo a punto de estudiar Historia. Comenzó escribiendo, bajo seudónimo, novelas románticas. Una de estas novelas románticas fue finalista del Premio Georgette Heyer en 1985, lo que le animó a desechar cualquier posibilidad de buscar un trabajo más convencional y apostar todo para convertirse en escritora. Pero su verdadero salto a la fama fue como autora de originales novelas históricas en las que refleja de modo fidedigno la vida cotidiana en la Roma imperial del siglo I d. C. En ellas combina un agudo sentido del humor y unas perfectas tramas detectivescas. Su más célebre creación, el investigador privado Marco Didio Falco, la ha convertido en la más popular, leída y admirada cultivadora de novela histórica, al tiempo que le ha granjeado el respeto de los lectores de novela negra. La veintena de títulos de la serie han convertido a Falco en un personaje entrañable para miles de lectores en todo el mundo y le han valido a la autora la *Ellis Peters Historical Dagger* 1998, el Premio *Author's Club First Novel Award* en 1989, el Premio *Sherlock* 1999 y el Premio de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2009, entre otros galardones.